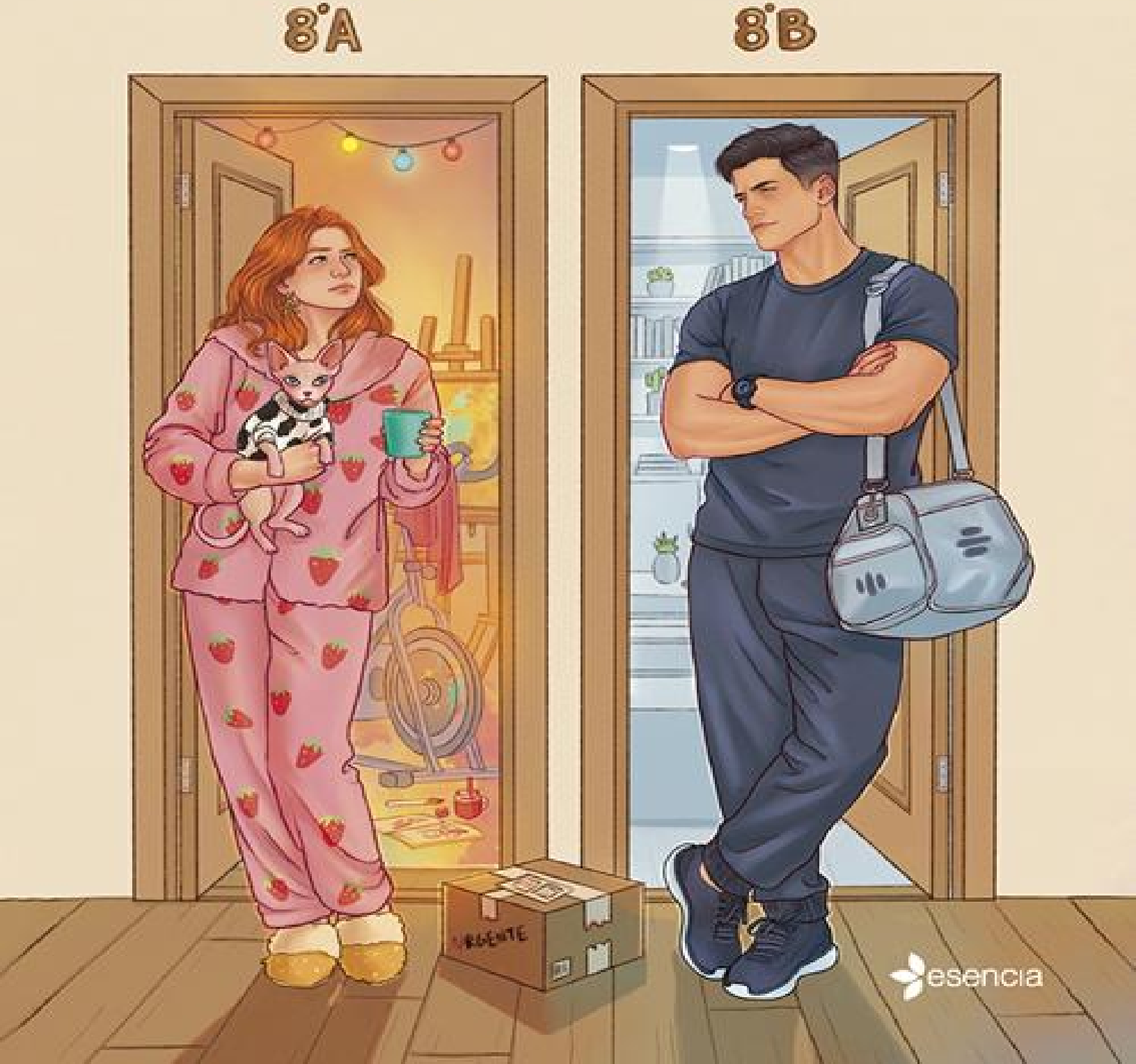
Nyxia S.

CONTIGO

ni en el ascensor



esencia

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

1. El vecino perfecto... para odiar

2. La princesita ruidosa y su gato histérico

3. El acosador de la sección de jerséis

4. La venganza se sirve en paquete grande

5. Un armario completo en rosa

6. El intruso y la bestia pelona

7. Un vestido para torturar y un gato con complejo de vaca

8. Tarta para el mal de amores y arquitecturas sospechosas

9. Lo que Peluso opina de los desengaños amorosos

10. Una princesita con ojeras y una adolescente fugitiva

11. La princesita, Taylor Swift y un caso grave de indecisión

12. Ni cenas, ni restaurantes, ni tampoco en el ascensor

13. La princesita y el insomnio crónico de don Musculín

14. Lasaña para el arquitecto, pensamientos para el vecino

15. El síndrome del héroe con pantalones de pijama

16. Manual de disculpas para vecinos torpes

17. Cómo desechar a un arquitecto en tres mensajes o menos

18. Tequila, lágrimas y todas las verdades que nunca digo

19. Príncipes improbables y princesas borrachas

20. La princesa resacosa y su mayordomo improvisado

21. El eco de una confesión y el miedo a enamorarse

22. La lavandería del infierno y otras excusas para evitar vecinos

23. El peor entrenador personal de la historia

24. Si tengo que estar confundida, al menos que sea con chocolate

25. ¿Cómo se supone que elijo casa y emociones a la vez?

26. Epifanías con café y un mejor amigo demasiado enamorado

27. Si no la oyes, no existe, o eso me digo a mí mismo

28. Si tengo que estar enferma, prefiero que sea contigo

29. Cómo asumir que me gusta el pijo sin morir en el intento

30. Besarte fue la mejor mala decisión de mi vida

31. Cuando el miedo y la felicidad se parecen demasiado

32. ¿Por qué las disculpas nunca entran por el ascensor?

33. Cómo salir corriendo y fallar en el intento

34. Manual para presentar a tu novia y a su gato vestido de duende a la familia

35. ¿Qué color combina con los nervios prenavideños? Todas las tonalidades de pánico

36. Planes de futuro entre turrón y vino

37. Cómo fingir que no rompo a llorar frente a un árbol de Navidad

38. Cómo sorprender a alguien que odia las sorpresas sin morir en el intento

39. Retoques finales: cómo enamorarse del mismo capullo cada día

Banda sonora

Créditos

CONTIGO NI EN EL ASCENSOR

Nyxia S.

matchstories

A ti, que crees que eres demasiado:
demasiado intensa, demasiado rota,
demasiado complicada.
Eres exactamente suficiente.

1

El vecino perfecto... para odiar



Audra

Todo estaba tan tranquilo en mi vida. Llevaba un año y medio viviendo en este edificio de los años setenta en el barrio de Pearl District, en Portland, con paredes de papel y un ascensor que funcionaba cuando le daba la real gana. Y aunque parezca mentira, me había acostumbrado a todo. A los ruidos de las tuberías que sonaban como si un fantasma estuviera dando conciertos a las tres de la madrugada. A los ocho pisos de escaleras que subía jadeando como si hubiera corrido una maratón cada vez que el ascensor decidía tomarse el día libre. Incluso al típico clima lluvioso de Oregón, que convertía mis salidas en auténticas aventuras acuáticas.

Aun así, había algo de lo que no podía quejarme: el piso de al lado llevaba vacío desde que yo me mudé. Una auténtica bendición. O lo fue, hasta que empezaron las obras.

Primero vinieron los golpes. Días y días de martillazos que parecían darme directamente en la cabeza. Luego el ruido de muebles arrastrándose a horas intempestivas (¿quién narices

montaba una estantería a las once de la noche?). Y, después, los dichosos arreglos: el taladro se convirtió en la banda sonora de mis mañanas durante dos semanas enteras.

Peluso y yo nos habíamos acostumbrado a cierta paz y tranquilidad. Vale, todo lo tranquilo que puede ser un edificio con las paredes tan finas que oyes hasta cuando el vecino de abajo se ducha cantando reguetón. Pero al menos no teníamos a nadie pegado a nosotros... Hasta entonces.

Decidí ser amable. Me preparé un café, me puse el peto vaquero que menos manchas de pintura tenía y salí al rellano justo cuando oí movimiento al otro lado. Era hora de presentarme como la vecina simpática y acogedora.

Abrí la puerta con mi mejor sonrisa y ahí estaba él. Alto, con ese pelo negro perfectamente peinado y vestido como si fuera a una sesión de fotos para una revista de moda masculina, aunque solo estuviera cargando cajas. Y, desde luego, su cuerpo era impresionante, parecía que los músculos iban a reventar la ropa.

—¡Hola! —dije con mi tono más amigable—. Soy Audra, tu vecina de al lado. Bienvenido al edificio.

Él apenas levantó la mirada de las cajas que llevaba en las manos. Unos ojos color avellana me examinaron de arriba abajo en una milésima de segundo, antes de volver a centrarse en su tarea.

—Ryker —respondió secamente.

Vale, no era el comienzo más prometedor, pero quizá estuviera cansado de la mudanza. Decidí intentarlo de nuevo.

—Desde que estoy aquí, nunca había vivido nadie al lado; ya pensaba que iba a tener siempre el rellano para mí sola —bromeé dando un sorbo a mi café—. Si necesitas cualquier cosa, no dudes en...

No pude terminar la frase porque, de repente, sentí que algo se escurría entre mis piernas. Peluso. El muy traidor había aprovechado la puerta abierta para hacer su gran escapada. Antes de que pudiera reaccionar, mi gato sin pelo estaba plantado en mitad del rellano, vistiendo uno de sus jerséis favoritos de rayas azules, mirándonos a ambos como si fuéramos los intrusos.

—¡Peluso! Vuelve aquí ahora mismo —exclamé intentando agarrarlo.

Vi cómo la expresión de Ryker pasaba de la indiferencia a algo parecido al desagrado. Dio un paso atrás.

—¿Podrías controlar a tu... mascota? —dijo con un tono frío—. Soy alérgico a los gatos.

—Lo siento, es muy travieso —me disculpé, consiguiendo por fin coger al gato en brazos—. Normalmente no sale del piso, pero le gusta explorar cuando hay...

—Buenos días —me cortó él. Y, sin más, abrió la puerta de su apartamento, desapareció dentro con sus cajas y me dejó con la palabra en la boca.

Me quedé allí plantada, con Peluso en brazos mirándome con cara de «¿y ahora qué hemos hecho?».

—Muy amable, don Musculín... —murmuré mientras volvía a mi apartamento—. Menudo borde.

Cerré la puerta tras de mí y dejé en el suelo a Peluso, que salió disparado hacia su rincón favorito del sofá como si nada hubiera pasado.

—¿Has visto eso? —le pregunté, sabiendo perfectamente que no iba a contestarme—. ¿Quién se cree que es? ¡Como si fuéramos a contaminar su precioso aire con nuestra presencia!

Mi gato me miró con sus grandes ojos, estiró las patas y bostezó. Al parecer, la crisis existencial sobre nuestro nuevo vecino no le

afectaba tanto como a mí.

—Vale, pues que le den —sentencié, dejando mi taza de café en la mesita—. Si quiere ser un borde, que lo sea. No volveré a intentar ser amable con él.

Miré hacia la pared que separaba nuestros apartamentos. Esa fina capa de yeso que, según había comprobado durante las obras, apenas servía para algo más que para delimitar espacios. Y tuve un mal presentimiento. Algo me decía que don Musculín, el alérgico, el borde, iba a ser un auténtico infierno como vecino.

Y yo, ingenua de mí, no sabía hasta qué punto iba a tener razón.



Habían pasado dos semanas desde aquel primer encuentro y mi intuición no podía haber sido más acertada. Don Musculín se había convertido oficialmente en mi pesadilla. Y no, no estaba exagerando.

Era la una de la madrugada de un viernes. Debería haber estado durmiendo plácidamente, soñando con pasteles de la pastelería o con que el ascensor funcionaba más de dos días seguidos. Pero no. Estaba despierta, con la almohada sobre la cabeza, intentando ahogar el ruido que venía del otro lado de la pared. El maldito, constante e incesante golpeteo de su cabecero contra MI pared.

Pum, pum, pum.

Y luego estaban los gemidos. Por favor, ¿quién se creía que era esa chica? ¿La protagonista de una película para adultos? Nadie, y repito: NADIE disfruta tanto como para gritar así.

—Son falsos —murmuré contra el colchón—. Esos gemidos son más falsos que el pelo de la presentadora del telediario.

Giré la cabeza para mirar a Peluso, que también dormía plácidamente bocarriba sobre la almohada contigua, con su jersey de lana fina color mostaza, porque las noches de septiembre ya eran bastante frías. El muy traidor ni se inmutaba con el escándalo.

—¿Cómo puedes dormir con este ruido? —le susurré casi con envidia.

Pum, pum, pum, PUM.

El ritmo de los golpes aumentó. Y entonces llegó el gran final, con gemidos incluidos que hicieron que me tapara los oídos con las manos.

Llevaba así dos puñeteras semanas. Cada viernes y cada sábado, sin falta, el señor Analista Financiero montaba su numerito. A veces a las once, a veces a la una. El horario variaba, pero el resultado era el mismo: yo, desvelada, maldiciendo el momento en el que decidí alquilar este piso.

Y siempre era con una chica diferente. Había llegado a reconocer algunas voces cuando salían del apartamento a la mañana siguiente y se cruzaban conmigo cuando iba a comprar el pan. Siempre iban perfectas, con esa cara de satisfacción que estaba segura de que era tan falsa como sus orgasmos. Porque tenían que ser falsos. Ninguna mujer podía disfrutar tanto con un tipo tan borde como él.

Lo peor de todo era que estaba convencida de que lo hacía a propósito. Porque las primeras noches, cuando le golpeaba la pared para que bajara el volumen, juraría que había oído risas. ¡Se estaba riendo de mí! Y desde entonces, los golpes del cabecero parecían haberse intensificado, como si hubiera acercado más la cama a la pared para molestarme mejor.

Y no eran solo sus maratones nocturnas lo que me sacaba de quicio. Era su forma de mirarme cada vez que me cruzaba jadeando con él en las escaleras, con esa sonrisa burlona de superioridad,

mientras él subía los ocho pisos como si nada, sin una gota de sudor. «¿Cansada, vecina?», me preguntaba con ese tono condescendiente que hacía que me hirviera la sangre. O cómo arrugaba la nariz con disgusto cada vez que Peluso se atrevía a asomarse al rellano, como si mi precioso gato fuera un bicho repugnante y no una adorable criatura sin pelo.

Para colmo, no perdía oportunidad de recordarme lo «ruidosa» que era, según él. Una vez que puse a Taylor Swift a un volumen razonable mientras pintaba, apareció en mi puerta con cara de haber chupado un limón, quejándose de que no podía concentrarse en sus «importantes informes financieros». Como si sus números fueran más importantes que mi proceso creativo.

Don Musculín se había convertido en la pesadilla de mi día a día, y solo llevábamos dos semanas de convivencia. No quería ni imaginar cómo sería el resto del año.

El silencio por fin regresó a mi habitación. Por el momento. Saqué la cabeza de debajo de la almohada y miré el reloj: la una y cuarto. Con suerte, mi vecino ya habría terminado su función de esa noche.

—A dormir, que mañana hay que trabajar —me dije a mí misma, intentando encontrar una posición cómoda.

Pero justo cuando estaba empezando a relajarme, lo oí: el agua de la ducha corriendo al otro lado. Y luego, algo que me sacó de mis casillas. Estaba cantando. Cantando a todo pulmón como si fueran las tres de la tarde, y no la una y media de la madrugada.

Me tapé la cara con la almohada otra vez y ahogué un grito de frustración. Eso tenía que acabar. No podía seguir así cada fin de semana. O encontraba una solución, o acabaría mudándome..., o en la cárcel por homicidio.



La luz del sol me golpeó en la cara como un puñetazo. Gruñí y me di la vuelta, intentando esconderme bajo las sábanas, pero era demasiado tarde. Ya estaba despierta. Maldito Ryker y su concierto nocturno.

Me incorporé sobre el colchón frotándome los ojos y miré el despertador: las nueve y veinte. Al menos era sábado y no tenía que ir a trabajar hasta la tarde. Me quedé sentada un momento, tratando de reunir energía para levantarme, cuando mi mirada se cruzó con mi imagen en el espejo frente a la cama.

—Madre mía, qué horror —murmuré, llevándome la mano a la raíz del pelo.

Ya se notaba bastante el color natural bajo el tinte. Tendría que teñirme pronto. Era pelirroja de nacimiento, pero me encantaba intensificar ese rojo hasta hacerlo casi antinatural con un tinte semipermanente. Era mi pequeño secreto, ese toque de vanidad que solo Elaila conocía.

Conseguí levantarme y eché un vistazo a mi apartamento. El caos reinaba por todas partes: lienzos a medio terminar apoyados contra la pared, ropa tirada sobre el sofá, tazas de café olvidadas en cada superficie disponible... Debía ponerme a limpiar en serio. Y a trabajar en esos encargos que tenía pendientes.

Pero antes, café. Necesitaba cafeína en vena igual que respirar.

Me arrastré hasta la cocina y puse la cafetera italiana al fuego. Mientras esperaba a que el café subiera, oí un ruido en el rellano. La curiosidad pudo conmigo —maldito vicio de espiar— y me acerqué de puntillas a la puerta de entrada. Pegué el ojo a la mirilla y vi a mi vecino justo frente a mi puerta, buscando sus llaves.

Llevaba ropa de gimnasio, muy ajustada. Y estaba... bueno, sudado. El muy idiota iba al gimnasio a las nueve de la mañana de un sábado después de haberse pasado media noche de juerga. ¿Es que tenía superpoderes o qué? Y lo que era más extraño, ¿por qué no se duchaba en el gimnasio como la gente normal?

De repente levantó la vista hacia la mirilla de mi puerta. Yo me agaché por instinto, como si pudiera verme a través de ella. «Tonta, no puede verte», me dije. Volví a levantarme despacio y miré de nuevo.

Seguía ahí, pero ahora con una sonrisa burlona en la cara. Levantó la mano y saludó a la mirilla.

—Buenos días, vecina —dijo con un tono divertido.

Mierda. Me había pillado. Y ahora tenía dos opciones: fingir que no estaba o abrir y enfrentarme a él con dignidad. Aunque la dignidad era difícil de mantener con mi pijama de Winnie the Pooh.

Suspiré profundamente, me recogí el pelo en un moño desordenado y abrí la puerta.

—Buenos días —dije en el tono más neutro que pude.

La mirada de Ryker me recorrió de arriba abajo, deteniéndose un segundo de más en mi pijama. Vi cómo se le escapaba una sonrisa de medio lado y tuve que contenerme para no darle con la puerta en las narices.

—Espero que anoche no te molestara el ruido —comentó con falsa preocupación.

—¿Ruido? No, para nada —mentí con descaro—. Duermo como un bebé. Profundamente.

—Me alegro —respondió, metiendo por fin la llave en la cerradura de su puerta—. Porque a veces las cosas se ponen un poco... ruidosas.

—Eso he oído —dije con una sonrisa cargada de malicia—. Aunque no sé si todo lo que se oye es real. Hay gente que sabe fingir muy bien.

Vi cómo su sonrisa se congelaba por un momento. Punto para mí.

—¿Estás insinuando algo, vecina? —preguntó, inclinando un poco la cabeza.

—¿Yo? Qué va. Solo digo que hay muchas actrices frustradas por ahí. Ya sabes, las que gritan como si estuvieran en una película cuando en realidad se están aburriendo como ostras.

Sus ojos se entornaron y supe que había dado en el blanco. O al menos le había molestado, que era lo que pretendía.

—Bueno —dijo al fin, abriendo su puerta—, te dejo con tu... mañana productiva. —Miró de nuevo mi pijama y añadió—: Por cierto, bonito conjunto. Muy... infantil.

Y antes de que pudiera responderle, entró en su apartamento y cerró tras de sí.

Me quedé allí de pie, con la boca abierta, pensando en mil respuestas ingeniosas que debería haberle dado. Pero, como siempre, se me ocurrían demasiado tarde.

Volví a mi cocina justo a tiempo para ver cómo el café se desbordaba de la cafetera y apagué el fuego maldiciendo entre dientes. Genial. El primer café de la mañana, arruinado. Iba a ser un día estupendo.

Mientras limpiaba el desastre, no podía dejar de pensar en la sonrisa burlona de Ryker. En cómo me había mirado. Y en que, a pesar de ser un completo imbécil, el maldito estaba para mojar pan.

—No —me dije en voz alta—. No, no y no. Es un capullo. Un capullo mujeriego que no deja dormir a sus vecinos. No es atractivo. Para nada.

Pero ni yo misma me lo creía.

Estaba echando una generosa cantidad de azúcar en la taza —dos cucharadas llenas, como mínimo— cuando sonó mi móvil. La cara de Elaila apareció en la pantalla.

—Dime que tu cita no fue tan desastrosa como la del mes pasado —respondí mientras añadía leche hasta que el café adquirió ese tono caramelo que me gustaba.

—Peor, mucho peor. —La voz de Elaila sonaba entre indignada y divertida—. Te juro que no pienso volver a quedar con ningún tío que conozca en la tienda. Nunca más.

—Venga ya. —Removí el café con la cucharilla, apoyando el móvil entre la oreja y el hombro—. ¿Qué pasó con el chico guapo del departamento de deportes?

—Leo, se llama Leo —suspiró ella—. Y es guapo, sí. Hasta que abre la boca y se le cae todo el encanto de golpe.

Me senté en uno de los taburetes de la cocina y di un largo sorbo a mi café con leche.

—Cuéntame. Necesito todos los detalles.

—Pues mira, todo iba bien al principio —comenzó Elaila—. Cenamos, charlamos, parecía majo. Y entonces empezó a soltar esos típicos comentarios que te ponen los pelos de punta. Ya sabes, del tipo «yo no soy machista, pero...».

—Oh, no, el clásico «yo no soy machista, pero...». —Me reí—. ¿Y qué venía después?

—Que si las mujeres conducimos peor, que si somos demasiado emocionales para algunos trabajos, que si él prefiere las chicas sin tanto maquillaje porque le gusta «lo natural»... —La voz de Elaila imitaba el tono pretencioso—. Y cuando le dije que yo no necesitaba que un tío cualquiera me dijese cómo tenía que maquillarme, puso cara de ofendido y me soltó: «Vaya, solo te estaba haciendo un cumplido».

—¿En serio? —Me pasé la mano por la cara—. ¿Y luego te explicó también cómo tenías que hacer tu trabajo?

—¡Sí! —exclamó mi amiga—. Me preguntó si de verdad me gustaba trabajar en ventas o si lo hacía mientras encontraba «algo más serio». Como si vender fuera cosa de críos y no un empleo de verdad.

Me levanté para acercarme al calendario que tenía colgado en la pared de la cocina. Estaba lleno de garabatos, fechas marcadas y pequeños dibujos que hacía cuando me aburría. Busqué la fecha actual y fruncí el ceño al ver el círculo que había dibujado alrededor de tres días antes.

—Qué cansino —comenté pasando el dedo por los días del calendario—. ¿Y qué hiciste? ¿Le tiraste el vino a la cara?

—Qué va, soy demasiado rácana para desperdiciar el alcohol. Me limité a decirle que tenía que madrugar y me fui. Pero lo mejor es que me ha escrito esta mañana diciendo que «la próxima vez podríamos ir a un sitio más informal donde no estuviera tan tensa».

—Y qué audaz... —murmuré mientras seguía revisando el calendario—. Oye, ¿te han llegado a ti este mes las muestras de champú? Las mías deberían haber llegado hace tres días y ni rastro.

—No sé, cancelé la suscripción —respondió ella—. ¿Sigues con lo de las muestras gratis? ¿No sería más fácil comprarlas?

—Elaila, por favor. Sabes que ese champú es carísimo, y las muestras son iguales.

—Ya, ya —se burló mi amiga—. A lo mejor se las ha llevado el macizo de tu vecino.

Me quedé paralizada con la taza a medio camino de los labios.

—¿Qué has dicho?

—Era broma, Audra —aclaró ella—. Aunque, ahora que lo pienso, ¿no te dejan los paquetes en el rellano cuando no estás?

Era cierto. El repartidor solía dejar las cajas frente a mi puerta cuando no me encontraba en casa. Y justo esa semana había tenido turno de tarde durante tres días seguidos...

—Elaila, eres un genio —dije de repente—. Te llamo luego, tengo que investigar algo.

—Espera, ¿qué vas a...?

Colgué antes de que terminara la frase y me quedé mirando la pared que separaba mi apartamento del de Ryker. ¿Sería capaz? ¿Se habría quedado mis muestras? Era bastante rastrero, pero después de dos semanas oyendo ruido en su apartamento por las noches, no me parecía descabellado.

Mi gato apareció a mis pies y se frotó contra mis piernas, como si pudiera leer mis pensamientos indignados. Lo cogí en brazos y le acaricié la cabeza.

—¿Tú qué opinas, Peluso? ¿Crees que el vecino está robando mis paquetes?

Él me miró con sus grandes ojos y soltó un pequeño maullido que interpreté como un claro «sí, sin duda». Aunque probablemente solo quería que lo bajara para seguir con su siesta.

—Vale, pues tenemos una misión —le dije, aún con él en brazos—. Vigilar al vecino y descubrir si se está quedando con mis paquetes.

Peluso soltó un maullido agudo e indignado, tan intenso que resonó por todo el apartamento. Y, para asegurarse de que yo captaba el mensaje, estiró una pata y me dio un golpecito directo en la cara mientras seguía maullando como si estuviera recitándome la lista completa de mis negligencias.

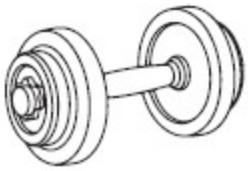
—Ah, vale, tenemos DOS misiones —me corregí, frotándome donde su pata me había tocado—. Limpiar tu arenero. Y vigilar al vecino. Entendido, majestad.

Solo entonces lo dejé con suavidad en el suelo. Peluso, satisfecho con mi corrección, se dio la vuelta para dirigirse al sofá, meneando la cola con ese aire de superioridad que solo los gatos saben mostrar.

Si Ryker quería guerra, guerra iba a tener. Porque nadie, absolutamente nadie, se metía con mis muestras gratis de champú.

2

La princesita ruidosa y su gato histérico



Ryker

Lancé el bolígrafo sobre la mesa y me froté los ojos. Llevaba toda la mañana revisando informes para una reunión del lunes y los números empezaban a bailar frente a mis ojos. Necesitaba un descanso.

La noche anterior no había ayudado precisamente a mi concentración. Rebeca, Rachel..., ¿o era Ruth? Bueno, la chica del bar cuyo nombre empezaba por R se había mostrado demasiado cómoda en mi apartamento después de lo que yo consideraba una noche y punto. Casi tuve que inventarme una excusa sobre una videoconferencia matutina con Japón para que entendiera que era hora de irse.

Por un momento incluso temí que me pidiera una camiseta para dormir. Odiaba que otras personas utilizaran mi ropa. Nadie, absolutamente nadie tocaba mi armario. Tampoco ayudó que preguntara si podíamos desayunar juntos. Tuve que fingir que no tenía café en casa —una mentira descarada, ya que siempre

mantenía una reserva perfectamente catalogada de tres variedades distintas— para evitar prolongar aquello innecesariamente.

Cerré el portátil y me levanté para estirar las piernas. El apartamento estaba impecable, como siempre. Ni una mota de polvo ni un objeto fuera de su sitio, así era como me gustaba.

Me acerqué a la ventana y contemplé las vistas. No estaban mal para un octavo piso en un edificio de los años setenta, pero desde luego no eran lo que buscaba a largo plazo. Este apartamento solo era algo temporal, una solución rápida cuando me mudé a esta zona por el trabajo.

Volví al escritorio y abrí una pestaña con anuncios inmobiliarios. Llevaba semanas mirando pisos, pero aún no había encontrado nada que me convenciera. Y no es que el dinero fuera un problema —mi sueldo como analista financiero sénior me permitía vivir cómodamente—, sino que tenía estándares muy específicos.

Ochocientos cincuenta dólares al mes era lo que pagaba ahora por ese apartamento en Pearl District. Un precio razonable para lo que ofrecía: dos habitaciones, cocina americana, un baño y un pequeño balcón. Pero cuando decidí alquilarlo, nadie me advirtió del verdadero problema: que tenía las paredes de papel.

Como si quisiera darme la razón, oí un maullido agudo que atravesó la pared. Ese maldito gato otra vez. Y luego la voz de mi vecina, hablándole como si fuera un bebé.

—Por Dios... —murmuré, sabiendo que podían oírme a través de la pared—. No puede ser.

La princesita y su mascota histérica eran una combinación que ponía a prueba mi paciencia. La llamaba así porque con ese pelo rojo alborotado me recordaba a la protagonista de aquella película de Disney que Emma me había obligado a ver tres veces, la de la princesa escocesa con el arco. Aunque mi vecina era una versión

adulta y más irritante, por supuesto. ¿Cómo podía alguien hablarle así a un animal calvo con jersey? Era ridículo.

Bebí un sorbo de mi café, negro y sin azúcar, mientras seguía pasando anuncios en la pantalla. Ninguno parecía encajar con lo que buscaba, además de estar demasiado lejos de la oficina.

Y, mientras tanto, otro maullido atravesó la pared, seguido de una risa que reconocí al instante. La misma risa que oía siempre que intentaba concentrarme.

La primera vez que la vi, pensé que era una adolescente. Luego descubrí que tenía veintitrés años. Trabajaba en una tienda de ropa y, según la casera, era «una chica encantadora y muy artística».

La señora Netry me había dado toda la información sin que yo se la pidiera. «Audra lleva aquí año y medio, es muy responsable con el alquiler, aunque a veces lo paga un poco justo de fecha —me contó mientras firmaba el contrato—. Y tiene un gato muy especial, pero no se preocupe, no suelta pelo porque no tiene».

Lo que la casera no mencionó fue que ese gato maullaba a todas horas y que su dueña era incapaz de mantener un volumen de voz normal. Siempre cantando, siempre hablando por teléfono como si su interlocutor estuviera en otra ciudad, siempre riendo a carcajadas por cualquier tontería.

Me mudé buscando tranquilidad tras una semana infernal de obras. Pero la princesita del pelo rojo y su gato estaban decididos a demostrarme que la paz no era una opción en este edificio.

Y, para colmo, ella parecía molesta por mi estilo de vida. ¿Qué esperaba? Era un hombre adulto, soltero, con una vida social activa. Si de vez en cuando traía compañía a casa, era cosa mía. Aunque debía admitir que me divertía oírla golpear la pared cuando la situación se ponía un poco intensa.

De hecho, anoche me aseguré de que mi cita fuera especialmente... sonora. Solo por fastidiar. Que conste que no lo había planeado, pero cuando vi su cara de indignación esa mañana, me alegré de haberlo hecho.

Un nuevo maullido, más agudo que los anteriores, me sacó de mis pensamientos.

—¡Ya basta! —exclamé, sabiendo que podían oírme.

Y, en efecto, al instante se oyó un: «¿Has oído algo, Peluso?» que venía del otro lado, seguido de: «Parece que don Musculín está hoy de mal humor».

Genial. No solo sabía que yo estaba en casa, sino que tenía un mote para mí. Y le hablaba al gato como si este le fuera a responder.

Decidí volver a los informes.

Pero antes de abrir de nuevo el portátil, pasé la mano por mi pelo, aún húmedo tras la ducha. Olía increíblemente bien gracias a las muestras de champú que le había robado a mi vecina. Las había encontrado frente a su puerta un día que volvía del gimnasio esa semana, y las había cogido en un impulso.

En realidad, no había sido un robo premeditado. Las había encontrado en el rellano; el paquete estaba ahí, tentadoramente abandonado y, sin pensarlo mucho, lo recogí y me lo llevé dentro. Solo después de abrirlo y probar aquel champú con aroma a cítricos y a madera me fijé en la etiqueta: «Audra Emrin, 8.º A».

Por un momento me sentí mal. Casi lo suficiente para devolvérselas. Pero entonces recordé su música a todo volumen el domingo por la mañana mientras yo intentaba dormir, y decidí que aquello era una compensación más que merecida.

Era justo, me dije. Mi indemnización por todas las mañanas que me había despertado con su canturreo desafinado mientras se duchaba. Por las risotadas que soltaba a medianoche cuando veía

sus series. Por las interminables charlas telefónicas con su amiga, que se oían a través de la pared como si estuvieran en mi propio salón.

Y tenía que admitirlo: el maldito champú era buenísimo. Me había dejado el pelo más suave que nunca, y el olor era sofisticado sin ser empalagoso. Entendía por qué la princesita ruidosa lo pedía cada mes.

—Lo siento, Audra, pero tú te lo has buscado —murmuré mientras volvía a pasarme la mano por el pelo.

Además, ella ni siquiera parecía haberlo notado aún. O, si lo había hecho, no había venido a reclamarme nada. Quizá incluso pensara que el paquete se había extraviado.

Volví a mi escritorio, pero antes de ponerme con los informes, busqué en internet «cuánto maúlla un gato esfinge». Quizá había alguna forma de hacer que esa bestia pelona dejara de molestarme.

Los resultados fueron tan ridículos como desalentadores. Aparentemente, los esfinge eran conocidos por ser «muy vocales y comunicativos con sus dueños». Genial. Justo lo que necesitaba.

Un vídeo en particular llamó mi atención: «Gato esfinge maullando durante diez minutos seguidos». Por masoquismo, o quizá para confirmar que mi situación podía ser peor, le di a reproducir.

El maullido agudo e insistente que salió de los altavoces era idéntico al que sonaba a través de la pared. Cerré el vídeo de golpe cuando me di cuenta de que la princesita me había oído, ya que aporreó la pared.

—No puedo más —murmuré mientras cerraba el portátil de un golpe.

Necesitaba salir, respirar aire fresco. Y, de paso, comprar algo para llenar la nevera. Solo quedaban un par de cervezas y un poco de leche.

Me calcé, agarré la cartera y las llaves y salí al rellano. Justo cuando cerraba mi puerta, oí otra que se abría. Audra.

Estupendo. Un nuevo encuentro incómodo con la vecina.

Sin mucho entusiasmo, le dirigí un gesto con la cabeza a modo de saludo. Ella respondió con otro gesto similar y ambos caminamos hacia el ascensor.

Me detuve frente a las puertas metálicas y pulsé el botón de llamada. Mientras esperábamos, no pude evitar mirarla de reojo.

Llevaba una camiseta blanca debajo de un cárdigan *beige* que le caía por un hombro y dejaba al descubierto una porción de piel clara. Unos pantalones negros anchos y unas zapatillas completaban el conjunto.

El ascensor llegó con un pitido y las puertas se abrieron. Ambos entramos y nos colocamos en esquinas opuestas, como si necesitáramos mantener la mayor distancia posible en ese reducido espacio.

Seguí observándola discretamente. Había algo distinto en ella respecto a esa mañana. Tardé unos segundos en darme cuenta: olía bien. Muy bien. Y reconocí el aroma al instante. Era el mismo champú que yo había usado. *Su* champú.

De repente, ella arrugó la nariz y olfateó el aire.

—Qué raro... —murmuró más para sí misma que para mí—. Juraría que huele a mi champú.

Me tensé ligeramente, pero mantuve la expresión impasible.

—No sé de qué hablas —respondí con indiferencia.

Ella me miró por primera vez, entrecerrando los ojos como evaluándome. Su pelo, ahora que lo veía bien, era de un rojo más intenso que esa mañana. ¿Se había retocado el color?

—¿Te has hecho algo en el pelo? —pregunté, en parte para desviar la atención y en parte por genuina curiosidad—. Parece

más... rojo.

Audra se llevó una mano instintivamente a la melena y negó con la cabeza.

—No, es el mismo de siempre.

Sonreí y asentí, fingiendo creerla. Así que la princesita también tenía sus secretos. Interesante.

El ascensor continuó su descenso y aproveché para observarla mejor. Era bastante más baja que yo, probablemente no llegaba al metro setenta. Y, a pesar de su actitud desafiante cada vez que nos encontrábamos, había algo vulnerable en cómo se envolvía en ese cárdigan *oversize*.

—¿Se puede saber qué estás mirando? —preguntó de repente, rompiendo el silencio.

—Nada —respondí con naturalidad—. Solo me preguntaba cómo alguien tan pequeño puede hacer tanto ruido.

Vi cómo sus mejillas se encendían, a juego con su pelo.

—¿Perdona?

El ascensor por fin llegó a la planta baja con un suave ¡ping! Las puertas se abrieron y ambos salimos al rellano, manteniendo la distancia. Sin intercambiar más palabras, nos dirigimos a la puerta principal del edificio y salimos a la calle, cada uno tomando una dirección diferente.

Mientras caminaba hacia el supermercado, no pude evitar pensar en lo absurdo de la situación. Éramos dos adultos comportándonos como niños. Yo robando sus muestras de champú y ella, probablemente, tiñéndose el pelo mientras fingía que era su color natural.

Pero lo más absurdo de todo era que, a pesar de lo irritante que me resultaba, no podía negar que había algo en Audra Emrin que

me intrigaba. Quizá era eso: que no era el tipo de chica a la que estaba acostumbrado. No era previsible, ni fácil, ni impresionable.

Era simplemente... exasperante. Y, por alguna razón, eso la hacía interesante.

Entré en el supermercado y agarré una cesta. Saqué el móvil del bolsillo y revisé la lista que había preparado. Emma vendría en cualquier momento.

Los cereales de chocolate con avellanas eran imprescindibles. Desde que tenía doce años, se negaba a desayunar otra cosa. «Son los únicos buenos», decía siempre, como si fuera una experta catadora de cereales. Sonreí al pensar en ello y me dirigí al pasillo correspondiente para cogerlos.

También necesitaba compresas. La primera vez que Emma tuvo la regla estando conmigo fue todo un espectáculo. Tenía doce años recién cumplidos, no llevaba nada encima, y tuve que ir en coche a tres farmacias distintas buscando «las que tienen alas, súper y de noche, con la línea azul en el envase». Aparentemente, el resto le daban alergia o no absorbían bien. Desde entonces, siempre guardaba un paquete en casa para emergencias.

Localicé el tipo exacto que necesitaba y lo cogí.

Continué por los pasillos añadiendo cosas a la cesta.

Emma traía a mi vida una rutina diferente. Cuando ella venía, cocinaba de verdad, veíamos películas en el sofá, hablábamos durante horas. Era como si su presencia transformara mi apartamento en un auténtico hogar.

Seguí añadiendo cosas a la cesta: leche, café, huevos, pan..., lo básico. Y unas cervezas para mí. Empezaba a pesar, así que la cambié por un carrito.

Me detuve en la sección de perfumería y me quedé mirando los champús. Quizá debería comprar uno decente en lugar de seguir

usando las muestras robadas de Audra. Pero ¿dónde estaba la gracia en eso? Además, sentía curiosidad por saber cuánto tardaría en darse cuenta.

Pasé de largo y me dirigí a la caja. Mientras esperaba mi turno, vi una revista con una pelirroja en la portada. Me hizo pensar en Audra de nuevo. ¿Realmente se teñía el pelo o era natural? Tenía que admitir que, fuera como fuese, le quedaba bien. Le enmarcaba perfectamente esos ojos verdes que...

—¿Siguiente? —me llamó la cajera, interrumpiendo mis pensamientos.

Pagué, cargué las bolsas y salí del supermercado pensando en que debía dejar de darle tantas vueltas a mi irritante vecina. Tenía cosas más importantes en las que concentrarme, como los informes que había dejado a medias o encontrar un piso nuevo cuyas paredes no fueran de papel.

Aunque, muy en el fondo, una vocecita me decía que quizá no me importara tanto el ruido como creía.

Justo cuando estaba cruzando la calle, el móvil empezó a vibrar en mi bolsillo. Tuve que hacer malabarismos con las bolsas para poder sacarlo, y al mirar la pantalla vi la cara sonriente de Ender.

—Tío, ya era hora —fue lo primero que dijo mi mejor amigo cuando descolgué—. Llevo toda la semana mandándote mensajes. ¿Has entrado en modo ermitaño o qué?

—Estoy ocupado, no desaparecido —respondí mientras reacomodaba las bolsas en mis manos—. Los informes me están volviendo loco.

—Siempre igual. —Ender suspiró dramáticamente—. ¿Cómo está Emma?

—Bien, bueno, más o menos —dije mirando las bolsas—. Mi madre dice que está más insoportable que nunca con el tema del

divorcio. Aunque, bueno, ya sabes cómo es mi madre.

—Es normal, tío. Tiene catorce años, es la edad del drama. —Ender hizo una pausa—. Oye, ¿y cuándo piensas invitarme a ver tu nuevo piso? Llevas ahí varias semanas y todavía no me has enseñado tu nidito de amor.

Puse los ojos en blanco, aunque él no pudiera verme.

—No es ningún nidito de amor, Ender. Es temporal, ya te lo he dicho. Y no es el mejor momento para visitas.

—¿Por qué no? —preguntó con curiosidad.

—Es... la vecina.

—¿La vecina? —Su tono pasó de burlón a interesado en un segundo—. Cuenta, cuenta.

—La de al lado —dije vagamente—. Todo el día hablando, con la tele a toda pastilla, y para colmo tiene un gato que no para de maullar. No me deja concentrarme.

—¿Una señora mayor? —dijo mi amigo—. Hombre, no puede ser tan terrible.

No lo corregí. Mejor que pensara que era una anciana insoportable que una chica pelirroja que me sacaba de quicio.

—Tú no tienes que aguantarla a todas horas —repuse—. Las paredes son de papel, oigo hasta cuando le cambia el agua al gato.

—Bueno, las señoras mayores a veces están solas y solo quieren compañía —dijo Ender, siempre viendo el lado positivo—. A lo mejor podrías hablar con ella, igual tiene galletas caseras o algo.

Me reí al imaginarme a Audra en una cocina con delantal y una bandeja de galletas. Casi tan probable como que yo me hiciera monje.

—Créeme, no creo que sea de las que hacen galletas —murmuré —. En fin, ¿qué querías, además de cotillear sobre mi piso?

—Nada importante, solo saber cómo te va —respondió—. Y recordarte que me prometiste enseñarme ese piso en algún momento.

—Ya buscaremos un día —dije sin comprometerme—. Ahora tengo que dejarte, que estas bolsas pesan una barbaridad.

—Vale, pero me debes todos los detalles de tu nueva vida de vecino atormentado —insistió Ender—. Hablamos pronto.

Colgué con una media sonrisa. Ender siempre conseguía animarme, aunque fuera a base de tocarme las narices. Por un momento me pregunté qué pensaría si realmente conociera a Audra, pero enseguida deseché la idea. Lo último que necesitaba era a mi mejor amigo dando consejos sobre cómo lidiar con mi irritante vecina.

Aceleré el paso hacia casa. Tenía informes que terminar y, con un poco de suerte, la princesita ruidosa estaría fuera y podría disfrutar de unas horas de silencio.

3

El acosador de la sección de jerséis



Audra

No podía creerme que ya fueran las cuatro y media. La tarde se estaba haciendo interminable en Urban Hype. El centro comercial estaba más vacío de lo habitual para ser sábado, y nosotras llevábamos dos horas doblando camisetas que los pocos clientes que entraban se dedicaban a desdoblar inmediatamente.

—Te juro que como vuelva a ver a alguien cogiendo una camiseta de la pila para luego dejarla hecha un gurruño, voy a gritar —murmuré mientras doblaba por quinta vez la misma camiseta con el mensaje «AESTHETIC VIBES ONLY» en letras descoloridas.

Elaila, a mi lado, soltó una carcajada y me dio un ligero codazo.

—Tía, es nuestro trabajo. A ver si aprendes a sonreír un poco a los clientes, como hago yo.

—¿Te refieres a esa sonrisa falsa que pones cuando viene el encargado? —respondí arrugando la nariz—. Prefiero seguir con mi cara de póquer, gracias.

—Mi sonrisa no es falsa, es profesional —se defendió, pasándose una mano por su melena perfectamente lisa—. Además, te recuerdo que gracias a mi «sonrisa falsa» hemos superado el objetivo de ventas dos meses seguidos.

No podía discutirle eso. Elaila era el polo opuesto a mí en todo. Mientras yo me limitaba a hacer mi trabajo sin llamar la atención, ella convertía cada venta en un espectáculo.

—Vale, tú ganas —concedí, colocando la camiseta en la pila—. Eres la diosa de las ventas. Por eso estás aquí doblando camisetas conmigo en lugar de navegar en tu yate de lujo.

Ella puso los ojos en blanco, pero sonrió.

—Cuando encuentre un novio rico, te llevaré de crucero, lo prometo. Aunque, con tu actitud, te harán caminar por la tabla el primer día.

Estaba a punto de responderle cuando noté que alguien nos observaba. Bueno, me observaba *a mí*, para ser más exacta. Un tío con chaqueta de cuero que fingía mirar las sudaderas del fondo, pero que, en realidad, no dejaba de lanzarme miradas nada sutiles.

—No te gires —murmuré bajando la voz—, pero creo que el tipo de la chaqueta de cuero me está mirando.

Naturalmente, ella volvió la cabeza de inmediato para mirarlo. Tan discreta como un elefante en una cacharrería.

—¡Elaila! —siseé tirándole de la manga—. ¿Qué parte de «no te gires» no has entendido?

—Madre mía, Audra. Claro que te está mirando —afirmó, volviendo a su tarea como si nada—. Y no está nada mal. Tiene un rollo como de profesor universitario guaperas pero rebelde.

—¿Qué dices? —Negué con la cabeza mientras seguía doblando, esta vez unos pantalones de talle alto—. No, creo que no me está mirando a mí. Y no tiene pinta de profesor ni de nada. Solo de rarito.

—Te está mirando —insistió Elaila con una sonrisa de suficiencia—. De hecho, viene hacia aquí.

Levanté la vista justo a tiempo para ver que, efectivamente, el chico se acercaba. Tenía esa sonrisa de quien se cree irresistible y, por alguna extraña razón, eso me recordó a mi maldito vecino. Volví a centrarme en los pantalones que estaba doblando, como si fueran lo más fascinante del mundo.

—Buenas tardes —dijo el chico, y con el rabillo del ojo vi cómo Elaila se giraba hacia él con su mejor sonrisa comercial—. Me preguntaba si podríais ayudarme.

—Claro —respondió ella con su tono profesional—. ¿Qué estás buscando exactamente?

—En realidad —hizo una pausa y supe lo que venía antes de que lo dijera—, esperaba que *ella* pudiera ayudarme.

Por supuesto que sí. Me giré despacio, con una expresión que esperaba que transmitiera sin duda: «no me pagan lo suficiente para esto», y lo miré a los ojos.

—¿En qué puedo ayudarte? —pregunté con el tono de voz más plano que pude adoptar. El chico no pareció captar mi falta de interés, o tan solo decidió ignorarla.

—Estoy buscando un regalo para mi hermana —comenzó, pasándose una mano por el pelo en un gesto que seguramente consideraba atractivo—. Y como veo que tienes muy buen gusto para vestir, he pensado que quizá podrías aconsejarme.

Elaila me dio una patada disimulada por debajo de la mesa de doblado. Sabía lo que significaba: «Sé amable o nos meteremos en problemas».

—¿Qué edad tiene tu hermana? —pregunté intentando sonar profesional y no completamente hastiada.

—Tiene más o menos tu edad, diría yo.

—Tengo veintitrés —lo informé secamente—. ¿Tu hermana tiene veintitrés?

—Eh... —titubeó—. Sí, más o menos.

Mi amiga intervino antes de que yo pudiera decir algo más cortante.

—Tenemos algunas camisetas nuevas que son perfectas para chicas de esa edad —dijo señalando otra sección al fondo de la tienda—. ¿Qué te parece si te las enseño?

El chico me miró un momento más, visiblemente decepcionado por no poder seguir su patético intento de ligar conmigo, y al final asintió.

—Claro, gracias.

Elaila se lo llevó, no sin antes lanzarme una mirada que decía a las claras: «Eres un desastre». Quizá tenía razón. Pero después de mi desastrosa relación con Elio, lo último que me apetecía era lidiar con tíos que pensaban que una dependienta estaba ahí para ser su próxima conquista.

Volví a mis pantalones, pensando en que al menos podría seguir con mi trabajo en paz.

Apenas habían pasado cinco minutos cuando Elaila regresó y se colocó a mi lado, con una sonrisa que no presagiaba nada bueno.

—Audra, por favor, atiéndelo tú —me susurró, aunque lo suficientemente alto como para que el chico, que se había quedado mirando unas sudaderas a unos metros, pudiera oírla—. Está interesado en ti, no en mí.

—¿Qué? No —protesté bajando la voz—. Sabes que odio estos rollos. No quiero atender a tíos que vienen a ligar, no es mi trabajo.

—Venga ya, no seas así. Es majo, y parece que realmente le gustas. Además, te recuerdo que esta semana vamos flojas de ventas.

—Me da igual si es el tío más majo del planeta. No me apetece, en serio.

—Pues a mí me parece que necesitas socializar más —sentenció, y antes de que pudiera protestar, me dio un empujón no muy disimulado en dirección a él—. ¡Suerte!

Me encontré de repente a escasos metros del tipo de la chaqueta de cuero, que me miraba con una sonrisa esperanzada. Maldita Elaila y su obsesión por emparejarme con cualquier ser que respirara.

—Hola de nuevo —dije, intentando mantener un tono profesional —. Me ha dicho mi compañera que necesitas más ayuda con lo de tu hermana.

—Sí, eso parece —respondió, y al menos tuvo la decencia de parecer un poco avergonzado—. ¿Qué me recomendarías?

Suspiré para mis adentros y decidí acabar con eso lo antes posible.

—Bueno, si tiene veintitrés, como yo, estos jerséis de punto son tendencia este otoño. —Señalé una sección donde teníamos expuestos varios modelos—. Quedan muy bien con vaqueros y botas. O también tenemos estas blusas con estampado minimalista, que son bastante versátiles para el día a día.

El chico me siguió mientras le mostraba las diferentes opciones, asintiendo como si de verdad le interesara. Cuando terminé mi exposición, se quedó callado un momento, como debatiéndose internamente, y luego soltó una pequeña risa.

—En realidad..., mi hermana tiene quince años.

Me quedé mirándolo, completamente descolocada.

—¿Perdona?

—Lo siento —se apresuró a decir, pasándose una mano por el pelo —. Me he puesto nervioso y he dicho lo primero que se me ha

ocurrido.

—¿Te has puesto nervioso? —repetí, cada vez más confundida—. ¿Por qué?

—Bueno —se balanceó ligeramente sobre sus pies—, no hablo con chicas tan guapas todos los días. Y mucho menos si me miran como si quisieran asesinarme.

No supe si reírme o enfadarme más. Claramente, ese tío estaba intentando ligar conmigo de la forma más torpe posible, y por alguna razón eso me recordó a las series adolescentes que veía. Aquellas en las que el chico popular siempre se fijaba en la chica inadaptada.

Pero eso no era una serie. Y yo no estaba buscando un novio, ni mucho menos una cita. De hecho, lo último que quería en ese momento era involucrarme con alguien. Había decidido tomarme un descanso de los hombres. Un descanso largo, muy largo. Había estado bastante bien ese último año sin tener que preocuparme por mensajes no contestados, por celos o decepciones. Solo yo, Peluso y mis pinceles.

Además, ese chico parecía demasiado seguro de sí mismo, con su chaqueta de cuero y su sonrisa de «te gusto, lo sé».

—Mira —comencé, dispuesta a cortar por lo sano—, si realmente quieres comprar algo para tu hermana, puedo ayudarte. Si no...

—Dain —me interrumpió al tiempo que me tendía su mano—. Me llamo Dain.

Por pura cortesía, o quizá por instinto profesional, se la estreché.

—Audra —respondí de manera automática, soltando su mano tan rápido como pude.

—Audra —repitió, como saboreando mi nombre—. Te confieso que llevo días viniendo a la tienda porque me llamaste la atención la semana pasada. No he dejado de pensar en ti desde entonces.

Miré por encima de su hombro y vi a Elaila colocando un brazo a un maniquí, pero intentando escuchar nuestra conversación. Cuando se dio cuenta de que la observaba, hizo como si el maniquí cobrara vida y empezó a hacerlo bailar de forma ridícula, seguramente para hacerme reír. La muy traidora.

—Sabes que eso suena un poco acosador, ¿verdad? —dije volviendo a mirar a Dain.

Él se rio sin mostrarse ofendido por mi comentario.

—Lo sé, lo siento. Nunca se me ha dado bien esto. Por lo general, soy mucho más elocuente, pero hay algo en ti que me pone nervioso.

Suspiré. No es que fuera inmune a los halagos, pero en ese momento solo quería terminar mi turno, irme a casa y descansar. O, mejor aún, descubrir si mi teoría sobre las muestras de champú robadas era correcta.

—Mira, puedes rechazarme sin problema —continuó él con una sonrisa algo nerviosa—. Pero te juro que no soy ningún acosador ni un asesino en serie ni nada de eso. ¿Podría invitarte a una cena? ¿O a un café? Cualquier cosa, de verdad. ¿Podríamos intercambiar teléfonos para quedar?

Me quedé mirándolo sin saber qué responder. Una parte de mí deseaba decir que no automáticamente, como llevaba haciendo ese último año con cualquier tío que se me acercara. Era más fácil así. Sin complicaciones, sin expectativas, sin posibilidad de volver a sentir ese dolor aplastante que Elio me había dejado.

Pero otra parte, una que casi había olvidado que existía, se preguntaba si no era hora ya de intentarlo de nuevo. Siempre había querido salir de esa burbuja que me había autoimpuesto después de la ruptura. Esa burbuja en la que solo entraban Peluso, mis pinturas

y Elaila, y esta última porque era demasiado cabezota como para permitir que la echara.

Mi terapeuta me había dicho que podría empezar a salir de nuevo cuando me sintiera preparada. Pero ¿cómo saber cuándo estás preparada? No es como si fuera a caer una bandera del cielo con un cartel que dijera: «¡Felicidades! Ya has superado tu trauma, ahora puedes volver a confiar en los hombres». La vida no funcionaba así.

¿Cuándo se sabe que estás lista para volver a intentarlo después de que te hagan tanto daño? ¿Después de que la persona en la que más confías te traicione de la peor manera posible? No había un manual para eso, no había reglas claras. Solo yo, mis miedos y un chico aparentemente normal que me estaba pidiendo mi número.

Además, ¿y si resultaba ser igual que Elio? ¿O, peor, igual que mi vecino? Mi mente comenzó a recrear escenarios catastróficos en los que Dain resultaba ser un mujeriego que traía a una chica diferente cada fin de semana. O que me engañaba con mi mejor amiga. O que de pronto desaparecía sin explicación alguna.

Pero también podía ser... normal. Alguien decente. Alguien con quien tomar un café sin que el mundo se acabara.

—¿Sabes qué? Vale —dije al fin, sorprendiéndome incluso a mí misma—. Pero solo un café, ¿de acuerdo?

La sonrisa que se dibujó en su rostro fue tan genuina que por un momento me hizo dudar si había hecho lo correcto o acababa de cometer un terrible error.

—Genial —respondió sacando su móvil del bolsillo—. ¿Me das tu número?

Asentí y vi cómo lo desbloqueaba y me lo pasaba para que lo tecleara. Mientras lo hacía, noté que sacaba otro teléfono para responder un mensaje.

—¿Dos móviles? —pregunté alzando una ceja mientras le devolvía el suyo.

—Sí —respondió mientras guardaba los dos—. Soy arquitecto. Uno personal y otro de trabajo. El trabajo me vuelve loco a veces, así que prefiero tenerlos separados.

—Arquitecto —repetí—. Espero que construyas casas con las paredes más gruesas que las del edificio donde vivo.

Se rio, aunque no podía entender mi pequeña broma privada sobre mi vecino infernal.

—Intentamos que las paredes sean lo suficientemente gruesas, sí —respondió—. ¿Problemas con los vecinos?

No tenía ni idea.

—Te prometo que no te arrepentirás —continuó—. Conozco sitios muy chulos. ¿Estás disponible el miércoles?

—El miércoles voy de mañana —respondí pensando en mis turnos.

—Entonces, ¿qué tal por la tarde-noche? —propuso—. Una merienda-cena. Conozco una cafetería muy bonita cerca del río Willamette. Tienen unas tartas increíbles.

Tartas. Había dicho «tartas». Ese tío sabía cómo llegar a mi corazón, claramente.

—Vale, me parece bien —dije.

—Perfecto. Te escribo mañana para concretar hora, ¿sí? —Sonrió antes de dar un paso atrás para marcharse—. Ha sido un placer conocerte, Audra. Y gracias por darme una oportunidad.

—De nada —respondí sin saber muy bien qué más decir.

Se despidió con un gesto y se dirigió hacia la salida. Yo me quedé allí como atontada, sin terminar de creerme lo que acababa de hacer. Había aceptado una cita. Una cita real. Con un chico real. Después de más de un año de aislamiento voluntario.

Apenas tuve tiempo de procesar lo ocurrido cuando sentí unas manos que me agarraban por los hombros y me sacudían como si fuera un muñeco de trapo.

—¡Tienes una cita! —chilló Elaila tan cerca de mi oído que casi me dejó sorda—. ¡Una cita de verdad!

—Y tú vas a tener familia numerosa con el maniquí, por lo que veo —respondí señalando al muñeco, al que había dejado en una posición bastante comprometedora—. ¿Quieres que os dejemos solos? Puedo cubrirte durante el descanso.

Elaila soltó una carcajada y me dio un empujón amistoso.

—No cambies de tema. ¡Has quedado con él! ¡Mi pequeña está creciendo! —Fingió secarse una lágrima imaginaria—. Estoy tan orgullosa.

—No exageres. Solo es un café.

—Empiezas con un café y acabas con... —comenzó, pero se interrumpió de golpe al mirar hacia la entrada—. Alerta roja, alerta roja... La señora Lurit y el demonio de su hija. Las peores.

Me giré y, efectivamente, allí estaban. La señora Lurit, con su permanente impecable y su bolso de marca, junto a su hija adolescente, que tenía la habilidad única de desdoblar una pila de treinta camisetas en menos de cinco minutos solo para acabar no comprando nada.

—Te toca —dije rápidamente, intentando escabullirme hacia la trastienda.

—De eso nada. —Me agarró del brazo—. Tú estás de buen humor por primera vez en siglos. Aprovecha y atiéndelas. A lo mejor hasta consigues venderles algo.

—¿Y que me contagien su mala leche? No, gracias —protesté, pero ya era tarde. La señora Lurit nos había visto y se dirigía hacia nosotras con paso decidido.

—Buenos días, chicas. Necesitamos ayuda para encontrar un vestido para Sofía. Es para una fiesta muy importante.

Miré a Elaila para que me echara un cable, pero la muy traidora dio un paso atrás y fingió que tenía que reorganizar las blusas de una percha cercana.

—Claro, señora Lurit —respondí con la mejor sonrisa falsa de mi repertorio—. ¿Qué tipo de vestido está buscando Sofía?

Y, mientras me adentraba en lo que prometía ser una hora interminable de «esto no, aquello tampoco, demasiado corto, demasiado largo, demasiado brillante, demasiado apagado», no pude evitar preguntarme si habría tomado la decisión correcta con Dain.

Cuando por fin la señora Lurit y su hija se marcharon, me encontré a Elaila apoyada en el mostrador, arqueando repetidamente ambas cejas y haciendo ese baile tan raro que solo ella sabía hacer con ellas.

—Ni se te ocurra decir nada —le advertí señalándola con el dedo mientras me acercaba—. Ni una palabra.

—¿Yo? —Se llevó una mano al pecho con fingida inocencia—. Quería decirte que estoy muy orgullosa de ti.

—Solo he aceptado por la tarta —murmuré mientras comenzaba a reorganizar el mostrador, que había quedado hecho un desastre—. Ha dicho «tarta» y ya no he podido resistirme.

—Mentira cochina —respondió Elaila con una sonrisa que amenazaba con partirle la cara en dos—. ¡Puede que sea el amor de tu vida! Imagínate contándoles a vuestros hijos cómo conociste a su padre: «Pues veréis, niños, papá vino a la tienda fingiendo comprar algo para su hermana, pero en realidad era una excusa para ligar conmigo».

No pude evitar reírme ante su dramatización exagerada. Incluso había cambiado el tono de voz para sonar más solemne.

—No, no será así. —Negué con la cabeza—. Como mucho, será una anécdota para contar cuando me pregunten por mi peor cita.

—¡Qué negativa! —Me dio un golpecito en el hombro—. Yo creo que te va a encantar. Y, con suerte, dejarás de ser una monja de clausura. Porque, seamos sinceras, llevas tanto tiempo sin sexo que seguro que tienes telarañas ahí abajo.

—¡Elaila! —exclamé tapándole la boca con la mano mientras miraba alrededor para asegurarme de que ningún cliente la había oído—. ¿Quieres que nos despidan?

Apartó mi mano riendo a carcajadas.

—Es que es verdad. Llevas más tiempo de sequía que el desierto del Sahara.

—Exagerada —murmuré, aunque no pude evitar reírme también —. Si tú supieras...

—¿Qué? —Sus ojos se abrieron como platos—. ¿Hay algo que no me has contado? ¿Has tenido una aventura secreta y no me he enterado?

—No, claro que no —respondí rápidamente—. Solo digo que no todo en la vida es sexo, ¿vale?

—Ya, ya —asintió con esa sonrisa que indicaba que no me creía en absoluto—. Pero admite que un poco de ejercicio horizontal no te vendría mal.

—Vale, sí, lo admito —cedí, mientras empezaba a doblar una pila de jerséis—. Pero suficiente tengo con oír a mi vecino por las noches. No puedo llevar a nadie a casa porque allí se oye absolutamente todo.

—¿El vecino macizo? —preguntó Elaila acercándose más, como si fuera a contarle un secreto de Estado.

—Ese mismo. Como siga así, voy a llamar a Bienestar Animal porque los gemidos de sus conquistas suenan como tortugas sufriendo —dije imitando los gemidos exagerados que oía a través de la pared.

Elaila se dobló de la risa, agarrándose el estómago.

—¡No puedo creerlo! —exclamó entre carcajadas—. ¿Como tortugas sufriendo? ¿Y cómo sabes tú cómo suenan las tortugas cuando sufren?

—No lo sé, pero estoy segura de que tiene que ser algo así —respondí contagiada por su risa—. En serio, parecen tan falsos que me dan vergüenza ajena.

—A lo mejor es que es muy bueno —sugirió Elaila con un guiño.

Y, mientras continuábamos riendo y hablando de mi vecino del infierno, me di cuenta de que, por primera vez en mucho tiempo, me sentía ligera. Como si una pequeña parte del peso que había estado cargando durante el último año se hubiera desprendido de mis hombros.

Lo curioso es que no sentía nada especial respecto a Dain. Ningún cosquilleo, ninguna emoción, ni siquiera curiosidad genuina. Mis muros seguían donde siempre: altos, gruesos e impenetrables. Ni una grieta, ni un rasguño. Nada. Cuando, en teoría, debería estar nerviosa o ilusionada por tener una cita después de tanto tiempo. Era como si esa parte de mí, la que se emocionaba con las citas y las posibilidades, siguiera completamente anestesiada.

Tal vez esa cita con Dain no fuera el fin del mundo después de todo. Pero tampoco sería el principio de nada nuevo. Y quizá, solo quizá, estuviera lista para dejar el pasado atrás, aunque fuera solo por el gesto mecánico de salir con alguien, sin esperar realmente que nada cambiara dentro de mí.

4

La venganza se sirve en paquete grande



Audra

Era martes por la mañana y, por primera vez en semanas, tenía la casa patas arriba. Vale, quizá no era la primera vez, pero sí la primera que realmente me daba cuenta de lo desastrosa que estaba. Tazas por todas partes, la ropa sucia desbordando la cesta y mi mesa de dibujo convertida en un caos organizado de pinceles, acuarelas y carboncillos.

Llevaba toda la mañana limpiando y, aunque había avanzado bastante, seguía sintiendo que apenas había arañado la superficie del desorden. Lo peor era la montaña de ropa para lavar. Tendría que bajarla a la lavandería del edificio, y sabía por experiencia que los martes solía estar llena. Pero no podía posponerlo más, a menos que quisiera empezar a vestir al gato con mis camisetas porque no me quedaba nada limpio.

—¡Peluso! —llamé, apartando una pila de libros de la mesa—. ¿Dónde te has metido? Como hayas vuelto a esconderte entre la ropa sucia, te juro que...

Un maullido proveniente de la cocina me interrumpió. Allí estaba, el muy traidor, tumbado sobre el único rayo de sol que entraba por la ventana. Llevaba puesto su jersey de rayas marineras, el que reservaba para sus momentos de pose más fotogénicos.

—Qué bien te lo montas mientras yo limpio, ¿eh? —le dije mientras me acercaba para rascarle detrás de las orejas. Peluso entornó los ojos y se estiró con pereza, como si dijera «sí, ¿y qué?».

Suspiré y volví a mi taza de café, ya frío porque llevaba media hora dándole vueltas a la limpieza. Le di un trago y arrugué la nariz. Horrible. Pero la cafeína era cafeína y la necesitaba si quería terminar con todo eso.

Me acerqué a la mesa de dibujo y contemplé los dos encargos que tenía pendientes. Un perro con su dueño —el típico retrato que te piden porque el perro está mayor y quieren un recuerdo—, y el otro de una familia. Elaila me conseguía estos trabajos de vez en cuando; tenía contactos por todas partes y siempre estaba dispuesta a recomendarme cuando alguien mencionaba que quería un retrato. Era un dinero extra que me venía bien, aunque a veces me costaba encontrar tiempo entre la tienda y mis propios proyectos artísticos.

El de la familia estaba casi terminado. Solo me faltaba darle los últimos toques, esos detalles que marcan la diferencia entre un retrato correcto y uno que realmente captura a las personas.

Alguien llamó al timbre. Solté un suspiro exasperado.

Me acerqué a la puerta y eché un vistazo por la mirilla. Un repartidor. Extraño, no esperaba ningún paquete. Abrí la puerta con curiosidad.

—¿Sí?

—Buenos días —dijo el chico, con aspecto cansado—. Tengo un paquete para el 8.º B. Llevo llamando al timbre un rato, pero nadie contesta. ¿Sabe si el vecino está en casa?

—No creo —respondí, recordando que a esa hora Ryker solía estar trabajando—. No lo he oído en toda la mañana.

—Es que es un paquete que necesita firma —explicó el repartidor, mostrándome una caja de tamaño mediano—. ¿Podría dejárselo a usted? Es para un tal Ryker Lancer.

Me quedé mirando el paquete mientras una idea se formaba en mi cabeza. Ryker. El ladrón de champús. El que me había robado mis preciadas muestras. Ahí estaba el karma, presentándose en mi puerta con la forma de un repartidor cansado y un paquete que necesitaba firma.

Sabía que no debería. Era mezquino, infantil y probablemente ilegal quedarse con el paquete de otra persona. Pero, por otro lado..., él había empezado. Y eso era justicia poética.

—Claro, yo se lo daré —dije con mi mejor sonrisa inocente—. Somos vecinos, no hay problema.

El repartidor suspiró aliviado y me entregó el aparato para firmar. Garabateé mi nombre lo más ilegible que pude —por si acaso— y cogí el paquete. Era más pesado de lo que parecía.

—Gracias —dijo el chico—. Que tenga un buen día.

En cuanto cerré la puerta, una sonrisa traviesa se dibujó en mi cara. Me acerqué al armario del pasillo, ese donde guardaba las cosas que nunca usaba, y escondí el paquete detrás de un montón de mantas viejas. Cerré la puerta como quien esconde un tesoro y volví a mi limpieza, con una sensación de victoria recorriendo mi cuerpo.

—¿Ves, Peluso? —dije en voz alta—. Así es como se hace justicia en este edificio.

Mi gato, por supuesto, me ignoró completamente, más interesado en lamerse la pata que en mis pequeñas venganzas.

Pasé las siguientes horas limpiando, ordenando, clasificando ropa sucia y rescatando tazas de lugares improbables. ¿Cómo había llegado una taza al estante más alto del baño? Ni idea.

Después de terminar con la cocina, me senté en el sofá para tomar un respiro. Peluso saltó a mi lado y empezó a frotarse contra mi brazo, exigiendo atención inmediata.

—Ven aquí, pequeño divo —le dije mientras lo cogía y lo colocaba en mi regazo.

Le rasqué detrás de las orejas, su punto débil, y después empecé a examinar su piel con cuidado. Desde que lo rescaté, su piel siempre había sido un tema delicado. Lo vi en un cartel de la clínica veterinaria: «Busca hogar urgente». Cuando pregunté, me contaron que venía de un criadero que lo había descartado por sus problemas de piel, demasiado costosos y complicados para un vendedor que solo buscaba beneficios rápidos.

Los jerséis que le ponía no eran solo una cuestión de moda o un capricho mío: eran una necesidad para proteger su piel. Su falta de pelo lo dejaba expuesto a todo: rozaduras que se convertían en llagas, reacciones alérgicas ante cualquier producto, dermatitis que aparecían de la nada. Entre la cara pomada antibiótica y las consultas al veterinario dermatológico, mi cuenta quedaba vacía a fin de mes. Pero por Peluso habría hecho cualquier cosa. Al fin y al cabo, él había estado ahí para mí cuando nadie más lo estuvo, con su ronroneo constante y esa mirada tranquilizadora que solo él sabía dedicarme.

—Todo parece estar bien —murmuré mientras comprobaba que no tuviera escamas o zonas irritadas—. El nuevo champú está funcionando.

Peluso me respondió con un suave ronroneo, como siempre hacía cuando recibía atenciones exclusivas.

Estaba a punto de levantarme para seguir con la limpieza cuando oí el familiar ruido de llaves en la puerta de al lado. Ryker acababa de llegar a casa. Siempre hacía el mismo ritual: dejaba caer las llaves ruidosamente en el cuenco que tenía en la entrada —lo sabía porque el sonido era inconfundible— y luego cerraba la puerta de un portazo que hacía retumbar la pared.

Como si quisiera confirmarlo, el estruendo de la puerta sacudió ligeramente los cuadros en mi piso. Bufé. «¿Es que este hombre no tiene ni una pizca de consideración?».

Peluso, que parecía haber desarrollado un odio personal hacia Ryker, imitó mi bufido y arrugó su pequeña nariz. No pude evitar reírme.

—Estamos sincronizados, ¿eh? Bueno, hora de ocuparnos de la montaña de ropa sucia.

Cogí la cesta y el gato me siguió hasta la puerta, pero lo detuve con el pie.

—Tú te quedas. La última vez que te dejé venir casi te metes en la lavadora.

Peluso me miró con esa expresión de «yo nunca haría eso» que solo él sabía poner, pero le cerré la puerta antes de que pudiera escaparse.

Me dirigí al ascensor con la cesta y pulsé el botón. Por una vez, no tuve que esperar ni treinta segundos. Entré, pulsé el botón del piso –1 y bajé al sótano, donde estaban las lavadoras comunitarias.

Cuando salí al pasillo del sótano, sentí ese escalofrío que siempre me recorría en ese lugar. Era oscuro, con una iluminación tenue y amarillenta que parpadeaba cada pocos segundos, y olía a humedad y a detergente. El típico escenario de una película de terror.

Caminé rápidamente hasta la sala de lavadoras, consciente de cada pequeño ruido a mi alrededor. Por suerte, cuando llegué, la

sala estaba vacía. Sonreí. Quizá este día no iba a ser tan malo después de todo.

Pero mi sonrisa duró poco, pues enseguida vi que, de las seis lavadoras que había, solo dos funcionaban. Las demás tenían un cartel de «FUERA DE SERVICIO» escrito con un rotulador rojo que parecía gritar de frustración, igual que yo.

—Típico —murmuré mientras dejaba la cesta sobre la mesa central —. Al menos no hay que esperar turnos.

Comencé a separar la ropa: blanca por un lado, oscura por otro y delicada en un montón aparte. Había cogido la buena costumbre de lavar los jerséis de Peluso por separado, con su jabón especial.

Mientras clasificaba, no podía evitar sentirme observada. Era una tontería, claro, pero ese sótano siempre me había dado mal rollo. Las paredes de hormigón descascarillado, las tuberías que cruzaban el techo como venas metálicas, ese zumbido constante que no sabías si venía de las máquinas o de algo más siniestro oculto tras las paredes...

Un golpe sordo, como si alguien hubiera dejado caer algo pesado justo encima de mí, me hizo dar un respingo. Levanté la vista hacia el techo, pero no vi nada inusual. Solo manchas de humedad con formas que, si las mirabas el tiempo suficiente, parecían caras observándote.

—Son las cañerías —me dije a mí misma—. Solo eso.

Continué separando las prendas, ahora con movimientos más rápidos. Cogí varias piezas de ropa interior, entre ellas, las bragas de encaje rojo intenso que me había regalado Elaila para «levantar el ánimo» y que nunca había usado, y las dejé en el montón de la ropa delicada.

De repente, un chirrido metálico, como de uñas arañando una pizarra, me erizó el vello de todo el cuerpo. Venía de algún lugar

dentro de la pared, cerca de las tuberías del agua.

—Vamos, Audra, que no tienes doce años —me regañé.

Otro golpe, esta vez más cerca. Y luego un sonido de pasos que parecían aproximarse por el pasillo. Me quedé inmóvil, con las bragas rojas en la mano y el corazón a punto de salírseme del pecho.

Los pasos se detuvieron justo frente a la puerta de la lavandería.

Y entonces la puerta se abrió de golpe.

—¡AAAAH! —Mi grito resonó por toda la sala mientras daba un salto hacia atrás y lanzaba por los aires las bragas que tenía en la mano.

Ryker se quedó petrificado en la entrada, con una cesta de ropa bajo el brazo y una expresión de absoluta confusión en la cara. Mis bragas rojas volaron por los aires y aterrizaron directamente en su cesta, llena de sábanas, camisetas blancas y ropa interior gris.

—¿Se puede saber qué te pasa? —preguntó, mirándome como si me hubiera vuelto completamente loca.

Me llevé una mano al pecho, intentando controlar mi respiración acelerada.

—¡Me has asustado! —lo acusé, sintiendo cómo mis mejillas se encendían de vergüenza al darme cuenta de lo ridícula que había sido mi reacción.

—Perdona, pero yo solo he abierto la puerta —respondió él arqueando una ceja—. No es culpa mía que estés en modo película de terror.

Tragué saliva mientras trataba de recuperar algo de dignidad. ¿Por qué tenía que ser justo él quien me viera así? ¿Y por qué tenía que estar tan condenadamente atractivo incluso con una estúpida camiseta gris y esos vaqueros desgastados?

—Es que... había sonidos raros —me justifiqué, señalando vagamente hacia las paredes—. Y pasos.

—Los pasos probablemente eran míos —dijo entrando en la sala —. Y los sonidos son normales en un edificio viejo. Las tuberías, ya sabes.

—Ya lo sé —respondí bruscamente mientras me agachaba para recoger el resto de mi ropa que había quedado desperdigada por el suelo—. No soy idiota.

—Nunca he dicho que lo fueras —contestó—. Solo algo... nerviosa.

Ryker se acercó a la lavadora libre y, sin molestarse en separar nada, metió toda su ropa directamente en el tambor. Metió las sábanas, los calcetines, las camisetas..., todo revuelto, como si fuera lo más normal del mundo. Me pregunté cómo un tipo tan aparentemente meticuloso con su aspecto podía ser tan desastroso con el cuidado de su ropa.

Cuando vi que metía mis bragas rojas junto con sus inmaculadas prendas blancas sin siquiera notarlo, una sonrisa maliciosa se dibujó en mi cara. «¡Que lo jodan!». No pensaba avisarlo. Si el señor Lo-meto-todo-junto-porque-soy-un-hombre-muy-ocupado acababa con toda su ropa teñida de rosa, sería el karma devolviéndole parte de lo que se merecía por pesado y por gruñón.

Mientras volvía a mi tarea de clasificación, no pude evitar dirigirle una mueca burlona, imitando exageradamente su expresión cuando me había visto gritar.

—¿Me estás haciendo burla? —preguntó girándose hacia mí con el detergente en la mano.

—¿Yo? No, qué va. Eso sería muy infantil.

—Sí, sería muy infantil —afirmó, echando el detergente directamente sobre la ropa sin usar el cajetín correspondiente.

Terminé de meter mi ropa en la lavadora al tiempo que trataba de ignorar su presencia, pero era difícil con él tan cerca.

—Hablando de cosas infantiles —dijo de repente—, ¿sabes algo de un paquete que debería haber llegado esta mañana? El sistema dice que está entregado.

—Ni idea —repuse, concentrándome en mi ropa como si fuera lo más interesante del mundo—. Yo no he visto nada.

Ryker se rio con incredulidad.

—Seguro —murmuró, programando la lavadora.

—Hablando de cosas que huelen bien —cambié de tema, mirándolo directamente—. Tu pelo huele genial. ¿Qué champú usas?

Lo vi tensarse ligeramente antes de girarse hacia mí con esa sonrisa de medio lado que ya empezaba a resultarme demasiado familiar.

—Gracias. Es mi nuevo champú —respondió con tono despreocupado—. A las chicas les encanta.

—Claro, imagino que especialmente a esas que fingen orgasmos cada noche contigo —dije sin pensar, arrepintiéndome al instante de haber sido tan directa.

En lugar de ofenderse, Ryker soltó una carcajada.

—Vaya, vecina, ¿acaso estás pendiente de lo que pasa en mi cama? —preguntó, acercándose un paso hacia mí—. No sabía que te interesara tanto.

Sentí que me ruborizaba hasta la raíz del pelo, pero me mantuve firme.

—Difícil no hacerlo cuando los oigo a través de la pared —respondí al tiempo que metía mi ropa en la lavadora con más fuerza de la necesaria—. Por cierto, la próxima vez que quieras dar un concierto nocturno, considera cantar en la ducha a una hora más civilizada.

—Lo tendré en cuenta —dijo apoyándose contra la lavadora mientras me observaba—. Aunque me gusta más cantar después de..., bueno, ya sabes.

Puse los ojos en blanco y cerré la lavadora con un golpe seco.

—No entiendo cómo puedes ser tan...

—¿Irresistible? —sugirió con una sonrisa burlona.

—Iba a decir insoportable, pero veo que ni siquiera sabes lo que significa esa palabra.

Me crucé de brazos y programé la lavadora con fuerza, pulsando los botones como si cada uno tuviera la cara de Ryker. ¿Cómo podía ser tan irritante? Su sola presencia me crispaba los nervios. Ese aire de superioridad, esa manera de mirarme como si yo fuera algún tipo de espectáculo para su diversión.

—Al menos yo no soy quien habla con una rata calva como si fuera una persona —dijo entonces de repente, interrumpiendo mis pensamientos.

—¡Un respeto! Se llama Peluso y, para que lo sepas, tiene más estilo y es más amable que tú.

—Y más grasa —añadió con una sonrisa burlona—. Deberías ponerlo a dieta. Esa bola de pelo está a un jersey de distancia de explotar.

—¡Es un gato sin pelo! —exclamé—. ¿Cómo va a tener una bola de...?

—Por cierto —me interrumpió mirando su reloj—, si encuentras mi paquete, déjalo en la puerta. Y, si no, igual que con el champú, ya ajustaremos cuentas.

Y, antes de que pudiera responderle, dio media vuelta y salió de la lavandería, dejándome allí con la palabra en la boca.

Era increíble. El muy capullo no solo admitía indirectamente que me había robado el champú, sino que encima tenía la desfachatez

de acusarme de robarle el paquete. Vale, era cierto, pero ese no era el punto. Y lo peor de todo es que siempre conseguía tener la última palabra, dejándome allí plantada como una idiota.

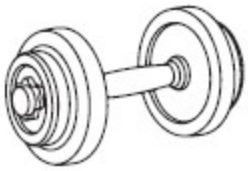
—Que le den —gruñí dando una patada a la lavadora—. Espero que su ropa blanca salga rosa.

Lo odiaba. Lo odiaba con cada fibra de mi ser. Odiaba su sonrisa prepotente, su pelo perfecto, sus comentarios mordaces, su forma de caminar como si el mundo le perteneciera. Odiaba cómo me hacía sentir: pequeña, estúpida e insignificante. Y, sobre todo, odiaba no haber sido capaz de responderle como se merecía.

La próxima vez, me prometí a mí misma, no me pillaría desprevenida. La próxima vez, yo tendría la última palabra.

5

Un armario completo en rosa



Ryker

Llevaba toda la tarde concentrado en una presentación para un posible cliente cuando empecé a oír un ajetreo inusual en el apartamento de al lado. Por lo general, los ruidos de la princesita consistían en ella hablando con su gato o desafinando en la ducha, pero esto era diferente. Risas, conversaciones, el sonido de vasos y platos. Parecía que no estaba sola.

Miré el reloj. Las seis de la tarde. Era hora de bajar a recoger mi colada. Había puesto el programa completo, con secado incluido, para no tener que subir y bajar dos veces.

Al pasar junto a la puerta de Audra, percibí con más claridad las voces. Una era de mujer, probablemente su amiga. Seguí mi camino hacia el ascensor pensando que al menos su vida social activa me daría un respiro esa noche. Con un poco de suerte, saldría y me dejaría en paz.

Cuando llegué a la lavandería, la ropa de mi vecina ya no estaba. Mejor. Lo último que me apetecía era otro encuentro con ella y sus

comentarios ácidos sobre mi vida privada. Abrí la lavadora, metí la mano para sacar la primera tanda y...

—Pero ¿qué demonios...? —murmuré cuando vi que mi camiseta blanca favorita ahora tenía un tono rosa pastel.

Saqué más ropa. Mi camisa blanca para el trabajo: rosa. Los calcetines blancos: rosas. Los bóxeres blancos: rosas. Todo, absolutamente todo lo que era blanco ahora parecía haberse teñido.

—Maldita sea —gruñí mientras vaciaba la lavadora con furia—. No puede ser.

Entonces, en el fondo del tambor, encontré al culpable: unas bragas de encaje rojo intenso. Las saqué con dos dedos como si fueran algo tóxico y las examiné. Pequeñas, de encaje, con un lazo diminuto en la parte delantera. Sin duda, propiedad de mi insufrible vecina.

Por un instante, mi cerebro me traicionó imaginando cómo le quedarían puestas a su dueña. Sacudí la cabeza de inmediato, irritado conmigo mismo por el pensamiento. Lo último que necesitaba era visualizar a Audra con ropa interior de encaje rojo.

—Maldita princesita —mascullé, lanzando las bragas a mi cesta junto con mi ropa arruinada—. Esto ha sido a propósito.

Terminé de recogerlo todo y subí a mi apartamento, mi enfado creciendo con cada piso que ascendía. Al llegar, extendí toda la ropa sobre la cama para evaluar los daños. Todo arruinado.

Cogí una de mis camisas, la que usaba para reuniones importantes, y la miré a contraluz. El rosa era sutil, pero innegable. No podía presentarme en la oficina así. Tendría que reemplazar mi armario blanco prácticamente entero.

—Genial —dije en voz alta, lanzando la camisa sobre la cama—. Simplemente genial.

Me pasé una mano por el pelo, frustrado. No podía creer que algo tan ridículo como unas bragas rojas hubiera causado tanto desastre. Y estaba convencido de que no había sido un accidente. Primero, el robo de mi paquete y, ahora, eso. La guerra ya había comenzado.

Y eso que yo solo había tomado prestadas unas muestras de champú... Eso era llevar las cosas demasiado lejos.

Mientras ordenaba el desastre, las voces y las risas provenientes del apartamento de al lado se intensificaron. No pude evitar acercarme a la pared para escuchar mejor. Me sentía con derecho a algo de información sobre el enemigo.

—... cita con un arquitecto el miércoles —oí que decía una voz que no era la de Audra—. Suena perfecto, ¿no crees? Es guapo, tiene trabajo estable y, encima, tiene buen gusto. ¡Arquitecto, tía!

—Ya te he dicho que no es para tanto, Elaila. —Esa era Audra, con su tono habitual de «todo me da igual»—. Es solo un café.

—Un café que podría convertirse en una cena, que podría convertirse en un desayuno... —La tal Elaila soltó una carcajada escandalosa.

Así que la princesita tenía una cita con un arquitecto. Vaya, vaya. No es que me importara, claro. Pero era información interesante. La chica que parecía despreciar a toda la humanidad iba a tener una cita. Casi sentía lástima por el pobre arquitecto, que no sabía dónde se estaba metiendo.

De repente, el timbre de mi puerta sonó, sobresaltándome. Me alejé de la pared como si me hubieran pillado haciendo algo ilegal y fui a abrir.

Al otro lado estaba Ender, con una sonrisa de oreja a oreja y un pack de cervezas en la mano.

—¡Sorpresa! —exclamó levantando las botellas—. Ya que la montaña no va a Mahoma, Mahoma trae las birras a la montaña.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, aunque no pude evitar sonreír.

—¿Así saludas a tu mejor amigo? Llevo semanas intentando que me invites a ver este sitio y, como no lo haces, he venido por mi cuenta. Unas birras, una peli, ¿qué me dices?

Suspiré, pero me hice a un lado para dejarlo pasar. En realidad, me alegraba verlo. Y, para mi alivio, justo en ese momento las voces del apartamento de al lado se apagaron.

—Adelante —le dije mientras cerraba la puerta—. Agradece que la vecina se haya callado.

—¿Se ha dormido? —bromeó Ender mientras entraba—. Mejor para nosotros.

Mi amigo comenzó a inspeccionar mi apartamento con curiosidad.

—¿Qué tal te va con la señora del gato? —preguntó mientras abría la nevera y metía las cervezas—. ¿No se queja de tus fiestas nocturnas?

—No, pero es bastante molesta —respondí, sin corregir su asunción de que mi vecina era una anciana.

Ender abrió dos cervezas y me pasó una.

—Seguro que es como todas las viejas de los edificios antiguos —dijo dando un trago—. Ya sabes, esas que dan miedo, tienen cien gatos y espían por la mirilla.

—Ender, habla más bajo —le advertí, consciente de que, con esas paredes, Audra podría oír cada palabra—. Te he dicho que las paredes son de papel.

Pero él, como siempre, no hizo caso.

—Apuesto a que tiene una nariz enorme —continuó, haciendo gestos exagerados con las manos—. Y verrugas por toda la cara. De esas que te miran como si fueras un criminal solo por tirar la basura cinco minutos después de la hora permitida.

—En serio, baja la voz —insistí. No porque me importara ofender a Audra, sino porque temía que se enterara de que la había descrito como una anciana.

—¡Bah! No te preocupes. —Me dio una palmada en el hombro—. Yo me llevo genial con las ancianas. Soy el nieto que todas quieren tener. Debería presentarme.

—No, no deberías —dije con firmeza, pero ya era tarde.

Ender había dejado su cerveza en la encimera y se dirigía a la puerta.

—¿Qué haces? —pregunté alarmado.

—Voy a presentarme a tu vecina —respondió con naturalidad—. Establecer relaciones diplomáticas. Mejorar el ambiente. Ya sabes.

—Ender, no... —Intenté detenerlo, pero el muy idiota ya había salido al rellano y se dirigía a la puerta de Audra.

Maldije entre dientes y salí tras él, pero ya era demasiado tarde. Mi amigo estaba plantado frente a la puerta de Audra, con el dedo en el timbre.

—¿Qué demonios haces? —le susurré, tirando de su brazo inútilmente.

—Tranquilo, tío. —Me guiñó un ojo—. Seguro que, si me hago amigo de la vieja, nos dará galletas a los dos. Todas las abuelas hacen galletas, es como una ley universal.

Oí cómo retiraban el pestillo desde dentro. Cerré los ojos, preparándome para el desastre. La puerta se abrió despacio y entonces...

—Hola —saludó Audra con una media sonrisa.

Vi cómo la expresión de Ender cambiaba de la alegría al desconcierto en cuestión de segundos. Se quedó mirándola con la boca ligeramente abierta, como si acabara de ver un fantasma.

Audra llevaba un top negro de tirantes finos bajo un cárdigan blanco de punto que le quedaba algo grande y unos pantalones grises anchos de cintura alta. Iba descalza, y un mechón de su pelo rojo caía rebelde sobre sus ojos.

—Hola —repitió alzando una ceja al ver que Ender seguía sin decir nada—. ¿Necesitáis algo?

Mi amigo se aclaró la garganta, se giró hacia mí como pidiendo ayuda y volvió a mirarla.

—Perdona, yo... —Carraspeó de nuevo—. Soy Ender, el amigo de Ryker. Solo quería presentarme. Ya sabes, porque eres su vecina y eso.

Audra sonrió y estiró la mano.

—Un placer. Soy Audra, la vieja anciana de los cien gatos. Aunque solo tengo uno, y es bastante calvo.

Ender estrechó su mano, avergonzado.

—No, yo... lo siento mucho, no sabía que..., o sea, pensaba que... —balbuceó.

—¿Que olía a colonia fuerte y a antipolillas? —completó ella—. No te preocupes, no es la primera vez que me toman por una señora de ochenta años con verrugas en la cara. De hecho, me dedico a hacer pociones con sapos en mis ratos libres.

Ender soltó una carcajada nerviosa y pude ver cómo me lanzaba una mirada que claramente decía «me las vas a pagar». Luego negó con la cabeza, mirándome fijamente.

Acto seguido, levantó un dedo, entró en mi apartamento y oí que abría la puerta de mi nevera.

Volvió con las cervezas.

—¿Es que ya no queda educación? —protesté—. Eran mis cervezas.

—Vamos, no seas rata —respondió Ender con una sonrisa—. ¿Puedo invitarte a una cerveza? —le preguntó a Audra, ofreciéndole una botella.

—Uuh, cerveza —dijo una voz femenina desde dentro del apartamento de mi vecina. Una chica rubia con los labios rosas y los ojos de un color entre verde y marrón apareció por detrás, vestida con leggins y una sudadera—. Déjalo pasar, Audra.

Mi amigo sonrió de oreja a oreja.

—Ender —se presentó, tendiéndole la mano—. Encantado.

—Elaila —dijo ella con una sonrisa coqueta—. Igualmente.

Audra abrió más la puerta para dejar pasar a Ender. Cuando intenté seguirlo, me cerró la puerta en las narices, pero alcancé a poner la mano para detenerla.

—Muy infantil, princesita —le dije mirándola fijamente.

Audra me contempló de arriba abajo, entrecerrando los ojos.

—¿Me has llamado princesita? —preguntó cruzándose de brazos.

—No —respondí automáticamente, a pesar de que era evidente que lo había hecho.

—Mentiroso —murmuró, pero se apartó y me dejó entrar de todos modos.

Nada más cruzar la puerta, Elaila y Ender ya se habían instalado en los taburetes altos junto a la barra de la cocina americana. Parecían haberse hecho amigos en tiempo récord.

—De verdad que lo siento muchísimo —seguía disculpándose Ender—. Es que este capullo me dijo que eras...

—Que no pasa nada, en serio —respondió Audra con una risa auténtica, más relajada de lo que jamás la había visto.

—Lo hemos oído todo —añadió Elaila, dando un trago a su cerveza—. Lo de las galletas ha sido lo mejor.

Ender se sonrojó ligeramente y cambió de tema, mientras yo aprovechaba para examinar el apartamento con disimulo. A diferencia del mío, el suyo estaba... vivo. No había otra forma de describirlo. Estaba ordenado, pero de una manera caótica y personal que reflejaba perfectamente a Audra.

El salón a la izquierda tenía las paredes de un tono crema claro, pero apenas se apreciaba porque estaban repletas de cuadros, fotografías y láminas enmarcadas. Un sofá de color rojo intenso, grande y con pinta de ser extremadamente cómodo, dominaba el espacio. Una estantería de madera oscura que parecía a punto de derrumbarse por el peso de los libros se encontraba al lado del mueble de la televisión. Sobre el sofá, dos mantas estaban dobladas con precisión. Me pregunté por qué necesitaba dos si vivía sola.

El televisor de plasma frente al sofá era sorprendentemente grande para el espacio y descansaba sobre un mueble bajo lleno de películas en DVD, ordenadas de algún modo que solo ella debía de entender. Tras el sofá había una mesa cuadrada con dos sillas, cubierta con un mantel de flores y una planta bastante viva.

Lo que más llamaba la atención eran los lienzos. Algunos terminados, otros en blanco, apoyados contra las paredes como soldados esperando órdenes. Los que estaban pintados mostraban paisajes, retratos y composiciones abstractas con colores vibrantes. Ahora entendía a qué se dedicaba en sus ratos libres.

Un caballete arreglado con cinta estaba montado en la esquina más luminosa del salón, con un lienzo a medio terminar que parecía el retrato de una familia.

Frente al sofá, una mesita de café de madera clara sostenía varias tazas, todas diferentes entre sí, algunas con restos de café que indicaban un consumo frecuente. En un rincón, unas zapatillas con

forma de conejo parecían más decorativas que utilizadas, ya que ella iba descalza.

La cocina de color verde, a la derecha al entrar, estaba impecable, pero llena de detalles: imanes en la nevera, plantas aromáticas en macetas sobre la encimera y una colección de especias organizadas por colores en un estante a la vista.

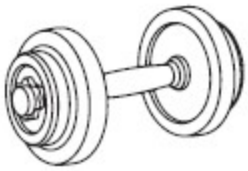
El aroma que impregnaba todo el espacio era una mezcla de café recién hecho, pintura al óleo y algo dulce. Resultaba acogedor, cálido, muy diferente de la esterilidad de mi propio apartamento.

Fue entonces cuando lo vi. Peluso, el famoso gato sin pelo, estaba acurrucado en el sofá, observándome con sus ojos grandes y penetrantes. Llevaba un jersey de rayas marineras que le daba un aspecto casi humano, algo inquietante. Comenzó a olfatear en mi dirección, como evaluándome.

No me acerqué. Nunca lo admitiría, pero los gatos me ponían nervioso. No era alérgico como le había dicho a Audra; simplemente me daban miedo. Había algo en su forma de mirar, en su independencia, que me resultaba perturbador. Decir que era alérgico era mucho más sencillo que admitir un miedo irracional.

6

El intruso y la bestia pelona



Ryker

Mientras Ender, Audra y Elaila hablaban animados en la cocina, yo me había quedado de pie como un pasmarote, sin saber muy bien qué hacer. Era surrealista ver cómo mi supuesto mejor amigo se había integrado con tanta facilidad en territorio enemigo, charlando y riendo como si conociera a las chicas de toda la vida. Y lo más irritante era ver cómo conectaba con Elaila: ella soltaba una carcajada con cada uno de sus chistes malos, y él la miraba con esa sonrisa de idiota que yo conocía tan bien.

—¿Puedo sentarme en el sofá o tiene pulgas? —pregunté tratando de incorporarme a la conversación.

Nadie me respondió. Ni siquiera se molestaron en mirarme. Perfecto.

Me resigné y me senté en el reposabrazos del sofá rojo, contemplando la alfombra de color crema que había bajo mis pies. Era esponjosa y parecía cara, lo que contrastaba con el resto del

apartamento, que, aunque acogedor, no daba la impresión de que su propietaria gastara mucho en decoración.

Un maullido agudo me sobresaltó. Peluso me observaba desde el otro extremo del sofá con esos inquietantes ojos felinos que parecían atravesarme.

—Ni se te ocurra acercarte —le advertí en voz baja.

Como si me hubiera entendido perfectamente y hubiera decidido llevarme la contraria, el gato se puso en pie y avanzó unos pasos hacia mí, olfateando el aire.

—Audra, tu gato me va a morder —dije alzando la voz para que me oyera desde la cocina.

—Ojalá te muerda fuerte —respondió ella sin girarse siquiera, provocando la risa de Ender y Elaila.

El traidor de mi amigo chocó los cinco con Audra, como si acabara de decir algo tremendamente ingenioso. En serio..., ¿desde cuándo se había pasado al bando contrario?

Peluso bajó del sofá con un movimiento ágil y continuó su misión de reconocimiento olfativo alrededor de mis piernas. Intenté no moverme, como si estuviera frente a un depredador que solo atacaba a presas en movimiento.

—¿Me podéis pasar una cerveza? Ya que no estoy invitado a la conversación, al menos dejadme beber —protesté cruzándome de brazos.

Elaila, sorprendentemente, se giró y me sonrió.

—Claro —dijo cogiendo una botella y acercándose para dármela—. Toma.

—Gracias —respondí, realmente agradecido por ese pequeño gesto de humanidad.

—De nada —contestó ella y, sin más, volvió junto a Ender y Audra, que seguían enfrascados en su animada charla.

Volví a quedar relegado al papel de mueble, con la única diferencia de que ahora al menos tenía una cerveza. El gato seguía mirándome con fijeza, como si estuviera decidiendo cuál era la mejor forma de acabar conmigo.

Decidí dejarme caer en el sofá. Total, ya me estaban ignorando, así que no tenía sentido mantener las apariencias. El sofá resultó ser tan cómodo como creía, una de esas piezas de mobiliario que te abrazan cuando te sientas en ellas. Por un momento me planteé robarlo cuando Audra no estuviera mirando.

El gato siguió con su reconocimiento, ahora olisqueando mis zapatos con un interés inquietante. Suspiré con dramatismo, lo bastante alto como para que me oyeran desde la cocina, pero ellos seguían a lo suyo.

—Mamá, papá, ¿puedo ver la tele? —dije con voz infantil, alzando los brazos hacia el grupo—. ¿O tengo que quedarme aquí castigado mientras los mayores hablan?

Audra apenas me miró por encima del hombro.

—No —respondió secamente, antes de volver a la conversación.

Elaila al menos tuvo la decencia de soltar una risita. Ender, cómo no, me ignoró completamente.

—¿Y si prometo portarme bien? —insistí, exagerando mi tono lastimero—. Puedo incluso hacer los deberes mientras tanto.

—Te he dicho que no —repitió Audra, sin molestarse en girarse esta vez.

Estaba a punto de seguir con mi numerito cuando, sin previo aviso, Peluso decidió que mis piernas eran el mejor sitio para instalarse. De un salto ágil que no esperaba de un animal con ese aspecto, aterrizó sobre mis muslos.

—¡AAAAAHHH! —grité levantando las manos como si me estuvieran apuntando con un arma—. ¡Bájate! ¡BÁJATE!

¡QUÍTAMELO!

Ahora sí, los tres me miraban desde la cocina. El gato, ajeno a mi pánico, comenzó a acomodarse sobre mí, amasando mis piernas con sus patas como si fuera pan.

—¡Que se baje! —seguí suplicando con las manos en alto, sin atreverme a tocarlo—. ¡Audra, quítame de encima a tu rata calva! ¡ME VA A MORDER!

Para entonces, Ender ya se estaba partiendo de risa, apoyado en la encimera para no caerse. Elaila intentaba disimular su sonrisa tras su botella de cerveza. Y Audra... Audra me observaba con esa expresión suya mezcla de diversión y desdén.

—No seas gallina, Lancer —dijo cruzándose de brazos—. Solo pesa tres kilos. No creo que pueda contigo.

Peluso, ignorando completamente el drama que estaba causando, se dio la vuelta, recogió las patas y se hizo un ovillo sobre mis piernas. Y entonces empezó a emitir un sonido extraño, como un motor en miniatura.

—¡Se ha roto! —exclamé mirando al animal con horror—. ¡Está haciendo un ruido raro! ¿Se está ahogando? ¡Haz algo!

Eso provocó una nueva oleada de carcajadas. Incluso Audra, que parecía que hubiera firmado un contrato para no mostrar diversión en mi presencia, no pudo contener la risa.

—Se llama ronroneo, idiota —me explicó cuando logró controlarse —. Y significa que le gustas, el muy traidor.

—¿Eso es bueno? —pregunté, todavía con las manos en alto como si el gato fuera a detonar en cualquier momento.

—Depende —respondió ella, acercándose y sentándose en el brazo del sofá para observar a su mascota—. Algunos gatos ronronean cuando están cómodos. Otros, cuando están acechando a su presa.

—¿Qué? —Mi voz volvió a subir de tono, y miré a Peluso con renovada ansiedad—. ¿Me va a atacar? ¿Es una trampa?

—Dios, eres patético —dijo Audra, poniendo los ojos en blanco—. Es un gato doméstico, no un tigre.

—Un gato muy feo, por cierto —añadí mientras intentaba recuperar algo de dignidad—. Parece un pollo sin plumas.

Como si hubiera entendido el insulto, Peluso levantó la cabeza y me soltó un maullido que sonó sospechosamente a protesta.

Audra me dio un golpe en el hombro y volvió a la cocina con los demás, dejándome a solas con el felino sin pelo, que seguía instalado sobre mis piernas, ronroneando tranquilamente como si nada hubiera pasado.

—No me gustas, ¿sabes? —le susurré al gato, mirándolo fijamente —. Que te quede claro.

Peluso levantó la cabeza y soltó otro maullido, esta vez más suave y prolongado.

—No entiendo tu idioma, así que da igual cuánto maúlles —lo informé con seriedad—. Este numerito del gato adorable no funciona conmigo.

Como respuesta, el animal maulló de nuevo y volvió a acomodarse, intensificando su ronroneo.

Me quedé mirando al techo, preguntándome cómo demonios había acabado en esa situación. Ahí estaba, sentado en su sofá, con su gato sin pelo acurrucado sobre mis piernas, mientras mi supuesto mejor amigo confraternizaba con el enemigo.

Todo por culpa de Ender. Siempre era igual con él. Desde que éramos críos, tenía un don especial para meterme en situaciones absurdas.

Lo más ridículo era que él siempre salía airoso, mientras yo cargaba con las consecuencias. Ahí estaba, riéndose con Elaila como

si fueran amigos de toda la vida, mientras yo me quedaba atrapado bajo un gato que parecía haberse enamorado de mí. Lo que daría por estar en mi propia casa, con mis propias cosas, lejos de todo ese caos.

Y, para colmo, tenía que admitir que el apartamento de Audra era... agradable. No en el sentido estético, porque obviamente no compartíamos gusto para la decoración, sino en cómo se sentía. Mi piso era funcional, práctico, ordenado. El suyo era un desastre organizado, pero transmitía algo que el mío no tenía: personalidad. Cada esquina, cada objeto parecía contar una historia.

Y ahora no podía dejar de preguntarme cómo sería ella realmente, más allá de nuestras peleas infantiles. ¿Qué historias escondía detrás de esa fachada de chica dura? ¿Por qué vivía sola con un gato sin pelo al que vestía como si fuera un niño?

—Podríamos quedar algún día para cenar los cuatro —oí decir a Ender desde la cocina, interrumpiendo mis pensamientos—. Así, en plan...

—¡NO! —grité al mismo tiempo que Audra.

Peluso maulló sonoramente, como dando su opinión al respecto.

Ender nos miró a ambos con sorpresa, mientras Elaila soltaba una carcajada que resonó por todo el apartamento.

—Iba a decir «en plan casual», pero veo que estáis muy susceptibles —dijo Ender, alzando las cejas con una sonrisa burlona —. Interesante reacción la vuestra, por cierto.

—No es susceptibilidad —se apresuró a responder Audra—. Es sentido común. Este —me señaló con el dedo— y yo en la misma mesa seríamos un desastre.

—Totalmente de acuerdo —añadí, intentando mover la pierna para que el gato se bajara, sin éxito—. Acabaríamos envenenándonos mutuamente.

—Vamos, no puede ser para tanto —insistió Ender, acercándose al sofá—. Os lleváis mejor de lo que pensáis.

—¿Perdona? —Audra se cruzó de brazos—. Me ha robado mi champú, me llama princesita y ha estado hablando mal de mí a mis espaldas.

—Yo no he robado ningún champú —me defendí, aunque sabía perfectamente que lo había hecho.

—¿Y quién más iba a ser? —preguntó ella entornando los ojos—. ¿El fantasma del edificio?

—Por esa regla de tres, tú me has robado el paquete —contraataqué, cruzándome de brazos también.

—Yo no he robado ningún paquete —replicó ella con el mismo tono de falsa inocencia que acababa de usar yo—. No sé de qué me hablas.

—Ya, claro... —Bufé—. Y supongo que también ignoras cómo han acabado unas bragas rojas en mi lavadora, tiñendo toda mi ropa.

Vi cómo sus ojos se abrían ligeramente, pero se recompuso casi de inmediato.

—A lo mejor deberías aprender a separar la ropa por colores —respondió con una sonrisa maliciosa—. Como los niños de primaria.

—O a lo mejor cierta vecina que lava los jerséis de su gato debería tener más cuidado con dónde deja su ropa interior —repliqué, inclinándome hacia ella.

—¿Me estás acusando de algo, don Musculín? —Se acercó también, desafiante.

—Solo constato hechos, princesita.

—Eh, eh, basta ya los dos —intervino Ender, colocándose entre nosotros con las manos en alto—. Parecéis críos.

Peluso eligió ese momento para levantarse, estirarse sobre mis piernas y luego saltar al suelo con la elegancia propia de un gato,

por muy extraño que fuera su aspecto. Se dirigió hacia su dueña y se frotó contra sus piernas.

—Mira, hasta tu gato me ha abandonado —dije sintiéndome liberado y, al mismo tiempo, extrañamente vacío sin el peso del animal sobre mí.

—Porque Peluso tiene buen gusto —respondió ella, agachándose para acariciarlo—. No como otros.

—Es curioso —intervino Elaila, que se había sentado en el otro extremo del sofá—, nunca había visto a ese gato acercarse tanto a un hombre. Normalmente, no soporta a los tíos, solo a las mujeres.

—¿En serio? —preguntó Ender, sentándose en el sillón que había junto a la ventana—. ¿Y contigo a la primera? —Me miró con una sonrisa enigmática.

—Seguro que quería atacarme y se ha arrepentido en el último momento —dije, intentando restar importancia al asunto.

—O puede que le gustes —sugirió Elaila con una risita.

—Imposible —respondió Audra rotundamente—. Peluso tiene buen gusto.

—Igual que su dueña, por lo que veo —contesté con ironía, mirando alrededor del apartamento.

—¿Qué insinúas? —preguntó ella, cruzándose de brazos de nuevo.

—Nada, nada —me defendí, levantando las manos—. Solo que nuestros estilos son... diferentes.

—Tan diferentes como que el tuyo no existe... —soltó ella—. Tu apartamento parece un catálogo de IKEA sin personalizar.

—Al menos, mi «catálogo» está ordenado —repliqué, incómodo por el giro de la conversación—. Y, volviendo al tema del gato, seguramente tenía frío. Ya sabes, al no tener pelo y eso.

—Lleva un jersey —dijo Audra, poniendo los ojos en blanco—. Y la calefacción está puesta.

—¿Por qué tiene tantos jerséis, por cierto? —preguntó Ender, señalando un pequeño armario junto a la entrada del pasillo que estaba entreabierto y dejaba ver varias prendas diminutas colgadas con precisión.

Observé un cambio sutil en el rostro de mi vecina. Un atisbo de vulnerabilidad cruzó sus ojos verdes antes de volver a su expresión habitual.

—Le gusta vestir bien —dijo simplemente, pero intuí que había algo más detrás de esa respuesta.

Ender se aclaró la garganta y retomó la conversación con una naturalidad sospechosa.

—Bueno, a lo que iba antes. Creo que una cena casual, los cuatro, estaría bien —dijo lanzando una mirada fugaz a Elaila—. Ya sabéis, para romper el hielo entre vecinos.

—A mí me parece una idea estupenda —respondió ella de inmediato, enderezándose en su asiento—. Podríamos ir a ese restaurante italiano que han abierto en la avenida. He oído que sirven un tiramisú increíble.

Y entonces lo vi. La forma en la que mi mejor amigo miraba a Elaila, ese brillo especial en los ojos, la sonrisa tonta que intentaba disimular. No podía creerlo. ¿Todo eso por una chica? Repasé mentalmente la situación: Ender me arrastra a ver a mi vecina, se encuentra con su amiga guapa y, de repente, propone una cena a cuatro. Genial. Fantástico. Todo encajaba.

Eso no iba sobre relaciones diplomáticas entre apartamentos. Iba sobre Elaila. Ender había quedado prendado de ella en cuestión de minutos y ahora yo tenía que pagar los platos rotos.

Mis opciones eran claras: podía negarme rotundamente y quedar como el amigo egoísta que no estaba dispuesto a sacrificarse por la felicidad de Ender, o podía tragarme el orgullo y aguantar a mi

insufrible vecina durante una cena. Una cena. Unas pocas horas de mi vida a cambio de que mi amigo tuviera su oportunidad con Elaila.

Por otro lado, él siempre había estado ahí para mí. Cuando aquel capullo del instituto se metía conmigo por ser el nuevo, cuando Emma tuvo aquel accidente y me quedé con ella en el hospital toda la noche..., él nunca me había fallado. Incluso aguantaba mis peores momentos sin rechistar.

—Yo no pienso ir —declaró Audra cruzándose de brazos.

—Vamos, Audra —insistió Elaila, girándose hacia ella con ojos suplicantes—. Será divertido. Además, me lo debes después del plantón de la semana pasada.

—Eso fue distinto —protestó ella—. Estaba enferma.

—Tenías una uña rota —replicó Elaila revolviendo los ojos—. Y me dejaste sola con mi primo y su insoportable amigo.

Pude ver cómo Audra se mordía el labio, atrapada en su propia mentira. Eso me hizo sonreír. Al parecer, la princesita también tenía sus pequeños secretos.

—Vale. —Suspiré—. Por mí no hay problema. Puedo soportar una cena.

Todos se volvieron para mirarme con sorpresa, especialmente Audra, que parecía no dar crédito a mis palabras.

—¿En serio? —preguntó Ender con una sonrisa que amenazaba con partirle la cara en dos.

—Sí, en serio —confirmé encogiéndome de hombros—. Total, ya he sobrevivido a la experiencia de tener a su gato sin pelo encima; una cena no puede ser peor.

Audra me fulminó con la mirada.

—Pues yo sigo diciendo que no —declaró firmemente—. Tengo cosas mejores que hacer.

—¿Como qué? —preguntó Elaila—. ¿Ver series con Peluso mientras comes helado directamente del bote?

—Eso es un plan perfectamente válido —se defendió ella.

—Vamos, por favor —insistió Elaila, juntando las manos en gesto de súplica—. Será solo una cena. Una. Si resulta un desastre, te prometo que no volveré a pedirte nada en la vida.

—No es verdad —replicó Audra—. Siempre dices eso.

—Esta vez va en serio. —Elaila se llevó una mano al corazón, solemne—. Una cena. Luego puedes seguir odiando a tu vecino todo lo que quieras.

—No lo odio —murmuró Audra—. Solo me parece insoportable.

—Vaya, gracias —dije con ironía—. Yo también te tengo un cariño especial.

Elaila se acercó a ella y le susurró algo al oído que no pude oír. La expresión de Audra cambió, pasando de la irritación a la sorpresa, y finalmente a la resignación.

—Está bien —cedió al fin, alzando las manos en señal de rendición —. Una cena. Solo una.

—Trato hecho —respondió Ender, sonriendo como un niño en la mañana de Navidad—. ¿El viernes os va bien?

—Tengo turno de tarde —se apresuró a decir Audra.

—¿Y el sábado? —insistió Ender.

—El sábado me viene bien —respondió Elaila antes de que su amiga pudiera inventarse otra excusa—. ¿A ti también, Audra?

Mi vecina suspiró profundamente, como si acabara de aceptar una misión imposible.

—Supongo que sí —murmuró al fin.

—Perfecto. —Ender se frotó las manos—. Entonces quedamos el sábado. Yo me encargo de reservar.

—Un momento —dijo Elaila—. Deberíamos intercambiar números, ¿no? Por si hay cambios de planes.

—Buena idea —respondió Ender con una sonrisa que intentaba parecer casual—. Es solo por motivos logísticos, claro.

—Por supuesto —asintió ella, sacando su móvil.

Los vi intercambiarse los teléfonos mientras se lanzaban miradas que lo decían todo.

—¿Se puede saber por qué estás tan emocionado? —le pregunté luego a Ender, aunque ya conocía la respuesta.

—Porque me encanta hacer nuevos amigos —respondió con una sonrisa que no engañaba a nadie—. Ya sabes lo sociable que soy.

Elaila rio, Audra puso los ojos en blanco y Peluso soltó un maullido. Yo simplemente me resigné a mi destino. Al menos tendría unos días para prepararme mentalmente para la velada.

7

Un vestido para torturar y un gato con complejo de vaca



Audra

Estaba oficialmente en crisis. Y no una crisis cualquiera, sino una de armario con todas las de la ley. El tipo de crisis que solo ocurre cuando tengo que salir de mi zona de confort.

—¿Qué opinas, Peluso? —pregunté sosteniendo un vestido azul que no recordaba haber comprado—. ¿Demasiado formal?

Mi gato me miró con su habitual expresión de «humana, por favor» mientras se lamía una pata. Llevaba puesto su mono de vaca, blanco con manchas negras, que le daba un aire de animal de granja extremadamente digno, un regalo de Elaila por su cumplemés, por supuesto.

—Ya sé que prefieres los petos, pero es una cita —le expliqué mientras seguía rebuscando en mi armario—. Las citas requieren un esfuerzo extra en el vestuario, aunque sea absurdo y poco práctico.

Tiré el vestido azul sobre la cama y seguí excavando en mi armario como una arqueóloga en busca de un tesoro perdido. Detrás de tres jerséis que no recordaba tener y una camiseta de un concierto al que nunca llegué a ir, lo encontré. *El vestido*.

—Oh, mierda —murmuré sacándolo con dos dedos como si fuera material radiactivo—. Había olvidado que lo tenía.

Era un vestido rojo intenso, ajustado, con tirantes finos y un escote que me hacía sentir incómoda, ya que no solía mostrar tanto. La falda caía justo por encima de la rodilla, con un pequeño volante que le daba cierto aire coqueto.

Lo había comprado hacía más de un año, cuando todavía salía con Elio. Él me había convencido de que necesitaba «vestirme como una mujer de vez en cuando», palabras textuales que ahora me hacían rechinar los dientes. Lo usé exactamente una vez, para su cena de empresa, y después lo relegué al fondo del armario junto con otros malos recuerdos.

Peluso maulló, como preguntándome por qué miraba esa prenda con tanto odio.

—Lo compré para impresionar a Elio —le expliqué, sintiéndome un poco estúpida por justificarme ante mi gato.

Suspiré y extendí el vestido sobre la cama para observarlo con más detenimiento. En realidad, no era el vestido lo que me molestaba. Era bonito y me quedaba bien. El escote era perfecto para mi figura; no tenía ningún problema con mis pechos, de hecho, eran bonitos.

Lo que me echaba para atrás era todo lo que ese vestido representaba.

Antes de Elio, yo era diferente. Me encantaba ponerme escotes, minipantalones y ropa que me hacía sentir bien. Era más salvaje, más yo misma. Pero algo cambió cuando empecé a salir con él. Ni

siquiera sé cuándo ocurrió; fue tan gradual que apenas lo noté, hasta que un día mi armario se había transformado por completo. De la ropa colorida y llena de vida pasé a usar solo negro, blanco y colores sin personalidad.

Todo por no llamar la atención. Todo porque él me había metido en la cabeza que la gente me juzgaba, que mi forma de vestir era «demasiado». Cuando en realidad era él quien me juzgaba constantemente. «Ese escote es excesivo», «ese color es demasiado llamativo», «pareces una cría con esa camiseta». Tantos comentarios aparentemente inofensivos que fueron erosionando mi confianza.

Hace meses que dejé de ir a terapia, pero aquellas conversaciones seguían resonando en mi cabeza. Mi terapeuta tenía razón: a la gente le importa un pimiento cómo vistas. Nadie va por la calle pendiente de si tu escote es apropiado o si tus pantalones son demasiado cortos. Solo a Elio le importaba, y había conseguido que yo creyera que todo el mundo pensaba como él.

Abrí el armario de par en par y observé el rincón al que había relegado toda mi ropa colorida. Estaba ahí, escondida, como una parte de mí que había decidido guardar bajo llave. Toqué una blusa verde esmeralda que en su día fue de mis favoritas. Ni siquiera recordaba la última vez que me la había puesto.

Volví a mirar el vestido rojo. Quizá fuera hora de recuperar algo de la antigua Audra. No por esa cita, sino por mí misma. Porque estaba cansada de vivir a la sombra de alguien que ya ni siquiera formaba parte de mi vida.

Quizá fuera hora de derribar un muro.

Me quité la camiseta de estar por casa y me deslicé dentro del vestido, sintiendo cómo la tela se ajustaba a mi cuerpo. Me miré al espejo y, por primera vez en mucho tiempo, no busqué defectos de

inmediato. No me centré en si la tela marcaba demasiado mi barriga, o en si mis brazos parecían más anchos, o si el escote era «excesivo». Solo vi a una chica normal, con un vestido bonito, preparándose para salir.

Era liberador, ese pequeño momento de tregua conmigo misma. Durante mucho tiempo me había torturado frente al espejo buscando ángulos imposibles para confirmar mis inseguridades, había dedicado horas a esconder partes de mí que él consideraba «demasiado».

Giré ligeramente, observando cómo la tela roja caía sobre mis caderas. El vestido no era el problema, nunca lo había sido. El problema fue permitir que alguien me convenciera de que mi cuerpo debía ocultarse, de que mi forma de vestir definía mi valor.

—Te ves bien —me dije en voz alta, sorprendiéndome a mí misma con esa pequeña afirmación que sonaba casi revolucionaria después de tanto tiempo de autocrítica—. Te ves como tú. Y eso es suficiente.

Peluso se acercó y se restregó contra mis piernas, como si quisiera darme la razón. Sus ojos amarillos me miraron sin juzgar, sin criticar. Él me quería tal como era, con vestido o con petos, con maquillaje o sin él. Quizá debería aprender de mi gato.

Pasé las manos por la tela del vestido, reconectando con esa parte de mí que había mantenido escondida. No solo era el vestido lo que estaba recuperando esa noche, sino un pedacito de la Audra que solía ser. La que no pedía permiso para brillar, la que no se disculpaba por ocupar espacio.

Me dirigí al baño con Peluso siguiéndome fielmente. Me senté frente al espejo y empecé a maquillarme. Base ligera, colorete, sombra de ojos... y, al fin, saqué mi pintalabios rojo del fondo del cajón.

Lo apliqué con decisión, observando cómo mis labios adquirían ese tono vibrante que tanto me gustaba antes. Combinaba perfectamente con el vestido y con mi pelo. Me veía bien. Me sentía bien.

Me calcé unos tacones a juego y recogí mi bolso blanco, el único que tenía que no era negro o gris. Justo cuando estaba dando los últimos retoques a mi pelo, el móvil vibró con un mensaje. Era de Dain.

Estoy abajo con el coche.

Le eché un último vistazo a Peluso, que se había subido a la cama y me observaba.

—No me esperes despierto —bromeé, dirigiéndome a la puerta—. Y nada de fiestas mientras no estoy.

Salí del apartamento sin mirar atrás, pero con la sensación de que, de alguna manera, estaba dando un pequeño paso hacia delante.

Justo cuando cerré la puerta y me giré hacia el ascensor, oí otra puerta que se abría. Perfecto. Ryker salía de su apartamento con una bolsa de deporte colgando del hombro, probablemente de camino al gimnasio para seguir cultivando esos músculos que tanto le gustaba exhibir.

Se detuvo en seco al verme, y su mirada recorrió mi figura de arriba abajo durante una fracción de segundo antes de recuperar su habitual expresión de indiferencia. No dijo nada, solo se colocó a mi lado frente al ascensor, manteniendo una distancia prudencial como si temiera contagiarse de algo.

Pulsé el botón y esperamos en un silencio incómodo. Sentía su presencia a mi lado, ese olor a perfume caro mezclado con el aroma de *mi* champú, que seguía usando. El muy capullo.

El ascensor llegó por fin con su característico tintineo y las puertas se abrieron. Ryker extendió el brazo, haciendo un gesto para que entrara yo antes.

—Las damas primero.

Entré sin mirarlo y me coloqué en la esquina más alejada. Él pulsó el botón de la planta baja y se apoyó contra la pared opuesta, dejando caer la bolsa de deporte a sus pies.

El ascensor comenzó a descender en un silencio que solo era interrumpido por el zumbido mecánico del aparato. Noté que me miraba de reojo, pero no pensaba darle la satisfacción de parecer incómoda.

—Esos labios hacen que tus ojos brillen más —soltó de repente.

Me giré sorprendida; no esperaba un cumplido de su parte. En su rostro había la habitual expresión burlona, como si estuviera disfrutando de mi reacción.

—Gracias —respondí secamente, mirando de nuevo hacia la puerta metálica.

Otro silencio. El ascensor pasó por el quinto piso.

—¿El arquitecto? —preguntó, claramente refiriéndose a mi cita.

—Sí —contesté sin añadir más información.

—¿Sabe que tienes una rata calva en casa? —inquirió con una media sonrisa.

—Aún no —respondí—. Pero lo sabrá.

Ryker enarcó una ceja.

—¿Y si no le gustan los gatos? ¿O es alérgico?

Me crucé de brazos, mirándolo directamente.

—Peluso es mi hijo —dije con firmeza—. Y siempre irá antes que cualquier hombre, te lo aseguro.

Ryker soltó una carcajada que resonó en el pequeño espacio del ascensor.

—No esperaba menos de ti, princesita —comentó, y me di cuenta de que no dejaba de mirarme.

—¿Se te ha perdido algo?

—Solo me preguntaba si es este vestido el que te hace parecer casi humana o si es la ilusión de tener una cita —respondió con ese tono irritante que tanto odiaba.

—Al menos, yo tengo citas reales —contraataqué—. No como tú, que haces que tus conquistas tengan que fingir orgasmos para no dañar tu ego.

—Sus orgasmos son tan reales como tu color de pelo —replicó, sonriendo con malicia.

—Y tus músculos tan naturales como tu personalidad encantadora —contesté con una sonrisa igual de falsa.

El ascensor se detuvo en el tercer piso para recoger a una anciana que vivía allí. Ambos guardamos silencio mientras la mujer entraba lentamente, apoyándose en su bastón.

—Buenas tardes, jóvenes —saludó la señora, colocándose entre nosotros—. ¿Saliendo juntos? ¡Qué pareja tan guapa hacéis!

Me quedé petrificada ante el comentario. ¿Ryker y yo? ¿Pareja? Antes me tiraba por las escaleras.

—No, no estamos juntos —me apresuré a aclarar.

La anciana miró a Ryker y luego a mí con una sonrisa de complicidad.

—Oh, entiendo, entiendo —dijo guiñándome un ojo—. Es un secreto.

—No es ningún secreto —intervino Ryker—. Ella va a una cita con otro y yo, al gimnasio.

La señora se giró hacia él con expresión de sorpresa.

—¿La dejas escapar? —preguntó señalándome—. Esta jovencita es encantadora, y hoy está guapísima. No encontrarás otra igual, te lo

digo yo, que tengo experiencia.

Ryker abrió la boca para protestar, pero la anciana se giró hacia mí.

—Y tú, querida, ¿estás segura de lo que haces? —me preguntó con seriedad—. Este chico es muy apuesto, y vive en tu misma planta. La comodidad es importante a nuestra edad.

—Señora —dije notando cómo el calor me subía a las mejillas—, Ryker y yo no... no somos compatibles.

—¡Tonterías! —exclamó ella, dando un golpecito en el suelo con su bastón—. Los polos opuestos se atraen. Mi difunto marido y yo discutíamos como el perro y el gato, y estuvimos cincuenta años casados.

El ascensor llegó finalmente a la planta baja y las puertas se abrieron. Nunca me había alegrado tanto de llegar a mi destino.

—Un placer verla —dije rápidamente al salir.

—No dejes que se te escape, muchacho —oí que le decía la anciana a Ryker mientras yo avanzaba por el vestíbulo.

Para mi sorpresa, él me alcanzó en pocos pasos.

—¿De verdad crees que es una buena idea? —preguntó de repente, deteniéndose junto a mí.

—¿El qué? —Me giré para mirarlo.

—Salir con alguien que no conoces —explicó, ajustándose la bolsa al hombro—. No sabes nada de él.

—¿Y desde cuándo te importa con quién salgo? —pregunté, genuinamente confundida por su interés.

—No me importa —se apresuró a decir—. De hecho, si te secuestrara, me vendría genial. Me quedaría con tu apartamento, tiraría esa pared y tendría un piso el doble de grande.

—Gracias por la preocupación —respondí poniendo los ojos en blanco—. Ya veo lo mucho que valoras mi bienestar.

—Siempre a tu servicio, vecina. —Hizo una reverencia burlona—. ¿Seguro que lo conoces? Porque, si es un psicópata, de verdad que tu apartamento me viene de lujo. Podría convertirlo en mi gimnasio.

—Lo conocí en la tienda, no en una aplicación de citas para asesinos en serie —repliqué dirigiéndome hacia la puerta principal.

—Bueno, nunca se sabe —dijo, siguiéndome—. Por cierto, ¿cómo vas a reconocer al arquitecto? ¿Llevará un plano enrollado bajo el brazo?

No pude evitar soltar un bufido de exasperación.

—Ha venido en coche —respondí señalando a través de la puerta de cristal. En la calle se veía un Toyota gris aparcado junto a la acera —. Y, para que te quedes tranquilo, lo conozco. No voy a montarme en el coche de un completo extraño.

—Qué decepción —dijo fingiendo consternación—. Ya me veía redecorando tu habitación para convertirla en mi sala de trofeos.

—¿Trofeos de qué? ¿De robar champús ajenos?

—No sé de qué me estás hablando —respondió con una sonrisa que lo delataba—. Yo compro mi propio champú en el supermercado.

—Ya, claro. Y por eso hueles exactamente igual que mis muestras. Qué casualidad.

—Bueno —dijo Ryker, mirando hacia el coche—, parece que tu príncipe arquitecto se impacienta. No lo hagas esperar, no vaya a ser que se le ocurra diseñar otro rascacielos mientras tanto.

—Y tú disfruta de tu cita con las mancuernas —respondí dirigiéndome hacia la puerta—. Seguro que son más interesantes que tú.

—Al menos ellas no me acusan de robar champús —contestó mientras se echaba la bolsa al hombro.

—Porque no tienen pelo que lavar, igual que tu dignidad —repliqué, recordando el incidente de la lavandería—. Por cierto, ¿qué tal te queda el rosa?

Ryker entrecerró los ojos, pero antes de que pudiera responder, ya estaba saliendo por la puerta.

No sé por qué, pero me giré un segundo antes de cerrar. Lo vi ahí de pie, observándome marchar con una expresión que no supe interpretar.

Con paso decidido, me dirigí hacia el coche donde me esperaba Dain, intentando ignorar la sensación de que unos ojos color avellana seguían clavados en mi espalda.

8

Tarta para el mal de amores y arquitecturas sospechosas



Audra

Cuando llegué, él había salido del vehículo y me esperaba junto a la puerta del acompañante.

—Estás preciosa —dijo dándome dos besos que me pillaron ligeramente desprevenida—. El rojo te sienta de maravilla.

—Gracias —respondí al tiempo que notaba un calor repentino en las mejillas—. Tú también estás muy bien.

Y no mentía. Llevaba unos vaqueros oscuros y una camisa azul que le quedaba perfectamente, ni demasiado formal ni demasiado casual. Tenía un estilo cuidado, pero que no parecía forzado, lo cual ya era un punto a su favor.

Me abrió la puerta del coche con un gesto que me pareció anticuado pero simpático.

—¿Qué tal el día? —preguntó mientras rodeaba el vehículo para ocupar su asiento.

—Bien, tranquilo —respondí, obviando el encuentro con mi irritante vecino—. ¿Y el tuyo?

—Intenso —admitió arrancando el motor—. Estamos con un proyecto importante en el estudio y los plazos son ajustados. Mi jefe siempre me asigna los casos más complicados.

Había algo en su tono que no supe identificar. ¿Orgullo? ¿Resentimiento? Quizá solo era yo siendo hipersensible.

—Suena interesante —dije evitando analizarlo demasiado.

Mientras conducía, Dain me fue hablando del proyecto en el que trabajaba: un edificio de viviendas sostenibles cerca del centro. Me explicó conceptos de arquitectura que nunca había oído, con tanto detalle técnico que me costaba seguirlo. De vez en cuando me miraba, como comprobando si seguía prestando atención.

El trayecto fue corto. En menos de quince minutos estábamos aparcando cerca del río, junto a una zona peatonal llena de locales con terrazas.

—Es aquí —dijo señalando una cafetería de aspecto acogedor con un toldo blanco y verde—. Tienen los mejores pasteles de la ciudad, te lo garantizo.

Entramos en el local y un aroma delicioso a café recién hecho y dulces horneados nos envolvió. El interior era cálido, con paredes de ladrillo, mesas de madera oscura y sofás de cuero en algunos rincones. Una camarera nos señaló una mesa junto a la ventana, desde donde se veía el río y las personas paseando por la orilla.

—Qué sitio tan bonito —comenté mirando alrededor.

—Lo descubrí hace un par de años —respondió Dain—. Vengo cada vez que necesito pensar en algún proyecto complicado. De hecho, este edificio tiene una interesante estructura que pocos aprecian.

La camarera se nos acercó para tomarnos nota.

—¿Qué vais a tomar?

—Yo un capuchino —respondió Dain, y luego me miró—. ¿Tú?

—Un café con leche, por favor —dije.

—¿Queréis ver la carta de tartas? —preguntó la camarera—. Acabamos de sacar del horno una de zanahoria que está espectacular.

—Yo me apunto a la de zanahoria —dijo Dain sin dudar—. La última vez que la probé estaba deliciosa.

Examiné la carta que nos había dejado la chica. Había al menos quince tipos diferentes de tartas, todas con descripciones que hacían la boca agua.

—Creo que probaré la de chocolate con frambuesa —decidí al fin.

—Es bastante dulce —comentó Dain con una mirada analítica—. No deberías comértela toda..., aunque imagino que no te importa.

No estaba segura de si había algo detrás de ese comentario o si tan solo era una observación. Volví a pensar que quizá estaba siendo demasiado susceptible.

—Excelente elección —dijo la camarera mientras recogía las cartas —. Ahora mismo os lo traigo todo.

Un silencio se instaló de pronto entre nosotros. Era ese momento incómodo de las primeras citas, cuando ya has agotado las presentaciones iniciales, pero todavía no tienes la suficiente confianza para saltar a temas más personales.

—Entonces..., ¿arquitecto? —pregunté buscando retomar la conversación—. ¿Siempre quisiste dedicarte a eso?

Dain sonrió, aparentemente agradecido por la pregunta.

—Desde que tenía ocho años —confesó—. Mi abuelo era carpintero y me enseñó a apreciar la belleza de crear espacios. Recuerdo que construíamos casitas de pájaros juntos, y yo siempre intentaba hacerlas más elaboradas que las suyas.

Había algo en la forma en la que comparaba su trabajo con el de su abuelo que me hizo dudar un instante, pero luego pensé que era normal querer superarse.

—¿Y tú? —preguntó a su vez—. ¿Te gusta trabajar en la tienda o tienes otros planes?

La camarera llegó con nuestros cafés y las tartas, interrumpiendo momentáneamente nuestra conversación. Mi porción de tarta era generosa, con una capa gruesa de *ganache* de chocolate y frambuesas frescas por encima.

—Está buenísima —dije tras el primer bocado—. Tenías razón sobre este sitio.

—Nunca bromeo acerca de los pasteles —respondió con una sonrisa.

Sonreí y volví a su pregunta.

—La tienda es solo un trabajo, la verdad —admití—. Me permite pagar las facturas mientras intento hacer algo con mi arte.

—¿Eres artista? —preguntó, y por un segundo creí notar un ligero cambio en su tono, pero fue tan sutil que no estaba segura de si lo había imaginado.

—Pinto principalmente —expliqué—. Retratos, paisajes... También hago algunos encargos de vez en cuando. Nada del otro mundo, pero me apasiona.

—Me encantaría ver alguna de tus obras —añadió con lo que parecía sinceridad—. Seguro que tienes talento.

Seguimos hablando mientras disfrutábamos de las tartas. Dain me habló de su familia: tenía un hermano mayor con el que competía constantemente, según sus propias palabras, y una hermana pequeña a la que adoraba.

—Es de la que te hablé en la tienda —aclaró, dando un sorbo a su café.

Sonrió con cierta picardía, y yo le devolví la sonrisa, aunque sentí un pequeño cosquilleo de incomodidad al recordar la mentira del regalo para su hermana. Pero bueno, ¿quién no había usado alguna vez una pequeña excusa para iniciar una conversación? No era para tanto.

—Mis padres están todo el día preguntándome cuándo voy a establecerme —continuó, haciendo comillas con los dedos—. Ya sabes: casa, hipoteca, hijos..., el paquete completo. Como si no tuviera suficiente presión con el trabajo.

Entendía esa sensación. La presión familiar podía ser asfixiante.

—¿Y tú? —preguntó, inclinándose ligeramente hacia mí—. ¿Has pensado en sentar la cabeza alguna vez? ¿Tus padres también te presionan con eso?

La pregunta me pilló desprevenida. Era demasiado personal para una primera cita, pero quizá él era así de directo con todo el mundo.

—Mi padre murió cuando yo tenía diecisiete años —respondí, notando cómo mi voz se volvía un poco más pequeña, como siempre que hablaba de este tema—. Y no me hablo con mi madre.

Un silencio incómodo se instaló entre nosotros. Dain pareció no saber cómo reaccionar; su expresión oscilaba entre la sorpresa y la incomodidad.

—Bueno, no pasa nada —dijo al fin, con un gesto de impaciencia —. Todos tenemos historias tristes. Aunque deberías intentar reconciliarte con tu madre, las chicas necesitan esa figura, se nota cuando les falta.

Asentí, sin querer profundizar más. No era un tema para un primer encuentro, y claramente él no sabía cómo manejarlo. No podía culparlo por eso.

—Vaya, te has terminado toda la tarta —comentó mirando mi plato vacío con una ceja levantada—. La mayoría de las chicas

suelen dejarse la mitad, ya sabes, por cuidar la línea... Pero tú eres diferente, ¿eh?

Lo dijo con una sonrisa que parecía amable, pero había algo en sus palabras que me hizo sentir repentinamente cohibida, como si hubiera cometido algún tipo de error al disfrutar de mi postre. Era una tontería, seguramente solo estaba haciendo una observación inocente.

—Estaba deliciosa —me limité a responder—. Tenías razón sobre este sitio.

Dain terminó su café y sugirió dar un paseo por la orilla del río. Pagó la cuenta a pesar de que intenté contribuir, insistiendo en que él me había invitado.

Salimos de la cafetería y caminamos junto al río. El cielo se había oscurecido y el aire olía a lluvia, pero era agradable. Dain me contó algunas anécdotas sobre proyectos en los que había trabajado y yo le hablé un poco sobre mis pinturas recientes, pero su mirada vagaba constantemente hacia el horizonte, solo regresando a mí con una sonrisa automática cuando hacía pausas. Era esa sensación familiar de estar hablando con alguien que simplemente espera su turno para intervenir, sin ningún interés real en lo que uno dice. Mi voz fue apagándose gradualmente, como solía hacer con la gente cuando notaba que mis pasiones solo les aburrían.

Las primeras gotas comenzaron a caer cuando llevábamos unos veinte minutos paseando. Al principio solo chispeaba, pero pronto la lluvia se intensificó.

—Creo que deberíamos volver —sugirió Dain, mirando al cielo con preocupación—. No quiero que te mojes y cojas frío.

Corrimos hacia el coche, la lluvia arreciando a cada segundo. Para cuando llegamos, ya estábamos bastante mojados, él más que yo,

porque me había dejado su chaqueta para cubrirme la cabeza en un gesto que me pareció dulce.

—Te llevaré a casa —dijo una vez dentro del coche, pasándose la mano por el pelo húmedo—. Mañana madrugo, y supongo que tú también tendrás cosas que hacer.

—Sí, tengo turno de mañana —mentí, sin saber muy bien por qué. En realidad, tenía el día libre.

El trayecto de vuelta fue silencioso, pero no de una manera incómoda. O eso me pareció. La lluvia golpeaba contra el parabrisas, creando una especie de barrera sonora entre nosotros. Observé su perfil mientras conducía, sus manos firmes en el volante, y me pregunté qué estaba pensando. La cita había ido bien, ¿no? No había sido perfecta, pero ninguna primera cita lo es. Había algunos momentos que me habían hecho dudar, pero seguramente era yo siendo demasiado suspicaz, demasiado a la defensiva.

Llegamos a mi edificio y Dain aparcó justo enfrente. La lluvia caía ahora con fuerza, formando cortinas de agua que desdibujaban las luces de la calle.

—Bueno, ya estamos —dijo girándose hacia mí.

—Sí —respondí súbitamente nerviosa—. Gracias por todo, lo he pasado muy bien.

No sabía qué hacer. ¿Debía darle un beso en la mejilla? ¿Un apretón de manos? ¿Simplemente decir adiós? Había pasado tanto tiempo desde mi última primera cita que había perdido la práctica.

—Lo he pasado muy bien —dijo Dain, acercándose ligeramente—. Me encantaría seguir conociéndote.

Y entonces, sin previo aviso, se inclinó hacia mí. Sus labios encontraron los míos en un beso que me pilló desprevenida por completo. Me quedé paralizada, con los ojos abiertos de par en par y

las manos agarrotadas sobre mi regazo. Mi cuerpo entero se tensó como si me hubieran conectado a la corriente.

«Vamos, Audra, es solo un beso, no una inyección letal —me dije —. Reacciona como una persona normal, no como un pez congelado en la pescadería». Pero mi cuerpo no respondía. Era como si hubiera olvidado el manual básico de interacción humana. ¿Desde cuándo un simple beso me convertía en una estatua de sal? Por el amor de Dios, no estaba intentando hacerme un implante dental sin anestesia.

Dain debió de notar mi rigidez, porque se apartó tras unos segundos, examinando mi expresión con ojos interrogantes.

—Lo siento —murmuré, sintiendo cómo el calor me subía por el cuello hasta las mejillas—. No me lo esperaba.

Una sonrisa comprensiva se dibujó en su rostro.

—No pasa nada, de verdad. Eres adorable cuando te pones nerviosa.

«Adorable». La palabra resonó en mi cabeza como un eco molesto. No me sentía adorable. Me sentía torpe, incómoda, fuera de lugar. Como una adolescente en su primera cita, no como una mujer de veintitrés años que supuestamente debería saber manejar esas situaciones. Y, desde luego, no quería ser adorable.

—Tengo que subir —dije, buscando las palabras—. Gracias por la cita, lo he pasado bien.

—Claro —asintió él—. Te escribo mañana, ¿vale?

Asentí y salí del coche rápidamente, como quien escapa de algo. En cuanto cerré la puerta, la lluvia me golpeó con fuerza. En los pocos minutos que habíamos estado dentro del coche, se había transformado de una llovizna moderada a un auténtico aguacero.

No me moví. Me quedé allí de pie, en la acera, mientras el agua me empapaba por completo. El vestido rojo se me adhería al cuerpo,

el pelo se me pegaba a la cara y el maquillaje probablemente se me estaba corriendo, pero no me importaba. Era como si necesitara que algo exterior reflejara el caos que sentía por dentro.

No lo entendía. Dain era atractivo, educado, tenía un trabajo respetable. Me había invitado a un sitio bonito, me había prestado su chaqueta para la lluvia, me había besado. Todo normal, todo correcto. Entonces, ¿por qué tenía ese nudo en la garganta? ¿Por qué sentía esa presión en el pecho, como si no pudiera respirar del todo?

Tal vez el problema era yo. Tal vez estaba demasiado rota, demasiado a la defensiva, buscando problemas donde no los había. Aquellos pequeños momentos de incomodidad durante la cita —sus comentarios sobre la tarta, su forma de mirar hacia otro lado cuando yo hablaba de pintura, su reacción ante la mención de mi familia— quizá eran solo producto de mi imaginación, de mis inseguridades.

O quizá eran señales, esas pequeñas alarmas que había ignorado con Elio y que prometí no volver a pasar por alto.

Las gotas de lluvia se mezclaban con algo más cálido que descendía por mis mejillas. ¿Estaba llorando? Ni siquiera me había dado cuenta. Era ridículo. Estaba llorando en mitad de la calle, bajo la lluvia, después de una cita perfectamente normal que cualquier otra chica habría considerado satisfactoria.

Mi corazón latía desbocado, como si acabara de correr una maratón, cuando en realidad no me había movido del sitio. Sentía el pulso en las sienes, en la garganta, hasta en las puntas de los dedos. Era una sensación extraña, como si mi cuerpo intentara decirme algo que mi mente se negaba a escuchar.

El coche de Dain seguía allí; podía ver su silueta difuminada a través del cristal empañado y la cortina de agua. Seguramente

estaba esperando a que entrara en el edificio, un gesto caballeroso más en su lista de comportamientos perfectamente correctos.

Con un esfuerzo que pareció sobrehumano, me obligué a moverme. Un pie delante del otro, mecánicamente, como un autómata. Crucé el pequeño jardín que separaba la acera de la entrada del edificio y empujé la pesada puerta.

El contraste entre el aguacero exterior y el silencio del vestíbulo era desconcertante. Mis tacones encharcados chirriaban contra el suelo de baldosas, dejando un rastro de agua a mi paso. Me los quité, cansada de sentirme inestable, y los sostuve en la mano mientras caminaba descalza hacia el ascensor.

Pulsé el botón y esperé, goteando sobre el suelo, creando un pequeño charco a mis pies. Estaba más allá de la vergüenza, más allá de preocuparme por lo que pudiera pensar cualquiera que me viera así.

Nada. El ascensor no daba señales de vida. Pulsé el botón otra vez, con más fuerza, como si eso pudiera marcar alguna diferencia. Después de unos segundos, la realidad se impuso: el condenado aparato estaba estropeado. De nuevo.

Y fue esa pequeña contrariedad, ese insignificante contratiempo, lo que rompió la presa. Un sollozo escapó de mi garganta, seguido de otro, y otro más. Antes de darme cuenta, estaba llorando sin control, con esos lloros profundos que sacuden todo el cuerpo, el tipo de llanto que no puedes reprimir, aunque quieras.

No era por el ascensor. No era por la cita. No era ni siquiera por Dain o por el beso. Era por todo y por nada a la vez. Era por Elio y por el daño que me había hecho. Era por mi madre y por nuestra relación rota. Era por mi padre, al que seguía echando de menos cada día. Era por todos los muros que había construido para

protegerme y que ahora me asfixiaban. Era por todas las veces que había dicho «estoy bien» cuando no lo estaba.

Me dejé caer en el primer escalón, sin importarme que estuviera mojado por las gotas que caían de mi ropa. Me abracé las rodillas, pegándolas al pecho, y dejé que las lágrimas fluyeran, liberando algo que ni siquiera sabía que tenía retenido.

Al cabo, me levanté del escalón con esfuerzo, como si cada uno de mis músculos pesara el doble. Los tacones colgaban de mis dedos, balanceándose ligeramente mientras empezaba a subir las escaleras. Ocho pisos. Ciento veintiocho escalones. Cualquier otro día, habría maldecido en voz alta, habría resoplado dramáticamente, quizá incluso habría llamado al técnico, aunque fueran las nueve de la noche. Pero hoy no tenía fuerzas ni para quejarme.

Subí los primeros tramos casi en trance, uno tras otro. Mi vestido empapado se adhería a mis piernas, dificultando cada paso. El maquillaje corrido me picaba en los ojos. Me los limpié con el dorso de la mano, manchándome de rímel, pero no me importó.

A mitad de camino, tuve que detenerme. El corazón me latía tan fuerte que podía sentirlo en cada parte de mí. ¿Por qué tenía tanto miedo? ¿De qué tenía miedo? La cita había ido bien. Dain había sido amable. Todo estaba perfectamente bien.

Y, sin embargo, ahí estaba, aterrorizada por un simple beso, por una interacción social normal que la mayoría de la gente disfrutaba todos los días. Patético.

Seguí subiendo, lentamente, arrastrando los pies por cada escalón. Para cuando llegué al sexto piso, las piernas me temblaban, pero no por el esfuerzo físico. Era como si todo mi cuerpo estuviera reaccionando a una amenaza invisible, a un peligro que solo mi inconsciente podía detectar.

Cuando por fin alcancé el octavo, estaba exhausta. No era el cansancio típico que sientes después de hacer ejercicio, sino ese agotamiento profundo que te invade cuando has llorado hasta quedarte vacía.

Me detuve frente a mi puerta y busqué las llaves en mi bolso.

Escarbé entre pañuelos, el pintalabios, el monedero, un lápiz suelto... ¿Dónde demonios estaban? El pánico empezó a crecer en mi pecho. ¿Las había perdido? ¿Me había dejado las llaves dentro? Mi cabeza iba a mil por hora, imaginando escenarios absurdos, cada uno peor que el anterior.

Finalmente, mis dedos tocaron el familiar llavero con forma de paleta de pintura. El alivio duró poco: al intentar sacarlo, se me enganchó con el asa del bolso y, en un movimiento torpe, este se me cayó de las manos y todo su contenido quedó desparramado por el suelo del rellano.

Me quedé mirando el desastre, paralizada. Y entonces, como si fuera la gota que colmara un vaso ya desbordado, me dejé caer de rodillas junto a mis cosas y rompí a llorar de nuevo.

No estaba preparada para eso. No estaba preparada para citas, para conocer gente nueva, para volver a exponerme emocionalmente. Quizá nunca lo estaría. Quizá estuviera destinada a vivir sola, con Peluso como única compañía, una vieja solitaria a los veintitrés.

Un sollozo especialmente fuerte sacudió mi cuerpo. Me sentía ridícula, patética, fuera de control. El aire no me llegaba a los pulmones; cada respiración era superficial, insuficiente, como si algo pesado me oprimiera el pecho.

Y entonces lo oí: pasos subiendo por las escaleras. Lentos, firmes, indudablemente masculinos. «Por favor, que no sea él. Cualquiera

menos él». No podía soportar que me viera así, desmoronada en el suelo como una idiota. No podía darle esa satisfacción.

Pero, por supuesto, el universo tenía otros planes. Ryker apareció en el rellano, con su bolsa de deporte al hombro y el pelo aún húmedo tras la ducha en el gimnasio. Se detuvo en seco al verme y, por un segundo, su expresión habitualmente burlona dio paso a algo que parecía verdadera preocupación.

—No digas nada —me adelanté con la voz rota pero firme—. Por favor, no estoy para bromas ahora mismo. Cállate.

Ryker me miró con fijeza durante unos segundos que parecieron eternos. Luego, sorprendentemente, asintió sin decir palabra. Se acercó a su puerta y sacó sus llaves del bolsillo de la sudadera.

De repente, se agachó junto a mí. Mi cuerpo se tensó de forma automática, esperando algún comentario mordaz, alguna burla sobre mi aspecto o mi comportamiento.

—Audra —dijo simplemente mi nombre, con una suavidad que nunca le había oído.

—Por favor, déjame en paz —susurré sin atreverme a mirarlo.

Por toda respuesta, extendió la mano hacia mí. En ella estaban mis llaves, que había recogido del suelo mientras yo seguía absorta en mi miseria.

Las tomé sin decir nada, nuestros dedos rozándose apenas durante una fracción de segundo. Él se apartó, se dirigió a su puerta y metió la llave en la cerradura.

Pero, antes de entrar, se detuvo. Sin girarse del todo, dijo con voz baja pero clara:

—Ningún hombre en este planeta merece a una mujer a la que un vestido así le quede tan bien.

Y, sin más, entró en su apartamento y cerró la puerta tras de sí, dejándome allí, en el suelo, con las llaves en la mano y una

expresión de absoluta perplejidad en el rostro.

Un nuevo sollozo sacudió mi cuerpo, pero esta vez era distinto. No sabía cómo interpretarlo, no sabía qué pensar. Me limpié las lágrimas con el dorso de la mano, manchándome aún más la cara con el maquillaje corrido.

—Vamos, Audra, ya está —me dije a mí misma, intentando recuperar la compostura—. Todo ha pasado. Estás bien.

Pero ni yo misma me lo creía.

9

Lo que Peluso opina de los desengaños amorosos



Audra

Me desperté con la sensación de tener la cabeza dentro de una batidora. Me dolía todo: los ojos, hinchados de tanto llorar; la cara, pegajosa por el maquillaje que ni me había molestado en quitarme; incluso me dolían los pómulos, como si hubiera estado tensando la mandíbula toda la noche. Lo cual, quizá, era exactamente lo que había hecho.

Miré el reloj en la mesilla: las diez de la mañana. Había dormido casi ocho horas —si es que a dar vueltas en la cama se lo podía llamar dormir—, pero me sentía como si me hubiera pasado la noche corriendo una maratón con tacones.

Me arrastré literalmente hasta el baño, seguida por Peluso, que trotaba detrás de mí como si fuera mi sombra. El muy traidor ni siquiera se había dignado consolarme anoche cuando llegué hecha un desastre. Se había limitado a observarme desde el sofá, con esa mirada de «humana, ¿qué has hecho ahora?» que tan bien se le daba, y luego había seguido lamiéndose la pata como si nada. Y

encima hoy parecía de buen humor, con su camiseta azul de pelo artificial que lo hacía parecer un peluche deforme.

—No estoy de humor para tus cosas, ¿sabes? —le dije mientras él, ignorándome por completo, saltaba sobre el lavabo y se sentaba a observarme.

Me miré al espejo y casi me asusto de mi propio reflejo. El rímel corrido me había dejado surcos negros en las mejillas, el pintalabios rojo estaba difuminado más allá de los límites de mis labios y tenía el pelo como si hubiera metido los dedos en un enchufe. Estaba hecha un auténtico desastre.

Cogí una toallita desmaquillante del cajón y comencé a frotarme la cara sin ningún cuidado.

—Qué ridículo —murmuré, tirando la toallita a la papelera y cogiendo otra—. ¿A quién se le ocurre llorar así por una estupidez?

Peluso maulló, como si estuviera de acuerdo conmigo.

—No necesito tu opinión, gracias —le respondí fulminándolo con la mirada—. Ya me siento bastante patética sin tus aportaciones felinas.

Cuando por fin conseguí eliminar los restos de mi momento Titanic de la noche anterior, me recogí el pelo en un moño alto y desordenado. No tenía fuerzas ni ganas de hacer nada más elaborado con mi aspecto. Total, no pensaba salir de casa en todo el día, así que daba igual si parecía un espantapájaros con resaca.

Me dirigí a la cocina arrastrando los pies, con Peluso siguiéndome como un guardaespaldas pelón. Necesitaba cafeína, mucha cafeína, para poder funcionar mínimamente como un ser humano.

Abrí el armario y saqué la primera taza que encontré, una vieja y desportillada con un dibujo de un pincel que me habían regalado mis compañeros por mi cumpleaños. Puse la cafetera italiana al fuego y

me apoyé en la encimera, suspirando profundamente mientras esperaba a que el café subiera.

El reloj de la cocina marcaba las diez y cinco. A estas horas, don Musculín ya no estaría en casa. Lo había oído salir temprano, alrededor de las ocho, con su habitual portazo que hacía vibrar las paredes.

Al menos me ahorraba la vergüenza de cruzármelo en el rellano. Ya había sido bastante humillante que me viera anoche, hecha un ovillo lloroso en el suelo, con todo el contenido de mi bolso desparramado como si fuera el botín de un robo mal ejecutado. Lo último que necesitaba era una de sus miradas burlonas o, peor aún, algún comentario mordaz sobre mi patético espectáculo.

Aunque, para ser justa, no se había burlado. No había dicho nada hiriente. De hecho, lo que había dicho era casi... ¿amable? «Ningún hombre en este planeta merece a una mujer a la que un vestido así le quede tan bien». Las palabras se repetían en mi cabeza, con su voz grave y ese tono que no había sabido interpretar. ¿Era sinceridad? ¿Lástima? ¿O simplemente otra de sus frases enrevesadas con doble sentido que yo era demasiado tonta para captar?

La cafetera comenzó a borbotear, sacándome de mis pensamientos. Vertí el café en la taza, añadí una generosa cantidad de leche y dos cucharadas colmadas de azúcar.

Me senté en el sofá con mi taza humeante, dejando que el calor me calentara las manos. Peluso, como si supiera exactamente cuándo lo necesitaba, se subió a mi regazo y comenzó a instalarse, pisoteándome las piernas con sus patitas como si estuviera amasando pan. En cuanto encontró la posición perfecta, empezó a ronronear.

—Vaya, ahora sí que te acuerdas de mí, ¿eh? —le dije, rascándole detrás de las orejas—. Anoche bien que pasaste de mi crisis existencial.

El sonido estridente del móvil me sobresaltó. Lo busqué entre los cojines del sofá sin encontrarlo. Después de revolver toda la sala, recordé que seguía en el bolso que había dejado tirado en la entrada.

—Mierda —murmuré, apartando a Peluso para poder levantarme. Él protestó con un maullido indignado.

Corrí hacia allí y agarré el teléfono justo cuando estaba a punto de dejar de sonar. La cara sonriente de Elaila iluminaba la pantalla.

—¿Sí? —contesté, sin aliento por la minicarrera.

—¡Buenos días, rayito de sol! ¿Cómo está mi amiga favorita después de su gran cita?

Regresé al sofá arrastrando los pies y me dejé caer pesadamente. Peluso, aún ofendido, se tomó su tiempo para volver a mi regazo.

—Fatal —respondí sin rodeos—. Fue un desastre.

—¿Qué? —El tono de Elaila cambió al instante—. Pero si parecía majo... ¿Qué pasó? ¿Te hizo algo? Porque, si es así, te juro que...

—No, no. No fue eso. Fue... No sé cómo explicarlo. Me sentía rara, como si fuera un experimento o algo así.

—¿Un experimento? —preguntó confundida—. ¿Qué quieres decir?

Suspiré profundamente, tratando de ordenar mis pensamientos.

—No lo sé. Hacía todos los gestos correctos, decía las palabras correctas, pero había algo... algo que no terminaba de encajar. Como si estuviera siguiendo un manual de cómo comportarse en una cita o algo parecido.

—Bueno, a lo mejor estaba nervioso —sugirió Elaila—. O quizá tú estabas tensa y lo interpretaste mal.

—Puede ser —admití, aunque no estaba convencida—. Pero hubo momentos en los que me miraba como evaluándome, ¿sabes? Y cuando le conté lo de mi padre y que no me hablo con mi madre, cambió de tema como si le hubiera contado que colecciono insectos disecados.

—A lo mejor se sentía incómodo por no saber qué decir. —Elaila siempre intentaba ver el lado positivo—. Quizá la próxima vez deberíais quedar en un sitio donde te sientas más cómoda. ¿En tu apartamento, tal vez?

—No lo sé. —Di un sorbo a mi café—. No estoy segura de querer que haya una próxima vez.

—No dejes que una mala experiencia te desanime —insistió—. A lo mejor fue el lugar o el momento. Tú misma has dicho que es majo.

—Sí, es majo —reconocí, acariciando a Peluso distraídamente—. Pero no sé si tiene mini *red flags* o es cosa mía. Esos pequeños comentarios, la forma en la que a veces no me escuchaba del todo...

—Audra, todos los tíos tienen *red flags* —dijo Elaila con una carcajada—. Es como si vinieran de fábrica con ellos. La cuestión es encontrar uno cuyas *red flags* puedas tolerar.

No pude evitar reírme también. Era tan típico de Elaila soltarte una verdad universal envuelta en una broma.

—¿Ender también? —pregunté con malicia—. ¿Tiene *red flags* el amigo del Musculín?

—Hemos estado hablando bastante por mensaje, pero aún no he descubierto ninguna grave —respondió, y pude imaginarla sonriendo al otro lado—. Aunque a veces usa demasiados emojis para mi gusto. ¿Eso cuenta como *red flag*?

—Depende de cuáles use. Si son muchas berenjenas, yo me preocuparía —dije encogiéndome de hombros.

—¡Audra! —exclamó entre risas—. En fin, este fin de semana lo conoceré mejor. Te contaré si descubro algo más alarmante que emojis sospechosos.

Ambas nos reímos, y por un momento me olvidé de mi desastrosa noche.

De repente, un golpeteo insistente en la puerta de al lado interrumpió nuestra conversación. Me levanté del sofá, aún con el teléfono pegado a la oreja.

—Espera un segundo —le dije a Elaila—. Hay alguien llamando a la puerta de Ryker.

Me acerqué con sigilo a la entrada y pegué un ojo a la mirilla, intentando ver quién era. Para mi sorpresa, vi a una chica joven, claramente adolescente, con una mochila a la espalda. Llamaba con insistencia mientras pronunciaba el nombre de Ryker de forma impaciente.

—¿Qué pasa? —preguntó Elaila, curiosa.

—Hay una adolescente llamando a la puerta de don Musculín —respondí en voz baja, como si la chica pudiera oírme—. Y parece bastante ansiosa por verlo.

—¿Una adolescente? —repitió mi amiga, sorprendida—. Bueno, no puede ser una cita, ¿no? Quiero decir, hasta él debe de tener límites.

—Yo ya me espero cualquier cosa de ese —murmuré, observando cómo la chica seguía intentando que le abrieran—. Aunque parezca jovencita para él, que siempre trae modelos de pasarela.

—A lo mejor es su hermana —sugirió Elaila—. ¿Alguna vez ha mencionado que tenga familia?

—La verdad es que no hablamos de nuestras vidas personales —respondí—. Por lo general, nos limitamos a insultarnos mutuamente.

La chica parecía cada vez más frustrada. Sacó un móvil del bolsillo y comenzó a teclear a toda prisa, probablemente enviando un

mensaje o haciendo una llamada.

—Mira, te llamo luego —le dije a Elaila—. Quiero ver en qué acaba esto.

—Vale, pero cuéntamelo todo después —repuso ella—. Y piensa en lo que te he dicho sobre Dain. No tires la toalla tan rápido.

—Lo pensaré. Hablamos luego.

Colgué y me quedé junto a la puerta, observando por la mirilla como una auténtica cotilla. Pero, oye, si las paredes eran de papel, la mirilla era prácticamente una ventana al mundo exterior, ¿no?

Abrí sin pensar demasiado en lo que estaba haciendo. La chica dio un respingo, claramente sobresaltada por mi repentina aparición.

—Hola —dije tratando de sonar amigable y no como la loca cotilla que en realidad era—. ¿Buscas a Ryker? Está trabajando ahora mismo.

La joven me miró con unos ojos enormes color avellana, idénticos a los de él, y sus hombros cayeron visiblemente.

—¿No está? —preguntó con voz pequeña.

Al verla de cerca, confirmé lo que ya sospechaba: era una adolescente, de no más de catorce años. Llevaba el pelo negro recogido en una coleta desordenada, vaqueros rotos en las rodillas y una sudadera *oversize* de color gris. Su mochila parecía a punto de reventar por el peso de lo que supuse serían libros.

—No, se ha ido hace un par de horas.

Los ojos de la chica se llenaron de lágrimas repentinas, y sentí que se me encogía el corazón. Dios, lo que me faltaba, hacer llorar a una adolescente a la que ni siquiera conocía.

—Vale, gracias —dijo ella, dando media vuelta como para marcharse.

—Espera —la detuve—. ¿Puedo hacer algo por ti?

Se giró lentamente, mordiéndose el labio inferior en un gesto que me resultó extrañamente familiar. Las lágrimas amenazaban con desbordarse de sus ojos.

—No, yo... —Su voz tembló—. Pensaba que Ryker estaría en casa. Es mi hermano y... Es culpa mía, debería haberle avisado de que venía.

Así que era su hermana. Por supuesto. ¿Cómo no lo había pensado? Ahora que la miraba bien, el parecido era evidente: los mismos ojos, la misma mandíbula, incluso tenían gestos similares.

—Oye, ¿quieres pasar y esperar dentro? —le ofrecí, señalando mi puerta abierta—. Puedo darte unas galletas o lo que quieras mientras contactas con él.

Ella me miró dudosa, evaluándome. No la culpaba. Yo era una desconocida que probablemente tenía aspecto de haberse pasado la noche llorando.

—Lo más peligroso que hay en mi apartamento es Peluso —añadí con una sonrisa y, como si lo hubiera invocado, el gato apareció y comenzó a restregarse contra mis piernas.

Su ropa peluda lo hacía parecer aún más inofensivo de lo que ya era.

Los ojos de la chica se agrandaron con curiosidad.

—¿Tienes un gato? —preguntó, y por primera vez vi algo parecido a una sonrisa en su rostro—. Me encantan los gatos.

—Este es Peluso —respondí—. Ven, pasa. Seguro que Ryker no tarda en volver.

Ella asintió y me siguió al interior. Cerré la puerta tras nosotras y fui directamente a la cocina, agradeciéndole mentalmente a mi yo de ayer que hubiera limpiado el desastre habitual.

—Siéntate donde quieras —le indiqué, señalando los taburetes frente a la barra.

Ella eligió uno y dejó caer su mochila al suelo con un ruido sordo. Peluso, siempre oportunista, saltó de inmediato al taburete contiguo. Ella empezó a acariciarlo con una sonrisa tímida.

Busqué en el armario y saqué un paquete de galletas de chocolate que guardaba para emergencias, pues sí, esto claramente se trataba de una. Las coloqué en un plato que, gracias a los dioses, no estaba desportillado, y lo puse frente a ella.

—Te prepararé un vaso de leche con cacao caliente —dije sacando un brik de la nevera—. A menos que prefieras otra cosa.

—No, eso está bien —respondió al tiempo que cogía una galleta—. Gracias.

Mientras calentaba la leche, la observé de reojo. Había dejado de llorar, pero seguía teniendo una expresión de preocupación poco habitual en alguien de su edad.

—Soy Audra, por cierto —me presenté—. La vecina de tu hermano.

—Emma —dijo ella—. Siento haberte molestado.

—No me has molestado para nada —le aseguré, vertiendo el cacao en polvo en la leche caliente—. De hecho, me has salvado de una mañana de autocompasión absoluta.

Eso le arrancó una pequeña sonrisa.

Le entregué el vaso de leche con cacao y me apoyé en la encimera frente a ella.

—No quiero ser una adulta pesada —comencé, dudando si debía meterme o no—, pero... ¿no deberías estar en el instituto a esta hora?

Emma asintió, mirando fijamente el vaso.

—Sí, debería —admitió—. Pero necesitaba ver a Ryker. Es... complicado.

Se llevó el vaso a los labios, lo que le dejó un pequeño bigote de chocolate que ella se apresuró a limpiar con el dorso de la mano.

—Es normal, ¿sabes? —dije sentándome en el taburete a su lado —. A veces todo puede contigo, y lo único que sientes es que quieres huir y no mirar atrás.

Emma levantó la mirada sorprendida, como si hubiera leído sus pensamientos. Sus dedos jugueteaban nerviosamente con el borde de la manga de su sudadera.

—¿Tú también has sentido eso? —preguntó con un hilo de voz.

—Más veces de las que me gustaría admitir —confesé con una sonrisa comprensiva—. Y soy bastante mayor que tú, así que imagínate.

Ella asintió, dándole un mordisco a otra galleta. El silencio se instaló entre nosotras durante unos segundos, pero no era incómodo. Peluso seguía ronroneando bajo sus caricias, completamente ajeno a la gravedad de la conversación.

—La situación es complicada —dijo Emma con la mirada fija en el gato—. Mis padres se divorciaron hace unos meses y... casi no veo a mi padre. Lo echo de menos.

Su voz se rompió ligeramente en la última frase, y sentí una punzada de empatía. Sabía lo que era echar de menos a un padre.

—Mi madre es muy estricta —continuó, ganando confianza a medida que hablaba—. Ahora resulta que no voy a pasar las Navidades completas con papá porque ella dice que también tengo que estar con su familia. Como si me importara lo más mínimo su nuevo novio y su casa con piscina.

La amargura en su voz era evidente, pero había algo más, algo más profundo que el simple enfado adolescente.

—Mamá siempre se queja y me pide que sea perfecta —añadió pasándose una mano por la coleta, ajustándola—. Que si las notas,

que si el violín, que si el francés, que si tengo que ser más responsable... Y Ryker ahora parece una versión peor de ella. Desde que mis padres se divorciaron es más duro, más gruñón, más... todo.

Dejó la galleta a medio comer y suspiró profundamente.

—Ryker y mamá siempre se han llevado mal, pero desde el divorcio es mucho peor —confesó mordiéndose el labio—. Solo se comunican por mensajes y alguna que otra llamada tensa. La última discusión fue espantosa. Mamá le dijo cosas terribles..., que jamás encontraría a nadie, que era como papá, un mujeriego, y que nadie lo soportaría nunca. Se dijeron de todo. Desde entonces es como si Ryker se hubiera convertido en otra persona. Ya no sonríe como antes, no hace bromas..., es como si se hubiera cerrado completamente.

Me sorprendió lo adulta que sonaba, lo consciente que parecía de la situación. Me quedé mirándola, sin saber muy bien qué decir. Cualquier consejo que pudiera darle sonaría a frase hecha, y lo último que esa chica necesitaba era a otra adulta soltándole tópicos. Así que opté por ser sincera.

—Eso es mucha presión para alguien de tu edad —dije finalmente —. ¿Se lo has contado a tu hermano? ¿Sabe cómo te sientes?

Ella negó con la cabeza.

—Él está ocupado con su trabajo y sus cosas —respondió encogiéndose de hombros—. Cuando voy a su casa, intenta ser el hermano guay, pero se nota que está esforzándose demasiado. Y cuando le menciono algo sobre mamá o papá, se pone tenso y cambia de tema.

Peluso se estiró sobre la barra y Emma le rascó bajo la barbilla, arrancándole un ronroneo aún más fuerte.

—Peluso es genial —comentó con una pequeña sonrisa—. Y me encanta su ropita. ¿Se la haces tú?

—Sí —respondí, agradecida por el cambio de tema—. Tiene la piel sensible, así que empecé a hacerle jerséis para protegerlo. Ahora tiene más ropa que yo.

—Es muy mono —dijo, y por un momento volvió a parecer una niña de catorce años y no la adulta en miniatura que había estado hablando sobre divorcios y expectativas familiares—. ¿Puedo hacerle una foto?

—Claro.

Sacó su móvil y le hizo varias fotos a Peluso, que posó como el divo que era, estirándose cuan largo era y mostrando su jersey en todo su esplendor.

—¿Sabes? A veces las personas adultas nos comportamos de forma rara —dije, eligiendo mis palabras con cuidado—. Tu hermano probablemente se esfuerza mucho, pero no siempre nos sentimos suficientes para las personas que nos importan.

Ella me miró con curiosidad.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que, por lo que cuentas, tu hermano quizá intenta ser alguien que no sabe cómo ser —expliqué—. A veces los adultos fingimos dureza o distancia porque tenemos miedo de no estar a la altura. Especialmente cuando se trata de personas que nos importan.

Emma se quedó callada, procesando mis palabras. Peluso aprovechó el momento para levantarse y saltar de la barra, trotando hacia el salón como si tuviera una misión importante que cumplir.

—Creo que todos tratamos de hacerlo lo mejor que podemos con las herramientas que tenemos —continué—. Incluso cuando parece que lo estamos haciendo fatal.

Ella sonrió ligeramente.

—Supongo que tienes razón —dijo tomando otro sorbo de su chocolate—. Es solo que... a veces me gustaría que las cosas fueran como antes, ¿sabes? Cuando éramos una familia normal y corriente.

El tono melancólico en su voz me rompió el corazón. Quería decirle que todo mejoraría, que el tiempo cura todas las heridas, que algún día encontraría un nuevo equilibrio..., pero sería mentirle. La verdad es que la vida a veces simplemente apesta, y lo único que puedes hacer es aprender a convivir con ello.

—No sé si alguna vez he tenido una familia normal y corriente —confesé—. Mis padres nunca se llevaron bien, y mi madre siempre fue... complicada. Cuando mi padre murió, pensé que el mundo se acababa.

No sabía por qué le estaba contando eso a una adolescente a la que apenas conocía, pero algo en ella me inspiraba confianza. O quizá era que, después de la noche anterior, tenía las defensas emocionales por los suelos.

—Lo siento. Debió de ser muy duro.

—Lo fue —admití—. Pero aprendí que a veces las personas que parecen más difíciles son las que más luchan internamente. Quizá tu hermano está intentando ser fuerte por ti, aunque no sepa exactamente cómo hacerlo.

Emma soltó una risita.

—Eso suena mucho a Ryker —dijo, y su rostro pareció menos tenso que antes—. Gracias por escucharme. Y por el chocolate. Y por dejarme conocer a Peluso.

—Ha sido un placer —respondí sinceramente—. Y mi puerta siempre estará abierta si necesitas hablar o simplemente pasar el rato con el gato más *fashion* del edificio.

Justo en ese momento, Peluso regresó al galope, trayendo consigo uno de sus juguetes favoritos: un ratón de peluche con cascabel que había visto mejores días. Lo depositó a los pies de Emma como una ofrenda.

—Vaya, me honras con un regalo —dijo ella, cogiéndolo—. Muchas gracias, Peluso.

El gato maulló con satisfacción y empezó a dar vueltas alrededor de sus piernas. Emma se agachó para acariciarlo y, por un momento, toda la angustia que había en su rostro desapareció, sustituida por una sonrisa genuina.

—Ryker no sabe que estás aquí, ¿verdad? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

Emma levantó la mirada, mordisqueándose el labio inferior. Negó con la cabeza.

—Me parece que lo más conveniente sería llamarlo y decírselo —sugerí con suavidad—. Debe de estar trabajando, pero seguro que querría saber que estás aquí.

Sus ojos se agrandaron con alarma.

—No creo que sea capaz de hablar con él ahora mismo —confesó bajando la mirada—. Se enfadará. Mucho.

—¿Y si lo hago yo? —ofrecí—. Puedo explicarle la situación.

Emma pareció considerar la idea por unos segundos y finalmente asintió.

—¿De verdad? Te lo agradecería muchísimo.

—Claro. Dame su número.

Cogió mi teléfono cuando se lo tendí y tecleó el número de su hermano. Me lo devolvió con una expresión mezcla de alivio y terror.

Me alejé unos pasos, dirigiéndome hacia la ventana para tener algo de privacidad. Mi corazón empezó a latir con fuerza mientras miraba la pantalla. No quería hablar con él, y menos después del

numerito de anoche. Seguramente pensaría que era una lunática o algo peor. Pero Emma me necesitaba, y eso era más importante que mi orgullo.

Pulsé el botón de llamada y me llevé el teléfono a la oreja, maldiciendo para mis adentros cuando empezó a dar tono. Por un instante tuve la esperanza de que no contestara, pero al cuarto timbrazo...

—¿Diga? —La voz grave de Ryker me provocó un nudo en el estómago.

—Hola, soy Audra, tu vecina —dije, intentando que mi voz sonara firme—. No te asustes, pero Emma está en mi casa.

Hubo un silencio tan largo al otro lado de la línea que por un momento pensé que se había cortado la llamada.

—¿Qué? —Sonaba descolocado—. ¿Emma? ¿Mi hermana Emma?

—Sí, ha venido a verte, pero como no estabas..., bueno, la he invitado a pasar mientras te localizaba.

—Voy para allá ahora mismo —dijo, y pude oír ruido de fondo, como si estuviera recogiendo cosas apresuradamente—. ¿Está bien? ¿Qué ha pasado?

Su tono había cambiado por completo. No era el Ryker sarcástico y distante de siempre, sino alguien de veras preocupado.

—Está perfectamente —le aseguré—. Solo... —Miré a la chica, que seguía acariciando a Peluso con expresión seria—. No seas duro con ella cuando llegues, ¿vale? Está bastante estresada.

Hubo otra pausa al otro lado.

—¿Te ha contado por qué ha venido? —preguntó al cabo, bajando el tono.

—No exactamente —mentí, para no traicionar la confianza de Emma—. Pero creo que solo necesita a su hermano.

Lo oí exhalar lentamente.

—Estaré ahí en veinte minutos —dijo finalmente—. Gracias por..., ya sabes, cuidar de ella.

—No hay problema.

—Y Audra... —añadió antes de colgar—, lo de anoche...

—Olvídalo —lo interrumpí rápidamente—. No pasó nada, ¿vale?

Un breve silencio.

—Vale —dijo simplemente—. Nos vemos dentro de un rato.

Colgué y volví junto a Emma, que me miraba expectante.

—Viene de camino —la informé, sentándome de nuevo a su lado —. Estará aquí en unos veinte minutos.

—¿Está muy enfadado? —preguntó con voz pequeña.

—Para nada —le aseguré—. Solo estaba preocupado por ti. De hecho, creo que nunca lo había oído tan... humano.

Eso le arrancó una pequeña sonrisa.

—Gracias —dijo mirándome a los ojos—. Por todo.

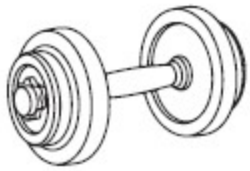
—No hay de qué —respondí con sinceridad—. ¿Quieres más chocolate mientras esperamos?

Ella asintió y, mientras preparaba otra taza, me di cuenta de algo: por primera vez desde que lo conocía, estaba deseando ver a Ryker. Quería comprobar si el hermano mayor protector era tan diferente del vecino insufrible como parecía.

Y, por algún extraño motivo, tenía la sensación de que estaba a punto de descubrir una faceta completamente nueva de don Musculín.

10

Una princesita con ojeras y una adolescente fugitiva



Ryker

Salí del trabajo como un huracán. Apenas tuve tiempo de murmurar una excusa sobre una emergencia familiar antes de recoger mis cosas y prácticamente correr hasta el ascensor. La llamada de Audra me había dejado descolocado. ¿Emma en su apartamento? ¿Mi hermana, que debería estar en el instituto a esa hora, en casa de mi vecina?

Una vez en el parking, me metí en el coche y arranqué con más brusquedad de la necesaria. Mi mente iba a mil por hora, elaborando teorías a cual más catastrófica. ¿Habría pasado algo con nuestra madre? ¿Con su nuevo novio? ¿Problemas en el instituto? Emma nunca había hecho algo así, siempre había sido la sensata de la familia, la responsable. Eso no era propio de ella.

El tráfico, como siempre que tenías prisa, era infernal. Un embotellamiento en la avenida principal me obligó a tomar un desvío que añadió otros cinco minutos a mi trayecto. Golpeé el volante con frustración.

—Vamos, vamos —murmuré, tamborileando con los dedos mientras esperaba que un semáforo cambiara a verde.

Cuando por fin llegué a mi calle, otra sorpresa: no había ni un solo hueco para aparcar. Di tres vueltas a la manzana antes de encontrar un espacio ridículamente pequeño donde, con una maniobra digna de un contorsionista, conseguí meter mi coche.

Decidí subir por las escaleras en lugar de esperar al ascensor.

Me detuve frente a la puerta de Audra y, por primera vez, me fijé realmente en ella. Estaba llena de arañazos, con la pintura descascarillada en algunas zonas y el pomo ligeramente oxidado. Comparada con la mía, que había cambiado nada más mudarme, era antigua y ni siquiera parecía de seguridad. Cualquiera con un poco de maña podría forzarla en cuestión de minutos.

«Tendría que comentarle que debería cambiarla —pensé automáticamente—. No es seguro vivir con una puerta como esa».

Sacudí la cabeza, sorprendido por mi propia preocupación. ¿Desde cuándo me importaba la seguridad de la princesita? Probablemente fuera solo el estrés del momento, que me hacía pensar tonterías.

Respiré hondo y llamé al timbre. La puerta se abrió casi de inmediato, revelando a Audra. Tenía unas ojeras marcadas y los ojos ligeramente hinchados y enrojecidos, como si hubiera estado llorando. Llevaba el pelo recogido en un moño desordenado y vestía lo que parecían unos pantalones de pijama y una camiseta vieja. A pesar de su aspecto desaliñado, algo en ella me provocó una extraña sensación en el pecho que preferí ignorar.

No hice preguntas sobre su estado. Lo importante ahora era Emma. Audra se apartó para dejarme pasar y entré directamente.

Mi hermana estaba sentada en el sofá, con ese gato sin pelo en el regazo. Al verme, se levantó de un salto, lo que provocó que el gato soltara un maullido de protesta.

—Ryker —dijo con voz pequeña, y pude ver que había estado llorando.

En dos zancadas llegué hasta ella y la envolví en un abrazo. Sentí cómo se tensaba brevemente antes de relajarse y abrazarme con fuerza. Le besé la parte superior de la cabeza, notando ese familiar olor a champú de manzana que siempre usaba.

—¿Estás bien? —le pregunté en voz baja, sin soltarla.

Emma asintió contra mi pecho y se separó un poco para mirarme con ojos vidriosos.

—Lo siento —dijo con voz temblorosa—. Estaba muy estresada, necesitaba verte. No quiero pasar las Navidades con mamá, y menos aún porque tú no vas a estar allí.

Con el rabillo del ojo, vi cómo Audra se dirigía discretamente hacia la cocina, dándonos espacio para hablar. Un gesto que apreció más de lo que esperaba.

—Ven, siéntate —le indiqué a Emma, guiándola de vuelta al sofá.

Durante los siguientes minutos, mi hermana me lo contó todo: la presión en el instituto, la nueva relación de nuestra madre, que la hacía sentir desplazada, los planes para unas Navidades que sonaban más a obligación que a celebración. La escuché atentamente, secándole alguna lágrima ocasional y asintiendo en los momentos adecuados.

—Te entiendo perfectamente —le dije cogiéndole las manos—. Y te prometo que hablaré con mamá para ver qué podemos hacer, ¿vale? Quizá podamos encontrar un término medio.

Ella asintió, visiblemente más tranquila. El simple acto de ser escuchada parecía haberle quitado un peso de encima.

—Pero, Emma —añadí en un tono más serio—, aunque le agradezco a Audra que te haya cuidado, no puedes entrar así en

casa de alguien que apenas conoces. Ni siquiera si es mi vecina. Podría haber sido peligroso.

—Pero parecía buena persona —protestó ella, encogiéndose de hombros.

—Mucha gente parece una cosa y luego resulta ser otra —le expliqué—. Tienes catorce años, deberías ser más cuidadosa. La próxima vez, llámame directamente a mí, ¿de acuerdo?

Emma asintió, aunque no parecía muy convencida. La entendía: Audra había sido amable con ella, y a esa edad era difícil ver los peligros potenciales. Por suerte, el instinto no me había fallado con respecto a mi vecina. Era irritante conmigo, pero parecía tener buen corazón. Aun así, mi responsabilidad como hermano mayor era enseñarle a Emma a ser precavida.

—Pero ahora tengo que llevarte a casa —añadí con suavidad—. Mamá debe de estar preocupada, y tienes que volver al instituto.

—Lo sé —aceptó con un suspiro—. Pero al menos ahora me siento mejor.

Emma fue junto al gato, que había estado observándonos desde una distancia prudencial. Lo acarició con cariño para despedirse, y el animal ronroneó satisfecho, como si fueran viejos amigos.

Miré hacia la cocina, donde Audra estaba fregando unos platos, aparentemente absorta en la tarea. Había algo en la escena —su figura menuda concentrada en algo tan mundano, la luz de la mañana filtrándose por la ventana e iluminando su pelo rojo— que me resultó extrañamente entrañable.

Emma se acercó a ella, interrumpiendo mis pensamientos.

—Gracias por todo, Audra —dijo y, para mi sorpresa, la abrazó con fuerza—. Espero volver a verte pronto.

Mi vecina pareció momentáneamente sorprendida por el gesto, pero le devolvió el abrazo con naturalidad.

—Ojalá sea así —respondió con una sonrisa cálida—. Y recuerda que siempre puedes venir si necesitas hablar. O ver a Peluso.

Algo se removió en mi interior al presenciar la escena. No esperaba que Audra, la misma mujer con la que yo intercambiaba pullas a diario, pudiera conectar tan bien con mi hermana. Me acerqué a la puerta, esperando a Emma. Antes de salir, miré a mi vecina.

—Gracias —dije simplemente, pero intentando transmitir con la mirada lo que no podía expresar con palabras.

Ella asintió, como si lo entendiera perfectamente.

Una vez en el rellano, cerré la puerta tras nosotros. Emma ya parecía otra, más relajada y con una pequeña sonrisa en los labios.

—Audra me cae muy bien —comentó mientras bajábamos por las escaleras—. ¿A ti también?

—No —respondí automáticamente.

Mi hermana me miró con escepticismo.

—Pues haríais buena pareja —dijo con ese tono inocente que usaba cuando intentaba manipularme—. Es muy guapa, ¿no crees? Y tiene ese pelo rojo precioso. Además, parece maja. Y tiene un gato monísimo.

—Emma... —le advertí, pero ella siguió como si no me hubiera oído.

—Y se nota que le importa la gente. Me ha escuchado como si de verdad le interesara lo que tenía que decir —continuó—. Además, no está casada ni tiene novio, que yo sepa. ¿Verdad que no tiene novio?

—No tengo ni idea de la vida amorosa de mi vecina —respondí intentando sonar desinteresado, aunque por algún motivo recordé haberla visto la noche anterior con aquel vestido rojo.

—Pues deberías invitarla a cenar un día —insistió Emma mientras salíamos del edificio—. Seguro que dice que sí.

—Ya basta, enana. Mejor piensa en cómo vas a explicarle a mamá por qué no estás en el instituto.

Ella puso los ojos en blanco, pero por suerte cambió de tema. Sin embargo, mientras caminábamos hacia el coche, no pude evitar pensar en Audra, en sus ojos enrojecidos de esa mañana, en cómo había cuidado de mi hermana sin conocerla siquiera.

Y, por primera vez, sentí que tal vez había juzgado demasiado rápido a la princesita del pelo rojo.

Mientras conducía con Emma a mi lado, mi mente seguía volviendo a la imagen de Audra llorando en el rellano la noche anterior. Estaba hecha un ovillo junto a su puerta, con el maquillaje corrido y aquel vestido rojo empapado por la lluvia. En aquel momento no me había parado a pensar demasiado en ello, simplemente había actuado por impulso, recogiendo sus llaves e intentando no empeorar su situación.

Pero ahora, con la calma relativa del tráfico de media mañana, las preguntas comenzaban a aparecer. ¿Por qué lloraba? Tenía que ser por la cita. No había otra explicación. La había visto salir el día anterior, toda arreglada y con ese vestido que parecía hecho especialmente para ella. Y luego había vuelto hecha un desastre emocional.

¿Qué habría pasado en esa cita? ¿La habría tratado mal aquel tipo, el supuesto arquitecto? Había tantos imbéciles por ahí, hombres que no sabían valorar a una mujer como ella. No me extrañaría que hubiera sido un completo cretino.

—¿En qué piensas? —preguntó Emma, interrumpiendo mi hilo de pensamiento—. Estás muy callado.

—En nada importante —respondí, quizá demasiado rápido—. Solo en el trabajo.

Ella asintió, pero me lanzó una mirada escéptica antes de volver a mirar por la ventanilla.

La verdad es que ni yo mismo entendía por qué me preocupaba tanto. Audra y yo apenas éramos amigos; de hecho, pasábamos más tiempo discutiendo que manteniendo conversaciones civilizadas. Pero verla así, vulnerable y destrozada, me había afectado más de lo que quería admitir.

¿Qué clase de imbécil podía hacer llorar a alguien como ella? Especialmente después de que se hubiera esforzado tanto en arreglarse para la cita.

Me tensé ante mi propio pensamiento. ¿Desde cuándo consideraba guapa a la princesita? Sin embargo, era inútil negarlo. Siempre había tenido algo que captaba mi atención: esos ojos verdes expresivos rodeados de pecas que se encendían cuando discutíamos, la forma en la que arrugaba la nariz cuando algo le molestaba, el contraste de su pelo rojo contra su piel pálida. La otra noche, con aquel vestido rojo que le quedaba como un guante, solo había resaltado lo que ya estaba ahí. Los tacones le estilizaban las piernas, el escote destacaba sus curvas sin resultar vulgar y su pelo rojo caía sobre su rostro.

Sí, era preciosa. Era un hecho objetivo, como decir que el cielo es azul o que el agua moja. No significaba nada. Simplemente tenía ojos en la cara.

Aunque no era solo su aspecto físico. Había algo en ella, en su forma de ser, que resultaba... intrigante. Esa mezcla de vulnerabilidad y carácter fuerte. La manera en la que se enfrentaba a mí sin titubear, lanzándome pullas igual de afiladas que las mías. Pero también la forma en la que había acogido a Emma, una

completa desconocida, y la había hecho sentir lo suficientemente cómoda como para abrirse. Esa pasión con la que defendía lo que le importaba, como su ridículo gato sin pelo o sus principios.

Las contradicciones de Audra Emrin me fascinaban. A veces parecía tan frágil que daban ganas de protegerla, y al momento siguiente te hacía sentir como un idiota con un comentario mordaz. Era tierna y feroz a partes iguales.

Como aquella vez en el rellano, cuando la pillé espiándome por la mirilla. Su cara de vergüenza cuando la descubrí fue adorable. O aquella ocasión en la lavandería, cuando se asustó al verme entrar y lanzó sus bragas por los aires. Me resultó difícil no reírme al ver su expresión de horror. O cuando la oía cantar desafinando a través de la pared mientras preparaba el desayuno para su gato, con esa voz alegre que parecía reservar solo para él. O las veces que la veía en las escaleras, con la cara roja por el esfuerzo y maldiciendo el ascensor, mientras yo subía sin apenas inmutarme, fingiendo que no me divertía su manera de resoplar. Incluso la vez que la encontré en el portal discutiendo con un vecino, el señor Wery, sobre el reparto de publicidad, gesticulando con tanta pasión que estuvo a punto de golpear al pobre hombre con su carpeta de dibujos.

Pero también estaba la Audra que defendía a su gato con uñas y dientes, la que me llamaba don Musculín con ese tono desafiante, la que había tenido el valor de decirme a la cara que mis conquistas fingían los orgasmos.

¿Cómo podía una persona tan pequeña contener tanta personalidad?

Moví la cabeza, intentando sacudirme esos pensamientos. No tenía sentido estar dándole vueltas. Ella era mi vecina, una con la que apenas me llevaba bien, y punto. Su vida amorosa no era

asunto mío, ni tampoco me importaba lo guapa que pudiera estar con un vestido u otro.

«Maldita sea, Ryker, céntrate. Es la princesita histérica del 8.º A, la misma que te ha tenido en vela con sus maratones de Taylor Swift y te ha dejado la ropa teñida de rosa». No era como si necesitara otra complicación en mi vida. Tenía mi apartamento organizado, mi trabajo, mi rutina..., todo perfectamente controlado. Audra Emrin era la definición exacta de caos, y lo último que necesitaba.

Y, sin embargo, seguía pensando en su figura encogida en el suelo del rellano, en cómo me había mirado con esos ojos verdes llenos de lágrimas.

Quizá debería comportarme mejor con ella. No es que fuéramos a ser amigos de repente, pero después de lo que había hecho por Emma hoy, le debía al menos un poco de amabilidad. Podría ser más cordial, menos provocador. Quizá incluso podría ayudarla a cambiar esa puerta tan poco segura.

—Estás sonriendo —señaló Emma, mirándome curiosa—. ¿Seguro que estás pensando en el trabajo?

—Sí —respondí automáticamente, borrando la sonrisa que ni siquiera sabía que tenía—. Solo he recordado algo... divertido.

Mi hermana me miró con esa expresión suya de «no te creo nada», pero no insistió. En lugar de ello, sacó su móvil y empezó a teclear, probablemente escribiéndole a alguna amiga.

Volví a centrarme en la carretera, pero mi mente seguía regresando a Audra. Era frustrante. No entendía por qué no podía dejar de pensar en ella. Quizá solo fuera curiosidad. O tal vez gratitud por haber cuidado de Emma. O simplemente la extrañeza de ver un lado de ella que no conocía.

Fuera lo que fuese, tendría que analizarlo otro día. Ahora mismo, lo importante era resolver la situación de Emma y asegurarme de

que estuviera bien. El misterio de la princesita pelirroja tendría que esperar.

Aunque, mientras parábamos en un semáforo en rojo, no pude evitar preguntarme cómo sería besarla. Apostaría a que sus labios sabían a café con leche, dulce y adictivo.

—¡Mierda! —pensé, golpeando ligeramente el volante con frustración—. ¿Qué demonios me pasa?

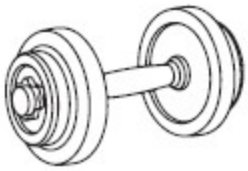
Por suerte, Emma estaba demasiado absorta en su móvil para notar mi reacción. Respiré hondo y volví a concentrarme en la conducción, empujando cualquier pensamiento sobre Audra al fondo de mi mente.

Ya lidiaría con eso después. O, mejor aún, lo ignoraría hasta que desapareciera. Porque eso es lo que haces con las atracciones no deseadas, ¿verdad? Las ignoras hasta que se desvanecen.

El problema era que Audra Emrin no parecía ser el tipo de persona que se desvanece fácilmente.

11

La princesita, Taylor Swift y un caso grave de indecisión



Ryker

Llevaba casi una hora dando vueltas por el apartamento con solo una toalla en la cintura mientras Taylor Swift me taladraba los tímpanos a través de la pared. La princesita pelirroja había decidido montar un karaoke privado y, por quinta vez consecutiva, estaba cantando «Cruel Summer» como si le fuera la vida en ello. No sabía qué era peor: que se supiera toda la letra o que desafinara precisamente en los mismos puntos cada vez que la repetía.

—¡Por Dios! —murmuré, pasándome la mano por el pelo aún húmedo—. No puede ser que tenga solo esa canción en bucle.

Como si me hubiera oído, la música cambió. Genial, ahora era «All Too Well». La versión de diez minutos, por supuesto. Porque aparentemente no bastaba con una tortura de tres minutos, tenía que ser una sesión completa.

Abrí el armario y me quedé mirándolo como si fuera la primera vez que veía ropa en mi vida. Era absurdo. Lo tenía perfectamente

organizado por colores, estilos y temporadas. Siempre sabía qué ponerme para cada ocasión. Pero hoy, por algún extraño motivo, todo me parecía inadecuado.

—No es una cita —me recordé a mí mismo, sacando una camisa azul marino para luego devolverla a su sitio—. Solo son cuatro conocidos que van a cenar. Ni siquiera somos amigos.

Ender llegaría en cualquier momento, y también Elaila. Habíamos quedado aquí para luego ir juntos al restaurante italiano. La idea de salir los cuatro seguía pareciéndome terrible, pero ya no podía echarme atrás.

¿Debería ponerme algo casual? ¿Algo más formal? ¿Por qué narices me importaba tanto?

Saqué unos vaqueros oscuros y los dejé sobre la cama. Era la tercera vez que hacía lo mismo con los mismos pantalones. Luego me fijé en mi camisa de pana marrón, que apenas había estrenado. Tenía buen corte, era lo suficientemente informal para no parecer estirado, pero lo bastante elegante para un restaurante decente.

La dejé junto a los vaqueros y seguí rebuscando, aunque ya sabía que acabaría poniéndome exactamente eso.

—¿Qué me pasa hoy? —me pregunté, cerrando el armario con más fuerza de la necesaria.

Sabía perfectamente qué me pasaba, aunque no quisiera admitirlo. No podía dejar de pensar en Audra. Desde el incidente con Emma, algo había cambiado. No era solo agradecimiento por cómo había cuidado de mi hermana. Era más bien... curiosidad. Quería conocer mejor a esa chica que había conectado tan rápidamente con Emma, que tenía un gato calvo al que vestía con jerséis ridículos, que escuchaba a Taylor Swift a todo volumen y que lloraba en el rellano bajo la lluvia.

Volví a abrir el armario y saqué una camiseta básica de color camel que quedaba bien con la camisa de pana. Me quité la toalla y me vestí rápidamente. Los nervios no tenían sentido; era solo una cena con Ender y las vecinas. No era nada del otro mundo.

Ya vestido, me miré en el espejo del baño. No estaba mal. Informal pero cuidado, como si no me hubiera esforzado, pero aun así me viera bien. El problema era que me sentía como un adolescente antes de su primera cita. Y eso era absurdo porque a) no era una cita y b) hacía años que había dejado de ponerme nervioso por una mujer.

Cogí el perfume —el caro, no el que usaba a diario— y me eché un poco en el cuello y en las muñecas. El olor me recordó que necesitaba comprar uno nuevo; ese estaba ya casi vacío.

Me guardé el móvil en el bolsillo de los vaqueros y me miré una última vez en el espejo.

Me pasé la mano por el pelo, despeinándolo un poco para que no pareciera tan arreglado. No quería que la princesita pensara que me había esforzado demasiado. Porque no lo había hecho, evidentemente.

Consulté el reloj: quedaban quince minutos para la hora acordada. Si bajaba ya, quizá me encontraría con Audra saliendo de su apartamento, lo que se parecería demasiado a ir a recogerla. Y eso no era una cita. Para nada.

Un nuevo éxito de Taylor Swift atravesó la pared. Ahora sí que era momento de largarse.

Bajé las escaleras para evitar el ascensor y sus eternos minutos de espera. Cuando llegué al portal, salí directamente a la calle.

Fuera, apoyados en un coche, estaban Ender y Elaila, charlando animadamente. Él me vio y levantó la mano a modo de saludo.

—¡Tío! —exclamó, acercándose para darme uno de esos abrazos con palmadas en la espalda—. Puntual como siempre, ¿eh?

—Ya me conoces —respondí, separándome—. La puntualidad es...

—Lo sé, lo sé —me interrumpió con una sonrisa—. «La puntualidad es respeto al tiempo ajeno». Me lo has dicho mil veces.

Elaila se acercó también, luciendo un vestido negro sencillo pero elegante. Me dio dos besos y un breve abrazo, como si fuéramos amigos de toda la vida.

—¿Y Audra? —preguntó mirando hacia la puerta del edificio.

—Ni idea —respondí encogiéndome de hombros—. No es asunto mío.

Ella puso los ojos en blanco y se dirigió al telefonillo. Comenzó a llamar insistentemente, presionando el botón varias veces seguidas.

—¿Sí? —La voz de Audra sonó distorsionada a través del aparato.

—¡Baja ya, tortuga! —exclamó Elaila—. Llevamos aquí siglos esperándote.

La risa de Audra resonó desde el interfono.

—Ya estoy lista, bajo en un momento —dijo.

—Date prisa o nos vamos sin ti —amenazó Elaila, aunque todos sabíamos que no lo haría.

Mientras esperábamos, Ender comenzó a contarnos una anécdota sobre su trabajo. Algo sobre un compañero que había enviado un correo comprometedor a toda la empresa por error. No le estaba prestando demasiada atención; mis ojos volvían una y otra vez a la puerta del edificio.

El traqueteo del ascensor llegando a la planta baja nos interrumpió. Los tres nos giramos hacia la entrada. La puerta se abrió y Audra apareció.

Llevaba unos pantalones anchos de color crema, zapatillas con plataforma, una camiseta blanca corta y, sobre esta, una cazadora

de pana marrón. Su pelo rojo estaba recogido, pero algunos mechones le caían enmarcando la cara.

Lo que me dejó desconcertado fue darme cuenta de que íbamos a juego. Mi camisa de pana marrón y su cazadora eran prácticamente del mismo tono. Y los vaqueros oscuros que yo llevaba combinaban perfectamente con sus pantalones claros.

Ender y Elaila lo notaron al instante y estallaron en carcajadas.

—¡Vais conjuntados! —exclamó Elaila, señalándonos alternativamente—. ¡Qué monos!

—Esto es lo más cuqui que he visto en mi vida —añadió Ender con una sonrisa maliciosa—. Parecéis una parejita de Instagram.

Audra abrió mucho los ojos al darse cuenta y me miró de arriba abajo.

—Voy a cambiarme —dijo dando media vuelta hacia la puerta.

—¡Ni se te ocurra! —Elaila la agarró del brazo—. Estás guapísima así, ¿verdad, Ryker?

Todas las miradas se posaron sobre mí. Sentí cómo el calor me subía por el cuello hasta las mejillas.

—Está bien —murmuré, evitando mirar directamente a Audra—. Si no se hubiera copiado de mí...

—¿Yo? —protestó ella, llevándose una mano al pecho con indignación—. ¡Eres tú quien se ha copiado de mí!

—Venga, tórtolos —intervino Ender, poniendo los ojos en blanco—. Dejadlo ya y vamos al restaurante, que he reservado para las nueve y cuarto.

Audra y yo intercambiamos una mirada incómoda. No éramos tórtolos ni nada parecido. Pero antes de que pudiera aclararlo por enésima vez, Elaila ya había enganchado su brazo con el de Ender y ambos avanzaban por la acera. No nos quedó más remedio que seguirlos.

Caminé junto a Audra, manteniendo una distancia prudencial. No quería que nadie pudiera pensar que éramos algo más que vecinos forzados a compartir una cena.

—No me puedo creer que te hayas copiado de mi estilo —dije en voz baja, rompiendo el silencio incómodo.

—Por favor —respondió ella, sin mirarme—. Tengo buen gusto como para copiarme de alguien que se cree que el negro, el azul marino y el gris conforman toda la paleta de colores.

—Al menos mi ropa no parece sacada de un mercadillo vintage —contraataqué.

Audra se giró hacia mí, con esa sonrisa desafiante que ponía cuando estaba a punto de soltar algo mordaz.

—No todos podemos permitirnos gastar medio sueldo en ropa de marca que, francamente, podría llevar cualquier empresario aburrido de cuarenta años.

—Al menos yo no visto a mi gato con jerséis ridículos.

—Peluso tiene más estilo en una de sus patitas que tú en todo tu cuerpo —respondió, levantando ligeramente la barbilla.

A pesar de mí mismo, noté cómo una sonrisa tiraba de las comisuras de mis labios. Había algo en nuestras peleas verbales que resultaba casi... divertido.

Seguimos caminando sin hablar demasiado. Por delante, Ender y Elaila iban tan absortos en su propia conversación que casi parecían haberse olvidado de nosotros. Vi cómo sus manos se rozaban sutilmente mientras andaban, un gesto tan casual que probablemente ninguno de los dos se daba cuenta. Ender soltaba una carcajada cada pocos minutos y la miraba de una forma que conocía demasiado bien. El muy idiota estaba colado hasta las trancas.

Mientras, Audra y yo parecíamos dos gatos a punto de enzarzarse en una pelea. Ella caminaba con los brazos cruzados, mirando obstinadamente hacia delante y manteniendo una distancia escrupulosa entre nosotros, como si temiera que la contaminase con algo.

—¿Sabes? —dijo de repente, rompiendo nuestro silencio tenso—. Esta es la peor idea que ha tenido Elaila en su vida, y mira que ha tenido malas ideas.

—Para una vez que estamos de acuerdo en algo... —respondí.

Llegamos al restaurante en cuestión de minutos. Era un local italiano de aspecto rústico pero elegante, con manteles de cuadros rojos y blancos y pequeñas velas en cada mesa. Bastante típico, pero parecía acogedor. Ender se adelantó para abrir la puerta y nos dejó pasar con un gesto exagerado de caballerosidad que provocó otra risita de Elaila.

—Tenemos una reserva a nombre de Ender Oriel —le dijo al camarero que nos recibió.

—Ah, sí, señor Oriel —respondió el hombre con un marcado acento—. Mesa para cuatro junto a la ventana, ¿verdad? Por aquí, por favor.

Lo seguimos hasta una mesa cuadrada situada en un rincón acogedor, con vistas a la calle. Ender y Elaila, en un movimiento que claramente habían coordinado de antemano, se sentaron juntos en el sofá de un lado de la mesa, dejándonos a Audra y a mí el sofá del lado opuesto.

La cara de Audra fue un poema. Negó con la cabeza y fulminó a su amiga con la mirada, con una expresión que claramente decía «te voy a asesinar cuando salgamos de aquí».

—No te queda otra, Audra —dijo Elaila con una sonrisa inocente que no engañaba a nadie—. A menos que quieras sentarte en el

regazo de Ender.

—O en el mío —añadí con una sonrisa burlona, solo para ver cómo se le subían los colores.

Funcionó. Las mejillas de Audra se encendieron como si fueran a arder en cualquier momento.

—Antes prefiero comer de pie —repuso, pero finalmente se resignó y se acercó a nuestro sofá.

La dejé pasar primero, en un gesto automático. Ella pareció ligeramente sorprendida por el detalle, pero se deslizó por el asiento sin comentar nada.

Al sentarme a su lado, fui consciente de lo cerca que estábamos. El sofá no era especialmente pequeño, pero nuestros muslos casi se rozaban, y podía percibir el sutil aroma a vainilla que desprendía su pelo. Para cuando el camarero trajo las cartas, ya había contado tres veces el número de pestañas que tenía en el ojo derecho.

—Bueno, ¿qué tal vuestro día? —preguntó Ender, intentando romper el hielo mientras abría la carta.

—Normal —respondimos Audra y yo al unísono, lo que provocó que nos miráramos mutuamente con el ceño fruncido.

Elaila soltó una risita.

—Oh, mirad lo que encontré el otro día —dijo sacando su teléfono del bolso—. Estaba repasando fotos antiguas y apareció esta joya.

Nos mostró la pantalla, donde se veía una foto de ella y Audra mucho más jóvenes, quizá con dieciséis o diecisiete años. Ambas llevaban unas gafas de sol ridículas y sostenían lo que parecían pizzas caseras recién hechas. Sus caras estaban manchadas de harina y tenían expresiones exageradamente serias que contrastaban con lo absurdo de la situación.

Pero lo que más me llamó la atención fue el pelo de Audra. Era de un tono naranja mucho más natural que el rojo intenso que llevaba

ahora.

—Así que realmente eres pelirroja natural —comenté señalando la foto.

Ella iba a contestar, pero Elaila se le adelantó.

—Sí, siempre lo ha sido —afirmó con una sonrisa traviesa—. Pero se lo tiñe para que quede más intenso, como de fuego. Para que no puedan llamarla «zanahoria», como hacían en el instituto.

—Elaila, cierra el pico —siseó Audra, claramente incómoda.

—¡Pero si ese color te sienta de cine! —protestó su amiga—. No entiendo por qué te avergüenzas. Algunas pagarían fortunas por tener ese tono natural.

La miré con curiosidad. Así que ese era uno de sus secretos. Una pelirroja natural que intensificaba su color para evitar burlas. Tenía sentido, supongo. Los críos pueden ser crueles, y un apodo como «zanahoria» podía marcar a cualquiera durante años.

—A mí me gusta —dije sin pensar.

Los tres me miraron como si me hubiera crecido una segunda cabeza.

—¿El qué? —preguntó Audra, desconfiada.

—Tu pelo —aclaré, intentando sonar casual—. El color, digo. Te queda... bien.

Un silencio incómodo siguió a mi comentario. Audra me miraba como si estuviera tratando de descifrar si era una burla disfrazada, mientras Ender y Elaila intercambiaban miradas de sorpresa.

—Gracias..., supongo —respondió finalmente Audra, volviendo a mirar su carta con una expresión indescifrable.

El camarero eligió ese momento para acercarse a tomar nota, salvándome de la situación. ¿Por qué demonios había dicho eso? No es que fuera mentira, pero tampoco era el tipo de cosas que solía decirle a la princesita.

12

Ni cenas, ni restaurantes, ni tampoco en el ascensor



Audra

Le di un sorbo a mi copa de vino mientras repasaba la carta por tercera vez. Tenía hambre, pero no conseguía decidirme. La pasta sonaba tentadora, pero también la pizza. El camarero ya nos había preguntado dos veces si estábamos listos para pedir y ambas habíamos respondido que necesitábamos «unos minutos más».

Ender y Elaila seguían enfrascados en su pequeño mundo, hablando de sus familias, de sus hobbies, de sus películas favoritas, como si Ryker y yo no existiéramos. Y quizá fuera mejor así. Estar sentada a su lado en ese sofá que de repente parecía demasiado pequeño me estaba poniendo de los nervios. Cada vez que se movía, nuestros muslos casi se rozaban, y yo me tensaba como un gato ante un baño inminente.

—¿Ya has decidido qué vas a pedir? —me preguntó inclinándose ligeramente hacia mí, lo suficiente para que pudiera oler su perfume.

Olía bien, tenía que admitirlo, aunque jamás lo diría en voz alta.

—Aún no —dije encogiéndome de hombros—. Todo me parece demasiado... italiano.

—Es un restaurante italiano, princesita —replicó con una media sonrisa.

—No me digas, don Obvio. —Puse los ojos en blanco—. Solo quería decir que...

La vibración de mi móvil en el bolso me interrumpió. Lo saqué rápidamente y vi que tenía un mensaje nuevo de Dain.

> Hola, Audra. Confirmo nuestra cena de mañana domingo por la noche en tu apartamento. Tengo muchas ganas de verte de nuevo. ¿Necesitas que lleve algo? Un beso, D.

Elaila me miró con curiosidad.

—¿Es el arquitecto? —preguntó con esa sonrisilla suya.

—Sí —respondí simplemente, guardando el teléfono.

Mi amiga se inclinó hacia mí con evidente curiosidad.

—¿Y qué ha dicho? —preguntó, bajando la voz como si estuviéramos compartiendo un secreto de Estado.

—Que hemos quedado mañana para cenar en mi apartamento —respondí, intentando restarle importancia.

Elaila soltó un gritito que hizo que varias personas de las mesas cercanas se giraran para mirarnos. Luego levantó una mano esperando que se la chocara.

—¡Vas a mojar! —exclamó con una sonrisa pícara.

Sentí que me ardía la cara y me escondí tras la carta de inmediato, como si fuera un escudo protector contra la vergüenza.

—¡Elaila, por Dios! —siseé—. Baja la voz, ¿quieres?

Ella se limitó a reírse y volvió su atención a Ender, retomando su conversación como si nada. Seguía mortificada cuando noté que

Ryker se inclinaba ligeramente hacia mí.

—Pensaba que la cita había ido mal —me susurró con un tono que no supe identificar.

No parecía burlón, sino... ¿verdaderamente curioso?

—No, no fue mal —respondí sin mirarlo.

—Pero el otro día, cuando te vi... —Dejó la frase en el aire.

—Eso fue cosa mía. De nadie más.

Ryker asintió, apretando ligeramente los labios, y se alejó un poco, volviendo a una postura más rígida en el sofá.

Por suerte, el camarero eligió ese momento para acercarse de nuevo, salvándome de tener que seguir con aquella incómoda conversación.

—¿Puedo tomar su pedido? —preguntó con ese acento italiano que sonaba cada vez menos auténtico.

—Espaguetis a la carbonara —dije rápidamente, cerrando la carta.

—Una lasaña vegetal para mí —pidió Elaila.

—Yo quiero las tagliatelle a la carbonara —añadió Ender.

—Y para mí una pizza cuatro quesos —terminó Ryker.

El camarero asintió y recogió las cartas antes de marcharse. Un silencio algo incómodo se instaló a continuación en la mesa.

—Bueno, ¿y qué opináis de la pizza con piña? —preguntó Ender de repente, claramente intentando romper el hielo.

—¡Una aberración! —exclamó Elaila con vehemencia—. Es un crimen contra la gastronomía.

—Totalmente de acuerdo —asintió Ender—. Los italianos deberían poder denunciar a quien cometa semejante atrocidad.

—A mí me gusta —dije al mismo tiempo que Ryker, lo que hizo que nos miráramos sorprendidos.

¿En serio? ¿Pizza con piña? ¿Eso era lo que compartíamos? Era imposible que pudiéramos tener nada más en común, por supuesto.

Ni aunque hubiera un universo paralelo donde yo encontrara atractivo a un tipo como Ryker, con sus músculos y su actitud de «soy el mejor». Aunque, para qué mentir, el condenado estaba bueno. Tenía unos bíceps que parecían esculpidos en mármol y seguramente una tableta de chocolate bajo esa camisa tan perfectamente planchada. Pero eso no quitaba que fuera un engreído insoportable con el que no podría tener nada más en común que un absurdo gusto por la pizza hawaiana.

—Pues os habéis quedado solos en el bando de los herejes gastronómicos —dijo Elaila, negando con la cabeza.

—Lo que pasa es que algunos no sabéis apreciar el contraste entre lo salado y lo dulce —respondió Ryker encogiéndose de hombros.

—Exacto —coincidí, y por un momento, un brevísimo instante, nos miramos sin hostilidad, unidos en nuestra defensa del ingrediente más controvertido de la historia de la pizza.

Mientras Ender y Elaila seguían discutiendo sobre gustos culinarios, Ryker se inclinó ligeramente hacia mí.

—Entonces... —dijo en voz baja—, ¿tu cita no era un psicópata ni te iba a secuestrar?

—Lo siento, pero no —respondí, recordando su comentario del otro día—. Parece bastante normal.

—Es una pena —suspiró con dramatismo—. Ya estaba haciendo planes para quedarme con tu apartamento.

No pude evitar sonreír ante la idea.

La cena transcurrió mejor de lo que esperaba. La comida resultó estar deliciosa, mis espaguetis a la carbonara eran cremosos y con el punto justo de sal que me gustaba. Todos comimos entre conversaciones tranquilas, risas ocasionales y anécdotas compartidas. Ender resultaba ser bastante simpático cuando no

actuaba como cómplice de Ryker en sus tonterías, y Elaila brillaba como siempre con su carisma natural. Incluso Ryker parecía haberse relajado, comportándose casi como una persona normal.

En un par de ocasiones nuestras miradas se cruzaron por encima de los platos, pero yo apartaba la vista rápidamente, sin saber muy bien por qué me ponía nerviosa. Quizá porque era raro no estar discutiendo con él. O tal vez porque me desconcertaba que pudiera ser tan agradable cuando se lo proponía.

A la hora de pedir postre, Ender y yo fuimos los únicos que cedimos a la tentación de un tiramisú que el camarero describió como «la receta de su *nonna*». Cuando llegó el momento de pagar, dividimos la cuenta en cuatro partes iguales, aunque Ender intentó hacerse cargo del total.

—La próxima vez podríamos ser solo nosotros dos —le dijo a Elaila con una sonrisa—. Y entonces sí que te invitaré yo.

Vi el brillo en los ojos de mi amiga y cómo sus mejillas se sonrojaban.

Era evidente que esos dos se gustaban.

Salimos del restaurante al fresco aire nocturno.

—¿Y si vamos a por un helado? —propuso Elaila, enganchándose del brazo de Ender como si fuera lo más natural del mundo.

—Hay una heladería a un par de manzanas —respondió él, visiblemente entusiasmado con la idea.

Sin esperar respuesta, comenzaron a caminar delante de nosotros, dejándonos a Ryker y a mí unos pasos por detrás. En un momento dado, vi cómo Ender tomaba la mano de Elaila con un gesto tan espontáneo y natural que me resultó entrañable.

—Son unos empalagosos —comentó Ryker, negando con la cabeza, pero con una ligera sonrisa en los labios.

—Muchísimo —coincidí—. Dan ganas de tirarles agua fría. O de ponerles una manguera de jardín encima, como a los gatos cuando se pelean.

—¿Te imaginas cómo serán cuando lleven más tiempo? —preguntó fingiendo un escalofrío—. Probablemente acabarán poniéndose nombres ridículos como «pastelito» u «osito de peluche».

—O peor —añadí entrando en el juego—. Se comprarán camisetas a juego con frases del tipo: «Ella es mi persona favorita» y flechas señalándose mutuamente. El horror absoluto.

Ryker soltó una carcajada que me sorprendió por lo genuina que sonaba.

—No olvides los estados de WhatsApp con corazones y las fotos de perfil en pareja —añadió sacudiendo la cabeza con fingido disgusto—. Y, como colofón, abrir un Instagram conjunto.

—¡Dios, no! —exclamé al tiempo que me tapaba la cara—. Eso ya sería el apocalipsis.

—¿Crees que llegarán a algo serio? —preguntó metiendo las manos en los bolsillos de sus vaqueros mientras miraba a la pareja que caminaba delante.

Me encogí de hombros.

—Con Elaila nunca se sabe. Tiene un historial bastante extenso de relaciones que duran exactamente tres semanas.

—Suena a Ender —respondió con una pequeña risa—. Su récord personal son dos meses, y solo porque la chica se fue de Erasmus y él no sabía cómo cortar por mensaje.

Caminamos en silencio unos metros más. Casi parecíamos dos personas normales teniendo una conversación normal. Y lo más raro era que no resultaba incómodo.

—¿Y tú? —preguntó de repente—. ¿Tienes un historial extenso como Elaila?

La pregunta me pilló desprevenida. Era personal, demasiado personal para el tipo de relación que teníamos.

—No —respondí al fin—. Más bien todo lo contrario.

Ryker me miró con un interés que me resultó incómodo. Era como si de repente hubiera decidido que podíamos tener una conversación normal, como si no lleváramos semanas picándonos y haciéndonos la vida imposible. Como si no me hubiera robado mi champú, como si yo no le hubiera teñido su ropa de rosa. Como si fuéramos amigos o algo así.

—¿Y eso? —insistió—. No pareces del tipo que tiene problemas para encontrar citas.

Apreté los labios, intentando controlar la tensión que empezaba a acumularse en mi mandíbula. ¿En serio íbamos a hacer eso? ¿Teníamos que pasar de los insultos a las confidencias personales como si tal cosa?

—No es algo de lo que me apetezca hablar —respondí mientras me metía las manos en los bolsillos de los pantalones—. Y menos contigo.

Era consciente de que sonaba borde, pero no podía evitarlo. Estaba haciendo un esfuerzo considerable por no soltar alguna de mis habituales frases cortantes. Por alguna razón, sentía que estaba intentando forzar una confianza que no existía, y eso me ponía a la defensiva.

—Vale, vale, solo preguntaba —dijo levantando las manos en señal de rendición—, para entablar conversación.

Caminamos unos metros en silencio, y yo no pude evitar darle vueltas a la situación. ¿Por qué estaba siendo tan amable? Porque lo estaba siendo, a su manera. Sin pullas constantes, sin comentarios

mordaces sobre Peluso o sobre mis hábitos. Y, por alguna razón, en lugar de agradecerlo, me sentía más incómoda de lo normal. Era como si el guion hubiera cambiado sin que nadie me avisara y yo siguiera interpretando la obra antigua mientras todos habían pasado a la siguiente escena.

—¿Y tú? —me oí preguntar, aunque no tenía ninguna intención de seguir por ese camino—. ¿Muchas relaciones serias en tu historial?

—¿Yo? —Soltó una risa breve que sonó extrañamente amarga—. Qué va. No soy de los que se quedan mucho tiempo.

No sé por qué, pero esa respuesta encajaba con la imagen que tenía de él. Don Musculín, el que traía a una chica diferente cada fin de semana, con el que las mujeres fingían orgasmos para no herir su ego. Por supuesto que no era de los que se quedaban.

—No me digas —respondí con retintín—. Nunca lo habría imaginado.

Tal vez había demasiado sarcasmo en mi voz, porque noté cómo se tensaba a mi lado. Pero, en lugar de devolverme el sarcasmo, simplemente asintió, como si estuviera confirmando algo para sí mismo.

—Lo sé, soy bastante predecible —dijo mirando al frente—. ¿Qué hay de ti y el arquitecto? ¿Va en serio?

Esta vez fue mi turno de tensarme. ¿Por qué demonios le importaba tanto mi vida amorosa? ¿Desde cuándo éramos amigos que compartían confidencias? Además, ni siquiera yo tenía claro cómo me sentía respecto a Dain. Estaba intentando darle otra oportunidad después del desastre emocional de la primera cita, pero no estaba precisamente ilusionada.

—No lo sé —respondí seca—. Es la segunda cita.

—Pareces entusiasmada —comentó con un tono que no supe descifrar. ¿Era ironía? ¿Preocupación? ¿Simple curiosidad?

—No necesito estar entusiasmada —repliqué sintiendo cómo mi tono se volvía más frío—. Solo necesito conocer gente normal, tener citas normales y hacer cosas de personas normales. No todo tiene que ser fuegos artificiales y películas románticas.

Ryker me miró de reojo mientras seguíamos caminando.

—Suena a que intentas convencerte más a ti misma que a mí —dijo.

Sentí que algo se encendía en mi interior. Esa irritación familiar que solo él conseguía provocarme con tanta facilidad.

Por suerte, llegamos a la heladería antes de que pudiera responderle algo de lo que después me arrepentiría. Elaila y Ender se adelantaron hasta el mostrador de los gofres en el interior, dejándonos a nosotros unos pasos atrás mientras estudiaban las opciones entre risitas y cuchicheos.

Me quedé mirando el escaparate, con sus hileras coloridas de helados perfectamente colocados. Era más fácil concentrarme en eso que en la conversación anterior. Siempre me pasaba igual cuando alguien mencionaba relaciones pasadas. Me ponía a la defensiva, como un erizo que saca todas sus púas de golpe. Y acababa pagándolo con gente que no tenía culpa de nada. Como ahora con Ryker, que solo estaba tratando de mantener una conversación civilizada.

Pero es que hablar de esas cosas me hacía sentir vulnerable, desnuda ante miradas ajenas. Y no estaba preparada para estar así, y menos delante de él.

—¿Sabes ya qué vas a elegir? —preguntó sacándome de mis pensamientos.

Lo miré sorprendida por su tono normal, como si mi pequeño estallido de hace unos minutos no hubiera existido.

—No lo sé —respondí intentando suavizar mi voz—. ¿Y tú?

—La verdad es que no tengo ni idea —admitió mientras miraba con interés la vitrina—. No soy muy de helados.

—A mí me encanta el de fresa —dije señalando el montículo rosa intenso que había en la esquina—. Y también el de chocolate. Y el de vainilla. Y el de galleta...

Se rio, y fue una risa que me hizo girarme para mirarlo. Sus ojos tenían esa expresión divertida que pocas veces le había visto, al menos dirigida a mí.

—Vamos, que te gustan todos —dijo con una sonrisa que consiguió que me relajara un poco.

—Básicamente —admití, sintiéndome repentinamente ligera—. ¿Es un problema?

—Para nada. Puedes pedir los que quieras.

Lo miré con suspicacia.

—¿Acaso me vas a invitar tú?

—Por supuesto —respondió sin dudar—. Considéralo mi manera de disculparme por..., ya sabes, todo lo anterior.

No esperaba eso. Me dejó descolocada por completo.

—En ese caso —dije, recuperando el ritmo—, quiero una tarrina grande de fresa, vainilla y chocolate.

—Que le pongan *toppings* variados —le dijo a la dependienta que había acudido a atendernos—. Lo que ella quiera.

—Será más caro —respondió la chica.

—No importa —zanjó él con un gesto despreocupado, y luego añadió—: Yo quiero lo mismo.

La dependienta nos miró mientras preparaba nuestras tarrinas y sonrió con complicidad.

—Hacéis una pareja preciosa —dijo con tanta convicción que por un momento no supe qué responder.

Ryker y yo nos miramos y rompimos a reír a la vez.

—No, no —comenzamos a decir al unísono, señalándonos mutuamente, pero por alguna razón ninguno de los dos fue capaz de terminar la frase.

—Si no tenéis hijos ya, os saldrán preciosos —añadió la chica con esa seguridad que solo tienen los desconocidos cuando opinan sobre tu vida—. Se nota que hay química entre vosotros.

Sentí que me ruborizaba hasta la raíz del pelo. Me reí con nerviosismo e intenté mirar hacia otro lado, como si algo en la pared de repente me pareciera fascinante. ¿Por qué demonios había dicho eso esa mujer? Últimamente parecía que todo el mundo estaba empeñado en emparejarnos.

—Es que tenemos que ponernos manos a la obra con los hijos —bromeó Ryker, aceptando las tarrinas que nos ofrecía la dependienta —. Primero un poco de ensayo, ¿no?

Lo miré sorprendida, notando un cosquilleo extraño en el estómago. ¿Estaba flirteando conmigo? ¿Ryker Lancer, el vecino insufrible, el mismo que había robado mi champú y criticaba a Peluso? En cualquier otra circunstancia le habría soltado algún comentario cortante, pero algo en su sonrisa desarmaba todas mis defensas. Bueno, si quería jugar, dos podían participar en ese partido.

—Él quiere un equipo entero de fútbol —dije guiñándole un ojo a la dependienta con una confianza que ni sabía que tenía—. Uno detrás de otro. Y, claro, eso necesita mucho entrenamiento.

El comentario salió de mi boca antes de que pudiera filtrar lo inapropiado que sonaba. ¿Desde cuándo yo hacía ese tipo de bromas con connotaciones sexuales? Y menos con don Musculín.

Ryker casi se atragantó con su primera cucharada de helado y me miró con una intensidad que me atravesó como una corriente eléctrica. Su expresión era indescifrable, pero diferente de todo lo

que le había visto antes. No era burla ni irritación; había algo más profundo, algo que me hizo contener la respiración por un segundo.

Él pagó con tarjeta y nos alejamos del mostrador, dejando que la siguiente pareja en la fila pidiera. Me entregó mi tarrina rebosante de helado con todos los *toppings* imaginables: sirope de chocolate, trocitos de galleta, fideos de colores y hasta un barquillo.

—Conque un equipo de fútbol, ¿eh? —comentó alzando una ceja mientras probaba su helado.

—O de rugby —respondí con naturalidad—. Depende de lo ambicioso que seas.

Nos sentamos en uno de los bancos que había fuera de la heladería. Elaila y Ender se habían quedado dentro, aparentemente absortos en una conversación junto al mostrador de los gofres.

El helado estaba realmente bueno. Hacía tiempo que no me daba un capricho así. Entre bocado y bocado, empecé a comentarle lo que me parecía un crimen contra la humanidad: que la gente considerara que el helado era solo para el verano.

—Es como si solo pudieras comer pizza cuando hace frío o beber café solo por las mañanas —dije metiendo la cucharilla en una porción especialmente cargada de chocolate—. Son limitaciones absurdas.

—Totalmente de acuerdo —asintió Ryker—. Es como la gente que dice que no se puede desayunar un filete. ¿Quién lo decide?

—Exacto —dije señalándolo con la cucharilla—. O los que te juzgan por comer cereales de cena. Mi cuerpo, mis reglas alimenticias.

No sé por qué, pero me sentía extrañamente cómoda hablándole de esas tonterías. Normalmente era bastante reservada, pero el ambiente relajado y quizá el subidón de azúcar estaban haciendo que me soltara más de lo habitual.

Le conté mi teoría de que las heladerías deberían ofrecer sabores basados en comidas saladas, como una línea gourmet de helados de *mac and cheese* o *maple bacon*.

—El problema sería la textura —respondió, siguiéndome el juego —. Imagínate uno con trocitos de beicon congelado.

—Sería una experiencia, desde luego —contesté, y ambos nos reímos.

La conversación fluyó sorprendentemente bien. Le hablé sobre mis experimentos fallidos combinando sabores en casa y de cómo una vez intenté hacer helado casero de tiramisú y acabó siendo una especie de batido alcohólico que Elaila y yo nos bebimos viendo películas malas.

Estaba tan metida en el tema que no me di cuenta de lo mucho que estaba hablando hasta que noté que Ryker me miraba fijamente, con una leve sonrisa en los labios.

—¿Qué pasa? —pregunté de pronto—. ¿Tengo algo en la cara?

—No, no —respondió negando con la cabeza—. Es solo que... nunca te había visto así.

Me quedé callada, repentinamente consciente de lo mucho que me había soltado. De lo mucho que le había contado a alguien con quien, en teoría, ni siquiera me llevaba bien.

—Así, ¿cómo? —dije, sintiendo que me sonrojaba.

—No sé. Sin estar a la defensiva, supongo —contestó encogiéndose de hombros.

Bajé la mirada hacia mi tarrina, en la que solo quedaban restos de helado derretido. Tenía razón, y eso me incomodaba. Normalmente mantenía las distancias, especialmente con tipos como él. Pero por algún motivo, hoy había bajado la guardia.

—No siempre estoy a la defensiva —dije, aunque sabía que no era del todo cierto—. Solo con quien se lo merece.

—¿Y yo me lo merezco?

—Aún no lo he decidido.

Un silencio se instaló entre nosotros, pero, por raro que pueda parecer, no era del todo incómodo. Era más bien como si algo hubiera cambiado sutilmente, como si hubiéramos cruzado una línea invisible sin darnos cuenta.

—Me gusta cuando no estás intentando clavarme un puñal verbal cada dos frases —dijo de repente—. Es refrescante.

No supe qué responder a eso. Así que me limité a sonreír ligeramente y juguetear con la cucharilla de plástico.

—No te acostumbres —repuse, pero sin mi habitual tono mordaz —. Quizá solo sea el efecto del azúcar.

Ryker soltó una risa suave.

—Tomaré nota para la próxima vez. Tener siempre dulces a mano cuando hablemos.

—¿Próxima vez? No te adelantes, don Musculín.

Elaila y Ender salieron por fin de la heladería, cada uno con un gofre gigante cubierto de nata y chocolate. Nos miraron con curiosidad, como intentando descifrar si seguíamos llevándonos mal o si por fin habíamos alcanzado una tregua.

—¿Listos para volver? —preguntó mi amiga con esa sonrisa que ponía cuando creía que sabía algo que los demás ignoraban.

—Sí, creo que ya es hora —respondí levantándome y tirando mi tarrina vacía a la papelera.

Y, mientras caminábamos de vuelta a casa, con el aire fresco de la noche despejándome la cabeza, me di cuenta de que, por primera vez desde que lo conocía, no me importaría del todo volver a hablar con Ryker. Al menos, no tanto como antes.

Pero eso no significaba nada, por supuesto. Era solo una tregua momentánea. Llevaba tanto tiempo construyendo muros a mi

alrededor, muros altos y gruesos que me mantenían a salvo de cualquier decepción, de cualquier daño. Esos muros no podían derribarse por una simple noche agradable, por unas risas compartidas o por un helado con demasiados *toppings*.

No estaba preparada para que esos muros se tambalearan. Los necesitaba. Eran mi refugio, mi zona segura después de todo lo que había pasado. Era más fácil mantener a todo el mundo a distancia, especialmente a alguien como Ryker.

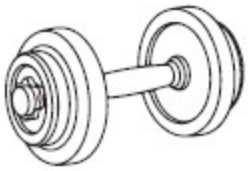
Al día siguiente volveríamos a ser los mismos vecinos que se peleaban por el ruido a través de las paredes y se robaban los paquetes el uno al otro. Eso solo había sido un paréntesis, una extraña noche fuera de nuestras vidas habituales.

Eso tenía que ser. No podía ser otra cosa.

¿Verdad?

13

La princesita y el insomnio crónico de don Musculín



Ryker

El camino de vuelta a casa fue casi tan silencioso como la ida, con la diferencia de que ahora había un ambiente extraño flotando entre nosotros. No incómodo del todo, pero sí... diferente. Como cuando entras en una habitación que conoces bien, pero alguien ha movido los muebles unos centímetros. Todo está donde debe estar, pero sientes que hay algo fuera de lugar.

Cuando llegamos al portal, Ender y Elaila nos sorprendieron con su decisión de «dar una vuelta más».

—Es que hace una noche muy agradable —dijo ella, intercambiando una mirada cómplice con Ender, que prácticamente gritaba «queremos estar solos».

—Y hay un bar cerca que pone buena música los sábados —añadió él, pasando un brazo por los hombros de Elaila con una naturalidad que me dejó claro que aquello iba más en serio de lo que pensaba.

Audra y yo nos miramos un instante, y pude ver que ella también entendía perfectamente lo que estaba pasando.

—Vale, pues nosotros subimos —dijo mi vecina, sacando las llaves del portal—. No hagáis nada que yo no haría.

—Eso nos deja mucho margen —bromeó su amiga, guiñándole un ojo.

Me despedí de Ender con un gesto, sabiendo que tendría que aguantar un interrogatorio completo cuando nos viéramos. Entramos en el portal y nos quedamos los dos solos frente al ascensor.

Pulsé el botón y esperamos en silencio. El ascensor llegó con ese tintineo característico que siempre hacía, como si el aparato estuviera a punto de desintegrarse.

—Las damas primero.

Audra entró y yo la seguí, colocándome en la esquina opuesta. Ocho pisos. Solo eran ocho pisos, pero de repente parecían una eternidad. El ascensor comenzó a subir con su habitual traqueteo.

No podía dejar de mirarla. Intentaba ser discreto, lanzando miradas fugaces cuando creía que ella estaba distraída con su móvil o mirando los números que cambiaban lentamente en el panel. Había algo en su perfil, en la forma en la que la luz fluorescente iluminaba su pelo rojo, que me resultaba hipnótico.

No entendía qué me estaba pasando. Era la misma Audra de siempre, la princesita, mi vecina insufrible que ponía a Taylor Swift a todo volumen y cuyo gato sin pelo invadía mi espacio personal. Pero, después de esa noche, después de verla reír sin reservas mientras me contaba sus teorías sobre helados, algo había cambiado. Y no sabía qué hacer con ello.

No quería que el día acabara. No quería volver a mi apartamento vacío y ordenado, donde todo estaba en su sitio, pero nada parecía

realmente vivo. No quería que mañana volviéramos a la rutina de ignorarnos, excepto para lanzarnos pullas a través de las paredes.

El ascensor se detuvo finalmente en nuestro piso. Ella salió primero y yo la seguí, observando cómo caminaba con esa mezcla de seguridad y cansancio que solo se tiene después de una noche larga.

De repente, se detuvo junto a la pared y, apoyándose en ella, comenzó a quitarse las zapatillas de plataforma. Perdió el equilibrio por un momento y estuvo a punto de caerse. Por puro reflejo, extendí mi mano hacia ella.

—¿Necesitas ayuda?

Me miró sorprendida, como si no esperara ese gesto, y tras un segundo de duda, aceptó mi mano. Sus dedos eran más pequeños y cálidos de lo que imaginaba, y por alguna razón, ese simple contacto me provocó un hormigueo extraño que me recorrió todo el brazo.

—Gracias —murmuró, soltándome en cuanto recuperó el equilibrio —. Estos zapatos son una tortura.

—¿Por qué los llevas entonces?

—Porque son bonitos —respondió con una sonrisa ladeada—. Y porque me hacen parecer menos enana al lado de tipos como tú.

El silencio entre nosotros se hizo más denso a medida que nos acercábamos al final del rellano.

—Bueno —dije cuando llegamos frente a su puerta, con una mano en el bolsillo y la otra rascándome nerviosamente la nuca—. Ha sido... interesante.

—Sí —respondió ella, cambiando el peso de un pie a otro—. No ha estado mal del todo.

—Viniendo de ti, eso es casi un cumplido —comenté con una media sonrisa.

—No te acostumbres, don Musculín —replicó, pero sin la acidez habitual.

Nos quedamos ahí parados, en un silencio que se alargaba incómodamente. Como dos adolescentes después de una primera cita, sin saber muy bien cómo despedirse.

—Bueno, que descanses, princesita —dije finalmente, dando un paso atrás.

—Tú también —respondió, comenzando a rebuscar en su bolso con cierta desesperación.

La observé mientras sacaba todo tipo de cosas: un pintalabios, un paquete de pañuelos, el móvil, un pequeño monedero..., hasta que finalmente dio con las llaves. Su cara se iluminó con una expresión de triunfo que me pareció adorable.

Se dio la vuelta, metió la llave en la cerradura y se despidió con un gesto vago antes de entrar y cerrar tras de sí.

Me quedé mirando la puerta unos segundos, sintiendo una extraña mezcla de alivio y decepción. Saqué mis propias llaves y entré en mi apartamento, dejando que la familiar sensación de orden y soledad me envolviera.

A través de la pared, oí su voz.

—¡Peluso! ¿Me has echado de menos? Apuesto a que no. Seguro que has aprovechado para dormir en mi lado de la cama, traidor.

Sonreí sin poder evitarlo. Me quité los zapatos y me dejé caer en el sofá, con la mirada perdida en el techo.

¿Qué demonios me estaba pasando con Audra Emrin?

Con un suspiro, me levanté y comencé a desvestirme. Me quité la camisa de pana que había elegido con tanto cuidado —ridículamente, ahora me daba cuenta— y la doblé de forma automática. Los vaqueros siguieron el mismo camino, junto con los

calcetines y la camiseta. Dejé toda la ropa pulcramente colocada en el cesto, como siempre hacía.

La rutina era reconfortante. Ordenada. Predecible. Todo lo que Audra no era.

Fui hasta mi habitación y me senté en el borde de la cama, solo con el bóxer puesto. La sensación de rareza no desaparecía. Era como un picor en algún lugar inalcanzable de la espalda. Incómodo, persistente, imposible de ignorar.

No podía dejar de pensar en su sonrisa cuando hablaba de esos helados imposibles. O en aquella foto que Elaila nos había enseñado, donde una Audra adolescente, con el pelo menos intenso y esas gafas de sol ridículas, sonreía a la cámara sin ninguna de las barreras que ahora levantaba. ¿Qué habría pasado para que cambiara tanto? ¿Para que se pusiera tan a la defensiva cuando le pregunté por sus relaciones pasadas?

Era absurdo, en realidad. No teníamos nada en común. Ella era caótica; yo, obsesivamente ordenado. Ella tenía un gato sin pelo al que trataba como a un hijo; yo ni siquiera tenía plantas porque exigían demasiado compromiso. Ella escuchaba a Taylor Swift a todo volumen; yo prefería el silencio o, como mucho, algo de música instrumental mientras trabajaba.

Éramos polos opuestos en todo lo imaginable. Y sin embargo...

Había algo en ella que me atraía. Esa franqueza brutal con la que te soltaba las verdades a la cara. La forma en la que defendía a Peluso, como si fuera lo más importante del mundo. Su capacidad para hacerme sentir idiota y fascinado al mismo tiempo. Era como un desafío constante, una ecuación que no lograba resolver por mucho que lo intentara.

Me dejé caer hacia atrás en la cama con un gruñido de frustración.

—Mierda —murmuré mientras me pasaba las manos por la cara—. Esto no tiene ningún sentido.

A través de la pared, percibí su voz de nuevo. Más suave esta vez, como si se hubiera acercado a la zona que compartíamos.

—Por fin puedo deshacerme de esto —la oí decir, seguida del sonido inconfundible de alguien que se quita la ropa con alivio—. Joder, qué gusto quitarse el sujetador después de todo el día.

Tragué saliva e intenté no imaginarme la escena. Sin éxito.

—¿Qué pijama toca hoy, Peluso? —preguntó, y después de una pausa añadió—: ¿El de *Star Wars* o el de las nubes? Tú eres el experto en moda aquí.

Un maullido agudo le respondió, y oí su risa.

—*Star Wars* será entonces. Siempre has sido fan de Darth Vader, ¿eh, pequeño traidor?

No pude evitar sonreír. Me la imaginé ahí, en su habitación, poniéndose un pijama con estampados de *La guerra de las galaxias* mientras hablaba con su gato como si fuera una persona. Y lo más extraño es que, en lugar de parecerme ridículo como antes, ahora me parecía... entrañable.

Maldita sea. No podía estar pasándome eso. No con la princesita. No con la chica que me había dejado la mitad del armario teñido de rosa. No con la vecina insufrible a la que llevaba semanas intentando ignorar sin éxito.

Y, sin embargo, ahí estaba, tumbado en mi cama, sonriendo como un idiota al oírla hablar con su maldito gato.

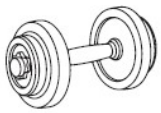
Intenté dormir. De verdad que lo intenté. Me di la vuelta hacia un lado. Después hacia el otro. Bocarriba. Bocabajo. Conté ovejas, me concentré en mi respiración, incluso probé esas técnicas de relajación que había leído en internet. Nada funcionó.

Cada vez que cerraba los ojos, su imagen aparecía en mi mente. Su pelo rojo, su forma de arrugar la nariz cuando algo le parecía gracioso, cómo sus ojos brillaban al hablar de algo que la apasionaba.

Y cuando al fin el cansancio me venció, soñé con ella.

Estábamos en la heladería otra vez, pero esta vez solos. Ella se reía de algo que yo había dicho, con esa risa sincera que había descubierto esa noche. Tenía una pequeña mancha de helado de chocolate en la comisura del labio. En el sueño, me acerqué a ella y, sin pensarlo dos veces, la limpié con el pulgar. Ella se quedó mirándome sorprendida, pero sin apartarse. Y entonces, como si fuera lo más natural del mundo, la besé.

Sus labios sabían a fresa y a chocolate. Suaves, cálidos, perfectos. En el sueño, ella me devolvió el beso con entusiasmo, enredando sus dedos en mi pelo mientras yo la atraía más hacia mí. Podía sentir su cuerpo contra el mío, su respiración acelerándose, cómo suspiraba mi nombre...



Me desperté sobresaltado, sudando y con una evidente excitación. La luz del amanecer se filtraba por la ventana. Miré el reloj: las ocho y diez de la mañana. Y lo peor era que el sueño me había gustado. Me había gustado mucho más de lo que debería.

Me incorporé, pasándome las manos por la cara. Necesitaba hablar con alguien o iba a volverme loco. Busqué mi teléfono y lo encontré en la mesilla de noche. Marqué el número de Ender sin pensarlo demasiado.

Sonaron varios tonos. Uno, dos, tres... Cuando estaba a punto de colgar, alguien respondió.

—¿Diga? —La voz no era la de Ender, ni de lejos.

—¿Elaila? —pregunté confundido.

—La misma —respondió ella, con un tono alegre a pesar de la hora—. Un momento, ¿Ryker? Pensaba que este era mi teléfono, suena igual.

—Es el de Ender —aclaré—. ¿Me lo puedes pasar?

—Está durmiendo —dijo con un bostezo—. Parece que alguien no aguanta las noches largas.

—¿Estás en su piso? —pregunté, aunque la respuesta era bastante obvia.

—Sí, señor detective —respondió con una risita—. ¿Necesitas algo? Porque, si traes desayuno y café, puedes pasarte.

Me reí por lo directa que era. Me caía bien esa chica, tenía que admitirlo.

—¿Qué clase de desayuno tengo que llevar para que me permitas entrar?

—Mmm, depende. —Se quedó pensativa—. ¿Qué ofreces?

—Lo que quieras —respondí, ya levantándome de la cama—. Tengo que hablar con él.

—En ese caso, puedes pasarte cuando quieras —dijo—. Cualquier cosa dulce estará bien. Mejor si lleva chocolate.

Oí un murmullo de fondo, como de alguien que acabara de despertarse.

—Es Ryker —la oí decir—. Parece una emergencia.

—No es una emergencia —me apresuré a aclarar—. Solo quería hablar con él.

—Un tío no llama a las ocho de la mañana un domingo si no es una emergencia —replicó Elaila con convicción.

—Es verdad —oí que decía la voz adormilada de Ender al fondo—. Tiene que ser importante.

Colgué y me vestí rápidamente. Vaqueros, camiseta, sudadera y listo. Me lavé los dientes y me eché agua en la cara para intentar despejarme. Cogí las llaves, la cartera y salí de casa, intentando no mirar hacia la puerta de Audra.

Ender vivía a unos diez minutos a pie. El aire fresco de la mañana me sentó bien, me ayudó a aclararme las ideas. O, al menos, a intentarlo, porque cada vez que cerraba los ojos seguía viendo ese sueño. Sus labios. Su pelo rojo entre mis dedos.

Pasé por la cafetería que había en la esquina de su calle. Pedí tres capuchinos, una bandeja variada de cruasanes, napolitanas y ensaimadas y añadí un par de sándwiches mixtos calientes. La camarera me miró con curiosidad mientras pagaba aquella cantidad desproporcionada de comida para un domingo por la mañana.

Con las manos ocupadas por las bolsas y el portavasos de cartón, llegué al portal de Ender y toqué el timbre con el codo.

—¿Quién es? —preguntó una voz desganada a través del telefonillo.

—El catering —respondí.

—Pasa, pringado —dijo Ender, seguido del zumbido de la puerta al abrirse.

Subí las escaleras hasta el segundo piso, donde vivía Ender.

La puerta estaba entreabierta cuando llegué, y Elaila me recibió con una sonrisa somnolienta. Llevaba puesta una camiseta de mi amigo que le quedaba enorme, casi como un vestido, y tenía el pelo revuelto de una forma que hacía evidente lo que habían estado haciendo.

—Buenos días, persona madrugadora —me saludó, alargando la mano hacia el portavasos con los cafés.

—Buenos días a ti también —respondí con ironía mientras ella se hacía a un lado para dejarme pasar.

—Mmm, café —murmuró dirigiéndose al sofá y acurrucándose en él con el vaso en las manos.

Ender apareció por el pasillo con el pelo húmedo y sin camiseta, solo con unos pantalones de chándal. Claramente, acababa de ducharse.

—Tío, ¿qué pasa para que vengas tan temprano? —preguntó secándose el pelo con una toalla.

—No quiero saber lo que habéis estado haciendo —dije mientras depositaba las bolsas sobre la mesa de centro.

—No te lo íbamos a contar —respondió Elaila con una sonrisa pícara.

Ender se acercó a ella y le dio un beso en los labios, lo que provocó que yo hiciera un gesto exagerado como si fuera a vomitar.

—Por favor, disimulad un poco —bromeé sentándome en el sillón frente a ellos y cogiendo mi café.

Elaila ignoró mi comentario y comenzó a examinar lo que había traído, sacando un cruasán y mordiéndolo con entusiasmo.

—Tengo un problema —dije al fin, mirando fijamente mi café—. Y no estoy seguro de qué es exactamente.

Ender se sentó junto a Elaila, que inmediatamente pasó las piernas por encima de las suyas con una familiaridad que me dejó claro que eso entre ellos ya llevaba más tiempo del que yo pensaba. Ahora entendía las horas que Ender pasaba pegado al móvil desde que se conocieron aquel día en el apartamento de Audra. Debían de haber estado intercambiando mensajes sin parar, creando esa complicidad que habíamos visto en la cena. Estaba claro que ambos habían estado deseando tener una excusa para estar a solas, y

nosotros les habíamos servido la coartada perfecta con aquella salida a cuatro.

—¿Qué tipo de problema? —preguntó Ender, dándole un sorbo a su café.

Respiré hondo. ¿Cómo explicar algo que ni yo mismo entendía?

—Creo que siento algo por alguien —dije al fin—. Pero no sé si realmente me gusta o si solo es que está buena, o qué demonios es. Nunca me ha gustado nadie... así.

Ender asintió, con una expresión que dejaba claro que ya se imaginaba por dónde iban los tiros.

—Puedes decir tranquilamente el nombre de Audra —intervino Elaila con la boca medio llena de cruasán, gesticulando con las manos y dejando caer algunas migas sobre la camiseta de Ender, que ni siquiera se inmutó. La miraba como si cada palabra que salía de su boca fuera una revelación divina, incluso con las mejillas hinchadas de bollería—. No hace falta que te hagas el misterioso.

Me reí nerviosamente, casi atragantándome con el café. Menudo par de empalagosos estaban hechos.

—No es Audra —negué, demasiado rápido incluso para mis propios oídos.

Ender apartó por fin la mirada de ella y soltó una carcajada.

—Vale, vale. Entonces, ¿cómo se llama?

—No voy a decir su nombre —repuse.

—Es Audra —afirmó Elaila con rotundidad, como quien anuncia que va a llover y ya tiene el paraguas preparado—. Os vimos anoche, ¿recuerdas? Riéndoos con los helados, mirándoos cuando creíais que nadie os observaba.

—No es Audra —repetí.

Era absurdamente difícil hablar sin mencionar su nombre, como si jugáramos a un juego infantil en el que la palabra prohibida fuera

precisamente «Audra». Pero no pensaba reconocerlo, al menos no en voz alta. No aún.

Elaila y Ender intercambiaron miradas de complicidad mientras yo intentaba encontrar las palabras adecuadas para explicar lo que me pasaba sin delatarme por completo.

—Es complicado —dije finalmente, pasándome una mano por el pelo con nerviosismo. De repente me sentí como un adolescente confesando una travesura ante sus padres. Solo faltaba que me hicieran sentarme en una silla en el centro de la habitación con un foco apuntándome a la cara—. Tengo estas ganas constantes de acercarme, de hablar con ella, de estar con ella, aunque sea discutiendo. Pero luego, cada vez que lo intento, me mira como si estuviera a punto de ofrecerle un vaso de lejía o darme una paliza. No sé qué esperar de ella en cada momento.

Ambos asintieron con esa actitud comprensiva y ligeramente condescendiente, como padres que oyen a su hijo admitir algo que ellos ya sabían desde hace tiempo. Me sentía ridículo, como si estuviera anunciando que había dejado embarazada a una chica y ahora tenía que hacerme cargo. Solo que, en ese caso, la única preñada era mi cabeza y el bebé, una obsesión pelirroja con mal genio.

—¿Y por qué crees que reacciona así? —preguntó Ender, cogiendo un sándwich mixto y dándole un mordisco, con ese tono de psicólogo aficionado que te hace querer lanzarle algo a la cabeza.

Me reí, aunque no tenía nada de gracioso.

—Porque tiene muy mala leche —dije negando con la cabeza—. Y lo peor es que me gusta eso. Me gusta que no se ande con tonterías, que me diga a la cara lo que piensa. Pero a la vez lo odio porque..., joder, no es mi tipo de chica. Es caótica, hace un ruido infernal a todas horas, y es básicamente todo lo contrario de mí.

Ender dio otro mordisco a su sándwich, observándome.

—Dicen que los polos opuestos se atraen —comentó encogiéndose de hombros.

Elaila, que había estado escuchando en silencio mientras devoraba su cruasán, me miró con las cejas levantadas.

—¿Quieres un consejo? —preguntó limpiándose las migas de los dedos.

—No es Audra —insistí.

—Lo sé —respondió ella con una sonrisa que dejaba claro que no me creía en absoluto—. Pero si quieres un consejo sobre esa misteriosa chica que no tiene nombre...

Lo pensé durante un segundo. ¿Quién mejor para aconsejarme sobre Audra que su mejor amiga? Aunque estuviéramos con el juego de que no hablábamos de ella, Elaila podría darme alguna pista sobre cómo acercarme sin acabar con mis camisas teñidas de rosa o mis paquetes robados.

—Vale, dispara —dije recostándome en el sillón.

Elaila dejó el vaso sobre la mesa y me miró con una seriedad que no le había visto antes.

—Ni lo intentes.

Me quedé desconcertado.

—¿Cómo dices?

—Que ni lo intentes —repitió, manteniendo su mirada firme—. Si es quien creo que es —siguió diciendo mientras hacía un gesto con la mano para acallar mi protesta automática—, no está para relaciones. No las quiere, las detesta. Y probablemente acabaríais peor de lo que ya estáis.

Sentí como si me hubieran echado un cubo de agua fría encima.

—¿Estás diciendo que no puedo acercarme a ella? —pregunté, intentando que no se notara lo mucho que me afectaba esa idea.

Elaila suspiró, mirando brevemente a Ender como buscando apoyo.

—Puedes —dijo finalmente—. Pero sin que se note. Sin cambiar lo que tenéis ahora. Si ella nota que te acercas demasiado, que buscas algo más, se alejará tanto que no volverás a verla, excepto de lejos en el rellano.

—¿Por qué? —pregunté, y me sorprendió lo vulnerable que sonó mi voz.

—Porque no se ve suficiente para nadie —respondió Elaila con tristeza—. Su última relación la dejó tan destrozada que acabó en terapia. Y no es algo de lo que haya salido del todo.

Me incorporé en el asiento, repentinamente interesado y preocupado a partes iguales.

—¿Qué pasó? —quise saber.

Elaila me miró con recelo, evaluándome. Se notaba que estaba decidiendo si yo merecía conocer la historia de su mejor amiga.

—Primero, ¿tú qué quieres exactamente de Audra? —dijo, ignorando mi pregunta—. Porque si solo te interesa como otra conquista, otra chica para tu lista, será mejor que ni lo intentes. Te lo digo por las dos partes. Ella no está para eso y tú no tienes ni idea de dónde te estarías metiendo.

—No es eso —me apresuré a contestar—. Es... diferente.

—Diferente, ¿cómo? —insistió, inclinándose hacia delante—. Porque conozco a Audra desde que teníamos cinco años. Es prácticamente mi hermana. Y no voy a facilitar que nadie más le haga daño.

Ender le puso una mano en el hombro, pero ella no relajó su postura. Sus ojos seguían fijos en mí, exigiendo una respuesta sincera.

—No lo sé exactamente —admití frustrado—. Nunca me había pasado esto, ¿vale? Siempre he sabido lo que quería con las chicas. Era sencillo: salir, pasarlo bien y nada de compromisos. Pero con ella..., joder, es diferente. No puedo quitármela de la cabeza.

Elaila me observó en silencio, como si estuviera leyéndome por dentro.

—Vale —dijo al fin—. Te contaré un poco. Pero si en algún momento siento que vas a usar esa información para hacerle daño, te juro que convertiré tu vida en un infierno.

Asentí, sorprendido y un poco intimidado por la ferocidad con que defendía a su amiga.

—Apareció en mi puerta a las tres de la mañana —comenzó con la mirada perdida en algún punto de la pared, como si estuviera reviviendo aquel momento—. Llovía a cántaros. Tenía a Peluso metido en su sudadera, empapada hasta los huesos. Estaba llorando tanto que apenas podía hablar.

Sentí que algo se retorcía en mi estómago al imaginarla así.

—Había pasado las últimas cinco horas recorriendo todas las perreras de la ciudad, buscando a Peluso —continuó Elaila—. Ese mismo día, Elio, su ex, había dejado al gato en una perrera, pero no le dijo en cuál. Fue ese mismo día cuando Audra cortó con él.

—¿Entregó a su gato y ella lo dejó por eso? —pregunté, intentando entender la cronología.

Elaila asintió con una expresión dura.

—Después de aguantar dos años de auténtico infierno, fue la gota que colmó el vaso. Audra llegó a casa un día y se encontró con que Peluso había desaparecido. Cuando le preguntó a Elio, él le confesó sin el menor remordimiento que lo había dejado en una perrera porque estaba harto, que era una molestia y que hacía que la casa oliera mal. Tuvieron una discusión terrible. Ella le dijo que, si Peluso

se iba, ella también se marchaba. Y él la desafió. Le dijo: «Pues vete». Le quitó el jersey y lo dejó allí sin ninguna protección, sabiendo perfectamente que Peluso lo necesitaba por sus problemas de piel.

—¿Y ella se fue? —pregunté, sintiendo una mezcla de admiración y rabia.

—No de inmediato —respondió Elaila—. Primero intentó que le dijera en qué perrera lo había dejado. Le suplicó, le gritó, incluso amenazó con llamar a la policía, pero Elio se negó a decírselo. «Si tanto te importa ese bicho, búscalo tú misma», le dijo.

—Joder —murmuré, incapaz de imaginar que alguien pudiera hacer algo así. Y menos aún a alguien como Audra—. ¿Por qué haría algo tan retorcido?

—Porque Elio era... —Se detuvo, buscando las palabras adecuadas —. Un manipulador de manual. Fueron casi dos años en los que fue aislándola poco a poco de su círculo cercano. Le decía constantemente que su forma de vestir era inapropiada, que hablaba demasiado alto, que sus opiniones eran estúpidas. Al final, Audra ni siquiera se reconocía a sí misma.

Ender pasó un brazo por los hombros de Elaila, apretándola ligeramente en un gesto de apoyo.

—Por si fuera poco —continuó ella—, Audra ya sabía que él llevaba meses engañándola con varias chicas. Lo había descubierto semanas antes, pero estaba intentando arreglar las cosas, convenciéndose a sí misma de que podía funcionar si se esforzaba. Sin embargo, en ese momento, mientras buscaba desesperadamente a Peluso de perrera en perrera, se dio cuenta de que ya no podía seguir así. Recogió lo poco que pudo meter en una mochila y no volvió jamás a aquella casa. No le importó dejar atrás años de

recuerdos, muebles, ropa... Solo quería encontrar a Peluso y empezar de cero.

—Qué cabrón —dije entre dientes, sintiendo una rabia que no esperaba sentir por alguien a quien ni siquiera conocía.

—No volvió a poner un pie en esa casa —explicó Elaila—. Se marchó a buscar a Peluso con lo que llevaba puesto y una mochila pequeña con sus documentos y poco más. Durante horas recorrió todas las perreras de la ciudad, sin dormir, sin apenas comer, preguntando por un gato esfinge que hubieran recibido ese día.

—Por eso los jerséis —murmuré, recordando cómo Ender había preguntado por el armario lleno de ropa para el gato, y cómo Audra había evitado responder directamente.

Elaila asintió.

—Peluso tenía problemas de piel cuando lo encontraron en aquel criadero. Audra empezó a hacerle jerséis para protegerlo. Y cuando Elio lo entregó, sabía perfectamente que, sin esa protección, el pobre animal sufriría. Por eso fue a buscarlo tan desesperadamente.

—Pero lo encontró, ¿no? —pregunté, preocupado de repente por el gato al que hasta hace poco consideraba un incordio sin pelo.

—En la última perrera que visitó. Estaba en una jaula metálica, en un rincón oscuro, temblando de frío. Tenía la piel irritada y con pequeñas heridas porque nadie lo había protegido adecuadamente. Sin sus jerséis, su piel delicada se había lastimado contra los barrotes. Según me contó Audra, cuando la vio, Peluso maulló de una manera que le partió el alma. Como si le preguntara por qué había permitido que lo abandonaran así.

Me quedé en silencio, procesando toda esa información. De repente, tantas cosas cobraban sentido. Su reacción cuando le pregunté por sus relaciones pasadas. La forma en la que evitaba

cualquier tipo de vulnerabilidad. Incluso el comentario sobre sentirse suficiente para alguien.

—¿Conoces a Audra desde que teníais cinco años? —pregunté, intentando imaginarlas como niñas pequeñas.

—Sí —respondió ella con una sonrisa nostálgica—. Íbamos al mismo colegio, vivíamos en la misma calle. Era una niña increíble, ¿sabes? Creativa, valiente, siempre dispuesta a defender a los demás. No dejaba que nadie se metiera con los más débiles. Una vez le partió la nariz a un crío que me estaba acosando.

No pude evitar sonreír al imaginar a una mini Audra enfrentándose a un matón.

—Siempre ha sido así —continuó Elaila—. Ferozmente leal con quien quiere. Por eso lo de Elio fue tan destructivo. Él aprovechó esa lealtad para manipularla. Sabía que ella haría cualquier cosa por no fallarle a quien amaba.

—¿Y ahora? —pregunté—. ¿Cómo está?

Ella se encogió de hombros.

—Mejor que hace un año, sin duda. El hecho de que haya aceptado salir con ese arquitecto ya es un paso enorme. Pero sigue sin confiar en nadie nuevo. Y, desde luego, no está buscando una relación seria.

—Pero ¿por qué me estás contando todo esto? —pregunté, aunque ya intuía la respuesta.

—Porque veo cómo la miras —respondió ella, directa como siempre—. Y, francamente, no tengo ni idea de si ella siente algo por ti. Audra no habla de sus sentimientos, no desde lo de Elio. Es como si se hubiera cerrado completamente en ese aspecto.

—¿Nunca te ha mencionado nada sobre mí? —pregunté, sintiendo de repente una necesidad absurda de saber si ocupaba, aunque fuera un pequeño espacio, en sus pensamientos.

Elaila soltó una carcajada.

—Oh, claro que habla de ti. Pero mayormente para quejarse de lo insoportable que eres y de tus conquistas nocturnas, que no la dejan dormir.

Auch. Eso había dolido.

—Aunque... —añadió con un brillo extraño en los ojos.

—¿Aunque qué? —pregunté, quizá demasiado ansioso.

—Si de verdad le resultaras tan insoportable como dice, simplemente te ignoraría —reflexionó—. Y el hecho de que se tome tantas molestias en devolverte cada una de tus pullitas...

—¿Crees que le gusto? —pregunté, sintiendo una esperanza ridícula crecer en mi pecho.

—No he dicho eso —me cortó rápidamente—. Lo que digo es que no le eres indiferente. Y con Audra, eso ya es algo. Pero tampoco te hagas ilusiones. Ahora mismo, con lo de Dain y esa cita...

—Espera, ¿va en serio con él? —interrumpí, sintiendo una punzada de algo que se parecía sospechosamente a los celos.

Elaila me miró con las cejas levantadas.

—¿Y a ti qué más te da? Ni siquiera sabes lo que quieres con ella.

—Solo es curiosidad —me defendí.

—Mira, Ryker —dijo con firmeza—. Si te interesa Audra, primero tendrás que aclararte tú mismo. ¿Qué sientes realmente por ella? ¿Es solo un capricho? ¿La quieres como amiga? ¿Buscas algo más? Porque, si ni siquiera tú mismo lo sabes, lo mejor que puedes hacer es mantener las distancias hasta que lo tengas claro.

—No quiero hacerle daño —dije con sinceridad.

—Nadie quiere hacerle daño a nadie —respondió ella—. Pero aun así sucede. Y ella ya ha tenido suficiente.

Me quedé en silencio, reflexionando sobre sus palabras. Tenía razón. No tenía claro lo que quería con Audra, más allá de esa

atracción que sentía. Y acercarme a ella sin estar seguro podría acabar siendo peor.

—Entonces, ¿qué sugieres que haga? —pregunté finalmente.

—Por ahora, no hagas nada —dijo—. Deja que las cosas sigan como están. Sé amable, pero no intentes nada más. Y, por el amor de Dios, deja de robarle el champú. Es una de las pocas cosas que se permite para sentirse bien consigo misma.

Me pasé una mano por el pelo, sintiéndome repentinamente culpable por todas las pequeñas peleas que habíamos tenido. Por las pullas, los paquetes robados, los comentarios sobre su gato.

—¿Y si quiero ser su amigo? —pregunté—. ¿Eso estaría bien?

Elaila me estudió durante unos segundos.

—Supongo que no hay nada de malo en eso —concedió al fin—. Pero te lo advierto: no será fácil. Tiene más barreras que el perímetro de una central nuclear. Y a la mínima que sienta que quieres algo más, se alejará.

—Gracias —dije sinceramente—. Por contarme esto.

Elaila asintió.

—No le digas que lo he hecho —advirtió—. Me mataría si supiera que he compartido sus secretos. Especialmente contigo.

—No diré nada —prometí—. Palabra de..., bueno, de lo que sea que seamos ahora.

—Amigos, supongo —dijo ella con una sonrisa—. Al menos, hasta que la cagues con Audra y tenga que tomar partido por ella. Porque, no te engañes, si tengo que elegir, siempre será ella. Hemos pasado por demasiado juntas.

—Lo entiendo —repuse, y era verdad. Si Ender estuviera en una situación similar, yo haría lo mismo.

—Además —añadió Elaila, con un brillo travieso en los ojos—, si le haces daño, no solo te enfrentarás a mí, sino también a Peluso. Y

ese gato puede ser sorprendentemente vengativo para no tener pelo.

Los tres nos reímos, aunque en mi caso fue una risa nerviosa. Porque acababa de darme cuenta de algo que no había querido admitir hasta el momento: me estaba pillando por Audra.

Pillando de verdad. Y la idea de hacerle daño, aunque fuera sin querer, me resultaba insoportable.

Y también me di cuenta de que tenía por delante el reto más difícil de mi vida: ganarme a alguien que tenía todas las razones del mundo para mantener a la gente alejada.

—Por cierto —dijo Elaila, interrumpiendo mis pensamientos—. Si aún insistes en negar que estamos hablando de Audra, has hecho un trabajo pésimo.

No pude evitar reírme.

—Vale, me has pillado —admití finalmente—. Es Audra. Maldita sea, es Audra.

Y al decirlo en voz alta me sentí como si me quitara un peso de encima que no sabía que llevaba.

14

Lasaña para el arquitecto, pensamientos para el vecino



Audra

Colocaba la última velita decorativa sobre la mesa cuando me di cuenta del tiempo que había invertido en arreglarlo todo. Tres horas. Tres puñeteras horas limpiando, ordenando y preparando el apartamento como si fuera a venir la reina de Inglaterra en lugar de un tío al que había conocido en la tienda.

—¿Tú crees que me estoy pasando? —le pregunté a Peluso, que me observaba desde el sofá con su habitual expresión de «humana, estás siendo ridícula».

Peluso, elegantemente vestido con un traje diminuto de marinerito que le había confeccionado la semana pasada, maulló como única respuesta. Parecía un camarero en un crucero de lujo, solo le faltaba una bandejita con bebidas.

—Lo sé, lo sé —suspiré jugueteando con el borde de mi cárdigan granate—. Pero quiero dar buena impresión.

El apartamento olía a una mezcla de vainilla, canela y lasaña recién hecha. Había conseguido que Elaila me pasara la receta de su madre y, sorprendentemente, el resultado no había sido el desastre culinario que esperaba. Incluso me había atrevido con un postre: tarta de queso con arándanos, mi perdición.

Miré mi móvil: veinte minutos para que llegara Dain. El tiempo justo para retocarme un poco y comprobar que todo estuviera perfecto.

Había elegido algo sencillo pero favorecedor para la ocasión: unos vaqueros anchos, un top negro de tirantes y el cárdigan granate de punto, que era una de mis piezas favoritas.

Me detuve frente al espejo del baño y me examiné con ojo crítico. Me había maquillado de forma natural: un poco de base, colorete, máscara de pestañas y un toque de brillo en los labios. Nada exagerado.

—¿Qué te parece? —le pregunté a Peluso, que se había deslizado hasta el baño y ahora me observaba desde el umbral de la puerta—. ¿Demasiado? ¿Muy poco?

Mi gato parpadeó lentamente, como si estuviera evaluando mi aspecto.

—Interpretaré eso como un «estás guapísima, Audra» —dije agachándome para acariciarle la cabeza—. Gracias por el apoyo moral.

Un ruido en el rellano me sobresaltó. ¿Ya había llegado Dain? Aún quedaban quince minutos. Me acerqué a la mirilla para comprobar quién era.

Por supuesto. Don Musculín volviendo del gimnasio, con el pelo ligeramente húmedo y esa expresión de satisfacción que siempre tenía después de torturar su cuerpo durante horas. Llevaba una

camiseta gris oscuro que se le pegaba al cuerpo y unos pantalones de deporte negros.

Lo odié un poco más por su capacidad para subir ocho pisos de escaleras sin parecer que estaba a punto de sufrir un infarto, mientras que yo necesitaba parar a mitad de camino y reconsiderar todas mis decisiones vitales.

Estaba a punto de alejarme de la puerta cuando algo inesperado sucedió. Ryker se detuvo frente a mi puerta, con la mirada fija exactamente donde estaba la mirilla. Como si supiera que lo estaba observando. Una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios, de esas que siempre me provocaban ganas de darle un puñetazo o de..., mejor no pensar en la otra opción.

—¿Vas a quedarte ahí espiándome toda la noche, princesita? —dijo en voz lo suficientemente alta como para que lo oyera a través de la puerta.

Sentí que me ardían las mejillas. ¿Cómo demonios sabía que estaba mirando? Me alejé de la mirilla como si quemara y me quedé quieta, conteniendo la respiración como si fuera una niña pequeña que cree que, si no se mueve, nadie puede verla.

—Sé que estás ahí —continuó, y podía imaginarlo perfectamente con esa sonrisa ladeada que tanto me irritaba—. Puedo oírte respirar. Tienes una forma muy característica de contener el aliento cuando te pillan haciendo algo que no deberías.

¿Qué? ¿En serio se había fijado en cómo respiraba? Vale, eso ya rozaba lo escalofriante. O lo perturbadoramente atento.

—Buenas noches, princesita —dijo finalmente—. Que disfrutes de tu cita con el arquitecto.

Algo en su tono, en la forma en la que pronunció la palabra «arquitecto», me hizo abrir la puerta de golpe. No sé por qué lo hice, fue un impulso estúpido. Ahí estaba yo, con la puerta abierta y

cara de idiota, frente a un Ryker que parecía tan sorprendido como divertido por mi reacción.

—¿Se puede saber cómo...? —empecé, pero me detuve al ver cómo su mirada me recorría de arriba abajo, deteniéndose un segundo de más en mis piernas y luego en el escote del top.

Su sonrisa se ensanchó, transformándose en algo diferente. No era la habitual sonrisa burlona que me dedicaba siempre. Era algo más apreciativa.

—Estás muy guapa —dijo simplemente, sin rastro de ironía en su voz.

Me quedé petrificada. ¿Ryker Lancer acababa de hacerme un cumplido? ¿Sin segundas intenciones evidentes? ¿Estaba enfermo? ¿Se había golpeado la cabeza en el gimnasio?

—¿Esperas al arquitecto? —preguntó apoyándose casualmente contra el marco de su puerta, como si no tuviera ninguna prisa por terminar esa extraña conversación.

—Sí —respondí, recuperando un poco la compostura—. Viene a cenar.

—Ajá —asintió, sus ojos fijos en los míos con una intensidad que me puso nerviosa—. Le has preparado lasaña. Huele genial desde el pasillo.

Fruncí el ceño. ¿Cómo sabía lo de la lasaña? ¿Acaso el muy imbécil tenía el sentido del olfato de un sabueso?

—¿Ahora también vas a comentar mis habilidades culinarias? —pregunté, cruzándome de brazos a la defensiva.

—Solo digo que huele bien. —Se encogió de hombros, pero seguía con esa sonrisa que yo no sabía interpretar—. Espero que el arquitecto sepa apreciarlo.

Hubo algo en la forma en la que dijo «el arquitecto», casi escupiendo la palabra, que me hizo dudar. ¿Estaba celoso? No,

imposible. Ryker no podía estar celoso. Para estar celoso tendría que importarle, y yo no le importaba en absoluto. ¿Verdad?

—¿Se puede saber qué te pasa? —pregunté, cada vez más desconcertada por su comportamiento—. Estás actuando de forma muy rara.

Se apartó del marco de la puerta y dio un paso hacia mí. Joder, olía de escándalo.

—Solo intento ser amable —respondió, con un tono de voz más bajo, casi íntimo—. ¿Tan difícil es de creer?

—Viniendo de ti, sí —contesté. Algo en su mirada me estaba desarmando, y eso me asustaba.

El sonido del ascensor llegando a nuestro piso rompió el extraño momento. Ambos nos giramos para mirar hacia las puertas metálicas que se abrían lentamente.

—Tu cita ha llegado —dijo Ryker, dando un paso atrás y recuperando esa máscara de indiferencia que tan bien conocía—. Que lo pases bien, princesita.

Y, sin más, entró en su apartamento y cerró la puerta, dejándome allí plantada, confundida y con el corazón latiendo más rápido de lo que debería.

¿Qué narices acababa de pasar?

No tuve tiempo de analizarlo porque Dain apareció en el rellano, con una botella de vino en una mano y un ramo de rosas en la otra. Iba vestido con vaqueros oscuros y una camisa azul claro que le quedaba muy bien. Estaba guapo, no podía negarlo.

—Hola —me saludó con una sonrisa que mostraba unos dientes perfectamente alineados—. Estás preciosa.

Sonreí automáticamente, pero sentí que era un gesto forzado. Y no entendía por qué. Dain era atractivo, amable, tenía un buen

trabajo, me había traído flores y vino. Era el tipo de chico con el que cualquier mujer estaría encantada de tener una cita.

Entonces, ¿por qué no podía dejar de pensar en la forma en la que Ryker me había mirado hacía apenas unos segundos?

—Gracias —respondí, apartándome para dejarlo entrar—. Tú también estás muy bien.

Dain pasó al interior y yo me dispuse a seguirlo, echando antes un último vistazo a la puerta de Ryker. ¿Estaría escuchando a través de las paredes? Probablemente. Estas eran tan finas que seguro que podía oír hasta cómo Peluso se lamía las patitas.

—Vaya, huele de maravilla —comentó Dain, sacándome de mis pensamientos.

—He hecho lasaña —dije señalando hacia la cocina—. Espero que te guste.

—Me encanta la lasaña —respondió con entusiasmo, entregándome el ramo de rosas—. Son para ti. Nada especial, pero pensé que te gustarían.

Miré el ramo de rosas rojas perfectamente arreglado y tuve que hacer un esfuerzo para que no se me notara la decepción. Rosas. De todos los tipos de flores que podría haber elegido, tenían que ser rosas. Las flores más típicas, previsibles y, para mí, sin personalidad. Las que menos me gustaban en el mundo.

Sin embargo, ¿cómo iba a saberlo él? No era culpa suya. No tenía forma de saber que detestaba las rosas porque Elio me regalaba un ramo cada vez que metía la pata, como si las flores pudieran borrar lo que hacía.

—Son preciosas, gracias —mentí, forzando una sonrisa mientras buscaba un jarrón donde ponerlas.

Mientras arreglaba las flores en la cocina, Dain se acercó a Peluso, que seguía en el sofá con su traje de marinerito, observándolo como

si estuviera evaluando si era digno de entrar en su territorio.

—¿Este es el famoso Peluso? —preguntó, alargando la mano para acariciarlo.

—Ten cuidado, a veces no es muy... —empecé a advertirle, pero ya era tarde.

Peluso se erizó como si le hubieran dado una descarga eléctrica, mostró los dientes y soltó un bufido que sonó como el vapor escapando de una olla a presión. Dain retiró la mano rápidamente, sorprendido por su reacción.

—Vaya —dijo mirando a Peluso con cautela—. Parece que no le caigo bien.

—Lo siento —me disculpé, aunque en el fondo sentía una inexplicable satisfacción por la lealtad de mi gato—. Es muy selectivo con las personas que deja que lo toquen.

Peluso saltó del sofá con un movimiento elegante y se dirigió a la ventana, donde se sentó dándonos la espalda con un aire de dignidad ofendida que solo él sabía transmitir.

—No pasa nada —respondió Dain, encogiéndose de hombros—. Algunos gatos son así. Y ese trajecito es adorable, por cierto. ¿Es casero?

—Sí —respondí, volviendo al salón con las rosas ya en agua—. Se lo hice yo. Le gusta vestirse, aunque finja que lo odia.

—Eres muy creativa —dijo Dain, sentándose en el sofá y mirando alrededor—. Esos cuadros tuyos que están apoyados en la pared son muy buenos.

—Gracias —respondí, sintiéndome repentinamente tímida—. Esta mañana vinieron a por unos encargos que tenía pendientes. Por eso hay menos de lo habitual.

Le di los últimos toques a la mesa mientras Dain se ocupaba de descorchar el vino, cosa que agradecí, porque yo siempre acababa

rompiendo los corchos y teniendo que pescarlos luego del fondo de la botella como si estuviera practicando pesca submarina.

—¿Te echo una mano con algo? —preguntó, sosteniendo la botella ya abierta como un camarero profesional.

—No, tranquilo —dije mientras agarraba los guantes de cocina—. Ya casi está todo.

Me dirigí al horno y saqué la lasaña, que tenía una pinta increíble. El queso de la parte superior estaba perfectamente gratinado, con ese tono dorado que hacía que se te hiciera la boca agua con solo mirarlo. Un punto para mí. Al menos, si todo lo demás salía fatal, habría triunfado en el aspecto culinario.

Coloqué la fuente humeante en el centro de la mesa y me senté, intentando aparentar una tranquilidad que estaba muy lejos de sentir. Porque, mientras Dain servía el vino en las copas con esa precisión de cirujano, mi mente estaba en otra cosa completamente distinta.

Sexo. Estaba pensando en sexo.

No, no es que fuera una obsesa ni nada parecido. Es que..., bueno, era la segunda cita. Y todos sabemos lo que suele pasar en las segundas citas, ¿no? O al menos en algunas. Y más cuando dicha cita consistía en una cena en mi casa. A solas. Con vino.

«¿Y si espera que acabemos en la cama?», pensé mientras lo veía sentarse frente a mí.

«¿Es eso lo que se supone que debería pasar? ¿Es lo que quiero que pase?».

—Tiene una pinta espectacular —dijo Dain, mirando la lasaña con admiración.

Por un segundo pensé que hablaba de mí, y noté cómo me subían los colores.

—Gracias —respondí, aclarándome la garganta—. ¿Te sirvo?

—Por favor.

Corté un trozo generoso de lasaña y se lo serví, procurando que no se desmontara en el proceso. Por suerte, la receta de la madre de Elaila tenía ese punto perfecto de consistencia que hacía que se mantuviera en su sitio. Otra pequeña victoria.

—Entonces..., ¿cómo va el proyecto ese del que me hablaste? —pregunté mientras me servía un pedazo para mí.

—Bastante bien —respondió, dando un sorbo a su vino—. Aunque hemos tenido problemas con el contratista porque quiere usar materiales más baratos...

Su voz empezó a difuminarse en mi cabeza mientras mis pensamientos volvían al mismo punto. Sexo. Con él. Esa noche. Posiblemente.

«¿Tendré las sábanas limpias? —me pregunté—. ¿Me he depilado? Sí, ayer. Menos mal. ¿Y la ropa interior? La de hoy es bonita, pero no de las mejores. Mierda, debería haberlo pensado. ¿Y si ve la cicatriz del apéndice? ¿Y si...?».

—... entonces le dije que de ninguna manera íbamos a aceptar ese cambio en el presupuesto —continuaba Dain, gesticulando con el tenedor.

—Claro, normal —convine, asintiendo como si hubiera seguido cada palabra.

Mi mirada se desvió hacia sus manos. Eran bonitas. Dedos largos, uñas perfectamente cuidadas. Manos de arquitecto, supuse. ¿Cómo serían esas manos recorriendo mi cuerpo? ¿Serían suaves? ¿Firmes?

Y luego, la imagen de otras manos cruzó mi mente. Unas manos más grandes, más fuertes, con venas marcadas y alguna que otra cicatriz.

«Pero ¿qué narices me pasa? ¿Por qué estoy pensando en las manos de Ryker?».

—¿Y tú? —preguntó Dain, sacándome de mi trance—. ¿Cómo va el trabajo en la tienda?

—Oh, como siempre —respondí vagamente, dando un bocado a la lasaña para ganar tiempo—. Ya sabes, clientes raros, ofertas..., lo típico.

Él sonrió y se desabrochó el primer botón de la camisa. Hacía calor, era normal.

Pero ese simple gesto hizo que mi mente volviera al territorio peligroso.

«¿Tendrá abdominales? —me pregunté, imaginando qué habría bajo esa camisa—. Seguro que sí. Es arquitecto, pero parece mantenerse en forma. Aunque no creo que tenga tantos como Ryker. Espera, ¿por qué demonios estoy comparándolo con Ryker?».

Las imágenes se agolpaban en mi cabeza. Dain sin camisa. Ryker sin camisa. Dain besándome. Ryker besándome... «Espera, ¿QUÉ?... No, no, no. Ryker, no. Asco, asco, asco. Es mi vecino. El insoportable. El musculitos que se cree mejor que nadie. El que me mira como si pudiera leerme el pensamiento. El que huele tan bien cuando vuelve del gimnasio...».

—¿Te ocurre algo? —preguntó Dain, sacándome de mi espiral de pensamientos inapropiados—. Pareces... distraída.

—Perdona —dije, dando otro sorbo al vino—. Es que... estoy un poco cansada. Ha sido un día largo.

—Si quieres, puedo irme antes —ofreció, con una amabilidad que me hizo sentir culpable por mis pensamientos.

—¡No! —exclamé, quizá demasiado rápido—. No, está bien. Es agradable tener compañía.

Dain asintió y continuó hablando de su trabajo. Esta vez intenté prestar más atención, pero mi mente, la muy traidora, seguía desviándose.

«Vale, centrémonos. Dain. Guapo. Amable. Arquitecto. Está aquí, conmigo. No pienses en el otro. No pienses en cómo sería si fuera Ryker quien estuviera sentado frente a mí. No pienses en lo que pasaría si, en lugar de esta conversación educada, estuviéramos lanzándonos pullas y provocándonos el uno al otro...».

—... así que al final tuvimos que rediseñar toda esa sección —concluyó Dain, dando el último bocado a su lasaña.

—Vaya, qué complicado —dije, intentando sonar interesada y no como alguien que estaba teniendo una crisis existencial en plena cena.

El problema es que Dain era... perfecto. Demasiado perfecto. La camisa perfectamente planchada. El pelo perfectamente peinado. La sonrisa perfectamente simétrica. Todo en él estaba pensado, medido, calculado.

No como Ryker, que, a pesar de su obsesión por el orden, tenía ese aire de peligro, de imprevisibilidad. Esa sonrisa ladeada que te hacía preguntarte si estaba a punto de insultarte o besarte. Ese mechón rebelde que a veces le caía sobre la frente y que te daban ganas de apartar...

«¡Para ya!».

—¿Más vino? —ofreció Dain, levantando la botella.

—Por favor —respondí acercando mi copa. Quizá con un poco más de alcohol podría dejar de pensar tonterías.

Me sirvió otra copa y comenzó a hablarme de un proyecto de restauración de un edificio histórico. Era interesante, de verdad que lo era, pero solo podía concentrarme a medias. La otra mitad de mi cerebro seguía empeñada en imaginar cómo sería estar compartiendo esa cena con el idiota de mi vecino.

«Seguramente sería un desastre —pensé, intentando convencerme—. Acabaríamos discutiendo por cualquier tontería. O

tirándole la lasaña a la cara. O...».

O algo completamente distinto. Algo que implicaba mucha menos ropa y mucha más piel.

«¡Basta ya! —me regañé mentalmente—. ¿Qué me pasa? ¿Por qué sigo pensando en él cuando tengo delante a un hombre perfectamente atractivo y normal?».

—¿Quieres que pasemos al postre? —preguntó Dain, sacándome de mi lucha interna.

—Claro —respondí, agradecida por la distracción—. Hay tarta de queso con arándanos. La he hecho yo, así que no tengas muchas expectativas.

—Seguro que está deliciosa —dijo con esa sonrisa perfecta suya—. Como todo lo que has preparado.

Se inclinó sobre la mesa y puso su mano sobre la mía, en un gesto claramente romántico. Su tacto era cálido, agradable. Debería estar encantada. Cualquier mujer con dos dedos de frente estaría derritiéndose ante semejante escena.

Entonces, ¿por qué yo solo podía pensar en lo diferentes que serían esas manos si pertenecieran a otro hombre? ¿A uno que vivía justo al otro lado de esa pared?

«Estoy perdiendo la cabeza —pensé, forzando una sonrisa que esperaba no pareciera demasiado falsa—. Completamente loca. Esto es culpa del estrés. O del vino. O de las hormonas. Sí, eso es. Las hormonas».

Porque tenía que ser eso. No había otra explicación para que, teniendo delante a un hombre guapo, educado y claramente interesado en mí, yo solo pudiera pensar en el insufrible de mi vecino.

«De todas formas, el sexo está sobrevalorado —me dije para tranquilizarme—. Y seguro que con Dain sería... correcto. Metódico.

Planificado. Como él».

Y, de nuevo, esa vocecita traicionera en mi cabeza: «¿Y con Ryker? ¿Cómo sería con Ryker?».

«Calla. Calla. Calla. No quiero saberlo. No me interesa. No es una opción. Nunca ha sido una opción. Nunca será una opción».

—¿Te ayudo a recoger? —preguntó Dain, sacándome de mis pensamientos desbocados.

—No, no te preocupes —dije, levantándome tan rápido que casi tiré la copa—. Yo me encargo.

Necesitaba unos minutos a solas. Unos minutos para poner en orden mi cabeza, para recuperar el control. Porque, si seguía por ese camino, acabaría haciendo o diciendo algo de lo que me arrepentiría.

Mientras recogía los platos, respiré hondo varias veces, intentando calmarme. Era solo una cita. Una cena. No tenía por qué pasar nada más si yo no quería. Y en ese momento, no estaba segura de lo que quería.

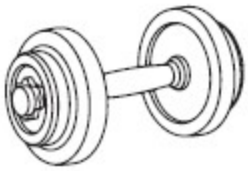
Aunque sí sabía lo que no quería: seguir pensando en Ryker Lancer y en cómo sería besarlo. Porque eso sí que sería una auténtica locura.

Y yo, por mucho que a veces actuara como tal, no estaba loca.

¿O sí?

15

El síndrome del héroe con pantalones de pijama



Ryker

Me dejé caer en el sofá con la caja de pizza recién llegada sobre la mesita. Hawaiana. Con piña. Un gusto culinario que seguramente me habría costado el desprecio eterno de cualquier italiano que se preciara, pero me daba igual. Era mi pequeño placer culpable desde la universidad.

Abrí la caja y el aroma a queso fundido, jamón y, sí, piña caramelizada inundó mi salón. Me rugió el estómago. No había comido nada desde el mediodía por culpa de la maldita presentación que había tenido que terminar. Pero por fin era hora de relajarse. O eso creía yo.

Cogí un trozo, disfrutando de ese primer bocado, y encendí la tele con el mando. Pasé canales sin encontrar nada que me interesara realmente. Una serie policíaca, un programa de cocina, un documental sobre pingüinos... Nada llamaba mi atención.

Porque mi atención estaba en otro sitio. Concretamente, al otro lado de la pared.

El tintineo de copas me llegaba con claridad. Las risas ocasionales. El murmullo de conversación. El arquitecto y la princesita pelirroja cenando a escasos metros de mí, separados solo por una pared que bien podría haber sido de papel de fumar.

—Estúpidas paredes —murmuré, subiendo el volumen de la tele para intentar ahogar los sonidos.

No funcionó. Solo conseguí que los pingüinos del documental gritaran en mi cara mientras seguía oyendo perfectamente el «Oh, qué interesante» que Audra acababa de decir con ese tono que usas cuando finges interés.

Le di otro mordisco a mi pizza, masticando quizá con más fuerza de la necesaria. ¿Por qué me molestaba tanto que estuviera con ese tipo? No era asunto mío. Podía salir con quien quisiera. Incluso con un arquitecto que probablemente era incapaz de distinguir una viga de un palillo.

—No me molesta —dije en voz alta, como si decirlo fuera a hacerlo real.

Pero sí que me molestaba. Me molestaba que ese tipo estuviera en su casa. Me molestaba haberla visto tan guapa. Me molestaba recordar cómo me había temblado algo por dentro cuando la encontré en el rellano.

Y, sobre todo, me molestaba molestarme por todo eso.

Apagué la tele con un gesto brusco y me quedé en silencio, escuchando sin querer la cita que tenía lugar a tan solo unos metros. Ese tipo, el tal Dain, hablaba ahora de algún proyecto arquitectónico. Su voz me llegaba amortiguada pero clara, con ese tono que me resultaba tan irritante.

«Y lo peor es que probablemente lo sea —pensé con amargura—. Seguramente también le gusten los musicales, sepa cocinar platos gourmet y tenga una relación perfecta con su madre».

Di un mordisco más grande a la pizza. No, no eran celos. Era solo que no me gustaba ese tipo. Había algo en él que no terminaba de encajar. Algo en cómo sostenía el ramo de rosas cuando llegó. Como si fuera un accesorio que llevaba porque sabía que debía hacerlo, no porque realmente le importara.

Aunque, claro, ¿qué sabía yo? Solo lo había visto durante diez segundos en el rellano.

—Esto es ridículo —dije levantándome del sofá.

Necesitaba distraerme. No podía seguir así, escuchando la cita de mi vecina como un acosador. Era patético. Y yo no era patético.

O eso quería creer.

Recogí la caja con los restos de pizza y la llevé a la cocina. Metí lo que quedaba en un táper y lo guardé en el frigorífico. Limpié la encimera, aunque estaba impoluta, y volví al salón.

Abrí el portátil y decidí hacer algo productivo con mi tiempo. Algo que no implicara espiar conversaciones ajenas. Llevaba tiempo pensando en comprar una casa, algo más grande, con más espacio para cuando Emma se quedara conmigo. Y, sobre todo, con paredes gruesas. Muy gruesas.

Entré en varios portales inmobiliarios y comencé a buscar. Casas en las afueras, no muy lejos del centro, pero lo suficiente para tener más metros cuadrados por menos dinero. Chalets adosados, pareados, independientes...

Una imagen llamó mi atención. Un chalet independiente con tres habitaciones, dos baños completos, un jardín pequeño pero coqueto y una cocina que parecía salida de una revista de decoración. El precio era elevado, pero asumible con mi sueldo. Y estaba en una urbanización tranquila, con una buena seguridad.

—Perfecta —murmuré guardando el anuncio en favoritos.

Seguí navegando, encontrando otras opciones casi igual de buenas. Una con piscina comunitaria, otra con buhardilla que podría convertir en gimnasio, una más cerca del instituto de Emma...

«Y lo mejor es que serán silenciosas», pensé imaginándome en cualquiera de esas casas, lejos de paredes que dejaban pasar hasta el sonido de una respiración. Lejos de vecinas pelirrojas con gatos calvos. Lejos de la tentación constante que suponía vivir puerta con puerta con Audra.

Porque, sí, ahí estaba el problema real. Audra se había convertido en una tentación. Una que me estaba costando ignorar cada vez más.

Cerré el portátil con un suspiro y miré el reloj. Las diez y media. Aún era pronto, pero no tenía nada mejor que hacer. Y seguir escuchando la cita de al lado no era una opción si quería mantener mi salud mental.

Me levanté y decidí darme una ducha antes de irme a la cama. Una ducha larga y fría que me ayudara a despejarme y, con suerte, a dejar de pensar en lo que estaría pasando en el apartamento contiguo.

Me desnudé, me metí bajo el chorro de agua fría y dejé que esta me recorriera el cuerpo, intentando enfriar algo más que mi piel. No funcionó del todo, pero al menos me despejó un poco.

Tras la ducha, me puse solo los pantalones del pijama. Hacía demasiado calor para la camiseta, aunque fuera octubre. La calefacción central del edificio siempre estaba demasiado alta.

Recogí la ropa del día que había dejado sobre la cama para llevarla a la cesta de la ropa sucia. Era algo que hacía siempre: mantener el orden, guardar cada cosa en su sitio. Me daba una sensación de control que necesitaba.

Y entonces lo oí.

Un grito. Agudo. Aterrorizado.

Me quedé paralizado, con la ropa en las manos, escuchando con atención. ¿Lo había imaginado? A veces mi mente me jugaba malas pasadas, especialmente cuando estaba cansado.

Pero entonces lo oí de nuevo. Otro grito, esta vez más fuerte y claramente reconocible.

—¡NO! ¡ALÉJATE!

Era Audra. Sin duda era su voz. Mi corazón empezó a latir más rápido, la adrenalina acelerando mi pulso. ¿Qué estaba pasando ahí?

«Tranquilo —me dije a mí mismo—. Seguramente estarán viendo una película de terror. O...».

Un pensamiento mucho más perturbador cruzó mi mente. ¿Y si el arquitecto no era quien decía ser? ¿Y si era algún tipo de psicópata? ¿Y si estaba intentando hacerle daño? Las noticias estaban llenas de historias sobre mujeres que conocían a alguien aparentemente normal que luego resultaba ser un completo lunático.

«No, no seas paranoico —intenté calmarme—. Seguro que hay una explicación lógica. Están jugando, o viendo una película, o...».

—¡ALÉJATE! ¡NO ME TOQUES!

Ese tercer grito fue suficiente. No lo pensé dos veces. Lancé la ropa al suelo y salí disparado de mi apartamento, directo a la puerta de Audra. Sin camiseta, sin zapatos, solo con los pantalones del pijama.

Llamé a la puerta con fuerza, casi aporreándola.

—¡Audra! —grité—. ¿Estás bien?

Desde dentro me llegó otro grito ahogado, y luego la voz de mi vecina, temblorosa:

—¡Vete! ¡Aléjate! ¡Por favor!

Eso fue todo. Algo en mi interior se activó. Un instinto de protección que no sabía que tenía. Me eché hacia atrás y, sin

pensarlo, embestí contra la puerta con todo mi peso.

Pero la puerta no cedió. Solo conseguí un dolor sordo en el hombro.

«Mierda, las películas mienten», pensé mientras me frotaba el hombro dolorido. En las pelis, el héroe siempre echaba la puerta abajo al primer intento.

Otro grito desde dentro me impulsó a intentarlo de nuevo. Esta vez me alejé un poco más, tomé carrerilla y me lancé contra la madera con toda la fuerza que pude reunir.

Con un crujido que resonó en todo el rellano, la puerta cedió, aunque no se salió de los goznes de forma limpia como en las películas; más bien se agrietó en la zona de la cerradura, dejando un hueco lo suficientemente grande como para que pudiera meter la mano y abrir desde dentro.

—¡Audra! —grité mientras entraba ya en el apartamento—. ¿Dónde estás? ¡Audra!

Lo que vi me dejó paralizado en el sitio.

Audra estaba de pie sobre la encimera de la cocina, con una toalla enrollada alrededor del cuerpo y otra en la cabeza, como si acabara de salir de la ducha.

—¡RYKER! —chilló, pero no era de alivio precisamente—. ¡MI PUERTA! ¡¿QUÉ NARICES LE HAS HECHO A MI PUERTA?!

Miré a mi alrededor confundido, buscando al arquitecto o algún peligro inminente, pero no había rastro de ninguno. El apartamento parecía completamente normal, salvo por la chica medio desnuda subida a la encimera.

—¿Qué pasa? —pregunté desconcertado—. ¿Dónde está Dain? ¿Estás bien?

—¡UNA CUCARACHA! —gritó mientras señalaba el suelo con una expresión de pánico absoluto.

Bajé la mirada y entonces la vi. Una cucaracha. Grande, sí. Enorme, de hecho. Una de esas rojas que parecían prehistóricas correteando por el suelo de la cocina.

—¿Me estás diciendo que has gritado así por una cucaracha? —pregunté incrédulo—. ¿Dónde está el arquitecto?

—¡No está aquí! —respondió sin apartar la mirada del insecto—. ¡Y no es una cucaracha cualquiera! ¡Es un monstruo! ¡Mírala! ¡MÍRALA!

El bicharraco, como si entendiera que estaban hablando de él, salió disparado hacia el lado opuesto de la cocina. Audra soltó otro grito agudo que me perforó los tímpanos.

—¡MÁTALA! —chilló, agarrando con más fuerza la toalla que la cubría—. ¡MÁTALA YA, POR FAVOR!

Miré a mi alrededor buscando algo con que aplastar al bicho, pero no encontré nada a mano. Peluso, mientras tanto, observaba la escena desde lo alto de la isla de la cocina. Llevaba un pijama de Batman, tenía las pupilas dilatadas como platos y meneaba la cola, pero no parecía tener ninguna intención de ayudar con la caza.

—¿Dónde tienes el insecticida? —pregunté, avanzando con cautela para no perder de vista al objetivo.

—¡No tengo! —respondió desesperada—. ¡Date prisa! ¡VA A VOLAR! ¡LO SÉ! ¡LO PRESIENTO!

—Cálmate, princesita —dije intentando sonar tranquilizador, a pesar de que yo tampoco estaba muy cómodo con la situación.

La verdad es que a mí tampoco me hacían mucha gracia las cucarachas. De pequeño tuve una mala experiencia con una que decidió aterrizar en mi cara mientras dormía. Y esta era particularmente repugnante, grande y rojiza, como sacada de una película de ciencia ficción.

Localicé un libro grueso en la mesita del café y me acerqué sigilosamente.

—¡NO! —gritó Audra al verme—. ¡CON EL LIBRO NO! ¡ES UNA EDICIÓN ESPECIAL!

—¿Y con qué quieres que la mate, entonces? —pregunté exasperado.

—¡Con cualquier otra cosa! —respondió, como si fuera obvio—. ¡Pero no con ese!

—¿Quizá con mis abdominales? —dije sarcásticamente, señalando mi torso desnudo—. ¿Te parece mejor opción?

La cucaracha eligió ese momento para hacer un movimiento brusco hacia la izquierda, provocando otro grito estremecedor de Audra, que por poco pierde el equilibrio sobre la encimera.

Comencé a buscar frenéticamente algo adecuado para matar al bicho, que parecía estar burlándose de nosotros mientras corría de un lado a otro.

—¡Písala! —gritó Audra, ajustándose la toalla como podía.

—Voy descalzo —le recordé, señalando mis pies desnudos—. ¿Quieres que la aplaste con los dedos del pie o qué?

—¡Me da igual! ¡Mátala ya! —chilló, encogiéndose aún más en la encimera, como si pudiera fundirse con los azulejos.

—¡Eso intento! —respondí exasperado, sin dejar de buscar algo útil—. ¡No es tan fácil cuando estás gritándome al oído!

De repente, como si hubiera decidido que era su momento de brillar, Peluso saltó de la isla y, en un movimiento rápido que no esperaba de un gato en pijama, atrapó a la cucaracha con la boca.

—¡NO! —gritó Audra horrorizada—. ¡NO, PELUSO, NO! ¡SUÉLTALA! ¡SUÉLTALA AHORA MISMO!

Me acerqué rápidamente al gato, que parecía tan sorprendido por su propio éxito como nosotros.

—Suéltala, amigo —le dije, agachándome para cogerlo.

Lo levanté con cuidado, sujetándolo por debajo de las patas delanteras. Peluso, ofendido por mi intromisión en su momento de gloria, abrió la boca para protestar y la cucaracha cayó al suelo, aturdida pero todavía viva.

Dejé al gato en la encimera junto a Audra, que lo abrazó como si fuera un escudo contra todos los males del mundo, mientras murmuraba algo sobre «gérmenes» y «enfermedades».

Vi una espátula colgada en la pared y la agarré con decisión. La cucaracha intentó escapar, pero yo fui más rápido. Le di un golpe contundente, quizá con más fuerza de la necesaria. El sonido fue un crujido húmedo que incluso a mí me revolvió el estómago.

En el suelo quedó una mancha de color marrón rojizo que parecía sacada de una película de terror.

—¡DIOS MÍO! —chilló Audra, entornando los ojos y arrugando la nariz con una expresión de absoluta repulsión—. ¡QUÉ ASQUEROSO! ¡VOY A VOMITAR!

—Es solo una cucaracha —dije, aunque yo mismo estaba haciendo esfuerzos por no poner cara de asco.

Cogí un trozo de papel de cocina y recogí los restos del insecto, preguntándome cómo era posible que algo tan pequeño pudiera causar tanto revuelo. Y no estaba pensando en el bicho precisamente.

Me dirigí hacia el cubo de basura que había junto al fregadero.

—¡NI SE TE OCURRA! —gritó Audra, como si estuviera a punto de tirar un cadáver en su salón—. ¡EN MI BASURA, NO!

—¿Y dónde quieres que la tire? —pregunté, sosteniendo el papel con el insecto lo más lejos posible de mí.

—Por el váter —respondió como si fuera lo más obvio del mundo —. Tírala por el váter.

Asentí y me dirigí hacia el baño, notando que Audra seguía sin bajarse de la encimera, con Peluso firmemente sujeto contra su pecho.

Para mi sorpresa, el baño estaba muy ordenado para alguien tan caótico como ella. Olía a vainilla y a algún tipo de gel de ducha frutal. Las toallas estaban perfectamente dobladas, los productos de belleza organizados por tamaño, y hasta había una planta pequeña en una maceta junto al lavabo.

Tiré los restos por el váter y accioné la cisterna, asegurándome de que todo desapareciera por el desagüe. No quería ni imaginar qué pasaría si la cucaracha resucitaba de alguna manera.

Cuando salí del baño, Audra seguía en la misma posición, como una estatua viviente con un gato en pijama.

—¿Te has lavado las manos? —preguntó, mirándome con suspicacia.

Puse los ojos en blanco y volví al baño. Me lavé las manos a conciencia, como si estuviera a punto de entrar en un quirófano, y regresé secándomelas en mis pantalones del pijama.

—Sabes que las cucarachas nunca vienen solas, ¿verdad? —comenté, disfrutando un poco de su expresión de horror—. Donde hay una, hay cientos. Quizá miles.

—¡No digas eso! —exclamó apretando aún más a Peluso, que empezaba a mostrar signos de querer liberarse de su abrazo asfixiante.

Me crucé de brazos y la observé divirtiéndome.

—¿Vas a bajar de ahí en algún momento? —le pregunté.

—No —respondió con firmeza, como si la encimera fuera ahora su hogar permanente.

—¿No quieres o no puedes?

—Ambas —dijo reajustándose la toalla, que empezaba a aflojarse.

Fue entonces cuando realmente me fijé en ella. Con el pelo mojado recogido en la toalla, algunas gotas de agua deslizándose por su cuello, sus hombros desnudos salpicados de pecas... Se veía vulnerable y al mismo tiempo feroz, como un gato empapado. Era una imagen que no esperaba ver y, por alguna razón, me resultaba difícil apartar la mirada.

—¿Qué miras? —preguntó, enarcando una ceja.

—Nada —me apresuré a responder, desviando la vista—. Solo... me sorprende que alguien que puede enfrentarse a un vecino robachampús no pueda manejar una simple cucaracha.

—No es lo mismo —se defendió, enderezándose un poco—. Tú no tienes ocho patas asquerosas ni antenas alienígenas.

—Las cucarachas tienen seis patas, no ocho —corregí, sin poder evitar sonreír.

—¡Lo que sea! —exclamó—. Siguen siendo repugnantes. Y no me has explicado aún por qué has destrozado mi puerta.

Cierto. En medio de la crisis de la cucaracha, casi había olvidado que había irrumpido en su apartamento como un lunático.

—Oí tus gritos —expliqué pasándome una mano por el pelo—. Pensé que estabas en peligro.

—¿Por una cucaracha? —preguntó con un deje de diversión en la voz.

—No sabía que era una cucaracha, ¿vale? —me defendí—. Solo oí gritos. Pensé que el arquitecto podía estar..., no sé, atacándote o algo así.

«Por cierto, ¿dónde diablos está el arquitecto?», me pregunté mirando alrededor como si esperara verlo salir de algún rincón. ¿Por qué no estaba allí? ¿Se había ido ya? La cita apenas había comenzado hacía unas horas. ¿Era tan malo en la cama que ella lo había echado? ¿O era de los que se vestían y salían corriendo

después? No entendía nada. Si yo tuviera la oportunidad de estar con Audra, no me iría así, de ninguna manera.

«Espera, ¿qué?». Me sorprendí a mí mismo con ese pensamiento. ¿De dónde había salido eso? No, no era eso lo que quería decir. Simplemente me parecía extraño que el tipo se hubiera marchado tan pronto. Eso era todo. No tenía nada que ver con querer estar con Audra ni nada por el estilo.

—Se ha marchado —dijo ella simplemente, ajustándose mejor la toalla.

—¿La cita ha ido mal? —pregunté antes de poder contenerme.

«¿Y a ti qué te importa? —me regañé mentalmente—. No es asunto tuyo».

—No —respondió, encogiéndose ligeramente de hombros—. Son otras cosas.

No supe interpretar esa respuesta. ¿Qué otras cosas? ¿Había pasado algo? ¿Habían discutido? ¿O todo había ido tan bien que estaba demasiado avergonzada para contármelo?

Me acerqué a la encimera y tendí los brazos hacia ella.

—Si el arquitecto hubiera estado aquí, seguro que te habría salvado heroicamente de la cucaracha —comenté sin poder evitar un tono ligeramente burlón.

Audra miró mis brazos extendidos con desconfianza.

—¿Qué haces? —preguntó, abrazando a Peluso como un escudo.

—Ayudarte a bajar —dije como si fuera obvio—. A menos que planees vivir el resto de tu vida en esa encimera.

Ella escrutó el suelo con recelo.

—Primero mira bien —me pidió—. Asegúrate de que no haya más.

No pude evitar reírme. Ver a Audra, siempre tan directa y valiente, aterrorizada por una cucaracha muerta era algo que no esperaba.

—Vale, vale —concedí, agachándome teatralmente para inspeccionar cada rincón del suelo mientras dejaba ir a Peluso—. No hay nada. Lo prometo. El enemigo ha sido neutralizado.

Me acerqué de nuevo y, esta vez, ella no protestó. Deslicé un brazo por debajo de sus piernas y el otro tras sus hombros, levantándola de la encimera con un movimiento fluido. Era sorprendentemente ligera, o quizá mis entrenamientos en el gimnasio estaban dando más frutos de los que pensaba.

La deposité con suavidad en el suelo, pero no me aparté de inmediato. Nos quedamos así, demasiado cerca, su cuerpo aún húmedo por la ducha rozando el mío. Podía oler su champú, ese mismo que había robado, pero que en ella olía completamente diferente. Mejor. Mucho mejor.

—Gracias —murmuró, mirándome directamente a los ojos—. Pero me has roto la puerta. No sé cómo se lo voy a explicar a la señora Netry.

La señora Netry. Nuestra casera. La mujer que no dejaba de hablar y que se metía en todos los asuntos de sus inquilinos como si fueran telenovelas en vivo.

—Si la cambiamos con tiempo, no tiene por qué enterarse —sugerí.

Audra miró hacia la entrada, donde la puerta colgaba lastimosamente, con un agujero donde antes estaba la cerradura y el marco visiblemente doblado.

—Parece la escena de un crimen —comentó arrugando la nariz.

—Me ocuparé mañana —prometí—. No te preocupes.

Necesitaba irme. Necesitaba poner distancia entre nosotros. Estar así, tan cerca de ella, con solo una toalla separando su piel de mis manos, estaba nublando mi juicio. Sus labios estaban rosados por el calor de la ducha, sus mejillas ligeramente ruborizadas, y podía ver

gotas de agua deslizándose por su cuello hacia su clavícula. Era demasiado.

Demasiado real, demasiado íntimo, demasiado... tentador.

Retrocedí, rompiendo finalmente el contacto, y caminé hacia la puerta destrozada.

—¿De verdad intentabas salvarme? —preguntó con un tono que no supe interpretar.

Me volví para mirarla. Parecía pequeña envuelta en esa toalla, con el pelo recogido y los pies descalzos.

—No suelo ir por ahí rompiendo puertas de chicas que gritan como si las estuvieran asesinando —respondí sinceramente—. Al menos, no sin un buen motivo.

«¿Un buen motivo? —pensé mientras me quedaba mirándola—. No he tenido un buen motivo para nada en mucho tiempo, ni para romper puertas ni para cualquier otra cosa». Pero cuando oí sus gritos, algo se activó dentro de mí. Por ella. Por Audra. Por la insoportable princesita pelirroja que me volvía loco en más de un sentido.

—Esto no te lo perdono —dijo señalando hacia la puerta destrozada con un gesto exagerado—. Nunca. Jamás.

—Te lo compensaré —prometí, intentando sonar casual—. Pero, por ahora, deberías poner algún mueble o algo delante. Para esta noche.

Asintió, mirando alrededor, como evaluando qué podía usar de barricada improvisada.

—Pon el sofá —sugerí—. Y no le abras a nadie esta noche.

—No pensaba abrirle a nadie. Aunque seguro que, si lo hiciera, tú echarías la pared abajo para pasar.

No pude evitar reírme.

—Buenas noches, princesita —dije dando un paso hacia el rellano —. Y recuerda: no todas las citas salen bien. Ya habrá otras.

Ella se acercó a la puerta, preparándose para cerrarla como fuera posible en su estado actual.

—No es culpa de la cita —dijo en voz baja, casi como si no quisiera que la oyera—. Es culpa mía.

Y, con eso, cerró lo mejor que pudo, dejándome allí de pie, descalzo, sin camiseta y con más preguntas que respuestas.

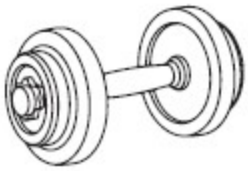
Caminé hacia mi apartamento al tiempo que oía cómo al otro lado Audra arrastraba muebles, probablemente el sofá, para bloquear la entrada. Sonaba como si estuviera moviendo media casa, con sus jadeos de esfuerzo y alguna que otra maldición murmurada.

Y, mientras entraba en mi propio piso, sintiendo el contraste entre el caos de los últimos minutos y el orden meticuloso de mi espacio, no pude evitar preguntarme qué había querido decir con eso. ¿Qué culpa tenía ella de que su cita no hubiera funcionado? ¿Y por qué me importaba tanto saberlo?

Mañana sería otro día. Un día para arreglar puertas rotas y, tal vez, para entender qué demonios me estaba pasando con Audra Emrin.

16

Manual de disculpas para vecinos torpes



Ryker

El despertador sonó a las cinco como cada mañana, pero yo ya llevaba despierto casi una hora. No había dormido bien. La imagen de Audra envuelta en esa toalla, con el pelo mojado y las mejillas sonrojadas, aparecía cada vez que cerraba los ojos. Y también sus palabras finales: «No es culpa de la cita. Es culpa mía».

¿Qué habría querido decir con eso?

Me levanté de un salto, intentando sacudirme esos pensamientos. Tenía una misión que cumplir: arreglar la puerta que había destrozado la noche anterior en mi arranque de heroísmo mal ejecutado.

Me di una ducha rápida y me vestí con unos vaqueros desgastados y una camiseta negra sencilla. Ropa de trabajo, por si tenía que ensuciarme. Después, cogí una cinta métrica del cajón de herramientas que guardaba en el armario de la cocina y salí al rellano.

El sofá de Audra seguía bloqueando la entrada, visible a través del hueco que había provocado en la puerta. Parecía que había construido una auténtica barricada. Me pregunté si habría conseguido dormir o si habría pasado la noche en vela, vigilando por si aparecían más cucarachas.

La idea casi me hizo sonreír, pero me contuve. Tenía trabajo que hacer.

Saqué la cinta métrica y tomé las medidas de la puerta: alto, ancho y grosor. Las anoté cuidadosamente en mi móvil. Después, miré los goznes, la cerradura y el marco, para asegurarme de que compraba las piezas correctas. El daño era considerable, pero podía repararse.

Volví a mi apartamento y me senté frente al portátil. Busqué varios tutoriales sobre cómo cambiar una puerta y los vi con atención, tomando notas adicionales. No parecía demasiado complicado, aunque nunca lo había hecho antes. Sin embargo, yo era metódico y aprendía rápido. Y tenía que hacerlo bien. No solo por orgullo, sino porque se lo debía a Audra.

Con toda la información necesaria, me puse la chaqueta, cogí las llaves y salí del apartamento. La ferretería estaba a pocas calles, a unos diez minutos andando. Era un negocio familiar que llevaba décadas en el barrio y que tenía fama de tener de todo. Abría sus puertas a las siete de la mañana para atender a los profesionales de la construcción, así que llegué justo a tiempo para ser uno de los primeros clientes del día.

Cuando llegué, un hombre de unos cincuenta años con un delantal azul me recibió detrás del mostrador.

—Buenos días —saludé—. Necesito una puerta nueva. Estas son las medidas.

Le mostré las notas en mi móvil y él las examinó, asintiendo con conocimiento.

—Son medidas estándar —dijo rascándose la barba incipiente—. Tenemos varias opciones. ¿Qué tipo de puerta buscas? ¿Madera maciza, hueca, reforzada...?

—Tiene que ser igual que la original —expliqué—. Es para un edificio antiguo, en un piso alquilado. No quiero que se note el cambio.

—Entiendo —asintió, tecleando algo en un ordenador anticuado—. Tenemos una reforzada con acabado estándar, de color blanco, como las que suelen poner en esos edificios de los años setenta u ochenta. Por fuera parece idéntica, pero es mucho más resistente. ¿Te sirve?

—Perfecta —asentí—. También necesitaré una cerradura nueva, goznes y todas las herramientas necesarias para instalarla.

El ferretero me miró como si estuviera diciendo una locura.

—¿Primera vez que cambias una puerta?

—¿Tanto se nota? —pregunté, esbozando una sonrisa.

—Un poco —admitió, devolviéndome la sonrisa—. Pero no te preocupes, te daré todo lo que necesitas. Sígueme.

Después de media hora recorriendo la tienda, había reunido todas las herramientas necesarias para el trabajo.

—¿Y qué le pasó a la puerta anterior? —me preguntó el hombre mientras examinábamos cerraduras.

—Un accidente —respondí vagamente, evitando entrar en detalles sobre mi papel como superhéroe anticucarachas.

—Ya —dijo él, con un tono que sugería que no era la primera vez que oía hablar de ese tipo de «accidentes»—. ¿Quieres una cerradura reforzada? Ya que estás, por si acaso.

—Por supuesto —asentí, cogiendo la más cara del expositor—. ¿Y el marco? También necesitaré arreglar el marco.

—Por aquí. —Me guio hacia otra sección.

Cuando llegamos a la caja, el montón de artículos era impresionante. Había comprado prácticamente todo lo que podía necesitar y algunas cosas que probablemente no, pero prefería pecar de precavido.

—La puerta es muy pesada —me advirtió el ferretero mientras calculaba el total—. ¿Tienes cómo llevarla?

—No había pensado en eso —admití, dándome cuenta de que no podría cargar con todo hasta el edificio yo solo.

—Podemos llevártela a casa —ofreció—. Son veinte dólares más, pero te la llevamos a donde quieras.

—Perfecto, me la quedo.

—Bien, entonces serían... —Tecleó en la caja registradora y giró la pantalla para que viera el total—. Dos mil cuarenta y siete dólares con sesenta centavos. La puerta reforzada con acabado estándar no es barata, pero por fuera parece exactamente como las originales. Nadie notará que es más segura.

Silbé involuntariamente ante la cantidad. Era una auténtica fortuna, mucho más de lo que había previsto gastar, pero no tenía alternativa después de haber destrozado su puerta. Al menos, ahora tendría una entrada mucho más segura, aunque me dejara medio sueldo en el proceso.

—Sin problema —dije sacando mi tarjeta del bolsillo.

Mientras pagaba, dos empleados jóvenes aparecieron para cargar la puerta, que estaba apoyada contra una pared.

—Es bastante pesada —comentó uno de ellos, levantándola con esfuerzo junto a su compañero.

—La llevamos entre tres —sugirió el ferretero, uniéndose a ellos—. ¿Dónde hay que entregarla?

Les di la dirección exacta, explicando que era un octavo piso, pero que por suerte había ascensor.

—Aunque no siempre funciona —añadí, recordando las quejas constantes de Audra.

—Esperemos que hoy sea nuestro día de suerte —dijo uno de los jóvenes.

Repasé mentalmente la lista para asegurarme de que no olvidaba nada. Destornillador, martillo, nivel, tornillos, tacos, silicona, formón, sierra... Todo estaba allí. Incluso había añadido a última hora un pequeño kit de reparación de paredes, por si necesitaba arreglar algún desperfecto adicional.

Los tres hombres cargaron la puerta en una furgoneta pequeña con el logo de la ferretería. El plan estaba en marcha. Ahora solo quedaba la parte difícil: instalarlo todo correctamente sin que Audra se riera demasiado de mis habilidades de bricolaje.

Y, más importante aún, sin que la casera se enterara.

La furgoneta llegó al edificio casi al mismo tiempo que yo. Para nuestra fortuna, el ascensor funcionaba ese día. Una pequeña victoria entre tantas batallas perdidas contra la antigüedad de ese edificio.

—Por aquí —les indiqué, manteniendo el ascensor abierto mientras ellos maniobraban con la puerta nueva.

Fue un proceso complicado. La puerta apenas cabía en el ascensor y tuvimos que colocarla en diagonal. Los cuatro subimos apretados, como sardinas en lata, acompañados del olor a madera nueva y sudor.

Al llegar al octavo, les indiqué que la dejaran apoyada contra la pared del rellano.

—¿No quieres que te ayudemos a instalarla? —preguntó el ferretero, secándose el sudor de la frente—. Cobramos por horas, pero hacemos buen trabajo.

—No, gracias —respondí—. Quiero hacerlo yo mismo.

No añadí que era una cuestión de orgullo personal. Yo había roto la puerta, yo la arreglaría. Y, además, no quería más testigos de lo necesario.

Les agradecí la ayuda, les di una generosa propina que aceptaron con sonrisas satisfechas y esperé a que el ascensor descendiera con ellos antes de prepararme mentalmente para lo que venía.

Respiré hondo y llamé a la puerta de Audra. No hubo respuesta. Volví a llamar, esta vez con más fuerza.

Un gruñido. Luego, el inconfundible sonido de muebles siendo arrastrados —probablemente deshaciendo la barricada nocturna—, pasos arrastrándose y, al final, la puerta abriéndose con dificultad.

Y allí estaba ella. Con el pelo recogido en un moño desordenado, cara de recién levantada y una expresión que podría derretir glaciares. Llevaba un pijama de algodón con estampado de pequeños gatos y tenía la marca de la almohada en la mejilla. Jamás la había visto con un aspecto más adorable.

O más dispuesta a matarme.

—¿Qué...? —empezó a preguntar, con la voz ronca por el sueño—. ¿Qué hora es?

—Son las nueve. De un lunes —respondí, como si eso lo explicara todo.

Ella gruñó algo ininteligible y dio media vuelta, dejando la puerta abierta, lo que interpreté como una invitación a pasar. La seguí al interior, notando que ya había recogido el sofá y lo había devuelto a su sitio original.

—¿Café? —preguntó al tiempo que se arrastraba hacia la cocina.

—Sí, gracias —respondí sorprendido por el ofrecimiento.

—¿Trabajas hoy? —dijo mientras sacaba la cafetera y la llenaba de agua con movimientos lentos, como si su cuerpo aún no hubiera despertado del todo.

—No.

Ella asintió sin mirarme, concentrada en la tarea de preparar café como si fuera un ritual sagrado.

—¿Cómo lo quieres? —preguntó finalmente, mientras la cafetera empezaba a borbotear.

—Con leche y sin azúcar.

—Amargo —murmuró ella casi para sí, con una sonrisa exagerada en el rostro—. Como tú.

Sonreí ante el comentario y me dispuse a trabajar. Primero saqué todas las herramientas y las coloqué ordenadamente en el suelo. Luego examiné la puerta dañada para determinar la mejor manera de quitarla.

Mientras desatornillaba los goznes, era consciente de que Audra me observaba desde la cocina. Podía sentir su mirada, todavía somnolienta pero curiosa, siguiendo mis movimientos.

Con cuidado, retiré la puerta vieja y la apoyé contra la pared. El marco estaba bastante dañado, como había previsto. Tendría que quitarlo por completo e instalar uno nuevo.

Estaba tan concentrado en mi tarea que no me di cuenta de que Audra se había acercado hasta que vi una taza de café aparecer en mi campo de visión.

—Tu café —dijo, tendiéndomelo—. Ten cuidado, está caliente.

—Gracias —respondí cogiendo la taza.

Nuestros dedos se rozaron durante el intercambio. Un contacto breve, casual, pero que me provocó un hormigueo que me recorrió todo el brazo. Intenté no mostrar ninguna reacción, pero noté que

ella retiraba la mano rápidamente, como si también lo hubiera sentido.

Audra se alejó, pero en lugar de acomodarse en el sofá como esperaba, se sentó sobre la alfombra, a unos metros de mí. Con las piernas cruzadas en la posición del loto, la taza de café entre las manos y los ojos entrecerrados, parecía una especie de gato perezoso observando con desconfianza a un intruso en su territorio.

—¿Qué? —pregunté cuando su mirada empezó a ponerme nervioso.

—Nada —respondió ella, soplando su café—. Solo quiero asegurarme de que no destroces más mi casa.

—Muy graciosa —repliqué, y volví a mi tarea—. Intento arreglar lo que rompí. Deberías agradecérmelo.

—Te lo agradeceré cuando vea que funciona —dijo con una pequeña sonrisa asomando en la comisura de sus labios—. Hasta entonces, estás en período de prueba.

Sacudí la cabeza, pero no pude evitar sonreír también. Siempre tenía que tener la última palabra.

De repente, una bola de piel arrugada con un pijama de Batman apareció por el pasillo. Peluso, recién despierto, me miró con sus enormes ojos y, para mi sorpresa, se acercó directamente a mí.

—Buenos días, campeón —lo saludé mientras se frotaba contra mi pierna, ronroneando como un pequeño motor.

Le acaricié la cabeza con cuidado y el ronroneo aumentó de intensidad.

—Te recuerdo que eres alérgico —comentó Audra desde su posición en la alfombra—. Anoche también lo cogiste.

—Fue la adrenalina —respondí, encogiéndome de hombros—. Cuando estás en modo superhéroe, las alergias pasan a un segundo plano.

Como si hubiera entendido la conversación, Peluso me miró una última vez, fue junto a su dueña y se sentó a su lado.

Seguí trabajando en silencio durante unos minutos, quitando los últimos tornillos del marco. La pregunta que llevaba dándome vueltas desde la noche anterior finalmente salió de mi boca casi sin pensarlo.

—¿Por qué se fue el arquitecto tan pronto? —pregunté sin dejar de manipular el destornillador—. ¿Su técnica en la cama no estaba a la altura?

Audra resopló de forma audible.

—No.

Sonreí satisfecho por haberla provocado y seguí trabajando. El marco viejo cedió finalmente y lo retiré con cuidado.

—Entonces..., ¿por qué dijiste que era culpa tuya? —insistí, recordando sus últimas palabras de anoche.

Ella murmuró algo ininteligible.

—¿Qué? —pregunté, girándome para mirarla.

Tenía las mejillas sonrojadas y evitaba mi mirada.

—Dije que no pude —repitió, y me costó oírla.

Fruncí el ceño confundido.

—Princesita, no hablo el mismo idioma que tú a las nueve de la mañana, recién levantado —dije secándome el sudor de la frente con el antebrazo.

Ella negó con la cabeza, casi escondiéndose detrás de su taza de café vacía.

—No pude —repitió, como si esas dos palabras lo explicaran todo.

—Sigo sin entender —insistí, dejando las herramientas a un lado para prestarle toda mi atención.

Audra suspiró profundamente.

—Después del postre, que, por cierto, me salió muy bueno...

—¿Cocinas? —la interrumpí sorprendido.

—Me encanta cocinar —respondió con una pequeña sonrisa.

«¿Cómo es posible que no supiera eso?», me pregunté. Después de semanas siendo vecinos, discutiendo por todo, desde el volumen de la música hasta quién tenía que recoger el correo mal entregado, nunca habíamos hablado de cosas tan básicas como nuestras aficiones. Ni siquiera sabía que le gustara cocinar. ¿Qué más no sabía de ella?

—Sigue —la animé, volviendo a mi tarea para ocultar mi repentino interés.

—Pues eso, después del postre fuimos al sofá —continuó, señalando el mueble en cuestión—. Hablamos un rato y... comenzamos a besarnos.

Sentí cómo se me tensaban los músculos de la espalda. No quería oírlo. O tal vez sí. No, definitivamente no quería imaginar a Audra besándose con el arquitecto en ese sofá. Con ese tal Dain y sus manos perfectamente cuidadas, su camisa perfectamente planchada y su sonrisa perfectamente simétrica. No quería, pero mi cerebro, el muy traidor, ya estaba creando imágenes que preferiría no tener en mi cabeza.

«Céntrate en la puerta, imbécil —me regañé mentalmente—. La puerta. Solo la puerta».

—¿Y qué pasó? —pregunté, intentando que mi voz sonara casual, como si estuviéramos hablando del tiempo y no de su sesión de besos con otro hombre.

—Él quería más —dijo al fin—. Y yo... no pude.

Me quedé inmóvil, procesando lo que acababa de decir. Muy despacio, me giré para mirarla directamente.

—¿No pudiste tener sexo con él? —pregunté, queriendo asegurarme de que lo había entendido bien.

Ella asintió, escondiéndose aún más tras su taza, como si fuera un escudo protector.

Volví a mi trabajo sin decir nada mientras trataba de ordenar mis pensamientos. Por un lado, sentía un alivio inexplicable al saber que no había pasado nada entre ellos. Por otro, me sorprendía que me lo estuviera contando a mí, de entre todas las personas.

«¿Qué se supone que debo decir ahora? —me pregunté—. ¿"Felicidades por no acostarte con un tipo que parece sacado de una caja de Barbie"? ¿"Siento que no pudieras"? ¿"Gracias por la información que no pedí pero que, extrañamente, me alegra"?».

—Es patético, lo sé —dijo ella, rompiendo el silencio—. Podrías decir algo, ¿sabes? Cualquier cosa. No quedarte callado.

Dejé el destornillador a un lado y la miré.

—No veo que sea un problema —contesté sinceramente—. Si no estabas lista, no estabas lista, y él debía respetarlo.

Ella me miró con los ojos entornados, como esperando que en cualquier momento soltara alguna pullita.

—Prefiero tus comentarios sarcásticos —dijo al fin—. Este Ryker comprensivo me da miedo.

No pude evitar soltar una carcajada.

—¿Prefieres que me burle de ti? —pregunté alzando una ceja—. Porque puedo hacerlo, si eso te hace sentir mejor.

—Al menos sabría cómo responder —murmuró bajando la mirada —. No sé qué hacer con... esto.

Señaló vagamente entre nosotros, como si «esto» fuera algo tangible, algo que flotara en el aire de la habitación.

«¿Por qué no pudo?», me pregunté mientras ajustaba una bisagra. La pregunta me carcomía, aunque no tenía derecho a saberlo. ¿Tenía algo que ver con ese ex del que me había hablado Elaila?

La sola idea de que alguien hubiera podido hacerle daño a Audra me provocaba una rabia que no sabía que podía sentir. No era capaz de imaginarla en una relación tóxica, aunque eso explicaría muchas cosas: su independencia feroz, sus murallas emocionales, incluso su devoción absoluta por ese gato calvo.

La miré de reojo. Sentada en la alfombra con las piernas cruzadas, la cabeza ligeramente inclinada, parecía tan pequeña, casi indefensa, nada que ver con la fiera que me plantaba cara cada dos por tres. Por un momento sentí el impulso absurdo de protegerla, igual que la noche anterior, cuando pensé que estaba en peligro.

—Venga, métete conmigo —me pidió de repente—. Di algo. Búrlate. Lo que sea.

Me reí, sorprendido por su petición.

—¿Quieres que me burle de ti por no acostarte con el arquitecto? —pregunté incrédulo—. Vale. Mmm... ¿Tanto te asustó su regla de cálculo que saliste corriendo?

Ella puso los ojos en blanco.

—Esfuérzate más, por favor. Eso ha sido patético.

Volví a mi trabajo, intentando centrarme en alinear correctamente el nuevo marco. No era fácil, con ella observándome como un halcón, especialmente ahora que me había pedido que me burlara de ella, algo en lo que supuestamente éramos expertos.

Cogí mi taza de café, bebí un sorbo y la miré de nuevo.

—Tu café está quemado —dije finalmente.

—No estamos hablando del café —replicó con impaciencia.

—Igualmente sabe fatal —insistí con una sonrisa provocadora—. Deberías aprender a hacerlo mejor.

Ella entrecerró los ojos, fulminándome con la mirada, una que habría intimidado a cualquiera, pero a la que yo ya estaba acostumbrado.

—Me da igual que me mires así —dije volviendo a mi tarea—. Ya he visto esa cara cientos de veces, princesita. Has perdido tu poder.

Hubo un silencio, y por un momento pensé que quizá había ido demasiado lejos. Pero entonces ella volvió a hablar, con un tono más serio.

—¿Los tíos dais más oportunidades si no os acostáis con las chicas en la segunda cita?

La pregunta me pilló por sorpresa. Me detuve un momento, considerando mi respuesta.

—Primero, yo no tengo citas —aclaré mientras comprobaba que el marco estuviera perfectamente nivelado.

—Lo sé —replicó con un deje de burla—. Tú eres como un perro en celo. Sexo sin compromiso, sin complicaciones, sin emociones.

Me reí, aunque el comentario me dolió más de lo que quería admitir. Tenía razón, pero no por los motivos que ella creía. No era solo una cuestión de preferencias o de comodidad. Era miedo. Puro y simple miedo disfrazado de indiferencia.

Después del divorcio de mis padres, algo se rompió dentro de mí. Ver desmoronarse lo que creía que era amor verdadero me dejó con una pregunta que nunca había podido responder: ¿y si yo tampoco era suficiente? ¿Y si me entregaba por completo a alguien y, al final, esa persona descubría que no valía la pena quedarse?

Mi padre, pese a ser un buen hombre, nunca volvió a ser el mismo. Trató de reconstruir su vida, de seguir adelante, pero yo podía ver el vacío en sus ojos cuando creía que nadie lo miraba. Como si una parte de él hubiera quedado enterrada bajo los escombros de su matrimonio. A veces me preguntaba si yo había heredado esa fragilidad, esa incapacidad para recuperarme de las heridas.

En el fondo, lo que más me aterraba no era el rechazo inicial, sino invertir años, construir una vida con alguien, y que un día esa persona me mirara como mi madre miró a mi padre aquella noche: como si fuera un extraño, como si todo lo que habían compartido no significara nada. Ese tipo de dolor no se cura nunca del todo, y yo lo veía en los ojos de mi padre cada vez que hablábamos.

La verdad es que no me gustaba vivir así, con relaciones que no pasaban de una noche, manteniendo a todo el mundo a una distancia segura. A veces, en las noches más silenciosas, me preguntaba cómo sería despertar junto a alguien que realmente importara, compartir más que un par de horas de placer físico. Pero entonces el miedo volvía a golpearme: ¿y si no sabía cómo hacerlo? ¿Y si, después de tantos años evitando cualquier tipo de conexión real, simplemente había olvidado cómo amar?

Parte de mi rutina ordenada incluía mantener las relaciones simples y directas. Control. Todo se reducía a eso. Controlar cada aspecto de mi vida para no sentirme tan impotente como aquel niño que vio a sus padres destrozarse mutuamente año tras año sin poder hacer nada.

—Aun así —dije, volviendo al tema principal y apartando esos pensamientos que hacían tambalearse los muros que tanto me había costado construir—, el arquitecto sería muy tonto si te rechazara solo porque no quisiste acostarte con él.

—¿Y cuánto tiempo de media pueden esperar los tíos? —preguntó en un tono que intentaba ser casual, pero que no ocultaba su genuina curiosidad.

—Depende —respondí encogiéndome de hombros—. ¿Tienes tú un tiempo en concreto?

—No lo sé —admitió con una voz tan baja que apenas la oí.

—Entonces, eso significa que él no es el indicado —sentencié con más firmeza de la que pretendía.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella entonces, inclinando la cabeza como hacía siempre que algo captaba realmente su interés.

Me detuve un momento, ordenando mis pensamientos. Por alguna razón, me importaba que entendiera lo que quería decir.

—Si cuando estás con alguien te preguntas constantemente si deberías acostarte con él o cuánto tiempo es normal esperar, entonces algo falla —expliqué, midiendo cuidadosamente el espacio para la nueva cerradura—. Cuando es la persona adecuada, no hay un tiempo preestablecido. Simplemente... ocurre cuando tiene que ocurrir.

Audra se quedó en silencio, como si estuviera digiriendo mis palabras. No esperaba ese tipo de reflexión de mí y, honestamente, yo tampoco.

—Eso suena increíblemente maduro para venir de ti —dijo al fin, con una pequeña sonrisa burlona que no llegó a sus ojos.

—Tengo mis momentos —respondí, volviendo a centrarme en mi tarea—. No se lo digas a nadie, arruinarías mi reputación.

Trabajé en silencio durante unos minutos más, consciente de que ella seguía observándome. La nueva puerta empezaba a tomar forma. Había colocado el marco y ahora tocaba ajustar las bisagras.

—¿Puedo preguntarte algo? —dijo de repente—. Algo personal.

—Puedes preguntar —respondí sin mirarla—. Otra cosa es que responda.

—¿Por qué no tienes citas? Quiero decir, eres..., no estás mal. Podrías tener relaciones normales si quisieras.

«¿No estoy mal?», pensé divertido por su manera de expresarlo. Viniendo de Audra, supongo que era casi un cumplido.

—Las relaciones son complicadas —contesté después de un momento—. Requieren tiempo, compromiso, esfuerzo. Prefiero enfocarme en otras cosas.

—¿Como qué? ¿Tu trabajo? ¿El gimnasio? —preguntó con un deje de incredulidad—. ¿Eso es suficiente?

—Para mí lo es —respondí con sencillez mientras seguía trabajando—. Tengo mis prioridades claras.

—¿Y cuáles son exactamente esas prioridades?

—Mi trabajo, mantenerme en forma, ahorrar para comprar una casa —enumeré—. Cosas simples, sin complicaciones emocionales.

Ella soltó un bufido, como si mi respuesta le pareciera absurda.

—Suena muy aburrido —comentó—. Y solitario.

Lo era. Era terriblemente solitario. Había noches en las que el silencio de mi apartamento perfectamente ordenado me aplastaba como una losa. Noches en las que me preguntaba si eso era todo lo que habría en mi vida: informes financieros, rutinas de gimnasio y una casa vacía a la que volver. Si dentro de veinte años seguiría siendo el mismo hombre, con más dinero quizá, con más arrugas seguramente, pero igual de solo. Si acabaría como mi padre, mirando fotos antiguas en su enorme casa, añorando algo que ya no podía recuperar.

Pero admitir eso sería como abrir una grieta que contenía todas mis inseguridades. Y no podía permitirme ese lujo, no ahora, no con ella mirándome con esos ojos que parecían ver a través de mí.

—No todo el mundo necesita drama en su vida, princesita —repliqué, sin poder evitar sonreír—. Algunos preferimos la tranquilidad.

—No sabes lo que te pierdes —dijo en un tono que no supe interpretar—. El drama puede ser... estimulante.

—¿Como tus dramas con las cucarachas? —bromeé alzando una ceja—. Sí, muy estimulante.

Ella me dirigió una mirada fulminante que solo logró hacerme reír.

—¿Y tú? —pregunté, devolviéndole la duda—. ¿Por qué sigues teniendo citas con tipos que no te interesan realmente?

—¿Quién dice que no me interesaba Dain? —respondió a la defensiva.

—Tú —contesté—. Si te hubiera interesado de verdad, no estarías aquí sentada preguntándome cuánto tiempo es normal esperar para acostarte con alguien.

Ella abrió la boca para replicar, pero la cerró de nuevo. Por una vez, parecía no tener respuesta.

—Es complicado —dijo finalmente, abrazándose las rodillas y acercándoselas al pecho.

—Todo lo es —concedí levantando la puerta nueva para colocarla en su sitio—. ¿Me echas una mano?

Audra se incorporó con un movimiento rápido, dejando la taza de café en el suelo, junto a la pata del sofá.

—Peluso, ni se te ocurra —le advirtió al gato, que ya miraba la taza con curiosidad felina.

No pude evitar sonreír. Era divertido ver cómo regañaba al animal como si fuera un niño pequeño.

Me acerqué a la puerta y ella se colocó al otro lado. Pese a su estatura, tenía fuerza en esos brazos delgados. La levantamos a la vez y la encajamos en las bisagras que había instalado previamente. El metal chirrió un poco, pero cedió.

—Aguántala un momento —le pedí mientras comprobaba que estuviera nivelada.

Saqué el nivel y lo coloqué contra la madera. La burbuja quedó perfectamente centrada.

—Perfecto —murmuré, más para mí que para ella.

Comencé a apretar los tornillos, consciente de que Audra no me quitaba los ojos de encima. Su mirada era tan intensa que casi podía sentirla físicamente sobre mi nuca. Continué con mi tarea, fingiendo no darme cuenta.

—¿Qué habrías hecho si, cuando llegaste, el arquitecto hubiera estado, ya sabes..., forzándome o algo así? —preguntó de repente.

Me reí, quizá demasiado fuerte para lo que implicaba la pregunta.

—Lanzarlo por la ventana, supongo —respondí mientras ajustaba el último tornillo.

Ella soltó una risita nerviosa.

—Lo digo en serio, Ryker.

Me giré para mirarla directamente. Sus ojos no habían perdido esa intensidad.

—Yo también —afirmé, sosteniendo su mirada—. Alguien tendrá que protegerte siendo tan pequeña. No llegas ni al metro y medio, por Dios.

Me miró entrecerrando los ojos, con esa expresión suya que mezclaba indignación con algo que no conseguía descifrar del todo. Por un momento pensé que iba a soltar alguna de sus frases cortantes o incluso a lanzarme algo a la cabeza, como hacía habitualmente. Pero entonces hizo algo que me pilló del todo desprevenido: sonrió. No era una de esas sonrisas sarcásticas a las que me tenía acostumbrado, sino una sincera, de las que iluminan toda la cara. De las que, hasta ahora, nunca me había dirigido.

—Mejor baja de las nubes, grandullón —dijo golpeándome suavemente el brazo—. No siempre serás el héroe que salva el día.

Sentí un calor extraño expandiéndose por mi pecho. Era una sensación incómoda y agradable a la vez. Como cuando bebes algo caliente en un día frío y sientes cómo el calor se irradia por todo tu

cuerpo desde el estómago. Solo que esto no tenía nada que ver con el café.

Me di cuenta entonces de que nunca había querido tanto proteger a alguien. Era una sensación nueva para mí, aterradora y reconfortante al mismo tiempo. Con mis ligues anteriores todo había sido superficial, sin complicaciones, precisamente para evitar ese tipo de vulnerabilidad que ahora sentía creciendo dentro de mí. Esa necesidad de estar ahí para ella, de ser algo más que una presencia pasajera.

Quizá mi padre tenía razón y había mantenido mi corazón cerrado demasiado tiempo. Quizá había estado tan ocupado construyendo muros para no salir herido que no me había dado cuenta de lo mucho que me estaba perdiendo.

Audra, con toda su fiereza y su mal carácter, tenía algo que despertaba no solo mi instinto protector, sino algo más profundo. Y eso... eso era jodidamente peligroso. Porque significaba que todas esas preguntas que había enterrado durante años —¿sería yo suficiente?, ¿sabría cómo amar a alguien sin destruirlo?— empezaban a exigir respuestas.

17

Cómo desechar a un arquitecto en tres mensajes o menos



Audra

Odiaba con toda mi alma la lavandería del edificio. Entre sus luces parpadeantes, el sonido espectral de las tuberías y el aroma perpetuo a moho, solo le faltaba un asesino en serie acechando desde las sombras para protagonizar una película de terror de serie B. Y, sin embargo, a las once de la noche de un miércoles, allí estaba yo, sentada a una mesa coja, intentando escribir el mensaje de despedida más incómodo del mundo.

Le di un sorbo a mi bebida energética y miré mi teléfono como si fuera una bomba a punto de estallar. ¿Por qué narices era tan difícil romper con alguien?

«Romper —pensé mientras me frotaba los ojos—. Si ni siquiera estamos juntos. Han sido solo dos citas».

Mi teléfono se iluminó con un mensaje nuevo de Elaila.

¿Ya lo has hecho?

Suspiré y tecleé rápido:

Estoy en ello. Dame un respiro.

Volví a concentrarme en el mensaje para Dain. Llevaba casi una hora intentando encontrar las palabras adecuadas, pero todo sonaba demasiado brusco o patéticamente cursi. O peor aún, a excusa barata.

«Hola, Dain. Quería decirte que me lo he pasado muy bien contigo, pero...».

Borré la última palabra. Ese «pero» sonaba a excusa de manual.

«Hola, Dain. Me ha gustado conocerte, sin embargo...».

Borré de nuevo. «Sin embargo» era solo un «pero» con traje de domingo.

—¡Joder! —exclamé, dando un manotazo a la mesa que hizo temblar mi lata—. ¿Por qué es tan complicado?

La lavadora entró en el ciclo de centrifugado, añadiendo su estruendo a mi frustración. Peluso necesitaba su ropa limpia; todos sus jerséis estaban sucios porque había llovido tres días seguidos y el muy travieso se había empeñado en salir al balcón cada vez que me despistaba.

Volví a intentarlo:

«Hola, Dain. Te escribo porque creo que no voy a poder quedar contigo el viernes. Ni ningún otro día. Es que tengo un problema con las citas. Bueno, con las relaciones en general. Verás, mi ex era un capullo integral que me jodió la vida y ahora mismo no puedo ni pensar en estar con nadie porque me da pánico. Así que gracias por tu tiempo y que te vaya bien con tus edificios y tus planos y tus puentes o lo que sea que construyas».

Volví a borrarlo todo, respirando hondo para calmarme. Seguro que había una manera madura de hacer eso.

«Dain, lo siento, pero no quiero seguir viéndote. No es por ti, es por mí. No estoy preparada para una relación y bla, bla, bla...».

—Patético —murmuré, borrando de nuevo—. ¿El «no eres tú, soy yo»? ¿En serio, Audra?

Elaila me había dicho esa misma tarde que hiciera lo que sintiera que era mejor para mí. «Si no estás cómoda, corta por lo sano. No le debes nada a nadie», habían sido sus palabras exactas. Y tenía razón, como siempre.

Pero una cosa era decidirlo y otra muy distinta ejecutarlo. Una tercera cita ya sonaba a algo más serio, a expectativas, a presión. Y no, nada de eso me apetecía ahora mismo.

Quizá nunca.

Intenté otro enfoque:

«Dain, voy a ser sincera: tengo tanto miedo al compromiso que ver un anillo en el escaparate de una joyería me produce taquicardias. Soy un desastre emocional ambulante, y tú pareces demasiado estable y normal como para aguantar esto. Te mereces algo mejor. Una chica sin traumas, o con traumas más manejables. Alguien que no piense en su vecino cuando está contigo».

Abrí mucho los ojos y borré ese mensaje tan rápido que casi tiro el móvil al suelo.

—¿Qué narices? —murmuré, notando cómo me ardían las mejillas —. No pienso en Ryker. ¿Por qué he puesto eso?

Era culpa del cansancio. O del exceso de cafeína. O del trauma no resuelto. O de las tres cosas. Sí, seguramente era eso.

«Dain, creo que es mejor que no sigamos quedando. No estoy en un buen momento para empezar algo. Espero que lo entiendas».

Me quedé mirando ese último intento. Era frío pero directo. ¿Demasiado cortante? A lo mejor. Pero era sincero, o lo más cercano a la sinceridad que podía permitirme.

Suspiré y dejé caer la cabeza sobre la mesa con un golpe seco.

—Auch —protesté, frotándome la frente—. Eso ha sido una pésima idea.

Mi teléfono volvió a vibrar. Era Elaila otra vez:

> ¿Sigues en la lavandería o te han secuestrado los fantasmas del sótano?

Sonreí a mi pesar.

> Sigo aquí. Los fantasmas están ocupados aterrorizando a la señora del tercero.

Dejé el móvil sobre la mesa y me crucé de brazos, hundiendo la cara en ellos. ¿Por qué era tan difícil? Dain era majo, guapo, educado. Tenía un buen trabajo, no parecía tener ningún vicio siniestro y sus dientes eran tan perfectos que podría protagonizar un anuncio de dentífrico. Era el tipo de chico que cualquier madre del mundo querría para su hija.

Y ese era precisamente el problema.

Era demasiado... correcto. Tan cuidadosamente perfecto que me provocaba claustrofobia. Con él no podía ser yo misma. Me sentía observada, evaluada, como si estuviera en una entrevista de trabajo perpetua. Y la última vez no había podido..., bueno, eso.

No era solo el tema del sexo. Era algo más profundo. Cuando me besaba, no sentía nada. Ni mariposas, ni fuegos artificiales, ni siquiera un triste petardo de verbena. Nada. Como besar una pared. Una pared muy bien afeitada y con colonia cara, pero pared, al fin y al cabo.

Y, mientras intentaba obligarme a sentir algo, mi mente, la muy traidora, se escapaba hacia otro lugar. Hacia otra persona, una con la que me pasaba el día discutiendo, a la que hacía dos semanas

había visto arreglando mi puerta sin camiseta mientras yo intentaba no fijarme en cómo se le marcaban los músculos con cada movimiento.

—No, no, no —me regañé en voz alta—. No vayas por ahí, Audra. Ese es territorio prohibido.

La lavadora terminó su ciclo con un pitido agudo que me sobresaltó. Me levanté y comencé a sacar la ropa mojada.

Mientras lo trasladaba todo a la secadora, seguía dándole vueltas al tema. Necesitaba zanjar lo de Dain de una vez. No era justo para él, ni para mí, seguir con algo que no iba a ninguna parte.

Volví a la mesa, cogí el móvil y, sin pensarlo más, escribí:

> Hola, Dain. Creo que no podré quedar el viernes. No quiero ser injusta contigo, así que voy a ser sincera: no estoy en un momento en el que pueda ofrecerte lo que buscas. Me pareces un tío genial, pero no siento la conexión que deberíamos tener. Prefiero decírtelo ahora, antes de seguir adelante con algo que no va a funcionar. Lo siento de verdad.

Lo releí una vez más y pulsé «Enviar» antes de que el miedo me paralizara.

«Ya está. Hecho. No hay vuelta atrás».

Una sensación extraña me invadió. No era alivio exactamente, sino algo más cercano a la liberación. Como si me hubiera quitado un peso de encima que ni siquiera sabía que estaba cargando.

El móvil vibró casi de inmediato. Lo miré con cautela, temiendo la respuesta de Dain. ¿Estaría enfadado? ¿Dolido? ¿Me llamaría frígida o algo peor?

Pero era Elaila de nuevo.

¿Lo has hecho ya o estás escribiendo
el Quijote allí abajo?

Sonreí y respondí:

Misión cumplida. Mensaje enviado.
Si no vuelves a saber de mí, es que me he
mudado a una cueva en las montañas.

Mientras la secadora iniciaba su característico zumbido, me quedé mirando la pantalla, esperando nerviosamente la respuesta de Dain. Parte de mí deseaba que no contestara nunca, que tan solo lo dejara pasar. Otra parte, la más retorcida, quería saber exactamente qué pensaba de mí.

El teléfono vibró en mi mano. Esta vez sí era él.

Entiendo. Gracias por tu sinceridad.
Si cambias de opinión, ya sabes
dónde encontrarme. Cuídate, Audra.

Solté el aire que no sabía que estaba conteniendo. Nada de drama, nada de reproches. Simple y educado, como él.

«¿Ves? Todo el tiempo preocupándote para nada», me dije mientras guardaba el móvil en el bolsillo.

Ya estaba. Había terminado oficialmente con mi intento de vida amorosa normal. Podía volver a mi cómoda rutina de soledad voluntaria, con Peluso como única compañía permanente y Elaila como conexión ocasional con el mundo exterior.

Y estaba bien así. De verdad que sí.

O de eso era de lo que intentaba convencerme mientras esperaba que terminara la secadora, sentada en aquella silla desvencijada, a las once y media de la noche de un miércoles cualquiera, en la lavandería más tétrica que existía.

Se me llenaron los ojos de lágrimas y ni siquiera sabía por qué. El mensaje de Dain no había sido malo, al contrario, había sido perfectamente correcto. Perfecto. Como él. Y eso solo hacía que me sintiera peor.

Me pasé la manga del jersey por los ojos, intentando disimular. Si entraba alguien y me veía llorando en la lavandería a medianoche, seguro que pensaría que estaba chalada. Aunque quizá tendría razón.

Porque ese era el verdadero problema, ¿no? Yo. Mis rarezas. Mis manías. Esa voz interior que no paraba de decirme que había algo en mí que estaba mal, que era demasiado intensa, demasiado emocional, demasiado... todo. Tan rara que ni siquiera encajaba en un mundo de gente normal.

Pensé en la cara de Dain cuando le dije que no podíamos seguir, cuando no pude..., cuando me bloqueé por completo. Esa mirada educada que intentaba ocultar la decepción. La misma que Elio me había dedicado tantas veces antes de que las cosas se torcieran: la de alguien aguantando a una novia demasiado complicada.

Una lágrima rebelde se deslizó por mi mejilla y cayó sobre la mesa.

—Joder, ya estamos otra vez —murmuré, frotándome los ojos con rabia—. Llorando por cualquier tontería. Típico de Audra.

Era como si me hubieran puesto tantas limitaciones, como si me hubieran hecho tanto daño, que ya no sabía cómo funcionar normalmente. Mi terapeuta siempre decía que tenía que ser yo quien diera el paso, quien se arriesgara de nuevo. Que, cuando estuviera preparada, todo fluiría naturalmente.

Pero ¿y si nunca iba a estar preparada? ¿Y si ese era mi estado natural ahora? Rota, desconfiada, incapaz de sentir las cosas que se suponía que debía sentir.

Me miré las manos y vi que me temblaban ligeramente. Era agotador vivir así, en ese limbo constante entre querer acercarme a alguien y salir corriendo en dirección contraria al mínimo indicio de intimidad. Como si dentro de mí hubiera dos Audras en guerra perpetua: una que anhelaba conexión, calor humano, ese abrazo que te hace sentir que has llegado a casa, y otra que construía muros a la velocidad del rayo, convencida de que era mejor la soledad que el dolor de volver a confiar en la persona equivocada.

Apoyé la barbilla en las manos mientras miraba cómo la secadora giraba hipnóticamente. El suave ritmo circular, casi mecánico, tenía algo tranquilizador. Como si por un momento pudiera olvidar todo y simplemente existir sin el peso de mis propios pensamientos.

En el fondo, lo único que quería era que alguien me quisiera tal como era. Alguien que entendiera la diferencia entre las lágrimas de tristeza y las de frustración sin que tuviera que explicárselo. Que me diera esos besos en la frente que me hacían sentir protegida sin sentirme pequeña. Que supiera cuándo necesitaba un abrazo por la espalda mientras preparaba el café por la mañana y cuándo necesitaba simplemente mi espacio.

Quería esas conversaciones hasta las tres de la madrugada, hablando de todo y de nada. Esas miradas a través de una habitación llena de gente donde, sin decir nada, ambos sabíamos exactamente lo que pensaba el otro. Alguien que me trajera una manta cuando me quedaba dormida en el sofá, que me enviara mensajes solo para decirme que había visto algo que le había recordado a mí, que entrelazara sus dedos con los míos cuando caminábamos sin ningún motivo especial.

Quería alguien que me abrazara por detrás mientras pintaba, que respetara mi silencio cuando estaba concentrada, pero que supiera también cuándo necesitaba que me sacaran de mi propia cabeza.

Alguien que se riera de mis chistes malos y me defendiera ferozmente ante cualquiera, pero que también me dijera, en privado y con honestidad, cuándo estaba equivocada.

Alguien que viera a Peluso como algo más que un gato raro sin pelo, que entendiera que era mi familia, mi constante, mi apoyo incondicional en forma felina. Alguien que no se burlara de mis jerséis viejos ni de mis manías, que disfrutara de los domingos de sofá y manta tanto como de las salidas locas de improviso. Alguien con quien pudiera ser valiente pero también vulnerable, fuerte pero también frágil.

Alguien que no intentara cambiarme, que no me mirara con esa expresión de «aquí viene el drama» cada vez que expresaba mis emociones. Alguien que se sintiera orgulloso de mí, que me dijera que era buena en lo que hacía, que me valorara por ser yo. Sin filtros, sin máscaras.

Alguien que entendiera que a veces lloro por todo y otras veces no siento nada, que a veces hablo demasiado y otras apenas consigo articular palabra. Que comprendiera que mis contradicciones no me hacen defectuosa, solo humana.

Alguien que no me hiciera sentir como si tuviera que pedir perdón constantemente por existir.

Las palabras de Elio resonaban en mi cabeza: «Ya empiezas con tus dramas», «¿otra vez llorando?», «¿no puedes ser normal por una vez?». Comentarios aparentemente inofensivos que, acumulados día tras día, se habían convertido en una voz interior que no podía silenciar.

Una voz que me repetía que nunca sería suficiente. Que era demasiado: demasiado sensible, demasiado intensa, demasiado complicada. O tal vez no suficiente: no suficientemente fuerte, no

suficientemente equilibrada, no suficientemente digna de ser amada sin condiciones.

¿Por qué era tan difícil para mí lo que para otros parecía tan natural? Esa forma de entregarse sin medir cada paso, de confiar sin calcular riesgos, de sentir sin anticipar la caída. ¿Cuándo había perdido esa capacidad? ¿O quizá nunca la había tenido?

Me limpié otra lágrima y respiré hondo. La secadora seguía girando, indiferente a mi crisis existencial de medianoche. Peluso me esperaba en casa, probablemente dormido sobre mi almohada, sin preocuparse por nada más complejo que cuándo llegaría su próxima comida o qué jersey se pondría mañana.

Qué sencilla era la vida para un gato. Qué complicada era para una chica rota.

Saqué el móvil del bolsillo y llamé a Elaila sin pensarlo dos veces. Necesitaba una voz amiga, alguien que me recordara que no estaba completamente loca.

Tardó tres tonos en contestar y, cuando lo hizo, oí risas de fondo.

—¿Audra? —Su voz sonaba alegre, casi sorprendida—. ¿Va todo bien?

—Hola, sí, yo... —empecé, pero me detuve al oír una voz masculina.

—Dile que venga —oí que decía Ender.

Me sentí fatal de inmediato. Estaba interrumpiendo algo.

—Lo siento, estás ocupada —murmuré—. Ya hablamos mañana.

—¡Ni se te ocurra colgar! —exclamó Elaila con tanta fuerza que tuve que apartar el móvil de mi oreja—. ¿Estás bien? ¿Ha pasado algo?

—Sí. O no. No lo sé —respondí, sintiendo cómo las palabras se atropellaban en mi garganta—. ¿Qué mierdas se dice, Elaila? Todos decimos que estamos bien cuando nos preguntan, pero es mentira.

Somos unos putos mentirosos todos. ¿Para qué preguntar si nadie quiere oír la verdad?

Hubo un momento de silencio y luego su risa, esa que siempre conseguía hacerme sentir mejor incluso en los peores momentos.

—Creo que alguien necesita chupitos —dijo con tono cantarín.

—Dios, sí —suspiré—. Quiero chupitos. Muchos.

—¿Puedo ir yo también? —La voz de Ender se oyó ahora más clara, como si se hubiera acercado al teléfono.

—No —respondió Elaila tajante, y luego bajó el tono y añadió—: Esta es una emergencia de mejores amigas, cariño.

Oí un suspiro dramático de Ender, seguido de otra risa de Elaila. Oficialmente, llevaban dos semanas saliendo y ya eran tan empalagosos que me resultaba bonito y vomitivo a partes iguales.

—Escucha, pasaré por tu casa dentro de diez minutos —continuó ella—. Ponte guapa, que nos vamos de chupitos.

—Vale —murmuré, sintiendo ya el cosquilleo ante la idea de una noche improvisada—. La secadora acaba de terminar. Subo a casa ahora mismo.

—¡Perfecto! Te veo en nada.

Colgué y comencé a recoger la ropa seca a toda prisa, arrugando los jerséis de Peluso sin ningún cuidado al meterlos en la bolsa. Ya los doblaría mañana. O nunca. Tampoco era el fin del mundo.

Subí hasta mi apartamento y entré como un huracán. Mi gato me recibió con un maullido indignado desde el sofá, donde dormitaba hecho un ovillo con su pijama de Batman.

—Lo siento, pequeño, pero mamá necesita una noche de chicas —le dije mientras dejaba caer la bolsa de la ropa en el suelo del salón —. Prometo compensártelo mañana.

Abrí el armario de par en par y rebusqué con desespero algo decente. Si iba a ahogar mis penas en alcohol, al menos quería

tener buen aspecto mientras lo hacía. Al fondo, casi olvidado, encontré un vestido color teja que me había comprado en rebajas el año anterior y que nunca había tenido ocasión de estrenar.

Lo saqué con cuidado y lo extendí sobre la cama. Era un vestido con escote en V, ceñido en la cintura, que me quedaba por encima de las rodillas, con esa maldita cremallera en la espalda que siempre era un infierno cerrarla. Sin embargo, valía la pena el esfuerzo, porque me hacía un cuerpo espectacular.

Me quité la ropa que llevaba y me metí en la ducha a toda velocidad. Tres minutos después salía envuelta en una toalla, con el pelo goteando sobre los hombros. No había tiempo para secármelo, así que tendría que conformarme con el *look* de recién salida de la piscina.

Me puse el vestido, luchando ferozmente con la cremallera de la espalda. Quien hubiera decidido poner cremalleras en sitios inaccesibles merecía un castigo divino, pero después de varios intentos, contorsiones dignas de un circo y alguna que otra maldición, conseguí subirla.

Me calcé las botas, me puse mis accesorios de siempre y un maquillaje mínimo. Lista en tiempo récord.

Antes de salir, abrí una lata de comida húmeda para Peluso y se la serví en su cuenco de cerámica personalizado con su nombre.

—Pórtate bien —le dije mientras lo acariciaba detrás de las orejas —. No montes ninguna fiesta mientras no estoy.

Peluso me miró como diciendo: «¿De verdad crees que desperdiciaría mi valioso tiempo organizando eventos sociales?», y volvió a concentrarse en su comida.

Cogí mi bolso negro cruzado, suficientemente pequeño para no ser una molestia, pero con espacio para lo esencial.

Justo cuando bajaba, mi móvil vibró con un mensaje de Elaila:

Estoy abajo, princesa del drama.

Sonreí a mi pesar. Si había alguien que pudiera salvarme de esa noche de autocompasión, esa era Elaila. Y unos cuantos chupitos, por supuesto. Sobre todo, los chupitos.

18

Tequila, lágrimas y todas las verdades que nunca digo



Audra

El bar estaba sorprendentemente lleno para ser miércoles. La música sonaba a un volumen que permitía hablar sin destrozarse la garganta, y el ambiente era ese punto exacto entre animado y relajado que me encantaba. Habíamos tenido suerte de encontrar una mesa en la esquina, justo debajo de un cartel vintage que había visto tiempos mejores.

—Otro brindis —dije, levantando mi quinto chupito de tequila—. Por las decisiones de mierda y los mensajes de ruptura enviados desde lavanderías tétricas.

Elaila soltó una carcajada y chocó su vaso contra el mío.

—Por eso, y por tener siempre una amiga dispuesta a emborracharse contigo un miércoles cualquiera.

Nos bebimos el tequila de un trago y dejamos los vasos sobre la mesa, junto a los otros cuatro vacíos que habíamos acumulado en la

última hora. El camarero, un chico con barba y un piercing en la ceja, nos miraba con esa sonrisa de quien ha visto demasiadas noches de emergencia de amigas.

—¿Otra ronda, señoritas? —preguntó acercándose con la botella.

—Creo que deberíamos pedir algo de comer antes —intervino Elaila, sabiamente—. ¿Tenéis nachos?

—Con extra de queso y guacamole —respondió él con un guiño.

—Perfecto —asintió ella—. Y dos jarras de agua, por favor.

Cuando se alejó, me recosté en mi silla, sintiendo el agradable mareo que acompaña a las primeras fases de la borrachera. No estaba ebria aún, solo felizmente desinhibida.

—Entonces —dije jugueteando con uno de los vasos vacíos—, ¿cómo te va con Ender? Quiero todos los detalles jugosos.

Elaila me miró con los ojos entornados, como evaluando si estaba tratando de desviar la atención de mis propios problemas.

—No vamos a hablar de mi vida amorosa —declaró cruzándose de brazos—. Estamos aquí por ti, no por mí.

—Venga ya, Elaila —insistí—. Quiero saber. Necesito saber que al menos una de nosotras está teniendo una vida romántica decente.

Ella sacudió la cabeza, pero pude ver cómo una sonrisa se formaba en sus labios. Esa sonrisa que aparecía siempre que mencionaba a Ender.

—Es... —empezó, y suspiró como si no encontrara las palabras—. Es maravilloso, Audra. Es atento, cariñoso, divertido..., tiene todo lo que siempre he querido en un chico.

—¿Y en la cama? —pregunté con picardía.

—¡Audra! —exclamó, pero sus mejillas sonrojadas la delataban—. No voy a contarte eso.

—O sea, que es bueno —deduje, alzando las cejas repetidamente —. Muy interesante.

Mi amiga me dio una patada por debajo de la mesa, pero seguía sonriendo.

—Ha sido todo tan espontáneo, ¿sabes? —continuó, con la mirada perdida en algún punto de la pared—. Como un flechazo. Nunca pensé que me pasaría algo así, siempre he sido tan escéptica con esas cosas...

—El karma es una perra —dije recordando todas las veces que se había burlado de las películas románticas por ser «irreales».

Me alegraba tanto por ella. Verla así, con los ojos brillantes y esa sonrisa perpetua que ni siquiera intentaba disimular, me llenaba de felicidad. Si alguien se merecía encontrar a una persona que la quisiera con locura, era Elaila. Después de aguantarme durante años, de secarme las lágrimas y escuchar mis crisis existenciales a las tres de la madrugada, se merecía toda la felicidad del mundo.

—Vale, vale —cedió, inclinándose hacia mí con complicidad—. Sí, en la cama es buenísimo.

Las dos estallamos en carcajadas justo cuando el camarero llegaba con los nachos. El pobre chico nos miró con expresión confusa mientras dejaba el plato en el centro de la mesa.

—Que aproveche —dijo retirándose con una sonrisa educada.

—Es tan bonito, Audra —continuó mi amiga, cogiendo un nacho con mucho queso—. Nunca había conectado así con nadie.

—Seguro que son polvos vainilla —comenté llevándome uno a la boca—. De los suavecitos y cariñosos.

En vez de ofenderse, Elaila volvió a reír.

—Sí, y me encanta —admitió—. Ender es tan adorable, tan atento..., sabe exactamente lo que necesito en cada momento.

—Me alegro muchísimo por ti —dije con sinceridad, apretando su mano sobre la mesa—. Te lo mereces.

Su expresión cambió de repente, y supe lo que venía antes incluso de que abriera la boca. Esa mirada de «ahora vamos a hablar de tus problemas» que tan bien conocía.

—No, por favor —supliqué—. No cambies de tema. Estamos hablando de ti y tu vida perfecta con el mejor amigo del capullo de mi vecino.

—Audra —dijo con ese tono que usaba cuando quería que la escuchara de verdad—. Sé que tienes miedo. Pero a ti también te amarán. Tú también encontrarás a alguien.

—No —respondí cogiendo otro nacho para tener algo que hacer con las manos—. Es demasiado difícil. Tengo demasiados problemas, demasiadas manías, demasiado... todo. Si ni yo misma me soporto a veces, ¿cómo va a hacerlo otra persona?

—Eso es mentira, y lo sabes —contestó mirándome directamente a los ojos.

No pude sostenerle la mirada. Levanté la mano para llamar al camarero.

—¿Más chupitos? —pregunté tratando de cambiar de tema.

El camarero asintió desde la barra y en menos de un minuto teníamos otros dos vasos delante.

—Entiendo tu miedo —continuó Elaila, ignorando mi intento de evasión—. Después de lo mal que lo pasaste...

—No quiero hablar de Elio —la corté, sintiendo cómo se me tensaba la mandíbula.

—Deberíamos —insistió con suavidad—. Sé que no te gusta sacar el tema, pero no pasa nada. Nadie te va a juzgar por ello, Audra. No fue culpa tuya.

Sentí cómo se me llenaban los ojos de lágrimas y me bebí el chupito de golpe, buscando en el ardor del alcohol algo que me distrajera del nudo que se me estaba formando en la garganta.

Y entonces, por alguna maldita razón que no entendía, mi mente decidió que era el momento perfecto para pensar en Ryker. Ryker y su sonrisa de medio lado. Ryker y la forma en la que arrugaba la nariz cuando algo lo disgustaba. Ryker y sus estúpidos músculos perfectos. Ryker y el modo en el que me había mirado aquella noche, cuando me encontró subida a la encimera con una toalla, aterrorizada por una cucaracha.

No me había mirado con esa burla que me esperaba. No, había sido algo totalmente distinto. Algo que nunca había visto en sus ojos. Como una mezcla de preocupación y ternura... No, imposible. Seguro que era el miedo, o la vergüenza, que me estaba jugando una mala pasada.

Y, sin embargo, no podía olvidar cómo se había dado prisa en arreglar la puerta al día siguiente. Cómo había sido sorprendentemente amable, casi dulce, mientras trabajaba. Esa conversación extrañamente sincera que habíamos tenido. La forma en la que me había escuchado sin juzgarme cuando le conté lo de Dain.

«Cuando es la persona adecuada, no hay un tiempo preestablecido. Simplemente... ocurre cuando tiene que ocurrir». Sus palabras seguían dando vueltas en mi cabeza, apareciendo en los momentos más inesperados, como ahora, mientras trataba de ahogar mis penas en tequila barato.

¿Por qué no podía dejar de pensar en él? Era irritante, prepotente, un mujeriego empedernido. Todo lo que detestaba en un hombre. Y, sin embargo, había algo en su mirada, en la forma en la que a veces parecía verme de verdad, no solo la fachada que mostraba al mundo, sino a la auténtica Audra. Con todas sus grietas, sus miedos, sus inseguridades.

Me daba rabia admitirlo, pero, cuando me miraba así, sentía algo parecido a las mariposas que siempre juran sentir las protagonistas de las comedias románticas.

Esa sensación absurda que me hacía querer esconderme y, al mismo tiempo, que siguiera mirándome así para siempre. Era como si de alguna manera pudiera distinguir entre mis sonrisas falsas y las auténticas, entre mis enfados superficiales y los profundos. Como si me conociera desde siempre, aunque apenas lleváramos unos meses compartiendo rellano y peleas a gritos.

O quizá simplemente estaba proyectando. Quizá el alcohol estaba haciendo que romantizara a un idiota que se dedicaba a robar mi champú y llevar a una chica diferente a su apartamento cada fin de semana. Quizá solo era el maldito tequila mezclado con mi soledad lo que me hacía ver cosas donde no las había.

Pero esos ojos color avellana seguían apareciendo en mi mente, mirándome con una intensidad que me hacía sentir... vista. Como si, por primera vez en mucho tiempo, alguien pudiera ver más allá de mis murallas y no saliera corriendo. Y eso era lo más aterrador de todo: la posibilidad de que alguien como él, precisamente él, pudiera ser la excepción a todas mis reglas.

—Sé que no fue culpa mía —dije finalmente, jugueteando con el vaso vacío—. Lo sé aquí. —Me señalé la cabeza—. Pero hay veces... hay veces que sigo oyendo su voz en mi mente, diciéndome que sí lo fue. Que yo lo provoqué, que yo era demasiado, que si hubiera sido distinta...

Elaila extendió su mano sobre la mesa y apretó la mía.

—Ojalá apareciera alguien —continué diciendo, sintiendo cómo el alcohol me soltaba la lengua—. Alguien con quien no tenga que fingir quién soy. Alguien que me quiera tal cual, con todas mis tonterías. Pero parece que estoy pidiendo demasiado.

—No estás pidiendo demasiado. Eso es lo mínimo.

—A lo mejor tengo los estándares muy altos —suspiré cogiendo otro nacho—. El arquitecto..., no sé, tenía algo que me hacía saltar todas las alarmas. Era como si mi cuerpo lo supiera antes que mi cabeza. Tuve un presentimiento estúpido de que debía cortar antes de que fuera peor.

—No parece que hayas perdido mucho —comentó mi amiga.

—No —admití—. La verdad es que no siento haber perdido nada importante.

Elaila asintió, con esa expresión pensativa que ponía cuando estaba a punto de soltar alguna perla de sabiduría.

—Tener esos presentimientos no es malo, Audra —dijo—. De hecho, deberías hacerles más caso. Pero no significa que tengas que cerrar la puerta a todos los chicos que decidan acercarse.

—Lo sé —respondí y, sin pensar, agarré otro chupito y me lo bebí de golpe.

El alcohol estaba empezando a afectarme de verdad. Notaba ese agradable calor extendiéndose por mi cuerpo, haciendo que todo pareciera un poco más ligero, un poco menos complicado. Como si mis problemas siguieran ahí, pero envueltos en una capa de algodón que amortiguaba su impacto.

—Ojalá encontrara a un idiota así —dije sintiendo que las palabras salían solas—. Alguien que me aguante, que me quiera con todas mis rarezas. Que me dé esos besos en la frente que tanto me gustan, o esos abrazos por la espalda cuando estoy cocinando.

El alcohol había desconectado el filtro entre mi cerebro y mi boca. Las palabras fluían como un río desbordado.

—¿Sabes qué es lo peor? Que sé exactamente lo que quiero. Quiero a alguien que me haga sentir segura, pero que también me desafíe. Alguien que no se asuste cuando me pongo a llorar por una

peli de Disney o cuando me cabreo porque la lavadora se ha vuelto a estropear. Alguien que entienda que a veces necesito espacio y otras necesito que me abracen hasta que deje de temblar.

Elaila me miraba con esa expresión suya, entre sorprendida y enternecida, como si acabara de descubrir que su mejor amiga tenía un lado romántico después de todo.

—¿Y eso es mucho pedir? —continué, haciendo un gesto exagerado con la mano que casi derribó el plato de nachos—. Porque parece que sí, que es misión imposible.

—No es mucho pedir —respondió ella, rescatando la jarra de agua que casi volcamos—. Es justo lo que mereces.

—El problema es que yo... —Me detuve, pensando en cómo expresarlo—. Es que no soy buena dejando que la gente entre. Les pongo mil pruebas, mil obstáculos. Y cuando alguno consigue pasar, me asusto y salgo corriendo.

—Como con el arquitecto —apuntó ella.

—¡Exacto! —exclamé, golpeando la mesa con la palma de la mano —. Pero es que Dain era..., no sé, como un catálogo de edificios. Todo perfecto, todo cuadrado. Sin aristas, sin sorpresas. Y me agobiaba, como si tuviera que estar a su altura constantemente.

—Te entiendo —asintió Elaila—. Parecía demasiado... fabricado.

—¡Sí! ¡Eso es! —casi grité, provocando que algunas cabezas se giraran hacia nuestra mesa—. Como un robot diseñado para ser el novio ideal. Pero yo no quiero un robot, ¿sabes? Quiero a alguien real, con defectos, con manías. Alguien que me haga reír incluso cuando tengo ganas de matarlo.

Cogí otro nacho, pero me di cuenta de que me costaba apuntar correctamente a mi boca. Sí, el alcohol estaba haciendo efecto a lo grande.

—Quiero a alguien que no tenga miedo de discutir conmigo —seguí divagando—. Porque soy intensa y tengo mucho genio, y necesito a alguien que pueda plantarme cara. Pero también que sepa cuándo necesito que me dejen en paz con Peluso y mis dramas. Alguien que entienda que soy complicada, pero que merezco la pena.

—Lo encontrarás. Estoy segura.

—No, no lo haré —protesté, y sentí cómo se me llenaban los ojos de lágrimas sin motivo aparente, por culpa del maldito tequila—. Porque hay algo mal en mí, Elaila. Algo roto que no sé si se puede arreglar. A veces pienso que Elio lo vio y por eso... por eso hizo lo que hizo.

—Eso es una gilipollez. —Elaila me cortó con firmeza, inclinándose sobre la mesa—. Y lo sabes. Elio era un manipulador y un cabrón. Lo que te hizo no dice nada sobre ti y lo dice todo sobre él.

Las lágrimas ahora corrían libremente por mis mejillas, y ni siquiera intenté disimularlas. A la mierda. Ya estaba haciendo el ridículo de todas formas.

—Siento que nunca podré confiar en nadie —sollocé, limpiándome la nariz con una servilleta—. Que nunca podré dejarme llevar del todo. Y quizá sea mejor así, ¿sabes? Quizá esté mejor sola, con Peluso, mis pinturas y mis noches de Netflix.

Mi amiga negó con la cabeza.

—No lo estás. Y lo sabes. Solo necesitas a alguien que valga la pena el riesgo.

—Alguien que me mire como si fuera la única persona en la habitación —suspiré—. Alguien que me vea, Elaila. Que me vea de verdad, no lo que quiere ver o lo que yo pretendo mostrar.

—Ese alguien existe —afirmó con tanta seguridad que casi me hizo creerla—. Y quizá esté más cerca de lo que crees.

—No sé —dije, dando un sorbo al agua—. A veces pienso que he levantado tantos muros que ya nadie puede escalarlos. Y lo peor es que ni siquiera sé cómo derribarlos yo misma.

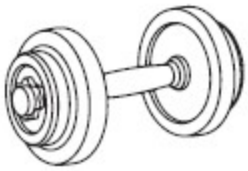
—Los muros no se derriban de golpe. Se van desmontando piedra a piedra. Y a veces ni siquiera te das cuenta de que lo estás haciendo hasta que miras atrás y ves el hueco.

—Pues los míos parecen la Gran Muralla china —murmuré, haciendo pucheros como una niña pequeña—. Con alambre de espino en la parte superior y cocodrilos en el foso.

Elaila soltó una carcajada, y yo no pude evitar unirme a ella. Era tan liberador reírse de uno mismo.

19

Príncipes improbables y princesas borrachas



Ryker

Estaba en esa fase del sueño en la que caes en picado desde un precipicio, pero justo antes de estamparte contra el suelo, algo me sacó de golpe a la realidad. Un ruido. Un golpe fuerte, seco, como si alguien hubiera tirado algo pesado.

Me incorporé de un salto, con el corazón acelerado y la respiración entrecortada.

Parpadeé varias veces, intentando ubicarme. Mi habitación, mi cama. Todo en orden.

Miré el reloj en la mesilla.

—Las tres de la mañana —gruñí, dejándome caer de nuevo sobre la almohada.

Seguramente había sido parte del sueño, o algún ruido del exterior. Cerré los ojos, dispuesto a retomar mi descanso. No tenía que ir a la oficina al día siguiente, trabajaría desde casa, así que podía permitirme dormir hasta más tarde.

Y entonces lo oí de nuevo. Otro golpe, seguido de algo que sonaba sospechosamente como una risita ahogada. Venía del rellano.

Me levanté de la cama maldiciendo entre dientes. Me acerqué a la puerta con mi pijama de manga corta y pantalones de cuadros y pegué un ojo a la mirilla. Lo que vi me dejó momentáneamente paralizado.

Audra.

Estaba sentada en el suelo del rellano, apoyada contra la pared junto a su puerta, con las piernas estiradas frente a ella. Llevaba un vestido corto color teja que dejaba ver gran parte de sus muslos, y su pelo, normalmente suelto, estaba recogido en un moño alto que comenzaba a deshacerse. Tenía el maquillaje corrido, como si hubiera estado llorando o riendo demasiado.

O ambas cosas.

Rebuscaba frenéticamente en su bolso, una y otra vez, como si en él estuviera la respuesta a los grandes enigmas del universo. De repente, frustrada, volcó todo el contenido en el suelo frente a ella.

Un pintalabios rodó hasta casi tocar mi puerta. Una compresa quedó a la vista, junto a un tampón, un montón de pañuelos usados, su cartera y mil cosas más que no alcancé a distinguir.

—¿Dónde estáis, puñeteras? —la oí murmurar mientras revolvía entre sus pertenencias desparramadas—. No os veo, os habéis escapado. Sois las llaves más cabronas del universo, huyendo como... como... como llaves fugitivas.

Se rio de su propio chiste, y luego intentó ponerse en pie, solo para deslizarse de nuevo al suelo con un golpe sordo.

Era evidente que había bebido. Mucho.

Sin pensarlo, abrí la puerta. El sonido la sobresaltó y levantó la mirada hacia mí. Sus ojos, por lo general desafiantes, ahora brillaban

con una mezcla de alegría etílica y confusión.

—¡Anda! —exclamó señalándome con un dedo que no conseguía mantener firme—. ¡Si es el vecino sexy!

Me quedé petrificado en el umbral. ¿Había dicho lo que creía haber oído?

—¿Estás bien? —le pregunté, aunque la respuesta era bastante obvia.

Ella negó con la cabeza de forma exagerada, haciendo que un mechón de pelo se soltara de su moño.

—No —respondió, dejando caer los brazos con dramatismo—. Me han robado las llaves. Son unas ladronas.

—¿De verdad te las han robado? —pregunté cruzándome de brazos mientras la observaba luchar con su equilibrio incluso estando sentada.

—No lo sé —contestó con un mohín—. No las veo por ninguna parte.

—Pero si te cambié el bombín hace nada —le recordé—. ¿Ya has perdido las llaves nuevas?

—Sí, bueno... —Se encogió de hombros—. Es que son muy pequeñas. Y escurridizas. Seguro que han decidido escaparse juntas para vivir una vida de aventuras lejos de mí.

La miré con incredulidad mientras seguía divagando.

—El caso es que no tengo copia de repuesto —continuó frunciendo el ceño, como si intentara concentrarse—. Todas están... están... ¿Dónde están? —se preguntó, mirando alrededor como si las llaves pudieran aparecer mágicamente.

La observé mientras intentaba enfocar la mirada en los objetos esparcidos por el suelo. El vestido se le había subido un poco más, revelando más piel de la que probablemente ella querría mostrar si

estuviese sobria. Aparté la vista, intentando comportarme como un caballero.

—¿Vienes de una cita? —pregunté, tratando de entender qué hacía borracha a mitad de semana.

—Sí —respondió con una sonrisa torcida—. Con Elaila.

—¿No con el arquitecto?

—¿Con Dain? —Arrugó la nariz con disgusto—. Qué asco, no. He roto con él.

—¿Habéis roto? —Me sorprendió oír eso.

—Bueno, no hemos roto porque no estábamos saliendo —aclaró, gesticulando exageradamente con las manos—. Es que no me gustaba. Era muy soso y recto. Parecía que iba a arreglarme como a un edificio.

No pude evitar reírme. Su sinceridad etílica era refrescante, y me encantaba cómo arrugaba la nariz cuando algo le disgustaba.

Pero ahora tenía un dilema. No podía dejarla allí tirada, eso estaba claro. Y tampoco iba a llamar a un cerrajero a las tres de la mañana. Mientras consideraba mis opciones, Audra empezó a deslizarse hacia un lado, a punto de tumbarse en el frío suelo del rellano.

—No, no te tumbes —le dije acercándome a toda prisa—. Venga, vamos a recoger esto.

Me agaché y comencé a meter sus pertenencias en el bolso, evitando mirar demasiado los objetos personales que habían salido volando. Tampones, compresas, pañuelos, pintalabios..., todo fue a parar de nuevo al interior de su pequeño bolso negro.

Cuando terminé, extendí mis manos hacia ella.

—Venga, arriba —le dije—. No puedes quedarte aquí toda la noche.

Audra se rio tontamente y agarró mis manos.

—Todo me da vueltas —confesó, con los ojos entrecerrados—. No es muy agradable.

—Es normal cuando has bebido tanto —respondí tirando suavemente hasta conseguir ponerla de pie.

Tuve que sujetarla por la cintura para que no se cayera de nuevo. Notaba su cuerpo cálido bajo mis manos, y olía a una mezcla de perfume dulce y alcohol. Era una combinación extrañamente atractiva.

—Puedo dormir aquí —sugirió apoyando la cabeza en mi hombro como si fuera lo más natural del mundo—. El suelo está fresquito.

—Hay cucarachas —le recordé, sabiendo que era su punto débil.

Ella se apartó de golpe, con una expresión de horror absoluto.

—¿Cucarachas? —repitió con la voz aguda—. No, mejor no. Odio esas cosas.

La sostuve con firmeza, temiendo que en su brusco movimiento perdiera el equilibrio de nuevo. Sus ojos verdes, brillantes por el alcohol, se fijaron en los míos, y por un momento me olvidé de respirar.

—Hueles a tequila... —Me incliné para olfatearla mejor—. Y a queso rancio.

Audra soltó una carcajada que hizo eco en todo el rellano.

—Tuvimos una discusión con el queso —explicó, como si fuera lo más normal del mundo—. Elaila y yo. El queso ganó.

—¿Y dónde está Elaila ahora? —pregunté, cada vez más preocupado por su estado.

—¡Ender! —exclamó con entusiasmo—. ¡Ender vino a por las dos! Me acompañó hasta aquí arriba y luego se llevó a Elaila. Hacen cosas guarras, seguro.

Su franqueza me arrancó una sonrisa. Era una versión completamente desinhibida de la Audra que conocía, y resultaba

sorprendentemente encantadora.

—Vamos —dije, tomando una decisión—. No puedes quedarte aquí.

La agarré con firmeza de la cintura y la guie hacia mi apartamento. Ella se dejó llevar sin protestar, recostándose contra mí como si fuera lo más natural del mundo.

Encendí la luz con la mano libre y cerré la puerta con el pie. Audra seguía apoyada contra mí, claramente incapaz de mantenerse en pie por sí misma.

—¿Cuánto has bebido exactamente? —le pregunté mientras la conducía con cuidado por el pasillo.

—Perdí la cuenta —respondió con una sonrisa perezosa—. Muchos chupitos. Muchíííísimos.

Se quedó mirando alrededor de mi apartamento con los ojos entornados, como si le costara enfocar.

—Tu apartamento es feo —declaró sin filtro alguno—. Está todo tan... ordenado. Aburrido.

—Gracias —respondí con ironía.

—De nada, don Musculín —dijo, y estalló en una nueva carcajada.

—Eres muy graciosa cuando estás borracha —comenté, intentando no reírme.

—Y hablo mucho —añadió ella, asintiendo como si estuviera revelando un gran secreto—. Normalmente no hablo tanto. Solo pienso estas cosas. Mucho. En mi cabeza. Pero no las digo.

—Me he dado cuenta.

La llevé hasta el sofá, pensando que debería meterla en mi cama para que durmiera cómodamente.

—Te dejaré mi cama para que descanses —le dije.

Ella negó con la cabeza enérgicamente.

—No, no quiero tu cama —protestó—. Han pasado muchas mujeres por ahí. Prefiero el sofá.

Su sinceridad me dejó sin palabras por un momento.

—¿Has hecho cosas cochinas en el sofá? —preguntó mirándolo con suspicacia.

—No —respondí, sorprendido por la pregunta—. El sofá está limpio, te lo prometo.

—Es grande —dijo pasando la mano por el respaldo—. ¿Puedo dormir aquí?

—Si prefieres el sofá, es todo tuyo —cedí, aliviado de que al menos aceptara quedarse.

La senté con cuidado en el reposabrazos mientras iba a buscarle algo para dormir.

—Te traeré un pijama —dije.

Mientras rebuscaba en mi armario, la oía hablar en el salón, soltando comentarios aleatorios sobre mi decoración, sobre lo absurdamente ordenados que tenía los cojines y sobre cómo mi frigorífico hacía un ruido como de robot enfadado.

No pude evitar reírme. La versión sin filtros de Audra era fascinante.

Cogí uno de mis pijamas, similar al que yo llevaba puesto, y volví al salón. La encontré exactamente donde la había dejado, mirando con atención el mando a distancia, como si fuera el objeto más interesante del planeta.

—¿Cómo sabes que te espío por la mirilla? —me preguntó de repente, levantando la vista hacia mí.

La pregunta me pilló desprevenido.

—Veo el cambio de luz en la mirilla —expliqué sonriendo—. Se oscurece cuando alguien está mirando del otro lado.

—Ahhh —respondió con los ojos muy abiertos, como si acabara de resolver uno de los grandes misterios del universo—. Ahora lo entiendo.

Le entregué el pijama, pero ella no hizo ademán de cogerlo. En su lugar, entornó los ojos y me miró con curiosidad.

—¿Y por qué te fijas en si te miro o no? —preguntó ladeando la cabeza—. Yo te miro porque estás sexy cuando vuelves del gimnasio, y pienso en tus abdominales.

Sentí que me sonrojaba como un adolescente.

—¿Mis abdominales? —repetí, siendo de pronto muy consciente de mi cuerpo.

Para mi sorpresa, extendió la mano y me tocó el abdomen por encima de la camiseta del pijama.

—Estos —afirmó con una sonrisa satisfecha—. Son muy bonitos. A lo mejor te los robo, como tú me robaste el champú.

Solté una carcajada, más por nerviosismo que por el comentario en sí.

—Tranquilo —añadió dándome una palmadita en el estómago—. No me voy a aprovechar de ti ni de tus abdominales. Aunque son muy robables.

—Gracias por tu consideración —respondí sin poder contener la risa.

—¿Me ayudas...? —Se tambaleó, poniéndose de pie de repente y girando sobre sí misma—. La cremallera. No puedo yo sola.

Intentó alcanzarse la espalda, pero el alcohol había convertido sus movimientos en una especie de danza cómica sin coordinación. Tras varios intentos fallidos, me miró con esos enormes ojos verdes suplicantes.

—¿Qué quieres que haga exactamente? —pregunté, aunque la respuesta era bastante obvia.

—Quítame el vestido —respondió con naturalidad—. La cremallera es muy dura y siempre gana la batalla. Incluso cuando estoy sobria.

Me reí nerviosamente, sin saber muy bien cómo proceder. La situación era surrealista. Audra Emrin, la misma que me lanzaba miradas asesinas a través del rellano, me estaba pidiendo que la desnudara.

—No creo que sea buena idea —dije pasándome una mano por el pelo.

—Vamos, no será la primera chica a la que ayudas a desnudarse —contestó con una sonrisa pícara—. Seguro que tienes experiencia.

Sentí un calor repentino que me subía por el cuello. ¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Ayudarla? ¿Negarme? Si hubiera estado sobria, jamás me habría pedido algo así. Pero tampoco podía dejarla dormir con ese incómodo vestido.

«Maldita sea, Ryker, contrólate —me regañé mentalmente—. Solo es una cremallera. No es para tanto». Pero la verdad es que sí lo era. Era Audra, con ese vestido que le sentaba tan bien, pidiéndome que la desnudara. Era demasiado íntimo.

—Ponte las manos en el pecho —le indiqué finalmente, optando por el enfoque práctico.

—Sí, señor —respondió con una sonrisa, dirigiéndome un saludo militar que casi la hace perder el equilibrio.

Se dio la vuelta, tambaleándose ligeramente, y colocó ambas manos sobre su pecho para sujetar el vestido. Me acerqué con cautela. Su nuca quedaba expuesta, con algunos mechones de pelo rojo cayendo sobre su piel clara.

Agarré la pequeña lengüeta de la cremallera y comencé a bajarla lentamente. La piel de su espalda quedaba al descubierto centímetro a centímetro, pálida y salpicada de pequeñas pecas que nunca había notado antes. Tuve que contener el impulso de tocarla.

—Me haces cosquillas —murmuró ella, y pude notar que se estremecía ligeramente.

Terminé de bajar la cremallera hasta la mitad de su espalda, donde acababa, y di un paso atrás rápidamente, como si su piel quemara.

—Ya está —dije con la voz más ronca de lo que pretendía.

—Gracias —respondió, sin volverse aún—. Ahora necesito ayuda para quitármelo sin..., ya sabes..., quedarme en pelotas.

«Dame fuerza», pensé cerrando los ojos un segundo. Eso era una prueba. Tenía que ser una prueba.

Cogí la camiseta del pijama y me acerqué de nuevo.

—Vamos a ponerte esto primero, ¿vale? —le expliqué—. Te paso la camiseta por encima y luego quitas las manos y dejas que el vestido caiga, ¿entendido?

—Entendido, capitán —asintió con otra risita.

Le pasé la camiseta por la cabeza, procurando no despeinarla más de lo que ya lo estaba. Metió un brazo por una manga, luego el otro y finalmente apartó las manos de su pecho. El vestido cayó, deslizándose por su cuerpo hasta formar un charco color teja a sus pies. Por suerte, la camiseta del pijama le quedaba lo suficientemente grande como para cubrirla hasta la mitad de los muslos.

La ayudé a sentarse en el sofá y le entregué los pantalones del pijama.

—¿Puedes ponértelos tú sola? —pregunté, intentando no mirar sus piernas desnudas.

—Claro que puedo —respondió con fingida indignación, pero al intentar meter una pierna en los pantalones estuvo a punto de caerse del sofá.

La sujeté por los hombros, evitando que se estampara contra la mesa de centro, y la ayudé a sentarse de nuevo.

—Vale, quizá necesite un poco de ayuda —admitió con un mohín.

Entre los dos y, tras algunos momentos incómodos y varias risas ahogadas, conseguimos que se pusiera los pantalones. Le quedaban enormes, pero al menos estaba vestida.

—Tu pijama huele muy bien —comentó, llevándose el cuello de la camiseta a la nariz y respirando profundamente—. Como tú.

La miré, sin saber qué responder a eso.

—No me mires así —dijo de repente con el ceño fruncido—. No estoy ligando contigo ni nada. Solo digo que hueles bien. Es objetivo, como decir que el cielo es azul o que Elio era un capullo integral.

El nombre me llamó la atención. Elaila me había hablado de él, su ex, el que tanto daño le había hecho.

—¿Elio? —pregunté con cautela, sentándome a su lado en el sofá.

Su rostro cambió, como si una nube hubiera pasado por delante del sol.

—Mi ex —dijo simplemente—. El que me enseñó que no merezco amor. Una lección vital, ¿no crees?

Había tanto dolor en esa simple frase que sentí una punzada en el pecho.

—No creo que sea cierto —respondí con suavidad—. Todos merecemos amor.

—Qué bonito suena eso —sonrió con tristeza—. Pero no es tan sencillo en la práctica. Algunas personas estamos demasiado rotas, ¿sabes? Él lo vio. Por eso me engañó. Por eso dejó a Peluso en aquella perrera, porque sabía que era lo único que me importaba de verdad.

Me quedé helado. Elaila me había contado lo del gato, pero oírlo de sus propios labios, ver el dolor en sus ojos, era completamente diferente.

—Solo un auténtico cabrón haría algo así.

—Eso decía mi terapeuta. —Se encogió de hombros—. Pero a veces sigo oyendo su voz en mi cabeza, diciéndome que soy demasiado: demasiado emocional, demasiado intensa, demasiado... todo.

—Pues a mí me pareces perfectamente normal —respondí con honestidad—. Bueno, excepto por ese gato calvo con ropa.

Eso hizo que se riera, y oírla reír me alivió la tensión que sentía.

—Peluso es perfecto —declaró, apuntándome con un dedo acusador—. No aceptaré críticas sobre su sentido de la moda.

—¿Le has hecho un pijama a juego con el mío? —pregunté, imaginándome al gato con pantalones de cuadros.

—Todavía no —respondió con los ojos brillantes—. Pero, ahora que lo dices, es una idea excelente. Aunque prefiere los estampados de superhéroes. Tiene un complejo de Batman bastante serio.

—No me extraña, viendo a su dueña —murmuré.

—¿Qué quieres decir? —preguntó con los ojos entornados.

—Que también tienes complejo de superhéroe —expliqué—. Siempre intentando salvarlo todo, ser fuerte por todos, no permitirte ser vulnerable...

Me miró como si acabara de recitarle la teoría de la relatividad en arameo.

—No me conoces —dijo al fin.

—Te conozco más de lo que crees —respondí con una sonrisa—. Las paredes son muy finas, ¿recuerdas?

—Eso es muy perturbador —declaró, pero no parecía realmente molesta—. ¿Qué más sabes de mí, don Espía Profesional?

—Sé que te encanta Taylor Swift y que te sabes todas sus canciones, aunque desafinas terriblemente en los estribillos —comencé, contando con los dedos—. Sé que discutes con los personajes de las series de Netflix como si pudieran oírte. Sé que a veces lloras con anuncios de comida para mascotas. Y sé que hablas con Peluso como si fuera una persona.

—Vale, vale, no sigas —dijo tapándose la cara con las manos—. Es vergonzoso.

—No lo es —respondí con sinceridad—. Es bastante adorable, en realidad.

Me miró entre sus dedos.

—¿En serio crees que soy adorable? —preguntó con la voz pequeña.

—Creo que eres muchas cosas —dije eligiendo mis palabras con cuidado—. Eres irritante, cabezota, dramática...

—Gracias —respondió con sarcasmo.

—Pero también eres valiente, leal y..., sí, bastante adorable.

Se quedó callada un momento, como si estuviera procesando mis palabras. El alcohol parecía haberla vuelto más reflexiva, o quizá simplemente había bajado todas sus defensas.

—No deberías decirme esas cosas —murmuró finalmente—. Harás que me confunda.

—¿Sobre qué? —pregunté, sintiendo que mi corazón se aceleraba sin motivo aparente.

—Sobre ti —respondió con franqueza—. Sobre lo que siento cuando estás cerca y no puedo dejar de pensar en lo mucho que me gustaría besarte a veces, aunque seas un imbécil insufrible que me roba el champú.

Mi cerebro se desconectó por un momento.

Me había quedado totalmente paralizado. ¿Había dicho que quería besarme? ¿A mí?

Tenía que ser el alcohol, que hablaba por ella. No podía ser otra cosa.

Mientras intentaba procesar sus palabras, Audra ya se estaba tumbando en el sofá, como si no acabara de soltar una bomba nuclear en medio de mi salón. Cogió uno de los cojines y se lo colocó bajo la cabeza con movimientos torpes.

—No me confundas, por favor —murmuró, acomodándose—. No quiero sentir eso de nuevo.

Su voz sonaba tan vulnerable que sentí una punzada en el pecho.

—No quiero confundirte —le aseguré, aún de pie frente al sofá, sin saber muy bien qué hacer con las manos.

Soltó una risita y me miró con esos ojos verdes hipnotizantes.

—Pues ya me estás confundiendo —respondió con una sonrisa perezosa—. Deberías seguir hablándome mal y comportándote como un capullo. A la próxima, déjame dormir en el rellano, anda.

No pude evitar reírme. Hasta borracha mantenía ese sentido del humor mordaz que hacía que discutir con ella fuera siempre un desafío. Algo que al principio me sacaba de quicio, pero que ahora, incomprensiblemente, me encantaba. Esa forma suya de no callarse nunca, de no dejarme ganar ni una sola vez, era como un juego en el que ambos disfrutábamos secretamente.

Me acerqué al armario del pasillo y saqué una manta suave, de esas que reservaba para las visitas, que normalmente eran Emma y, alguna vez, Ender cuando se quedaba después de alguna noche de videojuegos. Mientras la sacaba, me di cuenta de que quería que estuviera cómoda, que descansara bien, que no tuviera frío. Era la primera vez que sentía esa necesidad casi visceral de cuidar de alguien que no fuera Emma.

Volví al sofá y la extendí con cuidado sobre Audra, procurando que quedara bien tapada. Mis dedos rozaron su hombro por accidente y sentí unas mariposas que me recorrieron el brazo y se instalaron en algún lugar de mi pecho.

—¿Lo ves? —murmuró, observándome con los párpados cada vez más pesados—. No puedes hacer estas cosas y esperar que no sienta mariposas.

—A mí me gustan las mariposas —respondí sin pensar, ajustando la manta sobre sus hombros. En cuanto las palabras salieron de mi boca, me di cuenta de que era la verdad.

Quería esas mariposas. Las quería con ella.

Se rio suavemente, con una risa que sonaba casi como un ronroneo.

—Son bonitas —dijo en voz baja—. Si no las matan.

Había tanto en esa simple frase. Tanto miedo, tanta historia de dolor, que sentí una punzada de rabia hacia el cabrón que la había dejado así, temerosa de sentir algo por alguien.

—Sí —asentí, sin poder evitar quedarme mirándola.

Allí tumbada, con el pelo revuelto sobre el cojín, el maquillaje corrido y esa expresión de vulnerabilidad que nunca mostraba cuando estaba sobria, me pareció la mujer más preciosa que había visto jamás. Y no solo por su belleza física, que era innegable, sino por todo lo que había detrás: su fortaleza, su humor, su lealtad feroz hacia quienes quería. Era como si, de repente, pudiera ver todas las capas que componían a Audra Emrin, todas las piezas del puzle que era aquella mujer irritante, divertida, valiente y rota. Y, por alguna razón incomprensible, quería conocer cada una de esas piezas, quería ver el puzle completo, quería ser parte de él. Sentía tantas cosas al mirarla que me costaba respirar.

—Descansa —le dije finalmente, incapaz de expresar todo lo que me pasaba por la cabeza. Las palabras nunca habían sido mi fuerte, y ahora menos que nunca, cuando ni yo mismo entendía qué estaba pasando dentro de mí.

—Ryker...

—¿Sí? —respondí, sorprendido por lo bien que sonaba mi nombre en sus labios.

—Gracias por no comportarte como un borde esta noche —murmuró con los ojos ya casi cerrados—. Pero mañana no sigas, ¿vale? No quiero enamorarme de ti, por favor.

Me quedé sin respiración. Sus palabras me golpearon como un puñetazo al estómago.

¿Enamorarse de mí? ¿Ella? La idea me parecía tan absurda como irresistible.

—Para mí es demasiado tarde para eso —repuse, pero ella ya se había dormido.

Su respiración se había vuelto profunda y regular, y sus rasgos se habían relajado por completo. Parecía tan en paz que no pude evitar quedarme allí un instante, simplemente mirándola.

Al final, me obligué a apartarme y fui hacia la cocina. Llené una jarra con agua y coloqué un vaso junto a Audra en la mesita, añadiendo una pastilla para el dolor de cabeza que seguramente necesitaría cuando despertara. El día siguiente iba a ser duro para ella, y no solo por la resaca.

—Buenas noches, princesita —susurré, permitiéndome el lujo de acariciar suavemente su pelo antes de retirar la mano como si me hubiera quemado.

¿Qué demonios me pasaba? ¿Desde cuándo me comportaba así con ella? ¿Desde cuándo me importaba tanto?

La respuesta estaba ahí, resonando en mi cabeza, aunque llevara semanas intentando ignorarla: me estaba enamorando de Audra Emrin. De la chica con el gato sin pelo, la que ponía a Taylor Swift a todo volumen para fastidiarme, la que había teñido mi ropa de rosa por venganza. Me estaba enamorando como un idiota.

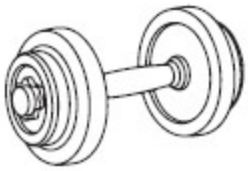
Con ese pensamiento rondándome la cabeza, me dirigí a mi habitación. Iba a ser una noche muy larga, porque dudaba mucho que pudiera pegar ojo sabiendo que ella estaba allí, a pocos metros, durmiendo en mi sofá, envuelta en mi manta, vistiendo mi pijama.

Y al día siguiente, cuando despertara..., ¿recordaría algo de lo que había dicho? ¿O volvería a ser la Audra de siempre, con sus murallas levantadas y sus comentarios mordaces?

Solo el tiempo lo diría. Y por primera vez desde hacía mucho, me encontré deseando que amaneciera con una impaciencia casi infantil.

20

La princesa resacosa y su mayordomo improvisado



Ryker

Abrí los ojos de golpe, sobresaltado por el pitido de la alarma. Las siete de la mañana. Había dormido apenas tres horas, y mal. Muy mal. Toda la noche dando vueltas, con la mente funcionando a toda velocidad, incapaz de apagar esos pensamientos que no dejaban de repetirse como un disco rayado. «No quiero enamorarme de ti, por favor». Sus palabras seguían resonando en mi cabeza.

Apagué la alarma de un manotazo y me quedé mirando al techo, tratando de encontrar alguna grieta, alguna mancha, cualquier imperfección que pudiera distraerme. Pero, claro, mi techo estaba inmaculado. Como todo en mi vida. Ordenado, limpio, controlado.

Excepto mis sentimientos.

Me levanté de la cama con movimientos pesados. No tenía elección. Audra estaba allí fuera, durmiendo en mi sofá, con mi pijama, y probablemente despertaría con la madre de todas las resacas. Tenía que estar preparado.

Fui al baño procurando no hacer ruido, aunque dudaba que pudiera despertarla, teniendo en cuenta todo el tequila que había bebido. Tenía unas ojeras dignas de un oso panda y el pelo completamente revuelto. Me mojé la cara con agua fría, intentando espabilarme.

—Venga, Ryker —me dije en voz baja—. No es para tanto. Solo es tu vecina, la que te odia la mitad del tiempo. No hay de qué preocuparse.

Pero ni yo mismo me lo creía.

Salí del baño con sigilo y me detuve en el pasillo, dudando si asomarme al salón o no. La curiosidad pudo más que el sentido común. Ahí estaba ella, dormida como un tronco, hecha un ovillo bajo la manta. Parecía tan pequeña, tan indefensa, tan diferente de la Audra que me plantaba cara en el rellano. Tenía el pelo despeinado, formando una nube pelirroja sobre el cojín, y la boca entreabierta. Un hilillo de baba se deslizaba por la comisura de sus labios y, aun así, me parecía preciosa.

«Para —me regañé mentalmente—. Esto empieza a ser patético».

Aparté la mirada de ella y mis ojos se posaron en el vestido color teja que seguía hecho un gurruño en el suelo, donde lo había dejado caer anoche. Lo recogí con cuidado y lo sacudí, intentando que recuperara un poco la forma. Olía a una mezcla de su perfume, alcohol y algo que parecía queso rancio. Definitivamente, necesitaba un lavado.

Lo dejé sobre la encimera de la cocina y puse en marcha la cafetera. El café siempre era un buen comienzo, especialmente para una mañana como esa. Mientras la máquina se calentaba, abrí la nevera y examiné su contenido. Tenía que preparar algo contundente. Cuando Emma se quedaba, siempre le hacía tortitas, y

parecía funcionar para animarla. Quizá también funcionaría con una Audra resacosa.

Saqué la leche, los huevos y la mantequilla, y busqué en la alacena el preparado para tortitas y los chips de chocolate que guardaba para ocasiones especiales. No era que tuviera nada que celebrar, pero las circunstancias parecían requerirlo.

Mientras reunía los ingredientes, seguía lanzando miradas furtivas al sofá. Audra no se había movido ni un milímetro. Respiraba profundamente, por completo ajena al mundo que la rodeaba. Mejor así.

Agarré el vestido de la encimera y lo olí de nuevo. Definitivamente, necesitaba un lavado urgente. Decidí bajarlo a la lavandería; así estaría limpio para cuando ella despertara. Era lo mínimo que podía hacer.

Apagué la cafetera, que ya estaba lista, y salí del apartamento con sigilo, con el vestido en una mano y un poco de detergente específico para ropa delicada en la otra. No quería estropearle la prenda; tenía pinta de ser cara.

Bajé al sótano y entré en la lavandería. Por suerte, a esas horas no había nadie.

Metí el vestido en la lavadora, añadí el detergente y programé un ciclo corto para prendas delicadas. Mientras la máquina comenzaba a funcionar, me apoyé en ella, dejando escapar un largo suspiro.

¿Qué narices estaba haciendo? ¿Lavándole la ropa a Audra? ¿Preparándole el desayuno? ¿En qué momento me había convertido en su mayordomo personal?

Y lo peor es que me gustaba. Me gustaba cuidar de ella, procurar que estuviera bien, que no le faltara nada. Era un sentimiento nuevo para mí, que siempre había mantenido relaciones superficiales,

donde lo máximo que hacía por una chica era pedir un taxi para que volviera a su casa después de pasar la noche conmigo.

Con Audra era diferente. Todo era diferente.

Volví a subir, esperando que aún siguiera dormida. Entré en el apartamento con el mismo sigilo con el que había salido y fui directamente a la cocina. En efecto, ella seguía en el mismo estado de inconsciencia, roncando suavemente, lo que me arrancó una sonrisa.

Comencé a preparar la masa para las tortitas, pesando los ingredientes con precisión y mezclándolos en un bol grande. Normalmente lo habría hecho con la batidora, pero no quería despertarla, así que me conformé con un tenedor y mucha paciencia.

No podía evitarlo. Cada dos por tres, mis ojos se desviaban hacia el sofá. Hacia ella.

Terminé de mezclar los ingredientes y dejé reposar la masa mientras sacaba una sartén y la ponía a calentar. Entonces, un pensamiento asaltó mi mente: ¿y si no recordaba nada de lo de anoche? ¿Y si no recordaba haberme dicho que no quería enamorarse de mí? ¿Debería mencionarlo? ¿O fingir que nada había pasado?

La imagen de una Audra avergonzada, huyendo de mi apartamento como alma que lleva el diablo, me hizo decidirme por la segunda opción. No, no diría nada. Dejaría que ella llevara el ritmo. Si recordaba algo y quería hablar de ello, perfecto. Si no, fingiría que todo había sido normal. Que no me había dejado sin respiración con sus palabras.

Solté un largo suspiro mientras vertía un poco de masa en la sartén. Ya empezaba a oler bien. Pero, mientras observaba cómo se

formaban pequeñas burbujas en la superficie de la tortita, no podía dejar de preguntarme en qué narices me estaba metiendo.

Porque una cosa tenía clara: fuera lo que fuese, ya no había vuelta atrás.

Estaba dándole la vuelta a la segunda cuando oí un sonido insistente. Era vibrante, como un zumbido, pero no provenía de ninguno de mis electrodomésticos.

—¡Mierda! —maldije en voz baja, buscando el origen del ruido con la mirada.

Al localizar el bolso de Audra en el sillón, me di cuenta de que era su móvil. Ella refunfuñó en sueños, se dio media vuelta y se tapó la cabeza con la manta, pero no llegó a despertarse. El teléfono seguía sonando, cada vez más fuerte, como si supiera que lo estaban ignorando.

Me acerqué con cuidado, dudando entre dejar que sonara o contestar. En la pantalla iluminada aparecía el nombre de «Elaila». Decidí cogerlo antes de que despertara a Audra.

—¿Diga? —susurré, alejándome del sofá.

—¿Ryker? —La voz de Elaila sonó sorprendida, pero rápidamente adoptó un tono amenazador—: ¿Qué haces tú con el móvil de Audra? Te juro que, como le hayas hecho algo a mi mejor amiga, te mato. Y luego te arranco los huevos y se los doy de comer a los patos del parque.

—Buenos días a ti también —respondí, ligeramente asustado por su gráfica amenaza—. Tranquila, está en mi sofá durmiendo desde anoche. Perdió las llaves y no podía entrar en su piso.

—¿Las llaves? —Elaila soltó una carcajada al otro lado—. Creo que las tengo yo... Las sacó en la mesa del bar y yo las cogí para que no se nos olvidasen. Aunque veo que se me olvidó dárselas..., ups.

—Eso tiene sentido —dije mientras volvía a la cocina y daba la vuelta a la tortita, que ya empezaba a dorarse—. Al menos, no están perdidas.

—¿Está bien? —preguntó Elaila.

—Aún no se ha despertado —respondí, echando un vistazo a la masa inerte en mi sofá—. El verdadero terror vendrá ahora, supongo.

Elaila soltó otra carcajada, demasiado animada para alguien que se había pasado la noche bebiendo tequila.

—¿Y tú qué? —pregunté intrigado—. ¿Por qué no tienes resaca?

—Soy inmune —respondió con orgullo—. El alcohol no me afecta así. Es un superpoder familiar.

Me reí mientras daba la vuelta a otra tortita.

—Ya veo. Pues, aquí, tu amiga va a necesitar más que un superpoder cuando despierte —comenté—. Pero tranquila, está bien. Le estoy preparando el desayuno y café para cuando se levante.

—Eres un capullo —soltó Elaila de repente.

—¿Perdona? —pregunté desconcertado—. ¿Por qué?

—Porque estás intentando ganar puntos —respondió con suspicacia—. Y eso es jugar sucio, Lancer.

—No intento ganar nada —me defendí, aunque sentí que me sonrojaba—. Solo quiero que se llene el estómago con algo más que nachos rancios.

—¡No estaban rancios! —protestó ella de inmediato—. Estaban perfectamente bien... bueno, quizá un poco blandos, pero no rancios.

Seguí preparando tortitas mientras mantenía el teléfono entre el hombro y la oreja.

—Solo digo que, si vas a poner nachos en la mesa, al menos que sean crujientes —dije vertiendo más masa en la sartén.

—Lo tendré en cuenta para la próxima borrachera de emergencia —respondió ella—. Dentro de un rato nos pasaremos por allí, ¿vale? Tengo que devolverle las llaves y asegurarme de que sigue viva.

—Claro, cuando queráis —dije mientras apilaba otra tortita en el plato—. Aunque no sé cuándo despertará. Parece en coma profundo.

—Dale agua, una pastilla, y dile que la quiero —contestó Elaila—. Y Ryker...

—¿Sí?

—No la agobies, ¿vale? Te mato si la haces sentir incómoda.

—Recibido, capitana —respondí, y corté la llamada antes de que añadiera más amenazas a la lista.

Justo entonces oí un gruñido. Me giré para ver a Audra, que empezaba a moverse bajo la manta como un oso despertando de su hibernación.

Me acerqué con cautela, manteniendo una distancia prudencial por si decidía atacar.

—Buenos días, princesita —saludé con una sonrisa que sabía que la irritaría.

Ella bufó y se cubrió la cabeza con la manta, intentando esconderse de la luz y, probablemente, también de mí.

—¿Qué narices hago aquí? —preguntó con voz ronca desde debajo de su escondite.

Me reí, sin poder evitarlo. No se acordaba. No recordaba haberse quedado dormida en mi sofá, ni haberse puesto mi pijama, ni haberme dicho que no quería enamorarse de mí. Nada. Su mente había borrado por completo todo lo ocurrido después de cierto punto. Y, aunque por una parte me alegraba —menos vergüenza, menos complicaciones—, por otra sentía una punzada de decepción.

—Perdiste las llaves anoche —le expliqué, manteniendo la voz baja para no empeorar su dolor de cabeza, pero burlándome de ella—. Te

encontré en el rellano, tratando de abrir tu puerta con... creo que era un pintalabios.

Me reí ante su expresión. Volvió a gruñir, esta vez más fuerte.

—Te ofrecí el sofá y, sorprendentemente, aceptaste —continué—. Supongo que el tequila tiene ese efecto en ti.

—Qué bonito es despertar y que te restrieguen tus malas decisiones por la cara —murmuró, asomando apenas los ojos por encima de la manta.

—¿Más bonito que despertar en el rellano? Porque esa era la alternativa.

Ella se incorporó ligeramente y, al hacerlo, soltó un quejido de dolor.

—Me duele todo... —se lamentó, llevándose una mano a la sien—. Hasta el pelo. ¿Cómo puede dolerme el pelo?

Me aguanté la risa y le alcancé el vaso de agua y un analgésico.

—Toma, esto te ayudará.

Ella cogió la pastilla y se la tragó con un largo sorbo de agua, sin dejar de mirarme con esos ojos verdes que, incluso enrojecidos y cansados, me seguían pareciendo los más bonitos que había visto nunca. Tenía el pelo completamente despeinado, cayéndole en mechones desordenados por la cara, y unas ojeras que le llegaban casi a las mejillas.

—¿Qué llevo puesto? —preguntó de repente, mirando la camiseta demasiado grande para ella.

—Mi pijama. El tuyo no estaba... disponible.

Su cara pasó del desconcierto al horror en milésimas de segundo.

—¿Me viste desnuda? —preguntó con una voz que era casi un chillido.

—¡No! —exclamé rápidamente, levantando las manos—. Por supuesto que no. Te ayudé con la cremallera del vestido, pero

llevabas ropa interior. Y te puse la camiseta antes de que te quitaras nada.

Ella me miró sospechando durante unos segundos que se me hicieron eternos, pero al final pareció creerme y se dejó caer de nuevo en el sofá con un suspiro de alivio.

—He hecho café —dije cambiando de tema—. Y estoy preparando tortitas con chips de chocolate.

Audra gruñó, pero esta vez no sonaba a protesta.

—Lo huelo —murmuró—. Quiero tortitas. Y café. Mucho café.

—Eso está hecho —respondí, volviendo a la cocina.

La dejé unos minutos para que se recompusiera mientras acababa de preparar el resto de las tortitas. Apilé varias en un plato, añadiendo chips extra de chocolate que se derretían sobre la masa caliente. Serví dos tazas de café humeante, una para ella, con leche y azúcar, y otra para mí, negro como mi alma, según diría ella.

Cuando volví al salón con todo, Audra estaba sentada, con la espalda contra el respaldo del sofá y la manta envuelta alrededor de los hombros como una capa. Tenía los ojos entreabiertos, luchando contra la luz que entraba por la ventana.

—Toma —dije ofreciéndole el plato y la taza—. Combustible para resucitar.

—Gracias —murmuró cogiendo la taza con ambas manos como si fuera un tesoro—. Lo necesito.

Se la llevó a los labios y dio un sorbo largo, cerrando los ojos con expresión de alivio.

—Está perfecto —dijo con sorpresa.

Me encogí de hombros, sentándome en el sillón frente a ella con mi propio desayuno.

—Lo sé. Te he oído gritarle a Peluso que deje de jugar con la cucharilla del azúcar muchas mañanas.

Ella soltó una risita y se arrepintió al instante, llevándose una mano a la sien.

—Au. Duele reírse.

—Pues vas a estar jodida hoy, porque tienes pinta de dibujo animado con resaca —comenté, metiéndome un trozo de tortita en la boca.

—¿Siempre eres así de encantador por las mañanas? —Me fulminó con la mirada.

—Solo cuando despierto con princesas borrachas en mi sofá.

—¿Ocurre muy a menudo?

—Primera vez —admití—. Normalmente, prefiero que estén en mi cama.

En cuanto las palabras salieron de mi boca, me di cuenta de lo que había insinuado.

Por la expresión de Audra, ella también lo captó.

—Lo siento —me apresuré a decir—. Ha sonado fatal. No quería insinuar que...

—Tranquilo —me cortó, agitando una mano—. No estoy en condiciones de sentirme ofendida. Mi cerebro está ocupado intentando no explotar.

Comimos en silencio durante unos minutos. Ella parecía disfrutar de las tortitas, aunque picoteaba pequeños trozos como si tuviera miedo de que su estómago se rebelara en cualquier momento. Tenía razón para preocuparse; el tequila era traicionero.

—¿Cómo acabé aquí exactamente? —preguntó al fin, rompiendo el silencio—. Lo último que recuerdo es que Ender nos dejó en la puerta y yo no encontraba las llaves.

—Te las olvidaste en el bar —le expliqué—. Elaila las tiene. Me ha llamado hace un rato para decir que vendrán pronto.

Audra asintió despacio, como procesando la información.

—Entonces, estaba en el rellano, sin llaves, y tú...

—Te encontré allí, sentada en el suelo, maldiciendo a tus «llaves fugitivas» —continué por ella—. Parecías bastante... alegre.

—Oh, Dios —murmuró tapándose la cara con las manos—. ¿Qué más hice? ¿Canté? ¿Bailé? ¿Hice el ridículo de alguna otra forma espectacular?

—Nada del otro mundo —mentí, decidiendo omitir la parte donde hablaba de mis abdominales y de no querer enamorarse de mí—. Solo lo típico de borracho: frases sin sentido, risas sin motivo, problemas de equilibrio.

Ella me miró con suspicacia.

—¿Seguro? Porque cuando bebo demasiado tequila suelo... no tener filtro.

—Bueno —concedí, sonriendo—, puede que mencionaras que mi pijama huele bien. Y que me dijeras que estoy sexy cuando vuelvo del gimnasio.

Sus mejillas se pusieron instantáneamente del mismo color que su pelo.

—Mierda —murmuró—. Lo siento.

—No te disculpes —respondí, intentando que no se notara lo mucho que me habían gustado esos comentarios—. Fue bastante halagador.

Ella gruñó y se hundió más en la manta, claramente avergonzada.

—¿Qué más dije?

—Nada importante —volví a mentir, manteniendo mi promesa silenciosa de no incomodarla—. Solo divagaciones sobre Peluso y su complejo de Batman.

Me miró durante un rato largo, como si intentara leer en mi cara si estaba mintiendo o no. Por fortuna, tras tantos años jugando al

póquer con Ender, había desarrollado una gran habilidad para adoptar una expresión impasible.

—Vale —dijo al cabo, aunque no parecía muy convencida—. ¿Y mi vestido?

—Está abajo, en la lavandería —respondí—. Olía a..., bueno, digamos que necesitaba un lavado urgente.

—Gracias —murmuró, y parecía sincera, para variar—. No tenías por qué hacer todo esto.

—No es nada. —Me encogí de hombros, incómodo con su agradecimiento—. Para eso están los vecinos, ¿no? Para rescatarte cuando te quedas sin llaves y con una borrachera monumental.

—Ah, claro —respondió con una sonrisa torcida—. Como aquella vez que yo te rescaté de... Espera, no recuerdo que jamás haya tenido que rescatarte de nada.

—Me rescataste de la aburrida rutina de vivir sin peleas constantes por el ruido o por el correo mal entregado —sugerí.

Ella soltó otra risita, y esta vez no pareció dolerle tanto.

—¿O sea que soy tu entretenimiento?

—Algo así —admití—. Mi vida era mucho más aburrida antes de que tú aparecieras en ella con tu gato sin pelo y tu obsesión por Taylor Swift.

—Y la mía era mucho más tranquila antes de que llegaras con tus músculos y tus conquistas ruidosas —contraatacó, pero sin el veneno habitual.

—Tienes razón —concedí, levantando mi taza en un brindis imaginario.

Nos quedamos en silencio de nuevo, pero no era un silencio incómodo. Era casi... agradable. Como si, por primera vez desde que nos conocíamos, hubiéramos encontrado una tregua, un espacio neutral donde podíamos existir sin provocarnos constantemente.

No sabía cuánto duraría, pero por el momento me bastaba con verla allí, envuelta en mi manta, con mi pijama, bebiendo café en mi taza y comiendo las tortitas que había preparado para ella.

Y entonces me di cuenta de lo jodido que estaba realmente. Porque no solo me gustaba Audra Emrin. No solo sentía una atracción física por ella. No, era mucho peor.

Estaba completa e irremediablemente enamorado de ella.

Y no tenía ni la más mínima idea de qué hacer al respecto.

21

El eco de una confesión y el miedo a enamorarse



Audra

Tenía la sensación de que un elefante había usado mi cabeza como trampolín durante toda la noche. O peor: como si hubiera chupado el tequila directamente del asfalto. No recordaba haberme sentido así de mal desde la universidad, cuando Elaila me convenció de que beber absenta era una brillante idea. *Spoiler*: no lo fue.

Pero lo peor no era el dolor físico. No. Lo peor era recordarlo todo. Absolutamente todo.

Cada palabra. Cada gesto. Cada estupidez que había salido de mi boca la noche anterior.

«No quiero enamorarme de ti, por favor».

Vale, quizá no había sido mi momento más brillante. Ni de lejos. Y lo que me estaba volviendo loca no era haberlo dicho, sino que él actuara como si no hubiera pasado. Como si no le hubiera confesado que me gustaba mientras estaba envuelta en su pijama, babeando sobre su sofá.

Lo observé por encima del borde de la taza de café, fingiendo que el líquido oscuro era lo más fascinante del mundo. Parecía tan tranquilo, comiendo tortitas como si fuera un día normal, como si no tuviera a la idiota de su vecina en pijama sentada frente a él después de haberle soltado una bomba emocional.

¿Por qué no decía nada? ¿Tan poco había significado para él que ni siquiera merecía una mención? ¿O era tan buen tío que fingía que no había pasado para no hacerme sentir incómoda?

«Lo que diga una persona borracha no cuenta», intenté convencerme. Pero era mentira y lo sabía. El alcohol solo había soltado la lengua que mi cerebro sobrio mantenía bien atada.

Tenía que salir de allí. Y rápido. No podía quedarme, no podía acostumbrarme a eso. A que me cuidara, a que me preparara el desayuno, a despertar en su sofá sintiéndome extrañamente segura. No podía permitirme bajar la guardia así. Porque, en cuanto empezara a gustarme de verdad, en cuanto me acostumbrara, todo se iría a la mierda.

Como siempre.

—¿Estás bien? —preguntó mirándome con esos ojos color avellana que parecían ver demasiado—. Estás muy callada.

«No, no estoy bien. No estoy nada bien. Estoy enamorada de ti y me aterroriza, porque eres exactamente el tipo de tío que podría destrozarme por completo».

—Solo es la resaca —respondí encogiéndome de hombros—. Ya sabes, la cabeza me va a explotar y todo eso.

Él asintió, como si lo entendiera, aunque dudaba que supiera lo que era tener resaca. Era demasiado perfecto, demasiado disciplinado para permitirse perder el control así.

Dejé la taza sobre la mesa; necesitaba moverme, hacer algo, lo que fuera para no seguir sentada allí, mirándolo, pensando en lo

bien que olía, en lo cómodo que era su sofá, en cómo me había cuidado anoche, a pesar de lo pesada que debía de haber sido.

Mierda, mierda, mierda. No podía enamorarme de Ryker Lancer. Era una idea pésima.

«El mismo que se preocupó cuando creyó que estabas en peligro. El mismo que rompió tu puerta para salvarte de una cucaracha. El mismo que te recogió del rellano cuando estabas borracha y te dejó dormir en su sofá».

Genial, ahora me peleaba conmigo misma. Necesitaba a Elaila. Necesitaba mis llaves. Necesitaba salir de ese piso, ponerme mi ropa y fingir que nada de eso había pasado.

Una sensación familiar se instaló en mi estómago. Oh, no. No, no, no. Eso no podía estar pasando.

Me levanté de golpe, dejando caer la manta.

Me precipité hacia el baño, tropezando con los pantalones demasiado largos, y apenas tuve tiempo de cerrar la puerta antes de arrodillarme frente al váter.

Todo lo que había comido —y probablemente las cuatro rondas de chupitos de anoche— salió de mi estómago con una violencia que me dejó temblando. Vomité durante lo que pareció una eternidad, agarrándome a la taza.

Cuando por fin terminé, me quedé allí, apoyada contra el frío suelo, intentando recuperar la respiración y muriéndome de vergüenza. Porque, sí, ahora además podía añadir «vomitar en el baño de Ryker» a mi lista de momentos humillantes. Genial.

Respiré hondo, intentando calmarme. Vale, había vomitado. Tampoco era tan grave. Todo el mundo vomita alguna vez. Incluso Ryker Lancer debía de haber vomitado en algún momento de su vida, ¿no?

Aunque lo dudaba. Seguro que hasta eso lo hacía con elegancia.

Me obligué a levantarme y me miré en el espejo. Santo cielo. Parecía recién sacada de un episodio de *The Walking Dead*. Tenía el pelo como un nido de pájaros, los ojos rojos e hinchados, restos de maquillaje por toda la cara y un aspecto general de «he dormido en una cuneta». Encantador.

Me lavé la cara con agua fría, tratando de eliminar los restos de máscara de pestañas que se habían convertido en manchas negras bajo mis ojos. Me enjuagué la boca varias veces, deseando tener un cepillo de dientes. El sabor era horrible.

Un golpe suave en la puerta me sobresaltó.

—¿Estás bien? Te he traído agua.

La entreabrí y cogí el vaso que me ofrecía, sin atreverme a mirarlo directamente.

—Gracias —murmuré—. Lo siento.

—No pasa nada —respondió con una sonrisa que pude ver de refilón—. El váter está para eso.

Bebí el agua a pequeños sorbos, notando cómo me calmaba el estómago.

—Hay un cepillo de dientes sin usar en el armario —añadió señalando hacia el mueble bajo el lavabo—. Por si quieres...

—Gracias —dije de nuevo, sintiéndome como una idiota por no ser capaz de articular nada más elaborado.

Solo tenía que aguantar hasta que llegase Elaila, con ese hombre, y después podría escapar a la seguridad de mi casa, donde Peluso me juzgaría en silencio, pero al menos no tendría que enfrentarme a Ryker y sus malditos ojos color avellana.

—Voy a... —Señalé vagamente hacia el cepillo de dientes.

—Claro, claro —se apresuró a decir, retrocediendo—. Estaré en la cocina si necesitas algo.

Cuando se fue, cerré la puerta y me apoyé contra ella, dejando escapar un largo suspiro. Esa situación era demasiado surrealista.

Si Elaila me hubiera dicho una semana antes que pasaría eso, me habría reído en su cara.

Me cepillé los dientes a conciencia, agradeciendo el sabor a menta que eliminaba el regusto amargo del vómito. Después traté de domar un poco mi pelo, pero era una causa perdida. Tendría que conformarme con parecer una leona electrocutada.

Volví a abrir el armario bajo el lavabo por curiosidad. Estaba meticulosamente organizado, con productos de aseo colocados por tamaño y tipo. Tan ordenado como cabía esperar de él.

Tan opuesto a mi caótico mueble de baño, donde los productos se amontonaban sin ningún criterio específico.

¿Cómo podía gustarme alguien tan diferente de mí? Éramos como el día y la noche, el orden y el caos. No tenía ningún sentido.

«Y, sin embargo, aquí estás —me dijo esa vocecita molesta en mi cabeza—. Enamorada del tío más ordenado, controlado y aparentemente superficial del edificio».

No. No estaba enamorada. Eso era imposible. Solo era atracción física. Una fase. Pasaría en cuanto conociera a alguien que fuera más compatible conmigo. Alguien que no me pusiera tan nerviosa, que no me hiciera sentir como si estuviera constantemente al borde de un precipicio.

Respiré hondo una vez más y salí del baño, preparándome mentalmente para enfrentarme a él de nuevo. Lo encontré en la cocina, fregando los platos.

—Ya estoy mejor —anuncié, intentando sonar más segura de lo que me sentía—. Gracias por el cepillo de dientes.

—De nada —respondió, girándose para mirarme—. ¿Quieres más café? ¿O mejor un té? El té puede ser más suave para el estómago.

—Un té estaría bien, gracias —acepté, sentándome en uno de los taburetes de la barra.

Lo observé moverse por la cocina, sacando una tetera y seleccionando una bolsita de té de una caja que contenía diversas variedades, todas perfectamente organizadas. La precisión de sus gestos resultaba casi hipnótica, como si cada uno estuviera medido al milímetro, calculado para ser lo más eficiente posible.

—¿Te importa si te pregunto algo? —dije sin poder contenerme.

—Adelante —respondió mientras ponía la tetera al fuego.

—¿Por qué no has mencionado lo que dije anoche? —Las palabras salieron de mi boca antes de que pudiera detenerlas, y de inmediato quise darme una bofetada.

Sus manos se detuvieron por un instante y, aunque me daba la espalda, pude ver cómo se tensaban sus hombros. Luego continuó con su tarea como si nada hubiera pasado.

—No estaba seguro de si lo recordabas —dijo al fin—. No quería incomodarte.

Así que lo recordaba. Claro que lo recordaba. ¿Cómo iba a olvidar que su vecina borracha le había soltado que no quería enamorarse de él?

—Pues lo recuerdo —admití apretando los puños bajo la barra, donde él no podía verlos—. Todo.

Se giró lentamente para mirarme, con una expresión indescifrable en el rostro. No era burla ni lástima, ni siquiera esa sonrisa torcida que solía dedicarme cuando me provocaba.

—Y yo recuerdo todo lo que respondí —dijo en voz baja.

Antes de que pudiera preguntar, el telefonillo sonó, sobresaltándonos a ambos. El momento se rompió como una burbuja de jabón.

—Debe de ser Elaila —dijo él, apartando la mirada primero.

Asentí, sintiendo una mezcla de alivio y frustración. Por un lado, necesitaba desesperadamente salir de su piso.

Ryker fue a abrir la puerta, y yo me quedé allí sentada, intentando calmar mi corazón desbocado.

Me pasé una mano por el rostro, tratando de aclarar los pensamientos que se arremolinaban en mi cabeza. Quería salir de allí. No..., *necesitaba* salir de allí. Ese apartamento, con su orden perfecto y su dueño todavía más perfecto, me estaba ahogando. Cada segundo que pasaba sentía que se construía algo entre nosotros, algo que no estaba preparada para enfrentar.

Ryker aguardaba junto a la puerta, con las manos en los bolsillos y una expresión indescifrable. La tensión se podía cortar con un cuchillo. Ninguno de los dos hablaba, como si temiéramos que cualquier palabra pudiera romper ese precario equilibrio que habíamos establecido.

—¡Audraaaaaa! —El grito de Elaila resonó en el pasillo en cuanto salió del ascensor, rompiendo el silencio como un martillo contra un cristal.

Nunca me había alegrado tanto de oír su voz.

Mi mejor amiga apareció en la puerta como un torbellino, tan perfecta como siempre. Ni una ojera, ni un pelo fuera de sitio. La muy cabrona tenía un pacto con el diablo, seguro.

—¡Te voy a matar! —exclamó al verme, entrando en el apartamento sin esperar invitación—. ¡Mira la pinta que tienes!

—Yo también me alegro de verte —respondí con sarcasmo, pero dejé que me abrazara.

Me examinó de arriba abajo, como una madre inspeccionando a su hija después del primer día en la guardería.

—Tía, pareces un mapache atropellado —declaró sin ningún tacto —. ¿Qué demonios has hecho?

—Existir —gruñí—. Con resaca. Y vómitos. Y vergüenza.

Detrás de ella, Ender entró con una sonrisa divertida. Saludó a Ryker con un abrazo y un par de palmadas en la espalda antes de levantar la mano para saludarme a distancia.

—¿Qué tal la resaca?

—Como si un camión me hubiera pasado por encima —respondí devolviéndole la sonrisa—. Dos veces.

Elaila sacó mis llaves de su bolso y me las tendió.

—Aquí tienes, borrachina —dijo con una sonrisa triunfal—. Sanas y salvas.

No perdí ni un segundo. Agarré las llaves con una mano y el brazo de mi amiga con la otra.

—Nos vamos —anuncié, arrastrándola hacia la puerta antes de que pudiera protestar.

Alcancé mi bolso de la mesa de café por el camino y salí como si me persiguiera el diablo. Ni siquiera le di tiempo a Ryker a despedirse o decir nada. Simplemente hui.

Crucé el rellano en dos zancadas, sintiéndome absurdamente expuesta con ese pijama enorme, y metí la llave en mi cerradura con manos temblorosas. En cuanto la puerta se abrió, Peluso comenzó a maullar como si llevara años sin verme, frotándose contra mis piernas con desesperación.

—¡Me cago en la leche, Elaila! —exclamé en cuanto cerré la puerta tras nosotras—. ¡Te voy a matar! ¡Tenías mis llaves todo este tiempo!

—Tranquila, fiera —respondió ella, riéndose, mientras se sentaba en mi sofá—. Al menos has pasado la noche en buena compañía, ¿no?

Caminé hacia el sofá y me dejé caer como un peso muerto, sintiendo que cada hueso de mi cuerpo protestaba por el

movimiento. Peluso saltó inmediatamente a mi regazo, olisqueándome con curiosidad, seguramente detectando el aroma extraño de un hogar ajeno en mi ropa.

—Te he echado de menos, pequeño —le susurré, rascándole detrás de las orejas.

Elaila se levantó y fue directa al armario de la cocina donde guardaba la comida de Peluso, tan familiarizada con mi casa como con la suya propia.

—Seguro que el pobrecito está muerto de hambre —comentó mientras sacaba una lata y la abría—. Debe de estar traumatizado después de una noche solo.

—Más traumatizada estoy yo —murmuré, hundiendo la cara en Peluso—. Ha sido la situación más incómoda de mi vida.

—¡Qué va! —exclamó ella, dejando el cuenco de comida en el suelo—. Me ha parecido supermono. Te ha hecho tortitas y todo. ¿Cuándo fue la última vez que un tío te preparó el desayuno?

—No ha sido mono —protesté, dibujando comillas con los dedos —. Ha sido horrible, Elaila. Horrible. Me ha visto en mi peor momento: borracha, desorientada y, luego, vomitando en su váter. No hay nada mono en eso.

Peluso saltó de mi regazo en cuanto olió la comida, el muy traidor. Me quedé sola en el sofá, abrazando un cojín como si fuera un escudo.

Mi amiga me miró fijamente, con esa expresión que ponía cuando sabía que le estaba ocultando algo.

—¿De verdad no sientes nada? —preguntó, sentándose de nuevo a mi lado—. ¿Ni una pizca?

—¿Por Ryker? —Me reí demasiado alto—. Por favor. Somos como el agua y el aceite. No me gusta en absoluto. No saldría con alguien como él ni en sueños.

Las mentiras salieron imparables de mi boca. Mentiras que me repetía a mí misma, esperando que, si las decía suficientes veces, llegarían a convertirse en realidad. Porque la verdad era demasiado aterradora para enfrentarla.

La verdad era que, cada vez que lo veía, sentía un revoloteo en el estómago que no tenía nada que ver con la resaca. La verdad era que me había acostumbrado demasiado rápido a su presencia. La verdad era que estaba aterrorizada porque eso se parecía demasiado a lo que había sentido al principio con Elio, antes de que todo se fuera a la mierda.

Y eso, precisamente, era lo que me daba más miedo. Porque con Elio también había empezado así. Con pequeños gestos, con cuidados, con atenciones. Y luego, esos gestos se convirtieron poco a poco en exigencias, esas atenciones en control y esos cuidados en una prisión de la que me costó dos años escapar.

No podía permitirme caer de nuevo en ese pozo. No podía. No sobreviviría a otra relación así.

Y Ryker... Dios, Ryker era el candidato perfecto para romperme el corazón. Controlador, ordenado, perfeccionista. ¿Cuánto tardaría en empezar a querer arreglarme también a mí? ¿Cuánto tardaría en cansarse de mi caos, de mis manías, de mis miedos? ¿Cuánto tardaría en sustituirme por otra de sus conquistas, más simple, menos complicada, menos rota?

No. No iba a arriesgarme. No otra vez.

—Bueno —dijo Elaila, interrumpiendo mi tormenta mental—. Si tú lo dices...

Su tono dejaba claro que no me creía en absoluto. Me conocía demasiado bien.

—Lo digo —insistí, cogiendo un mechón de pelo y enredándolo nerviosamente entre mis dedos—. No me gusta Ryker. Es un capullo

engreído, mujeriego y obsesivo. Todo lo contrario de lo que busco en un hombre.

—¿Y qué es lo que buscas, exactamente? —preguntó, echándose hacia atrás en el sofá—. Porque llevas un año diciendo que no buscas nada, y de repente empiezas a salir con un arquitecto que resulta ser más soso que un yogur caducado. Y ahora estás toda nerviosa negando que te gusta el vecino buenorro que te ha cuidado esta noche.

—No estoy nerviosa —protesté, soltando el mechón de pelo y cruzándome de brazos—. Solo estoy cansada y con resaca. Y quiero ducharme y quitarme este pijama que huele a él.

No añadí que parte de mí quería quedarse con el pijama para siempre, porque olía exactamente como él.

—Como quieras —cedió Elaila, levantando las manos en señal de rendición—. No voy a presionarte. Solo digo que nunca te había visto mirar a nadie como lo miras a él.

—Eso es... eso es ridículo —balbuceé—. No lo miro de ninguna forma especial.

—Lo que tú digas, cariño —respondió con una sonrisa que decía claramente «te conozco mejor que tú misma»—. Pero cuando estés lista para admitirlo, aquí estaré.

Me levanté del sofá con un gruñido de frustración. Tenía que salir de ese pijama, tenía que ducharme, tenía que borrar cualquier rastro de Ryker Lancer de mi cuerpo. Como si el agua pudiera lavar también esos sentimientos confusos que me atenazaban el pecho.

—Voy a ducharme —anuncié—. Y cuando salga, quiero que hablemos de cualquier cosa que no sea Ryker, ¿entendido?

—Lo que ordene la señora —respondió, haciendo un saludo militar burlón—. Cambio de tema completo. Hablaremos de..., no sé, del

tiempo. O de la nueva colección de jerséis para Peluso que seguro que ya estás planeando.

Sonreí a mi pesar y me dirigí al baño, cerrando la puerta tras de mí. Me apoyé contra ella y dejé escapar un largo suspiro, sintiendo cómo se me llenaban los ojos de lágrimas sin motivo aparente.

No podía enamorarme de Ryker. No podía permitírmelo. Porque ya había visto cómo trataba a las mujeres en su vida: como objetos desechables, como entretenimiento pasajero.

Y yo ya había sido un objeto para un hombre. No lo sería para otro. Nunca más.

Con dedos temblorosos, me quité el pijama, intentando no pensar en cómo esa misma prenda había tocado su piel. Lo dejé caer al suelo y entré en la ducha, poniendo el agua tan caliente como podía soportarla, como si pudiera escaldarme hasta eliminar esos sentimientos.

«No quiero enamorarme de ti, por favor».

«Para mí es demasiado tarde para eso».

Las palabras resonaron en mi mente como un eco lejano, y me quedé paralizada bajo el chorro de agua. ¿Había dicho eso? ¿De verdad había dicho eso? ¿O lo había imaginado en mi confusión etílica?

No, estaba segura. Lo había dicho. Pero ¿qué significaba exactamente? ¿Que para él era demasiado tarde para no enamorarse de mí? ¿O que para él el amor ya no era una opción, nunca?

Sacudí la cabeza, salpicando agua por todas partes. No importaba lo que hubiera querido decir. No cambiaba nada. No podía, no debía dejar que cambiara nada.

Porque sabía, en lo más profundo de mi ser, que si me permitía sentir algo por Ryker Lancer, acabaría completamente destrozada. Y

esa vez, no estaba segura de poder recoger los pedazos.

22

La lavandería del infierno y otras excusas para evitar vecinos



Audra

Arrastré los pies por el rellano, cada paso me recordaba las ocho horas que llevaba de pie atendiendo a adolescentes malhumorados y madres exigentes en Urban Hype. Las nueve y media de la noche de un jueves cualquiera y yo solo quería lanzarme en plancha a mi cama. O al sofá. O al suelo. Cualquier superficie horizontal me valía a esas alturas.

Saqué las llaves con sigilo, mirando de reojo hacia la puerta de al lado como llevaba haciendo desde el «incidente del tequila», como había decidido bautizar mi noche de vergüenza etílica. Una semana evitando a Ryker como si fuera un inspector de Hacienda. Una semana saltando cada vez que el ascensor se abría, escondiéndome tras las perchas de la tienda cuando creía ver a alguien remotamente parecido a él y saliendo a la carrera del portal como si me persiguiera un asesino en serie armado con una motosierra.

Toda una adulta de veintitrés años.

Una vez dentro, cerré la puerta con más fuerza de la necesaria y dejé caer el bolso al suelo con un suspiro dramático. Por fin en casa. Mi fortaleza. Mi refugio. El único lugar donde podía quitarme la máscara de «estoy perfectamente bien y, no, no me muero de vergüenza cada vez que recuerdo lo que dije borracha».

Me quité los zapatos con movimientos torpes, lanzándolos en direcciones opuestas, y gemí al sentir el suelo bajo mis pies descalzos. Pequeños placeres de la vida.

—¡Ya estoy en casa, Peluso! —grité hacia el interior del apartamento—. ¿Me has echado de menos o has estado demasiado ocupado siendo un divo?

Un maullido indignado me llegó desde la habitación. Segundos después, mi gato apareció y me miró con esos ojos enormes que parecían juzgar cada una de mis decisiones vitales.

—Vale, vale, ya voy a darte de comer —murmuré, dirigiéndome a la cocina.

Peluso me siguió, rozándose contra mis piernas como si no hubiera pasado el día entero ignorando mi existencia. Hipócrita.

—¿Sabes qué? —le dije mientras abría el armario y sacaba una de sus latitas de comida húmeda—. Hoy he visto a una chica con un bolso que tenía tu misma cara. Estirada y con aires de superioridad.

Peluso maulló, como diciendo: «Obviamente, soy tendencia».

—Que no se te suban tanto los humos —respondí abriendo la lata y vertiendo el contenido en su cuenco—, que los dos sabemos quién limpia tu arenero.

El gato ignoró mi comentario, demasiado concentrado en inspeccionar su cena. Tras darle su aprobación, comenzó a comer con delicadeza, como si estuviera en un restaurante de cinco estrellas y no en mi cocina, con las baldosas desportilladas.

Mi móvil vibró en el bolsillo trasero de mis vaqueros. Lo saqué con desgana, sabiendo perfectamente lo que encontraría. Efectivamente: diecisiete notificaciones nuevas del grupo Los cuatro fantásticos, nombre elegido por Elaila, por supuesto.

Suspiré. Ese grupo era la última estratagema de mi amiga y de Ender para obligarnos a Ryker y a mí a interactuar. Como si no tuviera suficiente con encontrármelo en el edificio, ahora también tenía que lidiar con él en el mundo digital. Maravilloso.

Abrí la conversación y leí por encima:

> **Elaila:** Chicos, ¿plan para el sábado? ¿Quedamos para cenar en esa nueva hamburguesería del centro?
> **Ender:** Yo me apunto. He oído que tienen unos nachos que flipas.
> **Ryker:** No sé si podré, tengo que revisar unos informes para el lunes.
> **Elaila:** Venga ya, Lancer. Todos sabemos que eres el empleado modelo, pero necesitas vida social.
> **Ender:** ¿Qué dices, Audra? ¿Te apuntas?
> **Elaila:** @Audra, sabemos que estás ahí. Deja de esconderte o iré a tu casa y te arrastraré fuera.

Y así seguían los mensajes, entre planes, pullas y memes que Ender no paraba de mandar sobre gatos sin pelo.

Cerré la aplicación y lancé el móvil sobre el sofá como si quemara. No tenía fuerzas para enfrentarme a eso ahora mismo. En su lugar, mandé un *sticker* de un gato escondido bajo una manta que decía: «NOT TODAY, SATAN» y dejé el móvil en silencio.

Me giré hacia Peluso, que ya había terminado su cena y me observaba expectante.

—¿Quieres cambiarte de ropa, pequeño divo? —pregunté, agachándome para acariciarlo—. Ese jersey ya ha hecho su servicio por hoy.

Peluso maulló, lo que interpreté como un sí. O quizá un «no toques a tu señor sin permiso». Con él, nunca se sabía.

Lo cogí del suelo, notando que estaba más cálido de lo normal. Seguramente había pasado la tarde entera tumbado en la ventana, aprovechando el último sol de octubre.

—¿Qué te parece el azul marino? —sugerí mientras caminaba hacia la cajonera de la segunda habitación, ese espacio que debería ser mi estudio de arte pero que Peluso había colonizado con sus trastos—. Hace juego con tus ojos.

Lo dejé sobre la cómoda mientras rebuscaba entre sus jerséis, todos organizados por color y temporada. Sí, mi ropa estaba amontonada en sillas y mi armario era un caos, pero la ropa de Peluso estaba perfectamente ordenada. Prioridades.

Encontré el jersey azul marino con ribetes blancos que había terminado la semana pasada y procedí a quitarle el de estampado de estrellas grisáceo que llevaba, que ya mostraba signos de haber sido usado todo el día, incluyendo algunas arrugas y pelusillas del sofá.

—Estás guapísimo —declaré una vez que le hube puesto el jersey nuevo, girándolo para que se viera en el espejo de cuerpo entero que había colocado a su altura—. Un auténtico modelo de pasarela.

Peluso se miró, giró sobre sí mismo con elegancia y maulló con aprobación antes de saltar de la cómoda y dirigirse de nuevo al salón. Al menos, alguien en esa casa estaba contento con su vida.

Yo, por otro lado, sentía que me estaba ahogando lentamente en un mar de sudor, vergüenza y ropa sucia. Especialmente ropa sucia. Miré con horror la cesta desbordante que se apilaba en una esquina de mi habitación. Calcetines, camisetas, vaqueros, jerséis..., una

montaña tan alta que amenazaba con desarrollar su propio ecosistema.

—Mierda —murmuré, acercándome a la pila—. No me queda ni una mísera braga limpia.

Rebusqué en los cajones, esperando un milagro, pero solo encontré un tanga incómodo que había comprado en rebajas y que nunca usaba porque se me metía en sitios insospechados, y unas bragas enormes de flores que Elaila me había regalado hacía años y que guardaba para emergencias extremas.

Eso calificaba como emergencia extrema.

Con un suspiro de derrota, agarré la cesta de la ropa y miré a Peluso, que se había acomodado en el sofá y me observaba con esa cara de «yo no tengo que preocuparme por estas cosas de humanos».

—Me toca bajar a la lavandería del infierno —anuncié como quien anuncia su propia ejecución—. Si no vuelvo en dos horas, llama a la policía. O, mejor, a los Cazafantasmas. Seguro que viven varios espectros allí abajo.

Peluso bostezó, claramente nada impresionado por mi drama.

Cogí las llaves, el detergente y un libro para entretenerme durante el ciclo de lavado. Si tenía que pasar una hora en el sótano tenebroso, al menos intentaría distraerme con algo que no fueran mis pensamientos sobre cierto vecino y sus malditas tortitas con trocitos de chocolate.

Salí al rellano, rezando por no encontrarme con la última persona que quería ver en el mundo. Porque, si había algo peor que bajar sola a la lavandería a las diez de la noche, era hacerlo con Ryker Lancer y sus estúpidos ojos color avellana mirándome como si pudiera leerme el pensamiento.

Aunque, si era sincera conmigo misma, lo que más miedo me daba no era encontrármelo. Era darme cuenta de que, en el fondo, quizá sí quería hacerlo.

Llamé al ascensor, aferrándome a la cesta de ropa. Por una vez, los dioses del edificio se apiadaron de mí y la maquinaria infernal respondió con una rapidez inusitada. Las puertas se abrieron con un tintineo alegre.

Una vez dentro, pulsé el botón del sótano y me apoyé contra la pared, observando cómo los números descendían lentamente. Cada planta que bajaba era un paso más hacia la boca del lobo.

El ascensor dio una sacudida final antes de detenerse en el sótano. Las puertas se abrieron con otro tintineo, esta vez más lúgubre. Me asomé con cautela, escudriñando la penumbra del pasillo. Vacío. Gracias a todos los santos.

Caminé hacia la lavandería intentando no pensar en todas las películas de terror que comenzaban exactamente así: chica sola, sótano oscuro, música inquietante de fondo. Solo faltaba que las luces empezaran a parpadear y yo sería la primera en morir.

Cuando entré, comprobé que no había nadie. El silencio solo era interrumpido por el zumbido constante de una de las secadoras, que alguien había dejado funcionando.

—Hogar, dulce hogar —murmuré para mí misma mientras me acercaba a la lavadora más limpia.

Dejé la cesta en el suelo y comencé. Eché el detergente, el suavizante y programé el ciclo más rápido. Una hora. Solo tendría que sobrevivir sesenta minutos en las profundidades del infierno.

Una vez que la lavadora comenzó su característico traqueteo, me subí a la mesa y me acomodé lo mejor que pude. Saqué el libro que había traído, *El nombre del viento*, uno de mis favoritos para releer cuando necesitaba evadirme de la realidad.

Mi móvil vibró por enésima vez. Lo saqué del bolsillo con un suspiro.

Más mensajes del grupo. Y una foto que me hizo sentir un nudo en el estómago: Elaila y Ender acurrucados en el sofá de él, sonriendo a la cámara, con una película pausada en la tele de fondo y lo que parecía una caja de pizza a medio comer. La definición perfecta de una noche tranquila en pareja.

Elaila: Saludos desde el sofá más cómodo de la ciudad. ¿Seguro que no queréis uniros? ¡La oferta sigue en pie!
Ender: La pizza está de muerte.
Casi tan buena como la compañía.

Otros tres o cuatro mensajes más en los que se dedicaban comentarios empalagosos mutuamente. Hacían buena pareja, tenía que admitirlo. Elaila con su energía desbordante y Ender con esa calma que parecía contenerla justo lo necesario.

Y ahí estaba yo, sola en una lavandería a las diez de la noche, con un libro como única compañía y huyendo del vecino que me había visto en mis peores momentos.

No pude evitar sentir una punzada de envidia. No era que no me alegrara por mi amiga, me alegraba muchísimo. Elaila se merecía toda la felicidad del mundo y Ender parecía un buen tío, de esos que te sujetan el pelo cuando vomitas y no te lo echan en cara a la mañana siguiente. Pero verlos así, tan cómodos juntos, me hacía preguntarme si alguna vez tendría yo eso.

Esa facilidad para dejarse llevar, para confiar, para arriesgarse a pesar de saber que podía salir mal. Para Elaila todo parecía tan sencillo... Conocía a alguien, le gustaba, salían juntos, y punto. Sin dramas, sin parálisis emocional, sin estar una semana escondiéndose

porque le había dicho borracha a un tío que no quería enamorarse de él.

Suspiré, deslizando el dedo por la pantalla para ver más fotos. En la siguiente, Ender le daba un beso en la mejilla a Elaila mientras ella ponía cara de sorpresa. Tan normales, tan naturales juntos.

Ojalá fuera un poco más como ella. O como Ender. O simplemente un poco más valiente y decidida, y menos..., bueno, menos yo. Menos la chica que había permitido que un gilipollas le arrebatara hasta la última gota de autoestima. Menos la cobarde que ahora tenía tanto miedo de volver a abrir su corazón que prefería esconderse en el sótano antes que enfrentarse a unos ojos color avellana.

Bloqueé el móvil y lo dejé a un lado, como si pudiera alejarme también de esos pensamientos. Abrí el libro, buscando la página donde lo había dejado la última vez.

De repente, el ruido de la secadora cesó, dejando un silencio sepulcral en la lavandería. Intenté concentrarme en las palabras impresas, pero entonces lo oí. Un ruido. Luego otro. Pasos acercándose por el pasillo.

Mi respiración se aceleró.

Los pasos se detuvieron justo en la entrada. Levanté la mirada y el libro con ella, este último en posición de lanzamiento, como si fuera el arma más letal de mi arsenal.

Y allí estaba él. Ryker, con una cesta de ropa bajo el brazo y una expresión divertida en el rostro. Nos quedamos mirándonos sin decir nada, como dos idiotas en un concurso para ver quién aguantaba más la respiración.

—¿Me vas a tirar el libro? —preguntó finalmente, señalando mi improvisada arma—. Pareces asustada.

Lo bajé lentamente, sintiendo cómo me ardían las mejillas. Maravilloso. Justo la persona a la que llevaba una semana evitando, atrapada conmigo en la lavandería del infierno.

El universo tenía un sentido del humor retorcido.

—No —respondí, tratando de aparentar dignidad—. Solo... marcaba la página.

—Claro —asintió con una sonrisa que decía claramente que no me creía ni una palabra.

Avanzó hacia la secadora que acababa de detenerse. Era suya, por supuesto. Porque el destino no podía conformarse con que me lo encontrara; tenía que hacer que lleváramos coincidiendo allí un buen rato sin saberlo.

—Si vas a usar un libro como arma, al menos que sea uno contundente —comentó mientras abría la puerta de la secadora.

—Tiene ochocientas páginas —respondí, agitándolo ligeramente—. Podría noquear a alguien con esto.

Ryker se rio, un sonido grave y real que hizo que algo se removiera en mi estómago.

—Eso explica por qué lo llevas como si fuera una mancuerna —dijo sacando su ropa perfectamente seca y doblándola con esa precisión que solo podría tener alguien con TOC no diagnosticado.

Intenté volver a mi lectura, fingiendo una concentración que estaba muy lejos de sentir, pero mis ojos traicioneros se desviaban cada dos por tres hacia él. Hacia la forma en la que sus brazos se flexionaban al doblar una camiseta o cómo fruncía ligeramente el ceño cuando algo no quedaba perfectamente alineado.

—¿Te recuperaste bien de la resaca? —preguntó sin levantar la mirada de su tarea.

La pregunta me pilló desprevenida.

—Sí —respondí tras un momento—. Aunque con unas cuantas neuronas menos.

—Me lo imagino —asintió, colocando una camiseta perfectamente doblada en la cesta—. El tequila suele tener ese efecto.

Nos quedamos en silencio, un silencio tan incómodo que casi podía cortarse con un cuchillo. Él seguía doblando su ropa, y yo seguía pretendiendo que podía leer mientras el corazón me martilleaba tan fuerte que seguramente podía oírlo hasta la señora del tercero.

—¿Has ido a trabajar hoy? —preguntó finalmente, rompiendo el silencio.

—Sí —respondí agradecida por la pregunta normal, cotidiana—. Turno completo.

—Con razón había tanto silencio en el edificio —dijo con esa sonrisa ladeada suya—. Nadie cantando a Taylor Swift a todo volumen ni discutiendo con las series de Netflix.

—Ja, ja —respondí poniendo los ojos en blanco—. Muy gracioso, don Musculín.

—Ya sabes, dicen que soy el alma de la fiesta —replicó mientras metía la última prenda en su cesta.

No sabía si estaba flirteando o simplemente siendo amable, pero, fuera lo que fuese, me estaba poniendo increíblemente nerviosa. Como si tuviera quince años y estuviera hablando con el chico más guapo del instituto, no con mi vecino, del que se suponía que no quería enamorarme.

—Por cierto —dijo, apoyándose en la secadora con ese aire casual que solo él podía tener, como si estuviera posando para un catálogo de ropa interior—, ahora que nuestros mejores amigos están saliendo, deberíamos intentar llevarnos mejor. Ya sabes, por ellos.

Lo miré como si me acabara de proponer lanzarnos en paracaídas desde la azotea.

—No existe ninguna regla que diga eso —respondí, negando con la cabeza—. Pueden salir perfectamente mientras nosotros seguimos... como estamos.

—¿Odiándonos cordialmente?

—Exacto —asentí, fingiendo concentrarme de nuevo en mi libro—. Funciona perfectamente para mí.

—Sería lo más lógico, princesita —continuó, sin darse por vencido —. Piénsalo, si acaban casándose...

—¿Casándose? —Casi me atraganté con mi propia saliva—. ¿No vas un poco rápido?

Llevan saliendo unas pocas semanas.

—Es una hipótesis —aclaró, encogiéndose de hombros—. Pero, si llegara a pasar, ¿te imaginas las fotos de la boda? Tú y yo en esquinas opuestas, lanzándonos miradas asesinas mientras ellos cortan la tarta.

Hice un gesto exagerado, como si estuviera a punto de vomitar.

—Aj, bodas —murmuré—. Lo que me faltaba.

Ryker me miró con curiosidad, ladeando ligeramente la cabeza como un cachorro confundido.

—¿No te gustan las bodas?

—Las detesto —confirmé, cerrando el libro sobre mi regazo—. Todo ese rollo de «hasta que la muerte os separe», los vestidos pomposos, la gente emborrachándose y haciendo el ridículo... No, gracias.

—¿Así que nunca te vas a casar?

—Exacto. Prefiero a Peluso y a los posibles cuarenta gatos más que seguramente adoptaré. Seré la loca de los gatos del edificio y me parecerá genial.

Ryker soltó una carcajada, una de esas risas profundas que parecían salir de lo más hondo de su pecho.

—Vale, me lo apunto —dijo, asintiendo como si acabara de darle una información valiosísima—. Audra Emrin: enemiga jurada de las bodas y futura señora de los gatos.

—Exactamente —confirmé, y no pude evitar sonreír un poco. Una sonrisa minúscula, microscópica. Casi inexistente, de verdad.

Entonces recordé algo que llevaba días dándome vueltas en la cabeza.

—Oye, ¿tu gimnasio está bien? —pregunté de sopetón.

Ryker parpadeó, claramente confundido por el cambio brusco de tema.

—¿A qué te refieres? Es un gimnasio normal.

—Ya, pero... —Dudé, sin saber muy bien cómo formular la pregunta sin sonar como una completa ignorante—. ¿Hay muchos trogloditas haciendo ruidos más fuertes que cuando practican sexo?

Su cara de sorpresa dio paso a una carcajada.

—Hay de todo —respondió finalmente, secándose una lágrima imaginaria—. Desde el que levanta dos kilos y grita como si estuviera pariendo a trillizos, hasta la señora de setenta años que hace más peso que todos los veinteañeros juntos. ¿Por qué lo preguntas?

Me encogí de hombros, intentando parecer casual.

—Estaba pensando en probar eso de ir a un gimnasio —confesé como quien admite un pecado mortal—. Ya sabes, por variar un poco mi rutina de subir ocho pisos jadeando como un perro.

Ryker me miró con las cejas enarcadas y una sonrisa que me dieron ganas de borrarle de un puñetazo.

—¿Estás admitiendo que no puedes subir las escaleras sin quedarte sin aliento?

—No estoy admitiendo nada —repliqué cruzándome de brazos—. Solo digo que podría estar... mejor físicamente.

—Eres más testaruda que una mula, ¿lo sabías?

—Me lo han dicho alguna que otra vez.

Nos quedamos en silencio unos segundos, mirándonos mutuamente, como evaluándonos. Casi podía oír los engranajes de su cerebro funcionando.

—Mi gimnasio tiene día de prueba —dijo finalmente—. Por si quieres probar antes de comprometerte.

—¿En serio?

—Sí —asintió—. De hecho, voy mañana por la mañana, si quieres venir conmigo.

Mi cerebro hizo cortocircuito. ¿Ryker Lancer me estaba invitando a ir al gimnasio con él? ¿El mismo Ryker al que llevaba evitando una semana como si tuviera la peste bubónica? ¿El mismo Ryker al que le había confesado borracha que no quería enamorarme de él?

«Di que no —me gritaba la voz de la razón en mi cabeza—. Inventa una excusa, huye, finge un desmayo, lo que sea».

—Supongo que sí, que bien —respondí, traicionando a cada célula sensata de mi cuerpo.

Espera. ¿Qué? ¿Acababa de aceptar ir al gimnasio con él? ¿YO? ¿La misma que consideraba que bajar a por el correo era ejercicio suficiente para toda la semana? ¿La que había usado su bicicleta estática exclusivamente como perchero durante los últimos dos años?

Dios santo, ¿en qué narices me estaba metiendo?

—Genial —dijo él con una sonrisa que parecía genuinamente complacida—. Paso a buscarte a las siete.

—¿DE LA MAÑANA? —casi grité, provocando que mi voz retumbara en las paredes de la lavandería.

—Pues claro —respondió, como si fuera la hora más normal del mundo para estar despierto—. Es cuando está más vacío.

—Tú no eres humano —murmuré mientras hundía la cara entre las manos—. Nadie funciona a esas horas. Nadie normal, al menos.

—Venga ya, no es para tanto. Te traeré un café.

Levanté la cabeza, entrecerrando los ojos con suspicacia.

—¿De una buena cafetería?

—Por supuesto.

Y ahí estaba de nuevo ese revoloteo estúpido en mi estómago, como si tuviera una colonia de mariposas radiactivas dispuestas a montar una fiesta cada vez que él decía algo mínimamente agradable.

—Vale —concedí—. Pero si me despiertas antes de las seis y media, te mataré con el secador de pelo. Y no será bonito.

Ryker levantó las manos en señal de rendición, pero seguía sonriendo de esa manera que me hacía dudar de si me estaba tomando en serio o no.

—Trato hecho —dijo, y luego señaló hacia mi lavadora—. Por cierto, creo que tu colada ya ha terminado.

Efectivamente, la lavadora había dejado de girar hacía un rato y yo ni me había dado cuenta. Estaba demasiado ocupada teniendo una crisis interna sobre por qué narices acababa de aceptar pasar más tiempo voluntariamente con don Musculín.

Me bajé de la mesa con torpeza, casi resbalándome en el proceso, y me acerqué a la lavadora para recoger la ropa. Definitivamente tendría que usar la emergencia floral al día siguiente.

—Entonces, nos vemos mañana —dijo Ryker, recogiendo su cesta perfectamente organizada—. No lleves tacones al gimnasio.

—Ja, ja —respondí con sarcasmo—. Muy gracioso. No soy tan idiota.

—Solo me aseguro —replicó, dirigiéndose hacia la puerta—. Después de verte usar un pintalabios como llave, uno nunca sabe.

Antes de que pudiera responderle con alguna frase ingeniosa, ya había desaparecido por el pasillo, dejándome con la palabra en la boca y una sensación extraña en el pecho.

¿Qué acababa de pasar? ¿Habíamos tenido una conversación normal? ¿Sin insultos, sin pullas constantes, sin la tensión habitual? ¿Y encima había quedado con él para ir al maldito gimnasio?

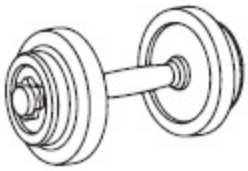
Quizá debería hacerme un TAC, porque claramente algo no funcionaba bien en mi cerebro.

Metí la ropa mojada en la secadora, programé el ciclo más rápido y volví a subirme a la mesa con mi libro. Pero no podía concentrarme. Las palabras bailaban ante mis ojos sin que pudiera retener ninguna, todas mezclándose con la imagen de Ryker sonriendo, de Ryker doblando la ropa con esa precisión absurda, de Ryker diciendo que sabía cómo me gustaba el café.

Estaba tan jodida. Tan tan jodida...

23

El peor entrenador personal de la historia



Ryker

Era la séptima vez que comprobaba la hora en mi reloj desde que había salido de la cafetería. Las siete menos cuarto. Ni siquiera sabía por qué me importaba tanto ser puntual para recoger a Audra. No era una cita. Ni siquiera era un plan agradable. Era, literalmente, ir a sudar como cerdos a las siete de la mañana, algo que ella claramente odiaría y de lo que me culparía durante semanas.

Entonces, ¿por qué narices la había invitado?

El ascensor se detuvo con un tintineo en la octava planta y yo salí con los dos cafés en la mano, maldiciendo mi bocaza. En algún momento entre doblar los calcetines y reírme de sus comentarios sobre bodas, mi cerebro había decidido que sería fantástico pasar más tiempo juntos. En el gimnasio. A primera hora.

Seguramente me odiaba. Yo me odiaría.

Me detuve frente a su puerta y respiré hondo antes de llamar. Al otro lado se oyeron unos gruñidos y lo que pareció una sarta de maldiciones.

—¡Ya voy, ya voy! —la oí gritar, seguido de un golpe y otra maldición—. Peluso, no te pongas en medio, luego nos vemos.

La puerta se abrió de golpe, revelando a una Audra que parecía recién salida de un anuncio de ropa deportiva. Llevaba unos leggins negros que se ajustaban a sus piernas y un top ajustado que dejaba ver una franja de su estómago. El pelo lo tenía recogido en una coleta alta. Estaba..., joder, estaba espectacular. Incluso con esa cara de querer asesinarme lentamente.

Tragué saliva, intentando que no se notara que acababa de escanearla de arriba abajo como un adolescente hormonado.

—Buenos días, princesita —saludé, ofreciéndole uno de los cafés —. ¿Lista para convertirte en una nueva mujer?

—Te odio tanto ahora mismo —murmuró cogiéndolo como si fuera la última gota de agua en el desierto—. Estas horas no son humanas, Lancer. Son horas de vampiros y psicópatas.

Sonreí mientras daba un sorbo a mi café, observando cómo ella prácticamente enterraba la nariz en el suyo, aspirando el aroma con los ojos cerrados.

—Venga, será divertido —dije, intentando sonar animado—. Una hora y estarás de vuelta.

Audra dio un largo trago a su café y soltó un gemido de placer que debería ser ilegal a esas horas de la mañana. O a cualquier hora, en realidad. Ese sonido me hacía pensar en cosas que no debería estar pensando sobre mi vecina cascarrabias.

—Dios, esto está buenísimo —suspiró con una expresión casi orgásmica—. Vale, puede que no te mate hoy. Pero solo porque me has traído café.

—Me conformo con eso —respondí al tiempo que evitaba fijarme en cómo su coleta se balanceaba cuando se movía, o en cómo los leggins resaltaban la curva de sus caderas.

Aquello iba a ser una tortura.

Caminamos en silencio hasta el ascensor. Una vez dentro, Audra se apoyó contra la pared, con los ojos medio cerrados, mientras seguía bebiendo su café a pequeños sorbos, como si intentara hacerlo durar lo máximo posible.

—Así que... —comenzó, rompiendo el silencio—, ¿voy a hacer el ridículo delante de un montón de culturistas o me has citado a esta hora infernal precisamente para evitar testigos?

—Un poco de las dos —admití con una sonrisa—. A estas horas suele estar bastante vacío. Solo algún madrugador como yo y la pandilla de jubilados de la clase de aquagym.

—¿Aquagym? —Sus ojos se iluminaron por primera vez esa mañana—. ¿Tienen piscina? Eso suena mucho mejor que las máquinas de tortura.

—Sí, pero la clase es a las nueve —la informé, disfrutando secretamente de su expresión de decepción—. Para ti tengo preparada una rutina de iniciación. Sin torturas, lo prometo.

El ascensor nos dejó en la planta baja con un último tintineo quejumbroso y salimos al fresco aire de la mañana. El cielo estaba empezando a clarear, tiñendo las nubes de tonos rosados y anaranjados. Era la hora que más me gustaba del día, cuando la ciudad aún parecía dormida, con solo algunos coches y los camiones de reparto interrumpiendo la calma.

Audra caminaba a mi lado, ligeramente encorvada dentro de su sudadera, con las manos firmemente aferradas a su vaso de café. No pude evitar sonreír.

—¿Cuánto vas al gimnasio? —preguntó sin mirarme directamente.

—Seis días a la semana —respondí, dando otro sorbo a mi café—. Es parte de mi rutina.

—Dios, qué horror —murmuró negando con la cabeza—. ¿No tienes nada mejor que hacer con tu tiempo? ¿Como dormir, por ejemplo?

—El ejercicio es bueno para el cuerpo y la mente —repliqué, reproduciendo el mantra que mi entrenador me había repetido durante años—. Y me ayuda a organizar mis pensamientos. Algunas de mis mejores ideas para el trabajo se me ocurren mientras levanto peso.

—Pues a mí las mejores ideas me vienen en la ducha —comentó ella—. O justo antes de dormir, cuando el cerebro está en ese punto entre la consciencia y la inconsciencia.

—Eso también funciona —concedí—. Pero créeme, después de una buena sesión, te sentirás como nueva.

—O como si me hubiera atropellado un camión —replicó con escepticismo.

Seguimos caminando en silencio, pero ya no era un silencio tan incómodo como el del principio. Era más bien... expectante. Como si ambos estuviéramos tratando de adivinar qué iba a decir el otro a continuación.

Por alguna razón que no acababa de entender, quería pasar más tiempo con ella. Quería conocerla mejor, más allá de nuestras discusiones y pullas habituales. Quería ver más de esa Audra desarmada y sincera que había aparecido brevemente aquella noche en mi sofá.

Porque había algo en ella, algo que me atraía como nunca me había atraído nadie. No era solo su físico, aunque obviamente me parecía preciosa. Era esa mezcla de dulzura y fiereza, esa forma de enfrentarse al mundo como si todo fuera un desafío, pero a la vez esa vulnerabilidad que asomaba en sus momentos de calma.

—¿Por qué me miras así?

—Lo siento —me disculpé, desviando la mirada rápidamente—. Solo estaba pensando qué ejercicios ponerte para empezar. Nada demasiado intenso para tu primer día.

—Más te vale —advirtió, señalándome con el dedo—. Porque si mañana no puedo moverme, iré a por ti. Y no será bonito.

No pude evitar reírme ante su amenaza. Había algo adorable en la forma en la que fruncía el ceño cuando intentaba parecer intimidante.

—Entendido, jefa.

Giramos la esquina y el gimnasio apareció ante nosotros: un edificio moderno con grandes ventanales. No era el más lujoso de la ciudad, pero tenía todo lo necesario y estaba lo suficientemente cerca de casa para ir andando.

Audra se detuvo en seco, observando el edificio como quien contempla el patíbulo donde va a ser ajusticiado.

—No parece tan malo —murmuró, más para sí misma que para mí, como intentando convencerse.

—No lo es —aseguré mientras colocaba una mano instintivamente en la parte baja de su espalda para guiarla hacia la entrada—. Es casi como un parque de atracciones, pero, en lugar de algodón de azúcar, hay batidos de proteínas.

Noté cómo se tensaba ligeramente y retiré la mano de inmediato, maldiciéndome por ese gesto automático. No estábamos en ese punto. Ni siquiera estaba seguro de que alguna vez llegáramos a estarlo.

—Si me haces sudar hasta deshidratarme, te juro que te perseguiré en tus pesadillas.

—Palabra de *scout* —respondí, levantando la mano derecha—. Será un entrenamiento suave. Y después, si quieres, podemos ir a

desayunar algo. Conozco un sitio cerca donde hacen unos gofres espectaculares.

Sus ojos se iluminaron ante la mención de los gofres.

—¿Con sirope de chocolate y nata?

—Con lo que quieras —concedí, abriendo la puerta del gimnasio para dejarla pasar—. Será tu recompensa por sobrevivir a tu primera clase con el peor entrenador personal de la historia.

—Pues mira, eso suena como un buen trato.

El gimnasio aún estaba prácticamente vacío, tal como había prometido. Solo un par de tipos levantando pesas en una esquina y una mujer en la elíptica que parecía tan fresca como si acabara de empezar, aunque por el sudor de su camiseta llevaba allí un buen rato.

—Bueno —dije, dejando mi mochila en una de las taquillas—, ¿empezamos con un poco de cardio para calentar?

Audra miró la hilera de cintas de correr como si fueran máquinas de tortura medieval.

—Define «un poco» —pidió, entrecerrando los ojos—. Porque mi idea de cardio es subir las escaleras del edificio cuando el ascensor no funciona, y ya has visto lo bien que me sienta eso.

—Diez minutos —prometí, levantando las manos en señal de paz —. Solo para que el cuerpo entre en calor. Ni siquiera tienes que correr, con caminar rápido vale.

Me miró como evaluando si podía confiar en mi palabra. Finalmente, con un suspiro, se dirigió a una de las cintas.

—Vale. Diez minutos. Pero si intento escapar, déjame ir.

La seguí, conteniendo una sonrisa. Audra subió a la cinta con cautela. Se agarró a las barras laterales con tanta fuerza que sus nudillos se pusieron blancos.

—¿Cómo se enciende este trasto? —preguntó mientras examinaba el panel con el ceño fruncido.

Me coloqué a su lado y pulsé el botón de inicio. La cinta comenzó a moverse lentamente.

—Empieza a caminar con normalidad —le indiqué—. Cuando te sientas cómoda, subiré un poco la velocidad.

Asintió y comenzó a caminar. Para mi sorpresa, le cogió el ritmo bastante rápido, aunque seguía aferrada a las barras como si su vida dependiera de ello.

—No está tan mal —comentó después de un minuto—. Es como pasear, pero sin ir a ninguna parte.

—Exacto —respondí apoyándome en la cinta contigua—. ¿Probamos a subir un poco?

—Supongo.

Pulsé el botón para aumentar la velocidad y la cinta aceleró ligeramente. Audra dio un respingo, pero adaptó su ritmo rápidamente.

—¡Eh! ¡Esto es demasiado! —protestó, aunque sus piernas seguían el ritmo sin problema.

—Venga ya, si lo estás haciendo genial —la animé—. Mira, ni siquiera estás sudando.

Pulsé de nuevo el botón, aumentando otro nivel.

—¡Lancer! —exclamó, fulminándome con la mirada mientras sus piernas se movían más rápido—. ¡Como sigas subiendo esto, me voy a caer de culo!

La cinta iba ahora a un ritmo de trote ligero, y Audra había soltado las barras para mover los brazos al compás. Su coleta se balanceaba con cada paso, y sus mejillas habían adquirido un tono rosado que le sentaba tremendamente bien.

—Te doy cinco dólares si aguantas a este ritmo los diez minutos completos —la desafié, cruzándome de brazos.

Ella soltó un bufido.

—¿Cinco dólares? ¿Es lo que vale mi sufrimiento? Cincuenta, como mínimo.

—Diez. Y te invito a un batido proteico después.

—Quince y el batido —regateó, sin perder el ritmo—. Y tiene que ser de chocolate.

—Hecho —acepté, sorprendido por su resistencia—. Te veo mejor de lo que esperaba.

—No te confíes —respondió, ya un poco más agitada—. Puedo parecer en forma, pero es una ilusión. Por dentro me estoy muriendo.

No pude evitar que mi mirada se desviara hacia su cuerpo en movimiento. El top se le había subido ligeramente, revelando más piel de su abdomen, y los leggins marcaban cada curva de sus piernas con cada zancada. Era imposible no mirarla. Y era igualmente imposible no sentirme como un completo pervertido por hacerlo.

Aparté la vista a toda prisa, fingiendo interés en ajustar los cordones de mis zapatillas.

—¿Cuánto tiempo llevamos? —preguntó, jadeando un poco.

Miré el cronómetro de la cinta.

—Cuatro minutos —respondí.

—¡¿SOLO?! —gritó, lo que provocó que la mujer de la elíptica nos mirara sobresaltada—. Me has timado, Lancer. Se suponía que esto iba a ser fácil.

Sonreí, disfrutando más de lo que debería de su indignación.

—Yo nunca he dicho que fuera a ser fácil —aclaré—. He dicho que sería suave. Y lo es, para ser un entrenamiento.

Aprovechando su distracción, pulsé el botón para subir otro nivel. La cinta aceleró y Audra dio un gritito ahogado, teniendo que aumentar bruscamente el ritmo para no caerse.

—¡TE VOY A MATAR! —exclamó, corriendo ya a un ritmo bastante decente—. ¡BAJA ESTO AHORA MISMO!

Sin esperar a que yo reaccionara, ella misma extendió la mano y pulsó repetidamente el botón para disminuir la velocidad, hasta que la cinta volvió a un ritmo de paseo rápido.

—Eso es trampa —protesté conteniendo la risa—. Estabas haciéndolo muy bien.

—No me importa —respondió, resoplando como un toro furioso—. Si quieres que siga aquí, la velocidad la controlo yo.

Sus mejillas ya no estaban solo rosadas, sino completamente rojas, y algunos mechones de pelo se habían soltado de su coleta, pegándose a su frente sudorosa. Y, aun así, seguía pareciéndome guapísima. ¿Qué narices me pasaba? Ninguna mujer debería verse atractiva sudando como si acabara de correr una maratón, y, sin embargo, ella lo conseguía.

—¿Por qué no te pones tú a correr? —sugirió con malicia—. Ya que pareces tener tanta energía esta mañana.

—Yo ya hice mi sesión de cardio ayer —respondí, apoyándome con más comodidad contra la cinta contigua—. Hoy solo soy tu entrenador personal.

—Pues vaya mierda de entrenador —murmuró, aunque la vi sonreír ligeramente.

A pesar de sus quejas, siguió caminando a buen ritmo durante los seis minutos restantes. Cuando el cronómetro marcó los diez minutos, pulsé el botón de parar y la cinta fue ralentizándose hasta detenerse.

Audra se dejó caer sobre el panel de control, jadeando como si acabara de subir el Everest.

—Dios —resopló—. Creo que voy a morir.

—Has estado genial —la felicité con sinceridad—. Para ser tu primera vez, estás en mejor forma de lo que pensaba.

Me lanzó una mirada asesina desde su posición encorvada.

—Es el odio lo que me impulsa —respondió—. Las ganas de estrangularte me dan fuerzas extra.

No pude evitar reírme.

—Bueno, pues canaliza ese odio —le aconsejé, ofreciéndole una botella de agua que había traído—. Porque ahora viene lo divertido.

Cogió la botella y bebió.

—¿Lo divertido? —preguntó con recelo—. ¿Qué entiende un sádico como tú por divertido?

—Pesas —respondí, señalando la zona de entrenamiento de fuerza —. Vamos a hacer un circuito básico: sentadillas, peso muerto, *press* de banca... Lo típico.

Audra me miró como si acabara de sugerirle que nos lanzáramos desde la azotea.

—¿Te he dicho ya cuánto te odio? —preguntó, secándose el sudor de la frente con el dorso de la mano.

—Unas cuantas veces —admití, cogiéndola suavemente del codo para guiarla hacia la zona de pesas—. Pero estoy seguro de que encontrarás formas nuevas y creativas de decírmelo en los próximos cuarenta minutos.

La zona de pesas estaba un poco más concurrida que cuando habíamos llegado. Un par de tipos que parecían culturistas profesionales levantaban pesos en los bancos, y una chica hacía sentadillas en la jaula de potencia. Noté cómo Audra se tensaba ligeramente al ver a los otros usuarios.

—No te preocupes —le susurré al oído—. Todo el mundo está concentrado en lo suyo. Nadie se fija en los demás.

—Eso no es cierto —murmuró—. Tú llevas mirándome desde que hemos entrado.

Me quedé paralizado. ¿Se había dado cuenta? Intenté mantener la compostura, como si su comentario no me hubiera pillado completamente desprevenido.

—Es mi trabajo —repliqué, fingiendo indiferencia—. Soy tu entrenador hoy, ¿recuerdas?

—Ya, claro —contestó con una sonrisa maliciosa—. Por eso te quedas embobado cada vez que me agacho.

Sentí que me ardía la cara. Mierda. Era tan obvio que daba vergüenza.

—No sé de qué hablas —mentí descaradamente, dirigiéndome hacia una barra con discos pequeños—. Vamos a empezar con algo sencillo. Sentadillas con barra.

—¿Estás cambiando de tema, Lancer? —preguntó, siguiéndome con esa sonrisa que me ponía nervioso.

—Estoy siendo profesional —dije agarrando la barra—. A diferencia de ti, que pareces empeñada en distraerme.

—¿Yo? Pero si solo estoy aquí sufriendo, como me has pedido.

Coloqué la barra en el suelo y me situé frente a ella, intentando recuperar el control de la situación.

—Bien, empecemos con las sentadillas. Es un ejercicio fundamental que trabaja principalmente los cuádriceps, pero también los glúteos y la parte baja de la espalda.

—Fascinante —respondió ella con sarcasmo—. ¿Me vas a dar toda la clase teórica o pasamos a la práctica?

Ignoré su comentario y me coloqué en posición.

—Mira, se hace así —expliqué, realizando una sentadilla perfecta —. Pies separados a la anchura de los hombros, espalda recta, y bajas como si fueras a sentarte en una silla invisible. Luego subes empujando con los talones.

Audra me observaba con los brazos cruzados, frunciendo ligeramente los labios.

—Pareces uno de esos vídeos de fitness que nadie ve completos —comentó—. Solo que más presumido.

—¿Quieres aprender o no?

—Vale, vale —cedió, acercándose—. Enséñame, oh, gran maestro de las sentadillas.

Le mostré cómo colocarse con la barra, ajustándola sobre sus hombros. Era una barra ligera, apenas con dos discos pequeños, pero para ella era suficiente para empezar. El problema era que, para ayudarla a colocarse correctamente, tenía que tocarla. Y tocarla significaba estar demasiado cerca.

—La espalda tiene que estar recta en todo momento —le indiqué, colocando una mano en la parte baja de su espalda para corregir su postura—. Si la curvas, puedes lesionarte.

—Así que quieres que baje el culo manteniendo la espalda recta —resumió, mirándome por encima del hombro—. No parece tan complicado.

—Inténtalo —la animé, dando un paso atrás para observarla.

Audra inspiró profundamente y comenzó a bajar. Su técnica era sorprendentemente buena para ser la primera vez, aunque tendía a inclinarse demasiado hacia delante.

—Más abajo —le indiqué—. Intenta que tus muslos queden paralelos al suelo.

Ella gruñó, pero obedeció, bajando un poco más. Al subir, soltó un resoplido de esfuerzo.

—¿Así? —preguntó, claramente orgullosa de sí misma.

—No está mal para ser la primera —admití—. Pero tienes que mantener los talones pegados al suelo. Y la cabeza recta, mirando al frente.

—Demasiadas instrucciones —protestó—. Es como intentar patear la cabeza y rascarse la barriga a la vez.

—Es cuestión de práctica —la tranquilicé—. Venga, nueve más y pasamos al siguiente ejercicio.

Audra completó las diez sentadillas entre gruñidos y maldiciones, pero lo hizo. Cuando terminó, dejó la barra en el suelo con más fuerza de la necesaria y se llevó las manos a los muslos.

—Creo que no siento las piernas —jadeó, tambaleándose ligeramente—. ¿Esto es normal o me estoy muriendo?

La miré cruzándome de brazos.

—Es perfectamente normal —respondí, acercándome para ayudarla—. Tus músculos se están adaptando al esfuerzo.

—Mis músculos te odian —murmuró dando unos pasos temblorosos antes de dejarse caer dramáticamente sobre el banco de pesas más cercano, tumbándose como si fuera su lecho de muerte—. No puedo más, Lancer. Si me haces hacer una sola sentadilla más, vomitaré sobre tus zapatillas de marca.

No pude evitar reírme ante su teatralidad. Se veía adorable allí tumbada, con los brazos extendidos como una estrella de mar y los ojos cerrados en una expresión de absoluto sufrimiento.

—Venga, que solo nos quedan un par de ejercicios más y terminamos —la animé, acercándome al banco.

Audra abrió un solo ojo para mirarme y, con una lentitud deliberada, levantó el dedo corazón en mi dirección.

—Que te jodan, don Musculín. Tú y tus malditos ejercicios podéis iros a la mierda. Yo me quedo aquí hasta que alguien me lleve a

casa en camilla.

—¡Ryker! —Una voz familiar me llamó desde atrás—. ¿Eres tú, tío?

Me giré para encontrarme con Tobias, un compañero habitual del gimnasio con quien solía coincidir en las sesiones de entrenamiento. Era un tipo enorme, con unos músculos que parecían a punto de romper las costuras de su camiseta.

—¡Tobias! —respondí, estrechándole la mano con firmeza—. ¿Qué pasa, tío?

—Nada, aquí estoy, matándome como siempre —contestó con una sonrisa antes de dirigir la mirada hacia Audra, que seguía tumbada en el banco con cara de querer asesinar a alguien—. ¿Y tú? Veo que hoy no vienes solo.

Audra ni siquiera se molestó en incorporarse, simplemente giró la cabeza en nuestra dirección, como si el esfuerzo de levantarse fuera demasiado para ella.

—Es Audra —la presenté—. Mi vecina. La estoy iniciando en el noble arte del fitness.

—¿Tu vecina? —preguntó Tobias, evaluándola con la mirada—. Pensaba que era tu novia. Como nunca te he visto entrenar con nadie...

Antes de que pudiera responder, Audra soltó una carcajada tan fuerte que varias personas se giraron para mirar.

—¿Su novia? —repitió, incorporándose sobre los codos con renovada energía—. Por Dios, no. Soy su víctima del día. Me ha engañado para que venga a este antro de tortura prometiéndome café y gofres.

Tobias me miró con una sonrisa divertida y luego volvió a observar a Audra.

—Pues qué pena —comentó, rascándose la barba incipiente—. Por un momento pensé que Lancer había tenido suerte y había

encontrado a alguien que lo aguantara.

Audra soltó otra risita, esta vez menos dramática.

—No lo aguanto —aclaró, señalándome con un dedo acusador—. De hecho, lo detesto profundamente en este preciso momento. Especialmente sus malditas sentadillas.

—Parece que os lleváis bien —observó Tobias con una sonrisa cómplice.

—No te dejes engañar por las apariencias —repliqué, dándole un golpecito en el hombro—. Nos pasamos el día discutiendo. Las paredes de nuestro edificio son tan finas que puedo oírla cantar en la ducha. Y no tiene precisamente voz de soprano.

—¡Oye! —protestó Audra, lanzándome una mirada ofendida—. Mi voz es perfectamente decente. No es culpa mía que tengas el oído tan fino como las paredes.

Tobias nos miró alternativamente.

—Me caes bien —le dijo a Audra, extendiendo su mano hacia ella —. Cualquiera que pueda poner a Ryker en su sitio merece mi respeto.

Ella estrechó su mano, enderezándose un poco más en el banco.

—Gracias —respondió con una sonrisa—. Aunque ahora mismo mi único objetivo es sobrevivir a esta tortura. ¿Siempre es así de sádico?

—Oh, solo estás viendo su lado amable —confirmó Tobias—. Deberías verlo cuando entrena de verdad. Es un auténtico sargento.

Puse los ojos en blanco, pero no pude evitar sonreír. No era común que alguien me tomara el pelo de ese modo, y menos delante de otra persona.

—Vale, vale —intervine, cruzándome de brazos—. No sé quién es peor de los dos.

Tobias soltó una carcajada y me dio una palmada en la espalda que casi me hizo tambalearme.

—Por cierto —dijo, dirigiéndose a mí de nuevo—, ¿qué ha pasado con tu rutina? ¿No deberías estar levantando el triple de tu peso corporal a estas horas?

—Hoy solo estoy supervisando —expliqué, señalando a Audra con un gesto de la cabeza—. Entrenamiento básico para principiantes.

—Entiendo —respondió, guiñándome un ojo de forma nada sutil —. Bueno, os dejo seguir con lo vuestro. Ha sido un placer conocerte, Audra.

—Igualmente —respondió ella, dejándose caer de nuevo sobre el banco en cuanto Tobias se alejó—. Ahora, ¿podemos dar por finalizada esta pesadilla? Creo que mis músculos han presentado una demanda colectiva contra mí.

Me acerqué a ella y le tendí la mano para ayudarla a levantarse.

—Te propongo un trato —dije—. Hacemos cinco minutos de estiramientos y luego nos vamos directamente a por esos gofres que te prometí.

Audra entornó los ojos, como evaluando si podía confiar en mi palabra.

—¿Estás intentando engañarme para hacer más ejercicio? —preguntó con sospecha.

—No, lo digo en serio —prometí, manteniendo mi mano tendida—. Los estiramientos son importantes para evitar lesiones y reducir las agujetas de mañana. Y después, gofres con todo lo que quieras por encima.

Ella suspiró dramáticamente, pero aceptó mi mano y se incorporó con un gemido de esfuerzo.

—Vale.

La guie hacia la zona de esterillas, que afortunadamente estaba bastante vacía a esas horas. Le mostré algunos estiramientos básicos: cuádriceps, isquiotibiales, gemelos y espalda. Para mi sorpresa, era bastante flexible, especialmente en las piernas.

—Vaya —comenté mientras ella mantenía una posición de estiramiento lateral sin aparente dificultad—. Se te da bien esto.

—Solía hacer yoga —explicó, cambiando de posición—. Hace tiempo, cuando aún tenía ganas de ser una persona funcional.

—¿Y por qué lo dejaste?

Su expresión se tornó más seria.

—Cosas que pasan —respondió vagamente—. Un día dejas de ir a una clase, luego a otra y cuando te das cuenta, ya no recuerdas ni cómo hacer un saludo al sol.

Detecté que había algo más en esa historia, pero no quise presionar. Todos teníamos nuestros temas delicados.

—Pues deberías retomarlo —comenté, cambiando a un estiramiento de brazos—. Se te da bien.

—Gracias —dijo simplemente, y por un momento vi algo en sus ojos que no había visto antes. Una especie de vulnerabilidad que me hizo querer protegerla.

Terminamos los estiramientos en silencio, pero era un silencio cómodo, sin la tensión habitual entre nosotros. Cuando acabamos, Audra dejó escapar un largo suspiro de alivio.

—Vale, he cumplido mi parte —declaró, poniéndose en pie con cierta dificultad—. Ahora me debes los mejores gofres de la ciudad, y no acepto menos.

—Trato hecho —respondí, recogiendo nuestras cosas—. Conozco el sitio perfecto.

No sabía exactamente qué significaba ese cambio ni adónde nos llevaría, pero por primera vez en mucho tiempo sentía algo parecido

a la esperanza. Y eso, aunque me asustaba, también me hacía sonreír como un idiota.

24

Si tengo que estar confundida, al menos que sea con chocolate



Audra

—Esto es lo más cerca que he estado de tener un orgasmo en público —murmuré con la boca llena, cerrando los ojos en éxtasis mientras saboreaba el bocado de gofre.

Y no era una exageración. Ese dulce cargado de nata, fresas y sirope de chocolate era posiblemente la experiencia gastronómica más intensa de mi vida. O quizá fuera que estaba tan hambrienta después de la tortura física que cualquier comida me habría sabido a gloria.

—¿Siempre dices cosas así cuando comes? —preguntó Ryker con una sonrisa divertida, limpiándose una mancha de sirope de la comisura de los labios.

—Solo cuando merece la pena —respondí, señalando mi plato con el tenedor—. Y esto definitivamente merece la pena. Casi casi

compensa que me hayas obligado a sudar como un pollo en un asador.

Cuando el camarero nos había traído la carta, pensé que Ryker querría algo saludable, proteico y aburrido. Por eso casi me atraganté cuando lo oí pedir el Triple chocolate con extra de nata montada y frutos rojos y un batido de chocolate. Yo, por supuesto, no iba a quedarme atrás, y me decidí por el Strawberry Temptation, básicamente un monumento al exceso con fresas, chocolate blanco, nata y galletas desmenuzadas por encima, y un batido.

—¿No deberíamos haber pedido algo más nutritivo después de entrenar? —pregunté mientras clavaba mi tenedor en otra porción obscenamente grande—. Pensaba que serías de esos puristas que solo comen claras de huevo y pechuga de pollo hervida.

Ryker soltó una carcajada que me hizo sentir un extraño cosquilleo en el estómago.

—Hay momentos para las proteínas —respondió, cortando un trozo de su gofre—, y momentos para el placer.

—Vaya, don Disciplina tiene su lado rebelde —bromeé, sorprendida por ese Ryker que no conocía, ese que comía gofres con triple de chocolate a las nueve de la mañana sin aparente remordimiento.

—No soy tan aburrido como crees —dijo guiñándome un ojo.

Y, maldita sea, ese guiño hizo que algo revoloteara en mi interior. Algo que no debería estar revoloteando, bajo ningún concepto.

—Ya lo veo —murmuré concentrándome en mi plato para evitar mirarlo—. Primero descubro que tienes un sentido del humor oculto tras esa fachada de robot, y ahora resulta que también comes carbohidratos. ¿Qué más secretos guardas, Lancer?

—Si te los contara todos, perdería mi aura de misterio —respondió inclinándose ligeramente sobre la mesa—. Y eso sería una pena.

Su voz había adquirido un tono más grave, casi íntimo, que me provocó un escalofrío. Aquello se estaba volviendo peligroso. Estábamos coqueteando. Claramente estábamos coqueteando. Y yo no debería estar disfrutándolo tanto.

Para romper la tensión que se había creado entre nosotros, hice lo más maduro que se me ocurrió: extendí mi tenedor y robé un trozo de su gofre.

—¡Eh! —protestó, abriendo mucho los ojos—. ¡Eso es robo a mano armada!

—Mmm... —Saboreé el bocado robado con exagerada satisfacción —. No está mal, pero el mío es mejor.

—Permíteme comprobarlo —repuso, y antes de que pudiera reaccionar, su tenedor se había clavado en mi preciado gofre, llevándose un trozo con extra de nata.

—¡Oye! —exclamé, intentando proteger mi plato con los brazos—. ¡Esto es la guerra, Lancer!

Él se rio mientras masticaba, asintiendo con aprobación.

—Tienes razón, el tuyo está mejor —admitió—. Más fresco.

—Te lo dije —respondí, satisfecha de haber ganado al menos en la categoría de elección de gofres—. Ahora devuélveme lo que me has robado.

—Lo siento, ya no existe —contestó, señalando su boca con una sonrisa burlona—. Se ha desintegrado en mi estómago.

—Entonces tendré que solicitar una compensación —declaré, aprovechando que estaba distraído para robarle otro trozo, esta vez más grande.

—¡Eso no es justo! —protestó, aunque seguía sonriendo—. Es mucho más grande que el que yo te he quitado.

—La vida no es justa, Musculín —respondí, masticando con satisfacción—. Especialmente para los ladrones de gofres.

Y así comenzó una ridícula batalla de tenedores, con cada uno defendiendo su plato mientras intentaba asaltar el del otro. En algún momento, Ryker consiguió untarme la punta de la nariz con nata, y yo le devolví el favor dejándole un bigote blanco que lo hacía parecer un Santa Claus joven y en forma.

No recordaba la última vez que me había reído tanto. Era absurdo, infantil y completamente fuera de lugar para dos adultos en una cafetería, pero no podía parar. Y lo más sorprendente era verlo a él así, relajado y juguetón.

Me gustaba ese Ryker. Me gustaba mucho más de lo que debería.

—¡Tregua, tregua! —pidió finalmente, levantando las manos—. A este paso nos echarán del local.

—Cobarde —repliqué, aunque también dejé mi tenedor sobre la mesa—. Justo cuando empezaba a divertirme.

Él se pasó una servilleta por el bigote de nata, pero solo consiguió esparcirla más.

—Espera, lo estás empeorando —dije entre risas—. Deja que te ayude.

Sin pensar, estiré la mano con una servilleta y le limpié la boca con cuidado. Fue un gesto automático, como el que harías con un amigo, pero cuando nuestras miradas se encontraron, algo cambió. De pronto, fui dolorosamente consciente de la intimidad del momento, de lo cerca que estaban nuestros rostros, de cómo su mirada se había vuelto más intensa.

—Gracias —murmuró cuando retiré la mano, y su voz sonó diferente, más profunda.

—De nada —respondí, volviendo a mi sitio rápidamente—. No podía dejarte con esa pinta de Santa Claus.

Ryker sonrió, pero había algo distinto en su expresión, como si también él fuera consciente del momento que acabábamos de

compartir.

—Deberíamos inmortalizar este desayuno —sugirió sacando su móvil— para enviarle pruebas al grupo de que no nos hemos matado mutuamente.

—Aún —añadí, cogiendo mi tenedor de nuevo—. No nos hemos matado mutuamente aún.

—Cierto —concedió, preparando la cámara—. Acércate, que salgamos los dos.

Me incliné sobre la mesa, aproximándome a él para entrar en el encuadre. Justo cuando iba a sonreír, tuve una idea mejor.

—Espera —dije levantando mi tenedor como si estuviera a punto de clavárselo—. Así es más realista.

Ryker captó la idea al vuelo y fingió una expresión de terror mientras yo ponía mi cara de psicópata más convincente. El resultado fue una foto ridícula: yo amenazándolo con el tenedor, él con cara de pánico, y ambos con restos de nata y sirope por todas partes.

—Perfecta —declaró, revisando la imagen—. Esto les dará algo de que hablar.

Abrió el chat que teníamos los cuatro.

—¿Qué pongo? —preguntó, mirándome con complicidad.

—«Sobreviviendo al gimnasio y a los intentos de asesinato con cubiertos» —sugerí.

Él asintió, sonriendo mientras escribía algo similar. Cuando envió la foto, no pasaron ni diez segundos antes de que apareciera la respuesta de Elaila:

> **Elaila:** ¿QUÉ ESTÁ PASANDO AQUÍ? Audra, ¿eres tú? ¿Te han secuestrado? ¡LLAMA A LA POLICÍA SI ESTÁS EN PELIGRO!

Y justo después, Ender:

Ender: ¿Ha helado en el infierno y nadie me ha avisado? Esto es más impactante que veros pelear.

No pude evitar reírme al leer sus reacciones.

—Creo que les hemos dado un disgusto —comenté, dando un sorbo a mi batido de chocolate—. Deberían tener más fe en nuestra capacidad para comportarnos como adultos civilizados.

—¿Somos adultos civilizados? —preguntó Ryker, alzando una ceja —. Porque hace cinco minutos estábamos en una guerra de tenedores.

—Bueno, no les contemos esa parte —respondí, guiñándole un ojo —. Dejemos que piensen que somos personas maduras y sensatas.

Mi teléfono vibró con una llamada entrante. Era Elaila, por supuesto.

—No pienso contestar —declaré, silenciando el móvil—. No estoy preparada para el interrogatorio.

—¿Tienes miedo de lo que pueda preguntarte?

—No es miedo. Es instinto de supervivencia. Elaila es como un detector de mentiras humano. Una sola palabra y sabría exactamente lo que estoy pensando.

—¿Y qué estás pensando?

«Que me gustas más de lo que debería. Que verte reír hace que quiera seguir haciéndote reír. Que esto se está volviendo peligrosamente adictivo».

—Que estos son los mejores gofres que he probado nunca —respondí, optando por la respuesta segura—. Y que quizá, solo quizá, no ha sido tan horrible ir al gimnasio contigo.

Su sonrisa se ensanchó, y sentí ese maldito revoloteo otra vez.

—¿Significa eso que repetirías?

Debería haber dicho que no. Debería haber puesto distancia. Debería haber recordado todas esas promesas que me había hecho a mí misma sobre no enamorarme de él, sobre no complicar las cosas, sobre proteger mi corazón.

Pero, en lugar de eso, como la idiota que soy, me oí responder:

—Tal vez. Siempre que el plan incluya gofres después.

Y cuando lo vi sonreír, supe que acababa de tomar otra decisión estúpida.

Pero, por alguna razón, no podía arrepentirme.



Me desplomé en el sofá como si hubiera corrido una maratón, aunque la única actividad física que había hecho —aparte de la tortura matutina con Ryker— era darme una ducha y ponerme el pijama. Envuelta en mi manta favorita, con estampado de estrellas, apunté con el mando a la tele y puse la última temporada de *You*. Me encantaba ver a Joe Goldberg en sus neuras obsesivas, quizá porque me hacía sentir que las mías propias eran menos preocupantes en comparación.

Peluso saltó al sofá y se instaló sobre mi regazo, como el rey que creía ser, llevando un jersey azul marino que hacía juego con mis pantuflas. Lo acaricié distraídamente mientras miraba la serie, pero mi mente estaba a kilómetros de distancia de los retorcidos pensamientos de Joe.

No podía dejar de pensar en esa mañana. En Ryker riéndose mientras batallábamos con los tenedores. En su cara cuando le limpié la nata de la boca. En la forma en la que me había mirado

cuando nos despedimos en el portal, como si quisiera decir algo más, pero se hubiera arrepentido en el último segundo.

Era absurdo cómo una simple mañana, un desayuno tonto con gofres, podía darle la vuelta a todo lo que creía saber sobre alguien. Siempre había visto a Ryker como el vecino insufrible, el creído obsesionado con el orden y la perfección. Y ahora, de repente, había descubierto que tenía sentido del humor, que podía reírse de sí mismo, que sabía escuchar.

—Esto es una locura, Peluso —susurré, rascándole detrás de las orejas—. ¿Desde cuándo Ryker Lancer me hace reír? ¿Desde cuándo accedo a volver a ese antro de tortura que llaman gimnasio?

Él me miró con esos ojos enormes que parecían decir «los humanos sois incomprensibles», antes de volver a acurrucarse en mi regazo.

En la tele, Joe estaba espiando a su nueva obsesión a través de una ventana, pero ni siquiera sus monólogos internos podían mantener mi atención. Mi móvil no había dejado de vibrar desde que habíamos subido la foto al grupo, con Elaila exigiendo explicaciones y amenazando con presentarse en mi casa si no le contaba qué estaba pasando.

«Como si yo misma lo supiera», pensé suspirando. No entendía qué me estaba ocurriendo, y eso me aterraba. Era más fácil odiar a Ryker, tenerlo clasificado en la casilla de «vecino irritante» que empezar a verlo como alguien que podría... ¿Qué? ¿Importarme? La idea me provocaba un nudo en el estómago.

El telefonillo sonó, lo que me hizo dar un respingo tan brusco que Peluso saltó de mi regazo, ofendido.

—¿Puedes ir tú? —le pregunté al gato, que me miró como si acabara de sugerirle que se pusiera a trabajar para pagar su comida.

El telefonillo volvió a sonar con insistencia.

—Vale, vale, ya voy —gruñí, desenvolviendo la manta y arrastrando los pies hasta la entrada—. ¿Quién es?

—¿En serio, Audra? —La voz de Elaila sonó indignada al otro lado —. ¿Has ignorado mis veintisiete mensajes y ahora preguntas quién es? ¿Esperabas a otra persona?

Puse los ojos en blanco, aunque no pudiera verme. Conocía ese tono. Era el que usaba cuando estaba a punto de someterme a un interrogatorio del que no habría escapatoria.

—¿Vienes a interrogarme? Porque no estoy de humor para un tercer grado.

—Vengo a traerte el vestido que me prestaste —respondió, y casi pude imaginarla poniendo esa cara de falsa inocencia—. El verde.

Suspiré. Era una excusa tan evidente que daba hasta vergüenza. Se lo había prestado hacía meses.

—Claro, sube. —Pulsé el botón para abrirle y me quedé esperando junto a la puerta abierta.

A los pocos minutos, Elaila apareció por las escaleras, sorprendentemente sin jadear, a pesar de los ocho pisos. ¿Es que nadie más que yo sufría subiendo esas malditas escaleras?

—Podrías usar tus llaves, ¿sabes? Las que te di para emergencias —comenté cuando llegó a mi puerta.

—Las tengo en casa —respondió con una sonrisa pícara, sacudiendo la percha con el vestido—. No las llevo encima. Además, por si acaso quería comprobar que no tuvieras compañía masculina de buen ver.

Me reí, negando con la cabeza.

—La única compañía masculina que tengo es un gato sin pelo con complejo de divo. —Señalé hacia Peluso, que se había instalado sobre el respaldo del sofá y nos observaba como un emperador romano contempla a sus súbditos.

Mi amiga colgó el vestido en el perchero de la entrada y se quitó la chaqueta. En cuanto lo hizo, se abalanzó sobre Peluso.

—¡Mi gordito precioso! —exclamó, cogiéndolo en brazos y dándole besos en la cabeza calva—. ¿Cómo está el gato más guapo del universo? ¿Te cuida bien tu humana desastrosa?

Peluso, que normalmente odiaba que lo manosearan, hacía una excepción con ella. Se dejaba besuquear como si fuera un peluche, el muy traidor.

—Un día de estos me va a abandonar por ti —comenté, volviendo a acomodarme en el sofá.

—Es que sabe reconocer la calidad —respondió, sentándose a mi lado con Peluso en su regazo—. Bueno, ¿vas a contarme qué narices ha pasado esta mañana o tengo que sacártelo con sacacorchos?

Me tensé de inmediato. Una cosa era reconocerme a mí misma que quizá Ryker no era tan horrible, y otra muy distinta era admitirlo en voz alta, especialmente frente a Elaila, que tenía un radar infalible para detectar cualquier cambio emocional.

—No ha pasado nada —respondí con demasiada rapidez, lo que, por supuesto, fue como agitar una bandera roja delante de mi amiga.

Sus ojos se entornaron, olfateando la mentira como un sabueso.

—Audra Emrin, te conozco desde que teníamos cinco años y decidiste que estabas enamorada del niño que te rompió la nariz en el patio —dijo señalándome con un dedo acusador—. Sé cuándo me estás ocultando algo, así que empieza a hablar o te juro que me como todos los cereales de chocolate que guardas para emergencias.

—No te atreverías.

—Ponme a prueba.

Suspiré, hundiéndome más en el sofá. La maldición de las amistades de toda la vida: que te conocen mejor que tú misma.

—Vale, pero no es nada del otro mundo —cedí, jugueteando con el borde de la manta—. Solo fuimos al gimnasio, como viste en la foto, y después a desayunar. Fin de la historia.

—Audra —replicó ella—, hace exactamente tres días me dijiste, y cito textualmente: «Prefiero bañarme en ácido que pasar un minuto más con ese imbécil obsesionado con los músculos». Y ahora me entero de que has ido voluntariamente al gimnasio con él. Y luego a desayunar. Y encima te has hecho una foto en la que pareces estar pasándotelo bien. Así que, o bien me has estado mintiendo, o te han abducido los alienígenas y te han cambiado el cerebro.

Mi mente buscó a toda prisa una explicación que no revelara lo confundida que me sentía realmente. Porque ni yo misma entendía del todo por qué había aceptado ir, por qué había disfrutado tanto, por qué no podía dejar de pensar en ello.

—No me han abducido —murmuré—. Solo..., no sé. Fue todo muy espontáneo. Me lo propuso en la lavandería anoche y acepté sin pensar mucho.

Con Peluso en su regazo, Elaila me lanzó una mirada que oscilaba entre la preocupación y la curiosidad.

—¿Y te gustó? —dijo al fin.

—¿El gimnasio? —intenté hacerme la tonta—. Fue horrible. Creo que mañana no podré moverme.

—Sabes perfectamente a qué me refiero —replicó—. ¿Te gustó pasar tiempo con él?

Dudé. ¿Me había gustado? Sí, claro que sí. Había sido divertido, fácil, como si hubiéramos hecho eso mil veces antes. Como si siempre hubiera estado ahí, esa otra versión de nosotros en la que

no nos odiábamos, en la que podíamos reírnos juntos. Pero admitirlo era abrir una puerta que no estaba segura de querer cruzar.

—No estuvo mal —concedí finalmente, encogiéndome de hombros —. Es más soportable cuando no presume de su cuerpo y su vida perfectamente ordenada.

Elaila dejó a Peluso sobre un cojín y se giró para mirarme a los ojos.

—Audra, voy a preguntártelo una vez, y quiero que seas sincera. —Su voz se volvió seria—. ¿Te gusta Ryker?

¿Me gustaba? ¿Era atracción física lo que sentía cuando lo veía salir del gimnasio con la camiseta pegada al cuerpo? ¿O era algo más, algo que había empezado a crecer sin que me diera cuenta, como una de esas plantas invasoras que un día descubres trepando por tu pared?

—¡No! —exclamé con demasiada vehemencia—. Es decir, es guapo, obviamente. Hay que ser ciega para no verlo. Pero no me gusta de esa manera.

—Entonces, ¿de qué manera te gusta? —insistió.

—No me... —Resoplé frustrada—. Vale, quizá no es tan capullo como pensaba. Quizá puedo tolerarlo más de lo que creía. Pero eso no significa nada.

—No te estoy pidiendo que signifique algo —respondió con suavidad—. Solo quiero saber qué está pasando realmente.

—¡No está pasando nada! —Me incorporé bruscamente—. Solo estamos intentando ser civilizados, como adultos normales. Por vosotros, ya sabes, para que no sea incómodo cuando quedemos los cuatro.

—Audra —me miró con esa expresión que ponía cuando sabía que me estaba mintiendo a mí misma—, te estás cerrando otra vez.

—No me estoy cerrando —negué, cruzándome de brazos.

—Sí lo estás haciendo —insistió—. Te conozco. Cada vez que algo empieza a importarte, levantas tus murallas y pretendes que no te afecta.

—Eso no es verdad.

—¡Claro que lo es! —Su tono se elevó ligeramente—. Después de lo de Elio...

—No metas a Elio en esto.

El nombre de Elio aún tenía el poder de herirme, de traer de vuelta todos los recuerdos que intentaba mantener enterrados. Los gritos, las manipulaciones, las disculpas vacías. Y luego Peluso, solo, asustado, en aquella fría jaula.

—Tengo que meterlo —replicó—. Porque es la razón por la que estás así. Es la razón por la que no te permites sentir nada por nadie. Por la que prefieres quedarte en casa con Peluso y Netflix antes que arriesgarte.

—¿Y qué si es así? —Sentí que la sangre me hervía—. ¿Qué hay de malo en ser cauta? ¿En no querer volver a pasar por lo mismo?

—No hay nada malo en ser cauta —respondió, y ahora había tristeza en su voz—. Pero estás siendo hermética. Te estás perdiendo cosas por miedo.

—No tengo miedo —dije, pero mi voz tembló—. Solo soy realista.

—Audra, no estoy diciendo que te enamores locamente de Ryker —aclaró ella—. Solo digo que tal vez deberías permitirte explorar lo que sientes, sea lo que sea, en lugar de negarlo de manera automática.

Sentí un nudo en la garganta. Odiaba cuando Elaila daba en el clavo. Era como si pudiera ver a través de todas mis defensas, de todas las mentiras que me contaba a mí misma para mantener el corazón a salvo.

—¿Y si sale mal? —murmuré—. ¿Y si me equivoco otra vez?

—¿Y si sale bien? —contraatacó—. ¿Y si por una vez te permites sentir sin pensar en todas las formas en las que podría salir mal?

Negué con la cabeza mientras notaba que los ojos se me llenaban de lágrimas. No podía permitirme ese lujo. No cuando recordaba vívidamente la sensación de ahogarme, de perderme a mí misma, de que alguien que decía quererme usara ese amor como un arma contra mí.

—No puedo, Elaila. No puedo volver a pasar por eso.

—No todos los hombres son como él.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté, y mi voz sonó más pequeña de lo que pretendía—. ¿Cómo sabes que Ryker no es exactamente igual? Ya has visto cómo es con las chicas. Una noche y fuera.

No le conté lo peor: que a veces, en mis momentos más oscuros, veía similitudes entre Ryker y Elio. Esa obsesión por el orden, esa manera de controlar cada aspecto de su vida. ¿Y si era solo cuestión de tiempo hasta que intentara controlarme a mí también?

—La gente cambia —argumentó ella—. Mírame a mí, ¿cuándo fue la última vez que me viste tan contenta con alguien como lo estoy con Ender?

—Es diferente —murmuré.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Porque me permito ser feliz? ¿Porque no dejo que el miedo me paralice?

No quería enfadarme, no con ella.

—¡¿Crees que me paraliza el miedo?! —casi grité—. ¿Después de todo lo que pasé? ¿Después de que ese cabrón me manipulara durante dos años, me aislara de todos, intentara destruir lo único que me importaba? ¿Crees que mi precaución es irracional?

—No he dicho eso. —Elaila también se puso de pie—. Pero ha pasado año y medio, Audra. Y sigues sin permitirte acercarte a nadie.

—¿Y qué? Estoy bien así —dije con vehemencia—. No necesito un tío para ser feliz.

—No estoy diciendo que lo necesites —replicó exasperada—. Estoy diciendo que mereces permitirte sentir algo, lo que sea, por alguien. Incluso si es el idiota de tu vecino.

—No quiero intentarlo —declaré, cruzándome de brazos—. No quiero arriesgarme.

—Pues es una pena —respondió—. Porque me ha dado la impresión de que hoy, por primera vez en mucho tiempo, parecías feliz de verdad.

—Puedo ser feliz sin complicarme la vida —insistí.

Mi amiga me miró durante unos segundos, como si estuviera decidiendo si valía la pena seguir discutiendo conmigo. Al final, suspiró y negó con la cabeza.

—Esto me recuerda a cuando dejaste de hablarme durante seis meses porque no querías que supiera lo mal que estabas con Elio. Te encerraste en ti misma, fingiendo que todo iba bien mientras él te destrozaba por dentro.

Era cierto. Durante los peores meses con Elio, había cortado la comunicación con Elaila, incapaz de enfrentar sus preguntas, sus preocupaciones, su mirada que veía demasiado. Había sido más fácil alejarla que admitir lo infeliz que era, lo equivocada que había estado.

—No quería que te preocuparas —murmuré, sintiendo cómo el enfado se desinflaba, dejando solo un cansancio infinito.

—Soy tu mejor amiga —respondió con suavidad—. Preocuparme por ti es parte del trabajo. Pero en aquel entonces me apartaste. No me dejaste ayudarte.

—Pero no fue así —mentí, a pesar de que sabía perfectamente que tenía razón.

En aquel entonces, había construido un muro entre nosotras, convenciéndome de que era lo mejor, de que podía solucionar mis problemas sola. Y ahora me daba cuenta de que estaba haciendo lo mismo. Encerrándome en mi pequeño mundo seguro, con Peluso y mis series, evitando cualquier cosa que pudiera sacudirlo.

—Sabes que sí lo hiciste —respondió con tristeza—. Y ahora estás haciendo lo mismo. Alejando a cualquiera que intente acercarse demasiado.

—Eso no es justo —protesté, aunque una parte de mí sabía que tenía razón—. No es lo mismo.

—Claro que lo es —insistió—. Estás tan acostumbrada a protegerte que ni siquiera te das cuenta de cuando alguien está intentando de verdad traspasar tus murallas.

—¿Y si no quiero que las traspasen? —pregunté, y mi voz sonó rota, agrietada por el esfuerzo de contener las lágrimas—. ¿Y si estoy bien así?

—No lo estás. Lo veo en tus ojos cuando Ender y yo hablamos de nuestros planes. Lo veo cuando te quedas mirando a las parejas en la calle.

Sentí que algo se rompía dentro de mí. Odiaba que Elaila me conociera tan bien. Odiaba que pudiera ver a través de todas mis defensas, de todas mis mentiras. Que supiera exactamente dónde estaban mis puntos débiles.

—No sé qué quieres que te diga —murmuré, dejándome caer de nuevo en el sofá—. ¿Que me estoy enamorando de Ryker? No es así. Ni siquiera me gusta. Solo... solo es que no lo odio tanto como antes.

«Y eso ya me aterra lo suficiente», añadí para mis adentros. Porque incluso eso, ese pequeño cambio, ya significaba que había

permitido que algo se moviera dentro de mí. Que la coraza perfectamente construida tenía una grieta.

—Es un comienzo —dijo, sentándose a mi lado—. No te estoy pidiendo que te declares ni nada parecido. Solo que te permitas sentir lo que sea que estés sintiendo, sin huir de ello.

—No estoy huyendo —protesté débilmente.

—Claro que sí —insistió—. Llevas huyendo desde que Elio te rompió el corazón. Y lo entiendo, de verdad lo entiendo. Pero creo que ya va siendo hora de que dejes de correr.

Me quedé en silencio, asimilando sus palabras. Una parte de mí quería gritarle que se fuera, que me dejara en paz con mis decisiones, con mi vida cuidadosamente construida para evitar el dolor. Pero otra parte, una pequeña y tímida parte que casi había olvidado que existía, sabía que tenía razón.

Porque la verdad, esa que ni siquiera me atrevía a admitirme a mí misma en las noches de insomnio, era que yo también quería eso. Quería sentir. Quería querer y ser querida. Quería despertarme junto a alguien que me mirara como si fuera lo más valioso del mundo. Quería cuidar de alguien y que ese alguien cuidara de mí, no porque yo fuera débil, sino porque ambos seríamos más fuertes juntos.

El problema no era que no quisiera amor. El problema era que lo quería tanto, con tanta desesperación, que la simple posibilidad de tenerlo y volver a perderlo me aterrorizaba hasta los huesos. Era como estar muerta de sed frente a un vaso de agua, pero temer que estuviera envenenado.

Estaba cansada de correr. Cansada de estar siempre alerta, siempre a la defensiva. De analizar cada pequeña interacción, cada palabra, cada gesto, buscando señales de peligro. ¿Y si, solo por una vez, me permitía simplemente sentir, sin juzgar, sin anticipar desastres?

—Tengo miedo, Elaila —admití finalmente, en un tono tan bajo que apenas se oyó.

Era la primera vez que lo decía en voz alta. La primera vez que admitía que no era cautela lo que me paralizaba, sino un miedo visceral, intenso, que se había instalado en mi pecho.

—Tengo miedo de querer demasiado y que no sea suficiente —continué mientras las palabras se me atascaban en la garganta—. Miedo de entregarme por completo y seguir siendo invisible. De despertar cada mañana preguntándome si hoy será el día en el que todo se derrumbe.

Las lágrimas comenzaron a rodar por mis mejillas sin que pudiera detenerlas.

—Estoy cansada, Elaila. Cansada de sentirme pequeña, de dudar de todo lo que soy. Tanto tiempo construyendo estas murallas... y, ahora que alguien podría traspasarlas, tengo pánico de lo que pueda encontrar dentro. ¿Y si no hay nada que merezca la pena? ¿Y si ya no sé querer como es debido?

Mi voz se rompió por completo, y pude ver cómo los ojos de mi amiga se llenaban de lágrimas.

—A veces... a veces solo quiero que alguien entre sin tener que abrirle la puerta. Que alguien me quiera tal como soy, sin esperar que me convierta en otra persona. Pero no sé si eso existe, o si solo son cuentos que nos contamos para sentirnos menos solos.

—Lo sé —respondió, cogiendo mi mano—. Y está bien tener miedo. Solo te pido que no dejes que decida por ti.

Asentí, incapaz de decir nada más. Nos quedamos así un buen rato, en silencio, con nuestras manos entrelazadas y Peluso acurrucado entre nosotras, ajeno a nuestros dramas humanos.

—Y ahora —dijo ella al cabo, soltando mi mano y secándose una lágrima furtiva—, vas a contarme exactamente qué pasó en esa

cafetería, porque esa foto no engaña a nadie.

No pude evitar sonreír, agradecida por el cambio de tema. Por la oportunidad de hablar de algo que no fuera mi agujero negro.

—Deberías haber visto su cara cuando le unté nata en la nariz —respondí, sintiéndome repentinamente ligera—. Era como si nunca nadie hubiera osado ensuciar su preciosa piel.

Era más fácil hablar de estas cosas superficiales, de los pequeños momentos divertidos, que admitir lo que realmente me había impactado: la forma en la que Ryker me había escuchado, cómo se había reído conmigo y no de mí, cómo, por primera vez desde que nos conocíamos, me había hecho sentir vista, valorada.

Elaila se echó a reír, y yo con ella. Y por un momento, solo por un momento, dejé que aquella sensación cálida que había sentido esa mañana volviera a expandirse por mi pecho. Sin analizarla, sin cuestionarla.

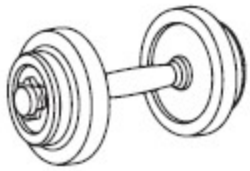
Simplemente dejándola ser.

Y mientras reíamos, sentí algo extraño, como un suave crujido interior. Una de mis murallas, la más dura, la que con tanto esmero había reforzado durante esos años, se estaba agrietando. No era una destrucción completa, solo una pequeña fisura, pero era suficiente para que entrara un rayo de luz.

Lo más sorprendente no fue la grieta en sí, sino que no me aterrorizó como había imaginado. En lugar de pánico, sentí curiosidad. Quizá, en lugar de sellar esa grieta como habría hecho antes, podría encontrar la forma de ensancharla un poco más. De permitir que entrara más luz. Y, quién sabe, tal vez algún día tendría el valor suficiente para derribar yo misma el resto del muro, piedra a piedra.

25

¿Cómo se supone que elijo casa y emociones a la vez?



Ryker

Tenía que ser una broma. No llevábamos ni diez minutos en el chalet adosado y mi padre ya estaba haciendo cálculos de cuántos nietos podría meter en cada habitación. Su actitud de abuelo frustrado habría sido cómica de no ser porque la agente inmobiliaria, Sonia, una mujer de cincuenta y tantos con una sonrisa permanente y un traje rosa chillón, asentía a cada una de sus ocurrencias como si estuviera completamente de acuerdo con sus delirios.

—Esta habitación podría ser perfecta para tus futuros hijos —comentó mi padre, Lyall, asomándose a una estancia con unos grandes ventanales que daban al jardín trasero—. Imagínate, con un par de literas, aquí podrías meter a cuatro niños tranquilamente.

—Por supuesto, es un espacio muy versátil —confirmó Sonia guiñándome un ojo, como si fuéramos cómplices de alguna conspiración—. Muchas familias jóvenes buscan precisamente estas características. Espacio para crecer.

Suspiré, pasándome una mano por el pelo. Emma, a mi lado, sofocaba una risita mientras fotografiaba cada rincón de la casa con su móvil.

—Papá, ¿podemos centrarnos en si la casa me gusta a mí? Ya sabes, la persona que va a vivir aquí y pagar la hipoteca —dije intentando que mi tono no sonara demasiado cortante—. Además, antes de los hijos, habría que encontrar a alguien con quien tenerlos, ¿no crees?

—Por eso mismo te digo que es perfecta —respondió, pasándome un brazo por los hombros con ese entusiasmo tan suyo—. Cuando una chica lista vea esta casa, caerá rendida. Es la mejor inversión que puedes hacer para tu vida amorosa.

Emma soltó la carcajada que llevaba conteniendo, y yo le lancé una mirada asesina que solo consiguió que se riera con más fuerza.

—Lo que Ryker quiere decir —intervino, secándose una lágrima de risa— es que está buscando algo más práctico. Para él. Solo para él. Y quizá para cuando yo me quede.

—Exacto —agradecí la intervención de mi hermana, a pesar de su tono burlón—. Busco algo espacioso pero funcional. No necesito cuatro habitaciones y tres baños solo para mí.

—Nunca se sabe lo que el futuro te puede deparar —comentó Sonia con aire misterioso, antes de dirigirnos hacia la cocina—. Y esta casa tiene muchas virtudes, además del espacio. Por ejemplo, es extremadamente tranquila. Las paredes son gruesas, los vecinos discretos... Nunca tendrás que preocuparte por ruidos molestos.

«Paredes gruesas». Las palabras resonaron en mi cabeza, evocando inevitablemente a cierta pelirroja y su manía de cantar a Taylor Swift a pleno pulmón. Una sonrisa involuntaria se dibujó en mis labios al imaginar mi apartamento actual, con sus paredes de

papel, que dejaban filtrar cada suspiro, cada palabra, cada nota desafinada.

—¿Las paredes son realmente tan gruesas? —pregunté dando un golpecito en la más cercana, sorprendido por lo sólida que sonaba.

—Totalmente insonorizadas —aseguró Sonia con orgullo—. Podrías dar una fiesta aquí y los vecinos no se enterarían. O tener un bebé llorón, y nadie te llamaría para quejarse.

Mi padre asintió, claramente satisfecho con ese dato, como si ya estuviera imaginando a sus futuros nietos berreando sin molestar a nadie.

—O podría poner música sin tener que oír cómo la vecina de al lado maldice mis gustos musicales —murmuré, más para mí mismo que para los demás.

No debería haber dicho eso en voz alta. La imagen de Audra golpeando la pared cada vez que ponía jazz a un volumen ligeramente alto me provocó una sensación extraña en el pecho.

—¿Tienes problemas con tus vecinos actuales? —preguntó Sonia, olfateando como un sabueso la oportunidad de enfatizar las ventajas de su propiedad.

—No exactamente —respondí, incómodo de pronto—. Solo que el edificio es antiguo y las paredes muy finas. Se oye todo.

Miré a mi alrededor, examinando de nuevo el amplio salón, la cocina moderna, los acabados impecables. La casa era objetivamente perfecta, con todas las comodidades que había incluido en mi lista de requisitos. Espaciosa sin ser excesiva, moderna pero con personalidad, en una zona tranquila pero bien comunicada. Y, sin embargo, algo no terminaba de convencerme. Había una especie de frialdad, una ausencia que no conseguía identificar.

—Creo que necesito ver más opciones —le dije a Sonia, que intentó disimular su decepción con una sonrisa profesional—. Esta es muy bonita, pero no estoy completamente seguro.

—Por supuesto, lo entiendo perfectamente —respondió con ese tono comercial ensayado—. Aunque te recomendaría que no tardases mucho en decidirte. Estas propiedades se venden muy rápido, y tengo varios clientes interesados en esta zona.

—Lo pensaré —asentí sin comprometerme realmente.

Salimos. El sol de media tarde iluminaba el cuidado jardín delantero, haciendo que el adosado pareciera sacado de un catálogo. Mi padre, que había estado examinando el garaje, se acercó con ese entusiasmo que llevaba mostrando desde que empezamos la búsqueda.

—Esta casa es estupenda, hijo —comentó palmeándome el hombro—. Espaciosa, bien construida, situada en una buena zona. No entiendo qué más buscas.

—Es bonita, sí —concedí, buscando las palabras para explicar algo que ni yo mismo entendía del todo—. Pero le falta... algo. No sé exactamente el qué.

—Bueno, seguro que encontramos otras —dijo con una comprensión que agradecí—. Roma no se construyó en un día, ¿verdad?

Mi hermana, que había estado tomando fotos del jardín, se acercó con una sonrisa maliciosa que conocía demasiado bien.

—Le faltan vecinas pelirrojas —soltó—. Por eso no termina de convencerlo.

Le tapé la boca con la mano, notando cómo el calor me subía a las mejillas. Emma se retorció, apartando mi mano entre risas.

—¿Vecinas pelirrojas? —preguntó mi padre, mirándonos alternativamente con curiosidad.

—No es nada —me apresuré a aclarar, lanzándole a mi hermana una mirada que prometía venganza—. Solo tonterías de Emma.

—¿Cuándo vamos a volver a ver a Audra? —preguntó ella, ignorando deliberadamente mis señales para que se callara—. Me cae genial, y Peluso es lo más.

—¿Quién es Audra? —inquirió mi padre, que jamás dejaba pasar la oportunidad de interesarse por mi vida personal—. ¿Y qué es un «peluso»?

—No es nadie —respondí demasiado rápido—. Solo mi vecina. Y Peluso es su gato.

Él me miró con esa expresión que ponía cuando sabía que le estaba ocultando algo. Tenía un radar para esas cosas desde que era pequeño, una habilidad casi sobrenatural para detectar mentiras, especialmente las mías.

—Bueno, será mejor que nos vayamos ya —dije, cambiando de tema y sacando las llaves del coche—. Tengo que repasar unos informes para el lunes y ya se está haciendo tarde.

Nos despedimos de Sonia, que me entregó su tarjeta por tercera vez en lo que llevábamos de tarde, recordándome que la llamara si quería ver más propiedades o volver a visitar esa.

—Gracias por acompañarme hoy —le dije a mi padre mientras nos dirigíamos hacia nuestros coches, aparcados uno junto al otro—. Ha sido de ayuda tener otra opinión.

—Qué menos, hijo —respondió con una sonrisa—. Quiero ver la casa donde crecerán mis nietos. Si me dejas ser abuelo pronto, claro.

—Papá... —comencé, pero él levantó las manos en señal de rendición.

—Lo sé, lo sé. No te presiono —dijo con una sonrisa que desmentía sus palabras—. Solo digo que ya va siendo hora de que

sientes la cabeza. No puedes pasarte la vida saltando de flor en flor.

—Estoy trabajando en ello —contesté.

Y era cierto. Desde hacía un tiempo, la idea de seguir con mi rutina de citas sin compromiso había perdido gran parte de su atractivo. Ya no me apetecía conocer a chicas nuevas para una noche y luego olvidarlas. La verdad es que no había tenido ninguna cita desde..., bueno, desde que Ender conoció a Elaila.

El recuerdo me provocó una sensación extraña en el pecho. La voz adormilada de Audra confesando que no quería enamorarse de mí. Mi respuesta, que ella probablemente no recordaba, admitiendo que para mí ya era demasiado tarde.

Llevaba toda mi vida adulta siguiendo un guion, un plan meticuloso para no convertirme en mis padres, para no repetir sus errores. Un paso en falso y podría acabar como ellos: dos extraños compartiendo recuerdos envenenados. Y, sin embargo, ahí estaba yo, contemplando seriamente la idea de arriesgarme con la persona más impredecible, caótica y fascinante que había conocido nunca.

—¿Y qué hay de esa vecina pelirroja? —preguntó a continuación mi padre, interrumpiendo mis pensamientos—. Me ha parecido que Emma la mencionaba por algo.

—Emma está obsesionada con su gato —respondí, intentando restarle importancia—. Es solo eso.

—Ya, claro. —Me miró con esa sonrisa que decía a las claras que no me creía ni una palabra—. Y yo nací ayer.

—Es complicado, papá —suspiré, rindiéndome ante su insistencia.

—Las cosas que merecen la pena siempre lo son —respondió con esa sabiduría tranquila que había desarrollado con los años—. Pero no dejes que eso te impida intentarlo.

Me dio una palmada en el hombro y se dirigió a su coche, donde Emma ya esperaba en el asiento del acompañante, saludándome a

través del cristal con una sonrisa traviesa.

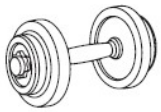
Quizá tuviera razón. Quizá estuviera buscando excusas para no enfrentarme a lo que realmente sentía.

La casa adosada era perfecta en todos los aspectos objetivos. Paredes gruesas, vecinos discretos, espacio de sobra. Todo lo que creía querer.

¿Por qué, entonces, la idea de no escuchar a Audra cantando desafinada en la ducha me hacía sentir un vacío en el estómago?

Monté en mi coche y arranqué, tratando de aclarar mis pensamientos. Tenía que decidir qué quería realmente. Una casa nueva con paredes gruesas y tranquilidad, o un apartamento antiguo con paredes de papel y una vecina pelirroja que me volvía loco en todos los sentidos.

Y, mientras conducía de vuelta, me di cuenta de que la decisión era mucho más difícil de lo que debería ser.



Me dejé caer en el sofá, recién duchado y con el pelo aún húmedo. El agua caliente había aliviado algo la tensión que llevaba acumulando desde la visita a la casa adosada, pero no había conseguido aclarar mi mente. La nevera estaba prácticamente vacía —tendría que hacer la compra mañana sin falta—, así que estaba debatiéndome entre pedir comida japonesa o una pizza cuando empecé a oír ruidos al otro lado de la pared.

—¡Mierda! ¡Mierda, mierda! —la voz de Audra resonó con claridad, seguida de varios golpes sordos.

Me quedé quieto, escuchando con una sonrisa involuntaria formándose en mis labios. Un maullido agudo se sumó al caos y,

luego, más golpes.

—¡Peluso, apártate! ¡No me estás ayudando! —la oí decir, exasperada—. ¿Por qué narices tienes que ponerte justo en medio? ¿Es que quieres que te aplaste con la escalera?

Otro maullido, este más indignado.

—No me mires así —continuó ella—. Tú también quieres que el cuadro quede bien. Es un retrato tuyo, por el amor de Dios.

Sonreí más ampliamente, imaginándome la escena. Audra subida a una escalera, tambaleándose peligrosamente, y Peluso observándola.

De pronto, se hizo el silencio. Esperé, extrañado por la repentina calma. Quizá hubiera conseguido colgar lo que fuera que estuviese intentando colgar. O tal vez se hubiera rendido. O, peor aún, se había caído de la escalera y estaba inconsciente en el suelo.

Estaba a punto de levantarme para comprobar si todo iba bien cuando oí un ruido en el rellano. La puerta de su apartamento abriéndose. ¿Iba a salir? Era tarde para visitas. Pero entonces sonó mi timbre.

Me quedé paralizado un segundo, con el corazón latiendo inexplicablemente más rápido. ¿Era ella? Por supuesto que era ella, ¿quién más podría ser a esas horas?

—¡Mierda! —murmuré, percatándome de repente de que solo llevaba puestos los pantalones del pijama.

El timbre volvió a sonar.

—¡Ya voy! —grité, levantándome de un salto y corriendo hacia la habitación.

Busqué frenéticamente la parte de arriba del pijama, que había tirado sobre la cama. Me la puse a toda prisa y me pasé una mano por el pelo frente al espejo en un intento de parecer menos

desaliñado. ¿Por qué narices me importaba tanto mi aspecto? Solo era Audra, por Dios. No era como si fuera una cita o algo así.

El timbre sonó por tercera vez, con más insistencia.

Inspiré hondo y me dirigí a la puerta, tratando de calmar los latidos acelerados de mi corazón. Al abrir, me encontré justo lo que esperaba y, aun así, la imagen me dejó momentáneamente sin palabras.

Audra estaba allí, con el pelo recogido en un moño despeinado del que escapaban varios mechones pelirrojos. Llevaba un pijama peludo de color verde claro que la hacía parecer un peluche gigante, y en las manos sostenía un cuadro con un marco negro y un martillo.

La recorrí con la mirada de arriba abajo, sin poder evitar que una sonrisa se dibujara en mis labios. Estaba adorable. Ridículamente adorable.

—¿Me ayudarías a colgar un cuadro? —preguntó sin preámbulos, levantándolo como evidencia—. He estado a punto de matarme al caerme de la escalera. Dos veces.

—Sí, por supuesto —respondí, y no pude evitar añadir—: No permitiré que arriesgues tu vida por una obra de arte, por muy buena que sea.

—Mi héroe —replicó con sarcasmo, poniendo los ojos en blanco—. Iba a llamar a los bomberos, pero pensé que con tu complejo de Superman sería más rápido.

Extendí la mano para coger el martillo y nuestros dedos se rozaron. Fue apenas un instante, pero sentí un cosquilleo que recorrió todo mi brazo. Por la forma en la que Audra retiró rápidamente la mano, me pregunté si ella también lo habría notado.

La seguí hasta su apartamento, donde Peluso nos recibió sentado en el respaldo del sofá. Llevaba un jersey de rayas azules y blancas

que le daba aspecto de marinero francés.

—Hola, campeón —lo saludé, y, para mi sorpresa, el gato soltó un maullido que sonó casi amistoso antes de saltar del sofá y frotarse contra mis piernas.

—Te ha dado la bienvenida oficial —comentó Audra, señalando la escalera apoyada contra la pared—. Ahora ya eres parte del mobiliario.

Me acerqué a examinar la pared donde quería colgar el cuadro. Había un clavo ya puesto, aunque estaba tan torcido que dudaba que pudiera sostener nada.

—¿Aquí? —pregunté señalando el lugar.

Ella asintió, observándome.

—Justo ahí —confirmó—. He intentado clavarlo, pero o bien la pared está hecha de acero o mis habilidades con el martillo son nulas.

Me subí a la escalera y lo examiné. El clavo estaba tan doblado que parecía un signo de interrogación metálico incrustado en el muro. No pude evitar reírme y mirarla.

—¿Qué? —se defendió, cruzándose de brazos—. Nunca se me ha dado bien el bricolaje. Mis habilidades están en otros campos.

—Ya lo veo —respondí, intentando controlar mi risa—. ¿Has usado el martillo o un bumerán para clavar esto?

—Muy gracioso, don Manitas —refunfuñó—. Si vas a burlarte, puedes irte por donde has venido.

—Solo estoy impresionado con tu creatividad —dije mientras sacaba el clavo torcido—. Necesito otro. Uno que no haya sido torturado previamente, a ser posible.

Audra rebuscó en una caja de herramientas sorprendentemente completa para alguien que no sabía usarlas y me tendió un clavo nuevo.

—Toma. Y menos comentarios, por favor.

Coloqué el clavo en posición y, con dos golpes precisos, lo hinqué perfectamente recto en la pared. El sonido metálico resonó en el salón, seguido de un silbido admirativo de Audra.

—Vale, eso ha sido impresionante —admitió a regañadientes—. ¿También tienes un título profesional de bricolaje o solo es un hobby?

—Es un don natural —respondí con falsa modestia, extendiendo la mano para que me pasara el cuadro—. Una de mis muchas cualidades ocultas.

—¿Tienes cualidades? Esa sí que es una novedad.

Me pasó el cuadro y, cuando lo vi de cerca, me quedé sorprendido. Era un retrato de Peluso, pero no uno cualquiera. Era absolutamente magnífico, con un nivel de detalle asombroso. Cada arruga de su piel sin pelo, la intensidad de su mirada, incluso parecía capturar algo de su personalidad. Estaba pintado con una técnica que mezclaba acuarela y tinta, creando un efecto casi fotográfico.

—¿Está recto? —pregunté, colocándolo sobre el clavo.

—Un poco más a la derecha —me indicó, dando pequeños pasos hacia atrás para verlo mejor—. No, demasiado. Un poco a la izquierda. Ahí, perfecto.

Lo ajusté según sus indicaciones, asegurándome de que quedaba perfectamente nivelado.

—¿Segura? ¿No quieres que lo mueva un milímetro más a la derecha, luego tres a la izquierda y después lo gire cuarenta y cinco grados?

—¿Siempre eres así de insoportable o haces un esfuerzo especial conmigo? —replicó, aunque la sonrisa en sus labios delataba que no estaba realmente molesta.

—Hago un esfuerzo especial contigo, por supuesto —dije bajando de la escalera para admirar el resultado—. Me inspiras.

El cuadro había quedado colocado con precisión, dominando la pared principal del salón. Era impresionante, no solo desde un punto de vista técnico, sino también por sus cualidades artísticas.

—Está perfecto —dijo Audra, observando su obra satisfecha—. Gracias.

—De nada —respondí, acercándome para ver mejor los detalles del cuadro—. Es fabuloso, Audra. Pintas de maravilla. La expresión, los ojos..., has captado perfectamente a Peluso.

Ella se sonrojó ligeramente ante el cumplido, algo que pocas veces había visto. Solía reaccionar a mis comentarios con sarcasmo o desconfianza, y ese rubor la hacía parecer más vulnerable, más auténtica.

—¿No has pensado en trabajar de esto? —pregunté con sinceridad —. Tienes un talento increíble.

Ella soltó una risa suave, casi melancólica.

—No —respondió, y luego pareció reconsiderarlo—. Bueno, antes sí. Quería ser profesora de plástica o de arte, algo así. Incluso empecé a prepararme las oposiciones, pero... por cosas... no pude seguir.

Desvió la mirada hacia Peluso, que se había subido al sofá y observaba el cuadro como si estuviera evaluando su propio retrato.

—Ahora sería imposible —continuó—. Es caro, no tengo apenas tiempo y no sé si podría... si sería lo suficientemente buena.

La observé en silencio, percibiendo en su voz ese tono de duda que rara vez mostraba. Audra siempre parecía tan segura, tan firme en sus convicciones, que verla dudar de su propio talento me resultaba desconcertante.

—¿Por qué no te ríes? —preguntó de repente, mirándome con suspicacia.

—¿Por qué iba a reírme? —repuse sorprendido.

—No lo sé... —Se encogió de hombros—. La gente suele hacerlo cuando hablo de mis «grandes aspiraciones artísticas».

—Jamás me reiría de tus sueños, Audra —dije con seriedad—. Y si alguien lo ha hecho alguna vez, es que era un imbécil.

Ella bajó la mirada, como si mis palabras hubieran tocado algo profundo, algo doloroso.

—¿Te apetece un café? —preguntó, cambiando bruscamente de tema—. Como agradecimiento por salvar mi pared de mis desastrosos intentos de bricolaje.

—No, pero gracias —dije, sintiendo un repentino nerviosismo—. Iba a pedir la cena ahora, de hecho.

Las palabras salieron de mi boca antes de que pudiera procesarlas por completo. En mi cabeza comenzó una batalla campal entre la parte racional y la parte impulsiva de mi cerebro.

«Invítala a cenar».

«No, mala idea, vuelve a tu apartamento».

«Pero es solo una cena...».

«Elaila te dijo que no la presionaras. ¿Qué parte de "murallas infranqueables" no has entendido?».

«Solo son unas pizzas. Entre vecinos. Nada serio».

«¿Y si lo malinterpreta?».

«¿Y si dices que no y pierde la confianza en ti?».

Audra me observaba con una ceja levantada, esperando a que terminara mi debate interno, que, para mi horror, parecía estar desarrollándose en un silencio cada vez más incómodo.

—¿Te apetecen unas pizzas? —solté finalmente, como quien salta al vacío sin paracaídas—. Iba a llamar y, bueno, siempre piden que

encargues un mínimo para que te las traigan, así que...

Ella abrió los ojos, ligeramente sorprendida por la propuesta.

«¿En qué estás pensando, Lancer? Es una locura. Has quedado como un adolescente nervioso. ¿Qué narices estás haciendo? Elaila te advirtió específicamente que no hicieras esto, que le dieras espacio. Y aquí estás, sudando como un adolescente y balbuceando sobre pizzas. Va a pensar que es una cita. Espera, ¿es una cita? No, claro que no. Solo son unas malditas pizzas».

«Genial, Lancer. Lo has estropeado todo en tres segundos».

—Pizza no —respondió ella, y sentí cómo mi corazón caía en picado.

«Te lo dije —se burló la voz pesimista en mi cabeza—. Demasiado pronto».

—Pero hamburguesa con patatas, sí —añadió con una pequeña sonrisa que hizo que mi pulso se acelerara de nuevo.

—Perfecto —dije, intentando no sonar tan aliviado como me sentía —. Conozco un sitio que reparte hasta tarde. Hacen unas patatas crujientes por fuera y blandas por dentro que son una pasada. Voy a por mis llaves —añadí señalando la puerta—. Ahora vuelvo.

Salí deprisa de su apartamento, intentando ordenar mis pensamientos. ¿Qué narices estaba haciendo? ¿Cena improvisada con Audra? Un mes antes me habría parecido absurdo. Y ahora, de alguna manera, parecía lo más natural del mundo.

Volví a mi piso, cogí el móvil y las llaves, y regresé al suyo en tiempo récord. Cuando entré, la encontré jugueteando con el móvil, con Peluso instalado en su regazo. Había algo en aquella escena cotidiana que me resultaba extrañamente atractivo.

«Contrólate, Ryker. Solo son hamburguesas».

Me temblaban ligeramente las manos mientras marcaba el número del restaurante que tenía grabado en la memoria, algo que no me

pasaba desde..., bueno, tal vez nunca.

Al tercer tono, una voz adormilada me contestó al otro lado de la línea.

—Búrguer, buenas noches. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Buenas noches —respondí con mi tono más formal—. Quería hacer un pedido a domicilio.

Audra dejó el móvil y se acercó rápidamente, inclinándose junto a mí para escuchar la conversación. Su cercanía repentina, con su pelo rozándome la mejilla y su aroma a vainilla inundando mis sentidos, me dejó en blanco por un momento.

—Dile que pongan mucho queso —susurró, tan cerca que sentí su aliento cálido en mi oreja.

Asentí, intentando concentrarme en la llamada y no en lo agradable que resultaba su proximidad.

—Sí, la dirección es calle Dertoru, número 5, piso 8.º A —le indiqué al dependiente, que parecía estar anotándolo todo con la velocidad de un perezoso con artritis.

—¿Qué tipo de hamburguesas tienen? —preguntó Audra en voz alta, ignorando completamente que estaba al teléfono.

Le hice un gesto para que bajara la voz, lo que ella interpretó como una invitación para acercarse aún más y pegar su oreja al teléfono. Me reí, disfrutando de su entusiasmo.

—¿Señor? ¿Sigue ahí?

—Sí, perdone. Quería pedir... —Miré a Audra, que esperaba con expresión expectante—. ¿Qué hamburguesas quieres?

—No lo sé —respondió con naturalidad, como si tuviera toda la noche para decidirse—. ¿Qué tienen?

Sonreí, preparándome para lo que intuía sería un largo proceso de selección.

—¿Podría decirme qué tipos de hamburguesas tienen disponibles? —pregunté al dependiente.

—Tenemos la clásica, la de queso, la doble de queso, la BBQ, la mexicana con guacamole, la vegana, la de pollo crujiente, la de pollo a la parrilla, la especial de la casa con tres carnes diferentes, la italiana con mozzarella...

A medida que el chico recitaba la lista, Audra iba cambiando de expresión, desde el interés hasta la duda absoluta.

—Para, para —me interrumpió, apretando mi brazo—. ¿Ha dicho vegana? Pregúntale de qué está hecha exactamente.

—Disculpe, ¿la hamburguesa vegana de qué está hecha exactamente? —pregunté, divirtiéndome con la situación más de lo que habría imaginado.

—Es una hamburguesa de garbanzos, zanahoria, cebolla y especias, con pan integral y mayonesa vegana —respondió el dependiente con tono monótono, como quien recita un texto ya demasiado familiar.

Repetí la información para Audra, que arrugó la nariz en un gesto de desagrado que, maldita sea, encontré adorable.

—No, eso no —decidió con firmeza—. ¿Tiene alguna con champiñones?

—¿Alguna con champiñones? —transmití la pregunta, sin poder evitar sonreír.

—Sí, la Fungi, que lleva carne de vacuno, champiñones salteados y salsa de queso azul.

—Tiene la Fungi, con carne, champiñones y salsa de queso azul —informé a Audra.

Ella pareció considerarlo por un momento, mordiéndose el labio inferior de esa manera que hacía que me distrajera por completo.

—Mmm, no sé. ¿Qué llevaba la mexicana?

Y así comenzamos una espiral de indecisión que parecía no tener fin. Durante los siguientes cinco minutos, Audra consideró y descartó prácticamente todas las opciones del menú, mientras el dependiente al teléfono suspiraba cada vez de forma más audible, y yo disfrutaba de cada segundo del espectáculo.

—¿Y puede ser la de pollo pero con la salsa de la BBQ? —preguntó con total inocencia.

—Audra, el chico no es el chef, solo toma nota de los pedidos estándar —le expliqué, riéndome entre dientes—. A este ritmo vamos a cenar mañana.

—Es que no me decido —se quejó, pasándose una mano por el pelo—. ¿Tú qué vas a pedir?

—La de beicon y queso cheddar, como siempre —respondí. Era mi opción habitual, nada experimental, nada que pudiera salir mal.

—¿Y está buena? —preguntó mirándome con esos ojos verdes llenos de duda existencial por una hamburguesa.

—Es mi favorita —confirmé.

—Vale, pues yo quiero la misma —decidió al fin—. Pero sin pepinillos. Y la carne al punto. Y extra de queso. Y salsa aparte.

—Básicamente, quieres otra hamburguesa completamente distinta —señalé sin poder contener la risa.

—No, quiero la tuya, pero mejorada —argumentó con total convicción.

Me reí abiertamente mientras transmitía el pedido al cada vez más impaciente dependiente, que me aseguró que llegaría en unos cuarenta minutos si el repartidor no decidía cambiar antes de profesión.

—Y dos raciones grandes de patatas fritas —añadí—. Y dos refrescos de cola. Sin hielo la mía.

—¡Con extra de hielo la mía! —exclamó Audra, prácticamente gritándole al teléfono, aunque yo no lo tuviera en altavoz.

Para cuando terminamos de hacer el pedido, me dolían las mejillas de tanto sonreír. Audra se había apoderado por completo de la situación, como hacía con todo. Era un torbellino, imposible de ignorar, imposible de controlar. Y lo más extraño era que, por primera vez en mi vida, no me importaba el caos. Lo disfrutaba.

—Por fin —suspiró ella, dejándose caer en el sofá—. Pensé que nunca acabaríamos de pedir.

—No me extraña, con tus indecisiones eternas —respondí mientras me sentaba a su lado—. Ha sido un proceso fascinante de observar.

—No soy indecisa —se defendió, cruzándose de brazos—. Solo soy... meticulosa con mis elecciones gastronómicas.

—¿Meticulosa? —repetí arqueando una ceja—. Has estado a punto de pedirle al pobre chico que te describa cada ingrediente y su origen.

—¡Es importante saber lo que comes! —protestó, aunque una sonrisa asomaba en la comisura de sus labios—. No como tú, que siempre pides lo mismo. ¿Dónde está el sentido de la aventura, Lancer?

—Mi sentido de la aventura se limita a probar nuevos tipos de café —respondí con sinceridad—. En la comida prefiero ir a lo seguro.

—Qué aburrido —sentenció negando con la cabeza—. La vida es demasiado corta para comer siempre la misma hamburguesa.

—¿Dice la chica que ha terminado pidiendo exactamente la misma que yo? —contraataqué.

—Con mejoras —puntualizó, levantando un dedo acusador—. Que no se te olvide.

Nos miramos y estallamos en carcajadas al mismo tiempo. Era sorprendente lo fácil que resultaba estar así con ella, relajados, bromeando. Como si las semanas de tensión, las discusiones a través de paredes finas, los robos mutuos de paquetes y correo, nunca hubieran existido.

O tal vez precisamente por todo eso, por conocernos en nuestras peores versiones, ahora podíamos disfrutar de las mejores.

Peluso, que se había alejado durante nuestra conversación telefónica, decidió volver a unirse a nosotros, saltando entre ambos y acomodándose como si el sofá existiera exclusivamente para su disfrute.

—Voy a por los platos —dijo Audra, levantándose de un salto.

Asentí y me levanté para ayudarla. Mientras ella buscaba servilletas, yo abrí el primer armario que encontré para sacar los platos.

—Segundo armario a la derecha —me indicó, señalando con la barbilla—. Los de diario están ahí.

Encontré una pila de platos coloridos, cada uno de un color y estampado diferentes. Nada combinaba con nada y, aun así, todo parecía encajar perfectamente en el caótico universo de Audra. Saqué dos, uno azul con estrellas blancas y otro rojo con pequeños lunares. Tan diferentes entre sí como nosotros mismos.

Mientras rebuscaba en un cajón para encontrar los cubiertos, no podía evitar mirarla.

Lo llevamos todo a la mesita de café frente al sofá y, al dejar los platos, nuestras manos se rozaron brevemente. Una chispa me recorrió el brazo.

Me quedé mirando la mesa puesta, con nuestros platos desparejados, los vasos de colores y los cubiertos colocados en su sitio. Así sería vivir con alguien. Con ella. No más cenas solitarias en

mi apartamento inmaculado, no más silencio roto solo por el tictac de un reloj demasiado caro.

La casa adosada que había visitado esa mañana apareció en mi mente. Perfecta, silenciosa, con paredes gruesas que no dejarían pasar ni un suspiro. Y terriblemente vacía.

Mi futuro se bifurcaba ante mí como un camino con dos senderos claramente marcados: podía elegir el orden, la previsibilidad, la paz que viene con el silencio y la soledad. O podía arriesgarme a algo más caótico, más impredecible. Más real.

¿Cómo podría volver a la tranquilidad de mi apartamento después de haber experimentado el caos vibrante del de Audra? ¿Cómo podría conformarme con el silencio cuando había oído su risa?

Quería acercarme más a ella, pero tenía que ir con cuidado. Elaila me lo había advertido: Audra tenía muros altos por una razón. Alguien le había hecho tanto daño que había decidido encerrarse para protegerse. Y lo último que deseaba era causarle más dolor.

Pero, a la vez, sabía que ya era demasiado tarde para mí. Lo que había empezado como una atracción física, como una curiosidad por esa vecina irritante que cantaba temas de Taylor Swift a deshoras, se había transformado en algo más profundo. Algo que no podía ignorar, por mucho que lo intentara.

Solo que ella probablemente no sentía lo mismo. Para Audra, seguramente yo seguía siendo el vecino pedante, el musculitos obsesionado con el orden. Una molestia con la que ahora tenía una tregua, nada más. Y aunque eso dolía, tenía que aceptarlo. Tenía que conformarme con lo que ella estuviera dispuesta a darme.

El timbre me sacó de mis pensamientos. Audra saltó del sofá y corrió hacia la puerta, aparentemente tan ansiosa como yo por distraerse con la comida.

—¡Por fin! —exclamó al abrir, y su entusiasmo me arrancó una sonrisa—. Me muero de hambre.

Pagué al repartidor a pesar de sus protestas.

—«Es mi casa, yo debería pagar», argumentó, pero me negué rotundamente— y volvimos al salón con nuestro botín.

—¿Y si vemos una peli mientras comemos? —sugirió, dejando las bolsas en la mesita.

Sin decirlo, ambos nos sentamos en la alfombra en lugar del sofá, como niños preparándose para un pícnic improvisado. Audra puso *Shrek* en la tele, porque según ella «es un clásico que nunca falla, y si no te gusta, no podemos ser amigos», y empezamos a desenvolver las hamburguesas.

El aroma a carne recién hecha, queso fundido y pan tostado invadió el salón, mezclándose con el olor dulzón del kétchup y el vinagre de los pepinillos.

—Dios, esto huele de maravilla —murmuró Audra, contemplando su hamburguesa como si fuera una obra de arte—. Incluso tiene mejor aspecto de lo que esperaba.

Dio un mordisco entusiasta y cerró los ojos con expresión de éxtasis. Una gota de salsa se deslizó por la comisura de sus labios, y tuve que reprimir el impulso de limpiarla con mi pulgar.

—Toma —dije en su lugar, ofreciéndole una servilleta.

—Gracias —respondió, pero antes de que pudiera limpiarse, el gato saltó a su regazo, casi haciendo que se le cayera la hamburguesa—. ¡Peluso! ¡Compórtate!

El animal la ignoró olímpicamente y se estiró para olfatear mi comida. Sin pensarlo demasiado, arranqué un pedacito de carne y se lo ofrecí en la palma de la mano.

—No deberías darle —me advirtió Audra—. Ahora ya te verá como una máquina expendedora de comida.

Peluso devoró el trozo con delicadeza y luego, como para demostrar que Audra tenía razón, se quedó mirándome fijamente, esperando más.

—Lo siento, amigo —le dije, rascándole detrás de las orejas—. Ración única. No quiero enfadar a tu madre.

Audra puso los ojos en blanco, pero sonrió.

—Es imposible enfadarse contigo —dijo, y por un momento pensé que se refería a mí, hasta que añadió—: ¿Verdad, Peluso? Te sales con la tuya siempre.

En la pantalla, Shrek discutía con Asno mientras avanzaban por el bosque. La luz del televisor bailaba sobre las facciones de Audra, suavizándolas, haciéndola parecer más joven, más vulnerable. Más real.

—Prueba —dijo de repente, ofreciéndome su hamburguesa—. Te aseguro que la mía está mejor que la tuya.

Acepté el bocado directamente de su mano, sin pensar en lo íntimo del gesto hasta que nuestras miradas se cruzaron.

—No está mal —admití, aunque en realidad estaba deliciosa—. Pero sigo prefiriendo la mía.

—Mentiroso —replicó con esa sonrisa torcida que hacía que me dieran ganas de besarla—. Si se te nota en la cara que te ha encantado.

Le ofrecí entonces un bocado de la mía y ella lo aceptó con un entusiasmo exagerado, haciendo ruiditos de satisfacción tan cómicos que no pude evitar reírme. Al masticar, una gota de queso quedó en su barbilla sin que se diera cuenta.

Esa vez, no me contuve. Extendí la mano y, con delicadeza, limpié la mancha con mi pulgar. Ella se quedó quieta, con los ojos muy abiertos.

—Tenías queso —expliqué, señalando mi propia barbilla.

—Oh —murmuró, y sus mejillas se tiñeron ligeramente de rosa—. Gracias.

Volvimos a la película y a nuestras hamburguesas, pero algo había cambiado en el ambiente.

Comimos entre comentarios sobre la película, risas compartidas y alguna que otra provocación mutua. «Seguro que tú eres como lord Farquaad, todo obsesionado con el orden y la perfección», me había dicho, a lo que respondí que entonces ella debía de ser el Dragón, «todo fuego por fuera, pero con un corazón sorprendentemente tierno por dentro».

Peluso, satisfecho con su trozo de carne, se había instalado entre nosotros, observando la película y sirviéndonos de cómoda barrera física que aliviaba algo de la tensión.

Cuando terminamos de comer, me recosté contra el sofá, sintiéndome inexplicablemente feliz. Había algo en esa noche, en la simplicidad de compartir una cena y una película con Audra y su gato, que me llenaba de una calidez que hacía años que no sentía. No desde que era niño y mis padres estaban juntos, y los domingos por la tarde eran para películas y palomitas en el sofá de casa.

¿Cómo podía algo tan simple como eso sentirse tan especial? ¿Tan correcto? Me había acostumbrado tanto al frío de mi propia existencia meticulosamente ordenada que había olvidado lo que era sentir calor humano real. El calor que viene de compartir risas, comida, un espacio. De sentirse, por una vez, no solo visto, sino también comprendido.

No quería perder eso. No quería volver a sentir el frío de mi apartamento vacío, de mi vida perfectamente estructurada, pero carente de verdadera conexión. No quería volver a un mundo donde Audra no fuera más que la vecina ruidosa al otro lado de la pared, donde nuestros únicos intercambios fueran pullas y quejas.

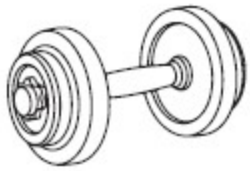
No deseaba volver a una vida donde ella no existiera en mi día a día, caótica, frustrante y perfecta precisamente porque no lo era en absoluto.

Y, mientras la veía reír con la película, con las piernas cruzadas sobre la alfombra y Peluso ronroneando a su lado, supe que tendría que tomar una decisión. La casa adosada o ese caos. La soledad perfecta o el desorden compartido. La seguridad de lo conocido o el riesgo de lo que podría ser.

Aunque esa decisión ya parecía estar tomada.

26

Epifanías con café y un mejor amigo demasiado enamorado



Ryker

Acababa de salir de ver una casa antigua a solo diez minutos de mi apartamento en coche. No sabía exactamente qué me había llevado hasta allí. La agente inmobiliaria me había enviado el anuncio casi por casualidad: «Necesita reforma integral, pero tiene potencial», y algo en aquellas fotografías borrosas me había llamado tanto la atención que había concertado la visita para esa misma mañana. Era un desastre: paredes desconchadas, suelos levantados, instalaciones obsoletas..., aunque había algo en aquel espacio que me resultaba extrañamente familiar. Quizá era la luz que entraba a raudales por las ventanas redondeadas, o ese pequeño espacio circular que parecía estar pidiendo a gritos ser algo especial. Me recordaba a Audra, aunque no sabía exactamente por qué. Al espacio que ella necesitaría para crear, tal vez. A la calidez que desprendía, a pesar del caos. Era absurdo, por supuesto, pensar en ella mientras visitaba una propiedad, pero últimamente todo me llevaba a ella, como si mi

brújula interior se hubiera reconfigurado para señalar en su dirección. Seguía dándole vueltas a la casa cuando entré en la cafetería donde había quedado con Ender.

Nunca había visto a un ser humano adulto tan absolutamente patético. Y lo digo con todo el cariño del mundo, porque Ender era mi mejor amigo desde que éramos dos críos compartiendo cromos en el patio del colegio. Pero ahí estaba, contemplando su café con la mirada perdida y esa sonrisa de imbécil que no se le había borrado en las últimas semanas.

—¿Se puede saber qué te pasa? —le pregunté, dando un sorbo a mi americano—. Llevas cinco minutos mirando al vacío como si hubiera un portal interdimensional flotando sobre mi cabeza.

Ender parpadeó, volviendo a la realidad, y se encogió de hombros con esa expresión de felicidad absurda que me provocaba entre envidia y ganas de darle una colleja.

—Perdona, tío. Me he distraído.

—Ya, pensando en Elaila, supongo —comenté sin poder evitar una sonrisa burlona—. ¿Qué tal os va en la tienda? ¿Algún friki insoportable últimamente?

La pregunta pareció devolverle toda la energía. Ender trabajaba en una tienda de videojuegos y consolas que era el paraíso de cualquier jugador y el infierno de cualquier dependiente con paciencia limitada.

—Genial, tío. Hemos recibido la nueva consola y se está agotando como si la regalaran. Los padres están desesperados con la Navidad a la vuelta de la esquina —explicó con entusiasmo—. Aunque el otro día tuve que lidiar con un chaval que quería devolvernos un juego porque, según él, «era demasiado difícil y nadie lo había avisado».

—¿Y qué hiciste?

—Le expliqué que lo que decía en la descripción significaba literalmente «te vas a morir cincuenta veces antes de pasar de la primera pantalla». No coló —añadió riéndose—. Pero el jefe me respaldó. Ventajas de llevar cuatro años en el negocio.

Asentí, observándolo. Había algo distinto en Ender últimamente. Seguía siendo el mismo tío despreocupado de siempre, con su perpetua camiseta de alguna serie friki y su capacidad para convertir cualquier conversación en un debate sobre por qué *El Imperio contraataca* era objetivamente la mejor película de *Star Wars*. Pero había algo más, una especie de... ¿madurez?, ¿serenidad?

—¿Y qué tal con Elaila? —pregunté, yendo al grano—. Vais a hacer, ¿cuánto? ¿Un mes y medio?

La sonrisa que se le dibujó en la cara habría iluminado un estadio entero.

—El miércoles que viene —confirmó, como si estuviera contando los días, las horas y los minutos—. Y, tío... —bajó la voz, inclinándose sobre la mesa como si estuviera a punto de confesarme un secreto de Estado—, jamás había sentido algo así. Es que... no sé explicarlo.

—Inténtalo —lo animé. Ver a Ender, el soltero empedernido, completamente enganchado a alguien era un verdadero espectáculo.

—Es que Elaila lo es todo, tío —dijo con una sinceridad que me pilló desprevenido—. Es divertida, inteligente, no se toma nada demasiado en serio, pero a la vez es superleal con lo que le importa. Cuando estoy con ella, el tiempo vuela. Y cuando no estoy con ella, solo pienso en cuándo vamos a volver a vernos.

Dio un sorbo a su café, como para darse tiempo a encontrar las palabras.

—No me imagino con otra persona, Ryker —continuó, y la seriedad en su voz era algo que rara vez le había oído—. No ahora,

ni en un mes, ni en diez años. Es que... la quiero, tío. Joder, es que la quiero tanto que a veces me asusta.

Me quedé mirándolo, sin saber muy bien qué decir. Nunca había visto a Ender así, tan vulnerable y al mismo tiempo tan seguro. Era como si hubiera descubierto algún secreto del universo que el resto de nosotros, pobres mortales, aún no comprendíamos.

—¿Y no te agobia? —pregunté finalmente—. Quiero decir, hace tres meses tu idea de compromiso era reservar mesa para una segunda cita.

Él soltó una carcajada.

—A mí me sorprende más que a nadie, créeme —admitió, negando con la cabeza—. Pero es que con ella es diferente. No es que me esté obligando a ser monógamo o algo así. Es que, sinceramente, no quiero estar con nadie más. No lo necesito. Con Elaila tengo... todo.

«Todo». La palabra quedó flotando entre nosotros, cargada de un significado que me resultaba a la vez fascinante y aterrador. ¿Era posible que alguien pudiera ser todo para otra persona? ¿No era eso una responsabilidad demasiado grande? ¿O quizá era precisamente eso lo que buscábamos todos?

Tenía que reconocer que, en realidad, eso no me sorprendía. Ender siempre había sido el más sensato de los dos. Siempre había hablado de sentar la cabeza antes que yo, de madurar, de formar una familia algún día. La diferencia es que nunca había tenido prisa. Al contrario, parecía disfrutar de su soltería como si fuera un estado de gracia que había que exprimir al máximo.

Pero no esperaba que fuera a ser tan rápido. Tan fulminante. Aunque, viéndolo ahora, con esa sonrisa permanente y esa mirada de pertenecer por fin a algún lugar, era evidente que estaba pillado hasta las trancas. Completamente enamorado de Elaila.

—Y el sexo, ¿qué tal? —pregunté sin rodeos—. ¿Está a la altura de toda esa palabrería romántica?

Ender se rio y se frotó el rostro con ambas manos, como si necesitara un momento para procesar la pregunta. Cuando me miró de nuevo, tenía las mejillas ligeramente sonrojadas, lo que ya era toda una respuesta en sí misma.

—Es maravilloso, tío —admitió con una mezcla de confianza y respeto—. Ella es maravillosa. Al principio era un poco raro, ¿sabes? Porque había demasiados sentimientos de por medio. No era como otras veces.

Dio otro sorbo a su café antes de continuar.

—Desde la primera noche, no he podido pensar en otra. Es como si hubiéramos encajado a la perfección.

No pude evitar sonreír ante su sinceridad. Ender siempre había sido así: dulce, cariñoso, más blando que yo, por decirlo de alguna manera. Era el típico tío que recordaba aniversarios, que preparaba sorpresas elaboradas, que se emocionaba con las comedias románticas que a mí me provocaban urticaria. Y parecía que esa parte de su personalidad encajaba perfectamente con Elaila, que, a pesar de su carácter fuerte, tenía esa vena romántica que se complementaba con la suya.

—¿Y nunca discutís? —pregunté, genuinamente curioso—. Quiero decir, todas las relaciones tienen sus roces, sus momentos complicados.

—Claro que discutimos —respondió, encogiéndose de hombros—. El otro día casi me mata porque cambié su configuración de la tele y no podía encontrar sus series. Y yo me cabreé cuando llegó una hora tarde a cenar porque se quedó cotilleando con una clienta. Pero es que incluso discutir con ella es diferente, ¿sabes?

—Diferente, ¿cómo? —insistí, tratando de entender qué tenía esa relación que la hacía tan especial para él.

—Discutimos, nos enfadamos, pero luego hablamos. De verdad, quiero decir. No hay drama, no hay portazos, no hay silencios que duran días. Es todo muy... adulto —explicó, y parecía algo sorprendido por su propia descripción—. Y reconciliarse..., bueno, esa es la mejor parte —añadió con una sonrisa pícara.

—¿Cuánto dura el enfado? ¿Media hora?

—A veces menos —admitió, con una sonrisa que dejaba claro que no le importaba lo más mínimo ceder en una discusión si eso significaba volver a estar bien con ella—. Es que, cuando la miro, se me olvida por qué estaba enfadado.

—Dios, das vergüenza ajena —me burlé, aunque sin maldad—. Te has convertido en uno de esos novios empalagosos que tanto criticabas.

—Lo sé —confesó sin rastro de arrepentimiento—. Y me importa una mierda. Nunca he sido más feliz en mi vida.

Lo miré detenidamente, buscando algún rastro de duda, alguna grieta en esa fachada de felicidad absoluta. Pero no había nada. Mi amigo, el escéptico del amor que solía bromear sobre los «pobres idiotas encadenados» cuando veíamos parejas en la calle, ahora era uno de ellos. Y lo peor es que parecía encantado con su nueva condición.

—¿Y ya habéis hablado de... futuro? —pregunté intentando sonar casual, aunque la palabra me provocaba una especie de escozor en la garganta.

Ender dio vueltas a su taza, como si estuviera considerando cuidadosamente su respuesta.

—No de forma explícita, pero hay cosas que se dan por hecho —respondió finalmente—. Como que pasaremos las Navidades juntos,

que conoceré a sus padres cuando vengan el mes que viene, o que me acompañará a la convención de cómics de primavera. Son planes, ¿sabes? Cosas que implican que seguiremos juntos dentro de seis meses.

—¿Y eso no te agobia?

—Al contrario —dijo con una convicción que me dejó descolocado —. Me tranquiliza. Es como tener un mapa para el futuro, pero uno que realmente me apetece seguir.

Guardé silencio, procesando sus palabras. ¿Un mapa para el futuro? Yo siempre había tenido mi propio mapa, meticulosamente trazado: ascensos en el trabajo, inversiones, la casa en las afueras que llevaba semanas considerando comprar. Pero últimamente, en ese mapa empezaba a aparecer una silueta pelirroja con la que no contaba. Y eso me aterraba tanto como me atraía.

—¿Qué hay de ti y de Audra? —La pregunta de Ender me sacó bruscamente de mis pensamientos—. Os vi el otro día en el grupo. Parecíais muy cómodos juntos.

Suspiré, frotándome la nuca. Ya no tenía sentido negarlo, no después de que me hubiera presentado en su casa semanas atrás, prácticamente confesando que estaba colado por ella.

—Es complicado —admití al fin—. Ya sabes lo que me dijo Elaila aquel día. Lo de sus muros, lo de su ex, toda esa mierda que le hizo. No quiero meter la pata y que se aleje completamente.

Ender asintió comprensivamente.

—Ya, pero desde entonces habéis avanzado, ¿no? Os vi en esa foto del gimnasio, y Elaila me contó que cenasteis juntos el otro día.

—Sí, vimos *Shrek* mientras nos poníamos hasta arriba de hamburguesas —confirmé, sin poder evitar una sonrisa al recordarlo —. Y fue... fue genial, tío. Se puso un pijama peludo verde que la

hacía parecer un peluche enorme, y estuvimos bromeando toda la noche. Hacía tiempo que no me reía tanto.

—Ya veo —dijo Ender con una sonrisa cómplice—. ¿Y eso te asusta?

—Lo que me asusta es que, sí, me gusta. Mucho. Más de lo que debería —confesé bajando la voz, aunque no hubiera nadie cerca—. Pero no sé qué hacer con eso. Cuando intento dar un paso más, noto cómo se tensa, cómo pone distancia. Y luego hay momentos en los que parece que ella también..., no sé, que hay algo ahí.

—¿Has probado a hablar con ella? —sugirió mi amigo.

Solté una risa seca.

—¿Y decirle qué exactamente? «Oye, sé que me odiabas hasta hace unas semanas, pero creo que me estoy enamorando de ti, aunque sé que tienes tanto miedo al compromiso que prácticamente huyes cuando un desconocido sonríe en tu dirección». Seguro que eso funciona de maravilla.

—Vale, quizá no en esos términos —concedió Ender, riéndose—. Pero Elaila dice que Audra necesita tiempo, que ha pasado por mucho. Si realmente te importa, quizá lo mejor sea ir poco a poco.

—Eso es lo que he estado haciendo. —Suspiré frustrado—. Cenas improvisadas, gimnasio, la ayudo con el bricolaje... Vamos, que ya solo me falta adoptar un gato calvo para demostrarle que me importa. Pero siento que estoy caminando por un campo de minas. Un paso en falso y todo se va a la mierda.

Ender me miró con compasión.

—Nunca pensé que llegaría el día en que te vería así por una chica —comentó, negando con la cabeza—. Tú, el rey del «una noche y fuera», sufriendo porque no sabes cómo acercarte a una mujer.

—Ya, es irónico —admití con amargura—. Y lo peor es que no puedo quitármela de la cabeza. El otro día fui a ver una casa, ya

sabes, para comprar. Y todo el rato estaba pensando que las paredes eran demasiado gruesas, que no podría oírla cantar en la ducha. ¿Te das cuenta de lo absurdo que es eso? Me he pasado meses quejándome de sus desafinaciones matutinas, y ahora la idea de no oírlas me parece insoportable.

—Eso, amigo mío —dijo él, señalándome con su dedo—, es lo que se llama «estar hasta las trancas».

—No me ayudas —gruñí, hundiendo la cara entre las manos.

—Al contrario —replicó—. Te estoy haciendo ver lo que ya sabes, pero no quieres admitir del todo: que esto va más allá de un simple capricho. Que realmente te importa. Y que estás dispuesto a esperar, a ir a su ritmo, porque crees que vale la pena.

Levanté la vista, considerando sus palabras. Tenía razón, maldita sea. A pesar de todos mis intentos de negarlo, de racionalizarlo, de contenerlo en una casilla ordenada, lo que sentía por Audra se había desbordado. Y eso me hacía sentir más vulnerable de lo que me había sentido en años.

—¿Y si la cago? —pregunté, verbalizando mi mayor miedo—. ¿Y si no puedo ser lo que ella necesita?

—Esa es la gran pregunta, ¿no? —respondió Ender, encogiéndose de hombros—. La que todos nos hacemos cuando alguien nos importa de verdad. No hay garantías, tío. Solo puedes intentarlo y esperar lo mejor.

—¿Así fue con Elaila?

—Sí y no. Con Elaila todo fue muy natural desde el principio. Como si nos conociéramos de toda la vida. Pero, aun así, tuve miedo. Todavía lo tengo a veces. Miedo a no estar a su altura, a decepcionarla. Creo que es normal cuando quieres a alguien.

Sus palabras se quedaron flotando entre nosotros, cargadas de una verdad que empezaba a comprender demasiado bien.

—La verdad es que quiero besarla —confesé, bajando la voz como si las paredes de la cafetería pudieran oírme—. Quiero hacerlo, pero no sé cómo ni cuándo. Ni siquiera estoy seguro de si debería intentarlo.

Ender frunció el ceño, adoptando esa expresión de hermano mayor que a veces me sacaba de quicio.

—Quizá no deberías —respondió, removiendo lo que quedaba de su café—. Quizá eso la eche para atrás, Ryker. No es tan sencillo como con otras chicas.

Me pasé la mano por el pelo, exasperado. No era la primera vez que teníamos esa conversación, pero nunca había sido tan explícito sobre mis intenciones.

—Es una mujer complicada, ya lo sé —admití.

—¿Y eso te detiene? —preguntó Ender, estudiándome con atención.

—No —respondí sin dudar—. Para nada. Al contrario, quiero atravesar esos malditos muros. Y una vez dentro, quedarme allí, aunque los muros que permanezcan caigan sobre mí.

Sentí un hormigueo en el pecho mientras las palabras salían de mi boca. Era la primera vez que verbalizaba lo que llevaba días sintiendo, lo que me despertaba por las noches y me hacía replantearme cada decisión.

—Aunque ella siga intentando alejarse —continué, sorprendiéndome a mí mismo por la intensidad de mi voz—. Necesito acercarme, ¿entiendes? Necesito que uno de esos ladrillos me golpee en la cara si hace falta.

Mi amigo soltó una risita, negando con la cabeza como si acabara de decir la mayor estupidez del mundo.

—Eres un puto poeta cuando te da —comentó, antes de volver a ponerse serio—. Mira, Elaila me ha contado bastante sobre Audra. Es

normal, se conocen desde críos.

Asentí, recordando las advertencias que Elaila me había hecho aquel día. Sobre los muros de Audra, sobre su ex, sobre cómo debía ir con cuidado.

—Cuando ya llevaba bastante tiempo de relación con ese tío, Elio —continuó Ender, cruzando los brazos sobre la mesa—, Audra y ella estuvieron seis meses sin hablarse.

—¿Seis meses? —repetí sorprendido. Por lo que había visto, Elaila y Audra parecían inseparables—. ¿Por qué?

—Porque Audra estaba muy mal y no quería que nadie lo supiera —explicó con gravedad—. Nadie, ni siquiera su mejor amiga. Elaila fue quien se acercó, preocupada, y discutieron muchísimo. Tanto que dejaron de hablarse.

Intenté imaginar a Audra, mi Audra con su fuego y su descaro, tan hundida como para alejar a la única persona que probablemente intentaba ayudarla. Sentí una opresión en el pecho que me resultó casi dolorosa.

—Ha mejorado muchísimo con respecto al año pasado —prosiguió Ender—. Fue a terapia, trabajó mucho en sí misma. Pero, según Elaila, jamás volvió a ser la misma.

Me quedé en silencio, procesando la información. No era la primera vez que oía que Audra había cambiado, que se había vuelto más reservada, más desconfiada.

—Elaila tiene mucho miedo —me confesó, mirándome fijamente—. Y yo, como su novio, y como alguien que ve las cosas desde fuera, creo que deberías ir con cuidado.

—¿Por qué? —pregunté, aunque conocía la respuesta.

—Porque te conozco, Ryker —dijo sin rodeos—. Sé cuál ha sido tu recorrido con las tías. Y ella no es cualquiera. Esto va más allá de un ligue, incluso más allá de un amor.

Estamos hablando de una persona que se ha recompuesto poco a poco, sin ser nada.

—Fue a terapia —lo corregí—. No lo hizo sola.

—Lo sé —concedió—. Pero una cosa es que un profesional te ayude a poner los cimientos y otra muy distinta, reconstruir lo que había antes. Eso lo hizo sola, ladrillo a ladrillo.

La imagen que Ender estaba pintando me provocaba sentimientos contradictorios. Por un lado, admiración por esa fuerza interior que Audra debía de poseer para haberse recuperado de algo así. Por otro, una rabia intensa hacia el cabrón que le había hecho tanto daño.

—Mira, no quiero ponerme en modo protector —continuó Ender—, pero entiende que Elaila la quiere como a una hermana. Y después de todo lo que ha pasado Audra, es normal que esté preocupada.

—Lo entiendo —murmuré.

Y lo entendía de verdad. Si alguien le hubiera hecho eso a Emma, yo también querría arrancarle la cabeza a cualquiera que se acercara a ella con intenciones poco claras.

—¿Y qué quieres que haga? —pregunté con una frustración que no conseguía disimular—. ¿Que me aleje? ¿Que finja que no siento lo que siento?

Ender negó con la cabeza.

—No, quiero que seas consciente de lo que implica todo esto —respondió—. Que no es un juego, que no es una chica más. Que, si decides seguir adelante, tienes que estar dispuesto a aceptarla con todo su equipaje, con todas sus cicatrices. Y, sobre todo, que debes darle el tiempo que necesite, aunque eso signifique ir más lento de lo que estás acostumbrado.

Había pasado tanto tiempo pensando en lo que yo sentía, en mis propias dudas y miedos, que no había considerado completamente

lo que significaba para Audra dejar entrar a alguien de nuevo. El nivel de confianza, de vulnerabilidad que eso requeriría por su parte.

—No quiero hacerle daño. Es lo último que quiero.

—Lo sé —asintió Ender—. Pero las intenciones no siempre son suficientes. A veces hacemos daño sin querer, simplemente porque no entendemos del todo lo que la otra persona necesita.

Me quedé mirando mi taza vacía, sintiendo el peso de la responsabilidad que implicaban mis sentimientos por Audra. No era solo una atracción, ni siquiera solo amor. Era la posibilidad de ayudar a alguien a sanar por completo, o de empeorarlo todo irremediablemente.

—¿Crees que debería alejarme? —pregunté, temiendo su respuesta.

Él pareció considerarlo seriamente antes de contestar.

—No —dijo al fin—. Creo que deberías seguir como hasta ahora. Siendo su amigo, ganándote su confianza poco a poco. Y dejando que sea ella quien marque el ritmo.

—Eso puede llevar tiempo —murmuré.

—¿Y? —replicó Ender—. ¿Tienes prisa por ir a alguna parte?

La pregunta me pilló desprevenido. La verdad es que no, no tenía prisa. No había otro lugar donde quisiera estar más que cerca de Audra, aunque fuera solo como su vecino insoportable, como el tío que la ayudaba a colgar cuadros y compartía hamburguesas con ella mientras veían *Shrek*.

—Supongo que no —admití.

—Entonces dale tiempo —concluyó Ender—. Y si de verdad es importante para ti, si de verdad quieres atravesar esos muros y quedarte dentro, demuéstraselo. No con palabras, sino con hechos. Estando ahí, día tras día, sin presionar, sin exigir.

—¿Crees que funcionará? —pregunté, y de inmediato odié la nota de desesperación que se coló en mi voz.

Mi amigo se encogió de hombros.

—No tengo ni idea —respondió con honestidad—. Pero si hay alguna posibilidad de que funcione, será así. Con paciencia, con constancia. Demostrándole que eres diferente de lo que conoce, de lo que teme.

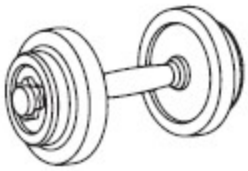
Asentí despacio, procesando su consejo. No era lo que quería oír, pero quizá resultaba necesario. La confirmación de que eso no sería fácil ni rápido, pero que merecía la pena intentarlo.

Y, mientras pagábamos la cuenta y nos preparábamos para irnos, me pregunté si sería capaz de ser el hombre que Audra necesitaba. No el que siempre había sido, directo y resolutivo, sino uno que supiera esperar, que entendiera el valor del tiempo y la paciencia.

Solo había una forma de averiguarlo.

27

Si no la oyes, no existe, o eso me digo a mí mismo



Ryker

Las nueve y media de la noche y un silencio sepulcral. Eso era lo que me estaba volviendo completamente loco.

Llevaba un rato dando vueltas por el salón como un idiota, parándome de vez en cuando junto a la pared que separaba mi apartamento del de Audra, intentando captar cualquier sonido. Pero nada. Ni el maullido histérico de Peluso, ni la voz desafinada de Audra cantando algo de Taylor Swift, ni siquiera el ruido de sus pasos.

Era extraño. A esas horas debería haber vuelto del trabajo, a no ser que hubiera quedado con alguien.

El móvil vibró en mi bolsillo por décima vez en los últimos quince minutos. El grupo. Cómo no. Desde que Elaila y Ender habían creado ese maldito grupo, no paraban de mandarse memeces a todas horas. Lo ignoré, como llevaba haciendo toda la tarde.

Volví a mirar el reloj, consciente de lo patético que resultaba mi comportamiento. ¿Desde cuándo me importaba tanto lo que hiciera

la vecina? Bueno, desde que había empezado a sentir cosas por ella, evidentemente. Cosas que se intensificaban con cada día que pasaba, con cada pequeña interacción. Incluso con su ausencia, por lo visto.

No sabía qué hacer.

Miré hacia la puerta de mi derecha, como si pudiera atravesarla con la mirada y comprobar si Audra estaba en casa. Pero no, las puertas no eran transparentes, ni siquiera para los vecinos obsesionados.

Era raro. Llevaba sin oírla todo el día. Ningún sonido. Ni sus habituales discusiones matutinas con Peluso, ni el tintineo de su taza al desayunar, ni siquiera el rumor de la ducha.

El móvil volvió a vibrar. Lo saqué a regañadientes y vi que Elaila había etiquetado a Audra en un meme sobre gatos sin pelo a la moda, pero ella no había respondido. Si hasta su mejor amiga parecía desconocer su paradero, quizá realmente debería preocuparme.

Guardé el móvil de nuevo y me acerqué a la pared, tan cerca que casi podía sentir el tacto frío del yeso contra mi frente. «Esto es absurdo —me dije—. Eres un adulto, no un adolescente obsesionado con su *crush*».

El problema es que eso era exactamente lo que parecía: un adolescente con las hormonas descontroladas, pendiente de cada movimiento de la chica que le gustaba. Solo que la chica en cuestión brillaba por su ausencia, y eso estaba empezando a inquietarme más de lo que quería admitir.

Me senté en el sofá, resignado. Quizá debería dejar de comportarme como un acosador y hacer algo normal, como contestar a ese grupo del que supuestamente formaba parte. Cogí el móvil y me dispuse a escribir.

Yo: ¿La parejita no tiene nada mejor que hacer que spammear el grupo con memes de gatos? ¿Tan aburrida es vuestra vida?

No pasaron ni tres segundos antes de que llegaran las respuestas.

Ender: Dice el tío que lleva todo el día desaparecido. ¿Quién es ahora el aburrido?
Elaila: Uy, perdona, ¿interrumpimos tus importantes asuntos en la lavandería del infierno?

Estaba a punto de contestar con algún comentario mordaz cuando lo oí: una tos. Una tos fuerte, de esas que salen desde lo más profundo de la garganta y te dejan sin aire. Venía del otro lado de la pared.

Guardé silencio, contuve la respiración para asegurarme. Y ahí estaba otra vez: otra tos, más ronca y prolongada que la anterior. Definitivamente venía del apartamento de Audra.

Me incorporé de un salto, sintiendo una mezcla de alivio (estaba viva, al menos) y preocupación (esa tos sonaba fatal). Dudé unos segundos sobre qué hacer. ¿Y si solo estaba resfriada y se enfadaba porque la molestaba? ¿Y si me mandaba a tomar viento por entrometerme? ¿Y si...?

«A la mierda», pensé. Si estaba bien, podría soportar su cabreo. Y si no lo estaba, me alegraría de haber ido.

Salí al rellano, cerré mi puerta y me planté frente a la suya. Llamé con los nudillos, primero suavemente y luego con más insistencia cuando no obtuve respuesta.

—¿Audra? —llamé, acercándome a la puerta—. ¿Estás bien?

—Déjame. —Su voz sonó tan ronca y débil que apenas la reconocí —. Vete.

—Abre la puerta —insistí, preocupándome más a cada segundo.

—No quiero. Vete —repitió, y le sobrevino otro ataque de tos.

—Si no abres, volveré a echar la puerta abajo —amenacé—. Y esta vez no será por un bicho.

Oí un gruñido seguido de un maullido que debía de ser de Peluso. Después, el sonido de pasos arrastrándose y el clic de la cerradura. La puerta se abrió apenas unos centímetros.

La visión que me encontré me dejó sin palabras. Audra estaba envuelta en una manta enorme que le llegaba hasta los pies, con las mejillas tan rojas que parecían en llamas y el pelo recogido en un moño tan desastroso que desafiaba las leyes de la física. Tenía la nariz completamente pelada, como si hubiera estado frotándosela con papel de lija, y los ojos vidriosos por la fiebre.

Estaba horrible. Y, aun así, sentí una punzada de ternura al verla tan vulnerable.

—Estás muerta —dije, sin poder evitar una mueca de preocupación.

—Muy gracioso —murmuró ella, con voz nasal—. Ya me has visto. Ahora vete.

Intentó cerrar la puerta, pero yo ya había colocado la mano para impedírselo. Sorprendentemente, no opuso resistencia. Quizá estaba demasiado débil para hacerlo, o quizá, en el fondo, no quería quedarse sola. De cualquier manera, sentí que había derribado un muro más.

Entré en su apartamento y me sorprendió encontrarlo sumido en una casi completa oscuridad. Todas las persianas estaban bajadas, y solo la luz tenue de una lámpara en una esquina iluminaba el caos. Había pañuelos usados por todas partes, tazas vacías en cada superficie y ese olor inconfundible que siempre acompaña a los constipados: una mezcla de mentol, sudor y tristeza.

Me acerqué a ella y, sin pedir permiso, le puse la mano en la frente. Estaba ardiendo, mucho más de lo que sería normal incluso con un resfriado fuerte.

—Joder, tienes mucha fiebre —dije, preocupado—. ¿Has ido a Urgencias?

—No —respondió, alejándose de mi mano para dirigirse al sofá, que estaba cubierto de pañuelos de papel, medicamentos y lo que parecían dibujos a medio hacer—. No podía moverme. Y tampoco quiero. No me gustan los hospitales.

Se tumbó con esfuerzo y se envolvió aún más en la manta, convirtiéndose en lo que solo podía describirse como un burrito humano. Solo su cara, roja y congestionada, asomaba por uno de los extremos.

Peluso apareció entonces y se subió al respaldo del sofá para observarme con desconfianza. Sin embargo, ahora solo podía pensar en Audra, temblando bajo su manta, con una fiebre que claramente necesitaba atención médica.

—¿Cuánto llevas así? —le pregunté, acercándome al sofá.

—Desde anoche. Suerte que me debían cuatro días de vacaciones.

Eché un vistazo alrededor. El apartamento era un completo desastre, incluso para los estándares habituales de Audra. Pañuelos usados, tazas vacías, mantas arrugadas y lo que parecía el contenido completo de su armario esparcido por el suelo.

—¿Has tomado algo? —pregunté, intentando no sonar tan preocupado como me sentía.

—Un ibuprofeno esta mañana —murmuró cerrando los ojos, como si incluso hablar le supusiera un esfuerzo sobrehumano.

—Eso no será suficiente —le dije negando con la cabeza—. ¿Has comido algo al menos?

—Lasaña —dijo tratando de incorporarse y fracasando miserablemente en el intento.

Asentí, procesando la situación. Tenía la cara tan roja que parecía a punto de explotar y, sin embargo, temblaba como si estuviera en medio de una tormenta de nieve. Necesitaba medicación adecuada, algo de comer y, sobre todo, no estar tirada en ese sofá rodeada de gérmenes.

—Vale, esto es lo que vamos a hacer —dije adoptando ese tono resolutivo que usaba en las reuniones de trabajo—. Voy a bajar al supermercado y a la farmacia de guardia. Compraré lo necesario para hacer una sopa y algo para esa tos y esa fiebre. Y mientras tanto, tú deberías meterte en la cama.

—Aquí estoy bien —protestó, envolviéndose aún más en la manta hasta parecer una oruga gigante.

—Ahí no estás bien —insistí, señalando el sofá cubierto de pañuelos usados—. Necesitas una cama de verdad.

Peluso eligió ese momento para soltar un maullido que, en mi imaginación desbordada, sonó a completo acuerdo con mi plan.

—¿Lo ves? Incluso tu gato está de mi parte —señalé, sintiéndome absurdamente triunfal por tener al felino como aliado.

—Mi sofá es muy cómodo para todo —murmuró.

No pude evitar reírme.

—Dudo mucho que para todo —repliqué, considerando lo incómodo que sería dormir ahí en su estado.

Sus ojos brillaron con un destello de picardía que la fiebre no había conseguido apagar.

—Eso aún no lo has probado —dijo con una voz que, a pesar de estar ronca, consiguió sonar muy sugerente.

Por un momento, me quedé sin palabras, procesando lo que acababa de insinuar. ¿Estaba Audra Emrin, en medio de su delirio

febril, sugiriendo lo que yo creía? ¿O era mi imaginación, que me jugaba una mala pasada?

—Da igual —dije finalmente, aunque una sonrisa tonta se me formó en los labios sin poder evitarlo.

Audra me miró con esos ojos brillantes por la fiebre y soltó una risita que terminó en otro ataque de tos.

—¿Has pillado mi broma? —preguntó cuando pudo recuperar el aliento.

—Creo que sí —respondí, intentando mantener el tipo—. Veo que ni los virus pueden con tu sentido del humor.

—Ni con mi encanto natural —añadió, hundiéndose más en su nido de mantas.

—Eres una princesita enana y matona —dije negando con la cabeza—. Hasta con cuarenta de fiebre.

Ella negó débilmente, cerrando los ojos por un momento. Parecía agotada.

—¿Puedo coger tus llaves? —le pregunté, señalando el bolso que asomaba por debajo de una pila de revistas en la mesita.

Asintió sin abrir los ojos. Me acerqué, rebusqué en su bolso y encontré un manojo de llaves con un llavero de un gato de colores chillones que me arrancó una sonrisa.

—¿En serio? —dije levantándolo—. ¿Un gato? ¿No era demasiado obvio?

—Es irónico —murmuró, con los ojos aún cerrados—. Como mi vida.

Guardé las llaves en el bolsillo de mis vaqueros y me dirigí hacia la puerta.

—Ahora vengo —le dije—. No te muevas de ahí.

—Como si pudiera —respondió con un hilo de voz.

Salí al rellano sintiendo que algo había cambiado irremediablemente entre nosotros. Por primera vez desde que nos conocíamos, Audra había dejado caer todas sus defensas frente a mí. Y yo, que siempre había preferido mantener a todos a una distancia prudencial, me encontraba deseando acortar cada centímetro que nos separaba.

Bajé a la calle y caminé rápidamente hacia el supermercado veinticuatro horas de la esquina. Compré todo lo necesario para hacer una sopa: pollo, verduras frescas, un paquete de fideos y algunas cosas extras, como zumo de naranja, galletas saladas y miel para la garganta. También añadí a la cesta una caja de pañuelos de esos extrasuaves, después de ver el estado en el que tenía la nariz.

Después, me dirigí a una farmacia de guardia, que, por suerte, estaba a solo dos calles. La farmacéutica, una mujer mayor con gafas, escuchó atentamente mientras le explicaba los síntomas.

—Parece una gripe bastante fuerte —dijo asintiendo mientras seleccionaba varios medicamentos—. Aquí tiene un antitérmico, pastillas para la tos, un jarabe expectorante y estas pastillas para chupar que aliviarán el dolor de garganta.

Pagué, guardé todo en las bolsas y volví al edificio a paso ligero, sintiendo una urgencia que no podía explicar completamente. Como si cada minuto que pasaba lejos de Audra fuera un minuto desperdiciado.

Cuando llegué al apartamento, Peluso me recibió con un maullido que sonaba casi a reproche, como si me culpara por haber tardado tanto.

—Ya, ya, no me mires así —le dije, agachándome para acariciarle detrás de las orejas—. He vuelto lo más rápido que he podido.

El gato ronroneó brevemente antes de apartarse ofendido. Miré hacia el sofá y vi que Audra se había quedado dormida, en una

posición imposible que le dejaría el cuello hecho polvo cuando despertara.

—Tu madre va a acabar con la espalda rota como siga durmiendo así —le comenté a Peluso, que me observaba desde la distancia como si evaluara mis intenciones.

Dejé las bolsas en la encimera de la cocina y me dirigí hacia el pasillo. La segunda puerta daba a su habitación.

Encendí la luz y eché un vistazo. La cama estaba sin hacer, con las sábanas revueltas, como si hubiera librado una batalla con ellas. Había ropa desperdigada por el suelo y dibujos colgados en las paredes, algunos terminados y otros a medio hacer. Era caótico, pero de alguna manera acogedor. Tan Audra.

Me acerqué a la cama, abrí las sábanas y ahuequé la almohada. Luego volví al salón, donde ella seguía durmiendo, respirando con dificultad por la nariz congestionada.

—Audra —dije en voz baja, acercándome al sofá—. Voy a llevarte a la cama, ¿vale?

Murmuró algo ininteligible, sin abrir los ojos. Sin pensarlo dos veces, la tomé en brazos. Pesaba sorprendentemente poco, como si su cuerpo fuera más ligero que su personalidad.

—¿Qué haces? —protestó débilmente, removiéndose sin fuerzas—. Puedo andar.

—Calla y déjate ayudar —respondí, ajustando mi agarre mientras la llevaba hacia la habitación.

Dejó de protestar y, para mi sorpresa, apoyó la cabeza en mi hombro. Podía sentir su aliento cálido en mi cuello, y el calor que irradiaba su cuerpo era preocupante. La fiebre seguía alta.

—No necesito un niñero —murmuró contra mi cuello.

—No —concedí, atravesando con cuidado el umbral de su habitación—. Solo a alguien que te cuide un poco. Todo el mundo

merece y necesita a veces a alguien que lo cuide.

—Te odio —susurró.

—Lo sé —respondí con una pequeña sonrisa, entendiendo perfectamente lo que en realidad quería decir—. Es nuestro idioma particular, ¿no? Tú me odias, yo te saco de quicio. Y, aun así, aquí estamos.

—Qué trágico —murmuró, con un amago de sonrisa en sus labios resecos.

—Completamente —coincidí, mientras la depositaba con delicadeza en la cama.

Le quité la manta con la que venía envuelta desde el sofá, notando que estaba húmeda por el sudor de la fiebre, y la tapé con las sábanas limpias. Inmediatamente se hizo un ovillo, como un gato buscando calor.

—Voy a hacerte algo de comer —le dije, apartándole un mechón de pelo húmedo de la frente—. Después tomarás la medicación.

Asintió débilmente, sin abrir los ojos.

Salí del dormitorio, dejando la puerta entreabierta para poder oírla si me llamaba, y me dirigí a la cocina. Peluso me seguía como una sombra, observando todos mis movimientos.

Puse agua a hervir y empecé a preparar la sopa. Mientras cortaba las verduras, intenté poner un poco de orden en aquel caos. Recogí los pañuelos usados, los tiré a la basura, amontoné las tazas vacías en el fregadero y doblé las mantas que había esparcidas por el salón.

—Tu casa es un completo desastre, ¿lo sabías? —le comenté a Peluso, que se había subido a la encimera para supervisar mis tareas culinarias—. Aunque supongo que parte de la culpa es tuya. Apuesto a que tiras cosas al suelo solo por diversión.

El gato me miró con lo que solo podía interpretarse como indignación ofendida.

—Vale, lo retiro —concedí, echando los trozos de zanahoria y de cebolla en el agua hirviendo—. Toda la culpa es de tu madre. Seguro que tú intentas mantener el orden, pero es una causa perdida.

Peluso ladeó la cabeza, como evaluando mis palabras, y luego se sentó con toda su dignidad en el borde de la encimera, con la cola perfectamente enrollada alrededor de sus patas.

—¿Sabes qué es lo más extraño de todo esto? —le pregunté mientras cortaba más verduras—. Que hace poco más de un mes no podía ni verte, y ahora estamos aquí, teniendo una conversación más profunda que la mayoría de las que tengo con compañeros de trabajo.

El gato parpadeó despacio, un gesto que había leído en alguna parte que era una señal de confianza en el mundo felino.

—¿Puedo confesarte algo? —bajé la voz, como si realmente pudiera entenderme—. Creo que me estoy enamorando de tu dueña. Y es aterrador.

Peluso maulló con suavidad, lo que interpreté como una respuesta.

—Tienes razón —asentí, removiendo la sopa—. Ella probablemente me arrancaría la cabeza si me oyera decir eso. O se reiría en mi cara. No sé qué sería peor.

Seguí hablando con Peluso mientras cocinaba y limpiaba, consciente de lo absurdo de la situación.

Pero había algo curiosamente satisfactorio en poner un poco de orden en el caos de Audra, en preparar algo caliente para que se sintiera mejor, en cuidar de ella, aunque fuera solo por una noche.

Media hora después, mientras la sopa seguía cociendo a fuego lento y el aroma reconfortante de pollo y verduras comenzaba a

inundar el apartamento, me apoyé en la encimera y contemplé el desorden parcialmente controlado. Había conseguido recoger la mayor parte de los pañuelos usados y apilar las tazas sucias.

Peluso me observaba desde lo alto del frigorífico.

—Ya va siendo hora de que tu madre tome la medicación —le dije.

El gato ladeó la cabeza, lo que interpreté como una señal de acuerdo. O quizá solo estaba juzgando mi cordura.

Preparé meticulosamente la dosis de cada medicamento, leyendo tres veces cada prospecto, asegurándome de no equivocarme en nada. Separé las pastillas en un platito. No era solo el instinto básico de ayudar a alguien enfermo; era algo más profundo, más personal. Me importaba.

Llené un vaso con agua, añadí una cuchara para el jarabe y lo coloqué todo en una pequeña bandeja de madera que encontré escondida entre sartenes y cacerolas. Antes de dirigirme a su habitación, me detuve a comprobar la sopa. El caldo había adquirido un tono dorado, y el aroma me recordó a cuando mi abuela me preparaba lo mismo durante mi infancia, en aquellos días en los que estar enfermo significaba atención exclusiva y mimos extras.

—Vuelvo dentro de un momento —le dije a Peluso, que ya se había acomodado junto a los fogones, quizá atraído por el calor—. Intenta no quemarte, por favor.

Caminé despacio hacia el dormitorio, intentando no derramar el agua. La puerta entreabierta dejaba escapar el sonido de una respiración dificultosa, entrecortada por pequeños accesos de tos. Entré con cuidado, sintiendo que de alguna manera estaba adentrándome en un territorio íntimo, un espacio que revelaba más sobre Audra de lo que ella normalmente permitía.

La habitación estaba en penumbra, iluminada únicamente por la luz tenue que se filtraba desde el pasillo.

Audra seguía hecha un ovillo bajo las sábanas, con apenas un mechón de pelo rojo asomando. Me acerqué y dejé la bandeja en la mesilla de noche, apartando con cuidado un despertador con forma de gato sonriente, varios lapiceros de colores y una pila de libros encabezada por un volumen desgastado de poesía.

Me senté despacio en el borde de la cama, dudando unos segundos antes de tocar su hombro.

—Audra —la llamé en voz baja, casi un susurro—. Tienes que tomar la medicación.

Se removió bajo las sábanas, emitiendo un sonido entre gruñido y quejido que encontré extrañamente adorable. Lentamente, como si le costara un esfuerzo sobrehumano, abrió los ojos. La mirada vidriosa que me devolvió hizo que mi preocupación aumentara. La fiebre seguía muy alta.

—Vamos, necesitas incorporarte un poco —dije pasando un brazo por detrás de sus hombros.

Sentí su cuerpo cálido, casi ardiendo, a través de la fina tela de su pijama. Era sorprendentemente ligera, como si toda esa personalidad explosiva estuviera contenida en un cuerpo que apenas pesaba. Con delicadeza, la ayudé a sentarse, apoyándola contra el cabecero de madera oscura.

—Esto es humillante —murmuró con voz ronca, apartándose un mechón de pelo que se le pegaba a la frente sudorosa.

—¿Qué parte? —pregunté, alcanzando el vaso de agua—. ¿Estar enferma o dejar que tu vecino insufrible te cuide?

—Ambas —respondió con un amago de su habitual mordacidad que me hizo sonreír.

Le tendí la primera pastilla, un analgésico que también bajaría la fiebre. Sus dedos rozaron mi palma al cogerla. Observé cómo se la tragaba con dificultad, haciendo una mueca que arrugó toda su cara.

—La siguiente —dije.

—Pareces disfrutar torturándome —se quejó.

Cuando llegó el momento del jarabe, su expresión cambió a una de genuino disgusto.

Olía intensamente a mentol y a algún tipo de fruta que no conseguía identificar.

—Esto huele como los pies del diablo —protestó mirando la cuchara con aprensión.

—Seguramente sabe peor —admití, sin poder evitar una sonrisa—. Pero te ayudará con esa tos que suena como si tuvieras un *gremlin* atrapado en los pulmones.

Me miró entrecerrando los ojos, como si evaluara si estaba burlándome de ella, pero finalmente aceptó la cucharada. Su cara al tragar el jarabe fue tan cómica, una mezcla de asco absoluto y sorpresa indignada, que tuve que morderme el labio para no reírme.

—¡Por todos los demonios! —exclamó con la poca voz que le quedaba—. ¡Esto está hecho con las lágrimas de Satanás!

Esta vez no pude contener la risa.

—Dicen que cuanto peor sabe la medicina, mejor funciona —comenté, devolviéndole el vaso de agua para que pasara el mal trago.

Bebió con avidez, como si intentara eliminar hasta el último rastro del sabor. Cuando terminó, se dejó caer contra las almohadas con un suspiro de agotamiento. Todo ese pequeño esfuerzo parecía haberla dejado extenuada.

Le puse la mano en la frente, comprobando su temperatura. Seguía ardiendo.

—Los medicamentos tardarán un poco en hacer efecto —murmuré, preocupado por lo alta que parecía la fiebre.

En ese momento, como si hubiera estado esperando su señal, Peluso entró en la habitación. De un salto limpio, se subió a la cama y se acomodó a los pies de Audra, observándonos a ambos con esos ojos enormes que parecían entender exactamente lo que estaba ocurriendo.

Me senté en el colchón junto a ella, sintiendo una extraña familiaridad, como si hubiera hecho eso cientos de veces antes. Como si cuidar de ella fuera lo más natural del mundo, y no algo del todo nuevo para nosotros.

—¿Cómo te sientes? —pregunté, aunque era una pregunta estúpida dadas las circunstancias.

Ella abrió los ojos, dos ranuras verdes entre párpados hinchados por la fiebre.

—Como si me hubiera atropellado un camión —respondió, intentando humedecerse los labios resecos— y luego hubiera dado marcha atrás para asegurarse de rematarme.

A pesar de todo, mantenía ese sarcasmo que tanto la caracterizaba.

—¿Por qué no te gustan los hospitales? —pregunté, recordando su negativa a ir a Urgencias.

La pregunta pareció sorprenderla. Durante un momento pensé que no iba a responder, que se cerraría como hacía siempre que la conversación se acercaba a algo personal. Pero entonces, quizá por la vulnerabilidad de la enfermedad, o quizá porque simplemente estaba demasiado agotada para mantener sus muros en pie, suspiró y clavó la mirada en el techo.

—No es que no me gusten —murmuró finalmente—. Es solo que... a veces me traen malos recuerdos.

Se quedó callada, como si estuviera revisando esos recuerdos en su mente, decidiendo cuánto compartir. Sin pensarlo, alargué la

mano y aparté un mechón de pelo húmedo que se le pegaba a la mejilla. Su piel estaba ardiendo bajo mis dedos, pero no se apartó ante el contacto.

—Mi padre murió de un ataque al corazón —dijo con voz queda, casi un susurro—. Fue muy repentino, muy... inesperado.

Tragó saliva con dificultad.

—No le detectaron a tiempo su problema cardíaco. Llevaba semanas con molestias, pero decía que era estrés. Trabajo, problemas con mi madre..., lo típico.

Sus ojos brillaban, pero no supe si era por la fiebre o por las lágrimas.

—Yo estaba sola en Urgencias cuando pasó —continuó, con la voz cada vez más tenue—. Tenía diecisiete años. Esa noche había ido a una fiesta con unas amigas, nada importante. Estábamos en casa de una de ellas cuando mi padre me llamó. Dijo que iba camino del hospital, que se encontraba mal, pero que no me preocupara.

Hizo una pausa, respirando trabajosamente.

—Cuando llegué y pregunté por él, un médico me llevó a una habitación aparte. Esas salas pequeñas que tienen, ¿sabes? Donde siempre dan las malas noticias.

Asentí. Conocía esas salas demasiado bien.

—Ya estaba muerto —dijo, y su voz se rompió en la última palabra, como un cristal fino ante el impacto—. No pude despedirme ni nada. Simplemente... se fue.

El silencio que siguió estaba cargado de un dolor tan palpable que casi podía tocarlo. Me quedé quieto, sin saber qué decir. Cualquier frase de consuelo me parecía insuficiente, vacía ante la magnitud de lo que me estaba contando.

—¿Y tu madre? —pregunté al cabo con toda la suavidad de la que fui capaz.

Negó levemente con la cabeza y una sonrisa amarga se dibujó en sus labios resecos.

—No estaban juntos —respondió—. Bueno, legalmente sí, pero llevaban meses separados. Mi madre se había ido de casa hacía tiempo.

Se encogió de hombros, un gesto tan pequeño que apenas fue perceptible.

—Yo lo sabía porque mi madre tenía a otro —añadió con frialdad —. No se molestaba mucho en disimular. Mi padre lo sabía también, por supuesto. Pero, por alguna razón, ninguno daba el paso de divorciarse.

Peluso se movió en ese momento, acercándose más a Audra, como si percibiera su tristeza y quisiera consolarla. Ella extendió una mano y lo acarició distraída.

—Me fui de casa a los dieciocho —continuó, con la voz ahora más firme, como si hubiera pasado a una parte de la historia con la que se sentía más cómoda—. Trabajé de camarera, luego en una tienda de ropa. Me saqué la carrera a trompicones, entre turnos y exámenes. Y aquí estoy. Increíble, ¿verdad?

Trató de que sonara a broma, pero había algo desgarrador en su intento de restar importancia a lo que claramente había sido un período muy duro.

Asentí, procesando toda esa información que me ofrecía, esas piezas del puzle que era Audra Emrin. De repente, muchas cosas empezaban a tener sentido: su feroz independencia, su reticencia a pedir ayuda, esa desconfianza hacia los demás que parecía tan arraigada. No era solo por lo que le había hecho su ex; las heridas venían de mucho antes.

Me invadió una mezcla de admiración y tristeza tan intensa que casi me dejó sin aliento. Admiración por la fortaleza que había

demostrado, saliendo adelante sola, construyéndose una vida a pesar de todo. Y tristeza porque nadie debería tener que ser tan fuerte siendo tan joven.

—Fuiste muy valiente —dije al fin, y nunca había dicho nada con tanta sinceridad.

Ella soltó un sonido entre risa y bufido que terminó en un acceso de tos.

—No siempre quiero ser valiente —murmuró cuando recuperó el aliento, con la voz rasposa y agotada—. A veces es tan... cansado.

Ese pequeño momento de vulnerabilidad, esa grieta en su muralla me mostró más de la verdadera Audra que en todos nuestros encuentros anteriores juntos.

—Te entiendo más de lo que crees —admití—. Todos esperan que sea... fuerte, todo el tiempo. El hermano responsable, el trabajador perfecto, el que nunca se equivoca.

—El señor Tengo-los-calcetines-ordenados-por-colores —añadió ella con un amago de sonrisa.

—Exacto. —Sonreí, agradecido por ese pequeño momento de ligereza—. A veces... a veces también estoy cansado, ¿sabes? De ser siempre el que mantiene el control. De no poder fallar nunca.

—¿Ryker Lancer admitiendo una debilidad? —murmuró con los ojos entornados por el agotamiento—. Debe de ser el fin del mundo.

—O quizá estés delirando por la fiebre y mañana no recuerdes nada —bromeé, pero luego me puse serio—. Desde que murió mi abuela, y tras el divorcio de mis padres..., siento que debo ser el pilar. Para Emma, para mi madre. Si yo me derrumbo, todo se viene abajo.

Ella me miró con una intensidad sorprendente para alguien con tanta fiebre.

—Somos un desastre, ¿eh? Tú no puedes soltar el control y yo no sé cómo pedir ayuda.

—La pareja perfecta —comenté sin pensar, y luego me sonrojé al darme cuenta de lo que había dicho.

Ella no pareció notarlo, o decidió dejarlo pasar.

—¿Sabes qué es lo peor? —continuó, con la voz cada vez más débil—. Que incluso ahora, tumbada aquí, sintiéndome como si me hubiera atropellado un autobús, una parte de mí está pensando en cómo levantarme para no ser una molestia para ti.

Pensé en mí mismo, en mi propia coraza de autosuficiencia, en cómo siempre hacía lo correcto, lo responsable. En cómo me había convertido en el perfecto hermano mayor para Emma, el empleado modelo, el hombre que nunca pierde el control. Y en lo agotador que resultaba a veces mantener esa fachada.

—No siempre tienes que ser fuerte, Audra —dije con suavidad—. A veces, solo debes dejarte caer. Dejar que otros te sostengan un rato. No pasa nada por necesitar ayuda de vez en cuando.

—¿Tú lo haces? —preguntó, desafiándome con la mirada.

—No —admití con honestidad—. Pero quizá deberíamos aprender juntos.

La miré, esperando una respuesta sarcástica, algún comentario satírico que restableciera la normalidad entre nosotros. Pero, en su lugar, vi cómo sus ojos se humedecían ligeramente.

—¿Sabes por qué nunca lloro delante de nadie? —susurró de repente.

Negué con la cabeza, sorprendido por el giro de la conversación.

—Porque la última vez que lo hice, cuando mi padre murió, mi madre me dijo que tenía que «ser fuerte» y «dejar de dar espectáculos». —Su voz tembló ligeramente—. Como si llorar por perder a mi padre fuera una inconveniencia para ella.

Sentí una oleada de rabia hacia esa mujer que no conocía.

—Llorar no es debilidad, Audra. Es simplemente ser humano.

—No sé cómo hacerlo ahora —confesó en un susurro tan quedo que apenas lo oí—. No sé cómo dejar que alguien más se encargue. Siempre he tenido que hacerlo yo todo.

Esas palabras me sacudieron más de lo que esperaba. Reconocí en ellas mi propio miedo, mi propia dificultad para abandonar el control, para confiar en que otros pudieran cuidar de mí.

—Somos más parecidos de lo que pensaba —murmuré—. Yo tampoco sé ceder el control. Siempre pienso que, si no lo hago yo, nadie lo hará bien.

—El control es una ilusión. Lo descubrí cuando mi padre murió. Puedes planificarlo todo al milímetro y, aun así..., la vida encuentra la manera de desmoronarlo.

Sin pensar, tomé su mano. Estaba caliente por la fiebre y la notaba sorprendentemente pequeña dentro de la mía. Sus dedos, que había visto moverse con tanta precisión mientras dibujaba, ahora parecían frágiles, vulnerables.

—Quizá eso es lo que nos hace tan... intensos a los dos —reflexioné—. Tú, con tu caos controlado. Yo, con mi orden obsesivo. Ambos intentando aferrarnos a algo.

—Tendría más sentido si fuera al revés —murmuró con los ojos ya casi cerrados—. El caos como respuesta a la pérdida de control.

—Tal vez ambos estemos buscando lo mismo de formas diferentes —reflexioné—. Equilibrio. Seguridad. Un lugar donde las cosas tengan sentido.

Ella asintió débilmente.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó con un hilo de voz.

—Pues es sencillo —le dije, tratando de mantener un tono ligero a pesar del nudo que sentía en la garganta—. Solo tienes que

quedarte ahí tumbada mientras yo me encargo de todo. Y tal vez mañana yo aprenda a dejarte pintar en mi salón sin tener un ataque de nervios. Al menos por hoy, solo por una vez, no tienes que ser la más fuerte de la habitación. Y yo no tengo que ser el que lo tiene todo bajo control.

Apretó mi mano levemente, un gesto tan pequeño, pero tan significativo, que sentí un cosquilleo en el pecho.

—Eres mucho mejor persona de lo que aparentas, Lancer —susurró, con los ojos ya cerrados.

—Y tú eres mucho más valiente de lo que crees, Emrin —respondí, usando su apellido como ella había usado el mío.

Audra asintió levemente y volvió a tumbarse, como si el esfuerzo de la conversación hubiera agotado las pocas fuerzas que le quedaban. La contemplé unos segundos mientras sonreía.

No quería solo traspasar sus murallas, no quería forzar mi entrada en su vida fortificada. Quería ser el que le mostrara que había un mundo entero esperándola fuera de esos muros que tan meticulosamente había construido. Quería enseñarle que la luz del exterior no quemaría, que no todo contacto humano terminaba en dolor.

Y, más que nada, quería ser suficiente para ella. Suficiente para que confiara, suficiente para que se apoyara cuando sus propias fuerzas fallaran. No para hacerla dependiente, sino para mostrarle que la verdadera fortaleza a veces viene de saber cuándo dejarse ayudar.

Me pregunté si alguna vez podría ser esa persona para Audra Emrin. Si algún día me consideraría algo más que el vecino ordenado y obsesivo con el que compartía una pared demasiado fina. Si mi presencia en su vida podría ser tan constante como mis rutinas diarias, tan segura como mi agenda perfectamente planificada.

La tapé con cuidado, asegurándome de que estuviera cómoda, mientras una certeza se instalaba en mi pecho: haría todo lo posible por ser ese alguien para ella, aunque ni siquiera supiera todavía qué significaba exactamente.

—Voy a seguir con lo que estaba haciendo —dije, apartándome de la cama—. Descansa un poco.

Ya estaba casi en la puerta cuando oí su voz, débil pero clara.

—¿Ryker?

Me giré.

—Gracias por cuidarme —murmuró.

Algo se removió dentro de mí, una calidez que se extendió por mi pecho y me hizo sonreír sin poder evitarlo.

—Siempre lo haría, princesita —respondí.

La comisura de sus labios se elevó ligeramente en una sonrisa cansada antes de que cerrara los ojos del todo. Me quedé un momento más, observándola, grabando en mi memoria la imagen de Audra dormida.

Salí de la habitación dejando la puerta entreabierta y me dirigí a la cocina. Peluso me siguió pegado a mis talones, como una pequeña sombra sin pelo con jersey de estrellas.

—Sé que me estás vigilando para que no robe ni toque lo que no debo —le dije mirando hacia abajo, hacia donde el gato me observaba con esos ojos enormes—. Muy profesional por tu parte.

Peluso maulló, como confirmando mis sospechas, y se sentó en medio de la cocina para supervisar mis movimientos.

Me puse a fregar los platos que se habían acumulado, mientras la sopa seguía hirviendo suavemente. El desorden del apartamento me llamaba, casi como un desafío personal. Terminé con la vajilla y pasé al salón, recogiendo revistas esparcidas y ordenando los cojines del sofá.

Una vez que tuve la sala razonablemente ordenada, pasé la fregona por el suelo de la cocina y recogí la última tanda de pañuelos usados. El apartamento ya no parecía el escenario de una catástrofe.

Miré el reloj: las once y media. Si ella seguía durmiendo, podría aprovechar para adelantar algo de trabajo. Fui un momento a mi piso para coger el portátil, un par de informes pendientes y, tras pensarlo un segundo, un pijama y mi neceser.

De vuelta en el apartamento de Audra, me instalé en el sofá, ahora ordenado y sorprendentemente cómodo. Peluso no tardó en acomodarse a mi lado, enrollándose como una pequeña bola sin pelo que ronroneaba suavemente.

—Así que al final has decidido que soy de fiar, ¿eh? —murmuré, rascándole detrás de las orejas—. Me alegra que hayamos superado nuestras diferencias. He pasado de ser el enemigo público número uno a tu nuevo compañero de sofá.

Peluso estiró una pata y la colocó sobre mi rodilla, un gesto que interpreté como de aprobación. O quizá solo estuviera marcándome como su nuevo territorio.

—¿Sabes algo, pequeño? —continué, hablando en voz baja para no despertar a Audra—. Tu madre es una mujer fascinante. Nunca había conocido a nadie como ella. Tan fuerte y frágil al mismo tiempo.

El gato levantó la cabeza, mirándome con esos enormes ojos que parecían entender cada palabra.

—No me mires así —le dije, sintiéndome extrañamente expuesto —. No estoy diciendo nada que no sepas ya. Tú la conoces mejor que nadie.

Peluso parpadeó despacio y volvió a acomodarse, esta vez apoyando su cabeza directamente sobre mi pierna.

—Supongo que esto significa que me has dado tu bendición —bromeé mientras pasaba suavemente mis dedos por su espalda—. O quizá que soy más cálido que el sofá. Nunca se sabe con los gatos.

El pequeño felino respondió con un ronroneo más intenso, un sonido sorprendentemente fuerte para un ser tan pequeño.

—Quizá el que necesitaba ayuda era yo —murmuré, más para mí mismo que para Peluso—. Quizá necesitaba un poco de este caos en mi vida perfectamente planeada.

Trabajé durante un par de horas, con el sonido de fondo de la respiración de Peluso y el burbujeo ocasional de la sopa. Era extraño lo tranquilo que me sentía en ese espacio que no era mío, rodeado de cosas de Audra, con su gato dormitando a mi lado, como si de alguna manera perteneciera a él.

Cuando la sopa estuvo lista, la probé con cuidado.

Serví un cuenco y lo coloqué en una bandeja junto con un vaso de agua, una servilleta y una cuchara. Me dirigí a la habitación de Audra.

Estaba despierta, recostada contra las almohadas, con la mirada perdida en algún punto del techo. Al verme entrar, sus ojos se iluminaron ligeramente, lo que provocó un vuelco en mi estómago.

—Te he traído la cena —dije, acercándome a la cama—. Mi especialidad: sopa de pollo para el alma enferma.

—Huele bien —comentó, incorporándose un poco más.

Dejé la bandeja sobre su regazo y me senté en el borde de la cama. La observé mientras comía despacio, con movimientos aún debilitados por la fiebre. Cada cierto tiempo, se detenía para tomar aliento o sofocar un acceso de tos, pero continuaba.

—Está buenísima —murmuró después de unas cuantas cucharadas —. No sabía que cocinaras tan bien.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí —respondí con una sonrisa.

Cuando terminó la sopa, la ayudé a recostarse de nuevo y dejé la bandeja en el suelo. Me senté junto a ella, observando cómo sus párpados luchaban contra el sueño.

—Me quedaré esta noche —le dije, no como una pregunta, sino como una declaración de intenciones—. Por si necesitas algo.

Sus ojos se abrieron un poco más al oírme.

—Sí, por favor —murmuró—. No quiero estar sola.

El tono en el que pronunció esas palabras me hizo pensar que se refería a algo más que solo esa noche, a algo más profundo que la simple soledad física.

—No tienes que volver a estar sola si no quieres —dije con suavidad.

Una sonrisa triste apareció en sus labios.

—Es muy fácil decirlo —respondió, negando ligeramente con la cabeza—. Hasta que me conozcas de verdad y veas el caos que soy.

Su comentario revelaba ese miedo tan primario que todos tenemos: que, al conocernos realmente, las otras personas se alejen. Que nuestro verdadero yo sea demasiado complicado, demasiado desordenado, demasiado intenso para que alguien quiera quedarse.

—He visto tu caos desde el principio —respondí—. Y eso me ha hecho estar aquí.

Nuestras miradas se encontraron, y por un momento, toda pretensión, toda barrera entre nosotros, pareció disolverse.

Sus ojos se cerraron lentamente. Su respiración se volvió más profunda, más regular, y supe que se había quedado dormida.

Me quedé unos minutos más observando su rostro en reposo, la forma en la que su pelo rojo se esparcía sobre la almohada, cómo su

pecho subía y bajaba con cada respiración. Había algo casi sagrado en presenciar ese momento de vulnerabilidad, en que me hubiera permitido verla así.

Finalmente, me levanté con cuidado para no despertarla y recogí la bandeja. Salí de la habitación dejando la puerta entreabierta. Me puse rápidamente el pijama, cogí una manta y preparé el sofá para pasar la noche. Luego cogí el móvil para escribirle un mensaje a Elaila, aunque dudé un segundo antes de enviarlo. Sabía que era muy protectora con Audra, y no estaba seguro de cómo se tomaría el hecho de que fuera yo quien estuviera allí.

Audra está enferma. Tiene gripe.
Estoy cuidándola.

Su respuesta llegó casi al instante:

¿Está bien? ¿Necesita algo?
¿Por qué no me ha avisado?

Me apresuré a tranquilizarla:

Está mejor. Ha cenado, se ha tomado los medicamentos y parece que la fiebre va bajando.
Está durmiendo ahora.

Elaila tardó un poco más en contestar esta vez.

Mañana, Ender y yo nos pasaremos con el desayuno. ¿Necesitáis algo específico?

«No, creo que lo tenemos todo cubierto», escribí, sorprendiéndome a mí mismo por haber usado el verbo en plural, como si fuéramos un equipo, Audra y yo.

«Gracias por todo, Ryker —fue la respuesta de Elaila—. De verdad. Significa mucho».

Dejé el móvil en la mesita y me acomodé en el sofá. Peluso apareció de la nada y, después de evaluarme con la mirada durante unos segundos, decidió que era digno de compartir su espacio. De un salto, se instaló a mis pies, ronroneando suavemente.

Mañana sería otro día, con todas sus complicaciones, con Elaila y Ender viniendo a desayunar, con preguntas y decisiones que tomar. Pero, por ahora, en ese momento, todo estaba bien.

Cerré los ojos dejándome llevar por el cansancio, con el sonido de la respiración suave de Peluso como única nana. Mi último pensamiento antes de dormirme fue para Audra, y cómo, casi sin darme cuenta, se había convertido en alguien por quien estaría dispuesto a traspasar cualquier muro, por muy alto que este fuera.

28

Si tengo que estar enferma, prefiero que sea contigo



Audra

Me desperté con esa sensación de aturdimiento que sigue a una noche de fiebre alta. Mi cabeza aún palpitaba ligeramente, pero nada comparado con el tambor de guerra que había retumbado en mi cráneo el día anterior. La nariz me picaba y todavía sentía la garganta como si me hubiera tragado un estropajo, pero al menos ya no tenía la sensación de estar respirando a través del cemento.

Un rayo de sol se colaba entre las cortinas entreabiertas, proyectando una franja dorada sobre la colcha. Era ese sol tímido de invierno, que aparece sin mucha convicción, pero que aun así te regala algo de calidez.

Intenté recordar la noche anterior. Fragmentos confusos se agolpaban en mi memoria: Ryker entrando en mi apartamento, sus manos en mi frente, la medicación que sabía a rayos... Y luego esa conversación. Esa maldita conversación en la que le había contado cosas que apenas comentaba con nadie. El simple recuerdo me provocó un retortijón de ansiedad en el estómago.

«Genial, Audra. Nada mejor que un delirio febril para soltar todos tus traumas de golpe», me reproché mentalmente.

¿Y Ryker? ¿Se habría marchado después de aquello? No lo culparía. ¿Quién en su sano juicio querría quedarse después de semejante despliegue de dramas y equipaje emocional? Seguramente debió de salir huyendo en cuanto me quedé dormida, espantado por la perspectiva de una vecina con más problemas que un libro de matemáticas avanzadas.

Era el efecto que solía tener en la gente. Demasiado intensa, demasiado complicada. Nadie quiere lidiar con alguien que viene con tanto equipaje. Y la noche anterior le había mostrado a Ryker todo lo que arrastraba.

Me dolía el cuerpo como si hubiera participado en una maratón, pero aun así decidí apartar la manta y levantarme. No podía quedarme en la cama eternamente, por muy tentador que fuera. Además, cuanto antes comprobara que Ryker se había marchado, antes podría comenzar a construir mis murallas de nuevo.

Al incorporarme, un aroma inesperado llegó a mis fosas nasales. No solo podía oler, lo cual ya era un milagro en sí mismo, sino que lo que olía era... diferente. Limpio. A comida recién hecha. Nada que ver con el habitual olor a lienzo, pintura y caos que caracterizaba mi apartamento.

«¿Qué demonios...?».

Salí de la habitación con pasos vacilantes, aún débil, y me detuve un momento en el pasillo para recuperar el aliento. Maldita gripe. Me sentía como una anciana de noventa años con osteoporosis.

Cuando al fin llegué al comedor, la imagen que me recibió me dejó por un momento sin palabras. Ryker estaba de espaldas en mi cocina, ligeramente encorvado mientras preparaba algo en una sartén. Y allí, perfectamente acomodado sobre sus hombros anchos

como si fuera su trono personal, estaba Peluso. El muy traidor parecía estar disfrutando enormemente de su nuevo punto de observación privilegiado, con su cabeza calva asomando por encima del hombro de Ryker como un general que supervisara a sus tropas.

Sin embargo, lo que realmente me impactó fue el estado del apartamento. Todo. Estaba. Ordenado. Las revistas apiladas pulcramente sobre la mesa de café, los cojines colocados simétricamente en el sofá, el suelo limpio y brillante, sin rastro de los pañuelos usados que habían formado pequeñas montañas por todas partes. Incluso las cortinas estaban recogidas de forma elegante, permitiendo que la luz entrara a raudales.

La noche anterior recordaba mi apartamento como si hubiera sido el escenario de una batalla apocalíptica, con todas las muestras de mi decadencia gripal esparcidas por doquier. Y ahora parecía casi... habitable.

No solo no había huido espantado por mis confesiones nocturnas, sino que se había quedado, había limpiado mi casa y ahora estaba... ¿cocinando? Y aparentemente había conquistado a mi gato en el proceso. La simple idea me dejó tan descolocada que durante unos segundos no supe cómo reaccionar.

—¿Has limpiado mi casa? —pregunté, y mi voz sonó extrañamente ronca, como si no la hubiera usado en décadas.

Ryker se giró de golpe, claramente sorprendido por mi aparición. Con el movimiento brusco, Peluso saltó con agilidad de sus hombros a la encimera, como si acabara de ser pillado en una travesura y quisiera disimular. Llevaba lo que parecía una camiseta blanca y unos pantalones de pijama de cuadros, su pelo estaba ligeramente despeinado y tenía una espátula en la mano. Era una escena tan hogareña, tan íntima, que por un momento me sentí como una intrusa en mi propio apartamento.

—Buenos días, princesa zombi —saludó con una sonrisa ladeada —. ¿Te ha dado permiso el médico para levantarte de la cama?

Me quedé allí plantada, todavía procesando la escena que tenía delante. Ryker dejó la espátula y se acercó a mí con paso decidido. Sin pedir permiso, puso su mano en mi frente.

—Ya no tienes fiebre —declaró aliviado y satisfecho.

—No —confirmé, todavía demasiado desconcertada para articular frases más complejas—. ¿Por qué... por qué has hecho todo esto?

Hice un gesto vago hacia la sala impecablemente ordenada, todavía sin poder creer lo que veían mis ojos.

Ryker se encogió de hombros, como si limpiar el apartamento de su vecina fuera la cosa más normal del mundo.

—Estabas enferma —respondió con sencillez—. Y todo el mundo sabe que, para recuperarse adecuadamente, el ambiente debe estar limpio. Los gérmenes proliferan en el desorden.

Su tono profesional al explicar algo tan básico me habría hecho reír en cualquier otra circunstancia. Pero seguía demasiado impactada.

—Espero no haberme sobrepasado —añadió—. Si he invadido tu espacio o algo así, lo siento.

Negué con la cabeza, incapaz de explicarle que lo que me dejaba sin palabras no era que hubiera ordenado mi caos, sino que se hubiera quedado. Que no hubiera salido corriendo después de mi pequeña exhibición de traumas familiares.

—Estoy haciendo tortitas —dijo regresando a la cocina, donde una sartén humeaba ligeramente—. Y Elaila y Ender vendrán pronto con café frío para tu garganta y seguramente algo más.

Como si hubiera oído su nombre, Peluso saltó de la encimera y se acercó a mí. Lo miré y me di cuenta de que llevaba puesto un jersey diferente del de anoche. Este tenía estampado de jirafas.

—¿Le has cambiado la ropa a Peluso? —pregunté, cada vez más estupefacta.

Ryker esbozó una sonrisa culpable mientras daba la vuelta a una tortita perfectamente dorada.

—Me ha parecido que combinaba con el desayuno —se justificó—. Y el de jirafas estaba en el primer cajón, así que supuse que era de uso habitual.

No sabía si reír o llorar.

—¿Estás bien? —preguntó, mirándome con preocupación—. Pareces un poco... ida.

—Sí, estoy bien —respondí, acercándome lentamente a la cocina —. Solo algo desconcertada.

Él sonrió, aparentemente satisfecho con mi respuesta.

—Genial. Entonces toca medicinas antes del desayuno —anunció sacando una caja de pastillas del armario—. Estas son para la tos y estas otras para la congestión.

Extendió la mano con dos pastillas de colores diferentes justo cuando unos golpes sonaron en la puerta. Cogí las medicinas y un vaso de agua que me ofrecía, mientras él se dirigía a abrir.

—¡Sorpresa! —La voz de Elaila resonó desde la entrada—. No he usado mi llave por si estabais haciendo cosas cochinas.

Me atraganté con el agua, tosiendo violentamente mientras las pastillas bajaban por mi garganta como piedras.

—¡Audra! —exclamó mi amiga al verme, corriendo hacia mí con los brazos abiertos—. ¡Mi pobre bebé enfermo!

Antes de que pudiera protestar, me envolvió en un abrazo demasiado apretado para mi dolorido cuerpo y comenzó a besarme toda la cara como una madre excesivamente protectora.

—¿Estás mejor? ¿Has tomado los medicamentos? ¿Por qué no me llamaste? Sabes perfectamente que podrías haberme llamado a

cualquier hora —soltó sin respirar, sujetándome la cara entre las manos para examinarme mejor.

En la entrada, Ender saludaba a Ryker con un choque de puños y lo que parecía una conversación en voz baja que no alcanzaba a oír. Llevaba una bolsa de papel que desprendía el inconfundible aroma del café recién hecho.

—Estoy bien —conseguí decir cuando Elaila me soltó por fin—. O todo lo bien que se puede estar con una gripe del demonio.

—Ryker nos avisó anoche —explicó bajando la voz, como si me estuviera revelando un secreto de Estado—. Debo decir que me sorprendió bastante recibir un mensaje suyo diciéndome que estaba cuidando de ti.

Me lanzó una mirada que conocía demasiado bien. Era su mirada de «tenemos que hablar de esto más tarde y no te librarás del interrogatorio». Genial. Como si no tuviera suficiente con la gripe, ahora tendría que soportar el tercer grado de Elaila sobre Ryker y lo que estaba o no pasando entre nosotros.

Ender se acercó, sosteniendo en alto la bolsa de papel.

—¡Traemos provisiones! —anunció con entusiasmo—. Café helado para tu garganta y *bagels* recién hechos. Además de que vamos a buscar algo que ver.

No pude evitar sonreír ante su evidente intento de animarme. Ender tenía esa cualidad de hacerte sentir mejor solo con estar cerca, como un radiador humano de buen humor.

—¿Me estás diciendo que vamos a tener un maratón de series? —pregunté, notando cómo mi ánimo mejoraba ante la perspectiva.

—Por supuesto —confirmó, colocando la bolsa en la encimera—. Es el mejor remedio para la gripe, según estudios científicos totalmente inventados por mí.

Elaila puso los ojos en blanco, pero sonreía.

—Ignorad al friki —dijo sacando los cafés de la bolsa—. Lo importante es que te estemos cuidando entre todos.

«Entre todos». No estaba acostumbrada a eso, a ser el centro de atención, a que la gente se preocupara tanto. Normalmente, cuando enfermaba, me las arreglaba sola. Con Peluso como única compañía, sobreviviendo a base de sopas instantáneas y series de Netflix hasta que pasaba la enfermedad.

Y ahora, de repente, tenía a tres personas en mi cocina, preparando el desayuno, trayendo café, organizando una maratón de series. Era abrumador en el mejor sentido posible.

Miré a Ryker, que había vuelto a la sartén y estaba sirviendo tortitas en cuatro platos. Peluso se frotaba contra sus piernas como si fueran amigos de toda la vida.

Y lo peor era que me gustaba. Me gustaba esa sensación de no estar sola. Me gustaba que Ryker no hubiera huido después de conocer mis traumas. Me gustaba que se hubiera quedado, que hubiera limpiado, que estuviera haciendo tortitas en mi cocina como si perteneciera allí.

Y eso me aterraba más que cualquier fiebre.

Nos sentamos a desayunar en la mesa del comedor, que Ryker había despejado de todos mis bocetos y materiales de dibujo, organizándolos pulcramente en una esquina. Elaila distribuyó los cafés mientras Ender relataba una anécdota sobre un cliente particularmente difícil en la tienda de videojuegos y Ryker servía las tortitas. Hasta se había molestado en añadir un poco de sirope dibujando espirales perfectas.

—Estas tortitas están buenísimas —declaró Ender tras el primer bocado—. Tío, ¿dónde has aprendido a cocinar así?

—Mi abuelo —respondió él, encogiéndose de hombros con modestia—. Siempre decía que un hombre independiente debería

saber alimentarse con algo más que comida precocinada.

La conversación fluía a mi alrededor, pero yo me sentía ligeramente desconectada, como si estuviera observando la escena desde fuera. Quizá fuera efecto de la medicación, o tal vez la extrañeza de ver a esas personas reunidas en mi mesa, compartiendo el desayuno como si fuéramos un grupo de amigos de toda la vida.

—Por cierto, estábamos pensando en ir a un americano el sábado —dijo Elaila, clavando su tenedor en un trozo de tortita con entusiasmo—. Dicen que hacen las mejores hamburguesas de la ciudad.

—Suena genial —asintió Ender.

—Si para entonces te encuentras mejor, claro —añadió Elaila, mirándome con preocupación maternal.

—Creo que para el sábado estaré recuperada —respondí, aunque la verdad es que apenas había procesado la invitación, distraída como estaba.

—Perfecto entonces —declaró Ryker con una sonrisa—. Nos vendrá bien salir los cuatro.

Los cuatro. Como si fuéramos una pandilla, un grupo consolidado. Como si fuera normal que quedáramos así.

Mi mirada se desvió hacia Ryker casi sin querer. Estaba sentado frente a mí, la luz matinal iluminaba su perfil con ese tipo de claridad que parecía sacada de un anuncio de *aftershave*. Con el pelo ligeramente despeinado y esa camiseta blanca que dejaba adivinar los contornos de sus músculos, parecía más relajado de lo que nunca lo había visto.

Y de repente, como si me hubiera golpeado un rayo, me di cuenta: estaba guapísimo. No en el sentido objetivo en el que siempre había reconocido que mi vecino era atractivo. Tenía ojos,

después de todo. No, eso era diferente. Era ese tipo de belleza que solo percibes cuando empiezas a mirar a alguien con otros ojos. Cuando cada pequeño detalle —la forma en la que gesticulaba al hablar, cómo inclinaba ligeramente la cabeza para escuchar a Ender, la sonrisa que iluminaba su rostro cuando Elaila hacía un chiste— se vuelve fascinante, cautivador.

«Oh, no. No, no, no», pensé, sintiendo cómo el pánico me subía por la garganta.

Intenté concentrarme en mi desayuno, pero mi mirada seguía desviándose hacia él como si tuviera voluntad propia. Y, cada vez que lo hacía, notaba ese aleteo en el estómago, ese cosquilleo absurdo que no tenía nada que ver con la gripe.

—¿Estás bien? —La voz de Elaila me devolvió a la realidad—. Pareces un poco ausente.

—Sí, sí. Solo estoy un poco atontada por la medicación.

Ryker me miró con esos ojos color avellana que parecían ver demasiado, y sentí otro revoloteo en el estómago, esta vez más intenso.

«Mierda. Estoy jodida. Completamente jodida».

Seguí comiendo mecánicamente, contestando cuando me preguntaban, riendo cuando hacían alguna broma, pero mi cerebro estaba en otro lugar. Concretamente, estaba intentando procesar la terrible revelación que acababa de tener.

Me gustaba Ryker. No solo como vecino menos irritante de lo que pensaba. No solo como el tipo que sabía hacer tortitas perfectas y que había cuidado de mí cuando estaba enferma. Me gustaba en ese sentido que hace que tus rodillas se debiliten y que tu corazón decida convertirse en una batería de heavy metal.

Era el peor momento posible para darme cuenta. Con la cabeza embotada por la gripe, la nariz irritada de tanto sonarme y

seguramente con un aspecto comparable al de un mapache atropellado.

Mientras Elaila contaba una historia sobre un cliente particularmente excéntrico en la tienda de ropa, me permití mirar a Ryker de nuevo. Estaba riéndose, con esa risa profunda y genuina que tan pocas veces le había oído. Y, cada vez que lo hacía, se le formaban pequeñas arruguitas alrededor de los ojos que le daban un aspecto más suave, más accesible que su habitual expresión contenida.

«¿Cuándo ha pasado esto?», me pregunté. ¿Había sido la noche anterior cuando me cuidó con ternura? ¿O venía de antes, del día del gimnasio, o incluso de aquella noche de tequila que apenas recordaba? ¿O quizá había estado ahí desde el principio, escondido bajo capas de irritación y enfrentamiento?

Fuera como fuese, era completamente aterrador. Porque ya no podía negarlo, ni siquiera a mí misma. Había caído. Había caído como una idiota, como una adolescente con las hormonas revolucionadas. Yo, que había jurado no volver a sentir nada por nadie durante una temporada larga, que había construido muros tan altos precisamente para evitar eso. Y ahí estaba, experimentando un terremoto emocional mientras comía tortitas con sirope.

Estaba aterrorizada. Porque sabía cómo terminaría. Había atravesado suficientes relaciones desastrosas para saber que eso solo podía acabar mal. Ryker y yo éramos demasiado diferentes, demasiado opuestos. El orden y el caos. La planificación y la improvisación. El control y la espontaneidad.

Además, ¿qué podría ver él en mí? Probablemente solo sentía lástima por la vecina patética con demasiados traumas y un gato sin pelo. Seguramente estaba siendo amable, como lo sería con cualquier otra persona enferma. No significaba nada especial.

Pero entonces recordé cómo me había mirado anoche, cómo había sostenido mi mano, cómo había dicho «Siempre lo haría» cuando le agradecí que me cuidara. Y una parte muy pequeña y estúpida de mi cerebro se atrevió a preguntarse: «¿Y si...».

«No. Ni se te ocurra».

La conversación seguía a mi alrededor, pero yo ya había dejado de prestar atención. Estaba demasiado ocupada intentando calmar la tormenta que se había desatado dentro de mí. Porque lo peor de todo es que sabía que no era algo superficial. No era solo atracción física. Era más, mucho más. Era la manera en la que me había escuchado, me había hecho sentir vista, comprendida. Era cómo, de alguna manera, había atravesado todas mis defensas sin que me diera cuenta.

Y eso era lo que más miedo me daba. Porque significaba que ya era demasiado tarde para protegerme.

La voz de Elaila me sacó de mis pensamientos.

—¿Te apetece un poco más de café? —preguntó señalando su vaso.

Negué con la cabeza, incapaz de articular una respuesta coherente en ese momento. El pánico me subía por la garganta como si fuera a ahogarme.

¿Cómo había pasado? ¿En qué momento había permitido que Ryker Lancer, de entre todas las personas, se colara bajo mi piel de esa manera?

Y lo que era peor: ¿qué demonios iba a hacer ahora?

Porque, por más que intentara negarlo, por más que me aterrorizara la idea, por más que supiera que era una completa locura..., la verdad era innegable: me estaba enamorando.

Y eso me aterraba más que cualquier virus, más que cualquier fiebre, más que cualquier fantasma del pasado.

Porque significaba que, sin darme cuenta, había derribado todos mis muros.

Y ahora estaba completamente expuesta, vulnerable ante la posibilidad del dolor.

Y a pesar de todo el miedo, a pesar de todas las alarmas que sonaban en mi cabeza, no pude evitar sonreír.

29

Cómo asumir que me gusta el pijo sin morir en el intento



Audra

Me miré en el espejo de cuerpo entero y suspiré insatisfecha. Después de cinco intentos diferentes, me había decidido por un jersey rojo de cuello alto y unos pantalones negros que, tenía que admitirlo, me hacían un cuerpo espectacular. El abrigo de cuadros esperaba en el perchero, completando un conjunto que intentaba parecer casual, pero que me había llevado casi una hora elegir. Todo para una simple cena con amigos..., o al menos eso me repetía a mí misma.

Me recogí un mechón rebelde detrás de la oreja y solté un suspiro nervioso. En teoría, solo íbamos a cenar al americano nuevo con Elaila y Ender. En teoría, era una simple salida entre amigos, como las que había tenido mil veces. En teoría, no tenía por qué estar tratando de decidir si ese pintalabios era demasiado rojo o demasiado poco.

La teoría y la práctica eran dos galaxias diferentes desde que mi estúpido cerebro había decidido que me gustaba Ryker. Mi insufrible vecino.

El señor Tengo-los-calcetines-ordenados-por-colores.

—¿Tú qué opinas? —pregunté girándome hacia la cama, donde mi gato me observaba con expresión de absoluto desinterés—. ¿Demasiado?

Peluso, que llevaba puesto un jersey con motivos navideños, me miró fijamente por unos segundos antes de soltar un maullido que podía interpretarse como cualquier cosa entre «te ves bien» y «dame de comer, esclava».

—Gracias por tu aportación —respondí poniendo los ojos en blanco—. Siempre tan constructivo.

El telefonillo sonó justo cuando estaba aplicándome la máscara de pestañas. Por supuesto que tenía que ser en ese momento. Corrí hacia la entrada, con cuidado de no empuñar la varita como un arma, y descolgué.

—¿Sí?

—¿Se puede saber qué narices estás haciendo? —gritó Elaila—. ¡Llevamos diez minutos esperándote abajo!

Miré el reloj: las nueve y cuarto. Vale, técnicamente llegaba tarde, pero solo un poco.

Además, la puntualidad era un concepto sobrevalorado.

—Ya voy, ya voy —respondí, intentando no sonar tan nerviosa como me sentía—. Dame dos minutos.

—Tienes uno, y contando —sentenció ella con tono impaciente.

Colgué el telefonillo bruscamente y respiré hondo antes de regresar al baño para terminar con la máscara. Justo cuando conseguí que mis pestañas parecieran pertenecer a un ser humano y

no a un mapache desorientado, el timbre de la puerta sonó. Esta vez no era el interfono.

«¿Y ahora qué?», pensé, dirigiéndome a la entrada.

Abrí sin comprobar antes quién era por la mirilla y me quedé momentáneamente paralizada. Ryker estaba allí. Llevaba unos vaqueros negros que realzaban sus piernas y una sudadera blanca que destacaba con su pelo oscuro. Toda la estética minimalista y perfecta que cabía esperar de él.

—Elaila ha llamado —dijo con esa media sonrisa que últimamente me provocaba un inexplicable revoloteo en el estómago—. Me ha pedido que baje contigo para asegurarse de que no te has quedado dormida.

—Ya voy, ya voy —repetí, sintiendo cómo las mejillas se me encendían sin permiso—. Solo necesito coger mi bolso.

Regresé al dormitorio, conteniendo el impulso de gritar contra la almohada. La verdad es que la situación era bastante ridícula.

Tras coger el bolso y comprobar que llevaba las llaves, el móvil y el pintalabios, volví a la entrada, donde Ryker seguía esperando, ahora examinando con curiosidad los dibujos que tenía colgados.

—¿Este es el de la plaza que me enseñaste el otro día? —preguntó, señalando un boceto que había terminado recientemente.

—Sí —respondí, sorprendida porque se hubiera fijado—. Lo terminé hace poco.

Asintió con aprobación, con los ojos recorriendo los trazos del dibujo. Luego me miró y algo en su expresión cambió.

—Estás muy guapa, princesita —dijo con un tono que no sabía cómo interpretar. No parecía burlón, como otras veces. Sonaba casi... sincero.

Puse los ojos en blanco para disimular lo mucho que me había afectado su cumplido.

—Venga, no hagamos esperar más a tus fans —dije cogiendo mi bolso y dirigiéndome a la cocina para rellenar el cuenco de Peluso una última vez.

El gato acudió al instante, ronroneando. Era increíble cómo podía pasar de ignorarme olímpicamente a ser mi mayor admirador en cuanto oía que le ponía comida.

—Pórtate bien —le advertí mientras vertía las croquetas en su plato—. Nada de destrozar los cojines nuevos.

Como respuesta, Peluso hundió la cara en el cuenco con tanto entusiasmo que algunas croquetas salieron disparadas al suelo. Típico.

Cuando volví a la entrada, Ryker seguía esperando pacientemente, ahora revisando su móvil. Guardó el aparato en cuanto me vio.

—Lista —anuncié—. Vamos a comer hamburguesas hasta reventar.

Salimos al rellano y cerré con llave. El silencio entre nosotros era extraño. Desde que había caído enferma y él me había cuidado, nuestra dinámica había cambiado sutilmente. No más guerra de vecinos, no más pullas constantes. En su lugar, había una especie de tregua silenciosa, un acercamiento tímido que ninguno de los dos parecía saber cómo gestionar.

Nos habíamos cruzado varias veces en la lavandería durante los últimos días y, en lugar de lanzarnos indirectas envenenadas, habíamos mantenido conversaciones casi normales. Sobre el tiempo, sobre la serie que estaba viendo, sobre los preparativos navideños que empezaban a adornar el portal.

Era desconcertante. Y agradable. Y aterrador.

Pulsé el botón del ascensor, evitando mirarlo directamente. ¿Desde cuándo me resultaba tan intimidante estar a solas con él? Ah, sí, desde que me había dado cuenta de que me gustaba. Estúpido cerebro traicionero.

El ascensor tardaba, como siempre. Me balanceé ligeramente sobre los talones, fingiendo que el diseño floral de la pared del rellano era lo más fascinante que había visto nunca.

—El ascensor de este edificio es una auténtica tortura —comentó Ryker, rompiendo el silencio—. Creo que va más lento cada día que pasa.

—Es parte de su encanto —respondí, agradecida por la conversación trivial—. Como las tuberías que hacen ruidos extraños a las tres de la mañana o los vecinos que tocan el piano a horas intempestivas.

—O las vecinas que cantan a Taylor Swift a todo volumen mientras se duchan —añadió con una sonrisa de medio lado.

—Oye, que eso es un servicio comunitario —protesté—. Deberías pagar por mis conciertos privados.

Por fin, el ascensor llegó con un tintineo quejumbroso. Las puertas se abrieron revelando la cabina vacía, iluminada por esa luz fluorescente que hacía que todo el mundo pareciera un cadáver recién exhumado.

Entramos y pulsé el botón de la planta baja, rozando sin querer su mano en el proceso. Un escalofrío me recorrió el brazo.

«Contrólate, Audra», me regañé mentalmente.

El ascensor comenzó su descenso y allí estábamos Ryker y yo, atrapados, fingiendo que todo era perfectamente normal, que no había ninguna tensión extraña creciendo entre nosotros desde hacía unos días, que el aire no se había vuelto de repente demasiado denso para respirar.

El problema no era el silencio, que de hecho resultaba sorprendentemente cómodo. El problema era mi cabeza, que no paraba de darle vueltas a algo que probablemente no existía.

Química. Tensión. Ese no-sé-qué que creía percibir desde que me había cuidado durante la gripe.

Pero lo más probable es que fueran imaginaciones mías. La fiebre me había dejado secuelas, claramente. ¿Por qué iba a interesarse Ryker por mí? Después de todo lo que le había contado sobre mi padre, sobre mi madre... Seguramente ahora solo me veía como a una pobre huérfana con un gato sin pelo. La compasión no era atracción, por mucho que mi cerebro intentara confundirlas.

Cuando llegamos abajo, Elaila y Ender nos esperaban en la entrada del edificio, demasiado acaramelados para ser legal. Ender tenía su brazo alrededor de la cintura de Elaila, y ella se apoyaba en él como si fuera la cosa más natural del mundo.

—¡Por fin! —exclamó ella al vernos—. Pensaba que tendríamos que subir a rescatarte.

—El ascensor —respondimos Ryker y yo a la vez, como si lo hubiéramos ensayado.

Nos miramos sorprendidos por la coincidencia, y él esbozó esa media sonrisa que me provocaba cosas raras en el estómago.

La noche era fresca, una de esas noches finales de otoño en las que se agradece llevar un buen abrigo, pero no hace tanto frío como para que los dedos se te congelen. Caminábamos los cuatro juntos, Elaila y Ender por delante, perdidos en su burbuja de felicidad, y Ryker y yo unos pasos más atrás.

La conversación fluía, principalmente entre ellos dos, con alguna aportación ocasional por mi parte o por la de Ryker. Pero mi mente estaba en otro lado. Concretamente, en analizar cada mirada, cada gesto, cada tono de voz que él me dirigía. ¿Era cordialidad? ¿Amistad? ¿Algo más?

«Serénate, Audra —me regañé mentalmente—. Cualquiera diría que no has hablado con un hombre en tu vida».

Llegamos al restaurante americano, uno de esos sitios donde las hamburguesas tienen nombres extravagantes y todo se sirve en tablas de madera pretendiendo ser rústico. Nos acomodaron en una mesa para cuatro cerca de la ventana. Y, por supuesto —por supuesto—, acabé sentada justo al lado de Ryker. Olía a madera y a cítricos.

Un camarero se acercó a darnos la bienvenida y nos entregó las cartas. Era un chico más o menos de mi edad, alto, con una sonrisa amable y un aire despreocupado. Mientras nos explicaba los especiales del día, noté que me dirigía miradas discretas pero interesadas.

«¿Me está mirando a mí? —pensé confundida—. No, seguro que es política de la casa ser superamable».

Cuando volvió para tomar nota, se dirigió primero a mí, con una sonrisa profesional pero cálida.

—Yo tomaré una hamburguesa texana con extra de queso —pedí, devolviéndole la sonrisa por pura cortesía—. Y una jarra de cerveza, por favor.

—Excelente elección —respondió, manteniendo un tono profesional pero amable—. Nuestra cerveza de barril es especial, creo que te gustará.

¿Era normal que los camareros te tutearan así? ¿O que te miraran como si fueras la única persona en la mesa? Quizá estaba viendo flirteo donde solo había amabilidad profesional.

Cuando el chico se marchó después de tomarnos nota a todos, Elaila me lanzó una mirada significativa que no supe entender. O sí, pero preferí fingir que no.

—¿Has visto cómo te miraba? —susurró, inclinándose sobre la mesa—. Creo que le has gustado.

—No digas tonterías —respondí, notando cómo me sonrojaba sin querer—. Solo está haciendo su trabajo.

—Te ha mirado más de lo normal —intervino Ender, ganándose un codazo de Elaila—. ¿Qué? Solo digo lo que he visto.

Ryker, a mi lado, se mantuvo extrañamente callado. Me arriesgué a mirarlo de reojo y vi que tenía esa expresión neutra, imposible de leer, que ponía cuando algo le molestaba pero no quería demostrarlo.

«Estás paranoica, Audra —me dije a mí misma—. Ryker no está celoso. ¿Por qué iba a estarlo? Solo somos vecinos que han establecido una tregua. Nada más».

El camarero regresó con nuestras bebidas, y casi me atraganto cuando vi el tamaño de la jarra que colocó frente a mí. Era enorme, como uno de esos tarros gigantes de cristal que usan en las ferias para guardar pepinillos. Debía de contener al menos un litro de cerveza.

—Nuestra jarra tradicional —explicó con una sonrisa—. Un poquito grande, pero la cerveza merece la pena.

—¿Un poquito? —Solté una carcajada incrédula—. ¡Aquí caben tres cervezas normales!

—Esa jarra es más grande que tú, princesita —comentó Ryker con una sonrisa burlona. Al menos algunos aspectos de nuestra relación seguían igual.

—No todos podemos ser jirafas como tú —le respondí, dándole un pequeño golpe en el brazo—. Algunos venimos en formato de bolsillo, pero con el doble de carácter.

—A ver, sujétala —me desafió, señalando la jarra gigante—. Quiero ver si puedes con ella o si te arrastra hacia abajo.

—¿Dudas de mi fuerza? —repliqué—. Observa y aprende.

Agarré la jarra con ambas manos y la levanté. Pesaba bastante, pero me aseguré de que no se notara el esfuerzo. La coloqué delante de mi cara de forma que solo mis ojos quedaban visibles por encima del borde, como si me estuviera escondiendo detrás de ella. Ryker soltó una carcajada que me pilló por sorpresa.

—Espera, esto hay que inmortalizarlo —dijo sacando su móvil—. La enana y la jarra gigante.

—Si me llamas enana una vez más, te tiro la cerveza por encima —amenacé, pero mantuve la pose mientras él sacaba la foto.

Bajé la jarra, sintiendo un hormigueo en los brazos por el esfuerzo, y me encontré con su mirada. Había algo en sus ojos, un brillo divertido, cálido, que hizo que me olvidara momentáneamente de dónde estábamos.

Ryker siguió haciendo fotos, cambiando de ángulo como si estuviera en una sesión profesional. Me sentí extrañamente cómoda siendo el centro de su atención, a pesar de que normalmente odiaba que me fotografiaran.

—Ya está bien —dije al fin, dejando la jarra en la mesa—. Vas a gastar la batería.

—Solo estoy recopilando pruebas de que, en efecto, eres más pequeña que una jarra de cerveza —respondió con ese tono burlón que antes me sacaba de quicio y ahora me provocaba una sonrisa involuntaria.

El camarero regresó con nuestras hamburguesas, bandeja tras bandeja de comida que parecía suficiente para alimentar a un regimiento. Mi texana con extra de queso era casi tan grande como mi cara.

—¿Necesitáis algo más? —preguntó, dirigiéndose a mí específicamente.

—Creo que con esto podríamos sobrevivir a un apocalipsis —dije al tiempo que señalaba la cantidad absurda de comida que había sobre la mesa.

Él sonrió, asintió y se marchó, no sin antes lanzarme otra de esas miradas que me hacían sentir incómoda. O halagada. No estaba segura.

Mientras comíamos, la conversación fluía naturalmente entre los cuatro. Elaila contaba una anécdota sobre un cliente exigente en la tienda y Ender intervenía con comentarios que la hacían reír. Yo mordisqueaba mi hamburguesa, consciente de que era demasiado grande para mi boca, mientras hacía malabarismos para no mancharme el jersey rojo.

Mi mirada se desvió hacia las manos de Ryker mientras sujetaba la suya. Tenía unas manos grandes y fuertes, con callos en las palmas que probablemente se debían a las horas que pasaba en el gimnasio. Me pregunté, sin querer, cómo se sentirían esas manos entrelazadas con las mías. Cálidas, seguramente. El tipo de manos que, cuando te sujetan, parece que no van a soltarte nunca.

«Por Dios, Audra, contrólate», me reprendí mentalmente, apartando la vista a toda prisa y fingiendo un repentino interés en la decoración del local.

La cena continuó entre risas y conversaciones triviales. Cuando terminamos de comer, Ryker comenzó a jugar distraídamente con una servilleta de papel. La doblaba y la desdoblaba una y otra vez, como si estuviera buscando la forma perfecta. Sus dedos se movían con precisión, concentrados en lo que fuera que estuviese haciendo.

El camarero volvió a aparecer, recogiendo algunos platos y preguntando si todo estaba bien, dirigiéndose a la mesa en general, pero mirándome a mí.

—Todo perfecto, gracias —respondí educadamente.

Ryker puso los ojos en blanco y no pude evitar sonreír. ¿Estaba celoso? No, seguramente solo le parecía ridículo que el camarero fuera tan obvio.

Cuando el chico se marchó, volví a centrar mi atención en lo que hacía Ryker. Sus manos seguían trabajando en la servilleta, y ahora podía ver que estaba formando algo circular.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté al fin, incapaz de contener la curiosidad.

Levantó lo que parecía ser un anillo hecho con la servilleta de papel, perfectamente doblado y sorprendentemente simétrico.

—Un anillo —contestó, como si fuera lo más normal del mundo.

—¿Para qué?

—Para ti —dijo con esa media sonrisa que debería ser ilegal en al menos cuarenta países—. Toda princesa necesita su corona, y toda mano bonita merece un anillo.

«¿Acaba de decir que tengo las manos bonitas?». «Por Dios, Audra, compórtate, solo está siendo... ¿galante?». «¿Ryker? No, imposible. Seguro que es otra de sus bromas».

Antes de que pudiera procesar lo que estaba pasando, tomó mi mano izquierda y deslizó el anillo de papel en mi dedo anular.

Tragué saliva, tratando de recuperar el control de mis pensamientos, que parecían haberse convertido en un revoltijo caótico. ¿Por qué un gesto tan tonto me afectaba tanto? Era solo Ryker siendo Ryker, jugando, provocando, como siempre hacía...

—Esperaba algo mejor —comenté, alzando la mano para examinar el anillo mientras intentaba parecer despreocupada, aunque mi pulso se había disparado como si acabara de correr una maratón—. Algo que no fuera de papel.

Sus ojos se clavaron en los míos, y por un instante todo el ruido del restaurante pareció desvanecerse.

—Bueno, es lo que hay —dijo con voz suave—. De momento.

Inclinó ligeramente la cabeza, como si estuviera evaluando mi reacción, y añadió:

—Aunque quizá, si te portas bien, el próximo sea de otro material. Todo depende de lo mucho que mejoren tus conciertos matutinos de Taylor Swift.

«¿Está flirteando conmigo? ¿O solo está siendo Ryker-insufrible-Lancer? ¿Y por qué narices no puedo dejar de mirar sus labios?».

—¿Estás diciendo que debo ganarme un anillo de verdad? —contraataqué, recuperando algo de compostura—. Muy de los años cincuenta por tu parte, Lancer.

—Solo digo que merece la pena esperar por algunas cosas —respondió sin apartar sus ojos de los míos—. Como un buen anillo. O una buena compañía.

El calor subió a mis mejillas de forma tan intensa que estaba segura de que mi cara ahora hacía juego con mi jersey. Elaila y Ender parecían haberse evaporado de la mesa; solo éramos Ryker y yo, encerrados en una burbuja invisible.

«Dios mío, ¿qué significa "de momento"? ¿Está insinuando lo que creo que está insinuando? No, imposible. Seguramente solo está siendo Ryker, provocándome como siempre. Pero entonces, ¿por qué no puedo respirar bien? ¿Y desde cuándo tiene esos hoyuelos cuando sonríe? ¿Siempre han estado ahí?».

—Tendré que recordar que te gustan los anillos —dijo guiñándome un ojo antes de darle un sorbo a mi cerveza—. Información valiosa para futuras ocasiones.

«No le des más vueltas, Audra —me dije, intentando centrarme en algo, cualquier cosa, que no fuera la sensación de sus dedos aún fantasmeando sobre mi piel o la manera en la que su nuez de Adán

se movía al tragar—. Es solo Ryker siendo Ryker. No significa nada. No puede significar nada. Aunque... ¿y si...?».

Elaila y yo insistimos en pagar la cuenta a pesar de las protestas de los chicos. Mientras nos preparábamos para salir, el camarero apareció de nuevo y me detuvo suavemente por el brazo.

—Disculpa, ¿puedo hablar contigo un momento? —preguntó discretamente.

Ryker, que estaba a mi lado, se detuvo también, con una mirada interrogante.

—Ve con ellos, ahora os alcanzo —le dije, sintiendo una inexplicable necesidad de tranquilizarlo.

Asintió no muy convencido y se adelantó para reunirse con Elaila y Ender, que ya estaban en la puerta.

—¿Pasa algo? —pregunté al camarero, aunque ya me imaginaba lo que venía.

—Mira, sé que esto no es muy profesional —comenzó, pasándose una mano por el pelo con nerviosismo—. Perdona la pregunta, pero ¿alguno de tus amigos es... algo más que un amigo? No quiero entrometerme si estás con alguien.

Aprecié que al menos tuviera la decencia de preguntar primero.

—No, solo son amigos —respondí, aunque algo en mi interior protestó ante esa caracterización de Ryker.

—En ese caso, ¿te importaría darme tu número? —preguntó, ya más confiado.

Me pilló por sorpresa a pesar de que lo veía venir.

Pero, mientras dudaba, mi mirada se desvió hacia la puerta, donde Ryker esperaba junto a Elaila y Ender. Y algo en mi pecho se contrajo.

—Lo siento, pero... —Me aclaré la garganta, sorprendida por la verdad que estaba a punto de confesar—. Ahora mismo tengo a

alguien en mente.

Él asintió comprensivo, sin perder la sonrisa.

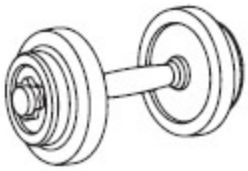
—Lo entiendo. Ese chico tiene suerte.

—Gracias —dije, sintiendo un extraño alivio—. Y gracias también por la cena; estaba todo delicioso.

Salí del restaurante y me reuní con mis amigos mientras trataba de ignorar la mirada inquisitiva de Elaila.

30

Besarte fue la mejor mala decisión de mi vida



Ryker

Una vez fuera del restaurante, el aire fresco de la noche me golpeó la cara, aunque ni siquiera eso logró calmar el torbellino de pensamientos que me invadía. No podía dejar de pensar en ese maldito camarero y en su forma de mirar a Audra. ¿Quién se creía que era? ¿Y qué demonios le habría dicho cuando nos fuimos?

Elaila y Ender caminaban a nuestro lado, riéndose a carcajadas de alguna broma que yo no había oído. Estaban en su propia burbuja, felices, ajenos a mi debate interno. Pero yo solo podía mirarla a ella.

A Audra.

Caminaba con ese aire distraído tan suyo, jugueteando con el dobladillo de su abrigo mientras miraba las luces de la ciudad. El pintalabios que llevaba al principio de la noche había desaparecido, probablemente devorado por la hamburguesa, pero sus labios seguían teniendo ese tono rosado natural que los hacía parecer increíblemente suaves. Sus mejillas estaban sonrojadas, quizá por el

frío, quizá por la cerveza, o quizá por lo que fuera que le hubiera dicho ese estúpido camarero.

Bajé la mirada hacia sus manos y una sensación extraña me recorrió el pecho cuando vi que seguía llevando mi anillo de papel. Un anillo ridículo que había improvisado por puro instinto, sin pensar realmente en lo que hacía. Pero ahí estaba, en su dedo, como si significara algo. Como si yo significara algo.

Sus manos eran pequeñas comparadas con las mías. Pequeñas pero fuertes, con dedos de artista y esas venas delicadas que se marcaban ligeramente. Manos que creaban, que daban vida a dibujos y pinturas, que cuidaban de Peluso con una ternura que me había sorprendido descubrir.

Debería estar prohibido mirar tanto a una persona. Debería haber alguna ley contra quedarse embobado contemplando cada detalle, cada gesto, como si fuera la octava maravilla del mundo. Pero no podía evitarlo. Era como si mi mirada tuviera voluntad propia y siempre, siempre, encontrara el camino de vuelta a ella. Como si ella fuera mi único camino.

Cuando llegamos a nuestro edificio, el aire se había vuelto más fresco.

—¿Os apetece subir a tomar un café? —preguntó Audra, dirigiéndose a todos en general, mientras buscaba las llaves en su bolso.

Elaila y Ender intercambiaron una mirada rápida, una de esas comunicaciones silenciosas que establecen las parejas y que me resultaba tan ajena.

—Mejor no —respondió ella, enlazando su brazo con el de mi amigo—. Mañana tenemos planes temprano.

—Muy temprano —añadió Ender con una sonrisa que dejaba claro que sus planes tenían más que ver con quedarse en la cama que

con madrugar.

Nos despedimos entre promesas de repetir pronto, y Audra y yo entramos al portal.

Pulsé el botón del ascensor y me apoyé contra la pared, observándola mientras guardaba las llaves de nuevo en el bolso. La pregunta me quemaba en la lengua, así que simplemente la dejé salir.

—Ese camarero no te quitaba los ojos de encima, ¿te has dado cuenta?

Ella levantó la mirada sorprendida y luego soltó una pequeña risa que sonó a música en el silencio del vestíbulo.

—No digas tonterías —respondió, sacudiendo la cabeza—. Solo estaba siendo amable.

—¿Amable? —repetí, alzando una ceja—. Te miraba como si fueras el último trozo de tarta en una pastelería.

—Qué ridiculez —dijo, pero noté cómo se sonrojaba ligeramente, confirmando que ella también lo había notado—. Solo hacía su trabajo.

El ascensor llegó con su característico tintineo quejumbroso y las puertas se abrieron. Entramos y pulsé el botón del octavo piso. Ocho pisos, un espacio reducido y una verdad que me quemaba por dentro. Una combinación peligrosa.

—¿Y para qué te ha pedido que te quedaras? —pregunté, fingiendo desinterés, mientras el ascensor iniciaba su lento ascenso —. Si solo estaba siendo amable.

—Por nada especial —respondió, evitando mi mirada y centrándose en el panel de botones como si fuera fascinante.

—Eres una pésima mentirosa, Audra —dije cruzándome de brazos —. Que lo sepas.

—¿Y qué si me ha dicho algo? —contraatacó, girándose hacia mí con esa chispa desafiante en los ojos que tanto me gustaba—. ¿A ti qué más te da?

—Nada, solo curiosidad —me defendí, sintiendo cómo el ascensor subía tan lento que parecía estar tomándose su tiempo aposta—. Aunque es perfectamente comprensible. Con lo bien que te quedan ese jersey y esos vaqueros, es normal que llamaras la atención.

Sus ojos se abrieron ligeramente, sorprendidos por mi comentario.

—¿Estás celoso, Lancer? —preguntó, con una sonrisa traviesa bailando en sus labios.

—¿Celoso? No estoy celoso. Solo constato un hecho. Estás espectacular esta noche.

Una risa escapó de su garganta.

—Eres ridículo —dijo, pero la forma en la que mordió su labio inferior sugería que mis palabras habían causado algún efecto.

El ascensor continuó su ascenso, piso tras piso, mientras nosotros seguíamos con esa conversación que era más un baile que un intercambio de palabras. Un baile donde nos acercábamos y nos alejábamos, probando límites, buscando reacciones.

—¿Qué te dijo exactamente? —insistí, incapaz de dejar el tema—. Apuesto a que te pidió tu número.

—¿Y qué si lo hizo? —replicó—. ¿Te molesta?

—Me preocupo por ti —dije intentando sonar despreocupado—. Podría ser un psicópata.

—¿Un psicópata camarero? —preguntó alzando una ceja—. ¿Que asesina con servilletas y palillos?

—Los asesinos en serie tienen que trabajar en algo —argumenté.

Audra soltó una carcajada que resonó en el pequeño espacio del ascensor.

—Vale, ahora estoy completamente segura de que estás celoso —declaró apuntándome con el dedo—. Admítelo, Lancer. Te fastidia que otro tío se me acerque.

—Lo que me fastidia es que no veas lo evidente —respondí sosteniendo su mirada—. Cualquier tío con dos ojos en la cara se enamoraría de ti al verte. Es física básica.

Sus mejillas se tiñeron de un tono rosado que me pareció absolutamente adorable. Abrió la boca para responder, pero pareció quedarse sin palabras por un momento.

—¿Tu hamburguesa llevaba algo raro? —preguntó al fin—. Porque no dejas de decir tonterías.

—Mi hamburguesa estaba perfecta —aseguré sin poder apartar la mirada de sus labios.

Sus labios. Dios, sus labios. La forma en la que los humedecía con la punta de la lengua. Cómo los fruncía ligeramente cuando estaba pensando. La curva perfecta que formaban cuando sonreía. Era una tortura observarlos y no poder acercarme, no poder comprobar si eran tan suaves como parecían, si sabrían a esa cerveza que apenas había probado o a la salsa barbacoa de su hamburguesa.

—Deja de mirarme así —dijo de repente, rompiendo mi trance.

—Así, ¿cómo? —pregunté, aunque sabía perfectamente a qué se refería.

—Como si... —Buscó las palabras, agitando las manos en el aire—. Como si quisieras comerme o algo parecido.

Una sonrisa involuntaria se formó en mis labios.

—Quizá es exactamente eso lo que quiero hacer.

Sus ojos se encontraron con los míos.

—Estás diciendo muchas estupideces seguidas —murmuró, pero no se apartó cuando di un paso hacia ella.

El ascensor se detuvo con una sacudida y las puertas se abrieron en nuestro piso. Ninguno de los dos se movió por un momento, como si salir de ese espacio confinado fuera a romper el hechizo que se había formado entre nosotros.

Finalmente, Audra salió primero y yo la seguí.

—¿Sigues llevando mi anillo? —pregunté señalando hacia su mano, donde la servilleta doblada seguía en su dedo.

Ella lo miró como si acabara de darse cuenta de que, efectivamente, el anillo seguía allí.

—Oh —dijo sorprendida—. Se me ha olvidado quitármelo.

—Te queda bien —comenté mientras caminábamos hacia nuestras respectivas puertas—. El papel es el nuevo diamante, ¿no lo sabías?

Puso los ojos en blanco, pero una sonrisa jugaba en la comisura de sus labios.

—Claro, y las piedras son el nuevo chocolate —respondió siguiéndome el juego—. ¿Hay algo más que deba saber sobre las nuevas tendencias?

—Sí —dije deteniéndome frente a su puerta—. Voy a besarte.

Sus ojos se abrieron como platos, y por un segundo pareció que se había quedado sin respiración. Luego soltó una risa nerviosa, apartando la mirada.

—No, no lo harás —respondió.

—Sí lo haré —insistí, acercándome un paso más—. A menos que me digas que no quieres que lo haga.

—Si lo haces, te pegaré —amenazó, pero había un temblor en su voz que la delataba.

—Correré el riesgo —murmuré, y sin darle tiempo a responder, cerré la distancia entre nosotros.

Durante un segundo eterno, Audra se quedó completamente inmóvil. Esperé el empujón, la bofetada, cualquier señal de rechazo.

Estaba a punto de apartarme cuando, de repente, respondió.

Primero fue solo un suspiro, una rendición. Luego sus labios cobraron vida bajo los míos. Suaves, cálidos, perfectos. Sabían a cerveza y a esa sonrisa que me tenía loco desde hacía semanas. Su boca se amoldaba a la mía como si lleváramos toda la vida besándonos, como si cada pelea, cada pulla, cada mirada, hubiera sido solo el preludio de ese momento.

Sus manos subieron temblorosas hasta mi pecho, no para apartarme, sino para aferrarse a mi camiseta, como si también ella necesitara quedarse en ese instante.

Y entonces supe que estaba perdido. Completamente perdido por esa mujer que me había vuelto loco desde el primer día, con sus canciones desafinadas y su gato sin pelo. Esa mujer que ahora se dejaba besar en el pasillo del octavo piso como si fuera lo más natural del mundo.

Como si siempre hubiéramos estado destinados a llegar a ese momento.

El tiempo se detuvo mientras la besaba. No existía el pasillo, ni el edificio, ni el mundo entero. Solo ella. Solo sus labios moviéndose suavemente contra los míos, su respiración mezclándose con la mía, el ligero temblor de sus manos cuando las apoyó en mi pecho.

Era un beso tierno, casi cuidadoso, como si ambos temiéramos romper algo frágil y precioso que acababa de nacer entre nosotros. No había prisa, no había desesperación. Solo conexión. Una conexión que había estado ahí desde el principio, oculta bajo capas de irritación y pullas, esperando a que fuéramos lo suficientemente valientes para reconocerla.

Sentí cosas que no podía explicar, sensaciones que iban mucho más allá del simple contacto físico. Era como si algo dentro de mí hubiera estado dormido y de repente despertara, estirándose,

reclamando un espacio que no sabía que existía. No era solo deseo —que, por supuesto, estaba ahí, intenso y abrumador—, era algo más profundo, más complejo. Algo que me asustaba y me fascinaba a partes iguales.

Cuando finalmente nos separamos, apenas unos centímetros, me sentía algo mareado, como si hubiera estado conteniendo la respiración demasiado tiempo. Apoyé la frente en la suya, intentando recuperar el aliento, intentando procesar lo que acababa de ocurrir.

Pero entonces, tan repentinamente que apenas tuve tiempo de reaccionar, ella se apartó. De pronto, abrió los ojos como si acabara de despertar de un sueño y se hubiera encontrado en medio de una pesadilla. Su mirada era puro desconcierto, una mezcla de «¿qué narices acaba de pasar?» y «necesito salir de aquí ahora mismo».

—Audra... —murmuré, sin saber exactamente qué quería decir, solo que necesitaba decir algo, cualquier cosa para evitar que el momento se rompiera.

Pero era demasiado tarde. Ya se había alejado completamente, hurgando en su bolso con manos temblorosas hasta encontrar sus llaves. Las sacó con un tintineo que sonó demasiado fuerte en el silencio del pasillo.

—Buenas noches, Ryker —dijo con una voz que no parecía la suya, demasiado controlada, demasiado neutra.

Antes de que pudiera responder, había abierto su puerta, entrado en su apartamento y cerrado tras ella, dejándome solo en el pasillo con el eco de sus palabras y el fantasma de su sabor en mis labios.

Me quedé allí inmóvil, mirando la puerta cerrada como si esperara que mágicamente volviera a abrirse. Como si esperara que ella saliera y me dijera que todo estaba bien, que solo necesitaba un momento, que podíamos hablar de lo que acababa de suceder.

Pero la puerta siguió cerrada. Audra no salió.

La había cagado. Completamente. Había cruzado una línea que no debería haber cruzado, había presionado demasiado, demasiado pronto. ¿En qué estaba pensando? Después de todo lo que Elaila me había contado sobre su pasado, sobre lo cautelosa que era, ¿cómo había podido ser tan impulsivo?

El silencio del pasillo se volvió opresivo, como si cada segundo que permanecía allí, esperando, fuera una confirmación más de mi error. Apoyé una mano en la pared, intentando ordenar mis pensamientos, intentando decidir qué hacer a continuación. ¿Debería llamar? ¿Disculparme? ¿O sería mejor darle espacio, dejar que procesara lo ocurrido a su ritmo?

No tenía respuestas. Solo la certeza de que algo importante había cambiado entre nosotros esa noche, y el miedo de que ese cambio pudiera no ser para mejor.

Finalmente, después de lo que pareció una eternidad, pero probablemente fueron solo unos minutos, me di por vencido. Ella no iba a salir. No iba a hablar conmigo. Al menos, no esa noche.

Saqué mis propias llaves y entré en mi apartamento sintiendo un peso en el pecho que no había experimentado en mucho tiempo.

Me dejé caer en el sofá sin siquiera quitarme la chaqueta, mirando al techo como si pudiera encontrar allí alguna respuesta. El recuerdo de sus labios, de su calor, de la forma en la que había respondido a mi beso antes de salir huyendo, seguía tan vívido que casi parecía que estuviera aún en mis brazos.

¿Cómo podía algo sentirse tan correcto e igual de equivocado al mismo tiempo?

Mañana tendría que enfrentarla. Tendría que encontrar alguna forma de arreglar eso, de explicarle... ¿Explicarle qué, exactamente? ¿Que me estaba enamorando de ella? ¿Que llevaba semanas, quizá

meses, conteniendo el impulso de besarla? ¿Qué, a pesar de todas nuestras diferencias, a pesar de todos nuestros enfrentamientos, no podía imaginar mi vida sin ella?

Cerré los ojos, sintiendo un cansancio que no tenía nada que ver con la hora. Mañana. Mañana intentaría arreglarlo.

Aunque, si era sincero conmigo mismo, no tenía ni la más remota idea de cómo hacerlo.

31

Cuando el miedo y la felicidad se parecen demasiado



Audra

En cuanto cerré la puerta, mis piernas cedieron. Me deslicé lentamente hasta quedar sentada en el suelo, con la espalda apoyada contra la madera, como si necesitara ese soporte para no desintegrarme por completo. Llevé los dedos temblorosos a mis labios, que aún conservaban la sensación de los suyos, cálidos y sorprendentemente suaves.

¿Qué acababa de pasar?

Ryker me había besado. Y yo le había correspondido. Y luego había huido como una cobarde.

El corazón me latía tan fuerte que podía sentirlo en la garganta, en las sienes, en cada rincón de mi cuerpo. Había sido... Dios, había sido un beso que lo contenía todo. Todo lo que siempre había buscado sin saber que lo buscaba. Todo lo que jamás creí que iba a sentir porque estaba convencida de que algo en mí estaba irremediablemente roto, de que nunca volvería a funcionar del modo correcto.

Pero ahí estaba. Ese calor expandiéndose por mi pecho, esa sensación de vértigo, como si estuviera al borde de un precipicio y una parte de mí quisiera saltar mientras la otra se aferraba con desesperación al borde.

Sentí algo húmedo deslizándose por mi mejilla y me di cuenta de que estaba llorando.

Un suave ronroneo me devolvió a la realidad. Peluso se había acercado sigilosamente y me observaba con esa mirada penetrante que parecía ver a través de todas mis defensas. Se sentó frente a mí, su pequeño cuerpo estaba tenso, como si estuviera evaluando la situación antes de decidir cómo proceder.

—Ven aquí —murmuré, extendiendo los brazos hacia él.

Para mi sorpresa, no se resistió cuando lo atraje hacia mi pecho en un abrazo desesperado. Normalmente habría protestado ante tal muestra de afecto forzado, retorciéndose hasta liberarse, pero esta vez se quedó quieto, como si entendiera que lo necesitaba.

—La he cagado, Peluso —susurré contra su pelo inexistente—. La he cagado por completo.

Pero ¿qué había hecho exactamente? ¿Dejar que me besara? ¿O salir corriendo después?

Lo más probable es que ambas. Porque el beso había sido perfecto, tan dolorosamente perfecto que me había asustado hasta lo más profundo. Y el miedo, ese viejo conocido, había tomado el control. El miedo a sentir demasiado, a dejarme llevar, a caer en ese abismo sin fondo que era enamorarse de alguien.

Porque eso era lo que estaba pasando, ¿no? Me había enamorado de Ryker.

Y ahora me había besado. Y había sido tan bueno, tan correcto, que me aterrorizaba.

Porque las cosas buenas no duraban. Las cosas buenas se convertían en trampas, en espejismos que te hacían bajar la guardia solo para dejarte luego más destrozada que al principio.

Peluso se removió ligeramente en mis brazos, emitiendo un maullido. Aflojé mi agarre, permitiéndole acomodarse mejor.

—Lo siento, pequeño —murmuré pasando los dedos por su lomo —. Es que estoy muy asustada.

Y era cierto. Estaba aterrorizada. No tanto por el beso en sí, sino por lo que significaba. Por todas las posibilidades que abría, todas las puertas que dejaba entreabiertas. Puertas tras las cuales podría haber felicidad, sí, pero también tanto dolor potencial.

Me levanté del suelo con las piernas temblorosas, dejando que Peluso escapara de mis brazos para corretear hacia la cocina, probablemente ofendido por haber sido usado como paño de lágrimas durante tanto tiempo. Caminé hacia mi habitación como una autómata y solté el abrigo por el camino, demasiado agotada emocionalmente para preocuparme por el desorden.

Me quité la ropa con movimientos mecánicos, dejándola en un montón desordenado sobre el sofá.

Cogí una camiseta enorme y me la puse mientras me arrastraba hasta la cama y me dejaba caer en ella.

El techo de mi habitación nunca me había parecido tan interesante. Lo miré fijamente, como si entre las pequeñas grietas y manchas pudiera encontrar alguna respuesta, alguna explicación a por qué me sentía así. Por qué un simple beso me había desarmado de esa manera.

Volví a llevarme los dedos a los labios, recreando la sensación. Había sido un beso precioso. El mejor que había dado nunca, sin comparación. No solo por la técnica —aunque Ryker, maldito sea, sabía perfectamente lo que hacía—, sino por la carga emocional que

contenía. Nunca, ni una sola vez en mi vida, había sentido algo así. Esa conexión, esa intensidad, esa sensación de que todo encajaba por fin.

Era demasiado. Demasiado intenso, demasiado real. Demasiadas ganas de más, de volver a sentir sus labios, de perderme en sus brazos, de descubrir qué se sentiría al despertar a su lado. Me asustaba lo mucho que lo necesitaba de repente, cuando siempre me había enorgullecido de no necesitar a nadie.

Me limpié las lágrimas con el dorso de la mano, tratando de calmarme lo suficiente para poder dormir. Pero cada vez que cerraba los ojos, lo veía. Ryker, con esa mirada intensa justo antes de besarme, con esa seguridad mientras decía: «Voy a besarte», como si enunciara una verdad universal.

Y lo peor era saber que estaba al otro lado de la pared. Tan cerca físicamente, y tan lejos de cualquier otra manera. ¿Qué estaría pensando ahora? ¿Estaría enfadado por mi reacción? ¿Confundido? ¿Arrepentido?

Una parte de mí, una pequeña pero insistente, me susurraba que debía salir, cruzar el pasillo y llamar a su puerta. Hablar con él, explicarle que no era por él, que era por mí, por mis miedos, por mi pasado. Pero otra parte, más fuerte, más arraigada, me mantenía clavada en la cama, paralizada por el terror a lo desconocido.

Así que me quedé allí, mirando al techo, con el corazón desbocado y mi caos mental, sabiendo que no me resultaría fácil dormir esa noche.



Un estruendo metálico me arrancó del sueño inquieto en el que finalmente había caído. Abrí los ojos desorientada, con la sensación de haber dormido apenas unos minutos, a pesar de que la luz que entraba por la ventana indicaba que ya era bien entrada la mañana.

Me incorporé despacio, sintiendo el cuerpo pesado por la falta de descanso. A mi lado, Peluso dormía hecho un ovillo, completamente ajeno al ruido que me había despertado. Probablemente había sido algún vecino tirando algo metálico, o quizá las tuberías, que últimamente sonaban como si un gnomo malhumorado las estuviera golpeando.

Me levanté y estiré los músculos agarrotados, tratando de despejar la niebla mental que aún me envolvía. Caminé hacia el baño arrastrando los pies, necesitando lavarme la cara y cepillarme los dientes con desesperación para sentirme un poco más humana.

El espejo me devolvió una imagen que bien podría protagonizar una película de terror: ojos hinchados por el llanto y la falta de sueño, el pelo enmarañado en todas direcciones y una palidez casi fantasmal. Pero lo que realmente me llamó la atención fue mi pelo.

Las raíces empezaban a notarse, con ese tono naranja zanahoria natural que siempre me había avergonzado y que llevaba años ocultando bajo capas de tinte semipermanente rojo intenso. Pronto tendría que volver a teñírmelo, esa tarea mensual que llevaba a cabo religiosamente desde la adolescencia.

«A menos que...».

Una idea se formó lentamente en mi cabeza. ¿Y si no lo hacía? ¿Y si dejaba que mi color natural creciera? ¿Qué pasaría si, por una vez, me permitía ser como era realmente, sin filtros, sin capas de protección artificial?

La idea me asustaba casi tanto como me atraía. Ese naranja zanahoria que tanto había odiado, que había provocado burlas en el

instituto, apodos crueles que aún recordaba con claridad: «Zanahoria», «Antorcha», «Cabeza de fósforo»... Esconderlo bajo un rojo intenso y rebelde había sido mi forma de apropiármelo, de controlarlo.

Pero ahora, después de la noche que acababa de pasar, después de ese beso que había sacudido los cimientos de mi existencia, la idea de otro cambio más no parecía tan descabellada.

Sin darme tiempo a reconsiderarlo, me vestí a toda prisa. Había una peluquería a pocas manzanas que abría los domingos por la mañana. Nunca había entrado allí, pero la había visto muchas veces de camino al trabajo.

Una hora después, estaba sentada en el sillón frente al espejo mientras la peluquera, una mujer de mediana edad con mechas azules, evaluaba mi cabello.

—¿Estás segura de querer volver a tu color natural? —me preguntó pasando los dedos por mis mechones—. Es un rojo precioso el que llevas.

—Estoy segura —respondí con firmeza.

—Por suerte, usas un tinte semipermanente —comentó después de examinar mi pelo más de cerca—. Podemos eliminarlo en una sola sesión. No será perfecto, pero estarás muy cerca de tu color natural.

Me sentí aliviada. Siempre había preferido los tintes que se iban desvaneciendo con los lavados, precisamente porque me daban la opción de cambiar si quería. Nunca me había atrevido a hacerlo, pero ahora agradecía esa precaución.

El proceso fue más rápido de lo que había esperado, y cuando finalmente terminó y la peluquera me mostró el resultado en el espejo, sentí una extraña ligereza. Como si, junto con el tinte, hubiera eliminado también parte del peso que cargaba.

Mi cabello había vuelto prácticamente a su tono natural, ese naranja zanahoria que hacía años que no veía. Era más claro, más suave que el rojo intenso al que estaba acostumbrada, pero también más auténtico.

Era curioso cómo un simple beso podía cambiarlo todo. El beso de Ryker había derribado una de mis barreras, y ahora, aquí estaba yo, quitándome otra capa de protección. Porque eso era lo que el tinte representaba, ¿no? Una máscara.

—Te queda muy bien —me aseguró la peluquera mientras me pasaba los dedos por el cabello una última vez—. Resalta tus ojos.

Frente al espejo de mi baño, después de volver a casa, me peiné el pelo ahora seco y observé el resultado nuevamente.

—Hola, Zanahoria —saludé a mi reflejo con una pequeña sonrisa —. Cuánto tiempo sin verte.

Era extraño, como reencontrarse con una vieja amiga a la que había estado evitando. Pero también sentía que era lo correcto, de alguna manera. Como si, en medio de todo el caos emocional que estaba viviendo, al menos eso fuera una pequeña verdad a la que aferrarme.

No tenía ni idea de qué iba a pasar con Ryker, ni de cómo enfrentaría nuestro inevitable encuentro. Pero al menos sabía quién era yo ahora, mirando ese reflejo que me devolvía una mirada cansada pero firme.

Una chica con todas sus inseguridades, con todos sus miedos. Pero también con la valentía suficiente para, tal vez, dejar caer algunos muros.

Aunque solo fuera uno a la vez.

Me puse el pijama de franela, ese con estampado de nubes que me quedaba dos tallas grandes y que usaba cuando necesitaba

sentirme protegida, como si fuera una armadura suave contra el mundo.

El estómago me rugió, recordándome que no había comido nada desde la hamburguesa de anoche, así que me dirigí a la cocina con la intención de prepararme un café. Pero al pasar junto a la pared que separaba mi apartamento del de Ryker, me detuve en seco.

Había ruido. Voces.

Una de ellas, indudablemente, era la suya. La otra, femenina y más aguda, hizo que el corazón se me detuviera un instante. ¿Una chica? ¿Tenía una chica en su apartamento, la mañana después de besarme?

Pero entonces la reconocí. Esa risa aguda, ese tono ligeramente mandón.

Emma. Era Emma, su hermana.

El alivio que sentí fue tan intenso que me avergonzó. Me apoyé contra la pared, escuchando sin querer la conversación al otro lado.

—¡No es justo! ¡Me lo prometiste! —Emma estaba protestando.

—Te prometí que jugaríamos, no que te dejaría ganar —respondió Ryker, y su risa, suave y despreocupada, hizo que las mariposas revoloteasen en mi interior.

Ryker con Emma era una versión completamente distinta de sí mismo, y ese pensamiento me hizo sonreír sin darme cuenta.

Me aparté de la pared, sintiéndome como una espía en mi propia casa, y continué mi camino hacia la cocina. Peluso me siguió, trotando a mis pies con ese andar elegante tan suyo.

—Hoy me apetece café frío —murmuré para mí misma mientras abría la nevera.

Saqué la botella de leche y el café que había preparado el día anterior.

Peluso se sentó frente a la pared que daba al apartamento de Ryker con las orejas erguidas, atento a las voces que llegaban desde el otro lado.

—Sí, tiene visita —le confirmé mientras vertía el café en un vaso largo y le añadía hielo y leche—. Es Emma, la chica que te cae bien.

Mi gato maulló como respuesta, fuerte y claro, y entonces oí a Emma al otro lado:

—¿Has oído eso? ¡Es Peluso! Seguro que está en casa.

Mi gato, el muy traidor, volvió a maullar, como si estuviera contestando.

—Emma, no —dijo Ryker—. No vamos a molestar a Audra.

—¡Pero quiero verlo! La última vez me dejó darle de comer. ¡Y me ronroneó! —Emma insistía, con ese tono que sugería que estaba acostumbrada a salirse con la suya.

—Otro día —respondió Ryker—. Seguramente Audra estará ocupada.

Sonreí mientras le daba un sorbo a mi café. Qué considerado por su parte. Qué cobarde, también. ¿Él estaba evitando a sí mismo el inevitable encuentro después del beso?

—¡Ya sé! Puedo ir a llamar y, si no está o está ocupada, me vuelvo. ¿Vale? —propuso Emma con entusiasmo.

—Emma...

—¡Solo voy a llamar! ¡No seas aguafiestas, Ryker!

Oí pasos rápidos acercándose a la puerta del apartamento de Ryker, luego el sonido de esta al abrirse. En cuestión de segundos, sonó el timbre de mi puerta.

Peluso me miró con esa expresión que parecía decir «¿ves?, al final he conseguido lo que quería».

—Vienen a verte, pequeño manipulador —le dije, dejando el café sobre la encimera—. Espero que estés contento.

Tomé aire, me pasé una mano por el pelo y caminé hacia la puerta. El timbre volvió a sonar, esta vez acompañado de unos golpecitos impacientes.

—¡Ya voy, ya voy! —exclamé mientras giraba el pomo.

Al abrir, me encontré con Emma, sonriente. Llevaba el pelo recogido en una coleta alta y vestía una sudadera verde que le daba un aire aún más juvenil.

—¡Hola, Audra! Yo... —comenzó alegremente, pero entonces se detuvo, sus ojos abriéndose como platos—. ¡Te has cambiado el color del pelo!

—Algo así —respondí mientras me pasaba una mano por los mechones, sintiendo de repente una desacostumbrada timidez—. He vuelto a mi tono natural.

—¡Te queda genial! —exclamó con entusiasmo—. Pareces una princesa Disney, como Mérida, pero más guay. Es la película favorita de mi hermano.

No pude evitar sonreír.

Un movimiento en el rellano captó mi atención. Ryker estaba allí, apoyado contra el marco de su puerta. Vestía unos vaqueros oscuros y una camiseta blanca simple, con el pelo ligeramente despeinado, como si acabara de pasarse la mano por él repetidamente.

Nuestras miradas se encontraron y, durante un segundo que pareció eterno, ninguno de los dos abrió la boca.

—Lo siento —dijo finalmente, apartando la mirada—. Emma quería ver a Peluso y ha salido corriendo antes de que pudiera detenerla.

—No pasa nada. Puede pasar a verlo, si quiere.

Me aparté para dejar entrar a la chica, que ya estaba prácticamente dentro, buscando con la mirada a Peluso. Ryker seguía en el umbral, como si no estuviera seguro de si la invitación se extendía a él también.

—Está en la cocina —le indiqué a Emma.

—¡Peluso!

Ryker y yo nos quedamos solos, aún con la puerta abierta entre nosotros, como una invitación silenciosa que ninguno de los dos se atrevía a aceptar o a rechazar.

—Tu pelo... —comenzó, parpadeando mucho, como si estuviera procesando el cambio—. Es diferente.

—Sí. —Me pasé la mano por la nuca, súbitamente consciente de mi aspecto, del pijama holgado—. Decidí volver a mi color natural.

—Te queda bien —dijo con suavidad, y algo en su mirada me hizo sentir desnuda, expuesta—. Es como si fueras otra Audra, pero más..., no sé, más tú.

—¿Eso tiene sentido? —pregunté, con una pequeña sonrisa escapándose sin permiso.

—En mi cabeza, sí —respondió, sonriéndome a su vez.

Era como si ambos estuviéramos esperando a que el otro diera el primer paso.

—Audra, sobre lo de ayer... —comenzó, justo cuando Emma reapareció con Peluso en brazos.

—¡Está más guapo que nunca! —exclamó la chica—. ¿Y este jersey? ¡Es precioso! Ryker, mira, tiene pececitos bordados. ¿A que es monísimo?

Ryker desvió la mirada hacia su hermana, y algo en su expresión se suavizó de inmediato.

—Absolutamente ridículo —dijo, pero el tono cariñoso desmentía sus palabras—. Como su dueña.

¿Era un cumplido? Con Ryker nunca se sabía, y eso, por alguna razón, me gustaba más de lo que debería.

—¿Puedo darle de comer? —preguntó Emma.

—Claro, está en la cocina —respondí—. El armario de arriba a la derecha.

Emma desapareció de nuevo, feliz con su misión. Ryker seguía en el umbral, como si no pudiera decidirse a entrar o marcharse.

—¿Quieres pasar? —pregunté finalmente.

Él pareció tan sorprendido como yo por la invitación, pero asintió y entró, cerrando con suavidad la puerta tras de sí. Seguí sus pasos hacia la cocina, consciente de cada centímetro que nos separaba.

Una parte de mí sabía que eso era una locura. Que después de huir anoche, lo sensato habría sido evitarlo, darnos tiempo para procesar lo que había pasado, para reconstruir los muros que se habían agrietado con ese beso.

Pero otra parte, una mucho más insistente, estaba cansada de huir. Cansada de esconderse. Al menos por hoy, decidí escuchar a esa parte. Al menos por hoy, intentaría ser un poco valiente.

Solo un muro menos. Solo uno.

En la cocina, Emma estaba del todo absorta en su tarea de alimentar a Peluso. Había encontrado sus croquetas y las servía en su cuenco.

—Solo tienes que darle un puñado pequeño —le indiqué apoyándome en la encimera—. Si se emociona, luego le duele la tripa.

—Vale —respondió ella.

Me giré hacia Ryker, que se había quedado de pie en la entrada de la cocina, como si no estuviera seguro de dónde colocarse en ese nuevo territorio.

—¿Café? —ofrecí levantando mi vaso de café frío—. Tengo también caliente, si prefieres.

—Frío está bien.

Asentí y me dispuse a preparar otro café igual que el mío.

Se lo tendí a Ryker, cuidando que nuestros dedos no se rozaran al intercambiar el vaso de manos.

—Gracias —murmuró, dando un pequeño sorbo.

Emma se había llevado a Peluso al salón y le hablaba en ese tono meloso que se reserva para los bebés y los animales.

—Hay más obras que la última vez —comentó mirando los cuadros apoyados contra la pared—. Son geniales.

—Gracias —respondí, agradecida por tener algo de que hablar que no fuera el elefante en la habitación—. He estado trabajando en una serie nueva.

Ryker dio otro sorbo a su café, mirándome por encima del borde del vaso.

—¿Puedo verlas? —preguntó Emma, señalando una carpeta que sobresalía de debajo del sofá.

—Claro —asentí, aunque no recordaba qué dibujos había en esa carpeta en particular—. Son solo bocetos.

Emma se sentó en el suelo, cruzando las piernas, con Peluso instalado cómodamente en su regazo. Abrió la carpeta con cuidado y comenzó a pasar páginas, exclamando de vez en cuando ante alguno que le gustaba especialmente.

Ryker y yo seguíamos de pie en la cocina, a una distancia prudencial el uno del otro, como si hubiéramos acordado de manera tácita mantener al menos metro y medio entre nosotros.

—Oye, Audra —comenzó finalmente, bajando la voz para que Emma no pudiera oírlo—. Sobre lo de anoche...

Apreté el vaso de café entre las manos, buscando el valor para enfrentar esa conversación.

—No es necesario que... —empecé, pero en ese momento el móvil de Ryker sonó con insistencia.

Lo vi sacar el aparato del bolsillo, fruncir el ceño y contestar con un tono mucho más formal que el que solía usar.

—Sí, está conmigo... No, no hay problema... Ahora bajamos.

Colgó y se dirigió hacia Emma.

—Era mamá —anunció—. Está abajo, viene a recogerte.

—¿Qué? ¡No! —protestó ella, cerrando la carpeta de dibujos—. ¡Apenas he estado con Peluso!

—Llevas toda la mañana conmigo —le recordó Ryker—. Y mamá tiene que hacer recados antes de volver a casa.

—No es suficiente —insistió Emma, poniendo esa cara de berrinche que debía de funcionar a menudo con su hermano—. Además, ni siquiera le has contado a Audra lo de la casa.

Mi corazón dio un vuelco ante la mención de esa «casa». ¿Qué casa?

—¿Qué casa? —pregunté.

—¡Una casa superchula que vimos hace algún tiempo! —explicó entusiasmada—. Está casi a las afueras, pero es enorme. Con jardín y todo. ¿No te lo ha dicho?

Ryker se pasó una mano por el pelo.

—Emma... —comenzó, pero ella ya estaba lanzada.

—Tiene cuatro habitaciones, tres baños y la cocina más bonita del mundo —continuó—. Papá dice que es perfecta, y por una vez estoy de acuerdo con él.

Se iba a mudar. Ryker iba a dejar el edificio, a separarse de ese pequeño mundo compartido que habíamos construido, cada uno a un lado de esa pared de papel. Sabía que era temporal, por supuesto. Alguien como él no iba a quedarse para siempre en un piso antiguo con goteras y un ascensor que funcionaba a capricho. Pero no imaginaba que sería tan pronto.

No después de lo de anoche.

—Todavía no lo sé —intervino Ryker, lanzándole a su hermana una mirada de advertencia—. No he decidido nada.

—Pero papá dice que es perfecta —insistió Emma—. Y el precio está bien.

Mi mente volaba a toda velocidad, intentando procesar esa nueva información mientras mantenía una expresión neutra. Ryker se marcharía. Se alejaría. Ya no oiría sus protestas cuando cantara en la ducha, ni tendría que pelearme con él por quién usaba primero la lavadora. Ya no habría más encuentros en el rellano, ni...

Ni besos bajo la luz tenue del pasillo.

—Estoy segura de que es perfecta —dije finalmente, obligándome a sonreír—. Parece justo lo que buscabas.

Él abrió la boca para decir algo, pero Emma lo interrumpió recogiendo su mochila.

—¡Es supermegaperfecta! —exclamó, acariciando una última vez a Peluso antes de dejarlo en el suelo—. Pero yo le he dicho que debería adoptar un gato. La casa es muy grande para una persona sola.

—Los gatos son buena compañía —coincidí, evitando mirar a Ryker—. Aunque dan bastante trabajo.

—Deberíamos irnos —dijo Ryker, consultando su reloj—. Mamá está esperando.

Emma se me acercó y me dio un abrazo rápido e inesperado.

—Gracias por dejarme ver a Peluso —dijo, y luego añadió en un susurro conspirativo—: Me gusta mucho tu cabello así. Pareces más tú.

Se separó y caminó hacia la puerta con esa energía inagotable tan propia de los adolescentes. Ryker la siguió, pero se detuvo en el umbral, girándose para mirarme una última vez.

—¿Podemos hablar luego? —preguntó en voz baja, como si temiera ser rechazado.

Sentí el impulso instantáneo de decir no, de evitar la conversación, de esconderme de todo lo que había pasado la noche anterior. Era lo que siempre hacía: huir, levantar muros, protegerme. Pero algo dentro de mí se rebeló contra esa idea. Estaba cansada. De huir, de tener miedo.

—Vale —respondí finalmente—. Esta tarde, quizá. Necesito... ordenar algunas cosas primero.

La pequeña sonrisa de alivio que apareció en sus labios hizo que mi estómago diera un vuelco.

—Audra... —comenzó, y en su voz había una calidez que me asustó casi tanto como me atrajo.

—Luego, Ryker. Te prometo que hablaremos luego.

Él asintió, como si entendiera todo lo que no podía decir en ese momento, y salió al rellano, donde Emma ya esperaba impaciente junto al ascensor.

Cerré la puerta y me apoyé en ella, deslizándome hasta quedar sentada en el suelo. Peluso se acercó y empezó a frotarse contra mi pierna.

«¿Qué voy a decirle? —pensé mientras lo acariciaba distraídamente—. ¿Que me asusta lo que siento? ¿Que llevo años construyendo muros para que nadie pueda herirme y él ha conseguido colarse por debajo en cuestión de meses?».

Una cosa era lidiar con lo que sentía por él, y otra muy distinta era hacerlo sabiendo que tenía planes de marcharse. ¿Merecía la pena exponerme al dolor sabiendo que todo podría terminar antes incluso de empezar?

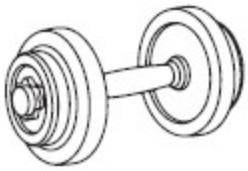
Pero entonces recordé la sensación de sus labios sobre los míos, la forma en la que todo había encajado, como si finalmente hubiera

encontrado mi lugar en el mundo. ¿Valía la pena renunciar a eso por miedo?

Quizá Emma hubiese interrumpido nuestra conversación por alguna razón. Quizá necesitara ese tiempo para ordenar mis pensamientos, para estar segura de lo que realmente quería. Pero una cosa estaba clara: por una vez, no iba a huir. No podía seguir viviendo con miedo a que todos, siempre, terminaran marchándose.

32

¿Por qué las disculpas nunca entran por el ascensor?



Ryker

Lancé el bolígrafo contra la pared con más fuerza de la necesaria, dejando una pequeña marca negra sobre la pintura blanca que ahora tendría que limpiar. Genial. Una tarea más para añadir a mi lista de desastres del día.

Llevaba dos horas sentado frente al portátil, tratando de concentrarme en los informes que debía entregar al día siguiente, pero mi mente tenía otros planes. Planes que implicaban revivir una y otra vez la expresión de Audra cuando Emma había mencionado la casa. Como si le hubiera dado una bofetada, como si yo le hubiera dado una bofetada.

La había cagado. Monumentalmente. Primero el beso —de lo que, para ser sincero, no me arrepentía en absoluto—, después su huida y, ahora, eso. Debería haber mencionado la casa antes, debería haberle explicado que solo la había visto por insistencia de mi padre, que ni siquiera me había planteado comprarla seriamente.

Pero no. En su cabeza, yo ya estaba haciendo las maletas.

Me pasé ambas manos por el pelo, desesperado. Sabía que Audra había salido; la había oído cerrar la puerta hacía una hora, justo después de que dejara a Emma con mi madre. Probablemente había ido a casa de Elaila, a desahogarse sobre lo capullo que era su vecino.

Cogí el móvil y, tras un momento de duda, hice una llamada. Necesitaba ayuda, aunque eso implicara admitir delante de Ender que había metido la pata hasta el fondo.

—Tío, ¿qué pasa? ¿No estabas con Emma?

—Ya la he llevado con mi madre —respondí poniendo el manos libres y dejando el teléfono sobre la mesa—. Necesito consejo.

—Uf, suenas fatal.

—Lo estoy, colega. Lo he jodido todo con Audra.

Se hizo un silencio al otro lado que no auguraba nada bueno.

—¿Qué has hecho? —preguntó finalmente, con ese tono cauteloso que indicaba que ya se estaba preparando para lo peor.

—La besé.

Otro silencio, esta vez más corto.

—¿Y? ¿Fue tan terrible que ahora no puede ni mirarte a la cara?

—¡No! El beso fue..., joder, fue perfecto. Ella me respondió, todo iba genial y entonces salió corriendo. Literalmente, me dejó plantado en el pasillo.

—¡¿QUE HAS HECHO QUÉ?! —Una voz femenina, aguda e indignada, resonó a través del altavoz.

—Elaila, ¿estás ahí? —pregunté, aunque la respuesta era obvia.

—¡Pues claro que estoy aquí! —exclamó—. ¿Has besado a Audra? ¿DESPUÉS de todo lo que te dije sobre ir despacio? ¿De darle espacio? ¿De permitir que ella marcara el ritmo?

Me hundí más en la silla. Ya me sentía lo bastante mal sin necesidad de que me lo recordaran.

—No fue exactamente así —intenté justificarme, sabiendo que era inútil—. Fue un impulso. Estábamos en el pasillo, acabábamos de volver del restaurante, y había algo entre nosotros, algo que llevaba tiempo ahí. Y simplemente... pasó.

—Las cosas no pasan simplemente, Lancer —replicó Elaila, y podía imaginarla poniendo los ojos en blanco—. Las decisiones se toman. Y tú tomaste una bastante cuestionable.

—Ella me correspondió —insistí, aferrándome a ese hecho como a un clavo ardiendo—. Por un momento, fue perfecto. Y luego se asustó y salió corriendo.

—Claro que se asustó, idiota. Es Audra. Se asusta de todo lo que implique sentimientos de verdad. Es como un gato arisco; si te acercas demasiado rápido, huye.

—Pero eso no es lo peor —continué, pasándome una mano por la cara—. Esta mañana Emma ha venido a ver a Peluso...

—¿Y? —presionó Ender cuando me detuve.

—Y ha soltado delante de Audra que estuve viendo una casa para comprarla. La cara que ha puesto..., como si le hubiera dicho que voy a mudarme a la Antártida...

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Elaila—. ¿Encima ahora piensa que te vas a mudar? ¿Después de besarla?

—¡No voy a mudarme! —me defendí—. Bueno, no en un futuro inmediato. Solo fui a ver la casa porque mi padre lleva meses insistiéndome con el tema, pero no era nada serio.

—Pues en la cabeza de Audra ahora mismo eres el tío que la besó y luego planeaba largarse —sentenció Elaila—. La combinación perfecta para confirmar todos sus miedos.

—¿Y qué hago? —pregunté con un tono que bordeaba la desesperación.

—¿Has probado a mandarle un mensaje? —sugirió Ender, interviniendo por fin—. Algo directo, sin rodeos.

—Los mensajes son lo peor para estas cosas —contradijo Elaila de inmediato—. Se malinterpretan, les das mil vueltas, acabas analizando cada palabra, cada coma... No, tiene que ser cara a cara.

Solté un gruñido de frustración. Entre la insistencia de Elaila en hacer las cosas a su manera y la valiosa pero insuficiente aportación de Ender no estaba avanzando nada.

—Mirad, os agradezco la intención, pero necesito pensar —dije finalmente, sintiendo que la cabeza me iba a estallar—. Ya os llamaré luego.

—Vale, vale —cedió Ender—. Pero no hagas ninguna locura, ¿eh?

—Ninguna más de las que ya he hecho —murmuré antes de colgar.

Me quedé en silencio mirando al techo, con la sensación de que me estaba ahogando en mi propio apartamento.

No podía aguantarlo. No podía sentarme a esperar a que Audra decidiera que estaba lista para hablar conmigo. No después de ese beso que me había revolucionado por dentro. No después de ver el dolor en sus ojos cuando Emma mencionó la casa.

Justo cuando estaba a punto de levantarme para dar vueltas por el salón, oí un sonido familiar en el rellano. El tintineo inconfundible de unas llaves.

Había vuelto.

Me puse en pie de un salto. No lo dudé. Abrí la puerta de golpe, sobresaltando a Audra, que estaba justo al otro lado, con la llave suspendida frente a su cerradura.

—Hola —dijo con una expresión de sorpresa que rápidamente se transformó en cautela.

El pelo naranja le caía alrededor del rostro, dándole un aire salvaje y vulnerable a la vez. El cambio era sorprendente: sin el tinte rojo intenso, sus rasgos parecían más suaves, más naturales. Estaba preciosa. Más que nunca.

—Hola —respondí, sin saber muy bien qué más decir ahora que la tenía delante.

Nos quedamos mirándonos. Finalmente, tomé aire y decidí saltar.

—¿Podemos hablar? —pregunté—. Me estoy volviendo loco aquí dentro.

Ella me miró fijamente, y durante un terrible segundo pensé que se negaría, que entraría en su apartamento y cerraría la puerta, dejándome con todas esas palabras atascadas en la garganta. Pero entonces, para mi sorpresa, asintió.

—Vale —dijo tan solo, guardando las llaves en su bolso.

Se acercó a su puerta y se apoyó contra ella, como si necesitara ese soporte para enfrentarse a lo que fuera a decirle. Yo me quedé en el umbral de la mía, manteniendo una distancia que parecía necesaria después de lo ocurrido.

—Quería disculparme —comencé—. Si me sobrepasé anoche, si malinterpreté las señales..., lo siento. Pero necesitaba besarte. Llevo semanas necesitando besarte.

Ella suspiró, bajando la mirada hacia el suelo como si encontrara algo fascinante en las baldosas del pasillo.

—La culpa no es tuya, realmente —dijo al fin—. Solo es que no me lo esperaba.

—Sí lo es —insistí dando un paso hacia ella, incapaz de mantener la distancia por más tiempo—. La culpa es mía. Como también es mía la culpa de querer besarte ahora mismo.

Sus ojos se abrieron de golpe, fijándose en los míos con una intensidad que me dejó sin aliento. Bajé la mirada hacia sus labios

de modo inconsciente, recordando su suavidad, su calidez, y la vi tragar saliva, su mirada desviándose también hacia mi boca.

—Si quieres que me aleje, lo haré —continué, aunque cada célula de mi cuerpo gritaba en contra de esa posibilidad—. Pero eso no hará que deje de querer enamorarte, Audra. Día tras día, semana tras semana. Soy muy pesado cuando me lo propongo.

Una sonrisa asomó a sus labios ante mis últimas palabras.

—Y sobre lo que dijo Emma... —añadí, queriendo aclararlo todo de una vez—. Es cierto, vi esa casa. Pero no es a corto plazo, no ahora, no ya.

Audra asintió y algo en su expresión se relajó.

—De verdad que no pasa nada, Ryker —dijo, y su voz sonaba sincera, casi conciliadora—. Lo entiendo.

—No, no lo entiendes —repliqué, cerrando un poco más la distancia entre nosotros—. Nada está bien. Nada ha estado bien desde que entraste en mi vida con tus canciones desafinadas, tu caos y tu gato sin pelo. Nada ha vuelto a estar bien desde que te vi llorando en el rellano aquella noche, o riendo mientras hacíamos la guerra de tenedores en la cafetería, o dormida en mi sofá, o mientras delirabas a causa de la fiebre. Nada ha estado bien porque todo lo que quiero es...

No pude terminar la frase. De repente, Audra había salvado la distancia entre nosotros y sus labios estaban sobre los míos, acallándome con un beso tan inesperado como perfecto. No dudé ni un segundo en responder, rodeando su rostro con las manos, atrayéndola más hacia mí como si temiera que fuera a desvanecerse.

La besé como si pudiera transmitirle a través de ese contacto todo lo que sentía, todo lo que había estado guardándome durante semanas. La besé suavemente, luego con más intensidad,

explorando cada rincón de su boca, memorizando su sabor, su textura.

Sentí sus manos aferrarse a mi camiseta, arrugando la tela entre sus dedos, acercándome más a ella, si es que eso era posible. No era como el beso de la noche anterior, tímido y cuidadoso. Este estaba cargado de urgencia, de necesidad, como si ambos temiéramos que al separarnos todo volviera a complicarse.

Cuando finalmente nos apartamos para respirar, apoyé mi frente contra la suya, sintiendo su aliento entrecortado mezclándose con el mío.

—¿Esto significa que me perdonas? —pregunté sin poder evitar una sonrisa.

—Cállate y sigue besándome —respondió tirando de mi camiseta para acercarme de nuevo.

Obedecí sin dudarlo, volviendo a capturar sus labios entre los míos. Esta vez fue más lento, más profundo, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo. Mis manos se deslizaron hasta su cintura, sintiendo la calidez de su cuerpo a través de la ropa, mientras las suyas subían hasta enredarse en mi pelo.

No sé cuánto tiempo pasamos así, besándonos en el rellano como dos adolescentes. En ese instante, nada más importaba. Solo ella, su boca, su calor, su cercanía.

—Deberíamos entrar —murmuré contra sus labios cuando nos separamos para tomar aire.

No tuve que decirlo dos veces. Audra asintió; sus ojos verdes brillaban con una intensidad que hizo que me temblaran las rodillas. Sin dejar de besarla, tanteé a ciegas la puerta de mi apartamento, empujándola torpemente hasta que cedió. Entramos trastabillando, chocando con el marco de la puerta con tanta fuerza que probablemente me dejaría un moretón en el hombro.

Cerré de una patada, sin molestarme en mirar si había quedado bien cerrada. Audra seguía besándome, sus manos ahora exploraban mi pelo, mi cuello, mis hombros, con una prisa que me volvía loco. De pronto, lanzó su bolso hacia el sofá con un movimiento descuidado. Este rebotó y se deslizó hasta el suelo, derramando parte de su contenido. Miré por encima de mi hombro, pero, honestamente, en ese instante me importaba un comino que el salón entero se derrumbara.

Al avanzar hacia el interior, chocamos con la mesita auxiliar, provocando que la lámpara temblara peligrosamente. Seguimos moviéndonos a trompicones, como dos imanes que no pueden separarse, hasta que su espalda dio contra la pared del pasillo con un golpe sordo.

—Lo siento —murmuró ella contra mis labios sin dejar de besarme —. Lo siento muchísimo.

—¿Por qué? —conseguí articular mientras mis manos se perdían en los mechones naranjas de su pelo.

—Por salir corriendo anoche —continuó, las palabras saliendo atropelladamente entre besos—. No debería haberlo hecho. Soy idiota. Una completa idiota.

—No pasa nada —respondí, deslizando mis manos hasta su cintura para atraerla más hacia mí.

Chocamos con el mueble del pasillo, haciendo que varias llaves y monedas cayeran al suelo con un tintineo metálico. Ninguno de los dos les prestó la más mínima atención.

—Deberías estar enfadado conmigo —insistió retrocediendo un paso, aunque sus manos seguían aferradas a mi camiseta—. Muy enfadado.

En lugar de responder, la empujé suavemente contra la pared, acorralándola con mi cuerpo, y volví a besarla, esta vez más

profundo, más intenso. Sentí cómo se derretía contra mí, cómo sus músculos se relajaban bajo mis manos.

—De verdad, deberías odiarme —continuó cuando nos separamos para respirar, aparentemente incapaz de dejar de hablar—. O, al menos, tenerme manía. Te dejé ahí plantado como una gilipollas después de un beso que fue... que fue..., joder, ¿por qué no me haces callar?

No pude evitar sonreír. Audra nerviosa era algo nuevo, algo adorable. Verla normalmente tan segura de sí misma, tan mordaz, ahora tartamudeando y soltando frases sin filtro, resultaba extrañamente fascinante.

—No estoy enfadado, Audra —dije separándome un poco para mirarla a los ojos, para que viera que hablaba en serio—. De verdad. Lo entiendo.

Se quedó mirándome con los ojos como platos, flipando por completo con lo que acababa de oír. Y antes de que pudiera abrir la boca para decir nada más, se abalanzó sobre mí. Me besó con una intensidad que me dejó sin aliento, mientras sus manos se colaban por debajo de mi camiseta y recorrían la piel de mi espalda.

Mi rodilla golpeó la mesita y algo cayó con un ruido sordo. Seguimos avanzando entre besos, chocando con cada superficie posible, como si mi perfectamente ordenado apartamento se hubiera convertido de repente en un campo de obstáculos.

—Es que llevo tanto tiempo sin hacer esto —murmuró contra mi cuello mientras depositaba pequeños besos que me hacían perder la cabeza—. Y normalmente no voy tan rápido, pero contigo es como si...

Me separé ligeramente, colocando mis manos en sus caderas, necesitando aclarar algo antes de continuar por un camino del que quizá se arrepintiera.

—Audra, mírame —pedí, esperando hasta que sus ojos se encontraron con los míos—. Si quieres que paremos, paramos. No hay prisa. No hay expectativas.

Vi cómo tragaba saliva, cómo sus ojos bajaban hacia mis labios y luego volvían a encontrar mi mirada.

—No —dijo con firmeza—. No quiero parar.

No necesité más confirmación. La levanté en brazos, colocando mis manos bajo su trasero, y ella inmediatamente envolvió sus piernas alrededor de mi cintura. Nuestras bocas se encontraron de nuevo mientras la llevaba hacia mi dormitorio, golpeando con el codo el marco de la puerta en el proceso.

La deposité con suavidad en la cama, como si fuera la cosa más frágil y preciada del mundo, y me incliné sobre ella, apoyándome en los codos para no aplastarla con mi peso. Su pelo naranja se extendía sobre mi almohada como una llamarada, y sus mejillas estaban tan sonrojadas que parecían a punto de arder.

—Dios, no sé si voy a saber —murmuró Audra, mirándome con una mezcla de deseo y pánico—. Va a salir fatal, te lo advierto. Llevo más de un año sin hacer esto, y lo digo completamente en serio.

La observé, cautivado por el rubor que se extendía por sus mejillas y bajaba por su cuello.

—Esto es como montar en bicicleta —le aseguré con una sonrisa, aunque sentía un extraño nerviosismo creciendo en mi interior.

Y era raro. Yo, que siempre había considerado el sexo como algo sencillo, mecánico incluso, ahora tenía las manos ligeramente temblorosas y el corazón desbocado. No era miedo, era más bien... la conciencia de que eso significaba algo. Algo importante.

—¿Me estás llamando bicicleta? —preguntó entornando los ojos.

No pude evitar reírme, sintiendo cómo parte de la tensión se disipaba.

—No, princesita —respondí, besando la punta de su nariz—. Me refería a que algunas cosas no se olvidan.

—Yo creo que es más como el Tetris, ¿no? —dijo, mientras sus dedos agarraban el borde de mi camiseta, tirando hacia arriba—. Todas las piezas tienen que encajar en el sitio correcto.

Me quité la prenda, ayudándola en su misión de desnudarme, y luego me incliné para besar su cuello, descendiendo lentamente hasta el borde de su jersey.

—Como el Tetris —asentí mientras le quitaba la prenda, revelando un sujetador negro sencillo que me pareció la cosa más sexy del mundo—. Aunque con menos presión y más diversión.

—Siempre he sido malísima jugando al Tetris —confesó mientras mis labios trazaban un camino por su vientre, notando cómo se estremecía bajo mi toque.

—A mí tampoco se me ha dado nunca especialmente bien —admití, desabrochando el botón de sus vaqueros y bajándolos lentamente por sus piernas.

Besé el interior de sus muslos, deleitándome con la suavidad de su piel, con los pequeños sonidos que escapaban de su garganta cada vez que mis labios encontraban un punto especialmente sensible. Subí y bajé, explorando cada centímetro, memorizando lo que le gustaba, lo que la hacía arquearse contra mí.

—Ryker... —susurró.

No necesité más pistas. Empecé a besarle la cara interna de los muslos, subiendo poco a poco hasta donde más le apetecía. Me encantaba ver cómo se iba impacientando. Cuando por fin llegué a donde quería, noté cómo se tensaba entera y me agarraba del pelo con fuerza.

—Dios..., esto es mucho mejor que el Tetris —jadeó, arrancándome una sonrisa que ella no podía ver.

Me tomé mi tiempo, saboreándola, aprendiendo lo que la hacía gemir, lo que la hacía susurrar mi nombre. Cuando sentí que estaba cerca, volví a ascender, trazando un camino de besos hasta capturar sus labios, que me recibieron con entusiasmo.

—Necesitas un preservativo —murmuró contra mi boca.

Asentí, estirándome hacia la mesilla de noche para sacar uno del cajón. Ella lo cogió de mis manos con confianza.

—Déjame a mí —dijo, empujándome suavemente para que me tumbara bocarriba.

Y mientras sus manos se ocupaban con experiencia de la tarea, pensé que nunca había visto algo tan hermoso como Audra Emrin, con su pelo naranja despeinado y esa mirada segura que significaba que había tomado una decisión.

Y su decisión era yo.

Sus manos me guiaron hacia ella y, cuando finalmente nos unimos, tuve que cerrar los ojos un momento, sobrecogido por la intensidad de la sensación. No era solo físico —aunque eso, joder, era increíble—, sino también algo más, algo que no había sentido nunca.

—¿Estás bien? —preguntó.

Abrí los ojos y me encontré con su mirada, preocupada y vulnerable a la vez.

—Mejor que bien —respondí, comenzando a moverme lentamente —. Eres perfecta.

—Tú tampoco lo haces mal —bromeó, aunque su voz tembló un poco cuando cambié el ángulo.

Nos movimos juntos, encontrando un ritmo que parecía tan natural como respirar. Con cada embestida, con cada gemido compartido, sentía que algo se deshacía dentro de mí, alguna barrera que ni siquiera sabía que existía.

—Esto es... —comenzó ella, interrumpiéndose con un suspiro cuando la besé en el cuello.

—¿Mejor que el Tetris? —pregunté contra su piel, notando cómo se reía por la vibración en su garganta.

—Mucho mejor —confirmó, enredando sus piernas alrededor de mi cintura para acercarme más—. Aunque sigo siendo mala jugadora.

—A mí me parece que vas muy bien —murmuré, perdido en la sensación de su cuerpo bajo el mío, en su piel contra mi piel.

—Ryker...

—Me encanta cómo dices mi nombre —confesé besándola profundamente—. Me encanta todo de ti.

Ella se rio, echando la cabeza hacia atrás mientras seguíamos moviéndonos juntos.

—Eres muy raro, ¿lo sabías? —dijo, pero no había burla en su voz, solo un cariño que me calentó más que cualquier contacto físico.

—Soy tu raro —respondí sin pensar.

No dejé de besarla, incapaz de mantenerme alejado de su boca, de su piel, de ella. El ritmo se aceleró, nuestros movimientos se volvieron más urgentes, más desesperados. Sentí cómo se tensaba a mi alrededor, cómo sus uñas se clavaban en mi espalda, y entonces ella se dejó ir, arrastrándome consigo a un éxtasis que me dejó sin aliento.

Nos desplomamos uno junto al otro, jadeantes, sudorosos y absolutamente saciados. Me quité el preservativo y lo anudé antes de tirarlo en la papelera junto a mi cama. Cuando me giré hacia ella de nuevo, me quedé sin palabras.

Audra yacía desnuda sobre mis sábanas, con las mejillas sonrojadas, el pelo desparramado como una llamarada y el pulso aún acelerado. Era la imagen más hermosa que había visto jamás.

Extendí los brazos hacia ella, notando cómo dudaba un momento, como si no estuviera segura de lo que iba a hacer. La atraje hacia mí, abrazándola contra mi pecho y depositando un suave beso en su frente.

—Creo que ha sido el mejor Tetris de mi vida —murmuré contra su pelo.

Ella se rio contra mi pecho, una risa suave y relajada.

—Supongo que sí —dijo mientras trazaba patrones invisibles sobre mi piel con sus dedos.

—¿Supones? —fingí ofenderme, apartándome un poco para mirarla—. ¿Solo lo supones?

Su sonrisa se ensanchó, y pude ver en sus ojos que estaba disfrutando de ese juego tanto como yo.

—Bueno, no tengo mucho con lo que comparar últimamente —bromeó—. Pero sí, ha estado bastante bien.

—¿Bastante bien? —repetí, atrayéndola más cerca y besándola de nuevo en la frente—. Eres imposible, Audra Emrin.

La abracé con fuerza, sintiendo cómo se amoldaba perfectamente a mi cuerpo, como si hubiera sido diseñada específicamente para encajar entre mis brazos. Me di cuenta de algo que jamás habría imaginado: por primera vez en mi vida, no sentía esa necesidad de escapar, de poner distancia. Al contrario. Lo único que quería era quedarme así para siempre, con ella entre mis brazos, escuchando su respiración acompasada, sintiendo el calor de su piel contra la mía.

Audra Emrin, la mujer que me había vuelto loco desde el primer día con sus manías y su caos, era ahora la única capaz de hacerme sentir en casa. Y eso, más que cualquier otra cosa, me aterraba y me fascinaba a partes iguales.

Nunca había estado tan cómodo, tan en paz, como en ese momento.

33

Cómo salir corriendo y fallar en el intento



Audra

Me desperté poco a poco, con esa sensación de estar flotando entre dos mundos, el del sueño y el de la realidad. Estiré los brazos perezosamente, disfrutando de la suavidad de las sábanas contra mi piel, y entonces lo recordé todo. Ryker. Yo. Nosotros. La noche anterior.

«Oh, joder».

Extendí la mano hacia el otro lado de la cama, esperando encontrar su cuerpo cálido, pero mis dedos solo hallaron un vacío frío. Me incorporé de golpe, súbitamente alerta. La cama estaba deshecha, pero vacía. Me miré a mí misma: llevaba puesta una camiseta suya que me quedaba como un vestido corto. Ni rastro de mi ropa interior.

Recorrí la habitación con la mirada. Mi ropa estaba perfectamente doblada sobre una silla —típico de Ryker, el muy obsesivo del orden —, y en la cómoda había un pijama plegado. Pero ni rastro de su dueño.

—¿Ryker?

Nada. Ni un ruido, ni una respuesta.

—¿En serio? —murmuré.

Maldita sea. Maldita sea mil veces. Era una idiota. La mayor idiota del universo. ¿En qué narices estaba pensando? ¿Acostarme con Ryker Lancer? ¿El mismo Ryker que se follaba a una tía diferente cada fin de semana y nunca repetía? ¿El rey del «una noche y fuera»?

Claro, ahora todo encajaba. Me había seducido, había conseguido lo que quería y se había largado. Clásico. Tan predecible que daba risa. O la daría si no me sintiera como si acabaran de darme una patada en las tripas.

—Gilipollas —mascullé, levantándome de la cama de un salto.

Busqué mis bragas por toda la habitación, pero no aparecían por ninguna parte. ¿Se las habría llevado como trofeo? ¿Qué tipo de pervertido hacía eso?

—¿Dónde cojones está mi ropa interior? —gruñí, poniéndome cada vez más furiosa.

Rebusqué debajo de la cama, entre las sábanas, incluso miré dentro del armario abierto. Nada. Ni mis bragas ni mi sujetador habían sobrevivido al huracán de la noche anterior.

—Que le den —decidí finalmente—. Me llevo su puta camiseta. Es lo mínimo después de robarme las bragas, el muy cerdo.

Me puse los vaqueros directamente sobre la piel desnuda, una sensación extraña que no hizo más que incrementar mi mal humor. Me calcé las zapatillas sin calcetines y recogí mi jersey, metiéndomelo bajo el brazo.

Mientras caminaba hacia la puerta con furia, mi mente no dejaba de darle vueltas a lo estúpida que había sido. Había caído. Y lo peor

es que había sido yo quien se había lanzado sobre él. Lo había besado yo primero, joder.

—Eres la reina de las gilipollas, Audra Emrin —me regañé en voz alta—. Premio a la imbécil del año.

Y ahora tendría que verlo en el rellano, en la lavandería, en el ascensor si el maldito trasto funcionaba alguna vez. ¿Cómo iba a mirarlo a la cara sin morirme de vergüenza? O, peor, ¿cómo iba a evitar partirle la cara?

Porque una cosa la tenía clara: eso no iba a quedar así. Nadie, absolutamente nadie, trataba a Audra Emrin como un polvo de una noche y se salía con la suya. Ya se me ocurriría algo.

Agarré el pomo con fuerza y abrí la puerta de un tirón, lista para salir corriendo a mi apartamento.

Y entonces me quedé helada.

Allí estaba Ryker, justo al otro lado, con el pelo húmedo como si acabara de ducharse, cargando una bandeja con dos cafés humeantes y una bolsa grande que olía sospechosamente a bollería recién hecha. Su expresión de sorpresa al verme probablemente reflejaba la mía propia.

—Buenos días, princesita —dijo con una sonrisa tímida—. Te he traído el desayuno.

Me recorrió con la mirada de arriba abajo, deteniéndose en la camiseta que le había robado, en mis vaqueros, en mi expresión, que debía de ser un poema.

—¿Ibas a irte así, toda ofendida?

Me mordí el labio, sintiendo cómo el calor subía por mis mejillas. Quería que la tierra me tragase en ese preciso instante.

—Mierda —mascullé, dando media vuelta y regresando al interior del apartamento.

Dejé caer el jersey en el sofá mientras Ryker entraba tras de mí cerrando la puerta con el pie, ya que tenía las manos ocupadas con nuestro desayuno.

—Lo siento, yo... —empecé, sin saber cómo explicar el desastre de pensamientos que había tenido.

—¿He hecho algo mal? —preguntó, dejando la bandeja y la bolsa sobre la mesita del café.

—Te he estado maldiciendo mentalmente durante los últimos minutos —confesé mientras me pasaba una mano por el pelo enmarañado—. Creía que te habías largado después de... ya sabes.

Ryker soltó una carcajada mientras sacaba el contenido de la bolsa: dos sándwiches envueltos, un trozo de tarta de zanahoria que olía a gloria bendita y lo que parecían berlinas con azúcar, mis preferidas.

—¿Adónde iba a irme? —preguntó divertido—. Es mi apartamento.

—No sé, a trabajar, al gimnasio, ¡a cualquier lado! —exclamé, sintiendo que cada palabra me hundía más en mi propia vergüenza —. Pensé que me habías dejado tirada.

Se detuvo y me miró directamente.

—Te dejé un pijama doblado en la cómoda —explicó con suavidad —. Pensé que quizá querrías ponerte algo cómodo al despertar. Quizá debería haber dejado una nota, lo siento.

—No, yo lo siento —murmuré, sintiéndome cada vez más idiota—. Es que no estoy acostumbrada a... esto.

Se acercó y, para mi sorpresa, depositó un beso tierno en mi frente. Un gesto tan simple, tan casto comparado con lo que habíamos hecho anoche, pero que me hizo derretirme por dentro.

—Ha sido culpa mía —dijo, sus labios aún rozando mi piel—. Debería haber pensado que podrías malinterpretarlo. ¿Qué tal si te

pones el pijama y desayunamos? Creo que he comprado suficiente comida para alimentar a un regimiento.

Asentí, todavía demasiado avergonzada para hablar, y me dirigí hacia la habitación. El pijama seguía allí, perfectamente doblado, esperándome como una prueba silenciosa de que había sacado conclusiones precipitadas. Me quité los vaqueros, aliviada de deshacerme de esa sensación áspera contra mi piel desnuda, y me puse los pantalones de algodón.

—Eres idiota, Audra —me dije a mí misma en el espejo—. ¿Por qué siempre piensas lo peor?

Ya sabía la respuesta, obviamente. Porque cuando esperas lo peor, las decepciones duelen menos. Porque es más fácil construir muros que arriesgarse a que te rompan el corazón. Porque había asumido que todos los hombres eventualmente me decepcionarían. Pero Ryker no era como todos. Había ido a comprar desayuno. Para mí. Para nosotros.

Regresé al salón con el pijama puesto, sintiéndome extrañamente vulnerable a pesar de ir más tapada que antes. Ryker lo había dispuesto todo sobre la mesita del café: los sándwiches, las berlinas, la tarta y nuestros cafés, el suyo negro y el mío... ¿Era eso un café con caramelo?

—¿Es ese mi café favorito? —pregunté señalando el vaso con la tapa marrón.

—Caramelo con extra de nata y canela por encima —confirmó con una sonrisa satisfecha—. Creí que acertaría. ¿Lo he hecho?

Asentí con la cabeza de forma enérgica y me quedé boquiabierta.

—El desayuno está servido, señorita —anunció con una pequeña reverencia exagerada que me arrancó una sonrisa.

Me senté en el sofá, todavía algo cohibida, y cogí el café. El primer sorbo fue una explosión de sabor dulce y reconfortante que

me hizo cerrar los ojos de placer.

—Dios, esto está buenísimo —murmuré—. Justo como me gusta.

—No ha sido difícil —respondió, sentándose a mi lado, a una distancia respetuosa—. Sé lo que te gusta, así que solo es mezclarlo todo en un café.

—No todo el mundo se acordaría de lo que me gusta.

Ryker sonrió, esa sonrisa ladeada que siempre me provocaba un revoloteo en el estómago, y mordió su sándwich. Yo escogí una berlina, pues necesitaba urgentemente una dosis de azúcar para procesar todo lo que estaba pasando.

—Por cierto, ¿dónde está mi ropa interior? —pregunté de repente, recordando mi búsqueda infructuosa—. No la he encontrado por ninguna parte.

Él casi se atraganta con su café.

—Eh, no lo sé —respondió, evitando mi mirada—. Anoche estábamos un poco... emocionados. Podría estar en cualquier parte.

—Genial —gruñí, aunque no estaba realmente molesta.

—Puedo prestarte unos calzoncillos —ofreció con una expresión tan seria que no pude evitar soltar una carcajada.

—¿Calzoncillos? ¿En serio? —Me reí, imaginándome con sus bóxeres, probablemente tres tallas más grandes—. ¿Y qué hago con el sujetador?

Ryker sonrió, pero de repente su sonrisa se desvaneció, dando paso a una expresión que no le había visto antes. Sus ojos se volvieron más intensos, más vulnerables. Se quedó mirando un punto fijo en la mesa durante unos segundos, como si estuviera debatiendo consigo mismo si decir o no lo que estaba pensando.

—¿Ryker? —pregunté desconcertada por su repentino cambio de humor.

Su expresión cambió y se volvió sorprendentemente seria de repente.

—Nunca le he prestado mi ropa a nadie —confesó—. Eres la primera.

Algo en cómo lo dijo, en la vulnerabilidad repentina de su mirada, hizo que sintiera un nudo en la garganta.

—¿De verdad? —pregunté, incapaz de ocultar mi sorpresa.

—De verdad —asintió, dejando su sándwich y girándose para mirarme de frente—. Siempre lo he odiado, ¿sabes? La idea de que alguien usara mis cosas, que invadiera mi espacio. Hasta que llegaste tú.

Mi corazón empezó a latir más rápido. Eso era importante, lo notaba en su tono, en la forma en la que me miraba, como si estuviera a punto de saltar a un precipicio.

—¿Por qué yo? —murmuré, no del todo segura de querer oír la respuesta.

—No lo sé —dijo con honestidad—. Solo sé que verte con mi camiseta, con mi pijama... me hace algo aquí dentro. —Se llevó una mano al pecho—. Algo que no había sentido nunca.

Tragué saliva, sintiendo cómo el mundo a mi alrededor se reducía a ese momento, a ese sofá, a sus ojos fijos en los míos.

—Ryker, yo... —comencé, sin saber realmente qué iba a decir.

—No sé qué somos, Audra. No sé cómo llamar a esto que está pasando entre nosotros. Pero sé que quiero que sea algo. No quiero que sea solo una noche, ¿sabes? Quiero que sean todas las noches.

Un revoloteo nervioso se instaló en mi estómago.

—¿Todas las noches? —repetí, intentando procesar lo que estaba diciendo.

—No me refiero al sexo —se apresuró a aclarar—. Bueno, también, pero no es eso lo que... —Parecía visiblemente frustrado

por no encontrar las palabras—. Me refiero a dormir contigo. A despertar a tu lado. A desayunar juntos. A todo eso.

«A todo eso». Tres palabras simples que de alguna manera contenían un universo de posibilidades y promesas.

Me quedé en silencio, intentando ordenar el torbellino de emociones que me atravesaba. Una parte de mí quería salir corriendo, esconderse bajo las sábanas y no salir nunca. Otra parte, una que llevaba demasiado tiempo callada, quería lanzarse a sus brazos y decirle que sí, a todo, sin importar lo aterrador que fuera.

—No tienes que responder ahora —dijo, rompiendo el silencio que se había instalado entre nosotros—. No te estoy presionando. Solo quería que supieras cómo me siento.

Su honestidad, su vulnerabilidad, me desarmaron por completo. Era tan diferente de todos los juegos, de todas las máscaras a las que estaba acostumbrada. Ryker Lancer, el hombre ordenado y controlado, estaba abriéndome su corazón sin pedir nada a cambio.

—Tengo miedo —confesé finalmente, porque era lo único real que podía ofrecerle en ese momento—. No de ti, sino... de esto. —Hice un gesto vago entre nosotros—. De sentirme así.

Asintió, comprensivo.

—Lo sé —respondió—. Créeme, yo también estoy cagado de miedo. —Soltó una risa nerviosa—. ¿Has visto mi apartamento? Tengo los calcetines ordenados por colores y texturas. No soy exactamente el tipo de persona que se lanza a lo desconocido sin un plan detallado.

Sonreí, sintiendo cómo parte de la tensión se disipaba.

—Dios, eres un friki —bromeé, dándole un pequeño empujón con el hombro.

—Mira quién habla, la que pinta a su gato calvo —respondió siguiéndome el juego.

Nos reímos, y por un momento todo pareció más sencillo, más ligero. Como si pudiéramos hacer eso, fuera lo que fuese, sin que el mundo se acabara.

—No sé qué somos, Ryker —dije encontrando finalmente las palabras—. Pero me gusta desayunar contigo. Me gusta cómo me miras. Me gusta... estar aquí.

Su sonrisa podría haber iluminado una habitación a oscuras.

—Con eso me basta —declaró, acercándose para darme otro de esos besos en la frente que me desarmaban por completo—. Por ahora.

«Por ahora». Dos palabritas que, extrañamente, no me provocaron el pánico que esperaba.

—¿Seguimos desayunando? —dijo, rompiendo el momento intenso con naturalidad.

—Dios, sí —respondí agradecida por el respiro—. Y pásame otra berlina. Si vamos a tener esta conversación tan de adultos, necesito todo el azúcar posible.

Mientras me servía más café, observé su perfil, la línea fuerte de su mandíbula, la curva de sus labios cuando sonreía. ¿Cómo había pasado de ser mi vecino insufrible a ese hombre que me miraba como si fuera lo más precioso del mundo?

No lo sabía. Pero quizá, solo quizá, no necesitaba saberlo todo para disfrutar del viaje.

Y ese pensamiento, más que cualquier otra cosa, me hizo darme cuenta de cuánto había cambiado. De cuánto me había cambiado él.

—Bueno, si vamos a ser sinceros... —dije de repente, dejando la berlina a medio comer sobre la servilleta.

Ryker me miró expectante, con esa forma suya de alzar ligeramente la ceja izquierda cuando algo lo intrigaba.

—Creo que también tengo algo que darte.

—¿A qué te refieres?

Me levanté de un salto, dejando que los pantalones de pijama enormes arrastraran levemente por el suelo.

—Espera aquí. Vuelvo en un minuto.

Cogí mi bolso del perchero y salí dejando la puerta de su apartamento completamente abierta. Llegué a mi puerta y la abrí con mi llave.

—¡Peluso! —llamé, dejando mi puerta abierta también.

Desde el umbral de su apartamento, Ryker se asomó.

—¡Ey, Peluso! —lo llamó con un tono sorprendentemente cariñoso —. Ven aquí, campeón.

Mi gato apareció en el pasillo, mirando alternativamente a Ryker y a mí.

Luego trotó directamente hacia él, colándose entre sus piernas y entrando en su apartamento como si fuera el dueño del lugar.

—Traidor —murmuré negando con la cabeza.

Sin perder más tiempo, fui directa hacia el armario. Al fondo, escondido tras unas mantas viejas, estaba el paquete.

Lo saqué y lo miré, sintiendo una punzada de culpa. Había llegado el momento de enfrentar las consecuencias.

Tomé aire, cerré la puerta de mi apartamento con decisión —no fuera a ser que Peluso cambiara de opinión y volviera— y regresé con el paquete entre las manos. Ryker estaba en el umbral de su puerta, observándome con curiosidad mientras rascaba distraídamente a mi gato detrás de las orejas; este parecía estar en la gloria.

—¿Todo bien? —preguntó, notando mi expresión tensa.

—Eso depende de cuánto te enfades —respondí, mordiéndome el labio.

Su mirada se desvió hacia el paquete en mis manos.

—Vamos dentro, esto parece una reunión familiar.

«Reunión familiar».

Entré al apartamento, y Ryker cerró la puerta tras de mí. Peluso ya había tomado posesión del sofá, amasando con sus patas el cojín más cómodo, como si estuviera en su casa. Coloqué el paquete sobre la mesita del café, frente a Ryker, que se había acomodado también en el sofá. La caja estaba algo aplastada en las esquinas, con la etiqueta de envío parcialmente rasgada, pero el nombre del destinatario seguía perfectamente visible: Ryker Lancer.

—Esto es tuyo —dije cruzándome de brazos—. En realidad, siempre lo fue. Lo siento.

Él miró la caja y luego a mí. Para mi sorpresa, en lugar de enfadarse, una lenta sonrisa fue extendiéndose por su rostro.

—¿Has tenido mi paquete todo este tiempo? —preguntó, sin rastro de disgusto en su voz.

—Sí —admití, encogiéndome ligeramente—. Cuando empezamos con toda esa guerra absurda..., bueno, me pareció una buena idea en ese momento. Una forma de devolverte lo del champú.

Ryker se rio suavemente, negando con la cabeza.

—Eres increíble, princesita.

—¿No estás enfadado?

—¿Después de todo lo que nos ha pasado? —Se encogió de hombros—. Es solo un paquete.

—Bueno, ni siquiera sé lo que hay dentro —confesé—. Nunca lo abrí.

Me miró confundido.

—¿Me estás diciendo que robaste mi paquete, pero tuviste la decencia de no abrirlo?

—¡Oye! Tengo mis principios —protesté—. Una cosa es interceptar tu correo y otra muy distinta es violarlo. Hay límites en la guerra

vecinal.

Ryker soltó una carcajada que resonó por todo el apartamento.

—Ábrelo —pidió, empujando la caja hacia mí.

—¿Qué? No, es tuyo.

—Insisto —dijo con un brillo travieso en los ojos—. Considéralo un gesto simbólico. Después de todo, ya me has abierto otras cosas —añadió, señalándose el pecho con un gesto teatral.

Puse los ojos en blanco ante su cursilería, pero no pude evitar sonreír.

Con cierta vacilación, comencé a abrir la caja. La cinta adhesiva ya estaba medio despegada por el tiempo, así que no fue difícil. Dentro, envueltas cuidadosamente con papel de burbujas, había varias cosas: tres latas de comida húmeda para gato de la marca más cara del mercado, un frasco grande del mismo champú que me había robado en formato muestras, un ratón de juguete con plumas para gatos, una caja de bombones de lujo y un estuche con pinceles profesionales.

Me quedé sin palabras, mirando el contenido sin entender. ¿Por qué Ryker habría pedido todas esas cosas?

—No lo entiendo —murmuré, dejándome caer en el suelo con las piernas cruzadas.

Peluso, intrigado, se acercó y comenzó a olisquear las latas con interés.

Ryker se sentó frente a mí.

—Cuando me mudé —comenzó, escogiendo sus palabras con cuidado—, fui un auténtico capullo contigo. Te traté fatal el día que nos conocimos y, después, lo del champú... me sentí mal por ello.

—¿Qué?

—Todo esto —señaló el contenido del paquete— lo pedí para ti. Para disculparme. La comida para Peluso porque deduje que era

importante para ti por cómo le hablabas. El champú, porque te había robado el tuyo y me sentí culpable. Y los pinceles...

—¿Los pinceles? —lo alenté, sintiendo que mi corazón latía cada vez más rápido.

—Te oí una tarde hablando con Peluso sobre tus dibujos —confesó, mirándome directamente a los ojos—. A través de la pared. Estabas tan emocionada explicándole los detalles, tan... apasionada. Parecías otra persona, ¿sabes? Sin todas esas defensas, sin esa armadura de sarcasmo. Solo tú, siendo tú misma. Y me di cuenta de que quería conocer a esa Audra también. Además, había visto tu caos desde el primer día por encima de tu hombro y pensé que no era mala idea.

Sentí un nudo en la garganta.

—¿Por qué nunca me lo diste?

—Porque nunca llegó. O eso creía. Lo di por perdido. Y para cuando comenzamos a hablar, a conocernos de verdad, me pareció que ya era tarde para explicarte todo esto.

Me quedé en silencio, procesando lo que acababa de oír. Todo ese tiempo pensando que era yo quien espiaba a Ryker, cuando en realidad él también me había estado observando. Había visto partes de mí que creía invisibles para los demás.

—Me ves —murmuré, más para mí misma que para él—. Me ves de verdad.

Ryker se acercó, tomando mi rostro entre sus manos.

—Desde el principio, Audra. No eres transparente. No eres invisible. Te veo. Con todas tus contradicciones, tus miedos, tu valentía, tu talento. Todo. Y me encanta lo que veo.

Peluso, que había estado concentrado en las latas de comida, decidió que era momento de intervenir. Saltó al regazo de Ryker.

—Creo que me está dando su aprobación —dijo, acariciando cautelosamente la cabeza del gato, que comenzó a ronronear como un motor pequeño—. O tal vez está marcando el territorio.

—Peluso nunca se equivoca con las personas. Si te ha elegido, debo de estar haciendo algo bien.

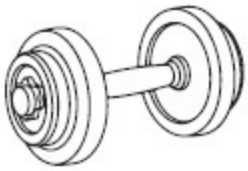
—O nos estamos equivocando los dos a la vez —respondió él, inclinándose para besarme suavemente—. En cuyo caso, será un error maravilloso.

Y, mientras nos besábamos, con Peluso como testigo silencioso de nuestra pequeña revolución personal, supe que estaba en el lugar correcto. Con la persona correcta. Por primera vez en mucho tiempo, el futuro no me daba miedo.

Porque, quizá, algunas cosas estaban destinadas a ocurrir. Incluso si comenzaban con una guerra de ruidos a través de paredes de papel.

34

Manual para presentar a tu novia y a su gato vestido de duende a la familia



Ryker

Caminaba hacia el edificio con la bolsa de comida china en una mano y el móvil en la otra, escuchando a mi padre hablar con ese entusiasmo que solo mostraba cuando hablaba de mi futuro sentimental. O, más específicamente, de su falta de nietos.

—Entonces, ¿quieres presentarnos a alguien? —repitió como si no pudiera creer lo que acababa de oír—. ¿Tú? ¿El que siempre dice que las relaciones son una pérdida de tiempo?

—Yo nunca he dicho eso —protesté, esquivando a una señora con un carrito de la compra.

—Hijo, llevo oyéndote decir eso desde que tenías veinte años —respondió con una risita—. Pero me alegro de que hayas cambiado de opinión. ¿Es tu novia?

Me detuve frente al semáforo, considerando la pregunta. ¿Era Audra mi novia? No habíamos tenido «la conversación» oficial, pero prácticamente vivíamos juntos desde hacía semanas. Bueno, no

juntos-juntos, pero pasábamos cada noche en uno de nuestros apartamentos, y el cepillo de dientes de Audra llevaba tanto tiempo en mi baño que parecía que hubiera nacido allí. No solo eso: su cepillo del pelo, tres tipos distintos de mascarillas capilares, su champú favorito, que yo mismo le había comprado en tamaño familiar, varios conjuntos de ropa y hasta los platos de comida de Peluso y su pienso especial, que ahora compraba yo porque sabía exactamente cuál le gustaba. El estante de mi nevera que antes guardaba proteínas y batidos energéticos ahora estaba ocupado por yogures de fresa y chocolate blanco. ¿Eso nos convertía en novios oficiales? No tenía ni idea.

—Algo así —respondí finalmente mientras el semáforo cambiaba a verde.

—¡Maravilloso! —exclamó mi padre, y casi podía verlo moviéndose por su casa, ese pequeño chalet a las afueras que se había comprado después del divorcio—. ¡Tráela a casa en Navidad! Puede quedarse los dos días. Haré mi famoso asado de cordero.

—Papá, tendría que preguntárselo primero —le recordé, llegando por fin al portal de mi edificio—. No puedo simplemente arrastrarla a una celebración familiar sin consultarle.

—Claro, claro —concedió, aunque su tono indicaba que ya estaba planeando dónde sentarla en la cena—. ¿Y qué le gusta? ¿Qué puedo regalarle?

Sonreí sin poder evitarlo, pensando en Audra y en la manera en la que se sumergía en sus dibujos, completamente ajena al mundo exterior.

—Le gusta pintar —dije pulsando el botón del ascensor—. Es muy buena, de hecho. Tiene un estilo único.

—¡Perfecto! —Mi padre parecía estar tomando notas mentales a toda velocidad—. Le conseguiré algo relacionado con eso. Creo que

conozco una tienda especializada en el centro.

El ascensor llegó con un tintineo, y entré mientras sostenía precariamente la bolsa de comida, que empezaba a dejar manchas de grasa en el papel.

—Te llamo luego —le dije—. Acabo de entrar en el ascensor.

—¡No olvides preguntarle lo de Navidad! —Fue lo último que oí antes de colgar.

Mientras el ascensor subía con su habitual lentitud, miré la bolsa en mis manos. Era del restaurante chino que le gustaba a Audra, el que tenía esos rollitos de primavera que ella juraba que eran «orgásmicos». Llevábamos semanas alternando: un día cocinábamos, otro pedíamos a domicilio. Una rutina cómoda, agradable, que había surgido de forma tan natural que ni siquiera recordaba cómo habíamos empezado.

Cuando llegué a nuestra planta, saqué las llaves. Ahora tenía dos juegos: el mío y el de Audra. Ella me había dado las suyas unos días antes, diciéndome que era «una estupidez estar llamando siempre» cuando podía entrar directamente. Venían con un llavero en forma de gato tricolor que ella me había regalado «para que no las confundas con las tuyas», según me explicó. Un gesto que me había dejado una sonrisa idiota en la cara durante todo el día. Lo más sorprendente era que yo, el que siempre había detestado los llaveros llamativos por considerarlos poco prácticos, ahora acariciaba distraídamente ese pequeño gato de plástico cada vez que abría una puerta.

Abrí la de su apartamento y fui recibido por el sonido inconfundible de Audra regañando a Peluso.

—¡Por el amor de Dios! ¿Era necesario tirar el bote de pintura? ¿Sabes cuánto cuesta esa maldita pintura? ¡Y ahora tienes las patas azules, genio!

—Hola, princesita —saludé, cerrando la puerta con el pie.

Audra se giró, con el ceño fruncido y Peluso en brazos. El gato, efectivamente, tenía las patas delanteras manchadas de azul eléctrico y llevaba puesto un jersey verde con lo que parecían cascabeles cosidos en el borde. Parecía un duende navideño particularmente malhumorado.

—Hola —respondió, soplándose un mechón de pelo que le caía sobre los ojos mientras le limpiaba como podía las patas—. Disculpa el caos, pero alguien —miró al gato— ha decidido que mi estudio necesitaba redecoración.

—Traigo la cena —anuncié, levantando la bolsa como una ofrenda de paz.

—Mi héroe —murmuró dejando a Peluso en el suelo con cuidado —. Voy a lavarme, ahora vuelvo.

Dejé la bolsa en la mesita del comedor y me quité la chaqueta. Peluso se acercó a mí con ese andar elegante que tenía, como si sus patas azules fueran un accesorio de moda y no el resultado de un accidente. Se frotó contra mis piernas, manchándome los pantalones del traje, pero no me importó. Era una especie de ritual entre nosotros: yo llegaba, él marcaba el territorio, y luego ambos esperábamos a que Audra terminara de refunfuñar por lo que fuera que hubiera pasado ese día.

Esas últimas semanas habían sido... diferentes. En el buen sentido. Después de la primera noche, ambos habíamos entrado en una especie de terreno desconocido, tentando los límites, averiguando qué éramos exactamente y cómo funcionaba eso. Había habido roces, por supuesto. Audra era caótica y yo obsesivamente ordenado. Ella dejaba la ropa tirada por todas partes, yo necesitaba tener cada cosa en su sitio. Ella improvisaba, yo planificaba. Pero, de

alguna manera, conseguíamos encontrar un punto medio. Hablábamos, solucionábamos, avanzábamos.

Y la verdad es que las pequeñas discusiones no eran nada en comparación con la felicidad de estar juntos cada día. De verla desayunar en mi cocina con el pelo revuelto, de oírla canturrear en la ducha, de sentir su cuerpo cálido contra el mío por la noche. Era como si hubiera descubierto una nueva forma de existir, más completa, más plena. Y todavía me sorprendía cada mañana al despertar y darme cuenta de que era real.

—¿También te ha dejado su firma? —La voz de Audra me sacó de mis pensamientos. Miré hacia abajo y vi las manchas azules en mis pantalones.

—Parece que sí —respondí, sin poder evitar sonreír—. ¿Deberíamos venderlos como arte contemporáneo?

—Muy gracioso —respondió, acercándose para darme un beso rápido en los labios—. Esos pantalones cuestan más que todo mi guardarropa junto.

—Exagerada —la acusé, atrayéndola hacia mí para un beso más largo y satisfactorio—. Además, el azul le da un toque interesante.

Audra se rio contra mis labios y sentí esa calidez familiar expandiéndose en mi pecho. Era adictivo, ese sonido. Haría cualquier cosa por oírlo más a menudo.

—Voy a por los platos —dije, separándome de ella con cierta reticencia—. ¿Cenamos en la mesa o en el salón?

—En la alfombra —respondió ella, dirigiéndose a la cocina—. Es más cómodo. Y puedo mantener un ojo en el delincuente de patas azules.

Cogí los platos del armario mientras ella abría un cajón y sacaba una botella de vino tinto. Era otro de nuestros pequeños rituales.

—Me voy a cambiar un momento —anuncié, dejando los platos en la mesita del café—. Estos pantalones ya no tienen salvación.

Audra asintió, demasiado ocupada intentando abrir la botella con ese sacacorchos infernal que se negaba a cooperar. Me dirigí a su habitación, donde ya tenía un pequeño espacio en su armario con algunas de mis cosas. Un pijama, un par de camisetas, ropa interior. Un arreglo que extrañamente había surgido sin que lo planeáramos.

Me quité el traje y me puse el pijama. Mientras me cambiaba, mi mente no dejaba de darle vueltas a la conversación con mi padre. No sabía cómo plantearle a Audra lo de Navidad. Era un paso importante, ¿no? Presentarla a mi familia. Hacer oficial lo que fuera que teníamos. Y, aunque estaba seguro de mis sentimientos, sabía que ella aún tenía dudas, miedos que no terminaban de disiparse.

Cuando regresé al salón, Audra ya estaba sentada en la alfombra, sirviendo arroz en los platos y colocando las cajitas de cartón en el centro como si fuera un bufet. Peluso la observaba desde la distancia, vigilante, pero con suficiente sentido común para no acercarse demasiado a la comida.

—Mmm, huele de maravilla —comenté al lado de ella.

Ella sonrió, pasándome uno de los platos, y comenzó a servirse un poco de todo: rollitos de primavera, pollo agridulce, arroz frito. La observé mientras comía, con ese entusiasmo que ponía en las cosas que le gustaban. Tenía una mancha de salsa en la comisura de los labios, y me entraron unas ganas irresistibles de besarla.

—¿Qué? —preguntó, captando mi mirada—. ¿Tengo algo en la cara?

—No, es solo que... —empecé, y de pronto me sentí nervioso, como un adolescente a punto de pedir una cita—. Bueno, estaba pensando en algo.

Ella dejó los palillos sobre el plato, súbitamente alerta.

—¿En qué? —preguntó frunciendo ligeramente el ceño—. ¿Va todo bien?

Vi cómo su mirada cambiaba. ¿Estaba pensando que iba a cortar con ella? Dios, qué absurdo.

—Sí, sí, todo bien —me apresuré a aclarar, inclinándome para darle un beso tranquilizador en los labios—. Es solo que... he hablado con mi padre hoy.

—¿Y? —preguntó, todavía con cierta cautela.

—Y quiere invitarte a pasar la Navidad en su casa —solté de golpe, observando atentamente su reacción—. Los dos días.

Audra abrió mucho los ojos, y durante un segundo pareció que se había quedado sin palabras, algo extremadamente raro en ella.

—Oh —dijo al fin, con una voz tan pequeña que apenas la reconocí.

—Quizá es demasiado pronto —me apresuré a añadir, sintiendo cómo las palabras se me amontonaban—. Quiero decir, no hemos definido qué somos exactamente, y ya tenemos que fingir delante de Ender y Elaila que esto es más casual de lo que es, pero..., no sé, tal vez deberíamos aclarar qué somos, o no, a lo mejor no hace falta, porque lo que importa es cómo nos sentimos y no las etiquetas y, sinceramente, esto se me da fatal y...

—Ryker —me interrumpió, poniendo su mano sobre la mía—. Estás divagando.

—Lo sé —admití, sintiendo cómo me ardían las mejillas—. Perdona.

Audra se mordió el labio pensativa. Esa manía suya de morderse el labio cuando estaba considerando algo importante me volvía loco. La hacía parecer vulnerable y decidida a la vez, una contradicción que resumía perfectamente su personalidad.

—¿Y si sale mal? —preguntó al fin.

—¿El qué? ¿La Navidad con mi padre? —repuse, aunque sabía perfectamente a qué se refería.

—No —contestó con suavidad—. Nosotros. Esto. Lo que sea que tengamos.

La miré, esa chica que había pasado de ser mi vecina más irritante a ser lo más importante de mi vida en cuestión de meses. Cada día descubría algo nuevo que me gustaba de ella: cómo hablaba con Peluso como si fuera una persona, cómo se concentraba tanto en sus dibujos que se olvidaba de comer, cómo dormía con un brazo colgando fuera de la cama.

—No tiene por qué salir mal —dije entrelazando mis dedos con los suyos—. Mira cómo estamos ahora.

—Ahora, sí —asintió—. Pero ¿y si dentro de una semana ya no sientes lo mismo?

—No voy a sentir lo mismo —afirmé con total convicción, y la vi encogerse ligeramente antes de añadir—: No sentiré lo mismo porque tampoco siento lo mismo que hace una semana. Ahora lo siento más, Audra. Cada día un poco más. Y no va a dejar de ser así.

Sus ojos se iluminaron.

—¿Y si dejo de sentirlo yo? —preguntó.

—Entonces te enamoraré otra vez —respondí sin dudarlo—. Y otra, y otra, hasta que no haya dudas.

Una sonrisa tímida se dibujó en sus labios, y sentí que algo dentro de mí se aflojaba. Era esa sonrisa, la que aparecía cuando la pillaba desprevenida con algo bonito, la que me confirmaba que iba por el buen camino.

—Eres un cursi insoportable, ¿lo sabías?

—Con los demás sigo siendo un cabrón intratable, no te preocupes.

Su risa suave llenó el espacio entre nosotros, y me sentí ridículamente orgulloso de haberla provocado.

—No he dicho que sí a lo de Navidad —me recordó.

—Lo sé —asentí—. No tienes que decidirlo ahora. Solo... piénsalo, ¿vale?

—Lo pensaré —prometió, cogiendo su vaso de vino—. Pero tendrás que compensarme si digo que sí.

—¿Con qué? —pregunté intrigado.

—No lo sé —dijo—. Seguro que se te ocurre algo.

La mirada que me lanzó por encima del vaso era una promesa de cosas que me hicieron tragar saliva.

Me reí ante su insinuación, sintiendo un calor agradable extenderse por mi pecho. Audra siempre conseguía ese efecto en mí: una mezcla de deseo y ternura que me dejaba completamente a su merced.

—Tengo un catálogo entero de compensaciones —respondí guiñándole un ojo—. Algunas incluyen chocolate.

—¿Solo chocolate? —preguntó arqueando una ceja—. Qué poco ambicioso, Lancer.

Estaba a punto de mostrarle exactamente cuán ambicioso podía ser cuando su móvil vibró sobre la mesa. Lo miró de reojo y suspiró.

—Es un recordatorio —explicó dejando el vaso—. La casera me ha llamado esta mañana. Quería hablar conmigo, pero me dijo que mejor después de Navidad.

—¿Te comentó para qué?

Audra negó con la cabeza, pasándose una mano por el pelo naranja que caía en ondas suaves alrededor de su rostro.

—No, pero seguro que no es nada bueno —murmuró con resignación—. A lo mejor los vecinos se han quejado de Peluso. O ha

descubierto que tengo un novio no oficial pernoctando regularmente aquí.

La palabra «novio» flotó entre nosotros, y aunque intentó decirla de forma casual, noté el peso que tenía. Era la primera vez que me llamaba así, aunque fuera indirectamente.

—¿Así que ahora soy tu «novio no oficial»? —pregunté sin poder contener una sonrisa.

—No te emociones. Solo estaba buscando una descripción técnicamente correcta.

—¿«Técnicamente correcta»? ¿Qué somos, un manual de instrucciones?

—Si lo fueras, seguro que estarías perfectamente ordenado por secciones, con índice incluido —bromeó al tiempo que me lanzaba un trozo de pan.

Lo atrapé al vuelo y me lo metí en la boca.

—Y tú serías un caos de páginas arrancadas y manchas de café —contraataqué después de tragar—. Imposible de entender para cualquiera que no sea yo.

Su expresión se suavizó ante mis palabras, aunque intentó disimularlo tomando un sorbo de vino.

—Bueno, pensándolo bien —dijo cambiando de tema—, si me voy contigo en Navidad, tendré que dejar a Peluso con alguien.

—¿Elaila?

—Si es Elaila, tendré que explicarle el motivo —continuó, mordiéndose el labio—. Y, por tanto, decir...

—Que estamos saliendo —completé la frase.

Ella asintió, jugueteando nerviosa con el vaso.

—A ver, ya te di el anillo —señalé, intentando aligerar el ambiente.

Audra soltó una carcajada que me calentó el alma.

—¡Era de papel, idiota! Eso no vale.

—Claro que vale —protesté—. La intención es lo que cuenta, ¿no? —Me incliné hacia ella, bajando la voz como si compartiera un secreto—. Además, ambos le prometimos a la dependienta de la heladería que íbamos a hacer un equipo de fútbol.

—¿Qué?

—Ya sabes, hijos. Y, por si no lo sabías, mi padre estará encantado. En estos momentos probablemente ya esté planeando dónde colocar la cuna.

Audra volvió a reírse, esta vez más fuerte, echando la cabeza hacia atrás. La observé, cautivado por la forma en la que la luz jugaba con los ángulos de su rostro, con las pecas que salpicaban su nariz, con la curva de su cuello.

—Eres ridículo —dijo al fin—. Completamente ridículo.

Me acerqué más, invadiendo su espacio personal, le quité el vaso y lo dejé en el suelo.

—Soy *tu* ridículo —murmuré antes de besarla suavemente.

Ella respondió al beso de inmediato. Era increíble cómo, en tan poco tiempo, había aprendido cada recoveco de su boca, cada suspiro, cada pequeño gesto que indicaba que quería más.

Sin romper el beso, la empujé con suavidad hasta que quedó tumbada sobre la alfombra y me coloqué sobre ella, apoyando mi peso en los codos para no aplastarla.

—Mmm, tienes razón —murmuró contra mis labios—. Definitivamente, deberíamos practicar más. En más posiciones. Para el equipo de fútbol, claro.

—Por supuesto —asentí con toda la seriedad que pude reunir—. Es nuestro deber cívico estar preparados.

Me apartó el pelo de la frente con un gesto tan tierno que sentí un nudo en la garganta. Era en esos pequeños momentos, esos gestos

cotidianos de intimidad, donde más me golpeaba lo que sentía por ella.

—Te quiero —solté de repente, sorprendiéndonos a ambos.

Audra contuvo la respiración, sus ojos verdes se abrieron como platos. Las palabras habían salido sin pensarlas, pero en cuanto las pronuncié, supe que eran absolutamente ciertas.

—Eres todo lo que nunca supe que buscaba —continué, incapaz de contenerme—. Y ahora que te he encontrado, no me imagino la vida sin ti.

Sus ojos se humedecieron y, durante un instante, temí haber dicho demasiado. Pero entonces me rodeó el cuello con los brazos y me atrajo hacia sí.

—Te quiero —susurró contra mis labios antes de besarme con una intensidad que me dejó sin aliento—. Y creo que tienes razón. Debería conocer a tu padre.

Me aparté ligeramente para mirarla, asegurándome de que hablaba en serio.

—¿Estás segura?

—Claro que no —respondió con una risa nerviosa—. Pero supongo que ninguna de las mejores cosas de mi vida ha surgido de estar segura de algo. Y tú... —Deslizó un dedo por mi mejilla—. Tú eres definitivamente la mejor.

—Peluso se va a ofender si te oye —bromeé, aunque sentía el corazón a punto de estallar.

—Peluso está demasiado ocupado planeando cómo manchar más patas de azul —respondió, mirando hacia donde el gato nos observaba desde la distancia—. Pero no te preocupes, está acostumbrado a compartir el podio. Mientras seas un claro segundo lugar, no tendremos problemas.

—¿Segundo lugar? —protesté, haciéndole cosquillas en los costados.

Ella se retorció, riendo e intentando apartarse.

—¡Vale, vale! —Se rindió entre carcajadas—. Podéis ser cocampeones. Pero solo porque te quiero.

—Eso está mejor —murmuré, inclinándome para besarla de nuevo.

Y, entre besos, risas y promesas silenciosas, supe que estaba exactamente donde debía estar. Con esta chica caótica y su gato vestido de duende, en un apartamento donde nada estaba en su sitio y, aun así, todo parecía perfectamente correcto.

35

¿Qué color combina con los nervios prenavideños? Todas las tonalidades de pánico



Audra

Hay momentos en la vida en los que te preguntas cómo narices has llegado hasta ahí. Por ejemplo, yo ahora mismo, en el asiento del acompañante de Ryker, con Taylor Swift cantando «All Too Well» a un volumen perfectamente calculado para relajarme sin aturdirme, dirigiéndome a conocer a su padre en plena Navidad. ¿En qué momento de mi vida tomé esta decisión tan adulta? ¿Y por qué no estaba sufriendo un ataque de pánico? Bueno, lo último era mentira. Estaba teniendo uno, pero muy disimulado.

—¿Seguro que estoy bien? —pregunté por decimoquinta vez, tironeando del borde de mi jersey verde como si pudiera hacerlo crecer mágicamente cinco centímetros más.

—Estás perfecta —respondió Ryker sin apartar la vista de la carretera, pero dedicándome esa sonrisa ladeada que todavía me provocaba un cosquilleo en el estómago—. Si sigues

preguntándome, voy a empezar a pensar que estás buscando una excusa para dar media vuelta.

—¿Tan transparente soy?

—Como una ventana recién limpiada —confirmó, extendiendo su mano derecha para entrelazar sus dedos con los míos—. Relájate, princesita. Mi padre te adorará casi tanto como yo.

Bufé al oír el «casi», aunque secretamente estaba encantada. Aún me costaba asimilar que eso fuera real, que Ryker Lancer estuviera enamorado de mí y que yo, la reina de las malas elecciones sentimentales, hubiera tenido por fin un golpe de buena suerte en el ámbito amoroso.

Hacía apenas una semana que habíamos hecho oficial lo nuestro, anunciándoselo a Ender y a Elaila durante una cena en nuestro restaurante americano favorito. La gran revelación había sido bastante anticlimática.

—¿En serio? —había dicho Elaila, con su cara irreal de sorpresa—. No me lo puedo creer. ¿Vosotros? ¿Los que no podíais estar juntos ni en el ascensor?

—Qué sorpresa más inesperada —añadió Ender con tanto dramatismo que casi escupí el vino por la nariz—. Jamás lo habríamos imaginado.

—Vale, ya está bien de teatro —había protestado yo, lanzándoles una mirada asesina—. ¿Desde cuándo lo sabíais?

—Desde la noche del beso en el rellano —admitió Elaila, dando un sorbo inocente a su copa de vino.

Ryker había soltado un gruñido de frustración tan adorable que no pude evitar reírme.

Lo mejor vino después de la cena, cuando mi amiga me arrastró al baño para el inevitable interrogatorio.

—A ver, quiero todos los detalles —exigió cerrando la puerta tras nosotras y cruzándose de brazos—. ¿Cómo es? ¿Cuándo empezó exactamente? ¿Es tan bueno en la cama como parece?

—¡Elaila! —protesté, aunque sabía que era inútil. Mi amiga era como un sabueso: una vez que olía una historia jugosa, no la soltaría hasta exprimir hasta el último detalle.

—No me vengas con remilgos ahora. Llevas semanas desaparecida, apenas contestas a mis mensajes, y cuando lo haces parece que estés respondiendo durante un orgasmo múltiple.

—¡Yo no...! —Me detuve, notando el calor subir por mis mejillas—. Vale, puede que esté un poco distraída últimamente.

—¿Un poco? —Se rio—. La última vez que te pregunté qué tal tu día, me respondiste: «Sí, gracias, genial». Yo no había hecho ninguna pregunta de sí o no, Audra.

El recuerdo me sacó de mis pensamientos. Miré por la ventanilla, observando cómo el paisaje urbano daba paso a zonas más residenciales. Estábamos a las afueras de la ciudad, donde las casas se espaciaban y los jardines se hacían más grandes. La casa del padre de Ryker no debía de estar lejos.

—¿Crees que le caeré bien? —pregunté, volviendo a la fuente principal de mi ansiedad—. A tu padre, digo.

—Mi padre es el hombre más fácil de complacer del mundo —respondió Ryker, dándole un apretón a mi mano—. Le interesa la pintura, adora la comida casera y le encanta hablar del trabajo. Si le mencionas una sola palabra sobre tus dibujos, no te dejará en paz en toda la Navidad.

—Mis dibujos... —murmuré, recordando de pronto la carpeta que había preparado con tanto cuidado. Una selección de mis mejores obras, elegidas con Ryker después de una noche de debate intenso

en la que estuvimos a punto de romper por culpa del boceto de un gato—. ¿La has metido en el maletero?

—Junto con el regalo y la maleta —confirmó—. Todo controlado.

Dejé escapar un suspiro de alivio. Una preocupación menos en mi lista mental de «Mil formas en las que podría arruinar estas Navidades».

La lista más corta habría sido «Formas en las que no podría arruinarlas», y probablemente contendría solo el punto «no aparecer».

Lo bueno es que Peluso estaba a salvo, cómodamente instalado en casa de Ender y Elaila, donde estaba recibiendo tratamiento vip con acceso a sofás prohibidos y golosinas ilimitadas. Despedirme de él había sido un drama digno de Oscar.

—Solo son dos días —le había explicado mientras lo metía en su transportín—. Y volveré antes de que te des cuenta.

Sus ojos me habían mirado con lo que juraría era una mezcla perfecta de desdén y traición. Cuando lo dejé en brazos de Elaila, ataviado con su jersey navideño de renos, sentí como si estuviera abandonando a mi propio hijo en un internado británico.

—No te preocupes —me tranquilizó Elaila—. Te mandaremos fotos cada hora para que veas que está bien.

Y cumplió su palabra. En las últimas tres horas había recibido exactamente tres fotos: Peluso durmiendo en el regazo de Ender, Peluso jugando con un juguete nuevo y Peluso mirando mi retrato enmarcado, como diciendo «te estoy vigilando, traidora».

—¿Otra foto de Peluso? —preguntó Ryker, notando mi sonrisa al mirar el móvil.

—Está en la fase de ignorar estratégicamente mi foto —expliqué mostrándole la imagen—. La etapa de negación. Mañana pasará a la

ira, y cuando volvamos estará en la aceptación y me dará la espalda durante al menos tres horas.

—O te recibirá como si hubieras vuelto de la guerra —replicó negando con la cabeza—. Es el gato más dramático que he conocido nunca.

—Lo dice el hombre que estuvo a punto de desmayarse cuando le manché el sofá con salsa de tomate.

—¡Era un sofá de tres mil dólares!

—Y por eso la gente normal no compra sofás de color claro —respondí sacándole la lengua.

Estábamos a punto de llegar a nuestro destino y sentí cómo se me cerraba la garganta.

La voz suave de Taylor Swift no conseguía calmar ya mis nervios.

Ryker giró en una calle flanqueada por árboles decorados con luces navideñas. Cada casa parecía competir con la siguiente en cuanto a decoración festiva, con renos iluminados, muñecos de nieve hinchables y Santa Claus trepando por las fachadas.

—Es esa de allí —indicó, señalando una casa al final de la calle—. La del porche azul.

Miré hacia donde señalaba y casi dejé escapar un grito ahogado. No era una casa, era una mansión. Bueno, quizá exageraba, pero comparada con mi minúsculo apartamento, aquel chalet de dos plantas con jardín delantero, garaje para dos coches y lo que parecía un cenador en el lateral era prácticamente una mansión.

—No me habías dicho que tu padre vivía en un palacio —murmuré, sintiendo cómo mis nervios se multiplicaban por diez.

—No es un palacio. —Se rio—. Es un chalé normal.

—Para alguien que creció en una casa de muñecas, esto es el palacio de Buckingham —repliqué, clavándome las uñas en las

palmas—. Dios, seguro que tiene cubertería de plata y servilletas de tela.

—Pues sí —admitió desconcertado—. ¿Eso es malo?

—Es intimidante —confesé, mordiéndome el labio—. Yo como con cubiertos de IKEA y servilletas de papel. A veces ni siquiera uso servilleta; me limpio con la manga.

Ryker detuvo el coche frente a la casa y se volvió hacia mí.

—Audra, mírame —exigió con suavidad.

Obedecí y me encontré con sus ojos color avellana, que me transmitían tanta seguridad, tanto cariño, que noté cómo algo dentro de mí se aflojaba.

—Mi padre no va a juzgarte por cómo comes o con qué te limpias —dijo tomando mi rostro entre sus manos—. Te adorará porque yo te adoro. Porque eres divertida, inteligente, talentosa y la persona más auténtica que he conocido nunca. Porque me haces feliz. Y eso es lo único que le importa.

Durante toda mi vida había sentido que tenía que pedir disculpas por ser quien era: demasiado intensa, demasiado caótica, demasiado... yo. Pero ese hombre, que amaba el orden y la previsibilidad, me miraba como si yo fuera perfecta exactamente tal como era.

—¿Sabes lo cursi que suenas ahora mismo? —dije intentando disimular la emoción con humor.

—Por ti me convierto en el rey de los cursis —respondió, acercándose para darme un beso rápido—. Prepárate, porque vas a ver mi versión más empalagosa. No se puede ser hijo de Lyall Lancer sin absorber un poco de su dramatismo romántico.

—Estoy deseando verlo —respondí, sintiendo cómo mi miedo se transformaba.

El timbre sonó, anunciando nuestra presencia como una trompeta de juicio final. Respiré hondo, alisé mi jersey verde una última vez y me preparé para conocer al hombre que había criado al que ahora era, oficialmente, el amor de mi vida.

Porque, sí, Ryker Lancer, mi antiguo enemigo vecinal, era sin duda el amor de mi vida. Y si tenía que enfrentarme a sofás inmaculados, cubiertas de plata y un interrogatorio navideño para demostrarlo, que así fuera.

Aunque todavía no descartaba un ataque de pánico en toda regla después del postre.

Cuando la puerta por fin se abrió, esperaba encontrarme con la versión adulta de Ryker: alguien formal, contenido, quizá un poco intimidante. En su lugar, un hombre alto y robusto con una sonrisa que le ocupaba media cara y un jersey navideño con luces intermitentes me recibió como si llevara años esperando verme.

—¡Tú debes de ser Audra! —exclamó con una voz que retumbó por todo el porche—. ¡Por fin conozco a la chica que ha conquistado a mi hijo!

Antes de que pudiera responder, me vi envuelta en un abrazo de oso que prácticamente me levantó del suelo.

—Soy Lyall, el padre de este desagradecido —se presentó cuando al fin me soltó, señalando con la cabeza a Ryker, que esperaba paciente su turno para entrar—. Pero pasa, pasa, eres más preciosa de lo que me habían contado. ¿Has tenido buen viaje? Hace frío, ¿verdad?

Me empujó con suavidad hacia el interior de la casa, dejando a Ryker literalmente en el umbral con las maletas. Intenté lanzarle una mirada de socorro, pero él tan solo sonrió y se encogió de hombros, como diciendo «te lo advertí».

—Es un placer conocerlo, señor Lancer —conseguí decir cuando recuperé el habla—. Gracias por invitarme.

—¿Señor Lancer? —Soltó una carcajada que resonó por todo el vestíbulo—. Por favor, llámame Lyall. O «papá», si lo prefieres. Estoy seguro de que pronto seremos familia.

Sentí cómo el calor subía por mis mejillas. ¿Acababa de sugerir que...?

—¡Audra! —Una voz familiar me salvó de aquella incómoda situación.

Emma bajó corriendo las escaleras y se abalanzó sobre mí con tanto entusiasmo que casi caímos las dos al suelo.

—¡Has venido! —exclamó, agarrándome de las manos—. No creí que Ryker fuera capaz de convencerte. ¡Vas a alucinar con la cena de Nochebuena! Papá ha estado cocinando desde ayer.

Justo cuando estaba a punto de responder, un ladrido potente y alegre interrumpió la conversación. Un enorme golden retriever de pelaje dorado apareció desde lo que parecía la cocina, dirigiéndose hacia nosotros como un tren de mercancías peludo. Por un segundo temí que me derribara, pero el perro se detuvo justo frente a mí, meneando la cola con tanta fuerza que todo su cuerpo se bamboleaba.

—Y este es Rubio —presentó Lyall con orgullo—. El miembro más inteligente de la familia Lancer, sin duda.

Rubio me miró con esos ojos marrones llenos de bondad que solo los retrievers poseen y soltó un pequeño gemido de súplica. No necesitaba ser una experta en lenguaje canino para entender que pedía caricias.

—Hola, precioso —dije, agachándome para acariciarlo detrás de las orejas.

El perro cerró los ojos en éxtasis, apoyándose contra mi pierna con total confianza. Pensé en lo diferente que era de Peluso, que jamás se entregaría tan fácilmente a un extraño. Mi gato necesitaba semanas de cortejo antes de permitir una sola caricia.

—Has hecho un amigo para toda la vida —comentó Ryker, que finalmente había conseguido entrar con el equipaje—. Rubio es muy selectivo con sus afectos.

—Siempre he sido buena con los animales —respondí, encantada con la idea de haber sido aceptada tan rápidamente por al menos un miembro de la familia.

—Y con los hombres de esta casa, por lo que veo —añadió Lyall con un guiño—. Mi hijo tiene un gusto excelente, debo decir. Eres exactamente como te imaginaba: preciosa, amable, y con ese brillo en los ojos que indica inteligencia.

—Papá... —advirtió Ryker.

—¿Qué? Solo le estoy dando la bienvenida a tu novia —se defendió Lyall—. No todos los días tenemos la suerte de conocer a la mujer que ha logrado lo imposible: que mi hijo admita que el amor existe y no es solo una invención de las películas.

Esta vez Ryker puso los ojos en blanco, pero pude ver que, en el fondo, estaba disfrutando de la situación.

—Ignora a mi padre —dijo, pasándome un brazo por la cintura—. Está emocionado porque es la primera vez que traigo a alguien a casa.

—¿La primera? —pregunté, incapaz de ocultar mi sorpresa.

—La única y la primera —confirmó Lyall, con una expresión tan tierna que casi me derritió—. Lo que significa que eres extremadamente especial, querida. Mi hijo es muchas cosas, pero impulsivo no es una de ellas. Si te ha traído aquí es porque está seguro.

La idea de ser la «única» a quien Ryker había presentado oficialmente a su familia era tan abrumadora como emocionante.

—Bueno, yo tampoco suelo conocer a los padres de mis... —Me detuve, sin saber cómo definir a Ryker. ¿Novio? Sonaba tan adolescente. ¿Pareja? Demasiado formal.

—De tus novios —completó Emma—. Podéis usar esa palabra, ¿sabéis? No va a invocar ninguna maldición.

—Gracias por la aclaración, enana —respondió Ryker—. Ahora, ¿podemos pasar de la entrada? Llevamos aquí diez minutos y Audra aún no ha visto la casa.

—¡Por supuesto! —exclamó Lyall, como si acabara de darse cuenta —. ¿Dónde están mis modales? Pasad, pasad. Emma, ¿por qué no le enseñas a Audra dónde van a dormir mientras yo pongo al día a tu hermano?

Algo en cómo dijo eso último me hizo sospechar que Ryker estaba a punto de enfrentarse a un interrogatorio en toda regla.

—Vamos —dijo ella, tomándome de la mano—. Te va a encantar la habitación. La he decorado yo misma.

Mientras seguía a Emma escaleras arriba, con Rubio pisándome los talones como si temiera que me perdiera, eché un último vistazo hacia atrás. Ryker me guiñó un ojo, tranquilizador, antes de que su padre lo arrastrara hacia lo que parecía el estudio.

Contra todo pronóstico, me sentía sorprendentemente cómoda. Puede que la casa fuera impresionante, con su decoración elegante y sus muebles caros, pero la calidez de la familia Lancer era aún más impactante. No era en absoluto lo que esperaba del entorno que había criado a alguien tan metódico y reservado como Ryker.

Quizá, después de todo, esas Navidades no iban a ser un desastre.

Y, si no, siempre podía esconderme con Rubio bajo la mesa durante la cena. El perro ya parecía más que dispuesto a ser mi cómplice.

Emma me guio por un pasillo con fotografías familiares enmarcadas donde pude ver a un Ryker adolescente con *brakets* y ese pelo que siempre intentaba mantener perfecto.

Iba a memorizar cada detalle para usarlo como munición en nuestras futuras discusiones.

—Esta es vuestra habitación —anunció Emma, abriendo una puerta blanca al final del pasillo. Rubio nos seguía fielmente, como si hubiera sido asignado como mi guardaespaldas personal.

La estancia era amplia y luminosa, con una enorme cama de matrimonio que parecía más cómoda que todo mi apartamento junto. Las paredes estaban pintadas en un tono suave de azul, y había un pequeño escritorio junto a la ventana que daba al jardín trasero.

Sobre la cama, varios cojines decorativos formaban una pequeña montaña, y en la mesilla de noche, un jarrón con flores frescas añadía un toque acogedor.

—¿Te gusta? —preguntó Emma, observando mi reacción—. He puesto flores porque Ryker me dijo que te gustaban, pero solo los tulipanes. Y cambié los cojines. Antes eran todos azules, superaburridos.

Me acerqué a la pared donde habían colgado unas láminas que parecían acuarelas de paisajes marinos, trazando los contornos con la punta de los dedos.

—Es perfecta, Emma. Gracias.

Desde abajo, nos llegaron las risas de Ryker y su padre.

—Nunca lo había visto así —comentó ella, siguiendo la dirección de mis pensamientos—. Tan... feliz, ¿sabes? Y creo que es gracias a

ti.

—¿A mí? —La idea me pilló desprevenida.

—Sí, a ti —insistió, como si fuera obvio—. Antes era como un robot, todo programado y aburrido. Solo hablaba de trabajo, inversiones y ese tipo de cosas de adulto. Ahora habla de tus dibujos, de Peluso, de lo que habéis hecho el fin de semana... —Se detuvo y arrugó la nariz—. Aunque hay detalles que preferiría no conocer, la verdad.

No pude evitar reírme.

—Todos tenemos nuestros secretos —le dije guiñándole un ojo—. Incluso los robots programados.

La puerta se abrió y apareció Ryker, con las mejillas ligeramente sonrojadas, probablemente por la conversación con su padre.

—Emma, papá te está llamando —anunció—. Algo sobre probar el relleno del pavo.

—¡Voy! —exclamó la chica, poniéndose en marcha—. No os hagáis nada raro mientras no estoy —advirtió señalándonos con el dedo antes de salir corriendo por la puerta.

Rubio dudó un momento, mirándonos a ambos como decidiendo con quién quedarse, pero finalmente optó por seguir a Emma, no sin antes frotar su cabeza contra mi pierna como despedida.

En cuanto nos quedamos solos, Ryker cerró la puerta y se apoyó contra ella, dejando escapar un suspiro exagerado.

—¿Y bien? —preguntó con una sonrisa nerviosa—. No ha estado tan mal, ¿verdad?

Me senté en la cama, dejando que mis dedos acariciaran la suave colcha.

—Tu padre es encantador —respondí con sinceridad—. No se parece en nada a ti.

—¿Perdona? —dijo acercándose hasta sentarse a mi lado—. ¿Estás insinuando que no soy encantador?

—Eres muchas cosas, Lancer —respondí, dándole un pequeño empujón con el hombro—. Pero «encantador» no sería la primera palabra que usaría para describir al tipo que me gritaba a través de la pared por cantar en la ducha.

—No te gritaba por cantar —se defendió—. Te gritaba por cantar TAN MAL.

Le di un manotazo en el brazo, pero él lo interceptó y entrelazó sus dedos con los míos, atrayéndome más cerca.

—En mi defensa, ahora encuentro tus desafinaciones extrañamente entrañables —añadió con esa sonrisa torcida que me desarmaba por completo—. Como todo lo demás en ti.

—¿Todo? —pregunté arqueando una ceja—. ¿Incluso cuando dejo la tapa del dentífrico abierta?

—Bueno, eso sigue siendo un crimen contra la humanidad. Pero estoy dispuesto a vivir con ello. Ya sabes, por amor y esas cosas.

—Qué romántico —me burlé, aunque mi corazón se aceleró al oír la palabra «amor»—. Un verdadero poeta.

—Aprendí del maestro —dijo señalando hacia el piso de abajo, donde estaba su padre.

—Ahora entiendo de dónde viene tu lado secretamente sensible.

—No tengo un lado secretamente sensible —protestó.

—Claro que sí —insistí—. Lo descubrí la noche que lloraste viendo *Del revés*.

—¡Era alergia!

—Por supuesto —asentí—. Una alergia que casualmente apareció justo cuando Tristeza y Alegría volvieron juntas a la central.

Ryker me empujó suavemente hasta tumbarme en la cama y se inclinó sobre mí, su rostro a centímetros del mío.

—Te voy a hacer pagar por esa difamación —amenazó.

—Ah, ¿sí? —lo desafié—. ¿Y cómo piensas hacerlo, don Organizadito?

—Tengo mis métodos —murmuró, acercándose para besarme.

Justo antes de que nuestros labios se tocaran, oímos la voz de Lyall desde el piso de abajo:

—¡A comer! ¡Y dejad lo que estéis haciendo para después, que la comida se enfría!

Nos separamos de golpe y no pudimos evitar estallar en carcajadas. Ryker dejó caer su frente contra la mía, suspirando con resignación.

—Te lo advertí —dijo—. Mi padre no tiene filtro. Y probablemente ahora esté abajo diciéndole a Emma que estamos «consolidando nuestra relación» o alguna frase igual de horrible.

—Me gusta —confesé—. Es refrescante después de toda una vida con adultos que nunca dicen lo que piensan.

—Pues aprovecha, porque en estos dos días tendrás más sinceridad de la que puedas manejar —me advirtió, levantándose y ofreciéndome su mano para ayudarme—. ¿Lista para el primer *round*?

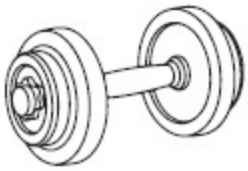
Tomé su mano y me puse de pie, sintiendo una confianza que no esperaba. Quizá era el ambiente acogedor, quizá la calidez de Lyall y Emma, o quizá simplemente la certeza de que, pasara lo que pasase, Ryker estaría a mi lado.

—Lista —respondí apretando su mano—. Aunque creo que es tu padre quien no está preparado para mí.

—De eso no tengo ninguna duda. —Sonrió, besándome rápidamente antes de conducirme hacia la puerta—. Tienes ese efecto en la gente. Apareces y cambias todo su mundo. El mío, desde luego, nunca ha vuelto a ser el mismo.

36

Planes de futuro entre turrón y vino



Ryker

Mi padre había superado sus propios estándares con la cena de Nochebuena. La mesa estaba perfectamente dispuesta, con la vajilla de porcelana que solo sacaba en ocasiones especiales, las copas de cristal que habían pertenecido a mi abuela y las servilletas de tela perfectamente dobladas en forma de árbol de Navidad, obra de Emma, sin duda. En el centro, un pavo asado descansaba gloriosamente rodeado de patatas, verduras asadas y otros acompañamientos que conformaban un auténtico festín.

—Dime sinceramente, Audra, ¿cómo está el pavo? —preguntó mi padre observándola con fijeza, como si de su respuesta dependiera la paz mundial—. Es una receta nueva. He sustituido la mantequilla por aceite de oliva y le he añadido romero fresco.

Audra, que acababa de llevarse un trozo a la boca, masticó con deliberada lentitud mientras todos la observábamos. Mi padre contenía la respiración, Emma sonreía y yo simplemente disfrutaba viéndola. A lo largo del día, su nerviosismo inicial se había

transformado en una confianza tranquila. Se había ganado a mi familia en tiempo récord, especialmente a Rubio, que ahora descansaba bajo la mesa con su cabeza apoyada en el pie de Audra.

—Es, sin duda, el mejor pavo que he probado en mi vida —dictaminó al fin, y no había forma de dudar de su sinceridad.

Mi padre prácticamente se hinchó de orgullo y de inmediato le sirvió otra porción como recompensa por su buen gusto.

—Ya te dije que la experiencia sería mejor que comprar uno precocinado —me dijo, recordándome nuestra discusión del año anterior, cuando había sugerido que podríamos ahorrarnos horas de cocina comprando la cena hecha.

—Y, como siempre, tenías razón —admití, alzando mi copa en un brindis.

La conversación fluía naturalmente mientras cenábamos. Emma contaba anécdotas del instituto, mi padre compartía historias de sus pacientes y yo me sorprendía a mí mismo relajándome por completo.

—Audra —dijo mi padre durante una pausa natural en la conversación—, Ryker me ha contado que eres una artista excepcional. ¿Seguiste alguna clase de formación o eres autodidacta?

—Un poco de ambas —respondió ella, limpiándose la comisura de los labios con la servilleta—. Estudié Bellas Artes, pero lo que realmente me enseñó a dibujar fue observar a mi padre.

Mi padre asintió con interés.

—¿También era artista?

—No profesionalmente —explicó, y noté un ligero cambio en su tono, ese que aparecía siempre que hablaba de su padre—. Era arquitecto, pero dibujaba constantemente. Tenía cuadernos llenos de

bocetos: edificios, personas, paisajes... A veces pasábamos horas juntos dibujando en silencio, cada uno en su cuaderno.

La expresión de mi padre se suavizó, reconociendo el peso emocional detrás de sus palabras.

—Debió de ser un hombre especial —comentó con suavidad.

—Lo era —confirmó Audra con una pequeña sonrisa—. Falleció cuando yo tenía diecisiete, pero sigo dibujando como si estuviera a mi lado, evaluando cada trazo.

La mesa quedó en silencio por un momento, no incómodo, sino respetuoso. Había aprendido que mi padre, a pesar de su exuberancia habitual, sabía cuándo dar espacio a las emociones de los demás.

—He visto sus obras recientes —intervine, queriendo aligerar el ambiente—. Son realmente impresionantes. Tiene un estilo único.

—¿Nos las enseñarás después de cenar? —preguntó Emma entusiasmada—. Ryker ha dicho que habías traído algunas.

Audra me miró y yo me encogí de hombros.

—Puede que haya mencionado tu talento una vez o dos —admití, aunque en realidad no había parado de hablar sobre sus dibujos en mis últimas conversaciones con mi familia.

Mi teléfono vibró en mi bolsillo, interrumpiendo el momento. Normalmente, no lo habría sacado durante la cena, pero llevábamos todo el día desconectados y podría ser una emergencia.

—Disculpad —murmuré, comprobando la pantalla.

Esperaba ver el nombre de Ender o quizá algún correo del trabajo, pero, en su lugar, un mensaje de Sonia, la agente inmobiliaria, iluminó la pantalla:

> La casa de Tyrisu está disponible. Los anteriores compradores se han retirado. Si sigues

interesado, podríamos cerrarla con las mismas condiciones que discutimos. Feliz Navidad.

Se trataba de otra propiedad que había visitado solo. Una que me había gustado especialmente por su ubicación y su distribución. La que estaba para reformar por completo.

—Es Sonia, la de la inmobiliaria —comenté sin pensar—. Dice que la casa que me gustó ha quedado libre.

Guardé el teléfono aprisa, arrepintiéndome de haber mencionado el mensaje.

—¿Estás pensando en mudarte? —preguntó mi padre con curiosidad.

—Solo estaba mirando opciones —respondí, intentando restar importancia—. Mi apartamento actual es bastante pequeño.

—¿Cuánto pagas ahora por ese sitio? —continuó él, siempre práctico cuando se trataba de finanzas.

—Ochocientos cincuenta al mes —respondí, dando un sorbo a mi vino.

Audra casi se atragantó con su bebida, tosiendo violentamente. Le di unas palmaditas en la espalda, preocupado.

—¿Estás bien? —pregunté cuando por fin recuperó el aliento.

—¡¿Ochocientos cincuenta?! —exclamó—. ¿Por un apartamento idéntico al mío?

—Sí, ¿por qué? —respondí, confundido por su reacción.

—Yo pago exactamente la mitad —declaró con los ojos como platos—. Cuatrocientos veinticinco, y el apartamento es prácticamente el mismo.

Ahora fue mi turno de sorprenderme. Siempre había asumido que los precios serían similares en todo el edificio.

—Eso es imposible —protesté—. Debe de haber alguna diferencia. Quizá el mío tiene mejores acabados o...

—Ryker, nuestros apartamentos son idénticos —insistió Audra—. Misma distribución, mismo tamaño, mismas goteras en el techo del baño. Estoy segura de que no hay bañera de oro en tu piso que justifique esa diferencia.

Emma soltó una risita ante el comentario, y mi padre parecía absolutamente fascinado con la conversación.

—Seguramente por eso la casera quiere hablar conmigo después de Navidad —reflexionó Audra, frunciendo el ceño.

—Si te suben el precio, siempre puedes mudarte —sugirió papá, con un brillo en la mirada que conocía demasiado bien—. Ya sabes, con alguien que tenga espacio de sobra.

Audra captó la insinuación y sus mejillas se tiñeron de un rosa encantador.

Miré a mi padre con los ojos muy abiertos. Apenas llevábamos unas horas en casa y ya estaba prácticamente organizándonos la vida.

—Papá, por favor —lo reprendí en voz baja—. Estás yendo demasiado rápido.

—¿Qué? —se defendió—. Solo expongo ideas lógicas. Si ya estáis casi viviendo juntos, pared con pared, ¿cuál es la diferencia? Una casa más grande, mejor, con jardín para los futuros nietos...

Emma soltó una carcajada ante mi expresión horrorizada. Para mi sorpresa, Audra también se rio, sin parecer incómoda en absoluto. Al contrario, parecía estar disfrutando de mi sufrimiento.

—Hace poco más de dos meses que estamos juntos, papá —señalé, aunque en mi cabeza la idea no sonaba tan descabellada como quería aparentar.

La verdad es que lo había pensado. Quizá era demasiado pronto, pero ¿qué más daba? Tarde o temprano iba a pasar, lo sabía con una certeza que nunca había experimentado. La idea de mudarme a una

casa nueva y estar lejos de Audra, aunque solo fueran unos kilómetros, me provocaba un vacío en el estómago que no podía ignorar.

Mi padre, ajeno a mi debate interno, seguía con la mirada fija en ella.

—En mis tiempos, eso era una eternidad —dijo guiñándole un ojo —. Además, estoy convencido de que mis nietos serán adorables. Con tu pelo y los ojos de Ryker... ¡Imagínatelos!

—Serían unos artistas preciosos —respondió ella, siguiéndole el juego con una naturalidad que me dejó boquiabierto—. Aunque espero que hereden mi sentido del humor y no el de su padre.

—¡Oye! —protesté, pero nadie me prestó atención.

Rubio, que había permanecido bajo la mesa durante toda la conversación, eligió ese momento para poner su barbilla sobre mi pierna.

—Al menos uno está de mi lado —murmuré, rascándole detrás de las orejas.

Mi padre fijó su atención nuevamente en Audra, cambiando ligeramente el tono.

—Ryker me ha contado que te gustaría seguir estudiando y llegar a ser profesora —dijo—. Una vocación admirable.

Audra asintió.

—Sí, es lo que siempre he querido —confirmó—. Pero si ahora me suben el alquiler, sería imposible. Gano lo justo para cubrir el alquiler y las facturas. Añadir las tasas de matrícula sería demasiado.

Mi padre me miró con esa expresión que solía reservar para cuando consideraba que no estaba viendo lo obvio.

—Bueno, hay una solución sencilla para eso —declaró, como si fuera evidente—. Podrías trabajar solo media jornada y sacarte los estudios mientras Ryker se hace cargo de los gastos principales.

—Papá... —advertí, notando cómo Audra se tensaba ligeramente.

No era el tema del dinero lo que me preocupaba. La idea de apoyarla económicamente para que pudiera estudiar me parecía lo más natural del mundo. Lo que me inquietaba era presionarla demasiado, hacerla sentir atrapada o en deuda conmigo. Conocía sus muros, las cicatrices que había dejado su ex, el miedo a perder su independencia.

—¿Qué? Sería temporal —insistió mi padre, mirando alternativamente a Audra y a mí—. Es lo más lógico. Ryker gana más que suficiente, y tú podrías cumplir tu sueño. Es un intercambio justo.

Para mi sorpresa, Audra se rio de nuevo, pero no parecía estar rechazando la idea.

—Ahora entiendo de dónde ha sacado Ryker esa tendencia a planificar toda su vida con cinco años de antelación.

—Créeme, antes era mucho peor —respondió Emma con complicidad.

—No me sorprende en absoluto —contestó Audra.

Las dos rompieron a reír como si acabaran de compartir el chiste del siglo. Mi padre las observaba con aprobación, como un artista admirando su obra. Yo, por mi parte, me sentía atrapado en una extraña dimensión donde todos parecían estar planeando mi futuro sin consultarme.

Aunque, para ser sincero, no me importaba en absoluto. La imagen de Audra estudiando en nuestro salón mientras yo preparaba la cena, de levantarnos juntos cada mañana sin tener que cruzar un pasillo, de construir una vida juntos..., todo eso parecía correcto. Como si fuera exactamente lo que estaba destinado a suceder.

Pero aún era pronto, ¿verdad?

Entonces, como si hubiera leído mis pensamientos, Audra me miró directamente a los ojos por encima de su copa de vino. No había dudas en su mirada, ni miedo, solo una tranquila certeza que resonó con la mía propia.

Y supe, en ese preciso instante, que ambos estábamos pensando exactamente lo mismo: tal vez no fuera demasiado pronto después de todo.

Terminamos la cena con un postre que mi padre había anunciado como «el mejor turrón casero del mundo». Para ser justos, estaba delicioso, aunque la combinación de turrón, vino y conversación sobre hipotecas compartidas había creado un ambiente extrañamente íntimo.

Tras ayudar a recoger y soportar varias indirectas más de mi padre sobre «la próxima Navidad, cuando quizá ya seamos más en la mesa», por fin subimos a la habitación. La rutina nocturna con Audra se había vuelto tan natural que ni siquiera necesitábamos hablar para coordinarnos en el baño. Ella se lavaba los dientes mientras yo me ponía el pijama, luego intercambiábamos posiciones y finalmente acabábamos los dos en la cama, listos para ese momento de paz antes de dormir.

Cuando entré en la habitación después de haberme lavado la cara, ella ya estaba en la cama, con su pijama de franela de cuadros, tecleando furiosamente en su móvil. Por su sonrisa, supe de inmediato que estaba hablando con Elaila.

—¿Buenas noticias de Peluso? —pregunté, sentándome en mi lado de la cama.

—Aparentemente ha descubierto que, si se sienta sobre el mando a distancia, puede cambiar el canal —respondió sin levantar la vista del móvil—. Elaila dice que ha pasado la última hora viendo

documentales de National Geographic. Creo que está planeando su fuga a la selva.

Sonreí mientras sacaba mi propio teléfono. El mensaje de Sonia seguía ahí, esperando respuesta. Después de meditarlo un momento, le escribí:

> Gracias por avisarme. ¿Sería posible verla mañana por la tarde? Estaríamos interesados en cerrar pronto si las condiciones son las que discutimos.

No esperaba una respuesta inmediata en Nochebuena, pero apenas unos segundos después, mi móvil vibró:

> Por supuesto, Ryker. Podemos quedar a las 16.00 h. Feliz Navidad para ti y los tuyos.

Dejé el teléfono en la mesilla de noche y me tumbé al lado de Audra, que ya había terminado su conversación y dejaba su móvil junto al mío. Con la naturalidad que solo da la costumbre, se acurrucó contra mí, apoyando la cabeza en mi pecho, y le di un beso en la frente.

Nos quedamos así un momento, en silencio, escuchando los sonidos de la casa.

—Sé sincera —dije al fin, acariciándole el pelo—. ¿Te ha molestado lo que ha dicho mi padre en la cena?

Ella suspiró contra mi pecho y sentí cómo su cuerpo se tensaba ligeramente.

—No lo sé —respondió con honestidad—. Es complicado. No quiero depender de ti, Ryker. No quiero convertirme en eso.

No necesitaba que especificara a qué se refería con «eso». Conocía suficiente de su historia para entender sus miedos.

—Solo quiero ayudarte a que vueles —le dije, apartándole un mechón de pelo de la cara con suavidad—. Solo quiero que seas feliz y cumplas tus sueños. Nada más.

Ella levantó la mirada.

—Nunca creí que podría cumplir mis sueños —confesó en voz baja —. Siempre pensé que tendría que conformarme con sobrevivir, con ir tirando.

—Estando conmigo —dije mientras sostenía su rostro entre mis manos—, te aseguro que haré todo lo posible para que cumplas todo lo que desees. Todo.

Nos miramos en silencio, y en sus ojos vi un millón de emociones pasando como nubes en un cielo tormentoso: miedo, esperanza, duda, deseo...

La besé con suavidad, intentando transmitirle con ese gesto todo lo que a veces las palabras no podían expresar.

—Te quiero —murmuré contra sus labios—. Te quiero como nunca he querido a nadie.

Y en ese momento, en esa habitación donde había dormido tantas noches solo, supe que había encontrado mi hogar. No en las paredes ni en los muebles, sino en ella. En Audra. En nosotros.

37

Cómo fingir que no rompo a llorar frente a un árbol de Navidad



Audra

Mientras miraba el árbol de Navidad, me sentía como una infiltrada en una escena de película navideña perfecta. Todo estaba ahí: las luces parpadeantes, el olor a chocolate caliente, los villancicos sonando de fondo y, por supuesto, la familia feliz intercambiando regalos. Excepto que yo no pertenecía a esa postal..., o al menos eso creía, hasta que Lyall me miró y me guiñó un ojo como si fuera parte de la familia desde siempre.

—¡El siguiente es para Emma! —anunció con entusiasmo, grabándolo todo con su móvil—. De parte de Ryker y de Audra.

«Espera. ¿Qué?».

Miré a Ryker con pánico. No recordaba haber comprado nada para Emma. De hecho, estaba bastante segura de que no lo había hecho, principalmente porque mi cuenta bancaria apenas me permitía regalos para Peluso.

Emma rasgó el papel con violencia. Y, efectivamente, sus ojos se iluminaron más que el árbol cuando sacó una caja con el logo de una manzana mordida.

—¡UN IPHONE NUEVO! —chilló, saltando del suelo como si tuviera un muelle bajo los pies—. ¡OH, DIOS MÍO! ¡GRACIAS, GRACIAS, GRACIAS!

Se abalanzó primero sobre Ryker, casi estrangulándolo con un abrazo que habría tumbado a cualquiera menos corpulento. Luego, para mi sorpresa, hizo lo mismo conmigo, dejándome sin respiración por unos segundos.

—Gracias, Audra —me dijo al oído—. Es exactamente el que quería.

Cuando me soltó, miré a Ryker con una ceja levantada y expresión de «vamos a hablar de esto luego». Él se limitó a encogerse de hombros con una sonrisa culpable que, maldita sea, lo hacía parecer aún más guapo.

—El siguiente es para Audra —dijo Lyall, señalando un paquete enorme apoyado contra la pared, más grande que yo misma, y otros dos más pequeños—. ¡Estos son de mi parte!

—No teníais que regalarme nada —murmuré.

Me sentía fatal por estar recibiendo tantos porque los que yo había llevado eran ridículamente modestos en comparación. Unos dibujos enmarcados.

—Tonterías —respondió Lyall con un gesto despreocupado—. ¡Venga, ábrelos!

Con las manos ligeramente temblorosas, me acerqué al paquete grande. El papel de regalo estaba perfectamente colocado, con pliegues tan precisos que parecían obra de un robot, probablemente lo había envuelto Ryker. Al rasgarlo, se reveló un caballete profesional de madera de roble, de esos que había visto en

catálogos y en escaparates de tiendas donde ni siquiera me atrevía a entrar por miedo a que me echaran por «parecer pobre».

—Esto es... —Me quedé sin palabras, pasando mis dedos por la madera pulida—. Es demasiado.

—¡Y aún te quedan dos más! —exclamó Emma, emocionada como si fueran regalos para ella.

Los otros dos paquetes resultaron ser un set completo de pinturas al óleo de la mejor marca —esas que siempre miraba en internet con anhelo, pero nunca compraba porque «tengo que pagar el alquiler»— y un estuche de pinceles profesionales que probablemente costaba más que todo mi armario junto.

—Ryker me dijo que estabas intentando perfeccionar tu técnica al óleo —explicó Lyall con una sonrisa cálida—. Y cada artista merece tener buenas herramientas.

Sentí un nudo en la garganta. No solo por los regalos, que eran increíbles, sino por el hecho de que Ryker hubiera hablado de mí, de mis sueños, de mis aficiones, con su padre. De que me hubiera prestado suficiente atención para saber exactamente qué tipo de materiales anhelaba.

—Yo no... —Tragué saliva, intentando no romper a llorar como una idiota—. No sé qué decir.

—«Gracias» suele funcionar —bromeó Ryker, pasándome un brazo por los hombros y atrayéndome hacia él.

—Gracias —dije, mirando a Lyall a los ojos para que viera lo mucho que significaba para mí—. Es el mejor regalo que me han hecho nunca.

—Oh, pero aún falta el de Ryker —señaló Emma, mirando debajo del árbol como si esperara que apareciera por arte de magia—. ¿Dónde está?

Él se removió un poco incómodo.

—Se ha retrasado con las fiestas —explicó, y por un momento me pareció ver un destello de nerviosismo en sus ojos, algo raro en él—. Llegará pronto.

—No pasa nada —me apresuré a decir—. Ya has hecho suficiente con... con todo.

De hecho, me sentía terriblemente culpable. No solo por el iPhone que aparentemente había regalado sin saberlo, sino porque todos los míos no estaban a la altura. «Genial, Audra, muy generoso por tu parte».

—Lo digo en serio —añadí, mirando a toda la familia—. Me siento fatal por no haber traído nada adecuado para vosotros.

—¡Tonterías! —protestó Lyall—. Nos has traído algo mucho mejor que cualquier regalo material.

—¿El qué? —pregunté, genuinamente confundida.

—Has hecho feliz a mi hijo. Y eso, querida, no tiene precio.

Y ahí estaba otra vez, ese nudo en la garganta que amenazaba con transformarse en un sollozo vergonzoso frente al árbol de Navidad. Porque tenía razón: yo hacía feliz a Ryker. Lo veía en sus ojos cada mañana, en la forma en la que me miraba cuando creía que no me daba cuenta, en cómo su rostro se iluminaba cuando yo entraba en la habitación. Y lo más asombroso era que él también me hacía inmensamente feliz a mí.

—Además —intervino Emma, sacándome de mi momento emotivo —, tus dibujos son increíbles. El que me has regalado a mí va directo encima de mi cama, para poder presumir de tener una obra de Audra Emrin antes de que te hagas famosa.

Solté una carcajada, agradecida por la interrupción.

—Vale, ahora me toca abrir mis regalos —dijo Ryker, actuando como si estuviera impaciente, aunque sospechaba que lo hacía para desviar la atención de mi momento vulnerable.

Mientras él abría sus regalos —un reloj de parte de su padre y una corbata de Emma—, yo me quedé mirando mi caballete y mis pinturas, todavía sin poder creer que fueran míos. Eran el tipo de regalo que demostraba que alguien te conocía de verdad, que entendía tus pasiones, tus sueños.

Emma empezó a juguetear con su nuevo iPhone, descargando aplicaciones a la velocidad del rayo, mientras Lyall recogía los papeles de regalo esparcidos como confeti por toda la alfombra.

—¿Qué planes tenéis para esta tarde? —preguntó, dirigiéndose más a mí que a Ryker—. Podríamos sacar los juegos de mesa. Emma y yo tenemos una tradición navideña con el *Monopoly*, aunque siempre acaba igual: ella arruinándome con hoteles en *Boardwalk*.

—¡Es que eres malísimo negociando! —protestó Emma sin levantar la vista de su teléfono.

Antes de que pudiera responder, Ryker intervino con un tono casi ensayado:

—En realidad, tenemos que irnos pronto.

Lo miré sorprendida. No recordaba que hubiéramos hablado de marcharnos antes de tiempo.

—¿Nos vamos? —pregunté confundida.

—Tenemos que hacer una parada antes —respondió con una sonrisa misteriosa que me intrigó y me puso nerviosa a partes iguales.

—Oh, entiendo —dijo Lyall, guiñándome un ojo de forma tan poco sutil que hasta Emma levantó la vista de su teléfono y puso los ojos en blanco.

No tenía ni la más remota idea de qué estaba pasando, pero decidí seguirles la corriente.

Con esa familia había aprendido que, a veces, dejarse llevar era la mejor estrategia.

—Bueno, pues ahora toca el chocolate. —Lyall dio una palmada.

Mientras preparaba los chocolates, Emma se sentó a mi lado en el sofá y me enseñó todas las funciones de su nuevo teléfono, que ya había personalizado con una foto de Rubio como fondo de pantalla.

—Mira, puedo editar fotos directamente —dijo, abriendo una aplicación—. Hagámonos un selfi.

Nos hicimos al menos doce selfis en diferentes poses, algunos con Rubio metiendo el hocico en el encuadre, otros con Ryker al fondo poniendo cara de sufrimiento. Emma aplicó filtros extravagantes a cada foto, convirtiéndonos alternativamente en alienígenas verdes, vampiras pálidas y versiones caricaturizadas de nosotras mismas.

—Esta la voy a poner de estado —decidió, mostrándome una donde ambas sacábamos la lengua mientras Ryker aparecía al fondo con expresión de «¿por qué tengo que aguantar esto?».

—Mi momento más favorecedor, sin duda —comenté riéndome.

El tiempo pasó volando entre chocolates, fotos y conversaciones. Emma me contó todas sus teorías sobre sus series favoritas, Lyall me habló de sus pacientes más peculiares y Ryker simplemente observaba con una expresión de felicidad contenida que me derretía por dentro.

Cuando llegó la hora de comer, Lyall sirvió los restos recalentados de la cena de Nochebuena, que seguían estando espectaculares. La conversación fluyó naturalmente, como si llevara años sentándome a esa mesa. Nunca había experimentado algo así: una comida familiar donde nadie gritaba, nadie criticaba y todos parecían genuinamente interesados en lo que tenías que decir.

Después de comer, subimos a recoger nuestras cosas. Ryker parecía extrañamente nervioso mientras metía su ropa en la maleta con una precisión casi quirúrgica.

—¿Estás bien? —le pregunté, doblando mi pijama—. Pareces tenso.

—Estoy perfectamente —respondió demasiado rápido—. Solo quiero llegar a tiempo.

—¿A tiempo, adónde?

—Ya lo verás.

De vuelta abajo, nos esperaba la inevitable escena de despedida. Lyall me abrazó tan fuerte que por un momento temí por la integridad de mis costillas.

—Ha sido un verdadero placer conocerte, Audra —dijo con sinceridad, sujetándome por los hombros cuando finalmente me soltó—. Espero verte muy pronto. Volverás, ¿verdad? Prométemelo.

—Lo prometo —respondí, sorprendida porque lo decía muy en serio.

—Excelente. La próxima vez haremos una barbacoa —anunció como si ya estuviera planeando el menú—. Y trae a tu gato. Estoy seguro de que Rubio y él serán grandes amigos.

La imagen mental de Peluso y Rubio socializando me arrancó una carcajada. Mi gato probablemente se pasaría tres días escondido bajo algún mueble, mirando al perro como si fuera un monstruo.

—Estoy segura de que Peluso estaría... encantado —mentí con descaro.

Emma fue la siguiente en abrazarme.

—Te voy a echar muchísimo de menos —declaró—. Pero te escribiré, ¿vale? Ahora tengo tu número.

—Escríbeme cuando quieras —dije.

Después de despedirnos también de Rubio, que parecía triste por nuestra partida, Ryker y yo salimos por fin de la casa. El frío nos recibió, y me alegré de llevar el gorro de lana que Lyall me había

prestado insistiendo en que «no podía dejar que me congelara las orejas».

Montamos en el coche y Ryker arrancó, consultando algo en su móvil antes de ponerse en marcha. Parecía nervioso, tamborileando con los dedos en el volante mientras esperaba a que el motor se calentara.

—¿Me vas a decir ya adónde vamos? —pregunté mirándolo de reojo.

—Es una sorpresa —dijo, conectando su móvil al sistema de audio del coche.

Un segundo después, la inconfundible voz de Taylor Swift llenó el habitáculo. Lo miré boquiabierta.

—¿Estás poniendo a Taylor Swift? ¿Voluntariamente?

—Es Navidad —respondió con una sonrisa enigmática—. Hay que hacer sacrificios.

El coche se puso en marcha, y yo me acomodé en el asiento, intrigada por ese giro inesperado de los acontecimientos. Ryker nunca hacía cosas impulsivas, todo en su vida estaba meticulosamente planeado. ¿Qué estaría tramando?

—¿Me das al menos una pista? —insistí mientras salíamos del barrio residencial.

—Solo te diré que es algo que llevo tiempo pensando —respondió con la vista fija en la carretera—. Y que espero que te guste.

Y con esas crípticas palabras, giró en una rotonda en dirección contraria a la ciudad. Fuera lo que fuese lo que Ryker Lancer había planeado, tenía el presentimiento de que iba a ser algo importante.

Entre «We Are Never Ever Getting Back Together» y «Lover», Taylor Swift seguía cantándonos mientras Ryker conducía por calles que cada vez me resultaban más familiares. Después de unos veinte minutos, ralentizó la marcha al entrar en un barrio residencial que

no quedaba muy lejos de nuestros apartamentos, quizá a unos diez minutos en coche.

—Ya casi llegamos —anunció, girando en una calle flanqueada por casas antiguas con carácter.

El coche se detuvo frente a una construcción de color verde pálido, con un porche amplio y ventanas grandes. Era antigua pero encantadora, con ese tipo de encanto vintage que no se puede fabricar. Tenía algunas zonas que necesitaban reparación: pintura descascarillada, un canalón torcido, y las escaleras del porche parecían cansadas de soportar tantos años de pisadas. Pero, bajo esos detalles de vejez, se intuía una belleza adormecida esperando a ser despertada.

Una mujer elegante con un abrigo color camel y una carpeta en la mano aguardaba junto a la valla.

—¿A que es bonita? —preguntó Ryker, observando mi reacción.

—Sí, tiene mucho potencial —respondí de manera automática, como quien valora un cuadro sin terminar. Aún no entendía qué hacíamos allí, pero la casa era objetivamente preciosa—. ¿Qué estamos haciendo aquí?

En lugar de responder, Ryker salió del coche y lo rodeó para abrirme la puerta. Me tendió la mano y yo la tomé.

Nos acercamos a la mujer, que sonrió ampliamente al vernos.

—Ryker, un placer verte de nuevo —saludó con tono profesional.

—Igualmente, Sonia —respondió él antes de volverse hacia mí—. Te presento a Audra, mi novia.

—Encantada —dije, estrechando la mano de Sonia, que tenía una manicura impecable y un apretón sorprendentemente firme.

—Queremos ver la casa otra vez —explicó Ryker.

«Espera, ¿"otra vez"?». Lo miré confundida. ¿Él ya había estado allí antes? ¿Qué estaba pasando?

—Por supuesto —asintió Sonia, sacando un juego de llaves—. Pasad, por favor.

Abrió la puerta principal y nos hizo un gesto para que entráramos primero. El interior era aún más impresionante que el exterior. Suelos de madera noble, paredes altas con molduras antiguas y una sensación de amplitud que mi apartamento nunca podría ofrecer. A la derecha, un comedor con enormes ventanales dejaba entrar la luz natural a raudales, presidido por una chimenea de piedra que parecía sacada de un cuento. A la izquierda, lo que supuse sería un despacho o sala de estar. Y, al fondo, alcanzaba a ver una cocina espaciosa con una isla central.

Sonia nos guiaba, señalando características y explicando la historia de la casa, cuando su teléfono sonó. Después de mirar la pantalla, nos dirigió una sonrisa de disculpa.

—Tengo que atender esta llamada, es urgente. ¿Os importa seguir vosotros? Ryker ya conoce la distribución más o menos. Estaré aquí abajo cuando terminéis.

Cuando se alejó, miré a Ryker con los brazos cruzados.

—Vale, ¿me explicas qué está pasando? ¿Por qué estamos viendo una casa?

—Primero terminemos la visita —respondió de forma enigmática, tomándome de la mano—. Vamos arriba, pero ten cuidado, los escalones son antiguos.

Subimos por una escalera de madera que crujía suavemente bajo nuestros pies, pero Ryker tenía las manos en mi cintura por si acaso. El pasillo superior conducía a varias puertas cerradas.

—Tiene desván, sótano, cuatro habitaciones arriba y dos abajo —explicó, como si estuviera recitando una lección bien aprendida—. Cuatro baños, la cocina y el comedor que has visto, y un despacho.

—¿Por qué me estás enseñando todo esto? —insistí, cada vez más confundida.

—Solo... mira el resto, ¿vale? —pidió.

Abrimos puertas y exploramos habitaciones espaciosas con muebles antiguos cubiertos de sábanas, baños con azulejos vintage que necesitarían una renovación pero que mantenían un encanto innegable. Cada estancia parecía contar una historia, y mi mente de artista ya imaginaba colores, texturas, posibilidades.

Finalmente, Ryker me condujo hacia una puerta al final del pasillo.

—Esta es especial —dijo antes de abrirla.

La habitación era diferente de las demás. Tenía una forma ligeramente circular, con ventanas redondeadas que daban a un jardín trasero enorme. La luz entraba a raudales, creando patrones dorados en el suelo de madera. Era el tipo de luz con la que soñamos los pintores, perfecta en su calidez y claridad.

Me acerqué a la ventana y observé el jardín. Era salvaje y estaba descuidado, con fuentes antiguas parcialmente rotas pero hermosas en su decadencia y árboles majestuosos que debían de tener décadas. El potencial era abrumador.

—Aquí podrías pintar —dijo Ryker detrás de mí, con voz suave—. Con esta luz, sería perfecto. Este espacio sería solo tuyo.

Me giré despacio para mirarlo, completamente descolocada por sus palabras.

—¿Qué estás diciendo? —pregunté, aunque una parte de mí ya comenzaba a entenderlo.

Él se acercó a mi lado junto a la ventana, contemplando también el jardín salvaje que se extendía ante nosotros. Sus ojos brillaban de una manera que nunca le había visto antes.

—Sé que no es habitable ahora mismo —dijo, pasando su mano por la pared descascarillada—. Habría que reformarla por completo,

cambiar la instalación eléctrica, la fontanería, aislar mejor, restaurar los suelos... Tardaríamos meses en tenerla lista.

—¿«Tardaríamos»? —repetí, sintiendo cómo mi corazón empezaba a latir más rápido.

Se giró hacia mí con una media sonrisa.

—Imagina este espacio como tu estudio —continuó, señalando la habitación circular—. Con tu caballete aquí, junto a la ventana, para aprovechar esa luz. Podríamos poner estanterías a lo largo de esta pared para todos tus materiales.

Luego señaló hacia el jardín.

—Y ahí fuera... podríamos restaurar las fuentes, plantar un huerto en esa esquina. A Peluso le encantaría explorar entre los árboles. Y quizá..., no sé, podríamos tener un perro.

Me quedé sin palabras, intentando procesar todo lo que estaba insinuando.

—Y si te digo la verdad —continuó, cada vez más entusiasmado—, creo que tres gatos no serían mala idea. Peluso necesita compañía, ¿no? Podríamos adoptar un par más de esos bichos calvos que tanto te gustan.

Lo miré completamente atónita.

—¿Me estás diciendo que quieres que nos mudemos juntos? ¿Aquí?

Asintió, y pude ver un atisbo de vulnerabilidad en sus ojos.

—Sé que es pronto. Sé que apenas llevamos unos meses juntos. Pero también sé que nunca he estado tan seguro de nada en mi vida. —Hizo una pausa, tomando aire—. No digo que tengamos que hacerlo ya. La reforma llevará tiempo. Meses. Y podemos usar ese tiempo para... para estar seguros. Para avanzar.

Me quedé mirándolo, incapaz de encontrar palabras. Ryker Lancer, el hombre que organizaba sus calcetines por tonalidades, el que

planeaba cada minuto de su día, estaba proponiendo algo completamente impulsivo y loco.

—Sería nuestro —añadió en voz baja—. Un lugar que no sea ni tuyo ni mío, sino nuestro. Un hogar que construyamos juntos.

Una parte de mí quería salir corriendo. Era demasiado, demasiado rápido, demasiado comprometido. Pero otra parte, esa que había empezado a confiar de nuevo, esa que se había enamorado perdidamente de este hombre, podía verlo claramente: nosotros, en esa casa, construyendo una vida juntos.

—Yo... —comencé, sin saber realmente qué iba a decir a continuación.

Él me cogió la mano con suavidad y me miró.

—Sigamos viendo la casa —dijo, tirando de mí con delicadeza—. Hay muchas más habitaciones. Una podría ser exclusivamente para los gatos, con esos rascadores de pared que estuviste mirando en Pinterest la semana pasada.

»Podrías pintar murales en las paredes —continuó mientras avanzábamos por el pasillo—. Convertir este lugar en tu propio lienzo. Esta casa tiene mucha vida, Audra, pero tú... tú la harías inmortal.

En ningún momento me soltó la mano, como si temiera que fuera a desvanecerme si me dejaba ir. Quizá no estuviera tan equivocado. Mi instinto de huida estaba a toda potencia, zumbando bajo mi piel como una alarma.

En mitad del pasillo había unas puertas de cristal que daban a un pequeño balcón. Ryker las abrió y salimos. Desde allí, la vista del jardín era aún más impresionante. Los árboles desnudos por el invierno parecían figuras escultóricas contra el cielo gris.

—Imagínate esto en otoño —susurró, tan cerca que su aliento me hizo cosquillas en la mejilla—. Las hojas caídas formando una

alfombra dorada, el aire frío, la lluvia golpeando contra las ventanas mientras estás dentro, pintando. Imagínate todas las estaciones pasando por este jardín. Todo ese caos natural. Todo ese desorden perfecto.

Me miró entonces, con una expresión tan abierta, tan vulnerable, que sentí que algo se rompía dentro de mí.

—Con vida —añadió simplemente, y esa palabra pareció resonar en el aire entre nosotros—. Sé que tenemos muchos meses por delante. La reforma no será rápida; podemos tomarnos nuestro tiempo para decidir cada detalle, para estar seguros. Sé que es una locura..., pero tengo el presentimiento de que estoy haciendo lo correcto con esto. Contigo —confesó—. Sé que ya me has dado muchos permisos, que has bajado tus barreras por mí, y probablemente te esté pidiendo demasiado ahora. Pero igual que tú me contaste tu sueño, yo quiero contarte el mío: convertir esta casa, que ahora parece que se vaya a caer a pedazos, en un hogar. Lleno de caos, de vida..., de ti. De nosotros.

Noté que mis ojos se llenaban de lágrimas. Era demasiado. Demasiado intenso, demasiado perfecto, demasiado aterrador. Porque lo que proponía era exactamente lo que siempre había querido sin saber que lo quería: un lugar que fuera mío, nuestro. Un lugar donde pudiera ser yo misma, sin disculpas.

—Y hablo en serio sobre el perro —añadió con una sonrisa ladeada—. Sé que te gustan, aunque te hagas la dura. Te he visto con Rubio, derritiéndote cada vez que te lame la mano.

Sonreí a través de las lágrimas que amenazaban con desbordarse. Tenía razón, como siempre.

—Podrías estudiar aquí —continuó, señalando hacia la casa—. En tu estudio, mientras pintas. Podrías sacarte ese título que tanto deseas, cumplir tu sueño mientras yo estoy a tu lado, apoyándote.

Seguir creciendo como artista, como profesora, como persona, mientras ves los árboles cambiar a través de esas ventanas.

Me imaginé exactamente lo que describía: yo, sentada junto a la ventana redonda, con los libros desparramados junto a mis cuadernos de bocetos. La luz del atardecer entrando a raudales. El sonido lejano de Ryker en la cocina, preparando café. Un perro durmiendo a mis pies y Peluso en el alféizar, observando el jardín. Un hogar. Nuestro hogar.

—Esto es una locura —susurré finalmente, con la voz rota.

—Lo sé —admitió, acercándose más a mí—. Completamente demencial.

Solté una risa acuosa.

—Debe de ser que me estás contagiando tu caos —añadió, limpiando con el pulgar una lágrima que se había escapado por mi mejilla—. Y me encanta.

Miré a mi alrededor, a ese lugar desgastado pero lleno de posibilidades. ¿Podía verme allí? Dios, sí. Con tanta claridad que casi dolía. Pero el miedo también estaba ahí, agazapado en las esquinas de mi mente, recordándome todas las veces que había confiado y me habían decepcionado.

—¿Y si no funciona? —pregunté en voz baja, exponiendo por fin mi mayor temor—. ¿Y si dentro de unos meses decides que todo esto fue un error? ¿Y si termino sola en una casa demasiado grande, con demasiados recuerdos?

Ryker me miró con una intensidad que me dejó sin aliento.

—Una casa sin ti no me serviría de nada, Audra —dijo tomando mis manos entre las suyas—. Podrían darme el palacio más lujoso del mundo y seguiría sintiéndome vacío si no estás conmigo. Porque mi hogar no está en las paredes, ni en los suelos de madera, ni siquiera en ese jardín. Mi hogar eres tú.

Sentí una opresión en el pecho que me dificultaba respirar.

—Yo ni siquiera sé lo que es un hogar —confesé, con la voz apenas audible—. Nunca he tenido uno de verdad. Solo lugares donde dormía, donde guardaba mis cosas. Sitios de paso.

Ryker puso un dedo bajo mi barbilla y me obligó suavemente a mirarlo.

—¿Sabes qué es un hogar para mí? —preguntó—. Es ese momento en el que me despierto y lo primero que veo es tu pelo naranja esparcido por la almohada. Es Peluso maullando para que le demos el desayuno. Es oírte cantar desafinando en la ducha.

Se acercó más, como si quisiera asegurarse de que sus palabras llegaran directamente a mi corazón.

—Es cuando te beso la frente mientras dibujas y tú haces ese sonido, entre suspiro y gruñido, porque te he desconcentrado, pero no quieres que pare. Es abrazarte por la espalda mientras preparas café y sentir cómo te relajas contra mi pecho. Es ver esa sonrisa que pones cuando crees que no te estoy mirando, esa que solo te sale cuando estás verdaderamente feliz.

Su voz se volvió más suave, casi un susurro.

—Es encontrar tus pinceles en mi maletín porque los has dejado allí, distraída. Es cómo te muerdes el labio cuando estás concentrada. Es discutir sobre quién tiene que sacar la basura y terminar riéndonos porque sabemos que ninguno lo hará hasta el último momento. Es que me robes la manta por la noche. Es sentarme a verte pintar durante horas y pensar que podría hacer eso toda la vida.

Pasó su pulgar suavemente por mi mejilla.

—Es saber que, pase lo que pase ahí fuera, hay un lugar donde puedo ser yo mismo, sin filtros ni expectativas. Donde mis manías obsesivas se encuentran con tu caos creativo y, de alguna manera,

encajan. Eso es lo que siento cuando estamos juntos, Audra. Eso es un hogar.

Las lágrimas que había estado conteniendo comenzaron a deslizarse libremente por mis mejillas. Nadie me había hablado así, nadie había visto lo asustada que estaba en realidad.

—Llevo toda mi vida construyendo refugios temporales —dije, intentando explicarle lo que ni yo misma entendía del todo—. Nunca me he permitido pensar en algo permanente porque... porque siempre espero que todo termine. Que me abandonen. Que me digan que soy demasiado, como siempre me han dicho.

—Pues yo quiero construir algo permanente contigo —respondió, secando mis lágrimas con sus pulgares—. Y nunca serás demasiado para mí, Audra. Al contrario, nunca tengo suficiente de ti. Siempre quiero más: más tiempo juntos, más de tus risas, más de tus historias, incluso más de nuestras absurdas discusiones sobre la tapa del dentífrico. Cuando estoy lejos de ti, las horas se me hacen eternas, y cuando estamos juntos, el tiempo siempre parece demasiado corto.

Solté una risa entrecortada por el llanto.

—No puedo prometerte que todo será perfecto —continuó con sinceridad—. Pero sí puedo prometerte que lucharé por nosotros cada día. Que, cuando tengamos problemas, que los tendremos, los enfrentaremos juntos. Que, cuando quieras escapar, te recordaré por qué vale la pena quedarse.

Llevó mi mano a sus labios y depositó un beso suave en mis nudillos.

—Y cuando tengamos ochenta años y estés cansada de mí, te recordaré que una vez me dejaste comprar esta casa ruinosa contigo, así que ya no hay vuelta atrás —añadió, con esa sonrisa torcida que me desarmaba por completo.

—¿Ochenta años? —pregunté, arqueando una ceja a pesar de las lágrimas—. Eso es mucho tiempo para soportarte, Lancer.

—Es que planeo ser muy persistente —respondió, acercándome más a él—. Además, imagínanos: dos viejecitos gruñones discutiendo sobre quién dejó la dentadura postiza en el vaso equivocado.

La imagen era tan absurda que no pude evitar reírme. Ese era Ryker, siempre sabiendo cómo aligerar los momentos más intensos.

—Y si en algún momento sientes que necesitas espacio, literalmente tendrás una habitación solo para ti —añadió, señalando hacia la casa—. Con cerrojo, por si acaso. Porque a veces necesitarás escapar de mí y de mi manía de organizar los calcetines por colores.

Solté una carcajada, sintiendo cómo algo se aflojaba en mi pecho. Ese hombre me conocía, de verdad me conocía, con todas mis contradicciones y mis miedos. Y, aun así, quería construir un futuro conmigo.

—¿Qué te parece? —preguntó finalmente, con una vulnerabilidad que raras veces mostraba—. ¿Un poco de locura para variar?

Miré una última vez al jardín salvaje, a los árboles majestuosos, a la casa antigua que pedía a gritos ser amada de nuevo. Luego miré a Ryker, con su pelo perfectamente peinado, su sonrisa esperanzada y sus ojos que decían «confía en mí» tan claramente como si lo hubiera pronunciado en voz alta.

Y, por primera vez en mi vida, el futuro no me daba miedo. Al contrario, no podía esperar a que llegara.

Nos quedamos en silencio un momento, contemplando juntos ese futuro que parecía extenderse ante nosotros como el jardín salvaje. La luz del atardecer lo bañaba todo con un resplandor dorado,

suavizando las aristas, haciendo que incluso las partes más deterioradas de la casa parecieran hermosas en su imperfección.

—La hipoteca... —comencé, siempre práctica a pesar de la emoción del momento—. ¿Cómo funcionaría eso? No creo que pueda permitirme...

—Yo me ocupo de eso —me interrumpió con suavidad—. Ya lo tengo mirado. En realidad, la casa está muy barata porque necesita reforma. El banco me ha confirmado que, con mi historial crediticio y mis ingresos, no habría problema.

Por supuesto que ya lo había calculado. Era Ryker, después de todo.

—Las reformas son lo que más costaría —continuó, haciendo ese gesto con la mano que siempre hacía cuando estaba organizando ideas—. Pero mi padre conoce a mucha gente: electricistas, fontaneros... Y estoy seguro de que Ender y Elaila querrán ayudar. Él es sorprendentemente bueno con las herramientas.

Lo miré, intentando asimilar todo lo que estaba proponiendo. No era solo una casa, era todo un futuro.

—Con lo que ganas, aunque sea a media jornada mientras estudias, y con mi sueldo, será más que suficiente —prosiguió, tan seguro de todo que casi resultaba contagioso—. Además, tengo ahorros. He hecho los cálculos, Audra. Varias veces.

Por supuesto que los había hecho. Probablemente tenía una hoja de Excel detallando cada posible escenario financiero para los próximos diez años.

—¿Harías todo esto por mí? —pregunté con un nudo en la garganta—. ¿Una casa, un perro, estudios...?

Apoyó su mano en mi mejilla, acunando mi rostro como si fuera algo precioso.

—Haría lo que fuera por ti —respondió él con tanta certeza que sentí temblar mis rodillas—. Cualquier cosa.

Y entonces me besó, suave y lentamente, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo. Y quizá lo teníamos. Quizá, por primera vez en mi vida, el futuro era algo por lo que estar emocionada, no aterrada.

—Solo tienes que decir que sí —murmuró contra mis labios—. Y esta aventura será nuestra. Esta casa, esta vida..., nuestro futuro.

«Nuestro futuro».

Pensé en mi apartamento minúsculo, en las tardes grises pintando sola mientras Peluso me observaba. Pensé en cómo había sido mi vida antes de Ryker: segura, predecible y terriblemente solitaria.

Y luego pensé en todo lo que podríamos tener: mañanas perezosas en una cama grande, tazas de café compartidas en un jardín lleno de vida, noches de tormenta acurrucados junto a la chimenea restaurada, Peluso persiguiendo a un cachorro por el pasillo, mis pinturas esparcidas por el estudio luminoso, fiestas de cumpleaños en ese comedor espacioso con todos nuestros amigos...

Una vida. Una vida real, plena, compartida.

Sentí cómo otra muralla, una que ni siquiera sabía que seguía en pie, se derrumbaba dentro de mí.

—Sí —dije, y fue como soltar el aire que había estado conteniendo toda mi vida—. Sí quiero.

La sonrisa que iluminó su rostro podría haber alimentado una ciudad entera. Me besó de nuevo, con una intensidad que me hizo olvidar dónde estábamos, quiénes éramos, todo excepto la sensación de sus labios contra los míos.

Y entonces, sin previo aviso, me cogió por la cintura y me elevó en el aire, dándome vueltas como en esas escenas de películas románticas que siempre había considerado absurdamente cursis.

Solté un grito de sorpresa que se transformó en risa cuando vi la expresión de pura felicidad en su rostro.

—¡Vamos a hacerlo! —exclamó cuando por fin me dejó en el suelo, aunque sin soltar mi cintura—. Vamos a comprarnos una casa. Vamos a tener un perro. Vamos a tener una vida juntos.

—Vamos a ser adultos de verdad —añadí, riendo—. Con facturas y todo.

—Con facturas de luz que podremos pagar a tiempo —puntualizó, besándome la punta de la nariz.

—Y un recibo de agua estratosférico porque me gusta cantar en la ducha durante horas.

—Y reuniones de vecinos a las que nunca iremos porque estaremos demasiado ocupados haciendo otras cosas —sugirió, arqueando una ceja de forma sugerente.

—Y seguro que tendremos que podar los árboles, o lo que sea que se haga con ellos —añadí señalando el jardín—. No tengo ni idea de jardinería.

—Yo tampoco —admitió, y parecía encantado por ese hecho—. Aprenderemos juntos. Nos compraremos libros, contrataremos a un jardinero para que nos enseñe, le preguntaremos a mi padre, que tiene esa extraña obsesión con las orquídeas...

De repente, me encontré pensando en todas las pequeñas cosas que implicaría vivir juntos en una casa así: elegir cortinas, discutir sobre el color de las paredes, descubrir que ninguno de los dos sabía cómo funciona una caldera.

—Va a ser un desastre —dije, mordiéndome el labio para contener la sonrisa—. Un completo caos.

—El mejor caos posible —respondió, apoyando su frente contra la mía—. Nuestro caos.

Un ruido de pasos nos recordó que no estábamos solos. Sonia nos observaba desde la puerta del balcón.

—Disculpad la interrupción, pero tengo otra visita dentro de veinte minutos —dijo—. ¿Habéis tomado ya una decisión o necesitáis más tiempo para pensarlo?

Ryker me miró, con una pregunta silenciosa en sus ojos. Y yo, que siempre había sido indecisa para todo, que jamás compraba algo sin pedir treinta opiniones diferentes, que había diseñado mi vida alrededor de evitar cualquier riesgo, asentí sin un atisbo de duda.

—La queremos —respondió él, con tanta firmeza que casi me hizo llorar otra vez. Mientras Ryker discutía los detalles con Sonia, yo me quedé en el balcón un momento más, contemplando el jardín que pronto sería nuestro. Recordé todas las veces que había pensado en mi futuro con miedo, todas las noches que me había acostado creyendo que estaba destinada a una existencia de soledad autoimpuesta.

La vida tenía un sentido del humor muy retorcido, desde luego.

Cuando Ryker volvió a buscarme, traía la sonrisa más brillante que le había visto nunca.

—Tenemos que firmar algunos papeles abajo, pero básicamente... —Hizo una pausa dramática—. ¡Somos propietarios de una casa en ruinas!

Solté una carcajada.

—Qué romántico suena.

—Es nuestra primera gran aventura juntos. La casa del ascensor que nunca funcionaba, capítulo dos: la casa que necesita ser reconstruida desde los cimientos.

—¿Estás seguro de que quieres pasar del orden absoluto de tu apartamento a... esto? —pregunté señalando el caos que nos rodeaba.

—Estoy seguro de que quiero pasar el resto de mi vida contigo —respondió con sencillez—. El resto son solo detalles.

Y con esa declaración, que sentí resonar en lo más profundo de mi ser, me tomó de la mano para bajar a firmar los papeles que cambiarían nuestras vidas para siempre.

Mientras descendíamos por aquella escalera que crujía, pensé en lo lejos que habíamos llegado desde nuestras peleas a través de la pared. Pensé en todas las veces que había maldecido el día en que Ryker Lancer se mudó al apartamento contiguo. Pensé en cómo el destino, o el azar, o lo que fuera, nos había puesto en el camino del otro por una razón.

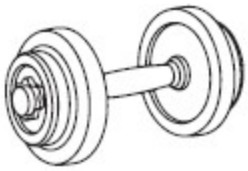
Y supe, con una certeza que nunca había sentido, que esa era la decisión correcta. Que ese hombre era exactamente lo que necesitaba mi vida caótica.

Que esa casa destartalada, con su jardín salvaje y sus ventanas redondas, era exactamente donde debíamos estar.

Que, por fin, después de tanto tiempo perdida, había encontrado mi hogar.

38

Cómo sorprender a alguien que odia las sorpresas sin morir en el intento



Ryker

El tímido sol de enero se filtraba a través de las cortinas mal cerradas, creando patrones dorados sobre el rostro de Audra. Permanecí unos minutos contemplándola dormir, con el pelo naranja desparramado sobre la almohada y una mano bajo la mejilla. Seguía pareciéndome increíble que esa mujer fuera mía. Que dentro de unos meses viviríamos juntos en aquella casa que todavía estaba en proceso de reforma, pero que ya sentía como nuestro hogar.

Mi reloj marcaba las nueve menos cuarto. Tenía que darme prisa si quería estar de vuelta antes de que llegaran Elaila y Ender. La sorpresa para Audra llevaba semanas planeándose con un nivel de secretismo que habría impresionado a la CIA.

Con cuidado para no despertarla, me deslicé fuera de la cama. Necesitaba vestirme y salir sin que ella sospechara nada. Misión casi imposible, teniendo en cuenta que Audra tenía una especie de sexto sentido para detectar cuando yo tramaba algo.

Apenas había puesto un pie en el suelo cuando oí un gruñido proveniente del montículo de mantas.

—Como te vayas ahora mismo, te mato —murmuró con voz pastosa, sin abrir los ojos.

—Tengo que hacer algo importante —susurré, inclinándome para besarle la frente—. Solo será un rato.

Audra entreabrió un ojo, mirándome con esa expresión que reservaba para cuando estaba a punto de soltar alguna barbaridad.

—¿Qué puede ser más importante que quedarte en la cama calentita un sábado por la mañana, Lancer? ¿Se está quemando el edificio?

—Ojalá fuera tan simple. —Sonreí dirigiéndome al armario, donde ya tenía parte de mi ropa—. Volveré antes de que te des cuenta.

—Eres un capullo insufrible —protestó, tirándome un cojín que esquivé por los pelos—. Y si te vas, más te vale traer desayuno.

—¿Ahora tengo que pagar un rescate para que me dejes salir?

—Exactamente —respondió, incorporándose al fin.

Con el pelo revuelto y mi camiseta —robada, como de costumbre — resbalando por uno de sus hombros, era una tentación en toda regla.

—¿No tienes curiosidad por saber adónde voy? —pregunté mientras me ponía los vaqueros.

—Seguro que vas a alguna reunión secreta de la Hermandad-de-los-que-organizan-sus-calcetines-por-colores —respondió, estirándose como un gato—. O quizá te han convocado para recibir el Premio al Novio Más Insoportablemente Madrugador.

—Qué graciosa estás por las mañanas —repliqué, acercándome para darle un beso rápido.

Ella me agarró por el cuello de la camisa, impidiéndome apartarme.

—Si te vas, más te vale volver pronto —dijo contra mis labios—. O enviaré a Peluso a buscarte. Y sabes que tiene contactos en los bajos fondos.

Miré hacia la cesta donde Peluso dormía plácidamente, con su jersey de rayas azules y blancas ligeramente torcido.

—Estoy temblando de miedo —me burlé, consiguiendo finalmente liberarme de su agarre.

Me vestí en tiempo récord mientras ella me observaba desde la cama, con los brazos cruzados y un mohín de fastidio que encontraba inexplicablemente adorable.

—Vendré pronto —prometí, deteniéndome en la puerta—. Y, sí, traeré desayuno.

—Más te vale, Lancer —fue lo último que oí antes de cerrar la puerta.

Bajé las escaleras a toda prisa y salí al frío de enero. El cielo estaba sorprendentemente despejado para ser invierno, con ese azul casi doloroso que parece más intenso en los días fríos.

Subí a mi coche, encendí la calefacción al máximo y puse rumbo a mi destino: la tienda de animales donde estaría hoy la protectora con la que llevaba semanas hablando.

El tráfico era sorprendentemente fluido para ser sábado por la mañana, así que llegué en menos de veinte minutos. La tienda estaba en una zona comercial a las afueras, un local amplio con un enorme cartel que rezaba «MascotaMundo» junto a la silueta de un perro, un gato y lo que parecía un hámster con esteroides.

Aparqué y me dirigí hacia la entrada, notando que había bastante más gente de la que esperaba. Al parecer, no era el único que había tenido la brillante idea de visitar una tienda de mascotas en sábado.

El interior era un caos organizado de pasillos repletos de accesorios para animales, comida, juguetes y todo lo imaginable

para consentir a una mascota. Pasé junto a un expositor de arneses para perros, otro de rascadores para gatos con forma de nave espacial y, al fin, divisé lo que buscaba al fondo de la tienda: un cartel colorido que anunciaba: «ADOPCIONES - ENCUENTRA A TU COMPAÑERO PERFECTO».

Debajo había instalada una pequeña zona con jaulas transportadoras y varios voluntarios atendiendo a la gente interesada. Busqué con la mirada a la persona con la que había estado en contacto.

—Disculpe —me dirigí a una mujer de unos cincuenta años que llevaba un chaleco con el logo de la protectora—. Soy Ryker, hablé por teléfono con usted sobre la adopción de un gato que vi en redes sociales.

La mujer me miró con atención un momento antes de que su rostro se iluminara con reconocimiento.

—¡Ah, sí! Ryker Lancer. —Sonrió—. El que rellenó la solicitud con una foto de usted, su mujer y su gato.

—En realidad es mi novia, no mi mujer —corregí automáticamente, sintiendo un extraño cosquilleo al pensar en Audra como «mi mujer»—. Pero, sí, ese soy yo.

—Claro, claro —asintió con una sonrisa que sugería que no veía mucha diferencia—. Te estábamos esperando.

—Todavía tengo que comprar todo lo necesario —le expliqué—. Comida especial para gatitos, juguetes, mantas... Todo lo que necesite.

—No te preocupes, te ayudaré a elegir lo más adecuado —respondió la mujer con amabilidad—. Ven, te presentaré primero a quien has venido a buscar, y luego podemos recorrer la tienda para conseguir todo lo que necesitará.

La mujer me guio hacia una zona más tranquila donde tenían varias jaulas parcialmente cubiertas con mantas para dar más privacidad a los animales. Se detuvo frente a una de ellas y se agachó con cuidado.

—Este es del que te hablé —dijo señalando el interior—. El pequeñín del que te enviamos la foto.

Me incliné para mirar y allí estaba: un gatito de color naranja atigrado, sobre una manta que amasaba rítmicamente con sus patitas delanteras. Era pequeño, no debía de tener más de dos meses, con ese aire frágil pero resistente de los supervivientes. Su pelaje era brillante, de un tono rojizo muy similar al pelo natural de Audra, y tenía las patitas y el pecho blancos, como si llevara calcetines y pechera. Pero lo que más llamaba la atención era su rostro: donde debería haber un ojo solo había una cuenca vacía, cerrada y con una pequeña cicatriz que revelaba la dureza de su corta vida.

En cuanto me vio, dejó de amasar la manta y emitió un ronroneo tan fuerte que parecía imposible que saliera de un cuerpo tan pequeño.

—Hola, colega —lo saludé con voz suave, acercando un dedo a la rejilla.

Para mi sorpresa, el gatito se incorporó de inmediato y se acercó, restregando su cabecita contra mi dedo a través de los barrotes, intensificando su ronroneo.

—Parece que le gustas. —Sonrió la mujer—. Lo encontramos hace un mes y medio en un contenedor de basura. Sus hermanos no sobrevivieron, pero este pequeño luchador se aferró a la vida.

Sentí una punzada en el pecho al imaginar a ese ser diminuto luchando por sobrevivir entre la basura.

—¿Qué le pasó en el ojo? —pregunté, aunque ya lo había leído en su ficha.

—La infección fue tan grave que no pudimos salvárselo —explicó ella con tristeza—. Tuvimos que extirparlo para que la infección no se extendiera. Pero eso no lo ha detenido en absoluto. Es completamente independiente, juega como cualquier gatito y está lleno de energía.

El animal seguía restregándose contra mi dedo, como si quisiera convencerme de que la falta de su ojo no era importante.

—Es perfecto —dije sin dudar—. Me lo quedo.

No necesitaba pensarlo más. Había algo en ese gatito tuerto, luchador y cariñoso que me recordaba inevitablemente a Audra: superviviente, fuerte a pesar de su aparente fragilidad, y con una capacidad infinita para dar cariño a pesar de todo lo que la vida le había echado encima.

—¿Estás seguro? —preguntó la mujer, aunque su rostro mostraba que ya conocía la respuesta—. Muchas personas prefieren gatitos sin... peculiaridades.

—Estoy seguro —afirmé—. Es exactamente lo que estábamos buscando. Mi novia lo adorará.

La mujer sonrió, claramente complacida con mi respuesta.

—En ese caso, vamos a rellenar el papeleo y después podemos elegir todo lo que vas a necesitar para él.

Mientras ella sacaba los formularios de adopción, el gatito seguía intentando acercarse a mí a través de la jaula, como si supiera que yo era su boleto de salida hacia una nueva vida.

—Vas a tener que esperar un poco más, amigo —le dije en voz baja—. Pero te prometo que merecerá la pena.

Rellenar la documentación fue sorprendentemente rápido. La mujer era claramente una profesional que había hecho eso cientos

de veces. Me explicó los términos del contrato de adopción, las responsabilidades que asumía, y me aseguró que el gatito ya estaba desparasitado, con la primera vacuna y solo le faltaba el chip.

—Ahora necesitamos elegir sus cosas —dijo una vez completados los trámites—. Un gatito nuevo requiere bastantes accesorios, especialmente si ya tienes otro gato en casa.

Me condujo por los pasillos de la tienda, explicándome pacientemente qué necesitaba. Seleccionamos un transportín cómodo, comida específica para gatitos, juguetes variados, una bandeja sanitaria extra y varias mantas suaves.

Mi tarjeta de crédito probablemente ardería después de eso, pero no me importaba. Por primera vez en mi vida, gastar dinero de forma impulsiva me producía una sensación de felicidad absoluta.

—Creo que con esto tendréis suficiente para empezar —dijo la mujer, mirando el carrito repleto—. Si se me ocurre algo más, os lo haré saber cuando vengáis a sus revisiones.

Mientras pagaba, no podía dejar de pensar en la reacción de Audra. Iba a volverse loca de alegría con ese nuevo miembro de nuestra peculiar familia.

Con todo pagado y empaquetado, volvimos a donde estaba el gatito. La mujer lo sacó con delicadeza de la jaula y me lo ofreció.

—Toma, sostenlo un momento antes de meterlo en el transportín. Es importante que se familiarice con tu olor.

Cogí al pequeño bribón en mis manos con más nerviosismo del que había sentido firmando la hipoteca de nuestra casa. Era sorprendentemente ligero, apenas un puñado de pelo naranja y huesos, pero irradiaba un calor que parecía desproporcionado para su tamaño. Sus patitas se aferraron a mi muñeca mientras me miraba con su único ojo, como si me evaluara.

Y entonces, su ronroneo se intensificó aún más, vibró contra mis dedos, y sentí algo extraño en el pecho. Una especie de calor, de conexión instantánea que jamás había experimentado con un animal.

—Creo que te ha dado su aprobación.

—Eso parece —respondí, acariciándole detrás de las orejas con un dedo.

Con mucho cuidado, coloqué al gatito en el transportín, donde inmediatamente se acurrucó sobre la manta que habíamos elegido. La mujer me dio las últimas recomendaciones y, finalmente, nos despedimos.

—Mucha suerte —dijo mientras yo ya me dirigía a la salida, cargado con el transportín y varias bolsas—. Que seáis muy felices juntos.

—Gracias por todo —respondí sinceramente.

Una vez en el coche, coloqué el transportín en el asiento del acompañante, asegurándolo con el cinturón de seguridad. El gatito me observaba curioso desde dentro.

—Muy bien, colega —le dije mientras arrancaba el motor—. Soy tu papá ahora, ¿vale? Y tengo que advertirte que vas a tener un hermano mayor un poco especial. Se llama Peluso, no tiene pelo y viste mejor que la mayoría de los humanos que conozco.

El ronroneo que recibí como respuesta me arrancó una sonrisa.

—Y luego está tu madre —continué, incorporándome al tráfico—. Es bastante loca, te lo advierto. Canta fatal en la ducha, deja la ropa tirada por todas partes y se enfada si me levanto demasiado temprano los fines de semana. Pero te va a querer con locura.

Miré de reojo el transportín, donde el gatito parecía estar escuchando atentamente.

—Y, entre tú y yo, creo que vais a llevaros genial. Sois prácticamente idénticos. Mismo color, mismo carácter luchador. Hasta tenéis la misma manía de ronronear cuando estáis contentos.

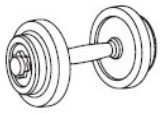
Me sentía un poco ridículo hablándole así a un gato que probablemente no entendía ni una palabra. Quizá me estaba convirtiendo en uno de esos padres de mascotas que tanto me habían hecho poner los ojos en blanco antes.

—Vamos a ser una familia peculiar —continué, detenido en un semáforo—. Un tipo obsesionado con el orden, una artista caótica, un gato sin pelo vestido de diseño y tú, nuestro nuevo miembro tuerto.

El semáforo cambió a verde y seguí conduciendo, con una sensación de alegría que me calentaba por dentro a pesar del frío de enero.

—Por cierto —añadí—, aún no tienes nombre. Tu madre se encargará de eso.

El gatito bostezó desde su transportín, aparentemente agotado por toda la emoción. Se acurrucó sobre la manta nueva y cerró su único ojo, confiando completamente en mí para que lo llevara a su nuevo hogar.



La llave giró en la cerradura mientras intentaba equilibrar el transportín y las bolsas sin hacer demasiado ruido. Desde el rellano ya oía voces y risas procedentes del apartamento de Audra. Elaila y Ender habían llegado antes que yo, lo cual era parte del plan que habíamos orquestado meticulosamente para esa sorpresa. Ellos traían el desayuno y yo el gato.

Empujé la puerta con el codo y entré, procurando mantener una actitud casual, a pesar de que parecía un mulo de carga. Elaila fue la primera en verme, y su expresión cómplice me confirmó que había mantenido el secreto. Audra estaba sentada en el sofá, con una taza de café en la mano y el pelo recogido en un moño desordenado.

—Por fin llegas, ¿dónde están mis...? —comenzó a decir, pero su voz se cortó abruptamente cuando sus ojos se posaron en el transportín.

El silencio que siguió duró apenas un segundo, pero pareció estirarse en el tiempo. Vi cómo su mirada pasaba de la confusión al entendimiento y, finalmente, a una emoción tan pura que me dejó sin aliento.

Se llevó las manos a la boca, con los ojos tan abiertos que parecían ocupar la mitad de su cara. Y entonces, como si algún resorte invisible la hubiera impulsado, saltó del sofá y se acercó a mí con pasos temblorosos.

—¿Es lo que creo que es? —susurró con la voz entrecortada.

Sonreí, incapaz de contenerme, y dejé las bolsas en el suelo. Con cuidado, deposité el transportín frente a ella y me arrodillé para abrirlo.

—Este —dije sacando con delicadeza al pequeño felino naranja— es nuestro nuevo miembro de la familia.

El gatito parpadeó con su único ojo, acostumbrándose a la luz, y cuando vio a Audra, su ronroneo se intensificó como si reconociera a alguien familiar. Lo coloqué en sus manos temblorosas y vi cómo las lágrimas comenzaban a deslizarse por sus mejillas.

—Es... es... —intentó hablar, pero parecía que las palabras se le habían atascado en la garganta.

—Sé que no es lo mismo que un perro. Pero pensé que Peluso podría necesitar un hermano, y cuando vi a este pequeño en la

protectora...

—¡Eres un capullo integral! —exclamó de repente, con la voz rota y una sonrisa enorme iluminando su rostro bañado en lágrimas—. ¿Cómo no me lo habías dicho? Es... es perfecto. Es la cosa más bonita que he visto en mi vida.

El gatito, como si entendiera que estaban hablando de él, estiró su patita para tocar la cara de Audra, provocando que más lágrimas brotaran de sus ojos.

—Lo sabía desde Navidad —confesé—. Pero era demasiado pequeño para adoptarlo entonces. Tuve que esperar a que cumpliera la edad mínima.

Audra no dejaba de mirar al gatito con absoluta adoración, acariciándolo con dedos temblorosos.

—Solo tiene un ojo —murmuró, pasando suavemente un dedo por la cicatriz donde debería haber estado el otro.

—Lo rescataron de un contenedor de basura —le expliqué—. Perdió el ojo por una infección, pero eso no le ha impedido ser el gatito más valiente y cariñoso que he conocido.

Audra asintió, como si entendiera perfectamente lo que le estaba diciendo.

Un movimiento a nuestro lado nos recordó que no estábamos solos. Peluso se había aproximado sigilosamente y observaba al recién llegado con desconfianza y curiosidad. Su cola se movía lentamente.

Audra, con infinito cuidado, bajó al gatito al suelo, manteniéndolo cerca de ella por si necesitaba protección. Peluso se acercó a olfatearlo y su nariz se arrugó en una expresión de clara desaprobación. Por un momento, temí que la presentación acabara en desastre.

Peluso emitió un bufido que parecía decir «¿qué narices es esto y por qué está en mi territorio?», y creí que iba a atacar. Pero entonces, para sorpresa de todos, se inclinó y le dio un lametón rápido al pequeño intruso.

El gatito tuerto, lejos de asustarse, intentó jugar con la pata de Peluso, que dio un salto hacia atrás como si acabara de tocar un cable electrificado. Ofendido en su dignidad, Peluso se alejó unos pasos, pero se detuvo y miró por encima del hombro, como si dijera «¿vienes o qué?».

El pequeño, claramente intrigado, dio un paso tentativo hacia él, que huyó inmediatamente bajo la mesa, aunque su cola asomaba, traicionando su curiosidad.

Era como presenciar una extraña danza de aceptación felina, y por la expresión de Audra, supe que ella lo entendía mejor que nadie.

—Se llevarán bien —declaró con certeza, secándose las lágrimas —. Peluso necesitaba a alguien más en su vida.

Y entonces, con la misma energía impulsiva con la que lo hacía todo, se levantó de un salto y se lanzó a mis brazos. El impacto casi me hizo perder el equilibrio, pero logré mantenerme firme mientras ella me besaba una y otra vez: en los labios, en las mejillas, en la frente, en cualquier parte que pudiera alcanzar.

—Te quiero —repetía entre besos—. Gracias, gracias, gracias.

La sostuve con fuerza, saboreando cada segundo de su entusiasmo desbordante, sintiendo cómo mi corazón se expandía de una manera que nunca creí posible.

—¿Ya podemos dejar de fingir que no estamos aquí? —Elaila nos devolvió a la realidad.

Audra se separó ligeramente, sin soltarme, y miró a nuestros amigos con una sonrisa acuosa.

—Vosotros lo sabíais, ¿verdad?

Ender asintió, levantando las manos en un gesto de rendición.

—Culpable. Pero el mérito es todo de Ryker. Él encontró al gatito, hizo todos los trámites y nos pidió que te distrajéramos hoy para darle tiempo de ir a buscarlo.

Elaila se acercó a observar mejor al pequeño, que seguía intentando entablar amistad con un reticente Peluso.

—Es precioso —dijo, y luego le dio un codazo nada sutil a Ender—. Yo también quiero uno. O dos. O tres.

Mi amigo puso cara de pánico momentáneo, lo que provocó una carcajada general.

—¿Podemos pensar primero en terminar de amueblar nuestro piso? —negoció, aunque su expresión sugería que ya estaba calculando cuánto costaría un gato.

Mientras ellos discutían, Audra se giró hacia mí, aún con los ojos brillantes de emoción.

—No puedo creer que hayas hecho esto —dijo en voz baja, como si todavía estuviera procesando lo sucedido—. ¿Cómo supiste que era exactamente lo que quería? Ni siquiera yo lo sabía.

Miré a esa mujer que había puesto mi vida ordenada patas arriba de la mejor manera posible y sentí una claridad que me dejó sin aliento. Cada decisión, cada momento, cada pequeño giro que me había llevado hasta ella, hasta ese instante, parecía perfectamente correcto.

—Porque te conozco —respondí con sencillez—. Y porque, a veces, lo que más queremos es aquello que ni siquiera nos hemos permitido desear.

Audra apoyó su frente contra la mía, un gesto íntimo que se había convertido en nuestra forma particular de conectar, de decir sin palabras todo lo que a veces costaba expresar.

El gatito había conseguido atrapar la cola de Peluso, que ahora corría por todo el salón con su pequeño acosador naranja persiguiéndolo torpemente sobre sus patas aún no del todo coordinadas.

—¡Es valiente! —exclamó Ender—. Enfrentarse así a Peluso en su primer día.

—Es un superviviente —dijo Audra con orgullo.

La observé mientras seguía con la mirada a los dos gatos, uno sin pelo y otro sin ojo, enfrascados en su juego de persecución. En su rostro había una expresión de felicidad tan pura, tan completa, que sentí un nudo en la garganta.

—¿Ya has pensado un nombre? —le pregunté.

Se mordió el labio, pensativa.

—¿Qué te parece Pirata? —sugirió después de un momento—. Ya sabes, por lo del ojo. Y sería perfecto junto a Peluso, ¿no crees? Peluso y Pirata.

—Me parece perfecto —respondí, sintiendo que encajaba a la perfección—. Suena como el dúo de un programa infantil.

—Pirata —repitió, saboreando el nombre—. Bienvenido a nuestra extraña familia, pequeñín.

Y mientras Elaila y Ender se acomodaban para desayunar todos juntos, yo me quedé observando esa escena que jamás habría imaginado como parte de mi vida: amigos riendo, gatos persiguiéndose y la mujer que amaba apoyada contra mi pecho, con la promesa de una casa en obras y una vida juntos que apenas comenzaba.

Una vida que, con todas sus imperfecciones, con todo su caos encantador, era más de lo que nunca me había atrevido a soñar.

Y, por primera vez, entendí lo que mi padre me había dicho una vez sobre la felicidad: no es encontrar el orden perfecto en el caos,

sino encontrar a alguien con quien compartir ese caos y convertirlo en algo hermoso.

39

Retoques finales: cómo enamorarse del mismo capullo cada día



Audra

DOS AÑOS DESPUÉS

El sol de primavera entraba a raudales por los ventanales de mi estudio, iluminando perfectamente el lienzo frente a mí. Era uno de esos días que parecían hechos específicamente para pintar, con una luz que resaltaba cada detalle y convertía los colores en algo casi vivo. Di un par de pinceladas más, añadiendo un poco de sombra entre los dedos entrelazados que protagonizaban mi cuadro: dos manos unidas, una de ellas luciendo un anillo de papel perfectamente representado. El simbolismo era evidente, pero tampoco tenía intención de ocultarlo.

Pirata lo observaba todo desde lo alto de su rascador, con su único ojo fijo en mis movimientos como si fuera mi crítico personal. En sus dos años con nosotros, se había convertido en un gato precioso y sorprendentemente grande, aunque conservaba esa mirada traviesa

que desde el primer día me había robado el corazón. A mis pies, Peluso dormitaba en su camita, enfundado en un jersey lila que le había hecho la semana anterior, completamente ajeno a mi proceso creativo. Como siempre.

El sonido de pasos en el pasillo me hizo sonreír sin apartar la vista del lienzo. Unos segundos después, Ryker apareció en la puerta, con una taza humeante en una mano y un plato con una galleta en la otra.

—El cuadro es perfecto, princesita —dijo acercándose para observarlo mejor.

—La verdad es que ha quedado muy bien —admití, inclinando la cabeza para verlo desde otro ángulo—. Aunque aún tengo dudas con la luz en esta parte.

—Deberíamos colgarlo encima de la chimenea —propuso, dejando la taza y el plato en mi mesita auxiliar antes de inclinarse para darme un beso—. Por cierto, me han dicho en la oficina que quieren encargarte otro.

Me reí, cogiendo la taza de café. Estaba exactamente como me gustaba: con demasiada leche y una cantidad obscena de azúcar.

—¿Te puedes creer que aún tengo que corregir unos exámenes del instituto? —dije después de dar un sorbo—. Hay uno que ha confundido a Andy Warhol con The Dandy Warhols. Ha puesto que el cuadro de las *Latas de sopa Campbell* es obra de ese grupo de música.

Ryker soltó una carcajada mientras se sentaba en el pequeño sofá que habíamos colocado bajo la ventana, ese que tantas discusiones nos había costado: «es demasiado grande», «es demasiado pequeño», «¿de verdad quieres el de tu apartamento?».

—Bueno, técnicamente, Andy Warhol y The Dandy Warhols tienen relación —respondió, adoptando esa expresión de falsa seriedad que

usaba cuando intentaba defender lo indefendible—. Quizá el alumno pensó que el pintor se dedicaba al arte rock en sus ratos libres.

—Claro, y también debería darle matrícula de honor al que ha escrito que Willem de Kooning era «ese tío que pintaba señoras como si estuvieran derritiéndose».

—Técnicamente...

—Como vuelvas a decir «técnicamente», te lanzo el pincel —lo amenacé, aunque no pude evitar sonreír.

—Solo intentaba ayudar —se defendió con una sonrisa—. Por cierto, la profesora Moore debe de estar impresionada con tu trabajo en las prácticas si ya te deja corregir exámenes por tu cuenta.

—Me dijo que necesito toda la experiencia posible antes de terminar el programa el próximo semestre —respondí encogiéndome de hombros—. Aunque a veces me pregunto si solo quiere librarse del papeleo.

—Pues yo creo que eres la estudiante en prácticas favorita de todos —afirmó con convicción—. Pronto serás oficialmente profesora, y habrá valido la pena todo el esfuerzo de estos dos años.

Lo observé mientras bebía su propio café. Llevaba puesta esa camiseta gris que tanto me gustaba, la que se le ajustaba perfectamente a los hombros y que, tras innumerables lavados, había adquirido esa suavidad que la hacía perfecta para acurrucarse contra él. Su pelo estaba ligeramente despeinado, probablemente por haberse pasado los dedos a través de él mientras trabajaba en algún informe complicado.

Dos años. A veces, parecía que lleváramos juntos toda la vida; otras, me parecía imposible que hubiese pasado tanto tiempo desde aquellas primeras peleas a través de la pared.

—¿En qué piensas? —preguntó, pillándome en plena contemplación.

—En lo mucho que te odio —respondí automáticamente, utilizando nuestra broma privada.

—¿Cuánto exactamente? —siguió él con el juego, levantándose para acercarse a mí.

—En una escala del uno al diez, aproximadamente un millón.

Se colocó detrás de mi silla y apoyó las manos en mis hombros, comenzando un masaje que hizo que casi ronroneara como Pirata.

—¿Y eso cómo se traduce al sistema métrico de te quiero? —murmuró contra mi pelo.

—Probablemente un infinito y algo más.

Sus manos se detuvieron un momento, y supe que estaba sonriendo, aunque no pudiera verlo. Era sorprendente cómo, después de tanto tiempo, seguía existiendo esa electricidad entre nosotros, esa capacidad de hacernos sonreír con las tonterías más simples.

—La casa ha quedado bastante bien, ¿no crees? —dijo, cambiando de tema mientras retomaba el masaje—. Considerando que hace un año era prácticamente una ruina.

Dejé el pincel en el bote de agua y me giré para mirarlo.

—«La casa ha quedado bastante bien» —repetí imitando su tono —. Menuda forma de describir el proyecto que casi nos hace romper doce veces.

—Once —me corrigió con esa precisión matemática que me sacaba de quicio—. La crisis del papel pintado no cuenta, porque técnicamente...

Le tapé la boca con la mano.

—Te lo advertí.

Ryker retrocedió riendo, levantando las manos en señal de rendición.

—Vale, vale. Solo quería decir que, después de todo, ha merecido la pena, ¿no?

Miré alrededor de mi estudio, esa habitación circular que había sido lo primero que reformamos. Las paredes de un blanco roto que resaltaba con el suelo de madera oscura. Los estantes llenos de libros de arte, materiales y pequeñas figuritas que íbamos coleccionando en nuestros viajes. La luz perfecta entrando por las ventanas que habíamos ampliado. Y, por supuesto, el espacio donde mis cuadros cobraban vida.

—Ha merecido la pena —confirmé, levantándome para abrazarlo —. Aunque lo del fontanero aquel fue una experiencia traumática que no deseo repetir.

—¿Te refieres al que inundó la cocina o al que encontramos dormido en la bañera?

—Ambos —respondí, apoyando la frente en su pecho—. Pero principalmente al que decidió que era buena idea traer a su iguana al trabajo.

—Teo era un fontanero con visión artística —se burló, acariciándome la espalda—. Pensó que a la pintora de la casa le gustaría tener un modelo reptiliano.

—Lo que me gustó fue cuando te subiste a la silla gritando como si hubieras visto un fantasma.

—No me subí a la silla —protestó, aunque ambos sabíamos que mentía—. Simplemente consideré que la perspectiva sería mejor desde una posición elevada.

Le di un golpecito en el pecho, disfrutando de esa tontería que era tan nuestra. Las bromas, los recuerdos compartidos, la forma en la que podíamos reírnos de nosotros mismos..., todo eso había sido el pegamento que nos había mantenido unidos durante la reforma, que a veces había parecido interminable y caótica.

—Por cierto —dijo tras un momento de silencio cómodo—, ¿qué piensas hacer con los exámenes de tus alumnos?

—Corregirlos después de cenar, supongo. —Suspiré—. Quiero terminar primero el cuadro. ¿Tú has avanzado con el informe ese tan importante?

—Casi terminado —respondió, y pude notar cierto orgullo en su voz—. De hecho, creo que podría tomarme libre el viernes. Había pensado que quizá podríamos ir a visitar a mi padre. Ya sabes que siempre se queja de que no le llevamos a los nietos peludos lo suficiente.

Sonreí contra su pecho. Era adorable cómo Lyall había adoptado a nuestros gatos como auténticos nietos, incluso comprándoles juguetes y jerséis cada vez que íbamos a visitarlo. El de Navidad, con luces que se encendían realmente, había sido toda una experiencia para el pobre Peluso.

—Me parece bien —acepté—. Siempre que prometas que no dejarás que tu padre nos arrastre a otra sesión de *Monopoly*. La última vez casi acabamos a puñaladas por *Boardwalk*.

—Fuiste tú quien amenazó con tragarse las fichas de los hoteles.

—Porque tú y tu padre os compinchasteis contra mí. Eso va contra las reglas.

—No existe tal regla. Lo que pasa es que eres extremadamente competitiva —murmuró contra mi pelo.

Levanté la cabeza, fingiendo indignación.

—¿Yo? ¿Competitiva? ¿Y quién se pasa seis horas viendo tutoriales en YouTube para aprender a hacer la tarta perfecta solo porque yo dije que la mía era insuperable?

—Era por superación personal —se defendió, aunque la sonrisa en sus labios lo delataba—. Además, reconociste que mi tarta de zanahoria estaba mejor.

—Solo porque te veías tan orgulloso que no tuve corazón para decir la verdad.

—Mentirosa —dijo besándome suavemente—. Admite que estaba deliciosa.

—Puede que estuviera comestible —concedí, poniendo los ojos en blanco—. Para ser tu primera tarta que no salió carbonizada.

Se acercó y me besó, no con suavidad esta vez, sino con una pasión que me dejó sin aliento. Cuando nos separamos, mantuve los ojos cerrados un momento, saboreando la sensación.

Ryker no había sido como los demás. No había intentado derribar mis murallas para entrar y encerrarse conmigo en mi pequeño mundo de miedos y desconfianza. No. Lo que él había hecho era mucho más valiente, mucho más generoso. Había derribado cada muro, cada barrera, no para invadir mi espacio, sino para que yo pudiera salir. Para que viera el mundo que existía más allá de mis propias limitaciones.

Y vaya si lo había conseguido.

—¿En qué piensas? —preguntó, acariciándome la mejilla con el pulgar.

—En ti —respondí con sinceridad—. En nosotros. En cómo lo has cambiado todo.

Él sonrió, tomó mi mano izquierda y la levantó a la altura de nuestros ojos. En mi dedo anular brillaba un sencillo pero precioso anillo de compromiso.

—También deberíamos informar sobre esto, ¿no crees? —dijo señalando el anillo—. Sería un buen detalle añadirlo al cuadro.

Miré mi mano en la suya y sonreí. El anillo real había llegado de una forma tan típica de Ryker... Una mañana cualquiera, me había despertado con el desayuno en la cama —tortitas con sirope y café, mis favoritos— y una pequeña caja de terciopelo junto a la taza. Sin

grandes gestos teatrales, sin discursos ensayados. Solo él, siendo él mismo: sincero, directo, perfecto.

«¿Te casarías conmigo? Porque no imagino un solo día de mi vida sin ti a mi lado», me había preguntado con aquella sonrisa torcida que me volvía loca. Y yo había dicho que sí entre lágrimas y risas, porque no podía imaginar otra respuesta.

—Sí —respondí, volviendo al presente—. Deberíamos informarlos.

Ryker se inclinó y me besó de nuevo. Sus manos encontraron mi cintura y me acercó más a él. Sentí cómo el calor se extendía por todo mi cuerpo, esa sensación de urgencia que, sorprendentemente, no había disminuido con el tiempo.

—Ahora serás oficialmente mía, princesita —murmuró contra mi cuello, provocándome un escalofrío.

—Fui tuya desde el primer golpe que diste en aquella pared —confesé, enterrando mis dedos en su pelo.

Sus labios volvieron a encontrar los míos, y durante unos minutos el mundo desapareció por completo. Solo estábamos él y yo, nuestros cuerpos, nuestras respiraciones aceleradas, nuestras manos explorando territorios perfectamente conocidos, pero siempre fascinantes.

Estaba desabrochándole los primeros botones de la camisa cuando un estruendo procedente del piso inferior nos sobresaltó, seguido de una voz inconfundible.

—¡Hemos llegado! —gritó Elaila desde abajo—. ¡Y traemos vino, así que espero que estéis presentables!

Ryker apoyó su frente contra la mía, dejando escapar un suspiro de frustración que me hizo reír.

—Te juro que voy a quitarle esas llaves —murmuró.

—Sabes que encontraría la forma de entrar de todos modos —respondí, recolocándome la ropa—. Además, son la excusa perfecta

para anunciar la boda.

—Cierto —concedió, besándome una última vez antes de separarse—. Supongo que tendremos que posponer esto para más tarde.

—Te tomo la palabra, Lancer. —Sonreí, dirigiéndome a la puerta—. No creas que te has librado.

Él me guiñó un ojo, ese gesto tan suyo que siempre me hacía sentir mariposas en el estómago.

—Nunca querría librarme de ti —dijo con una sonrisa—. De hecho, pienso pasar el resto de mi vida contigo.

El camino no había sido fácil. Habíamos discutido, nos habíamos enfadado, habíamos chocado como dos planetas en órbitas opuestas. Pero, al final, habíamos encontrado el equilibrio perfecto. Mi caos y su orden. Mi impulso y su reflexión.

—¡Por fin! —exclamó Elaila al vernos bajar—. Pensé que tendría que subir a buscaros.

—Estábamos ocupados —respondí, lanzándole una mirada cómplice.

—Ya, ya —dijo con una sonrisa pícara—. ¿Cuántos años lleváis juntos y seguís siendo como dos adolescentes?

—Y espero que sigamos así cuando tengamos ochenta años —intervino Ryker, pasando un brazo por mi cintura.

Me apoyé instintivamente contra él, sintiendo esa familiar sensación de seguridad y pertenencia que siempre me embargaba cuando estábamos así.

Ender levantó las botellas de vino que traía, como si fueran trofeos.

—Hemos traído tinto y blanco porque nunca sabemos qué vais a preparar —explicó—. ¿Qué toca hoy? ¿Cocina Ryker o nos arriesgamos con un experimento de Audra?

—Muy gracioso —protesté, lanzándole una mirada asesina—. Solo porque quemara lasañas una vez...

—Tres veces —me corrigió Elaila—. Y no olvidemos el incidente del horno.

—Cocino yo —intervino Ryker, salvándome de más humillaciones culinarias—. He preparado risotto.

—¡Bendito seas! —exclamó Elaila, dirigiéndose hacia la cocina—. Voy a abrir el vino. Necesitamos copas.

Mientras nuestros amigos se instalaban en la cocina, intercambié una mirada cómplice con Ryker. Él asintió, dándome el silencioso permiso que estaba esperando.

—En realidad... —dije alzando la voz para captar su atención—. Tenemos algo que contaros.

Elaila y Ender se detuvieron en seco y se giraron hacia nosotros con expresiones de intriga.

—¿Estás...? —comenzó ella, señalando mi vientre con los ojos como platos.

—¡No! —exclamé riendo—. Dios, no. El único embarazo aquí sería de comida, después de las tortitas de esta mañana.

—Nos casamos —soltó Ryker, directo como siempre.

El silencio duró aproximadamente un segundo y medio. Después, Elaila dejó escapar un grito que probablemente alertó a todos los vecinos en un radio de tres kilómetros y se lanzó sobre nosotros, envolviéndonos en un abrazo que casi nos tira al suelo.

—¡POR FIN! —exclamó, apretujándonos como si quisiera fundirnos en una sola persona—. ¡Ya era hora! ¿Desde cuándo lo sabías? ¿Por qué no me lo habías contado? Soy la madrina, ¿verdad? ¡Voy a ser la madrina!

Ender se acercó más tranquilamente y nos dio un abrazo más contenido, aunque su sonrisa era igual de amplia.

—Felicidades, chicos —dijo con sinceridad—. Aunque todos sabíamos que era cuestión de tiempo.

—Desde que os vi discutiendo en aquel restaurante, supe que acabaríais así —aseguró Elaila, separándose por fin para mirarnos—. Era demasiado evidente.

—Claro que lo era —respondí con ironía—. Por eso tardamos meses en darnos cuenta y casi nos matamos en el proceso.

—Los mejores amores siempre empiezan con ganas de asesinato —filosofó Elaila, dirigiéndose de nuevo a la cocina—. Esto merece un brindis. ¡Ender, abre el champán que hemos traído!

Mientras nuestros amigos se afanaban preparando el improvisado brindis, Ryker me atrajo hacia él.

—¿Estás bien? —preguntó en voz baja.

Lo miré a los ojos, esos ojos que habían visto a través de todas mis defensas desde el principio, y sentí una oleada de gratitud y amor tan intensa que casi me dejó sin respiración.

—Nunca he estado mejor.

Y era cierto. Si alguien me hubiera dicho, aquel día que el ascensor se estropeó y tuve que subir ocho pisos cargada con la compra, que el vecino insufrible que me miraba con desdén acabaría siendo el amor de mi vida, probablemente me habría reído en su cara.

Sin embargo, ahí estábamos ahora, en nuestra casa reformada, con nuestros dos gatos, nuestros amigos, y un futuro por delante que, por primera vez en mi vida, no me daba ningún miedo afrontar.

Porque lo afrontaríamos juntos.

Ryker me sonrió, esa sonrisa torcida que había llegado a amar con locura, y me besó suavemente en la frente.

—¿Sabes qué? —murmuró contra mi pelo—. Creo que deberíamos tener un perro.

Solté una carcajada y le di un golpe juguetón en el pecho.

—Paso a paso, Lancer —respondí—. Primero la boda, luego ya veremos.

—Siempre tan prudente —bromeó.

—Uno de los dos tiene que serlo —contraataqué—. Y claramente no eres tú, que me propusiste comprar una casa antes de que lleváramos juntos ni tres meses.

—Y tú me dijiste que sí —me recordó con una sonrisa triunfal—. Así que la imprudente eres tú, por seguirme en mis locuras.

—Puede que tengas razón —admití, apoyando mi cabeza en su pecho—. Pero ha sido la mejor locura de mi vida.

Elaila apareció con las copas de champán y nos las entregó con ceremoniosidad. Ender, a su lado, sostenía la botella recién abierta.

—Por los futuros esposos —brindó ella, levantando su copa.

—Por nosotros —respondió Ryker, entrelazando sus dedos con los míos.

Mientras brindábamos, miré a mi alrededor: a Elaila y a Ender, que ahora también vivían juntos y que habían sido nuestros cómplices desde el principio; a Pirata y a Peluso, que habían aparecido como por arte de magia al oír el alboroto; nuestra casa, que había pasado de ser una ruina a un auténtico hogar. Y, por supuesto, a Ryker, el hombre que había cambiado mi vida de todas las formas posibles.

No sabía qué nos depararía el futuro. Quizá más gatos, quizá un perro, quizá incluso hijos algún día. Pero de una cosa estaba segura: fuera lo que fuese, lo afrontaríamos como siempre habíamos hecho las cosas. Juntos, a nuestra manera imperfecta y caótica. Y perfecta por ello.

Porque, al final, lo que había empezado con golpes en la pared se había convertido en la historia de amor más inesperada e increíble que jamás podría haber imaginado.

Y no cambiaría ni un solo minuto de ella.

Toda mi vida había creído que no era suficiente; que era demasiado intensa, demasiado caótica, demasiado rota como para que alguien pudiera quererme de verdad. Había construido muros tan altos que ni yo misma sabía ya cómo escalarlos. Y entonces apareció él. No para derribarlos a la fuerza, sino para mostrarme que, tras ellos, existía un mundo donde yo no solo era suficiente, sino extraordinaria. Donde mis defectos no eran algo que tolerar, sino parte de lo que me hacía única. Donde podía ser simplemente yo, sin filtros ni disculpas. Ryker me había dado el regalo más valioso que jamás había recibido: la libertad de amarme a mí misma tal como era. Y por eso, cada día a su lado, me enamoraba un poco más de ese capullo insufrible que había convertido mi caos en el hogar que siempre había buscado.

Banda sonora

«Cruel Summer», ℗© 2019 Taylor Swift, interpretada por Taylor Swift.
«All Too Well», ℗© 2021 Taylor Swift, interpretada por Taylor Swift.
«We Are Never Ever Getting Back Together», ℗© 2012 Taylor Swift, interpretada por Taylor Swift.
«Lover», ℗© 2019 Taylor Swift, interpretada por Taylor Swift.

Contigo ni en el ascensor
Nyxia S

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Nyxia S., 2026

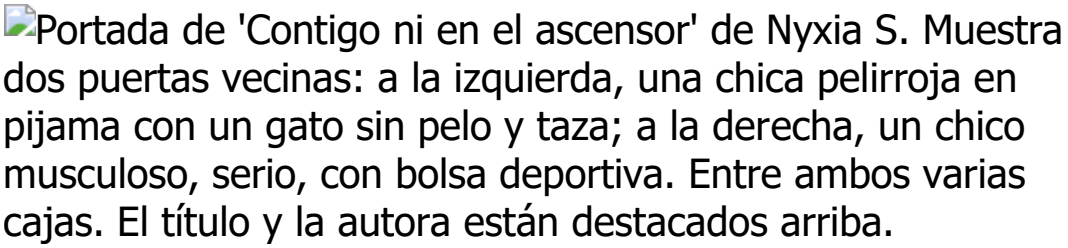
Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
Ilustración de la cubierta: © Margarita H. García
© Ilustraciones del interior: Mostafa Monowar Nakibv / Shutterstock y Mori Deci / Shutterstock

© Editorial Planeta, S. A., 2026
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2026

ISBN: 978-84-08-32202-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta


Portada de 'Contigo ni en el ascensor' de Nyxia S. Muestra dos puertas vecinas: a la izquierda, una chica pelirroja en pijama con un gato sin pelo y taza; a la derecha, un chico musculoso, serio, con bolsa deportiva. Entre ambos varias cajas. El título y la autora están destacados arriba.